

Teorías

de la

PERSONALIDAD

José Cueli • Lucy Reidl • Carmen Martí
Teresa Lartigue • Pedro Michaca



1017

trillas 

Teorías de la PERSONALIDAD

José Cueli • Lucy Reidl • Carmen Martí
Teresa Lartigue • Pedro Michaca

Esta es una obra de fácil consulta en la que se encuentra información acerca de la gran cantidad de teorías existentes en la materia. La exposición de las mismas se estructuró de tal manera que puede servir tanto al estudiante de bachillerato que se inicia en las ciencias de la conducta, como a los alumnos de posgrado en psiquiatría, psicoanálisis o educación especial.

Esta edición se ha enriquecido, pues incluye los principales planteamientos surgidos en los últimos años y ofrece una división razonada de las teorías conductuales, cognoscitivas y nomotéticas. Además, se ha creado un rubro nuevo para las aportaciones de las teorías culturales de la personalidad.

Contenido

Primera parte. Teorías ideográficas de personalidad

Segunda parte. Teorías ideográficas conductuales

Tercera parte. Teorías cognoscitivas centralistas

Cuarta parte. Teorías nomotéticas conductuales

Quinta parte. Teorías nomotéticas personales

Sexta parte. Teorías culturales de la personalidad

Séptima parte. Conclusión

ISBN 978-968-24-3660-4



9 789682 436604

www.trillas.com.mx

Teorías de la PERSONALIDAD

José Cueli, Lucy Reidl, Carmen Martí
Teresa Lartigue, Pedro Michaca

EDITORIAL
TRILLAS



México, Argentina, España,
Colombia, Puerto Rico, Venezuela

®

Catalogación en la fuente

Teorías de la personalidad / José Cueli ... [et al.] --
3a ed. -- México : Trillas, 1990 (reimp. 2008).
654 p. ; 23 cm.
Incluye bibliografías e índices
ISBN 978-968-24-3660-4

1. Personalidad. 2. Psicología. I. Cueli García, José.

D- 155.201.T758

LC- BF698.4.T4

321

La presentación y
disposición en conjunto de
TEORÍAS DE LA PERSONALIDAD
son propiedad del editor.

Ninguna parte de
esta obra puede ser
reproducida o transmitida, mediante ningún
sistema o método, electrónico o mecánico
(incluyendo el fotocopiado, la grabación
o cualquier sistema de recuperación y
almacenamiento de información),
sin consentimiento por escrito del editor

Derechos reservados
© ER, 1990, Editorial Trillas, S. A. de C. V.

División Administrativa
Av. Río Churubusco 385
Col. Pedro María Anaya, C. P. 03340
México, D. F.
Tel. 56884233, FAX 56041364

División Comercial
Calzada de la Viga 1132
C. P. 09439, México, D. F.
Tel. 56330995, FAX 56330870

www.trillas.com.mx

Miembro de la Cámara Nacional de
la Industria Editorial
Reg. núm. 158

Primera edición ER (ISBN 968-24-0230-1)

‡ (EI, EL, EA, EM, 1-10-EE, 2-12-EO,
XT, XR, XI, XA, XM)

Segunda edición XO (ISBN 968-24-1363-X)

Tercera edición OS (ISBN 978-968-24-3660-4)

‡ (OL, OA, OE, OX, OO, ST, SR, SI, SL, SE)

Reimpresión, 2008

Impreso en México
Printed in Mexico

ÍNDICE

DE

CONTENIDO

Introducción	7
--------------	---

PRIMERA PARTE

Teorías ideográficas de personalidad

Cap. 1. Importancia del estudio histórico de la personalidad	13
Cap. 2. Freud •	39
Cap. 3. Adler •	95
Cap. 4. Jung -	107
Cap. 5. Anna Freud	130
Cap. 6. Sullivan	132
Cap. 7. Horney	141
Cap. 8. Fromm •	148
Cap. 9. Hartmann	153
Cap. 10. Erikson •	173
Cap. 11. Teoría de relaciones de objeto en psicoanálisis	200
Cap. 12. Escuela estadounidense de relaciones objetales	236
Cap. 13. Rogers	263
Cap. 14. Allport -	288

SEGUNDA PARTE

Teorías ideográficas conductuales

Cap. 15. Frankl, Caruso, May	301
Cap. 16. Lewin	316
Cap. 17. Miller y Dollard	340
Cap. 18. Murray	360
Cap. 19. Murphy	385

TERCERA PARTE
Teorías cognoscitivas centralistas

Cap. 20. Piaget	411
Cap. 21. Vygotsky	421
Cap. 22. Brown	428
Cap. 23. Kohlberg	433

CUARTA PARTE
Teorías nomotéticas conductuales

Cap. 24. Skinner	441
Cap. 25. Gesell	455
Cap. 26. Teorías del aprendizaje social	460
Cap. 27. Teorías de sistemas	485

QUINTA PARTE
Teorías nomotéticas personales

Cap. 28. Introducción	497
Cap. 29. Guilford	504
Cap. 30. Eysenck	514
Cap. 31. Cattell	525

SEXTA PARTE
Teorías culturales de la personalidad

Cap. 32. Kardiner, Devereaux, Moreno	561
Cap. 33. Césarman	570
Cap. 34. Díaz-Guerrero. La teoría del ecosistema humano	578
Cap. 35. Cueli	591

SÉPTIMA PARTE
Conclusión

Cap. 36. Futuro de las teorías de la personalidad	601
Bibliografía	609
Índice analítico	622
Índice onomástico	628

INTRODUCCIÓN

Al hacer la presentación de esta tercera edición corregida y aumentada, debemos decir que está dirigida a los estudiantes que se inician en el aprendizaje de las ciencias de la conducta, además de constituir una obra de fácil consulta en la que se encuentra información acerca de la *gran cantidad de teorías existentes en esta materia*, aunque la organización y exposición de las teorías está armada de tal manera que el libro puede servir lo mismo al estudiante de preparatoria que se asoma a la psicología que a los alumnos de posgrado en psiquiatría, psicoanálisis o educación especial. Después de 14 reimpresiones de este libro, quiero agradecer la colaboración prestada en la actual edición por parte de los doctores Pedro Michaca y Teresa Lartigue, y la licenciada en educación especial Carmen Martí, así como a los diversos investigadores que facilitaron la realización del trabajo aquí expuesto.

Esta tercera edición se ha modificado en cuanto a su temática interna, pues hemos dividido en una cruz (véase gráfica) por un lado a las teorías ideográficas de la personalidad y las conductuales, y, por otro, a las teorías nomotéticas personales y las conductuales, además de *crear un rubro nuevo para las aportaciones de las teorías culturales de la personalidad*. Así, por ejemplo, algunos autores como Piaget, y las teorías derivadas de sus estudios, se consignan como ideográficos conductuales, aunque podrían incrustarse en el centro de la gráfica en cruz.

En el libro incluimos un primer capítulo que señala la importancia histórica de los estudios acerca de la personalidad. El siguiente capítulo expone las teorías ideográficas de la personalidad a partir de Sigmund Freud, lo que resulta pertinente, ya que es el primero que organiza en forma sistemática un régimen conceptual, cuya síntesis surge del libro fundamental de Charles Brener, magnífico en cuanto a su simplificación, condensación y orden de presentación de los elementos principales del psicoanálisis, así como respecto de autores como Adler, primer discípulo que disiente de su maestro; Jung, con una contundente opinión acerca

de lo que la sociedad y la cultura pueden operar en la personalidad de los individuos; Sullivan y su aproximación interpersonal al estudio de la personalidad, por lo cual hace hincapié de manera intrínseca en la influencia que recibe ésta por parte del grupo social, y Horney. Fueron de valor las obras de consulta de Bischoff, *Interpreting Personality Theories*, y de Hall y Lindsey, *Theories of Personality*, para la organización y presentación del material trazado por nosotros, ya que ellos nos marcaron la pauta de formalización de la obra de cada uno de los autores, permitiendo una visión más clara y completa. La síntesis de Anna Freud está basada en su libro, ya clásico, acerca del yo y los mecanismos de defensa. El análisis de la obra de Erickson, proviene de su texto *Infancia y sociedad*, en el que el autor presenta sus puntos de vista sistematizados y que percibe los efectos en la personalidad producidos por su propio desenvolvimiento. Hartman, en su ensayo acerca de la psicología del yo, presenta sus ideas en lo que se refiere al tema que apunta al nombre de su libro y marca sus diferencias fundamentales con Freud. La síntesis de Fromm está basada en su idea del carácter social; dentro de estas mismas teorías ideográficas de la personalidad, incluimos las teorías de la relación de objeto con los trabajos de Winicott, Farbain y Melanie Klein, y la relación de objeto que el individuo establece con su medio. Klein hace hincapié en la descarga. Farbain, quizá el único gran revolucionario de las teorías de Freud, destaca la urgencia del individuo por conseguir objetos, y cuyos conceptos desembocaron en la escuela americana de relación de objeto. Son precisamente los trabajos de Malher, Jacobson, Kohut y Kenberg, derivados de la comprensión psicogenética producto de cuidadosas observaciones del desarrollo humano, los que fundamentan la creciente importancia de las teorías basadas en las relaciones de objeto. Algunos aspectos clínicos de la psicodinámica, como los que nos legaron Kenberg y Kohut, abren luz en el tratamiento de los trastornos graves del desarrollo psíquico. Señalamos las diferencias entre Kohut y Kenberg respecto de las llamadas teorías humanistas en psicoanálisis, representadas por Frankl, Caruso, May y Carl Rogers, con sus trascendentes estudios acerca del desarrollo de la persona, de quien suscribimos su propia síntesis. El capítulo se redondea con la clásica teoría de los rasgos, de Allport.

En las teorías conductuales analizamos a Lewin, Murray, Murphy y Skinner. Lewin representa la aproximación gestáltica y fenomenológica al estudio de la personalidad. Murray es creador del término *personología*. De Murphy, que en sentido estricto, más que como teórico de la personalidad podría considerarse como tratadista de la psicología en general, no se deben pasar por alto sus aportaciones específicas. Miller, Dollard y Skinner, que pueden considerarse como los representantes de la aproximación estímulo-respuesta en el estudio de la personalidad,

de quienes interpretamos sus principios y puntos de vista de acuerdo con el cartabón ofrecido por Hall y Kindsay, pero quedaron integrados congruentemente con el resto de los autores ideográficos conductuales y nomotéticos personales. Sólo la síntesis de Piaget y su solución está articulada, dada su importancia, en forma diferente. Piaget fue sintetizado con sus seguidores Vygotsky, Brown y Kohlberg. Mención aparte merecen Gesell y las teorías del aprendizaje social y las de sistemas, de las que se parte para el estudio de la familia y el desarrollo y patología del niño con problemas de aprendizaje.

En las teorías nomotéticas personales, a partir de una introducción explicativa, incluimos los trabajos de Gilford, Eysenck y Catell, ya también clásicos, y que han basado sus formulaciones teóricas en uno de los instrumentos estadísticos: el análisis factorial, del cual incluimos un breve bosquejo: ¿para qué sirve, cómo se utiliza, qué ventajas y desventajas tiene como instrumento de análisis?

En un apartado diferente, por no integrarse al diseño ofrecido, estudiamos las teorías culturales de la personalidad, incluyendo en un capítulo a Kardiner, Devereaux y Moreno, por razones técnicas, insertamos una breve síntesis, en apartado diferente, de las aportaciones a la psicología social de autores mexicanos tales como Césarman, Díaz Guerrero y uno de nosotros (Cueli).

Ha sido nuestro principal interés proporcionar, de manera ordenada, la información que consideramos deben tener quienes se inician en el estudio de la psicología, sin menoscabo de que este libro constituya una recopilación general de los enfoques más importantes dentro del campo de las teorías de la personalidad.

**Primera
parte**

**Teorías
ideográficas
de personalidad**

1

IMPORTANCIA DEL ESTUDIO HISTÓRICO DE LA PERSONALIDAD

La personalidad en el campo de la psicología

La importancia que el estudio de la personalidad tiene dentro del campo de la psicología, puede explicarse en función de varias razones: primero, nos permite entender en forma aproximada los motivos que llevan al hombre a actuar, opinar, sentir, ser, etc., en determinada manera. Segundo, integra en un solo concepto los conocimientos que podemos adquirir por separado de aquellas que podríamos considerar facetas, experimental y didácticamente abstraídas de una totalidad (la persona), como son la percepción, la motivación, el aprendizaje y otras. Tercero, aumenta la probabilidad de poder predecir con mayor exactitud la conducta de un individuo. Cuarto, nos ayuda a conocer cómo se interrelacionan los diferentes factores que integran la personalidad.

IMPORTANCIA DEL ESTUDIO DEL DESARROLLO

La civilización occidental contemporánea se encuentra absorta en los niños, casi todo parece centrado en ellos, en su desarrollo y en su bienestar lo que ha facilitado los avances de la psicología infantil. Pero las diferentes maneras de tratar a los niños varían según los diversos lugares y épocas. Por ejemplo, en el mundo occidental contemporáneo, los padres tienden a ser más protectores con los niños pequeños, ya que los protegen de muchos de los aspectos del mundo real y los mantienen cerca de la familia o en grupos segregados por edades, en la escuela o en el vecindario. Pero no siempre ha sido así. En la Edad Media, por ejemplo, era muy distinto, pues los infantes eran abandonados, durante la mayor parte del día, al cuidado de una nodriza, y hacia la edad de diez años, muchos de ellos vivían en casas de extraños, donde trabajaban como aprendices.

A finales del siglo xvii europeo se produjo un cambio notable en las actitudes para con los niños y en la moral referida a ellos. Por razones que aún no se comprenden del todo, pero ligadas probablemente a las vigorosas corrientes religiosas de la Reforma y la Contrarreforma, los clérigos y humanistas de esa época comenzaron a alentar la separación de los niños de los adultos, y aún de los adolescentes. Surgió así el concepto de la niñez como un periodo de inconsciencia y desamparo. Comenzó a considerarse a los niños como algo especial y como almas inocentes a las que había que evitarles cualquier referencia a cuestiones sexuales. Así, la educación moral y la religiosa se convirtieron en los objetos principales de la vida escolar, estrechamente vinculados con la enseñanza de la habilidad práctica en la lectura y la escritura, consideradas indispensables para el ejercicio de cualquier oficio. Además, se recomendaba a los padres que prestasen más cuidados materiales y emotivos a sus hijos.

Estos nuevos conceptos de la infancia y de la educación, que se han profundizado en los últimos 300 años, dieron origen a una nueva literatura, de carácter especulativo, acerca de la psicología del niño y su desarrollo. Los más antiguos autores, a este respecto, fueron primordialmente filósofos, clérigos, médicos, educadores humanistas y reformadores, quienes se ocuparon de cuestiones que aún tienen importancia capital para el psicólogo. Por ejemplo, escribieron acerca de las características inherentes de los niños (de lo que es congénito o heredado) y de los métodos más eficaces de crianza y entrenamiento de los niños. Algunos representaron a la niñez como algo “naturalmente malo” y escribieron apasionadamente acerca de la “depravación innata” del niño; en cambio, otros representaron al niño como un “noble salvaje”, dotado biológicamente de virtudes y características que, si se les permitía expresión, garantizarían un crecimiento sano y una conducta socialmente responsable.

John Locke, filósofo británico de finales del siglo xvii, consideró a la experiencia y la educación del niño como determinantes fundamentales de su desarrollo, aun cuando reconoció la existencia de “propensiones innatas”. La mente del niño, escribió, es una tábula rasa (una suerte de hoja en blanco), por lo cual los niños se muestran receptivos a toda clase de aprendizaje.

Locke creía en la racionalidad última de la humanidad y consideró a la autodisciplina, el dominio de sí mismo y el “poder de negarnos a nosotros mismos la satisfacción de nuestros propios deseos, cuando la razón no los autoriza”, como los objetivos de toda educación. Para alcanzar estos fines, aconsejó a los padres comenzar a instruir a los niños en la abnegación “desde sus cunas”.

La concepción opuesta acerca de la educación y el desarrollo humanos, fue expresada por Jean Jacques Rousseau, filósofo francés del siglo xviii, quien creía que los niños estaban dotados de un sentido moral

innato. En su obra *Emilio*, definió al niño como un “noble salvaje”, dotado de un conocimiento intuitivo de lo bueno y de lo malo.

Las concepciones de Locke y de Rousseau en torno al desarrollo del niño, fueron notablemente diferentes. La de Locke fue en forma esencial la de un psicólogo asociacionista, precursor de la moderna teoría del aprendizaje; es decir, que el desarrollo del niño está determinado por la educación y, más concretamente, por las recompensas y castigos que le proporcione el medio. En contraste, según Rousseau el niño participa activamente en su desarrollo, “al usar su ambiente de la manera que conviene a sus intereses. Adapta sus aptitudes al mundo en sus juegos y al resolver sus problemas, pero no como pasivo receptáculo de las enseñanzas del maestro, sino a modo de explorador atareado, motivado, que anda probando todo”.

Las teorías del desarrollo del niño no son privativas del siglo xx. Los primeros esbozos tienen su origen en los escritores protestantes John Calvino (1509-1564) y John Knox (1505-1572). Los posteriores se basan principalmente en los escritos de Jean Jacques Rousseau (1712-1778). Ambos vestigios se encuentran en la sociedad moderna, la comprensión de los elementos básicos de cada uno de ellos es de mucho interés y de uso actual.

La doctrina de Calvino era una concepción de la naturaleza humana que proponía al recién nacido como un pecador, poseído por motivos que lo llevaban a hacer el mal. La labor de los padres y de los maestros consistía en buscar la manera de disuadir al niño de su maldad innata, y en hacerlo una gente de bien para que se fuera al cielo después de la muerte.

El punto de vista puritano de la infancia tuvo mucha fuerza en Nueva Inglaterra desde el siglo xvii al xix, y posteriormente empezó a debilitarse. Sin embargo, el concepto puritano de la niñez no desapareció completamente. Elementos de esta doctrina pueden encontrarse todavía en la enseñanza de la religión.

En 1762, Jean Jacques Rousseau publicó dos libros con los cuales alcanzó una gran celebridad: *El contrato social*, que lo convirtió en ídolo entre los investigadores de la Revolución Francesa, y *Emilio*, que lo situó como un precursor de los teóricos que en el siglo xix y xx han escrito acerca de la pedagogía infantil.

En contraste con los puritanos, Rousseau propuso en *Emilio* que el niño nace bueno. El niño actuará bien por naturaleza, a no ser que la sociedad o el medio lo corrompan. La descripción de Rousseau del desarrollo del niño es el resultado de una investigación en la que demuestra que el niño se mantiene fiel a su inclinación natural.

Al revisar el modelo puritano de la niñez, primero se considerará algunos supuestos básicos acerca de la naturaleza del niño y el propósito de la vida. Se considerará también la estructura y el funcionamiento de

la personalidad humana, las etapas de desarrollo y la importancia y finalidad del aprendizaje.

Tres supuestos básicos subrayan el punto de vista puritano:

1. El niño nace malo y si no se le aleja de su estado natural permanece atado al pecado.
2. El niño nace sin ningún conocimiento; esto quiere decir que no tiene suficiente conciencia del mal ni de cómo llevar una vida regida por el bien.
3. El niño nace con la capacidad de aprender.

El primero de estos supuestos se obtuvo de una doctrina religiosa, el segundo y el tercero, aparentemente del sentido común.

La idea crucial de la doctrina puritana era la del pecado de desobediencia que cometieron Adán y Eva al probar el fruto prohibido en el jardín del Edén, pecado heredado de generación en generación. El recién nacido era el depositario de ese pecado original y era condenado al infierno después de la muerte si no era redimido. *The New England Primer* introducía al niño a la enseñanza de las letras del alfabeto con un verso que hacía muy clara aquella premisa (1836, pág. 11):

A = En la caída de Adán pecamos todos.

LA PERSONALIDAD HUMANA, SU ESTRUCTURA Y FUNCIONAMIENTO

Los calvinistas no inventaron la teoría del intelecto humano con la que se suscribían, sino que la heredaron de los teólogos medievales, como Alberto Magnus y Tomás de Aquino, y los filósofos psicólogos del Renacimiento quienes pulieron la teoría.

Al sistema del pensamiento humano y a su acción se le llamaba Alma (filósofos renacentistas y calvinistas). El alma, en contraste con el cuerpo, no se trasmite por la herencia, pues es totalmente individual y creada por Dios de la nada, inmediatamente infundida al cuerpo (en el nacimiento) como una forma propia por la que el hombre está vivo, es sensible, se mueve, entiende, desea y es afectado.

Esta doctrina de la mente humana, o personalidad, contiene otros aspectos; es decir, facultades adicionales como la conciencia, a la que se define como la posibilidad de estar alerta para distinguir entre el bien y el mal, entre lo correcto y el error. Los puritanos sostenían que la conciencia era innata, por lo cual el niño que carecía de experiencia mundana no podía disculparse de sus errores arguyendo la ignorancia de algo mejor.

Otra facultad es la intuición, la que para su desarrollo no depende, aparentemente, de la instrucción. El individuo puede buscar en su interior este sexto sentido mediante la meditación, la oración y la introspección.

ETAPAS DE DESARROLLO

Los escritores puritanos no dejaron descripciones bien definidas acerca de los niveles de desarrollo por los que el niño transita en su etapa de crecimiento. Sin embargo, si consideramos el modo como trataban a los niños en sus diferentes niveles de desarrollo y si analizamos sus expectativas, se pueden proponer cuatro etapas representativas de dichos niveles.

1. *Infancia*: desde el nacimiento hasta un año y medio o dos años. En este tiempo el bebé depende de sus padres para satisfacer sus necesidades físicas. Es la etapa en que debe ser bautizado y bendecido.
2. *Niñez temprana*: de dos a cinco o siete años. En esta época el niño empieza a movilizarse y aprende a comunicarse de una manera básica. Durante este tiempo, el niño inicia sus conocimientos de la doctrina cristiana, especialmente acerca de sus deberes y los peligros de una vida de pecado.
3. *Niñez tardía*: de cinco o siete años a 11 o 14. En esta etapa el niño se compromete con los deberes de su hogar y asiste a la escuela, si es posible. Las habilidades más importantes por aprender son la lectura, la escritura y las matemáticas. Se establecen los roles sexuales. La enseñanza de la Biblia es en este periodo sumamente importante. Durante estos años, las facultades como el sentido común y la imaginación son muy débiles, mientras que la memoria empieza a trabajar y la razón a madurar.
4. *Juventud*: de 11 o 14 años a 18 o 21 años, o al lograr el individuo su independencia económica. Esta es también llamada la edad de la razón, por las facultades de comprensión que son ya relativamente maduras para considerar al adolescente un ser responsable. En esta edad, los jóvenes que tenían vocación religiosa se unían a la iglesia, ya que sus facultades del alma se encontraban totalmente desarrolladas, y se les exigía la memorización de principios teológicos.

La importancia de la instrucción, desde el punto de vista de los puritanos, radicaba en la dependencia de los niños hacia ella para combatir su debilidad innata, así como en la prontitud de la misma, pues conside-

raban que tanto el mal como la ignorancia podían sobreponerse a una educación tardía. Por lo tanto, para combatir la influencia de Satanás sobre el niño, los padres pedían que fuera educado tan pronto como empezara a entender algo. Los puritanos aceptaban que el niño tenía capacidades limitadas para el aprendizaje, por lo que sus líderes sugerían que la instrucción fuera dada gota a gota.

Para enseñar al niño a combatir sus malas inclinaciones, era necesario que los padres y maestros generaran una gran motivación que culminara en asumir disciplina y tener una vida creativa. A los niños puritanos no se les orientaba hacia una vida de buena conducta ofreciéndoles premios o recompensas, sino que se les amenazaba para que tuvieran miedo a la mala conducta, con el castigo del fuego del infierno después de la muerte.

En resumen, el propósito de la enseñanza era liberar a los niños de sus malas inclinaciones y llevarlos hacia el camino de Dios, por medio de información y consejos relacionados con relatos bíblicos y versículos, que contenían lecciones de moral, y la enseñanza de la lectura para que pudieran descubrir por ellos mismos la verdad en la Biblia. La motivación para lograr este aprendizaje era animarlos dándoles características de la eternidad en el infierno, prometiéndoles también la oportunidad de la salvación por el camino de la vida cristiana, y, por último, seguir en este camino aunque fuera necesario recurrir a una serie de azotes.

ROUSSEAU

En contra de la idea puritana prevaleciente en el siglo XVIII, la cual afirmaba que el niño era malvado por naturaleza, Jean Jacques Rousseau postula que “todas las cosas son buenas pues vienen de manos del Creador, pero todo se degenera en manos del hombre”. Con esta sentencia principia su novela *Emilio*, publicada en Francia en 1762, cuando Rousseau, a la edad de 50 años, era muy conocido por sus ensayos de filosofía social. La mejor parte de la concepción de Rousseau acerca de la educación del niño la expuso en *Emilio*.

Para estudiar la teoría de Rousseau, empezaremos por describir las cuatro etapas de desarrollo apuntadas en *Emilio*. Señalaba que los niños crecen en cuatro dimensiones: física, intelectual, social y moral, y que el periodo de infancia y adolescencia se extiende desde el nacimiento hasta los 25 años, al que dividió en cuatro etapas: 1. infancia (del nacimiento a los dos años), 2. niñez (de los dos a los 12 años), 3. pubertad (de 12 a 15 años) y 4. adolescencia (de 15 a 25 años). Aparte de las etapas del desarrollo, tres aspectos de la teoría de Rousseau son ahora de particular interés: los periodos críticos, el descubrimiento del aprendizaje y la permisividad.

El término de “periodos críticos” aparece cuando un estímulo puede tener un efecto específico en un momento determinado, o no tener ningún efecto, o bien tener un efecto diferente en un momento anterior o posterior. El momento del suceso ambiental es crucial para determinar si se producirá el efecto o no y, de haberlo, qué tipo de efecto será. Rousseau y quienes aceptan los periodos críticos, proponen que antes de que el niño pueda obtener utilidad de las influencias ambientales de la instrucción o la experiencia, deberán de haber pasado por un grado de maduración interna.

Unido a los periodos críticos estaba el principio que hoy se conoce como descubrimiento del aprendizaje. En las últimas décadas, los educadores han experimentado con gran convencimiento la validez de la estimulación del niño para descubrir los principios operantes de su mundo físico y social, en vez de obligarlo a memorizar los principios dados por sus padres y maestros.

La interpretación de Rousseau acerca de la permisividad no se refiere a dejar al niño hacer lo que quiera según su naturaleza. Él suponía que era responsabilidad del adulto analizar dicha naturaleza, como él lo había hecho en *Emilio*, y con base en este análisis, dirigir las experiencias del niño. Seguir en secuencia sus periodos críticos, como parte de un desarrollo deseable. Y, dentro de los límites de su estructura y supervisado por el adulto, el niño pudiera crecer de un modo natural siguiendo los periodos críticos, por medio del descubrimiento del aprendizaje y la permisividad. Analizaremos ahora el esquema de las etapas del desarrollo.

Infancia. Es el periodo crítico para establecer la exactitud de los sentidos y la salud física. Según la opinión de Rousseau, el bebé recién nacido tiene ya *sentimientos vagos de placer y de dolor, pero éstos no son sentimientos reales ni definitivos.* Durante esta etapa aún no desarrollan ideas. Sin embargo, empiezan a evolucionar sus sentidos y a guardar impresiones de los mismos en la memoria. El periodo de la infancia termina cuando el bebé da sus primeros pasos y comienza a expresarse en un lenguaje rudimentario.

Niñez temprana. Este es un periodo crítico para desarrollar fuerza física y agilidad, y para archivar sensaciones. Por medio de esta etapa, el niño, como el noble salvaje, aprende directamente de la experiencia relacionada con necesidades diarias y nuevos intereses. Al igual que sus contemporáneos, Rousseau asumió el concepto de que la mente consiste en las facultades o funciones que emergen en los diferentes tiempos de la infancia. Por lo tanto, los mentores debían poner al niño en situaciones que le *permitieran ejercitar su cuerpo y sus sentidos.* El método de instrucción debería ser el llamado por Rousseau “enseñanza negativa” y en vez de enseñar al niño lo que es correcto, que sería la “enseñanza positiva”, el tutor inteligente debía protegerlo de esta instrucción impropia.

La enseñanza negativa consiste en guardar al corazón de los vicios, sin necesidad de enseñar la virtud o la verdad. Así, el niño llegaría a los doce años de edad como un joven honesto, ágil, entusiasta, animado y socialmente *naive*.

Pubertad o niñez tardía. Es éste el periodo crítico para desarrollar las primeras fases del razonamiento. Durante estos tres años, el niño ya no sólo colecciona datos para operar, sino que empieza a desarrollar ideas reales. Rousseau, como los puritanos, pensaba que las impresiones de los sentidos son procesadas en un centro del cerebro llamado sentido común. Durante la pubertad, este sentido madura y no solamente procesa impresiones de los sentidos externos, sino impresiones parcialmente internas llamadas percepciones o ideas. Es el número de estas ideas lo que limita la extensión del conocimiento; es su perspicacia lo que determina la claridad de la comprensión, y es el arte de comparar unas con otras, lo que se llama razón humana. Para Rousseau, la primera etapa del razonamiento, que se manifiesta en la pubertad, es la llamada razón pueril o sensitiva. Consiste en formar ideas simples de la concurrencia de varias sensaciones. Más tarde, en la adolescencia, avanza a la edad del verdadero razonamiento humano, que consiste en formar ideas complejas de la concurrencia de muchas ideas simples. La pubertad es el periodo propio para estimular la curiosidad. Antes de esta etapa, la motivación se dirigía a lograr una especie de felicidad hedonista, con base en ejercitar su cuerpo y sus sentidos. En la pubertad, la curiosidad es intelectual, por lo que los niños empiezan a comprender no sólo palabras, sino ideas de lugares y tiempos distantes.

Adolescencia. Este es el periodo crítico para socializarse y desarrollar la moralidad. En el esquema de Rousseau, el inicio de la fuerza sexual en la adolescencia se acompañaba del florecimiento de la imaginación, que estimulaba el desarrollo moral y social y la formación de la conciencia e independencia. Finalmente, se considera que el mayor y más obvio cambio en el desarrollo, durante la adolescencia, es la maduración de las funciones sexuales, a lo que Rousseau llamó "pasiones". Para Rousseau los niños debían mantenerse protegidos o separados de situaciones que pudieran estimular ideas sexuales en etapas anteriores a la adolescencia y desviar su atención de las diferencias individuales que estaban originadas en las diversas clases de experiencias que cada uno tiene; así entonces, habrá también entre los niños diferencias en su fuerza física y agilidad, como en la agudeza de sus sentidos o el contenido de sus recuerdos y en sus características morales y sociales. Y ya que no solamente es el medio el que determina estas variaciones entre los niños de la misma edad, sino también las capacidades con que cada uno de ellos está dotado, sugiere que se provea al niño de oportunidades para investigar ciencia, arte y música, de tal suerte que se estimule su curiosidad y se entrenen sus tendencias conociendo sus gustos e inclina-

ciones. Pero a pesar de todo, considera que la causa más poderosa de las diferencias individuales es la calidad del medio que rodea al niño durante su crecimiento.

Como veremos más adelante, las modernas teorías del desarrollo difieren también en su manera de concebir la relación del niño con el mundo. Algunos teorizadores modernos entienden el desarrollo infantil como algo primordialmente pasivo, como un proceso en esencia receptivo y estimulado por presiones (recompensa y castigos) del medio. Según otros, los niños se desarrollan gracias a una relación activa intencional con su medio, al organizar e interpretar sus experiencias y tratar de resolver problemas.

La antigua psicología infantil, se ocupó casi en forma exclusiva de las tendencias ligadas a la edad; es decir, de la descripción y medición de los cambios que sobrevienen con la edad en las respuestas físicas, motoras y cognoscitivas. La investigación se consagró, en gran parte, a la realización de análisis detallados de las series sucesivas de pasos o etapas en la adquisición de diversas destrezas por parte de los niños, como caminar, manipular objetos y hablar, y al establecimiento de las fechas en que los niños llegaban a estas etapas. De tal modo, las investigaciones sobre desarrollo del lenguaje se concentraron en el crecimiento del vocabulario, en los comienzos de las primeras emisiones de palabras y en su ampliación a lo largo de la niñez. De manera semejante, el estudio de la inteligencia y del pensamiento consistió en trazar curvas de crecimiento intelectual; es decir, en especificar las edades en que los niños podían resolver, por término medio, diferentes clases de problemas y ejecutar varias tareas. Aun cuando el objeto fundamental de esta clase de investigaciones fue la descripción de las tendencias en el desarrollo, los resultados tuvieron también valor práctico, pues proporcionaron normas o estándares que pudieron utilizarse para estimar la posición relativa del niño en una escala mediana, por encima de los términos medio y superior de diversos rasgos y aptitudes.

La psicología contemporánea del desarrollo hace hincapié en los determinantes del crecimiento y desarrollo humanos; en el subyacente proceso de cambio, en los cómo y los porqués de los orígenes y las modificaciones de la conducta. Por ejemplo, los psicolingüistas que estudian sistemáticamente los aspectos psicológicos del lenguaje, investigan el proceso de desarrollo del lenguaje, los factores que influyen en la adquisición de la gramática y la evolución del significado. Para entender el desarrollo de la capacidad intelectual, los investigadores buscan variables asociadas a las elevadas calificaciones, en las pruebas de inteligencia y en las tareas de solución de problemas; entre estas variables figuran la clase socioeconómica, la estructura de la personalidad, la motivación de logro, el entrenamiento especial y la estimulación proporcionada por el medio ambiente.

La explicación científica encierra la especificación de las relaciones entre antecedente y consecuente; es decir, la identificación de los antecedentes (factores determinantes) que dan lugar a determinados resultados o consecuencias, y de manera específica, en el caso de la psicología del desarrollo, a cambios en la conducta. En la búsqueda de antecedentes o explicaciones de la conducta observada, el hombre de ciencia formula generalmente una teoría, una hipótesis o una "suposición óptima".

Si examinamos cada área del desarrollo, como la del lenguaje, la motora, la perceptual y demás, podríamos abordar de nueva cuenta el problema de explicar y de contestar los porqués y de considerar la influencia de la maduración, de la herencia, del aprendizaje y de los aspectos generales del medio, así como la interacción de dichas fuerzas.

Pero para muchos psicólogos, la tarea fundamental no se limita a la explicación de aspectos particulares del desarrollo, sino más bien a la creación de una teoría que explique globalmente el desarrollo; puesto que una teoría no solamente debe desempeñar un papel de guía para nuevas investigaciones, al sugerir áreas de particular interés, sino que también debe facilitar las predicciones acerca de importantes influencias en procesos no estudiados aún. Una teoría nos permite ir más allá en nuestras observaciones y decir algo acerca de lo que debe ser la verdad, y, desde luego, explicar lo que hemos observado.

No hay en la psicología del desarrollo una sola teoría que abarque satisfactoriamente todos los aspectos de la misma, pero al menos hay cuatro grandes corrientes teóricas, cada una de las cuales hace hincapié en un tipo diferente de explicación y cada una exige un patrón, un poco diferente, de interrogantes acerca del desarrollo.

Algunos teóricos como Jean Piaget, el más destacado entre ellos, han centrado su atención en explicar el desarrollo del pensamiento; otros, como Sigmund Freud y sus seguidores, han orientado sus esfuerzos a explicar el desarrollo de la personalidad y los cambios en las relaciones interpersonales. En forma simultánea, algunos psicólogos se sorprendieron por la similitud del desarrollo de todos los niños, mientras que otros encontraron más diferencias que similitudes. El tipo de teoría que se considere dependerá de la importancia que se le preste a las diferencias o similitudes; así como si se considera el conocimiento o la personalidad o cualquier otro aspecto como lo principal. Sin embargo, las cuatro teorías comparten la creencia de poder explicar cómo se desarrollan los niños, para lo cual utiliza un número muy reducido de principios.

FASES HISTÓRICAS POR LAS QUE HA PASADO EL ESTUDIO DE LA PERSONALIDAD

El estudio de tal materia es mucho más antiguo de lo que suponemos. Si miramos hacia atrás, observaremos que desde épocas muy re-

motas, el hombre ha dirigido su atención hacia sí mismo en la búsqueda de una explicación de lo que sucede en el mundo exterior. Esto ha acontecido principalmente en tiempos de incertidumbre, de dolor y sufrimiento, de derrumbamiento material (McClelland, 1967), notándose que han existido dos tendencias principales en la búsqueda de esta explicación. Por un lado, tenemos que los hebreos hablan de un conjunto de poderes internos, inescrutables y oscuros, parecidos a los externos, que manejan al hombre. Pensaron que tratar de conocer estas fuerzas era malo, y por tanto dejaron este conocimiento solo a Dios. Por otro lado, el pensamiento griego nos dice, por lo menos en el tiempo de Sócrates y Platón, que mediante el razonamiento se puede llegar al entendimiento y control de uno mismo, y que esto a su vez, es el camino a la salvación de un estado moral que está a punto del colapso. El pensamiento hebreo se ve claramente representado por el *Libro de Job* del *Antiguo Testamento*, y el pensamiento griego por la máxima socrática: *Conócete a ti mismo*, y por el *Prometeo* de Esquilo. Pero los griegos no sólo perciben la existencia de fuerzas positivas en el interior del hombre, mismas que le sirven para ayudarlo; también percibieron la existencia de fuerzas malévolas que llevaban al ser humano a su derrumbamiento, como lo vemos en el *Edipo Rey* de Sófocles y en la *Medea* de Eurípides. Platón en su *República* nos habla de deseos y placeres no necesarios que aparecen durante el sueño y mueven al hombre a cometer actos desastrosos durante el mismo.

Aunque no podemos considerar que estas personas estuvieran interesadas en lo que nosotros llamamos personalidad, vemos que sus obras están impregnadas de muchos de los conceptos que actualmente tratan diversas teorías de la personalidad. Así pues, podemos decir que el estudio de la personalidad ha pasado por tres fases principales (Cattell, 1965): a) la literaria y filosófica, b) la protoclínica, y c) la cuantitativa y experimental.

La primera, considerada como un juego personal de inteligencia súbita y de creencias convencionales, que va desde el primer hombre pensante hasta el novelista y dramaturgo más reciente. La segunda, surgida a través de los intentos de la medicina para tratar la conducta anormal, *enferma*, y cuyo tema se basó en las generalizaciones psiquiátricas de hombres como Freud, Jung, Adler, etc. Y la tercera, que no se inició sino hasta principios de este siglo y que ha comenzado a rendir frutos desde hace sólo diez o quince años.

La actividad científica empieza con la observación y descripción de los fenómenos observados. Estas afirmaciones no se pueden cumplir, por supuesto, en el caso de las aproximaciones a conjuntos de fenómenos para los cuales no existe una ciencia establecida.

En general, la observación involucra la atención, y la atención implica selección. En esta forma, si el observador de una situación es

abandonado a sus propios recursos, tendrá la posibilidad de elegir la selectividad que utilizará para observar cualquiera de los muchos aspectos de dicho estado. Cuando varias personas observan en forma independiente una acción humana muy simple, es probable que seleccionen diferentes aspectos de la situación. Las descripciones resultantes serían cuando mucho, complementarias; sin embargo, pudiera ser que revelaran un conjunto arbitrario de puntos subrayados, imposibles de reconciliarse unos con otros. Cada descripción tendría una importancia especial en relación con algunos aspectos de la acción o situación.

Una posible solución al problema de la subjetividad de la observación y descripción, es exigir que se abstraigan elementos comunes de las descripciones de varios observadores. Esta sugerencia de solución sería concordante con la proposición de Aristóteles de la descripción de una clase de objetos —la abstracción de los elementos comunes— que los lógicos aceptaron en un principio. Sin embargo, como demostró Cassirer (1953), los elementos comunes de n instancias de una clase de objetos se acercan a cero, a medida que n aumenta.

La solución del dilema de la subjetividad inherente de la observación, descansa en parte en el reconocimiento explícito de que un observador no simplemente registra el impacto de los estímulos (Kohler, 1959), sino que la observación necesariamente implica la selección o atención selectiva y la respuesta por parte del observador, a varios aspectos de una situación. Burt (1932) ilustró esta tesis en el caso de las ciencias naturales *objetivas*, donde nos demuestra que existe una considerable selectividad implícita en la elección de conceptos tales como *masa* o *fuerza*.

En resumen, podemos decir que la selectividad es un aspecto inherente de los intentos iniciales en la descripción de un conjunto de fenómenos nuevos o no investigados ni sistematizados. Esta aparente naturaleza arbitraria de la observación, dado que la selectividad del observador sea aceptada explícitamente, no necesita ser perturbadora. Se pueden desarrollar caminos posibles para lograr un consenso en la descripción, si los observadores se pueden poner de acuerdo en un conjunto de criterios que ayuden a especificar qué tipos de selectividad son permisibles en quien observa.

La variabilidad en la selectividad entre espectadores en el proceso de la observación de una situación dada, está en gran parte determinada por los intereses o metas del observador. La necesidad de hacer explícita la relación entre los intereses de éste y su actividad, se debe a la frecuente suposición encubierta de que la observación objetiva deberá estar divorciada de las predilecciones particulares de quien observa, sean éstas sus intereses o sus metas. En esta forma, al intentar hacer una observación sistemática, las variaciones debidas a estos factores pueden

disminuirse si los investigadores pueden ponerse de acuerdo, en forma explícita, acerca de qué tareas se han impuesto a sí mismos; esto es, acerca del objetivo o la meta de su observación.

Por otro lado, la variabilidad de las conductas de un observador, más allá de la oscilación determinada por sus intereses o metas, está determinada por las suposiciones implícitas o explícitas del mismo, acerca de lo que constituyen las categorías o variables importantes, así como de sus suposiciones sobre las posibles interrelaciones entre ellas.

La yuxtaposición de un conjunto de suposiciones interrelacionadas, ya sea implícita o explícita, rara vez es accidental. De acuerdo con Pepper (1942), sugerimos aquí que una metáfora o analogía (Simon y Newell, 1963) determina en forma típica el tipo de teoría que sirve de base a la observación y la descripción. La importancia de la metáfora en las teorías en desarrollo para ordenar los fenómenos de un área poco conocida de investigación, ha sido considerada por varios autores. Al intentar conceptualizar un conjunto desconocido de contenidos, se puede suponer que los contenidos desconocidos pueden ser semejantes en su forma de funcionar, a un conjunto de eventos o contenidos más conocidos o familiares, para los cuales ya existen conceptos e hipótesis.

En suma, una metáfora contribuye a los procesos de descripción de un conjunto de contenidos de la siguiente manera: por definición, un conjunto desconocido de contenidos es aquel para el cual no existe una teoría; esto es, le faltan conceptos y afirmaciones proposicionales. Una afirmación proposicional es aquella que relaciona dos o más categorías de una teoría, digamos, una suposición, una hipótesis, o una ley que está en relación con la teoría misma.

Un observador puede suponer que los contenidos desconocidos son generalmente semejantes a otro conjunto de contenidos que le son familiares. Puede proceder a traducir los conceptos y proposiciones de los contenidos conocidos a un conjunto análogo de conceptos y proposiciones del área desconocida. En esta forma la metáfora sirve en forma indirecta como guía en la observación y descripción de los contenidos desconocidos. Reiterando entonces, una metáfora sirve para generar una teoría y ésta a su vez, sirve como guía en la observación; sin embargo, como el tipo de metáfora usada determina el tipo de teoría que se genera, se colige que la metáfora seleccionada influye indirectamente sobre los tipos de observación que se hacen inicialmente en un área desconocida.

Por otro lado, las metáforas que se toman prestadas de un sistema lingüístico dado, no sólo tienden a restringir el sentido común, sino también la descripción sistemática formal de un conjunto de fenómenos. Se puede decir, alternativamente, que los sistemas de lenguaje diferentes, cuando son aplicados a la misma situación desconocida, introducen variabilidad en las maneras en las que se organizan y describan los estímu-

los sensoriales —variabilidad determinada por las metáforas implícitas prestadas de los lenguajes.

Los conceptos y relaciones implícitas en un sistema lingüístico dado, que se aplican a la caracterización de fenómenos en un área de contenido por medio del desarrollo de ese lenguaje. Por lo tanto, es bastante posible que haya cualquier número de metáforas incompatibles dentro de un sistema lingüístico en la caracterización de los fenómenos de un área de contenido dada. En esta forma, las descripciones informales de sentido común de un conjunto dado de contenido (ejemplo, descripciones para las cuales las metáforas, categorías y suposiciones correspondientes no se planteen en forma explícita), pueden involucrar metáforas incompatibles y por lo tanto suposiciones desacordes.

El uso de metáforas en la teorización progresa a lo largo de varias etapas. La actividad teórica puede proceder en forma típica —de un estado en el que el observador emplea una metáfora o analogía implícita de un área más conocida para él— en su intento por desarrollar conceptos para ordenar un nuevo contenido de fenómenos. A medida que el teórico trata de comunicar sus observaciones a otros, las categorías traducidas que están basadas en su metáfora, se vuelven más explícitas debido a que describen los eventos ordenándolos en varias categorías. Más aún, a medida que hipotetiza relaciones entre categorías en forma apriorística, esto es, anterior a la observación sistemática o experimentación, se le puede preguntar acerca de sus razones, y a medida que trata de explicarlas, se alude explícitamente a la analogía o metáfora. Ello se debe a que las afirmaciones proposicionales apriorísticas que relacionan las categorías se derivan de la metáfora.

Al considerar las metáforas en relación a los intereses y metas del observador, es importante hacer notar que la metáfora que un observador utiliza para desarrollar su teoría y los intereses que postula son con frecuencia independientes.

Metáforas diferentes y sus correspondientes teorías, son diferencialmente adecuadas para diferentes tipos de problemas. La tarea del investigador es, entonces, antes de decidirse a elaborar un modelo que esté basado en una metáfora dada, examinar metáforas alternativas y considerar sus respectivas contribuciones y aplicabilidad a los problemas que más le interesen.

Aunque las diferentes teorías por lo general se refieren a conjuntos de fenómenos no superpuestos —siendo este el caso de las teorías de la personalidad— también puede haber algunos ejemplos en los que dos o más teorías que están basadas en metáforas diferentes proporcionen descripciones diferentes del mismo conjunto de fenómenos.

Aun cuando una metáfora puede ser útil en la generación de una teoría rudimentaria que a su vez puede ser usada para la descripción de un conjunto de fenómenos desconocidos, el valor de la teoría, por

supuesto, sólo podrá estar dado en términos de la evidencia empírica que se relaciona con esa hipótesis. Con la acumulación de la evidencia se puede considerar necesario aumentar y/o crear nuevos conceptos originalmente no sugeridos por la metáfora y se puede requerir también la modificación de las afirmaciones proposicionales sugeridas en un principio.

El progreso en la teorización, más allá de la etapa en que la metáfora se selecciona para el estudio de una clase específica de problemas, consiste en la traducción de las categorías de ésta en conceptos de la teoría que incluyen el establecimiento explícito de criterios para la medición de los mismos. Si se ve que los criterios para clasificar los fenómenos en categorías son lo suficientemente confiables y válidos, el teórico procede a comprobar algunas de las afirmaciones proposicionales, derivadas de la metáfora, que relacionan las categorías unas con otras. En la investigación actual, tales afirmaciones proposicionales son denominadas suposiciones básicas de una teoría o hipótesis a comprobar.

TEORÍAS, MODELOS Y PARADIGMAS

Para muchos autores, teorizar significa especular acerca del estudio de algo. No obstante, sabemos que “los hechos” son elementos útiles que demuestran una realidad: un comportamiento y una conducta observables. Por lo tanto, para diferenciar el hecho de la teoría, R. Murray (1979) señala que el hecho y los datos pueden ser tanto observaciones discretas y mediciones de acciones como los resúmenes de dichas observaciones y sus respectivas mediciones.

En realidad no es fácil definir lo que es una teoría, ya que tiene muchos significados, sustentados en escritos filosóficos y científicos. Podríamos, sin embargo, inclinarnos por aquella corriente que la define como la explicación del cómo los hechos se acomodan o se juntan entre sí. Por lo tanto optaremos por decir que el proceso de teorizar lleva implícito el significado del acto de proponer, es decir: cuáles hechos son más importantes para comprender y qué clase de relación entre los hechos es más significativa para originar dicha comprensión. Porque la teoría es lo que da sentido a los hechos, o en pocas palabras, les da su significado. Sin teoría, los hechos son un desorden de manchas desorganizadas en un lienzo, de puntos desconectados que no forman el cuadro del cómo y el porqué se forma el niño.

La teoría se puede comparar con los lentes por los cuales se miran ciertas cosas. Estos lentes (*teoría*) filtran algunos hechos y les dan una estructura o significado particular.

LA TEORÍA Y OTROS TÉRMINOS

La teoría puede también referirse o relacionarse directamente con los esquemas para organizar datos. Una teoría será cualquier proposición que describa: 1. cuáles hechos son los más importantes para comprender algo, y 2. qué clase de relación entre los hechos es más significativa para originar dicha comprensión. Otros estudiosos restringen el uso del término teoría y la definen como un conjunto de propuestas que incluyen: *a)* leyes y principios que sirvan de axiomas, *b)* otras leyes o teoremas que se deducen de los axiomas, y *c)* definiciones de los conceptos (Reese Overtor, 1970). Sin embargo se encuentra en la bibliografía de la psicología una gran variedad de términos de uso común. Significan éstos un grave problema, pues en la praxis se deben relacionar unos con otros. Por ejemplo, algunos autores usan los términos teoría, modelo y paradigma como sinónimos.

Pero antes de adentrarnos en el análisis de la teoría, revisaremos algunos de estos términos teóricos para conocer cómo los usan los diferentes autores. Los más comúnmente usados como sinónimos son: teoría, modelo, paradigma, analogía, estructura y sistema. Y los usados para identificar las diferentes propuestas dentro de una teoría son: propuestas, axiomas, postulados, hipótesis, principios y leyes. Como se describió anteriormente, teoría es cualquier proposición que describa: 1. cuáles hechos son los más importantes para comprender, y 2. la clase de relación entre los hechos más importantes que originen la comprensión.

La palabra modelo ha adquirido gran popularidad en las últimas décadas como etiqueta para propuestas teóricas. No obstante, el término causa cierta confusión, ya que cualquier autor puede utilizarlo en su sentido más amplio, mientras que otros, de una manera más restringida. En su sentido más amplio, "modelo" puede significar cualquier idea tentativa de relación entre variables. A este nivel tan general, un modelo puede ser una palabra que sugiera algo sobre la naturaleza básica del hombre y su realidad. En un sentido más limitado, se ha usado la palabra modelo para explicar, por ejemplo, una representación gráfica o matemática de la manera en que algo funciona.

Otro término comúnmente usado en psicología es "paradigma". Algunos autores lo utilizan para exponer un modelo muy general, un amplio punto de vista, o describen las relaciones entre la realidad y lo humano; así también, para definir un punto de vista general o específico de la descripción de la relación entre las variables. En este sentido se equipara paradigma con modelo, y se usan ambos términos de manera indiscriminada.

Las palabras estructura y sistema se consideran conjuntamente, porque tienen el mismo significado. Cada cual identifica los elementos que componen algo y describe la manera como estos elementos se interre-

lacionan. Al conjunto complejo de principios y sus interacciones se le llama "sistema". Así pues, un segmento de un complejo conjunto de principios puede ser tomado como una entidad separada con sus principios constituyentes y también llamarse sistema o subsistema por sí mismo.

Hay seis palabras que se refieren al tipo de proposiciones que deben incluirse en la teoría, las cuales son: propuesta, axioma, postulado, hipótesis, principio y ley.

Para entender en forma pragmática estos seis términos, debemos precisar el papel que desempeña cada uno de ellos dentro de las cuatro fases que todo autor debe experimentar para crear una teoría.

Para empezar, los teóricos aceptan ciertos conceptos como verdaderos, sin necesidad de comprobarlos. Estos principios, autoevidentes, son en forma frecuente llamados propuestas, axiomas o postulados. Un axioma o un postulado, es una proposición formal de una convicción, en la cual el modelo teórico se fundamentará.

Después de establecer el fundamento de la proposición y postularla, el teórico crea la superestructura del modelo. Por lo general, el modelo, o algunos aspectos de éste, se proponen en forma tentativa, porque el autor no está seguro todavía de que esto represente un retrato exacto de lo que quiere fundamentar; por ejemplo, el autor dice: "aparentemente el niño se desarrolla de esta manera y por estas razones"; sin embargo, no está totalmente seguro. Entonces, para resolver preguntas que están todavía inconclusas acerca de la validez de su teoría, el teórico puede condicionar sus propuestas para ser probadas y comprobadas, y obtener de este modo lo que usualmente se llama hipótesis.

Una hipótesis o estimación tentativa del verdadero estado de una situación, es una propuesta que no está siempre en forma condicional. Puede ser un enunciado declarativo simple, que implica solamente la condición. Como otra opción, la hipótesis se puede proponer en forma interrogativa.

Cuando se comparan teorías, lo que interesa es comprender las diferencias de cada una y juzgar por qué razón una es mejor que la otra. Pero para emitir este juicio, es necesario saber qué estándares servirán de base para precisar qué tan correcto es. Sin embargo, no todos prefieren la misma teoría porque no todos utilizan los mismos estándares para apreciarlas. Así, proponemos revisar algunos de los estándares más comunes que se utilizan para diferenciar las teorías correctas de las erróneas.

Se consideran nueve estándares para poder juzgarlas, los cuales no deben adoptarse como propios; se proponen y si le convencen o se adaptan a sus propios valores, entonces adoptará unos, eliminará otros y añadirá los propios estándares que le permitan enjuiciar cualquier teoría que se presente. Estos estándares se proponen, no para decidir lo que

debe ser llamada una teoría, sino para ver qué tan válida o qué tan buena o mala puede ser.

Regla 1. Una teoría es mejor si refleja con exactitud los hechos de un mundo real. Por lo tanto, es un error llegar a conclusiones a partir de una muestra pequeña de una gran población, cuando existen razones para creer que las condiciones de los dos grupos son diferentes de manera significativa.

Regla 2. Una teoría es mejor si está planteada de una manera clara y comprensible para cualquier persona que sea razonablemente competente; es decir, para cualquier persona que posea un buen manejo de su lenguaje y de las matemáticas, y una capacidad de análisis lógico. Para ser más explícitos, ser razonablemente competente es la capacidad para comprender: 1. qué facetas o eventos del mundo real se refieren a determinada parte de la teoría, 2. el significado de los términos utilizados en el modelo, 3. las propuestas básicas en las que el modelo se fundamenta, y 4. cómo las explicaciones o predicciones del modelo se deducen lógicamente de las definiciones y propuestas. Si se observa falta de claridad en determinada teoría, es probablemente error del teórico por plantearla en forma confusa, o error del lector por carecer de la competencia razonable para comprenderla.

Regla 3. Una teoría es mejor si no sólo explica el porqué de la ocurrencia de los sucesos en el pasado, sino que también predice con exactitud lo que va a suceder en el futuro. Y mejor aún, si hace predicciones acerca de alguna conducta específica, en vez de especular en relación con comportamientos generales.

Regla 4. Una teoría es mejor si ofrece una guía práctica para la resolución de problemas cotidianos, en lugar de relegarlos a la responsabilidad de determinados profesionales que puedan resolverlos.

Regla 5. Una teoría es mejor si es internamente consistente. La esencia de la teoría es su estructura, la descripción de sus elementos y la manera en que éstos interactúan. Los teóricos eligen diferentes formas para exponer los marcos de referencia de sus principios; por ejemplo: a pesar de que los teóricos explican verbalmente sus modelos, algunos acompañan sus descripciones verbales con símbolos matemáticos que permiten manipular los componentes de la teoría de acuerdo con las reglas lógicas. También se utilizan los diagramas, si la teoría involucra dos dimensiones que interactúan, como la relación entre edad mental y cronológica; entonces, dicha relación se representa con una fórmula simple. De cualquier manera, el modo de presentar el sistema (palabras, símbolos matemáticos o diagramas) de acuerdo con este estándar, debe ser internamente consistente.

Regla 6. Una teoría es mejor si es más económica en el sentido de su fundamentación; es decir, que contenga el menor número de propuestas

no comprobadas y que requiera de mecanismos simples para explicar todo el fenómeno que abarca. Lloyd Morgan propuso que cuando dos explicaciones de un fenómeno van de acuerdo con los hechos, es preferible elegir la más simple de ellas.

Regla 7. Una teoría es mejor si no es falsificable o desconfirmable. Para ilustrar el problema de lo falsificable, daremos el siguiente ejemplo: imaginemos que se crea una teoría de desarrollo social en la que la dieta es el primer determinante del ajuste social de un niño. Se propone que la combinación apropiada de la vitamina B es particularmente importante, pues originará un niño bien ajustado en el aspecto social, mientras que la mala combinación dará como resultado un niño desajustado. La hipótesis, en esta forma, se vuelve falsificable cuando se especifica la apropiada o inapropiada combinación de la vitamina B. Ahora se pueden hacer experimentos para determinar si este aspecto es o no válido. Pero vamos a añadir otro elemento a esta teoría que será llamado factor de contraparte, y propondremos que cuando esté presente, la combinación de la vitamina B trabajará de forma opuesta a la que normalmente se esperaría. Si añadimos este factor, esta teoría se ha convertido en no falsificable. Si alguien trata de comprobar esta teoría y descubre que muchos niños que ingieren una combinación impropia de vitamina B son niños bien ajustados socialmente, se le explicará que en esos niños el factor contraparte es el que ha operado. Por lo tanto, la teoría es no falsificable y será siempre correcta.

Regla 8. Una teoría es mejor si estimula la creación de nuevas investigaciones técnicas y el descubrimiento de nuevos conocimientos. Esto puede ser llamado *criterio fértil*, pues muchos teóricos han sido muy fértiles en cuanto al número de nuevas investigaciones que han abierto y la cantidad de estudios que han estimulado.

Regla 9. Una teoría es mejor si llega a ser autosatisfactoria, es decir, si explica con sentido el desarrollo. Esto puede ser llamado al estándar de la autoafirmación. Es una especie de conjunto que depende no sólo de los estándares previos, sino de factores emocionales e intuitivos que no son identificados fácilmente.

DEFINICIÓN Y CARACTERÍSTICAS DE UNA TEORÍA DE LA PERSONALIDAD

Las bases para describir los méritos relativos de las diferentes teorías han sido muy discutidas. Una forma de resumir los hechos es en términos del uso y de la aplicabilidad práctica de un sistema teórico como criterio de su valor. Algunos autores han rechazado este criterio.

El sistema evaluativo se deriva de una orientación más básica acerca de la naturaleza y función de los conceptos o sistemas conceptuales en

general. Algunos teóricos (Kelly, 1955; Piaget, 1960) han expresado que los conceptos que un individuo utiliza para ordenar y describir su experiencia tienen un significado adaptativo en el hecho de que le permiten prever, anticipar o predecir, sobre la base de una información limitada, qué es lo que posiblemente suceda en una situación nueva o desconocida. De esto se sigue que en tal forma se le permite al individuo tener algún grado de control o influencia sobre lo que le sucede en variadas situaciones.

El valor práctico de un sistema estará, por supuesto, basado en la confiabilidad de las categorizaciones que haga el sujeto, y en las interrelaciones reales que existan entre los diferentes criterios usados por él. Si las conductas en cuestión pueden ser categorizadas en forma confiable, y si éstas se hallan altamente interrelacionadas e inversamente correlacionadas con otras clasificaciones dentro de otra u otras categorías, esperamos que la persona que utilice este sistema de categorización pueda derivar de él algún poder predictivo y algún control de sus relaciones interpersonales. Por otra parte, es bastante posible que las conductas no puedan categorizarse en forma confiable, y que aún pudiendo, quizá las conductas clasificadas dentro de una categoría no estén interrelacionadas. Como consecuencia, en el caso de la falta de confianza en la categorización, el individuo no tiene forma de comprobar sus predicciones y esencialmente mantiene un sistema de categorías que puede ser refutado. En el caso de tener categorías confiables, pero criterios no correlacionados, el sujeto tiene por lo menos la opción de comprobar la exactitud de sus predicciones. Es posible, en el último ejemplo, que la utilización del sistema de categorías particular que haga el individuo tienda a disminuir las oportunidades de comprobar sus predicciones.

Cualquier sistema conceptual, ya sea el limitado y relativamente simple que los individuos usan en sus observaciones cotidianas y los intentos de predicción e influencia que tratan de ejercer sobre sus relaciones interpersonales, o en el caso de un tipo de sistema conceptual más elaborado y formal, como en una teoría de la personalidad, puede ser examinado en términos de su valor predictivo y su posibilidad de proveer un control. En esta forma, una teoría o un sistema conceptual limitado puede ser visto como un instrumento que provee de *variados grados* de poder predictivo o de posibilidad de control o influencia. La calificación de *variados grados* requiere mayor elaboración. Los conceptos de precisión y generalidad (Pepper, 1942) pueden aplicarse a cualquiera de los dos criterios. El grado de precisión o generalidad de predicción que una teoría proporciona al que la utiliza, constituye un conjunto de los criterios para juzgar el valor de la misma. En este contexto, la precisión se refiere al grado en que se pueden hacer afirmaciones discriminativas, correlativamente exactas, acerca de eventos que

no estaban incluidos en la muestra inicial de ejemplos que llevó a la elaboración de las afirmaciones proposicionales del sistema teórico.

En el contexto del control o influencia de las conductas interpersonales, la precisión se refiere al grado en que se pueden producir cambios específicamente denotativos o relativamente exactos por medio de la utilización de la teoría.

De dos sistemas teóricos, aquel que categorice y tenga afirmaciones proposicionales que relacionen a un rango más amplio de fenómenos es el que integrará el sistema más general. El grado de generalidad de dos sistemas puede ser fácilmente comparado cuando los fenómenos que uno de ellos intenta categorizar son un subconjunto de los fenómenos que el segundo describe. El segundo es el sistema más general. Sin embargo, cuando ninguno de los conjuntos totales de fenómenos del sistema pueden incluirse como un subconjunto del otro sistema, los grados relativos de generalidad serán muy difíciles de especificar. En estas situaciones el criterio de precisión que corresponde al área de especialización de cada teoría, será el más importante.

Un sistema teórico más general, al categorizar y hacer afirmaciones proposicionales que relacionan a un rango más amplio de fenómenos, parecería también capaz de hacer predicciones y especificar los procedimientos para influir la conducta en un rango más amplio de instancias. Sin embargo, al comparar el grado de generalidad de dos teorías, uno no necesita hacer esta suposición. En vez de esto, se puede proceder directamente a la evaluación del grado de generalidad en la predicción de cada una de las teorías, y del grado de generalidad en la especificación *de los procedimientos que influyen la conducta, para cada teoría*. De dos hipótesis que fueran igualmente generales, la más precisa sería considerada más valiosa sobre la base de los criterios anteriores. Una vez más, de dos teorías casi igualmente precisas, la más general sería considerada la más valiosa.

Además de su valor en predecir e incluir los fenómenos que intentan describir, tenemos la economía de esfuerzo que proporcionan al usuario.

Una teoría es un sistema conceptual bien coordinado, que intenta dar coherencia racional a un cuerpo de leyes empíricas conocidas, de las cuales se pueden deducir teoremas cuyos valores predictivos pueden ser probados (Allport, 1965); constituye cuando nos referimos a una teoría de la personalidad, la organización parsimoniosa del rango total de conocimientos en un campo dado (Allen, 1965), lo suficientemente comprensiva como para abarcar o predecir un amplio rango de conducta humana.

Las características de una buena teoría de la personalidad son, según algunos autores, las siguientes: las afirmaciones de ella deben estar de acuerdo con los datos empíricos que la basan; debe generar investigación; debe ser simple y parsimoniosa; debe ser general (abarcar en su

explicación a un gran número de eventos); debe ser suficientemente operacional para poderse comprobar empíricamente; debe ser consistente y lógica; y, por último, una buena teoría debe tener utilidad y valor explicativo y práctico (Hall y Lindzey, 1965; McClelland, 1967; Allport, 1965).

Se han hecho algunos intentos para clasificar las definiciones y las diferentes aproximaciones al estudio de la personalidad. Es probable que la primera haya sido realizada por Allport, en 1937. Él sugirió 7 categorías: biofísicas, biosociales, únicas, integrativas, del ajuste, esencial diferencial, y de ómnibus (1937). Otras clasificaciones diferencian entre estructura y dinámica, rasgo y tipo; entre ser ideográficas o nomotéticas.

Las teorías ideográficas buscan regularidades intraindividuales, estudiando pocos casos únicos; basan sus afirmaciones y suposiciones en el reporte de lo que es inmediatamente observable e interpretable en términos de la situación y localización dentro del espacio vital más amplio del que percibe o se comporta; es decir, se atiende a la interpretación que da el sujeto de lo que sucede dentro de él, de acuerdo a como él lo percibe, a su realidad subjetiva, subrayándose las características únicas y el estudio de la personalidad total.

Las teorías nomotéticas buscan regularidades interindividuales, estudiando a grandes conjuntos de sujetos al mismo tiempo, investigando cuáles aspectos o factores se presentan en todos, con más o menos regularidad; y tratan de descubrir las leyes generales que explican y gobiernan a éstos. Si bien reconocen la existencia de hechos únicos, explican estos como el "punto de intersección de un número de variables cuantitativas" (Eysenck, 1952).

Uno de los principales problemas al definir la teoría de la personalidad es el hecho de que los científicos se rehúsen a reconocer las teorías existentes como reales dentro del modelo científico. Ya sea que no puedan cumplir los criterios de una teoría científica real (Sarason, 1966) las teorías existentes no son tales y por lo tanto requieren un nuevo lenguaje, nuevos métodos y una ciencia aparte de la persona (Shontz, 1965). Cuando los estudiosos de la personalidad se enfrentan a la pregunta ¿cuándo una teoría no lo es? o ¿la formulación de las teorías tendrá que ser diferente para cada uno de los apartados de la ciencia?, se colige que la respuesta al respecto tendrá que encontrarse en el futuro.

Por otro lado, Farber sostiene que una teoría relativamente comprensible de la conducta, especialmente si contiene variables de tipo motivacional, se califica como teoría de la personalidad.

Parece ser que la tendencia actual acerca más al término de teoría de la conducta o teoría conductual que al término de teoría de la personalidad.

En los párrafos anteriores hemos subrayado la variabilidad en la descripción de configuraciones idénticas de estímulos, la posibilidad de interpretaciones alternativas o la posibilidad de construcciones alternativas. Hemos sugerido que la variabilidad en la descripción está basada en los siguientes factores; intereses del observador, metáfora empleada y sistema lingüístico utilizado.

El grado de variabilidad en la descripción de quien observa es en sí mismo variable dependiendo de los tipos de fenómenos a los cuales se describe. Se puede pensar que el grado de variabilidad en la descripción del teórico aumenta con la ambigüedad o falta de textura de la situación descrita. En forma circular, la estructura se define entonces como el grado de consenso dentro de un grupo cultural en la descripción de una situación dada.

Las consistencias en las conductas de la misma persona en diferentes contextos, son denominadas características, hábitos, rasgos, etc., y la colección de estos, incluso sus interrelaciones, se denomina personalidad. La tarea principal de una teoría de la personalidad radica en establecer aquellas consistencias de la conducta que no están determinadas por variables contextuales. Cada teoría de la personalidad propone, entonces, sus propias listas de rasgos e interrelaciones supuestas entre las características; éstas son las dimensiones o factores de personalidad que pueden usarse para clasificar las conductas interpersonales más estables de un individuo. Estas dimensiones de la personalidad junto con las variables contextuales sirven para explicar la variabilidad de la conducta —por ejemplo las variaciones en la conducta se expresan como alguna función de las oscilaciones de las dimensiones en la personalidad y de las variables contextuales. Esto en esencia constituye nuestra definición del área de la personalidad.

Cualquier teoría de la personalidad que se suponga ser razonablemente comprensiva deberá conjuntar las siguientes tónicas.

Ya sea general o relativamente limitada en su alcance, una teoría de la personalidad extrae un segmento de fenómenos sociales interpersonales que son considerados significativos desde su punto de vista —significativos en el sentido de que son de interés vital para la teoría. El problema básico entonces, es explicar la variabilidad de estos fenómenos. El término variabilidad se refiere ya sea a las variaciones de la conducta en la misma persona o a las diferencias entre las conductas de diferentes personas. La definición de la variabilidad se precisa claramente a medida que las categorías para clasificar la conducta y los procedimientos de medición se hacen más explícitos y consensuales.

Una vez que se ha establecido la variabilidad en la conducta interpersonal, la tarea del teórico consiste en explicar la mayor parte de esta variabilidad que le sea posible. La frase *explicar la variabilidad* se refiere a indicar en qué forma se encuentran relacionadas sistemáticamente las

variaciones a lo largo de una dimensión o factor dado, con las variaciones en otros factores. En forma típica, un teórico relaciona ciertas categorías y sus dimensiones asociadas con las categorías dependientes principales. Es la variabilidad en la conducta relacionada con estas categorías la que intenta explicar. La explicación de tal variabilidad consiste en demostrar cómo las variaciones en tales categorías dependientes se relacionan con las variaciones en otras categorías independientes. Entre más elaborada sea una teoría, con más precisión podrá especificarse la variabilidad de sus factores dependientes principales en términos de sus factores independientes. La variabilidad restante, no explicada en la variable dependiente, se considera como error experimental; esto es, variabilidad debida al azar o a factores desconocidos e incontrolados.

Trataremos de presentar los procedimientos que se siguen típicamente al tratar de explicar la variabilidad en los fenómenos de interés. Tales procedimientos pueden estar ejemplificados por conjuntos de preguntas como las que exponemos en los siguientes párrafos.

La cuestión más amplia que se le puede formular a cualquier teoría de la personalidad es: ¿cuál es la relación funcional entre las variables interpersonales y/o variables contextuales externas y las variables conductuales? Para contestar tal pregunta primero tendremos que resumir las categorías o variables que la teoría propone para la clasificación de la persona, del contexto y de la conducta. Después, deberemos resumir las afirmaciones proposicionales que la teoría utiliza para relacionar los efectos de los factores personales, contextuales, y los efectos interactivos de estos con los factores conductuales. Como hemos visto, tanto las categorías como las afirmaciones proposicionales de una teoría son típicamente generadas sobre la base de alguna metáfora implícita o explícita, y la tarea de resumir las categorías y afirmaciones proposicionales de una teoría se ve simplificada si se puede establecer en forma explícita la metáfora subyacente.

La pregunta general anterior puede basarse en términos de varios factores que la componen en la siguiente forma: *a)* para un observador dado y en un contexto dado, ¿cómo se interrelacionan las variables intrapersonales con las variables conductuales?; *b)* para un observador dado y una persona dada, ¿cómo se relacionan las variables conductuales?; *c)* si los efectos de las variables intrapersonales y contextuales no son postulados como independientes unos de otros, ¿cómo se considera que interactúan en su contribución a los resultados conductuales? Los análisis psicológicos que intenten responder a las preguntas anteriores serán denominados contemporáneos. Si el análisis contemporáneo de la conducta tiene buen éxito, y las cuestiones anteriores son respondidas en forma satisfactoria para el teórico-observador, se concluirá que éste puede explicar la consistencia o variabilidad de la conducta dentro del individuo o la consistencia o variabilidad de las conductas entre indi-

viduos, en contextos iguales o diferentes. Se colige también que las preguntas al respecto del funcionamiento psicopatológico también podrán ser explicadas, aunque sea en forma parcial puesto que una condición necesaria para que una conducta se considere patológica es que sea poco frecuente en el contexto en el que ocurre.

También nos podemos formular, y hacerle a las teorías de la personalidad otras tres preguntas interrelacionadas. Este conjunto de cuestiones estará diseñado para producir análisis de los fenómenos o cambios relativamente estables en los valores de las categorías intrapersonales que un individuo manifiesta a lo largo del tiempo, ya sea en el curso del desarrollo o bajo presiones contextuales especiales. Estas interrogantes son: a) ¿cómo surge o se desarrolla un patrón o constelación de valores dados de categorías intrapersonales?; b) ¿cómo se mantiene una constelación dada de valores de categorías intrapersonales?; c) ¿cómo se puede inducir para que aparezca cuando no está presente una constelación dada de valores de categorías intrapersonales? Los análisis que intentan constatar este grupo de preguntas se denominan *análisis longitudinales*.

En la mayoría de las teorías de la personalidad que intentan ser comprensivas, parece haber una división del trabajo en el sistema de categorías y afirmaciones proposicionales que relaciona estas categorías. Algunas de las categorías y afirmaciones proposicionales se enfocan a las preguntas contemporáneas mientras que otras están especialmente diseñadas para responder a preguntas longitudinales.

Bibliografía

- ALLEN, R. M., *Variables in Personality Theory and Personality Testing: An Interpretation*, Charles C. Thomas Publisher, 1965.
- ALLPORT, F. H., *Theories of Perception and the Concept of Structure*, Wiley, Nueva York, 1965.
- BISCHOF, L. J., *Interpreting Personality Theories*, (segunda edición), Harper y Row, 1964.
- BURTT, E. A., *The Metaphysical Foundations of Modern Physical Science*, Doubleday, Nueva York, 1932.
- CASSIRER, E., *Substance and Function and Einstein's Theory of Relativity*, Dover, Nueva York, 1953.
- CATTELL, R. B., *The Scientific Analysis of Personality*, Aldine Publishing Company, Chicago, 1965.
- EYSENCK, H. J., *The Scientific Study of Personality*, Rutledge & Kegan Paul, Londres, 1952.
- GUILFORD, J. P., *Personality*, McGraw Hill, Nueva York, 1959.
- HALL, C. S. y LINDZEY, G., *Theories of Personality*, Wiley, Londres, 1965.
- KELLY, G., *The Psychology of Personal Constructs*, Norton, Nueva York, 1955.
- KOHLER, W., *Gestalt Psychology*, Norton, Nueva York, 1959.

- McCLELLAND, D. F., *Personality*, Holt, Rinehart y Winston Inc., Nueva York, 1967.
- MEHRABIAN, A., *An Analysis of Personality Theories*, Prentice Hall, Nueva Jersey, 1968.
- PEPPER, S. C., *World Hypothesis*, Univ. of Calif. Press, Berkeley, 1942.
- PIAGET, J., *Psychology of Intelligence*, Littlefield, Adam; Paterson, Nueva Jersey, 1960.
- REIDL, L., *Estudio preliminar a la estandarización de la prueba "Junior-Senior, High School Personality Questionnaire" del doctor Raymond B. Cattell en un grupo de adolescentes*, Tesis profesional de licenciatura en psicología, UNAM, febrero, 1969.
- SARASON, G. I., *Personality: An Objective Approach*, Wiley, Nueva York, 1956.
- SHONTZ, F. C., *Research Methods in Personality*, Appleton-Century Crofts, Nueva York, 1965.
- SIMON, H. A. y NEWELL, A., "The uses and limitations of models", en M. H. Marx (dir.), *Theories in Contemporary Psychology*, Macmillan, Nueva York, 1963, págs. 89-104.
- THOMAS, M., *Comparing theories of child development*, Wadsworth Publishing Co., California, 1979.
- WHITTAKER, D. O., *Psicología*, Ed. Interamericana, México, 1968.

2

FREUD

INTRODUCCIÓN

La teoría más inquietante acerca del desarrollo de la personalidad fue la del psicoanálisis, propuesta por Sigmund Freud. A finales del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX, mucha gente se impresionó con esta teoría, pues sostenía que los motivos sexuales (con la interpretación sexual en el sentido liberal) influían, si no a todas, sí a la mayoría de las conductas humanas. Aún más influyentes fueron sus consideraciones acerca de la sexualidad infantil. Para el público y los profesionistas médicos de la época, la idea de que los niños tienen pensamientos sensuales importantes para su ajuste social y personal, era una clara distorsión de la verdad, por parte de mentes sucias y neuróticas.

No tan revolucionaria en el aspecto moral, pero no por eso menos perturbadora, era la idea de Freud de que la mayor parte del tiempo no sabemos en forma consciente por qué actuamos del modo en que lo hacemos, pues en vez de comportarnos como seres racionales, somos guiados y manipulados por necesidades primitivas y por traumas de nuestro pasado, los cuales residen en lo que Freud llamó inconsciente. En el siglo XVI Copérnico inquietó al género humano, al sugerir que el centro del universo no era la Tierra. Darwin hizo lo propio al proponer que el hombre descendía de formas de vida inferiores y que no era el ser único y divino que creía ser. En su momento, Freud vuelve a trastornar a la humanidad al señalar que el consciente no es el dueño de su fe ni capitán de su alma, sino que el hombre es víctima de sus propios impulsos inconscientes.

Así, con el transcurrir de los años y desde que expuso su teoría, Freud ha ganado una buena cantidad de seguidores. Su trabajo y la revisión del mismo por generaciones posteriores a la suya, representa en la actualidad una rama importante de la psicología. Es más, muchas de sus

ideas principales han alcanzado recientemente posición de sentido común.

Con frecuencia es mucho más fácil comprender una teoría, si se sabe cuál fue la secuencia de las investigaciones que fundamentaron el modelo. A pesar de esto, en el caso del psicoanálisis empezaremos por considerar el modelo de Freud, al contemplar el rompecabezas que estimuló sus especulaciones acerca de la naturaleza de los niños y las fuerzas que determinan su desarrollo.

Sigmund Freud (1856-1939), austriaco, en su práctica como neurólogo encontró numerosos casos insólitos. Los pacientes acudían con una gran variedad de padecimientos, como parálisis de la mano, dolores o visión borrosa, que no se podían explicar mediante el conocimiento psicológico tradicional. Sin embargo, los síntomas sugerían un daño en el tejido nervioso, pero los exámenes demostraban que dicho sistema estaba intacto. ¿Cómo era posible que la gente sufra de estos padecimientos, sin algún daño en el sistema nervioso? Mientras Freud meditaba acerca de este problema, supo del trabajo que realizaba con hipnotismo Jean Charcot en París. Charcot demostró que a las personas bajo hipnosis se les podía decir que tenían algún padecimiento y que al despertar no iban a saber el origen de dicho padecimiento. Además, tampoco recordarían haber recibido una sugestión durante la hipnosis, y al salir del trance mostrarían el síntoma sugerido, como parálisis de una pierna, insensibilidad de la piel o sordera. Charcot podía también aliviar ciertos síntomas bajo la hipnosis, sugiriendo a los pacientes que ya no sufrirían más el padecimiento que los llevó a su clínica. Al despertar, algunos de los pacientes efectivamente habían perdido el síntoma del que se quejaban antes de ingresar a la clínica.

A Freud le interesaron tanto los experimentos de Charcot que trabajó con él un año en París para estudiar la metodología y los efectos de la hipnosis. Freud se preguntaba por el origen de estos fenómenos y la relación entre sus propios casos médicos y los de la clínica de Charcot. ¿Cómo se estructura la personalidad humana y cómo se relaciona la mente con el cuerpo para causar esos problemas? Para contestarse esto, Freud, durante las siguientes décadas, desarrolló su teoría psicoanalítica de la personalidad. Incluida en la teoría se encuentra la concepción del desarrollo del niño, la cual ha ejercido gran influencia en diferentes áreas de la psicología de nuestros días. Ciertos conceptos de la teoría freudiana son ya generalmente aceptados por psicólogos, educadores y trabajadores sociales, incluso por aquellos que rechazaron en un principio la teoría psicoanalítica.

La teoría psicoanalítica es bastante compleja, no sólo porque tiene muchas ramificaciones, sino porque los seguidores del psicoanálisis están frecuentemente en desacuerdo entre ellos mismos acerca de los problemas más importantes de esta teoría. El mismo Freud alteró su teoría en varias ocasiones.

El concepto de un estado inconsciente de la mente no era enteramente nuevo en el campo de la filosofía, pero fue Freud quien elaboró dicho concepto y le asignó un papel central en la conducta. Al proponer el inconsciente, Freud explicó los desórdenes que en forma inexplicable sufrían sus pacientes. Así, propuso que la persona que enfrenta problemas imposibles de resolver en su vida diaria encuentra el problema psicológicamente doloroso, por lo que, para escapar de ese irresoluble problema, de manera automática lo aleja de su consciente. Entonces, el paciente “olvida activamente el problema”, pero ese material olvidado no se va de la mente, sino que sólo es relegado a la condición del inconsciente y queda reprimido para mantener oculto el sufrimiento de la existencia, lo que le permite conscientemente sentirse mejor y en paz. El problema, ahora inconsciente, continúa agitando y expresándose tortuosamente de modos diferentes. Uno de ellos puede ser un sufrimiento corporal, como una migraña o la paralización de alguna parte del cuerpo. Ante esto, Freud concluyó que los extraños síntomas mostrados por sus pacientes tenían su origen en conflictos mentales no resueltos y que se agitan insistentemente en el inconsciente de sus mentes. No sólo estos desajustes corporales, a los que llamó “síntomas de histeria conversiva”, eran consecuencia de conflictos mentales deprimidos, sino que creía que eran la completa indumentaria de síntomas neuróticos; indumentaria que incluía fobias, obsesiones, compulsiones y ansiedades. Para mejorar estos síntomas y curar efectivamente las neurosis, Freud propuso que la represión del conflicto, que se originaba en un problema del desarrollo temprano de la vida del paciente, tenía que ser traído al consciente.

Por lo tanto, el paciente debía reconocer el origen de sus dificultades y revelar verbalmente la situación del conflicto original, para más tarde trabajar sobre el mismo de una manera emocionalmente constructiva y satisfactoria, y de este modo liberarse de la neurosis. Para poder desarrollar su esquema de trabajo, Freud tuvo que descubrir el proceso que le permitiera encontrar los conflictos inconscientes y presentarlos a los pacientes, quienes así los aceptarían como verdades merecedoras de ser tratadas seriamente. Desde muy temprano en su carrera, Freud intentó diferentes maneras de descubrir los conflictos inconscientes. Primero empezó con la hipnosis, pero más tarde reportó su decepción por ella, pues era una aliada temperamental y mística. Por consiguiente, se rindió y se comenzó a trabajar con la asociación libre y la interpretación de los sueños.

El proceso para la libre asociación consiste en estimular al paciente a relajarse, usualmente en un diván, para que describa sus pensamientos libremente y sin cortapisas. El analista escucha durante horas su narración para localizar los temas ocultos del conflicto que son indicadores o símbolos de los problemas escondidos. Por medio del proceso de la

asociación libre, el analista empieza a asumir que el impulso ansiosamente reprimido está en busca de una oportunidad para ser activado y, cuando esto sucede y triunfa, se envía al consciente un sustituto irreconocible y disfrazado de lo que se ha reprimido. El trabajo del analista es desenmascarar los elementos significantes de la narración del paciente y revelar el porqué estaban realmente en el desarrollo pasado del individuo.

De manera semejante, Freud usa la interpretación de los sueños y considera el sueño como una ventana, aunque brumosa y distorsionada, para mirar los contenidos del inconsciente. Considera que durante el sueño la fuerza censora, que busca prevenir a los conflictos inconscientes de entrar al consciente no está tan alerta como en el estado de vigilia. Por lo tanto, los sueños, en el esquema de Freud, son el resultado de la persona.

Un analista es una persona con habilidades para interpretar sueños, de manera que puede revelar la naturaleza y la fuente de los conflictos inconscientes del paciente.

El significado de la confiabilidad de la libre asociación y la interpretación de los sueños es doble. Primero, ambas técnicas son herramientas cruciales para llevar al cabo su sistema de terapia. Segundo, sirven como fuentes casi exclusivas para la obtención de datos de la niñez, de donde se edifica su modelo de desarrollo. Los recuerdos, obtenidos de la asociación libre y de los sueños, constituyen la descripción del crecimiento sexual.

El ello, el yo y el superyó se entrelazan con las etapas del desarrollo psicosexual del niño; éste es un proceso muy complicado.

Como prefacio de estos temas, es necesario reconocer que todas las conductas físicas y psicológicas necesitan energía para activarse. En la teoría psicoanalítica, la fuente de toda energía son los instintos, y el instinto se define como un factor de nacimiento que da fuerza y dirección a las actividades psicológicas. Durante tres décadas, Freud experimentó con varios conceptos de instintos. Más tarde, en 1920, estableció un par básico de fuerzas motivadoras: los intentos de vida y de muerte, que pensó que competían por expresión y supremacía y por dirigir la conducta física durante el periodo de vida de la persona. La fuerza de los instintos vitales se refleja en actos creativos, de amor y de altruismo. La influencia del instinto de muerte se muestra en los actos destructivos, en el odio y en la agresión. Freud aplicó la palabra libido a la energía física derivada del instinto de vida, pero no acuñó ningún término paralelo para la energía emitida por el instinto de muerte.

Desde el punto de vista de los instintos, el proceso de vida consiste en la competencia continua entre las fuerzas aparentes de vida y muerte: amor contra odio y preservación de la vida contra la autodestructividad. Algunas veces el comportamiento representa la fusión de las dos, como la agresión contra un enemigo amenazante (motivada por el instinto de

muerte) que preserva la vida propia y promueve el bienestar (que es el objeto del instinto de vida); durante la niñez y la vida adulta, la evidencia del instinto de vida aparenta ser el más prominente, aunque la última victoria la gana obviamente, la fuerza opuesta, cuando la vida acaba y el organismo pierde toda animación y regresa al estado inorgánico pasivo que es la última meta del instinto de muerte.

En la teoría psicoanalítica, la personalidad de un recién nacido consiste en un solo componente operacional llamado *ello*. Es éste el nivel inconsciente que contiene todo lo que se hereda y que está presente en el nacimiento, está establecido en su constitución y, sobre todo, en sus instintos. Es con este *ello* que la libido construye una especie de presión en busca de expresión; visto de otro modo, la energía libidinal que surge del *ello* asume la forma de necesidades que demandan ser satisfechas. La liberación de la libido se experimenta por el niño como placer, y el bloquear la liberación libidinal es experimentada como dolor. El *ello* opera con el principio del que dice "toma el mayor placer posible y lo más pronto posible, sin fijarse en nadie ni en nada del mundo"; y el opuesto de este principio sería: "evitar todo dolor posible".

Por consiguiente, el psicoanálisis ve al bebé recién nacido como un *ello* que busca solamente la satisfacción de sus necesidades de comida, bebida, calor, eliminación y afecto, ésta última en el sentido de cuidados de su madre o de algún sustituto. El recién nacido no es consciente de su condición ni de la del mundo ostensiblemente impreciso. Freud supone que el bebé no distingue entre los objetos de su medio y que tampoco distingue la diferencia entre él y los otros u otras cosas. Sólo está consciente de la incomodidad o el dolor, las que señalan necesidades no satisfechas. Por lo tanto, la única manera posible de reaccionar ante estas señales de tensión es llorar, hacer muecas y mover sus brazos y piernas.

Pero conforme pasa el tiempo y las experiencias del niño con el mundo aumentan, una conciencia mayor del medio empieza a desarrollarse. El nivel de conciencia más temprano surge en el proceso primario, en el que el bebé actúa al crear en su memoria imágenes de objetos que satisfacen sus necesidades. Por ejemplo, cuando el recién nacido siente hambre, automáticamente llora hasta que alguien lo alimenta. La comida reduce la tensión del hambre y el bebé experimenta placer. Conforme pasan los días, los ciclos de hambre, alimento y reducción de la tensión se repiten una y otra vez; gradualmente el gusto, el olfato, y la vista del alimento y el alimentador (por lo general la madre) se guardan como imágenes en la memoria del bebé. Entonces, lo que la personalidad requiere es un nuevo componente que reconozca la naturaleza del medio, así como las demandas del *ello* y que pueda proveerle de métodos realísticos para invertir energía. Este segundo componente del aparato psíquico es llamado *yo*.

Freud propone que el ello aparece de o separadamente del yo y se llena de energía libidinal por el ello. En efecto, el proceso primario del ello desarrolla imágenes de cosas que cubren necesidades, pero la imagen es sólo un paso inicial e incompleto hacia la satisfacción. Otro agente, el yo, es requerido para llevar ese sueño a la realidad. Freud explica que "el yo es parte del ello, el cual ha sido modificado por la influencia directa del mundo externo por medio de la percepción consciente".

Por lo tanto, el yo sirve como tomador de decisiones y trata de negociar soluciones satisfactorias a demandas conflictivas que llegan por una parte del ello (que dice: "yo quiero") y por la otra del medio o mundo verdadero (que dice: "las conseguiré con el mínimo de esfuerzo o dolor y solamente bajo estas condiciones"). Mientras que el ello trabaja con el principio del placer, el yo opera con el principio de la realidad, y esto puede ser determinado, como reconocer las condiciones y las demandas del mundo real y entonces buscar métodos de satisfacción de las necesidades del ello que sean aceptables en este mundo.

Para llevar al cabo el papel de negociador, el yo prueba constantemente la clase y la fuerza de las necesidades que llegan del ello y al mismo tiempo valora las condiciones del medio. Desde esta valoración, el yo trata de descubrir conductas que representen el mejor compromiso entre el ello y el mundo exterior. O como en algunas ocasiones sucede, el yo debe negociar el compromiso entre varias demandas que llegan simultáneamente del ello; este tipo de demandas, como hambre y cansancio, aparecen en el mismo momento. Y es que el ello, mediante los procesos primarios, asocia ciertos objetos con la satisfacción de la necesidad; estas asociaciones están guardadas en la memoria como imágenes. Es aquí entonces cuando el yo debe volver realidad esas imágenes.

Nuestra siguiente inquietud se relaciona con el tercer componente del aparato psíquico: el superyó. En la niñez temprana, las reglas del mundo, del hacer y del no hacer, son reforzadas por el medio ambiente. En el sistema de Freud, el niño no posee una voz innata que le diga lo que está bien o lo que está mal. En efecto, el niño no nace moral o inmoral, nace amoral. No tiene el conocimiento de lo bueno y de lo malo. Su moral radica solamente en la obtención del placer que le demanda el ello, en la manera en que evita castigo o dolor (un estilo arreglado por el yo). El niño muy pequeño, por lo tanto, no se siente automáticamente malo, culpable o avergonzado cuando infringe una expectativa de la sociedad. Se siente malo sólo cuando las consecuencias de su conducta son contenedoras de premios o aplicadoras de castigos. Los padres son generalmente quienes le producen los buenos o malos sentimientos al manipular el sistema de premios y castigos que experimentará.

A pesar de que el niño no nace con el conocimiento de lo que es bueno y lo que es malo, sí nace con la capacidad de desarrollar valores

internos y sentirse bien, satisfecho y orgulloso, cuando permanece en estos valores, y sentirse mal, enojado, avergonzado o culpable, cuando los infringe. Durante los años de niñez y adolescencia, el niño adquiere contenidos de valores morales que adapta de su ambiente. A este tercer componente del desarrollo de la personalidad Freud lo llamó super yo. El cómo y el porqué el superyó aparece y se desarrolla, es materia involucrada de forma íntima con las etapas de desarrollo psicosexual, por lo que veremos más adelante cómo se relaciona con ellas. Ahora pondremos nuestra atención en el papel que juega el superyó en la vida mental del niño mayor y el adolescente.

Freud concibe al superyó formado por dos factores: la conciencia y el ideal. La conciencia representa lo que no debe ser en el mundo del niño, y por lo cual sería castigado. El yo ideal representa las posibilidades de los valores morales que se han enseñado al niño. Mientras que el niño más pequeño debe ser castigado por las infracciones y premiado por su buen comportamiento, de manera gradual, el niño más maduro deja de necesitar sanciones externas, ya que su superyó se encarga de premiarlo o castigarlo. Por desobedecer los valores que él ha adoptado como propios, su conciencia se encarga de castigarlo haciéndolo sentirse culpable, avergonzado o temeroso. Por mantener sus valores morales su yo ideal lo premia con sentimientos de rectitud, honestidad y orgullo.

Al añadir el superyó al ello y al yo, el aparato mental está completo. El comportamiento de un niño mayor y de un adolescente es el resultado de la manera como el yo negoció el arreglo entre las tres conflictivas fuentes de demandas: 1. el ello que insiste en una satisfacción inmediata de sus demandas, 2. el medio que propone las condiciones bajo las que los deseos pueden ser satisfechos sin castigo, y 3. el superyó que presiona al joven a vivir con un grupo de valores morales que ha incorporado de sus padres y de otras personas significativas en su mundo.

Conforme el yo se desarrolla con el transcurso de los años, involucra técnicas o hábitos para acomodar las demandas conflictivas, y admite con franqueza la naturaleza de demandas instintivas de fuerzas ambientales y de los mandatos del superyó, se propone entonces, maneras razonables para encontrar una solución que satisfaga a cada fuente demandante en un grado aceptable. Pero el yo que es débil, infantil e inmaduro se equivoca al usar técnicas desviadas para ajustarse, denominadas por Freud *mecanismos de defensa*. El yo, en efecto, busca engañarse a sí mismo y a los involucrados en los asuntos que encara, porque se siente incapaz de resolver los conflictos en medio de las demandas que confronta.

La técnica más significativa de defensa es la represión, la que podríamos definir como un proceso automático, no consciente, para alejar asuntos inquietantes fuera de la conciencia y guardarlos dentro del inconsciente. Mediante la represión, la mente consciente se libera de

preocupaciones, pero el material reprimido fomenta inquietudes en el inconsciente y produce el conjunto de síntomas neuróticos que Freud encontró en su amplia y extensa práctica médica.

El segundo mecanismo es la sublimación, considerada como la "institución" de una alta culturalización, pues la sociedad la acepta como la más alta expresión canalizada de la energía agresiva y sexual. Estos actos altruistas, como el cuidado de los niños o la atención a los enfermos, o los esfuerzos artísticos como la poesía y el ballet, son vistos por los freudianos como sustitutos de una conducta sexual directa.

El tercer mecanismo de defensa es la regresión, la cual consiste en regresar a una etapa más temprana o primitiva como modo de ajuste a sus problemas. Una persona usa esta treta cuando tiene que enfrentar una nueva situación inquietante y en la que fácilmente la puede aplicar. Ejemplo: una niña de doce años que se siente frustrada porque su mamá la criticó en público, empieza a chuparse el dedo o a morder la orilla de su pañuelo en la misma forma que lo hacía cuando de pequeña buscaba consuelo.

El mecanismo que ha sido fácilmente adoptado y comprendido en el sentido común es el de la proyección. Cuando el niño siente en su propia personalidad algún motivo por el cual se avergüenza o al que teme, puede no admitirlo conscientemente en su existencia, pero sí en cambio lo verá constantemente en otras personas. Él les atribuirá esos sentimientos y actitudes inaceptables que su ello necesita expresar. El niño que guarda odio en su inconsciente, acusará a otros de odiarlo, reclamando al mismo tiempo que él no tolera la malicia. Lo mismo sucede con una persona que reprime fuertemente sus deseos sexuales, de los cuales se avergüenza: asumirá que los otros tratan de seducirla o agredirla sexualmente.

La llamada formación reactiva ha sido usada en particular por el psicoanálisis, pues permite explicar la conducta que de otro modo aparenta refutar predicciones típicas derivadas de la teoría. La formación recreativa consiste en que el niño adopta una conducta que es justamente la opuesta a su instinto. Por ejemplo, un niño puede actuar compulsivamente hacia la limpieza, al evitar el polvo, lavándose con frecuencia las manos y cambiándose de ropa. La interpretación directa de esta conducta es que el niño desea estar limpio, pues la limpieza es su necesidad básica; pero los freudianos suponen algo diferente, porque en su teoría los impulsos básicos involucran placeres sensoriales como la estimulación sexual, los movimientos del intestino y las funciones urinarias. Por lo tanto, propondrán que la motivación del niño no es la limpieza, sino que en realidad quiere ensuciarse con mugre y heces fecales; pero como sus padres lo han castigado por expresar tales deseos, ahora siente que sus impulsos básicos se han debilitado y, para controlarlos, reprime sus deseos originales y adopta una conducta opuesta en su vida consciente, como

un medio desesperado de adueñarse de los impulsos de los que está avergonzado. Así en poco tiempo su conducta representará una reacción contra sus impulsos instintivos.

Tres mecanismos más pueden ser brevemente descritos: la compensación es un instrumento por el cual el niño busca dominar una barrera ambiental o personal, sustituyéndola por otra esfera de la vida, diferente a la que sufre o siente débil. La racionalización consiste en ofrecer una razón social aceptable, por una conducta que fue motivada por una razón poco honesta. El escape es huir de la escena de la experiencia estresante, y puede ser físico o psicológico.

Estos mecanismos de defensa, solamente identificados por Freud y sus discípulos, ilustran las estrategias que el yo utiliza para satisfacer lo mejor posible las demandas conflictivas.

A partir del análisis de los sueños y los recuerdos de un paciente, Freud creó su modelo de desarrollo. Pensó que la neurosis de su paciente era el resultado de la solución inadecuada de los problemas a los cuales tuvo que enfrentarse cuando niño, en una o varias etapas.

DOS HIPÓTESIS FUNDAMENTALES

El psicoanálisis, como otras ciencias, ha dado origen a ciertas teorías que derivan de los datos de la observación y que procuran ordenar y explicar éstos. Es una rama de la psicología general y comprende las partes que constituyen, con mucho, las contribuciones más importantes aportadas a la psicología humana hasta la fecha.

Es importante apreciar que la teoría psicoanalítica abarca tanto el funcionamiento mental normal como el patológico. Es verdad que la práctica del psicoanálisis consiste en el tratamiento de las personas mentalmente enfermas o perturbadas; pero las teorías del psicoanálisis se relacionan con lo normal tanto como con lo anormal, aunque hayan derivado principalmente del estudio y tratamiento de lo anormal.

Como en cualquier disciplina científica, las diversas hipótesis de la teoría psicoanalítica se entrelazan mutuamente.

Dos de tales hipótesis, que han sido confirmadas sobradamente, son el principio del determinismo psíquico o causalidad, y la proposición de que la conciencia es más bien un atributo excepcional y no regular de los procesos psíquicos. Para expresar esta última afirmación con otras palabras, podríamos decir que, de acuerdo con la teoría psicoanalítica, los procesos mentales inconscientes son de frecuencia e importancia extraordinaria en el funcionamiento mental tanto normal como anormal.

El principio del determinismo psíquico. El sentido de este principio es que en la mente, como en el mundo físico, nada ocurre por casualidad o a la ventura. Cada fenómeno psíquico está determinado por aquellos

que le precedieron. La realidad es que los fenómenos mentales son tan incapaces de carecer de una conexión causal con los que les precedieron, como lo son los físicos. En la vida mental no existe, en este sentido, discontinuidad alguna.

Si pasamos ahora a los fenómenos de la psicopatología es de esperar que se pueda aplicar el mismo principio. Cada síntoma neurótico, está causado por otro proceso mental, pese al hecho de que el paciente mismo considere a menudo que el síntoma es extraño a su ser, que está completamente desconectado del resto de su vida mental.

En este punto ya no podemos evitar el reconocimiento de que estamos hablando no sólo de la primera de nuestras hipótesis fundamentales, el principio de determinismo psíquico, sino también de la segunda, es decir, de la existencia e importancia de procesos mentales que el propio individuo o de los que ignora, es inconsciente.

En verdad la relación entre estas dos hipótesis resulta tan íntima que apenas si se puede discutir una de ellas sin introducir la otra. Precisamente el hecho de que gran parte de lo que ocurre en nuestras mentes sea inconsciente, es decir, desconocido para nosotros mismos, responde de la aparente discontinuidad de nuestra vida mental. Cuando una idea, un sentimiento, un olvido accidental, un sueño o un síntoma patológico parezca no estar relacionado con lo que aconteció antes en la mente, es porque su conexión causal reside en algún proceso mental inconsciente. Si se puede descubrir tal causa o causas, entonces desaparecen todas las discontinuidades aparentes y la cadena causal o secuencia, resulta clara.

Naturalmente, se desea saber si existe algún método general para descubrir procesos mentales que el propio individuo ignora. ¿Se pueden observar directamente, por ejemplo? Y si no, ¿cómo descubrió Freud la frecuencia e importancia de tales procesos de nuestra vida mental?

Los métodos para estudiar dichos fenómenos son indirectos, pues nos permiten inferir la existencia de estos fenómenos y, a menudo, determinar su naturaleza y su significado en la vida mental del individuo objeto de nuestro estudio. El método más colosal y confiable que tenemos para estudiar los procesos mentales inconscientes es la técnica que Freud desarrolló en un periodo de varios años. Fue durante los mismos en los que creó e incrementó la técnica del psicoanálisis cuando Freud comprendió, con la ayuda de su nuevo método, la importancia de los procesos inconscientes en la vida psíquica de todo individuo, mentalmente sano o enfermo.

Al considerar los fenómenos mentales inconscientes, Freud descubrió pronto que éstos podían ser divididos en dos grupos. El primero comprendía pensamientos, recuerdos, etcétera, que con facilidad podían hacerse conscientes por un esfuerzo de la atención. Tales elementos psíquicos tienen fácil acceso a la conciencia y Freud los denominó *preconciencia*. Cualquier pensamiento que puede hacerse consciente en

un momento determinado, por ejemplo, es preconsciente tanto antes como después de ese momento particular. El grupo más interesante de fenómenos inconscientes, sin embargo, comprende aquellos elementos psíquicos que sólo pueden adquirir conciencia por la aplicación de un esfuerzo considerable.

Fue para este segundo grupo de fenómenos para el que Freud reservó el término *inconsciente* en sentido estricto. Pudo demostrar que el que fueran inconscientes en este sentido, de ninguna manera evitaba que ejercieran una influencia muy importante en el funcionamiento mental.

LAS PULSIONES

Las dos hipótesis que acabamos de describir son fundamentales para cualquier exposición de la teoría psicoanalítica. Forman un cimiento, digamos, sobre el cual descansa todo lo demás; o si se prefiere una metáfora distinta, son guías que orientan y determinan nuestro enfoque al formular todas las hipótesis subsiguientes que conciernen a las diversas partes o elementos del aparato psíquico y su manera de funcionar.

Las teorías psicológicas que Freud desarrolló estuvieron siempre fisiológicamente orientadas tan lejos como fue posible llevarlas. Realizó una ambiciosa tentativa de formular una psicología neurológica a comienzos de 1890. Se vio forzado a abandonarla pues los hechos no permitían una correlación satisfactoria entre las dos disciplinas.

Lo que denominamos pulsiones, a menudo se menciona también en la literatura psicoanalítica como instintos. Ésta es una palabra más familiar que pulsión en el sentido actual, pero en este caso parece preferible la palabra menos familiar, por la razón de que el aspecto del funcionamiento psíquico humano que se desea describir es claramente distinto de los que se denominan instintos en los animales inferiores, aunque sin duda están relacionados con ellos. Lo que llamamos pulsión en un hombre, por otra parte, no incluye la respuesta motora sino sólo el estado de excitación central en respuesta al estímulo. La actividad motora que sigue a este estado de excitación tiene como mediador una parte en extremo diferenciada de la mente que en la terminología psicoanalítica se conoce como el *ego* y que permite que la respuesta al estado de excitación, que constituye la pulsión o tensión instintiva, sea modificada por la experiencia y la reflexión, en vez de estar predeterminada, como en el caso de los instintos de los animales inferiores.

Una pulsión, entonces, es un constituyente psíquico, genéticamente determinado que, cuando actúa, produce un estado de excitación psíquica o como se dice a menudo, de tensión. La excitación o tensión impele al individuo a una actividad, que también está determinada genéticamente en forma general, pero que puede alterarse considerablemente por la experiencia individual. Esta actividad debe llevar a algo que

podemos llamar cesación de la excitación, tensión o gratificación. La primera sería la terminología más objetiva, y la última, la más subjetiva. De este modo vemos que hay una secuencia que es característica de la operación de la pulsión: podemos denominarla tensión, actividad motora y cesación de la tensión, o si lo preferimos, necesidad, actividad motora y gratificación. Aquella terminología deja deliberadamente de lado los elementos de la experiencia subjetiva, mientras que la última se refiere a ella en forma explícita.

El atributo que poseen los impulsos de instigar al individuo a la actividad, le resultó a Freud análogo al concepto de energía física, que se define como la capacidad para producir trabajo. En consecuencia, supuso que hay una energía psíquica que forma parte de las pulsiones o que en cierta forma deriva de ellos. La energía psíquica no ha sido concebida como igual a la energía física en forma alguna.

Nadie ha visto jamás la energía psíquica, y nadie la verá, del mismo modo que nunca ha sido vista ninguna de las formas de la energía física.

El concepto de energía psíquica, como el de energía física, es una hipótesis que tiene por objeto simplificar y facilitarnos la comprensión de los hechos de nuestra vida mental que podemos observar.

Freud continuó la analogía ente sus hipótesis psicológicas y las físicas y habló de la medida de energía psíquica de que un objeto o persona determinada están investidos. Para este concepto Freud utilizó la palabra alemana *besetzung*, que ha sido traducida al inglés con la palabra *cathexis*. La definición exacta de *cathexis* es: la cantidad de energía psíquica que está orientada hacia o unida a la representación mental de una persona o cosa. Es decir, que la pulsión y su energía se consideran como fenómenos puramente intrapsíquicos. La energía no puede fluir a través del espacio y catectizar o unirse al objeto exterior directamente; lo que se catectiza son los diversos recuerdos, pensamientos y fantasías del objeto que comprenden lo que llamamos sus representaciones mentales o psíquicas. Cuanto mayor sea la *cathexis*, más *importante* es el objeto, si hablamos en un sentido psicológico, y viceversa.

La hipótesis de Freud acerca de su clasificación se modificó y evolucionó en el curso de unas tres décadas; es decir, aproximadamente de 1890 hasta 1920. En su primera formulación propuso dividir las pulsiones en sexual o de autoconservación. Pronto abandonó la idea de este último tipo, pues la consideraba una hipótesis insatisfactoria, y por muchos años todas las manifestaciones instintivas se tomaron como parte o derivado del impulso sexual. El estudio de diversos fenómenos psíquicos sin embargo, y en particular los del sadismo y masoquismo, lo llevaron eventualmente a revisar una vez más sus teorías y en *Más allá del principio del placer* (Freud, 1920) formuló la teoría de las pulsiones que aceptan hoy en general todos los psicoanalistas aunque, como veremos, no todos la acatan íntegramente en la forma original en que Freud la presentó.

En su última enunciación, Freud se propuso responder de los aspectos instintivos de nuestra vida mental suponiendo la existencia de dos pulsiones, la sexual y la agresiva. Como su nombre lo sugiere, el dualismo está relacionado en una forma muy tosca con lo que queremos decir cuando hablamos de sexo y agresión, pero de hecho no es posible una definición concisa de las dos fuerzas. Podemos enfocar un poco más lo que queremos decir si expresamos que una pulsión da origen al componente erótico de las actividades mentales, mientras que la otra genera el componente puramente destructor.

La hipótesis de Freud supone, y esto es lo más importante a recordar en la teoría dual de las pulsiones, que en todas las manifestaciones instintivas que podemos observar, normales o patológicas, participan ambas pulsiones, la sexual y la de agresión. Para emplear la terminología de Freud, las dos pulsiones están habitualmente *fusionadas* aunque no necesariamente en cantidades iguales.

LA PULSIÓN SEXUAL O ERÓTICA

La teoría psicoanalítica postula que tales fuerzas instintivas ya están en acción en el bebé, influyendo en su conducta y exigiendo la gratificación, que luego producen los deseos sexuales en el adulto, con todas sus penas y alegrías. Indudablemente que la palabra *postula* es inadecuada en relación con esto; sería mejor decir que se considera que esta proposición ha sido ampliamente demostrada.

Estamos ahora en posición de poder describir en una forma esquemática lo que se conoce de la secuencia típica de las manifestaciones de la pulsión sexual desde la infancia, secuencia que Freud describió en cuanto le es esencial ya en 1905, en sus *Tres ensayos sobre la sexualidad*.

Durante el primer año y medio de vida, aproximadamente, la boca, los labios y la lengua son los principales órganos sexuales de la criatura. Con esto queremos decir que sus deseos, así como sus gratificaciones, son primordialmente orales. La prueba de esto es en su mayor parte de tipo reconstructivo, es decir, basada en los análisis de niños mayores y de adultos, pero también es posible observar bastante directamente la importancia que tienen para los niños de su edad, y aun mayores, succionar, tomar con la boca y morder, como fuentes de placer.

En el año y medio siguiente, el otro extremo del tubo digestivo, es decir el ano, se constituye en el lugar más importante de tensiones y gratificaciones sexuales. Estas sensaciones de agrado y desagrado están asociadas con la expulsión y la retención de las heces, y estos procesos orgánicos, como las heces en sí, son los objetos del máximo interés para el niño.

Hacia fines del tercer año de vida el papel sexual principal comienza a ser desempeñado por los genitales y de allí en adelante, normalmente,

lo conservan. Esta fase del desarrollo sexual se conoce como fálica por dos razones. En primer lugar, el pene es el objeto principal de interés para el niño de uno u otro sexo. En segundo lugar, consideramos que el órgano de la excitación y el placer sexual en la pequeña durante este periodo es el clítoris, el cual embriológicamente en la mujer es análogo al pene. Con todo, puede ocurrir que esto siga siendo así durante la vida posterior, aunque habitualmente la vagina reemplaza al clítoris en este sentido.

Éstas son, entonces, las tres etapas del desarrollo psicosexual en el niño, oral, anal y fálica, la última de las cuales penetra la parte de organización sexual adulta en la pubertad. Esta etapa adulta se conoce como genital y si se mantiene un uso adecuado del término, se reservará la frase *fase genital* para ella. Podemos incluir aquí que la distinción entre fase fálica y genital es de fondo y no solo de nombre, puesto que la capacidad para el orgasmo se suele alcanzar en la pubertad únicamente. Empero, no siempre se hace un empleo apropiado en este sentido en la literatura psicoanalítica y la palabra *genital* se utiliza con frecuencia en lugar de la correcta que es *fálica*. En particular, se suele denominar pregenitales en vez de prefálicas a las fases oral y anal.

Hemos descrito la secuencia de fases que se producen normalmente durante la infancia como manifestaciones de la pulsión sexual; esta sucesión implica, naturalmente, variaciones en el grado de interés y de importancia que se incorporan en la vida psíquica del niño a los diversos objetos y modos de gratificación de la pulsión sexual.

Si describimos estos hechos con los términos de los conceptos recién definidos, diremos que la catexia libinidal de un objeto de una fase previa disminuye al llegar la otra fase y agregaremos que, aunque disminuida, la catexia persiste por algún tiempo después de haberse establecido la última fase y de que los objetos acordes con ella se hayan constituido en los principales de la catexia libinidal.

La teoría de la energía psíquica nos proporciona una explicación de lo que ocurre en estas modificaciones que es a la vez simple y concordante con los hechos en la forma en que los conocemos. Suponemos que la libido que catectizó el objeto o modo de gratificación de la fase previa se desprende de él gradualmente y catectiza, a su vez, el objeto o modo de gratificación de la fase siguiente. Así, la libido que primero catectizó el pecho o, para ser más precisos, la representación psíquica del pecho, luego catectiza las heces, y después el pene. De acuerdo con nuestras teorías hay un flujo de la libido de objeto a objeto y de uno a otro modo de gratificación durante el curso del desarrollo psicosexual en el individuo.

A este fenómeno, es decir, a la persistencia de la catexia libinidal de un objeto de la infancia o de la niñez en la vida posterior, se le denomina *fijación* de la libido.

El uso del vocablo *fijación* indica o implica, por lo común, psicopatología. Esto a causa de que la persistencia de las primeras catexias fue primero reconocida y descrita por Freud y aquellos que lo sucedieron, en pacientes neuróticos.

Una fijación, tanto a un objeto como a un modo de gratificación, suele ser inconsciente, total o parcialmente.

Además de cuanto hemos descrito como flujo progresivo de la libido en el curso del desarrollo psicosexual, también puede producirse un reflujo. Para este reflujo existe un nombre determinado, *regresión*. Cuando usamos específicamente esta palabra en conexión con una pulsión, como lo hacemos aquí, hablamos de regresión instintiva. Este término señala el retorno a un modo u objeto primitivo de gratificación.

La regresión instintiva está muy relacionada con la fijación, pues de hecho, cuando se produce la regresión, suele ser a un objeto o modo de gratificación al cual el individuo ya está fijado. Si un placer nuevo resulta insatisfactorio y se abandona, el individuo tiende naturalmente a volverse a aquel que ya ha sido probado y aceptado.

Si nos volvemos ahora a una consideración de la pulsión de agresión, debemos confesar que se ha escrito mucho menos acerca de sus vicisitudes que en cuanto respecta a la pulsión sexual.

Sin embargo, está claro que la relación entre la pulsión de agresión y las diversas partes del organismo que acabamos de mencionar no es tan estrecha como en el caso de la pulsión sexual.

Resulta interesante que la cuestión de la relación de la pulsión de agresión con el placer, sea aún del mismo modo dudosa; pero la gratificación de la pulsión agresiva, o en otras palabras, la descarga de la tensión agresiva, ¿también ocasiona placer? Freud piensa que no (Freud, 1920).

EL APARATO PSÍQUICO

Comenzamos con dos hipótesis fundamentales, bien establecidas, que conciernen al funcionamiento de la mente y que eran de carácter esencialmente descriptivo. Una de ellas era la ley de la causalidad psíquica y la otra, la proposición de que la actividad psíquica es principalmente inconsciente.

Sabemos que estas dos hipótesis han de ser nuestras notas indicadoras, como lo fueron en la consideración posterior de la teoría psicoanalítica. Como acabamos de decir, son de una naturaleza primordialmente descriptiva; sin embargo, en el tema anterior, las pulsiones, nos hallamos de modo inmediato tratando con conceptos que eran, en lo fundamental, de tipo dinámico. Hablamos de la energía psíquica, que impele al organismo a la acción, hasta haber alcanzado la gratificación; del patrón genéticamente determinado de variación de una fase de organización

instintiva a otra, a medida que el niño madura; de las variaciones individuales que pueden producirse dentro de los amplios límites de este patrón; del flujo de la libido y de la energía agresiva de un objeto a otro, durante el curso del desarrollo; del establecimiento de puntos de fijación; y también hablamos del fenómeno del retorno de la energía psíquica a esos puntos de fijación, un reflujo que denominamos regresión instintiva.

El primer intento publicado que hizo Freud para construir un modelo del aparato psíquico fue el que apareció en el último capítulo de *La interpretación de los sueños* (Freud, 1900). Lo describió similar a un instrumento óptico compuesto como un telescopio, o un microscopio que está constituido por muchos elementos dispuestos en forma consecutiva. El aparato psíquico debía ser imaginado como constituido por muchos componentes psíquicos dispuestos en forma consecutiva y extendiéndose, si se puede emplear esta palabra, desde el sistema perceptivo de un extremo al sistema motor del otro, con los diversos sistemas de recuerdo y asociación intermedios.

Aun en este esquema tan claro de la mente, se pueden ver divisiones de tipo funcional. Una *parte* del aparato reaccionaba a estímulos sensoriales; otra parte, estrechamente relacionada, al activarla, producía el fenómeno de la conciencia; otras almacenaban los trazos del recuerdo y los reproducían, y así sucesivamente. De un sistema al otro fluía una cierta clase de excitación psíquica que a su vez daba energía a cada uno y estaba concebida en forma presumiblemente semejante al impulso nervioso. Podemos apreciar con claridad que ya era intenso el interés de Freud en un enfoque dinámico y funcional.

El primer modelo no se desarrolló más. Alrededor de una década más tarde, Freud hizo un nuevo intento de establecer una topografía de la mente mediante la división de sus contenidos y operaciones sobre la base de que fueran o no conscientes. En esta formulación distinguió tres sistemas mentales que denominó *inconsciente*, *preconsciente* y *consciente*.

Comenzó por señalar que el mero atributo de conciencia es una base inadecuada para diferenciar entre los contenidos y procesos psíquicos. La razón de ello es que hay dos clases de contenidos y procesos que no son conscientes. El primero de estos grupos no difiere en nada esencial de lo que puede ocurrir en la conciencia en un momento cualquiera. Sus elementos pueden hacerse conscientes por un simple esfuerzo de atención. A la inversa, lo que es consciente en un momento deja de serlo cuando la atención lo abandona. El segundo grupo de procesos y contenidos mentales que no son conscientes difieren del primero en que no pueden hacerse conscientes por un simple esfuerzo de la atención; están impedidos para penetrar en la conciencia, por el momento, por alguna fuerza interna de la mente misma.

Fue sobre esta base funcional como Freud diferenci6 entre los dos sistemas que denomin6 inconsciente y preconscious. A los contenidos y procesos psíquicos impedidos para alcanzar la conciencia los llam6 sistema Ics; a los que podían alcanzar la conciencia mediante un esfuerzo de la atención, los llam6 Pcs. El sistema Cs design6, claro está, lo que era consciente en la mente.

A causa de su proximidad funcional se agrup6 a los sistemas Cs y Pcs como sistemas CsPcs, en contraposición al Ics. La estrecha relación de Cs y Pcs es fácil de comprender: un pensamiento que pertenece en este momento al sistema Cs será parte del Pcs unos instantes después, cuando la atención se haya alejado de él y ya no sea más consciente. A la inversa, a cada momento pensamientos, deseos, etcétera, que hasta entonces habían pertenecido al sistema Pcs se hacen conscientes y, por consiguiente, pertenecen al Cs. Puesto que los procesos conscientes ya habían sido conocidos y estudiados por los psicólogos desde mucho antes que Freud, fue natural que las contribuciones y descubrimientos principales de éste concernieran al sistema Ics.

Por cierto que durante muchos años, al aumentar la comprensión de nuestro autor, del sistema Ics, se dio cuenta de que sus contenidos no eran tan uniformes como había esperado. Result6 que existían otros criterios además del de estar activamente impedidos para entrar en la conciencia, los cuales podían ser aplicados a los contenidos y procesos mentales, y la aplicación de estos nuevos criterios le pareció que redundaba en agrupamientos más homogéneos y útiles de los contenidos y procesos mentales que los antiguos. Así, propuso una nueva hipótesis con respecto a los sistemas mentales (Freud, 1923). Esta teoría, la tercera que publicó, se conoce como hipótesis estructural, para distinguirla de la segunda, a la que se suele hacer referencia como teoría o hipótesis topográfica. La primera teoría que mencionamos no tiene un nombre especial, pero si se hubiera de seguir el mismo criterio onomatológico que para las otras dos, bien podríamos denominarla como teoría o hipótesis telescópica.

La hipótesis estructural, pese a su nombre, se asemeja a sus predecesoras en que intenta agrupar procesos y contenidos mentales que están relacionados funcionalmente y distinguir entre los diversos grupos con base en diferencias funcionales. Cada una de las *estructuras* mentales que Freud propuso en su nueva teoría es en realidad un grupo de procesos y contenidos mentales que están relacionados unos con otros funcionalmente y entre los cuales consider6 la existencia de tres, que denomin6 el *ello*, el *yo* y el *supery6*.

En una primera orientación aproximada acerca de esta, la tercera y última de las teorías de Freud, podemos decir que el *ello* abarca las representaciones psíquicas de las pulsiones; el *yo* consiste en aquellas funciones que tienen que ver con la relación con el medio social, y el

superyó comprende los preceptos morales de nuestra mente, así como nuestras aspiraciones ideales.

Las pulsiones se encuentran presentes desde el nacimiento, pero esto mismo no vale para el interés en el medio o en su dominio por una parte, ni para un sentido moral ni aspiraciones por la otra. Es obvio que ninguno de estos últimos, vale decir ni el yo ni el superyó se desarrollan sino hasta algún tiempo después del nacimiento.

Freud expresó este hecho estimando que el ello abarca en el nacimiento la totalidad del aparato psíquico, y que el yo y el superyó eran originariamente partes del ello que se diferenciaron suficientemente en el curso del crecimiento hasta garantizar que se les considerase como entidades funcionales separadas.

Esta diferenciación se produce primero con respecto a las funciones del yo. Es sabido que el niño demuestra interés por el medio, sobre el cual es capaz de ejercer un cierto dominio, mucho antes de que desarrolle sentido moral alguno. En realidad los estudios de Freud le llevaron a afirmar que la diferenciación del superyó no se inicia sino hasta los cinco o seis años y que es probable que no quede firmemente establecida hasta varios años después, quizá no antes de los diez u once años. Por otra parte, la diferenciación del yo comienza alrededor del sexto u octavo mes de vida y queda bien establecida a la edad de dos o tres años, aunque está claro que también antes de esa edad se produce normalmente un gran crecimiento y alteración.

A causa de estas diferencias en el tiempo de desarrollo, será conveniente que consideremos la diferenciación del yo y del superyó en forma separada, y claro está que de acuerdo con dichas diferencias de tiempo se requerirá que comencemos por el yo.

Hay un punto que el lector debe tener en cuenta durante la reseña siguiente acerca de la diferenciación y evolución del yo: que hay muchos aspectos de esta evolución que deben ser considerados y presentados en forma sucesiva en un libro, mientras que en la vida real todos suceden al mismo tiempo y cada uno influye y resulta influido por el otro. Con el fin de obtener un cuadro adecuado de la evolución del yo y para un mayor entendimiento del mismo, se debe estar familiarizado primero con todos sus aspectos.

Ya hemos dicho que el grupo de funciones psíquicas que denominamos el yo comprende a aquellas que se asemejan en que cada una tiene que ver, primordialmente o en grado importante, con la relación del individuo y su medio social. En el caso de un adulto, es claro, una formulación tan amplia incluye una vasta serie de fenómenos: deseo de gratificación, hábito, presiones sociales, curiosidad intelectual, interés estético o artístico, y muchos otros, algunos de los cuales difieren en forma notable mientras que otros se distinguen por el más sutil de los matices.

En la infancia, en cambio, y particularmente en la primera infancia, no existe tal profusión de intereses en el medio, ni su carácter es tan variado ni sutil. La actitud del pequeño es muy simple y eminentemente práctica: “¡Dénme lo que quiero!” o “¡hagan lo que quiero!” En otras palabras, la única importancia subjetiva que originariamente tiene el medio para el niño es la de ser una fuente posible de gratificación o descarga para sus deseos, necesidades y tensiones psíquicas que surgen de sus pulsiones y que constituyen el ello. Si deseamos que nuestra afirmación sea más completa, debemos agregar también lo negativo; es decir, el medio también resulta importante como posible fuente de dolor o incomodidad, en cuyo caso el niño, lógicamente, trata de evitarlo para sentirse bien.

Un grupo obvio de funciones del yo es la adquisición de dominio sobre la musculatura esquelética, al cual nos referimos habitualmente como dominio o control motor. Igual importancia tienen las diversas modalidades de la percepción sensorial, que brindan información esencial acerca del medio social. También es importante, como parte del propio equipamiento, la adquisición de lo que podríamos denominar una biblioteca de recuerdos capaz de influir sobre el medio en forma efectiva.

Es obvio que cuanto mejor sabe uno lo que ha ocurrido en el pasado y cuantos más *pasados* se han experimentado, más hábil será para aprovechar el presente. Y de manera incidental, parece probable que los recuerdos más primitivos sean aquellos producidos de la gratificación instintiva.

Además de estas funciones debe existir en la criatura algún proceso psíquico que corresponda a lo que en la etapa posterior de la vida llamaremos afecto. Lo que puedan ser tales afectos primitivos o predecesores de afectos es, por el momento, sólo una cuestión interesante que aún no tiene solución. Por fin, en un momento u otro de la primera infancia debe surgir la actividad más distintiva del yo: la primera vacilación entre la pulsión y la acción, la primera demora en la descarga, que luego evolucionará hacia ese fenómeno enormemente complejo que denominamos *pensamiento*.

Todas estas funciones del yo —control motor, percepción, memoria, afecto y pensamientos— comienzan, como podemos ver, en una forma preliminar y primitiva y sólo evolucionan gradualmente a medida que el niño crece. Tal evolución gradual es característica de las funciones del yo en general, y los factores responsables del desarrollo progresivo de las funciones del yo se pueden dividir en dos grupos. El primero de ellos es el crecimiento físico, que en este caso significa primordialmente el desarrollo del sistema nervioso central determinado por razones genéticas. El segundo es el de la experiencia o, si se prefiere, los factores experienciales. Por razones de comodidad nos referiremos al primer factor, como maduración.

Uno de los aspectos de la experiencia considerado por Freud (1911) de fundamental importancia en las primeras etapas de formación del yo fue, aunque parezca extraño, la relación del niño con su propio cuerpo. Señaló que nuestro propio cuerpo ocupa un lugar muy especial en nuestra vida psíquica mientras conservemos el aliento vital y que comienza a ocupar esa posición privilegiada desde muy temprano durante la infancia. Sugirió que hay más de una razón para ello; por ejemplo, una determinada parte del organismo es distinta de cualquier otro objeto del medio por el hecho de dar origen a dos sensaciones en vez de una, cuando la criatura la palpa o se la lleva a la boca: no solo es sentida, sino que siente, lo que no ocurre con ningún otro objeto.

Además, y aún más importante quizá, el tocar las partes de su propio cuerpo le proporciona al niño una forma de gratificación fácil y siempre a su alcance.

Las representaciones psíquicas del cuerpo, es decir, los recuerdos e ideas conectadas con él, con sus catexias de energía pulsional, es probable que constituyan el factor más destacado en la evolución del yo. En su primerísima etapa Freud (1923) expresó este hecho al decir que el yo es ante todo un yo corporal.

Aun hay otro proceso que depende de la experiencia y que tiene un papel preponderante en la evolución del yo, denominado identificación con los objetos del medio social, generalmente personas. Por *identificación* queremos decir el acto o proceso de asemejarse a algo o alguien en uno o varios aspectos del pensamiento o conducta. Freud señaló que la tendencia a asemejarse a un objeto del medio que a uno lo rodea es una parte trascendental de las propias relaciones con los objetos en general y que parece tener un significado particular en la vida muy temprana.

Ya a mediados del primer año de existencia se pueden hallar pruebas de esta tendencia en la conducta del niño. Aprende a sonreír, por ejemplo, por imitación del adulto que le sonríe.

Es interesante consignar que también existe una tendencia a identificarse con aquellos objetos que se encuentran altamente catectizados por la energía agresiva. Esto resulta cierto en particular si el objeto o persona en cuestión es poderoso; un tipo de identificación que ha sido denominado *identificación con el agresor* (Freud, 1936).

Freud destacó otro factor que desempeña un papel relevante en el proceso de identificación: la pérdida del objeto, con lo que quiso decir la muerte física del mismo o una separación muy prolongada o permanente de él. En tales casos descubrió que existe una fuerte tendencia a identificarse con la persona desaparecida y sin duda la experiencia clínica ha confirmado la importancia y lo correcto del descubrimiento de Freud.

La diferenciación del yo y del ello entre sí. En este punto daremos una amplia explicación de los modos de funcionamiento del aparato

psíquico que denominamos procesos primarios y secundarios (Freud, 1911).

El proceso primario fue denominado así en razón de que Freud lo consideró el modo original o primario en que funciona el aparato psíquico. Creemos que el ello funciona de acuerdo con el proceso primario durante toda la vida, mientras que el yo lo hace durante los primeros años, cuando su organización es inmadura y, naturalmente, aún muy parecida al ello —del que acaba de surgir— en su funcionamiento. El proceso secundario, por otra parte, evoluciona de manera gradual durante los primeros años de vida y es característico de las operaciones del yo relativamente maduro.

Los términos *proceso primario* y *proceso secundario* se utilizan en la literatura psicoanalítica para referirse a dos fenómenos relacionados pero distintos. *Proceso primario*, por ejemplo, puede referirse ya a cierto tipo de pensamiento que es característico del niño de yo aún inmaduro, y a la forma en que creemos que la energía pulsional, libidinal o agresiva, modifica su orientación y se descarga en el ello o en el yo inmaduro. En forma análoga, el *proceso secundario* puede corresponder a un tipo de pensamiento característico del yo maduro o referirse a los procesos de asociación y movilización de energía que se cree que ocurren en el yo maduro. Los dos tipos de pensamiento son de la mayor importancia clínica y son bastante accesibles para su estudio. Las dos formas de tratar con la energía psíquica y de descargarla, ocupan un lugar muy importante en nuestra teoría, pero son menos accesibles para su estudio, como ocurre con todas nuestras hipótesis concernientes a la energía psíquica.

En cuanto al proceso primario, sus características básicas pueden ser descritas en forma simple en términos de nuestras formulaciones teóricas previas con respecto a la energía pulsional. Sencillamente expresaremos que las cargas pulsionales que están asociadas al proceso primario son muy móviles. Creemos que esta movilidad catéctica responde por las dos características notables del proceso primario: *a*) la tendencia a la gratificación inmediata —descarga de catexia— que es característica del ello y del yo inmaduro, y *b*) la facilidad con que la catexia puede ser desplazada de su objeto original o de su método de descarga, en el caso de que éstos se hallen trabados o sean inaccesibles, para que, en oposición, se descargue por una vía similar o aun muy diferente.

La primera característica, la tendencia a la gratificación o descarga de catexia inmediata es, con toda claridad, la dominante en la primera infancia y en la niñez, cuando aún las funciones del yo están inmaduras. Además, es mucho más común en nuestra vida posterior de lo que le agradaría admitir a la vanidad. La investigación de los procesos mentales inconscientes por el método del psicoanálisis, en particular de aquellos procesos que denominamos el ello, ha demostrado que la tendencia

a la descarga inmediata a la catexia es característica del ello durante toda nuestra vida.

Cuando consideramos el proceso secundario, nos hallamos con que existe una situación muy distinta: aquí lo principal está en la habilidad o capacidad de postergar la descarga de la energía catéctica. Podríamos decir que la cuestión parece estribar en demorar la descarga hasta que las circunstancias sean más favorables. De cualquier manera, la capacidad de postergar la descarga es un rasgo del proceso secundario. Otro de sus rasgos esenciales es que las catexias están asociadas en forma mucho más firme a un objeto particular o a un método específico de descarga de catexia que en el caso del proceso primario. Aquí también, como para la primera característica —capacidad de postergar la gratificación— la diferencia entre los procesos primario y secundario es más bien cuantitativa que cualitativa.

Por esta misma razón, la transición de uno a otro es gradual, tanto desde el punto de vista histórico —al seguir el crecimiento y evolución de un individuo determinado—, como del descriptivo, al intentar el trazado de una línea que delimite los procesos primarios y secundarios en el estudio del funcionamiento mental de una persona cualquiera.

Si tratamos ahora de definir y describir estos dos modos de pensamiento, comprobaremos que el secundario es más fácil que el primario, porque nos es más familiar: es un pensamiento común, consciente, como lo sabemos por la introspección; es decir, primariamente verbal y que está de acuerdo con las leyes de sintaxis y la lógica; es el modo de pensamiento que por lo común atribuimos al yo más bien maduro y, puesto que nos es conocido, no necesita una descripción ulterior especial.

El pensamiento del proceso primario, por otra parte, es el modo característico de los años de la infancia en que el yo está aún inmaduro. Difiere en aspectos importantes de las formas familiares del pensamiento consciente, que llamamos proceso secundario; tan diferente, por cierto, que el lector puede dudar si el pensamiento del proceso primario tiene cabida en el funcionamiento normal de la mente. En consecuencia, es importante destacar que el pensamiento de proceso primario es normalmente la forma dominante para el yo inmaduro y que del mismo modo persiste, en algún grado, también en la vida adulta, como pronto veremos.

Existe otra característica del pensamiento de proceso primario que suele considerarse como si fuera separada y especial, aunque parezca más bien un ejemplo de uno de los rasgos que ya hemos discutido, el desplazamiento. Dicha característica es la que denominamos representación simbólica, en el sentido psicoanalítico del término *simbólico*.

A poco de iniciado en el estudio de los sueños y de los signos neuróticos, Freud (1900) halló que algunos elementos de los sueños o de los síntomas tenían un significado que era muy constante de un paciente a otro, que resultaba distinto del significado habitual y, lo más raro de

todo, ¡que era desconocido para el mismo paciente! Ocurría como si existiera un lenguaje secreto que la gente utilizaba en forma inconsciente, sin ser capaz de comprenderlo conscientemente; y al vocabulario, valga la expresión, de ese lenguaje, Freud lo denominó los *símbolos*.

¿Cómo se desarrolla el sentido de la realidad? Evoluciona, creemos, en forma gradual, como otras funciones del yo a medida que el niño crece y madura, y a lo largo de un periodo considerable de tiempo. Suponemos que durante varias de las primeras semanas de vida, la criatura es incapaz de establecer por completo la diferencia que hay entre los estímulos de su propio cuerpo y los instintivos, con respecto a los provenientes del medio social.

Desarrolla en forma progresiva su capacidad de lograrlo, en parte como consecuencia de la maduración de su sistema nervioso y sus órganos sensoriales y en parte, como resultado de los factores experienciales.

Freud (1911) llamó la atención acerca del hecho de que la frustración era uno de estos elementos. En realidad, él consideró que ésta resultaba de gran importancia en la evolución del sentido de la realidad durante los primeros meses de vida. Señaló, por ejemplo, que la criatura experimenta muchas veces que ciertos estímulos, *verbigracia*, los del pecho y la leche, que constituyen fuentes importantes de gratificación, se hallan ausentes. Según descubre la criatura, esto puede resultar cierto aun cuando determinados estímulos están altamente catectizados; es decir, a pesar de que el niño esté hambriento, como el citado en este ejemplo.

A tales experiencias de frustración que de modo inevitable se repiten de una manera u otra en diversidad de formas durante la infancia, Freud las consideró un factor de los más importantes en el desarrollo de un criterio de la realidad. Por medio de ellas, el niño aprende que algunas cosas en el mundo vienen y se van; que pueden estar ausentes o presentes; que *no están aquí* por mucho que uno lo desee. Éste es uno de los puntos de partida para reconocer que tales cosas (el pecho de la madre, por ejemplo) no son *sí mismo*, sino que están *fuera de sí mismo*.

Consideremos ahora la última de las características psicológicas que deseamos analizar como integrante de la tarea de facilitar al yo su transformación, en cierto grado, en el amo del ello. Esta característica es probablemente la decisiva y la verdadera responsable de la capacidad del yo para oponerse y dominar los impulsos del ello en cierta extensión y en ciertas ocasiones. Se trata de la tendencia humana a generar angustia bajo ciertas circunstancias; tendencia que requerirá no solo una discusión más bien larga y técnica para elucidarla, sino también una introducción considerable, puesto que la teoría psicoanalítica de la angustia no puede ser comprendida sin antes presentar lo que Freud denominó el principio del placer. Esta hipótesis que aún no hemos discutido será considerada aquí.

Expresado en términos simples, el principio del placer afirma que la mente tiende a obrar en forma tal de alcanzar el placer y de evitar su antagonista. La palabra alemana que Freud utilizó para expresar lo antagónico al placer fue *unlust*, que ha sido traducida a menudo como *dolor*, de modo que nuestro principio ha sido denominado también principio del placer y dolor. Pero *dolor*, a diferencia de *unlust*, también denota la sensación física de dolor además de lo opuesto al placer; por lo cual, para evitar la ambigüedad en tal aspecto, algunos traductores más recientes han sugerido que en vez de dolor se utilice la palabra inglesa *unpleasure* (implacer) que, aunque carente de belleza, no da lugar a ambigüedad. (En castellano usaremos la palabra *desplacer*, idiomáticamente correcta y sin connotación física, como el autor desea.)

Freud incorporó al concepto del principio del placer las ideas de que en los primeros tiempos de vida la tendencia a obtener placer es imperiosa e inmediata y que el individuo sólo en forma gradual adquiere la capacidad de posponer el logro del placer, a medida que se va haciendo mayor.

Este concepto del principio del placer suena parecido a la idea del proceso primario que tratamos en párrafos anteriores. De acuerdo con el principio del placer hay una proclividad a obtener placer y a evitar el *desplacer*, tendencia que en los comienzos de la vida no admite postergaciones. De acuerdo con el proceso primario, las catexias de la energía impulsiva han de ser descargadas lo más pronto posible, y podemos suponer aun que este proceso es el dominante en el funcionamiento mental de esa época de la existencia. Además, en conexión con el principio del placer, Freud afirmó que, con los años, hay un aumento gradual de la capacidad del individuo para postergar la obtención del placer y el alejamiento del *desplacer*, mientras que en relación con el proceso primario, formuló la idea de que el desarrollo del proceso secundario y su aumento de importancia relativa permitía al individuo postergar la descarga de las catexias a medida que se hacía adulto.

En lo fundamental, por tanto, el concepto original de Freud del principio del placer se corresponde con el posterior de proceso primario. La única diferencia real, fuera de la terminología, es que el principio del placer está formulado en términos subjetivos, mientras que el proceso primario lo está en objetivos; es decir, que las palabras *placer* y *desplacer* se refieren a fenómenos subjetivos (en este caso a efectos), mientras que las frases *descarga de catexias* o *descarga de la energía pulsional* se refieren al fenómeno objetivo de la distribución y descarga de la fuerza, en este caso dentro del ello. Debe anotarse, de paso, que de acuerdo con nuestras teorías un afecto o emoción es un fenómeno del yo, por más que este fenómeno dependa para su génesis de procesos operados en el ello.

Sigmund Freud de ninguna manera pasó inadvertida la gran similitud

que existe entre la formación del principio del placer y la de ese aspecto del funcionamiento del ello al cual denominó proceso primario.

En términos más simples pero algo menos precisos podemos decir que Freud (1911) originalmente supuso que un aumento de la tensión psíquica producía desplacer, mientras que una disminución de ella ocasionaba placer. Si esta suposición fuera correcta, el principio del placer y el proceso primario no serían más que formas distintas de expresar la misma hipótesis.

Por desgracia para nuestro deseo natural de simplicidad en las teorías, Freud (1924c) llegó a la conclusión de que aunque el placer acompaña a la descarga de la energía psíquica móvil en una amplia mayoría de casos, mientras que el desplacer es la consecuencia de la acumulación de tal energía, aún quedan hechos importantes en los cuales esto no parece registrarse así.

La conclusión de Freud fue, por lo tanto, que las relaciones entre los fenómenos de acumulación y descarga de energía pulsional móvil, por un lado, y los sentimientos de placer y desplacer, por el otro, no eran simples ni determinables. Adelantó una hipótesis: que la razón y el ritmo de incremento o descarga de catexia podía ser un factor determinante. Ahí dejó la cuestión.

La consecuencia de estos hechos es que no podemos aún formular satisfactoriamente el principio del placer en términos precisos relacionados con la energía psíquica. Debemos, por tanto, atenernos a la versión primera del mismo autor, expresada en términos de las experiencias subjetivas de placer y desplacer: la mente, o el individuo en su vida psíquica, procura la obtención de placer y evita el desplacer.

La teoría original de Freud acerca de la angustia señala que resulta del freno y la descarga inadecuada de la libido; que la acumulación anormal de libido dentro de la psiquis fuese el resultado de obstáculos exteriores para su descarga apropiada (Freud, 1895) o que se debiese a obstáculos interiores, tales como conflictos inconscientes o inhibiciones concernientes a la gratificación sexual, no tiene mayor importancia desde el punto de vista de esa teoría. En ambos casos el resultado era una acumulación de la libido no liberada, que podía transformarse en angustia. La teoría no explicaba cómo ocurría dicha transformación, ni qué factores determinaban el momento preciso en que debía ocurrir. Es importante también consignar que de acuerdo con esa teoría el término *angustia* denota un tipo patológico de temor que, por cierto, está relacionado fenomenológicamente con el miedo normal hacia un peligro externo, pero que tiene un origen claramente distinto. El temor al peligro externo es, según se presumía, una reacción aprendida; es decir, una reacción basada en la experiencia, mientras que la angustia es libido transformada, o sea, una manifestación patológica de la energía de las pulsiones.

Éste fue el estatus de la teoría psicoanalítica de la angustia hasta 1926. En ese año Freud publicó una monografía que en su versión norteamericana se denominó *El problema de la angustia*, mientras que en la inglesa fue *Inhibición, síntoma y angustia*. En esa obra Freud señaló que la angustia es el problema central de la neurosis y propuso una nueva teoría basada en la hipótesis estructural, misma que resumiremos aquí. Antes de hacerlo será conveniente que consignemos la estrecha relación entre el tema de *El problema de la angustia*, es decir, la segunda teoría de Freud al respecto, y el de dos trabajos anteriores a los que nos hemos referido en párrafos anteriores, *Más allá del principio del placer* y *El yo y el ello*. Estas dos monografías contienen las ideas fundamentales que diferencian la moderna teoría psicoanalítica de lo que fue en su boceto original. Estos conceptos unidos a la teoría dual de las pulsiones y la hipótesis estructural, nos permiten una forma más sólida y conveniente de enfocar los fenómenos mentales, que con anterioridad no era posible, a la vez que propician una clara comprensión de sus complicadas interrelaciones. Las nuevas teorías también facilitaron progresos valiosos en la aplicación clínica del psicoanálisis. Un ejemplo sobresaliente ha sido el vasto desarrollo del análisis del yo y del campo íntegro de la psicología psicoanalítica del yo que se ha registrado durante los últimos veinticinco años.

Freud mismo escribió varios trabajos en los que mostró cómo las nuevas teorías podían rendir frutos cuando se aplicaban a los problemas clínicos. El caso de la angustia es en forma notoria el apartado más importante de tal aplicación fructífera; en él Freud adelantó una teoría de la angustia, de aplicación clínica y basada en las visiones profundas brindadas por la hipótesis estructural.

Para lograr la comprensión de la nueva hipótesis debemos considerar primero que Freud señalaba que ese fenómeno tiene una base biológica heredada. En otras palabras, creía que el organismo humano está dotado en forma congénita para reaccionar ante esas manifestaciones psicológicas y físicas que denominamos angustia. Señaló que tanto en el hombre como en los animales más inferiores esta capacidad tiene un valor definido de supervivencia para el individuo, por lo menos en su estado *natural*. Si un ser humano, carente de la protección de sus padres, no se asustara ante nada, pronto sería destruido.

Lo que Freud trató de explicar en su teoría de la angustia, entonces, no fue la naturaleza ni el origen de ésta, sino más bien su ubicación y su importancia en la vida mental del hombre. Como veremos, las formulaciones que propuso en *El problema de la angustia* incluyeron en parte sus primeras proposiciones y aun fueron mucho más allá.

Abandonó además una parte importante de su teoría primigenia; dejó de lado por completo la idea de que la libido no liberada se transformaba en angustia. Dio este paso con fundamentos clínicos y demostró la

validez de su nueva posición mediante la discusión algo detallada de dos casos de fobias de la infancia.

En su nueva teoría Freud propuso relacionar la aparición de la angustia con las que denominó *situaciones traumáticas y situaciones de riesgo*. A aquellas las definió como estados en los cuales la psiquis queda abrumada por el influjo de estímulos demasiado grandes para dominarlos o descargarlos. Consideró que cuando se producía este fenómeno se desarrollaba la angustia en forma automática.

Es pertinente señalar que Freud consideraba que el prototipo de situación traumática es la experiencia del nacimiento, al afectar a la criatura que asoma a la vida. En ese momento, el niño está sometido a un influjo abrumador de experiencias externas y sensoriales viscerales, y responde con lo que Freud consideró que eran manifestaciones de angustia.

El interés principal de Freud en el nacimiento como situación traumática acompañada de angustia residía al parecer, en que podía ser contemplada como prototipo para situaciones traumáticas posteriores de mayor importancia psicológica y que de ese modo se ajustaba dentro de sus nuevas teorías en forma satisfactoria.

En su monografía Freud prestó marcada atención a los estados traumáticos que se producen después del nacimiento, en la primera infancia. Como ejemplo de tales situaciones eligió la siguiente: en los primeros tiempos de vida una criatura depende de la madre para la gratificación de la mayoría de sus necesidades orgánicas y para la obtención de la recompensa, que en ese periodo de la vida está primordialmente relacionada con la satisfacción de las necesidades orgánicas, como por ejemplo el amamantamiento, en el que la criatura experimenta un deleite oral, al mismo tiempo que el placer que le brindan los brazos, el calor y los mimos. La criatura, antes de alcanzar una cierta etapa de su vida, no puede obtener estas gratificaciones instintivas por sí mismo. Así cuando la madre está ausente, el niño experimenta una necesidad vital que sólo puede ser satisfecha por aquélla; se crea una situación traumática para el pequeño, en el sentido que Freud da a esta palabra. El yo del lactante no está plenamente desarrollado como para ser capaz de postergar sus gratificaciones mediante la retención de sus deseos pulsionales y, en cambio, su psiquis queda abrumada por la acumulación de estímulos. Puesto que no puede dominar ni descargar éstos, entonces genera una angustia.

Freud creía también que la tendencia o capacidad del aparato mental para reaccionar a un flujo excesivo de estímulos en la forma antes descrita, es decir, por generación de angustia, persiste durante toda la vida. En otras palabras, la experimentación de una situación traumática, en el significado especial que este psicoanalista da a esta frase, puede generarse a cualquier edad.

El concepto freudiano de las situaciones traumáticas y de la generación automática de angustia en dichos estados psíquicos, constituye lo que podemos denominar la primera parte de su nueva hipótesis; es la más próxima a su teoría primigenia, aunque difiere en forma sustancial de aquella en lo que respecta al modo de producción de la angustia. El lector recordará que, según Freud en su ideario anterior, la angustia surge por una transformación de la libido, mientras que según el punto de vista posterior se genera como resultado de una afluencia abrumadora de estímulos que pueden o no provenir de las pulsiones.

Podemos ahora resumir la primera parte de la nueva teoría de Freud como sigue:

- a) La angustia se genera en forma automática siempre que la psiquis resulta abrumada por una afluencia de estímulos demasiado densa para ser dominada o liberada.
- b) Estos estímulos pueden ser de origen externo o interno, pero con mayor frecuencia surgen de ello, es decir, de las pulsiones.
- c) Cuando de este modo se genera en forma automática una angustia, se califica la situación como traumática.
- d) El prototipo de tales situaciones traumáticas es el nacimiento.
- e) La angustia automática es característica de la infancia, a causa de la debilidad y falta de madurez del yo en esa época, y también se halla en la vida adulta en los casos de la llamada neurosis de angustia actual.

La segunda parte de la nueva teoría consiste en que, en el curso del desarrollo, el niño aprende a anticipar o prever la llegada de una situación difícil y a reaccionar ante ella con angustia, antes de que se haga traumática. A este tipo de reacción, Freud lo denominó *angustia de alarma*. Se produce por una situación de peligro o por la anticipación de éste; su producción es función del yo y sirve para movilizar las fuerzas a su disposición, a fin de enfrentar o evitar la situación traumática inminente.

¿Qué sucede cuando el yo reconoce un estado de peligro y reacciona a él mediante una angustia de alarma? Es en este punto cuando el principio del placer entra en cuadro. La angustia de alarma es desagradable y, cuanto más intensa, mayor el desplacer. Se puede suponer que hasta cierto punto la intensidad de la angustia es proporcional a la estimación que el yo cobra de la gravedad o proximidad del peligro, o de ambos factores. De modo que es de esperar que en el caso de cualquier situación considerable de peligro también resulten notorios la angustia y el desplacer. Es este último el que pone en acción, en forma automática, lo que Freud denominó el *todopoderoso* principio del placer. Es la manera de obrar del principio del placer la que después infunde al yo

la fuerza necesaria para dominar la emergencia o la acción continuada de cualesquiera pulsiones del ello, que puedan estar dando origen a una situación de peligro. En el caso del niño abandonado por la madre, estas pulsiones suelen expresarse en el deseo de ser alimentado y mimado por ella.

Freud trazó una serie de situaciones típicas de peligro que se puede esperar que sucedan en una secuencia en la vida del niño. La primera de éstas, cronológicamente, es la separación de una persona que es importante para el pequeño como fuente de gratificación. A esto suele hacerse referencia en la literatura psicoanalítica como *pérdida del objeto* o *pérdida del objeto amado* aunque en la edad en que se percibe como peligro por primera vez, el niño es aún demasiado pequeño para atribuirle una emoción tan compleja como el amor. La situación de peligro típica siguiente en el niño es la pérdida del amor de una persona de su medio de la que debe depender para su gratificación. En otras palabras, aun cuando esa persona esté presente, el niño puede temer la pérdida de su amor; esto suele denominarse *pérdida del amor del objeto*. La situación siguiente difiere según el sexo. En el caso del varón el peligro reside en la pérdida de su pene, lo que en la literatura psicoanalítica suele referirse como *castración*. En el caso de la niña el peligro reside en alguna lesión genital análoga. La última situación de peligro es la de culpa, o desaprobación y castigo de parte del superyó.

Podemos considerar que el primero de estos peligros es característico de la etapa primigenia de evolución del yo, quizá hasta el año y medio, edad a la cual se le suma el segundo, mientras que el tercero no ocupa un primer plano sino hasta los dos y medio a tres años, y el último, claro está, no adquiere importancia hasta los cinco o seis, cuando ya se ha formado el superyó. Todos estos temores persisten en forma inconsciente, por lo menos en cierto grado, durante toda la vida — en los pacientes neuróticos, en grado excesivo— y la importancia de cada uno varía de una persona a otra.

Freud afirmó que la angustia es el problema central en la enfermedad mental. Incidentalmente, podemos recordar que no siempre fue así. Antes de la publicación de *El problema de la angustia*, el hincapié principal de la concepción psicoanalítica de las neurosis, en la teoría y en la clínica, se hacía en las vicisitudes de la libido, en particular en sus fijaciones.

En aquel entonces, como ya hemos dicho, se consideraba que la angustia era libido transformada como consecuencia de su liberación inadecuada. Resultaba natural, por tanto, que ocupara el primer plano en las discusiones teóricas y que la preocupación clínica principal residiera en deshacer las fijaciones y en general en asegurar una liberación adecuada de la libido. Esto no pretende implicar que sea menos importante ahora que entonces eliminar las fijaciones. En la actualidad tendemos a contemplar estos problemas, clínicos y teóricamente, desde

el punto de vista del yo y del ello, en vez de hacerlo sólo desde el ángulo de éste último. Puesto todo el interés de la literatura psicoanalítica corriente sobre la importancia de la angustia en la enfermedad mental, resulta fácil perder de vista el hecho de que su papel en la facultación al yo para dominar o inhibir los deseos o pulsiones instintivas que le parecen peligrosos, es esencial para la evolución normal.

Recapitemos ahora esta segunda parte de la nueva teoría de la angustia:

- a) En el curso de su desarrollo, el yo adquiere la capacidad de producir angustia cuando surge un estado de peligro (amenaza de una situación traumática) y luego, como anticipación al peligro mismo.
- b) A través de la acción del principio del placer, esta angustia de alarma permite al yo dominar o inhibir las pulsiones del ello en una situación de peligro.
- c) Existe una serie o secuencia característica de situaciones de peligro durante la infancia, las cuales persisten como tales en mayor o menor grado, o inconscientemente, durante toda la vida.
- d) La angustia de alarma es una forma atenuada de angustia, y desempeña un papel primordial en la evolución normal y es característica de la psiconeurosis.

Por medio del análisis de la angustia comprendemos que cuando el yo se opone a la emergencia de una pulsión del ello, lo hace así porque considera que la liberación de dicha pulsión creará una situación de peligro. El yo produce entonces la ansiedad como señal de alarma, obtiene así la ayuda del principio de placer y es capaz de ofrecer una resistencia eficaz a la salida de las pulsiones peligrosas. En la terminología psicoanalítica, hablamos de tal actuación como de la defensa u operación defensiva del yo.

Nuestra pregunta puede encuadrarse entonces de la manera siguiente: ¿cuáles son las defensas que el yo posee para enfrentar al ello?

La respuesta a esta pregunta es muy simple, aunque muy general. El yo puede utilizar con tal fin todo aquello que esté a su alcance. Cualquier actitud del yo, cualquier percepción, un cambio en la atención, la anteposición de otra pulsión del ello que sea más segura que la peligrosa y que compita con ella, un intento vigoroso de neutralizar la energía de la pulsión peligrosa, la formación de identificaciones o la ejercitación de la fantasía, son mecanismos todos que pueden utilizarse con fines defensivos, aislados o en combinación.

El yo es capaz de usar y usa de hecho todos los procesos de su formación y función normal con fines defensivos, en uno u otro momento.

El primer mecanismo reconocido, que ha sido merecedor de la mayor atención en la literatura psicoanalítica, es aquel que denominamos *represión* (Freud, 1915b). Es ésta una actividad del yo que aleja de la consciencia la pulsión no deseada del ello o cualquiera de sus derivados, sean recuerdos, emociones, deseos o fantasías. En lo que concierne a la vida consciente del individuo es como si todos ellos no existieran. Un recuerdo reprimido es aquel olvidado desde el punto de vista subjetivo del individuo en quien se produjo la represión.

El acto de represión da origen dentro de la mente a una oposición fija o prolongada entre el yo y el ello en el asiento de la represión. Creemos que por una parte el material reprimido continúa cargándose con cierta catexia de energía pulsional que presiona en forma constante en busca de satisfacción, mientras que por otra parte, el yo mantiene la represión por el gasto constante de una porción de energía psíquica a su disposición. Esta energía se denomina *contracatexia*, puesto que tiene la función de oponerse a la catexia de energía pulsional con que está cargado el material reprimido.

El equilibrio entre catexia y contracatexia jamás es de tipo fijo, estático. Es el resultado de una igualdad entre las fuerzas antagónicas y puede desplazarse según las ocasiones. Mientras la contracatexia gastada por el yo sea más fuerte que la catexia del material reprimido, éste permanece en tal situación. Pero si la contracatexia se debilita, el material reprimido tiende a asomar en la consciencia y en la acción. Es decir, que la represión comenzará a fallar, y lo mismo ocurrirá si la intensidad de la catexia de los impulsos aumenta sin un crecimiento paralelo de la contracatexia.

Hay dos puntos más por aclarar con respecto al mecanismo de represión. El primero de ellos es que todo el proceso se gesta en forma inconsciente. Lo inconsciente no es sólo el material reprimido. Las actividades del yo que constituyen la represión son igualmente inconscientes. Uno no se da más cuenta de que está *reprimiendo* algo, que de si lo está olvidando. Lo único que se puede apreciar es el resultado. Sin embargo, hay una actividad consciente que es bastante análoga a la represión. Esta actividad suele conocerse como *supresión* en la literatura psicoanalítica, y es la conocida decisión de olvidar algo; de no pensar más en ello.

El segundo de estos puntos es que cuando se reprime algo no basta decir que se ha impedido, por la fuerza, su ingreso a la consciencia; tanta importancia como eso tiene comprender que lo reprimido se ha separado funcionalmente del yo y que ha pasado a ser parte del ello.

El segundo mecanismo de defensa que consideraremos será el denominado *formación de reacción*. Éste es un mecanismo por medio del cual una de un par de actitudes ambivalentes, por ejemplo, el odio, se hace inconsciente y permanece tal debido a la exageración de la otra,

que en este ejemplo sería el amor. De este modo el odio aparece como reemplazado por el amor; la crueldad por la gentileza; la obstinación por la condescendencia; el goce de la suciedad por la prolijidad y limpieza; y así sucesivamente, aun cuando la actitud ausente persista en forma inconsciente.

Como dijimos antes en el caso de la represión, la formación de reacción se produce en forma inconsciente, y como sucede con la mayoría, si no todos, los mecanismos de defensa.

La palabra aislamiento ha sido usada en la literatura psicoanalítica para designar dos mecanismos de defensa que no son del todo similares, aunque ambos resultan característicos de pacientes con un tipo particular de síntomas neuróticos que se suelen denominar obsesivos. El significado más común de esta palabra es un mecanismo que Freud llamó originalmente *aislamiento del afecto*, pero que podríamos nombrar mejor como *represión del afecto* o *represión de la emoción*. En tales casos una fantasía relacionada con un deseo o recuerdo crucial del pasado, puede tener fácil acceso a la conciencia; pero la emoción, por lo general dolorosa, que suele estar relacionada con aquella, no logra, en cambio, el acceso a dicho plano.

Otro mecanismo de defensa que está relacionado en forma característica con tales síntomas es el de la *anulación*. Éste consiste en una acción que tiene el propósito de desaprobación o deshacer el daño que el individuo en cuestión imagina en forma inconsciente que puede haber causado con sus deseos, sean estos sexuales u hostiles.

El mecanismo siguiente que deseamos discutir es el de la llamada *proyección*. Ésta es una operación de defensa que resulta en la atribución individual de una pulsión o deseo que le pertenece a sí mismo, a alguna otra persona o, con la misma razón, a algún objeto impersonal del mundo exterior. Un caso patológico notorio sería el del enfermo mental que proyecta sus pulsiones de violencia y que en consecuencia, por error, se creyera a sí mismo en peligro físico por parte de la policía, los comunistas o el vecino, según el caso.

Los términos *introyección* e *incorporación* también se hallan en la literatura psicoanalítica empleados para designar la fantasía inconsciente de unión con otro por ingestión. Algunos autores han intentado hacer distinciones entre estos diversos términos, pero en el uso común son en esencia sinónimos del término *identificación*.

Debemos mencionar aún otro mecanismo que ocupa una posición importante entre las operaciones defensivas del yo que es la *regresión*. Éste y la identificación son mecanismos de defensa en sí.

La importancia de la regresión instintiva como defensa reside en que frente a conflictos graves sobre deseos de la fase fálica del desarrollo instintivo, por ejemplo, se pueden abandonar por completo o en parte para retornar o regresar a los fines y deseos de una etapa previa, anal u oral,

y evitar así la angustia que sería causada por la persistencia de los deseos fálicos. En algunos casos tal regresión instintiva que, incidentalmente, es con más frecuencia parcial que completa, basta para solucionar el conflicto entre el yo y el ello a favor del primero, de donde resulta un equilibrio intrapsíquico relativamente estable sobre la base de que los deseos de las pulsiones prefálicas han sido sustituidas en forma más o menos completa por los fálicos.

Unido a ellos, aunque distinto, está el mecanismo mental que Freud denominó *sublimación*. Como se concibió originalmente, la sublimación constituía la contraparte normal de los mecanismos de defensa, los cuales se consideraba estaban en relación con una disfunción psíquica. Hoy decimos más bien que el término sublimación expresa un cierto aspecto de la función normal del yo.

Lo que denominamos sublimación es esa actividad sustitutiva, que al mismo tiempo se adapta a las exigencias del medio y da una medida de gratificación inconsciente al derivado de una pulsión infantil que fuera repudiada en su forma original.

Freud fue el primero en dar un cuadro claro de la gran importancia que para nuestra vida y evolución psíquica tiene la relación con las otras personas. Las primeras, claro está, son los padres; relación que en un principio está reducida primordialmente a la madre o al sustituto de ella. Un poco más tarde se entra en relación con los hermanos, o compañeros muy próximos, y con el padre.

Freud señaló que las personas a las que el niño está unido en sus primeros años ocupan una posición en su vida mental que es única en cuanto a influencia concierne. Esto es verdad.

En la literatura psicoanalítica, el término *objeto* se utiliza para designar personas o cosas del exterior que tienen importancia psicológica en la vida psíquica de uno, sean tales cosas animadas o inanimadas. Del mismo modo, la frase *relaciones con el objeto* se refiere a la actitud y comportamiento con respecto a tales objetos. Por conveniencia usaremos dichos términos en la consideración siguiente.

Suponemos que en las primeras etapas de la vida, como lo hemos dicho, el niño ignora los objetos como tales y que sólo en forma gradual aprende a distinguirse a sí mismo del objeto, durante los primeros meses de su desarrollo. También hemos afirmado que entre los objetos más importantes de la infancia están las diversas partes del cuerpo del mismo niño, por ejemplo, sus dedos y su boca. Todos ellos son en extremo importantes como fuentes de gratificación y de allí, presumimos que están muy catectizados por la libido. Para ser más precisos debiéramos decir que las representaciones psíquicas de esas partes del cuerpo del niño están muy catectizadas. A tal estado de libido orientada hacia sí mismo Freud lo denominó *narcisismo*, por aquel joven griego de la leyenda, Narciso, que se enamoró de sí mismo.

La ubicación actual del concepto de narcisismo en la teoría psicoanalítica es relativamente incierta. Esto se debe a que ese concepto fue creado antes de que Freud hubiera formulado su teoría dual de las pulsiones. Como consecuencia, sólo el impulso sexual halló un lugar en el concepto de narcisismo, y éste nunca ha sido puesto explícitamente de acuerdo con la teoría dual de los instintos o con la hipótesis estructural.

El concepto de narcisismo ha sido actualizado por Kenberg y Kohut, constituyendo hipótesis de trabajo útil y necesaria en la teoría psicoanalítica. En general, el término se utiliza para indicar tres cosas algo distintas aunque relacionadas, cuando se aplica a un adulto. Ellas son: *a*) una hipercatexia de sí mismo, *b*) una hipocatexia de los objetos de la circunstancia, y *c*) una relación patológicamente inmadura con esos objetos.

Vale la pena añadir que Freud consideraba que la mayor porción de la libido permanecía narcisista, es decir, *autodirigida*, durante toda la vida. Esto suele mencionarse como narcisismo *normal* o *sano*. También consideró que esas fuerzas libidinales que catectizaban las representaciones psíquicas de los objetos, mantenían la misma relación con el cuerpo principal de la libido narcisista que los seudópodos de una amiba con su cuerpo. Es decir, que la libido objetiva deriva de la narcisista y puede retornar a ella si después de un tiempo el objeto fuera abandonado por alguna razón.

La actitud del niño hacia los primeros objetos de los que toma conocimiento resulta autocentrada en forma exclusiva, como es natural. El niño al principio sólo está interesado por las gratificaciones que el objeto le brinda; es decir, con el aspecto del objeto que podríamos denominar satisfactor de necesidades. Es de suponer que al principio el objeto sólo está *catectizado* cuando el niño comienza a experimentar alguna necesidad que puede ser gratificada por o mediante el objeto mismo; que en otro sentido, no existe psíquicamente para el pequeño. Consideramos que únicamente en forma gradual se desarrolla una relación continua; es decir, una catexia objetiva persistente, aun en ausencia de una necesidad inmediata, que el objeto pueda satisfacer. Podemos expresar la misma idea en términos más subjetivos, asentando que es una forma gradual como el niño desarrolla un interés por los objetos de su circunstancia, mismo que persiste aun cuando no persigue placer o gratificación de parte de ellos.

Durante toda nuestra vida late inconscientemente en todos nosotros una tendencia a identificarnos con los objetos muy catectizantes, aunque normalmente no ocupa la posición predominante en las relaciones con éstos durante la vida posterior, que sí es característica de la temprana infancia. Esta persistencia inconsciente de la tendencia a identificarse con el objeto es ejemplo de un atributo general de muchos modos o características precoces del funcionamiento mental que, excedidos en

cuanto a la vida mental consciente concierne, siguen existiendo sin que nos demos cuenta de su actuación continua.

Las primeras etapas de las relaciones con los objetos, que hemos intentado caracterizar hasta aquí, suelen conocerse como relaciones pregenitales con los objetos o, en forma más específica, relaciones anales u orales con los objetos. Precisamente, el empleo acostumbrado de la palabra *pregenital* en conexión con esto, es inexacto; el término apropiado para indicarlo sería *prefálico*.

Freud estudió las etapas del desarrollo erótico antes de explorar los otros aspectos de la vida mental de esas primeras épocas y fue el primero en aclararlas; de modo que resulta natural que los nombres de las etapas del desarrollo libidiano se utilizaran luego para caracterizar todos los fenómenos de ese periodo de la vida del niño. Cuando se trata de las relaciones con los objetos, el uso de la terminología erótica tiene más que mero valor histórico, pues sirve para recordarnos que después de todo, son las pulsiones y, quizá principalmente la pulsión sexual, las que buscan los objetos en primer lugar, pues sólo es por medio de estos últimos como se puede lograr la descarga o gratificación. La importancia de las relaciones con los objetos está determinada primordialmente por la existencia de nuestras exigencias instintivas y la relación pulsión-objeto es de verdadera importancia en el transcurso de toda la existencia del individuo.

En la época en que la fase fálica está bien establecida, el niño es capaz de distinguir muy claramente entre sí mismo y el objeto, y aun puede concebirlos como personas semejantes a él mismo, con sentimientos y pensamientos similares.

Pero lo que aquí deseamos establecer es que la evolución del yo del niño ha alcanzado el nivel de la etapa fálica, donde las relaciones con los objetos son factibles en un terreno comparable con el de los años posteriores de la infancia y de la edad adulta, aun cuando sean semejantes a ellos en todo sentido. La naturaleza de la propia conciencia y de la percepción de los objetos en el niño de cuatro o cinco años es tal, que hace posible la existencia de sentimientos de amor u odio hacia un objeto determinado, así como de sentimientos de celos, temor y rabia hacia un rival, que contienen todas las mismas características esenciales en la vida posterior.

Las relaciones más importantes con el objeto en la fase fálica son aquellas agrupadas como *complejo de Edipo*. Por cierto que el periodo de vida de los dos años y medio a los seis se denomina fase edípica o periodo edípico; a menudo también se llama etapa o fase fálica. Las relaciones con los objetos que abarca el complejo de Edipo son de máxima importancia tanto para la evolución normal como para la patológica. Freud consideró que los hechos de esta fase de la vida son cruciales (1924a).

Freud mismo descubrió bastante pronto la presencia habitual de fantasías de incesto con respecto al progenitor del sexo opuesto en las vidas mentales inconscientes de sus pacientes neuróticos, combinadas con celos y rabia homicida hacia el progenitor del mismo sexo. A causa de la analogía entre tales fantasías y la leyenda griega de Edipo, aquel que mató por ignorancia a su padre y se casó con su propia madre, fue como Freud denominó a esa constelación el complejo de Edipo (1900). En el transcurso de los primeros diez o quince años de este siglo se hizo evidente que dicho complejo no era sólo una característica de la vida mental inconsciente de los neuróticos, sino que, por lo contrario, se hallaba también presente en las personas normales. La existencia de tales deseos en la infancia y los conflictos a los cuales pueden dar origen, son en realidad una experiencia común a toda la humanidad.

En breve resumen puede decirse entonces que lo que denominamos complejo de Edipo es una doble actitud con respecto a ambos padres: por una parte, el deseo de eliminar al padre, odiado por celos, y tomar su lugar en una relación sexual con la madre. Por otra parte, el deseo de eliminar a la madre odiada también por celos y suplirla en la relación con el padre.

Como descubrió Freud, muy temprano en su trabajo sobre pacientes neuróticos, el niño puede desarrollar una o varias fantasías acerca de las actividades sexuales de sus progenitores, que él mismo desea repetir con la madre.

El lector comprenderá que esta presentación tan condensada de lo esencial del complejo de Edipo es de tipo muy esquemático. En realidad, la vida mental de cada niño durante este periodo es única para él o ella y está profundamente influida tanto por las experiencias de los dos primeros años de vida que precedieron al periodo edípico, como por los acontecimientos de éste.

Freud mencionó las variaciones que pueden producirse de la herencia instintiva, por ejemplo, en la tendencia a la bisexualidad, es decir, en la predisposición del niño hacia la femineidad y de la niña hacia la masculinidad. Afirmó, y la mayoría de los psicoanalistas están de acuerdo en ello, que cierto grado de bisexualidad existe normalmente en la esfera psíquica de todo ser humano. Éste es por cierto el corolario del hecho de que el complejo de Edipo incluye, en forma normal, fantasías de unión sexual con ambos padres. Está claro, no obstante, que las variaciones de la intensidad relativa de los componentes masculino y femenino de la pulsión sexual pueden influir en forma considerable en la relativa fuerza de los diversos deseos edípicos.

Existe por lo menos otro aspecto importante de la fase edípica que aún no hemos mencionado y que no debemos pasar por alto: se trata de la masturbación genital que suele constituir la actividad sexual del niño durante este periodo de vida.

Con el abandono de la fase edípica, suele abandonarse la masturbación genital o disminuye muchísimo, y no reaparece sino hasta la pubertad. Las fantasías edípicas originales son reprimidas, pero versiones disfrazadas de las mismas persisten en la conciencia.

No obstante, ésta no es la única forma en que el complejo de Edipo influye sobre la vida futura del individuo. Tiene, además, una consecuencia específica de importancia muy grande sobre la vida mental subsiguiente y que nos proponemos considerar a continuación. Ésta es *la formación del superyó*, la tercera del grupo de funciones mentales que Freud postuló en su llamada hipótesis estructural del aparato psíquico.

El superyó corresponde en una forma general a lo que solemos denominar la conciencia. Comprende las funciones morales de la personalidad; éstas incluyen: *a)* la aprobación o desaprobación de los actos y deseos sobre la base de la rectitud; *b)* la autoobservación crítica; *c)* la exigencia de reparación o de arrepentimiento por el mal causado, y *d)* la propia estimación o el propio amor como recompensa por los pensamientos o actos virtuosos o meritorios. Contrariamente al significado habitual de *conciencia*, consideramos que las funciones del superyó son a menudo inconscientes en gran parte o por completo. Freud asentó que el psicoanálisis demuestra —mediante la objetivación de la existencia de deseos inconscientes en cada individuo que repudia y niega conscientemente— que los seres humanos son menos morales de lo que ellos mismos han creído y ha probado, por otra parte, que existen exigencias y prohibiciones morales en cada uno de nosotros mucho más estrictas de cuanto pensábamos.

El superyó tiene una relación particularmente íntima con el complejo de Edipo y se ha formado como consecuencia de las identificaciones con los aspectos morales y prohibitivos de los padres, mismas que nacen en la mente del niño durante el proceso de disolución o alejamiento del complejo de Edipo. Originalmente, el superyó consiste, podríamos decir, en las imágenes interiorizadas de los aspectos morales de los padres durante la fase fálica o edípica.

Freud formuló otras dos observaciones concernientes a la formación de estas identificaciones. La primera establece que el niño experimenta las prohibiciones de sus padres en gran parte como órdenes o reproches verbales. A consecuencia de esto, el superyó mantiene una estrecha relación con los recuerdos auditivos y en particular con la palabra. Alguna percepción intuitiva de este hecho es la presunta responsable de la frase hecha que habla de las “voces de la conciencia”. En estados de regresión psicológica, tales como los sueños (Isakower, 1938) y ciertos tipos de enfermedades mentales graves (Freud, 1923) el funcionamiento del superyó se percibe bajo la forma de palabras habladas que la persona experimenta como provenientes de una fuente exterior a él, tal como lo hicieron las órdenes de sus padres cuando era pequeño. No se debe su-

poner, sin embargo, que el superyó está en relación exclusiva con las percepciones o recuerdos auditivos. Otras percepciones sensoriales, tales como las visuales o táctiles, también están relacionadas con él. Por ejemplo, un paciente muy asustado de sus propias fantasías hostiles, al llegar al máximo de un ataque de angustia aguda, sentía que le abofeteaban el rostro siempre que comenzaba a ponerse iracundo. En este caso el superyó al obrar era experimentado como un castigo físico que provenía del exterior, del mismo modo en que el enfermo había sido castigado en la infancia.

La segunda de las observaciones de Freud (1923) fue que en gran medida las imágenes paternas introyectadas para formar el superyó eran aquellas correspondientes a los superyós de los padres. Es decir, suele ocurrir que los progenitores, al educar a sus hijos, tienden a imponerles una disciplina muy semejante a la que ellos recibieron de sus propios padres durante la infancia. Sus exigencias morales, adquiridas durante la vida temprana, las aplican a sus hijos, cuyos superyós, en consecuencia, reflejan el de sus padres. Esta característica tiene una consecuencia social importante, como lo señaló Freud (1923): determina la perturbación del código moral de una sociedad y es responsable en parte del conservadurismo y de la resistencia a modificar las estructuras sociales.

Consideremos ahora algunos aspectos de la formación del superyó que suelen estar más conectados con el ello que con el yo. Como Freud afirmó, las identificaciones del superyó son en cierto grado la consecuencia del abandono de las relaciones incestuosas con el objeto, correspondiente al complejo de Edipo. En este sentido estas identificaciones son en parte la consecuencia de la pérdida del objeto. El lector recordará que cuando se retiran las catexias instintivas del objeto original, su búsqueda constante de otro objeto llega a la formación de una identificación con el objeto original dentro del yo mismo y a la que entonces se unen las catexias. Las que eran catexias objetivas ahora se convierten en narcisistas.

En el caso en que ahora estamos interesados, claro está, las identificaciones que se constituyen de esta manera dentro del yo comprenden esa parte especial del mismo que se denomina el superyó.

Así, desde el punto de vista del ello, el superyó es el sustituto y el heredero de las relaciones edípicas con el objeto. Es por este motivo que Freud lo describió como dueño de raíces adheridas en la profundidad del ello. Vemos, además, que la formación del superyó determina la transformación de una cantidad sustancial de catexias objetivas en narcisistas. Por lo común son las catexias más abiertamente sexuales y las más directas o violentamente hostiles las que son así abandonadas, mientras que los sentimientos de ternura y de hostilidad menos violenta continúan unidos a los objetos originales. Es decir, que el niño conserva sus

sentimientos de cariño y de rebelión u odio menos violento hacia los padres. Para evitar las confusiones, debemos aclarar que de ninguna manera abandona el infante todas las pulsiones incestuosas u homicidas con respecto a sus padres; al contrario, por lo menos una porción de ellas, y en muchas personas (quizá una mayoría), una cantidad considerable de las mismas están nada más que reprimidas o existe alguna otra defensa contra ellas. Esta porción continúa viviendo en el ello, como lo hacen otros deseos reprimidos, orientada aún hacia los objetos originales y evitada su expresión abierta por actos o pensamientos y fantasías conscientes sólo por la oposición constante de las contracatexias que el yo dirige contra ella. No obstante, estos deseos edípicos reprimidos, con sus catexias, no contribuyen a la formación del superyó (Freud, 1923); por tal motivo, han sido omitidos de estas consideraciones pese a su importancia obvia.

En general podemos decir que una vez transcurrida la fase edípica, es el superyó el que inicia y refuerza las actividades defensivas contra las pulsiones del ello. Tal como el niño en el periodo edípico temía que sus padres lo castraran y reprimía o repudiaba sus deseos edípicos con el fin de evitar ese riesgo, del mismo modo él mismo o el adulto en el periodo posedípico teme en forma inconsciente a las imágenes paternas introyectadas; es decir, al superyó. Así domina las pulsiones del ello con el fin de evitar el riesgo de disgustar al superyó. La desaprobación de parte del superyó toma aquí su lugar como la última de la serie de situaciones de riesgo ante las cuales el yo reacciona con angustia (Freud, 1926). La primera de éstas es la pérdida del objeto; luego, la pérdida del amor del objeto; la tercera, el temor a la castración o a una lesión genital análoga, y la última consiste en la desaprobación por parte del superyó.

No obstante, existen otros fenómenos psíquicos igualmente familiares, cuya relación con el superyó es menos obvia, pero igualmente estrecha. Así como Freud lo señalara, la causa más común de sentimientos dolorosos de inferioridad y en apariencia inexplicables, es la desaprobación por el superyó. Por razones prácticas, a tales sentimientos de inferioridad se les denomina sentimientos de culpa.

Claro está que la urgencia de ser castigado no necesita estar conectada con malas acciones reales; también puede ser la consecuencia de fantasías o deseos conscientes o inconscientes. Sin duda que, como Freud lo señaló (1924c), la carrera criminal de una persona puede comenzar como consecuencia de su necesidad de ser castigado. Es decir, la urgencia inconsciente surgida de los deseos edípicos reprimidos puede determinar la realización de un crimen cuyo castigo sea seguro. Tal persona suele ser identificada como criminal por sentimiento de culpa.

Existe una relación importante entre el superyó y la psicología del grupo, que en una monografía acerca de ese tema señaló Freud (1921).

Ciertos grupos por lo menos, se mantienen unidos en virtud de que cada uno de sus miembros se ha identificado o ha introyectado a la persona que funge como jefe de ese conjunto. La consecuencia de esta identificación es que la imagen del jefe se hace parte del superyó de cada uno de los miembros del clan. En otras palabras, los diversos elementos del grupo tienen en común ciertos rasgos del superyó. La voluntad del jefe, sus órdenes y sus preceptos se tornan de esta manera en leyes morales para sus sucesores.

Aplicaremos a ciertos fenómenos de la vida mental humana el conocimiento del funcionamiento mental que hemos adquirido por medio de nuestras consideraciones anteriores. Los fenómenos que hemos elegido con tal fin son: primero, los deslices, errores, omisiones o lagunas de la memoria que nos son familiares a todos y que Freud (1904) agrupó como psicopatología de la vida cotidiana; segundo, el ingenio; tercero, los sueños, y cuarto y último, las psiconeurosis. Estos tópicos han sido seleccionados porque se encuentran entre los que podríamos denominar temas clásicos de la teoría psicoanalítica. Objeto de estudios durante muchos años, primero por Freud y luego por otros psicoanalistas, nuestro conocimiento de ellos es ya bastante amplio y fundado.

La psicopatología de la vida cotidiana. Incluye ésta los lapsus verbales, escritos, de la memoria, y muchos de los inconvenientes que por lo común atribuimos al azar y denominamos accidentes. Aun antes de las investigaciones sistemáticas de Freud acerca de estos fenómenos, existía ya una vaga noción de la mente popular que les confería algún fin asegurando que no eran cosas del azar.

Freud fue el primero que de modo serio y fundamental, sostuvo que los lapsus y los fenómenos conexos son el resultado de una acción intencional, con un propósito, de la persona afectada, aunque la intención sea desconocida, inconsciente para ella misma.

El más simple de comprender de estos actos fallidos, es el olvido. Tales lapsus son muy a menudo la consecuencia directa de la represión que, recordará el lector, constituye uno de los mecanismos de defensa del yo ya estudiados. Se puede observar en su forma más sencilla y obvia durante el transcurso de un psicoanálisis, cuando ocurre a veces que un paciente olvida de un minuto al otro algo que considera importante y que en forma consciente desea recordar.

Otros lapsus pueden ser la consecuencia de mecanismos mentales algo distintos. Su causa, no obstante, es similar en cuanto a que son inconscientes.

Por ejemplo, un *lapsus linguae* o *lapsus calami* es a menudo la consecuencia de una falla en la represión completa de algún pensamiento o deseo inconsciente. En tales casos, el que habla o escribe expresa lo que en forma inconsciente desea decir o escribir, pese a su deseo de mantenerlo oculto.

Sin embargo a veces el significado oculto se expresa en forma abierta en el acto fallido; es decir, resulta claramente inteligible a quien lo escucha o lee.

En otras ocasiones, el resultado del lapsus no es inteligible y sólo se puede descubrir el significado oculto mediante las asociaciones de la persona que cometió el error.

La producción de *lapsus linguae* o *calami* suele atribuirse a la fatiga, falta de atención, apresuramiento, excitación o algo por el estilo. El lector quizá pregunte si Freud consideró que tales factores pudieran desempeñar algún papel en la determinación de los actos fallidos. Respuesta: les asignó un papel puramente accionario o coadyuvante en el proceso. El papel principal en la generación de un acto fallido lo desempeña, no obstante, el proceso mental inconsciente del sujeto.

Ninguna discusión de los *lapsus linguae* o *calami* quedaría completa sin que se hiciera alguna mención a la parte desempeñada por el proceso primario en su elaboración.

Si procuramos ahora resumir nuestro conocimiento de las parapraxis de la vida cotidiana, diremos que son provocadas por una falla parcial del yo en la integración en un todo armonioso de las diversas fuerzas mentales activas en un momento dado. Las fuerzas psíquicas inconscientes que en mayor o menor grado resisten la integración y que alcanzan cierto grado de influencia directa independiente sobre el pensamiento o la conducta en una parapraxis, nacen a veces del ello, otras del yo, algunas del superyó y, por fin, de dos o de todos juntos.

A continuación deseamos aplicarnos a la consideración del ingenio. Como las parapraxis, el ingenio es un fenómeno familiar en la vida cotidiana al que Freud dedicó su atención desde muy temprano en el curso de sus investigaciones psicoanalíticas. Logró demostrar tanto la naturaleza como la importancia de los procesos mentales inconscientes que forman parte de la producción y del goce de los rasgos de ingenio y adelantó una teoría que explicaba la fuente de la energía psíquica descargada al reír cuando un chiste es “de los buenos”.

Freud demostró que en toda frase ingeniosa el pensamiento, por proceso primario, desempeña un papel principal. Esto lo logró en forma muy hábil. Tradujo la frase ingeniosa al lenguaje del proceso secundario sin cambiar su contenido, con lo que el rasgo de ingenio desaparecía por completo. Lo que permanecía al reconstruir la frase podía ser interesante, inteligente, cáustico, cínico o inadecuado según las conveniencias, pero ya no era ingenioso.

Como Freud lo señaló, también el contenido es importante. Es característico que el contenido consista en pensamientos sexuales u hostiles contra los que defiende en forma más o menos firme el yo en el momento en que se dice o escucha el dicho ingenioso. A este respecto, la palabra “sexual” se utiliza en el sentido psicoanalítico. Es decir, que

incluye los componentes anal y oral de la sexualidad, así como el fálico y genital. La técnica de lo chistoso sirve por lo general para liberar o descargar las tendencias inconscientes que de otra manera no se podrían expresar, o por lo menos no en forma completa.

En su *Monografía sobre el chiste*, Freud procuró ir un paso más allá y explicar la risa y el placer que acompañan al chiste, sobre la base de la descarga de energía psíquica.

Su formulación fue la siguiente: la situación del proceso secundario por el primario es en sí misma fuente de ahorro de energía psíquica que queda entonces disponible para su descarga bajo la forma de risa. Pero aun resta disponible una cantidad mucho mayor de energía psíquica merced a la derogación temporaria de las defensas del yo, como resultado de la cual las pulsiones otrora prohibidas de las cuales hablamos antes quedan por el momento liberadas. Freud sugirió que es específicamente la energía, que por lo común el yo gasta como contraccaxia frente a esa pulsiones, la que de súbito y en forma temporaria se libera en el chiste y queda disponible entonces para su descarga en la risa.

LOS SUEÑOS

El estudio de los sueños ocupa una posición especial en el psicoanálisis. *La interpretación de los sueños* (Freud, 1900) fue para la psicología una contribución tan revolucionaria y monumental como *El origen de las especies* para la biología medio siglo antes. Aun en 1931, Freud mismo escribía, en un prólogo a la tercera edición de la traducción al inglés de Brill: "Contiene aún, según mi apreciación actual, el más valioso de todos los descubrimientos que mi buena fortuna me permitió efectuar. La visión interior requerida llega a uno sólo una vez en la vida". Más aún, su éxito en la comprensión de los sueños fue para él una inmensa ayuda durante los primeros años de este siglo, cuando su trabajo profesional debía realizarlo en un total aislamiento de sus colegas médicos.

Freud tenía mucha razón al valuar tanto su trabajo acerca de los sueños. En ningún otro fenómeno de la vida psíquica normal se revelan con tan meridiana claridad y en forma tan accesible para su estudio, los procesos mentales inconscientes. Los sueños son sin duda el camino real hacia los dominios inconscientes de la mente. El hecho es que el estudio de los sueños no lleva sólo a una comprensión de los procesos y contenidos mentales inconscientes en general, sino en particular a aquellos contenidos mentales reprimidos o excluidos en alguna forma de la conciencia y de su descarga por las actividades defensivas del yo. Puesto que es precisamente la parte del ello, cuyo acceso a la conciencia está trabado, la involucrada en los procesos patogénicos determinantes de la neurosis y quizá también de las psicosis, se puede comprender con faci-

lidad que esta característica de los sueños es otra razón muy importante para la especial ubicación del estudio de los sueños en el psicoanálisis.

La teoría psicoanalítica de los sueños puede formularse en la forma siguiente: la experiencia subjetiva que aparece en la conciencia durante el sueño y que, al despertar, quien dormía denomina sueño, es sólo el resultado final de una actividad mental inconsciente durante ese proceso fisiológico que, por su naturaleza o intensidad, amenaza con interferir el acto mismo de dormir. En vez de despertar, el que duerme sueña. A la experiencia consciente durante el sueño, que el soñador puede o no recordar al despertar, la denominamos el *sueño manifiesto*. Sus diversos elementos se conocen como el contenido explícito del sueño. Los pensamientos y deseos inconscientes que amenazan con despertar al que sueña los denominamos *contenido latente del sueño*. Las operaciones mentales inconscientes por las que el contenido latente se transforma en sueño manifiesto se denominan *trabajo del sueño*. En sentido estricto, la palabra *sueño* (en la terminología psicoanalítica) debiera usarse sólo para designar el fenómeno total del cual son partes integrantes su contenido latente, su trabajo y el sueño manifiesto. En la práctica, en la literatura psicoanalítica, sueño se usa a menudo para nombrar el sueño manifiesto. Por lo común hacer esto no lleva a una confusión del lector si éste se encuentra ya bien al tanto de la teoría psicoanalítica de los sueños. El significado de un sueño puede referirse sólo a su contenido latente.

Ya definidas las tres partes componentes de un sueño, pasemos a considerar esa sección del sueño que estimamos que es la que inicia el proceso de soñar, el contenido latente del sueño. Éste se puede dividir en tres categorías principales. La primera categoría es obvia; comprende las impresiones sensoriales nocturnas, que actúan en forma continua sobre los órganos sensoriales del que duerme y, a veces, algunas de ellas toman parte en la iniciación de un sueño, en cuyo caso integran algo del contenido latente del sueño. A todos nos son familiares los ejemplos de tales sensaciones: el sonido de un despertador, la sed, el hambre, el deseo de orinar o defecar, el dolor por una lesión o un proceso nosológico, o una posición incorrecta del cuerpo o el calor o frío incómodos, pueden formar parte del contenido latente de un sueño. A este respecto es importante tener en cuenta dos factores: el primero es que la mayoría de los estímulos sensoriales nocturnos no perturban el dormir, ni siquiera en el grado de participar en la formación de un sueño. Por lo contrario, la gran mayoría de las pulsiones de nuestro aparato sensorial no tienen un efecto claramente discernible sobre nuestra mente durante el dormir. Esto es verdad hasta en sensaciones que durante la vigilia calificaríamos de bastante intensas.

Existen personas que pueden dormir durante una fuerte tormenta sin despertarse ni soñar, pese al hecho de que su sentido del oído es nor-

mal. El segundo factor es que una impresión sensorial perturbadora puede tener el efecto de despertar directamente al que duerme, sin sueño alguno, por lo menos en lo que uno puede afirmar. Esto es obvio en particular en aquellas ocasiones en que dormimos "con el oído despierto" o "con un ojo abierto", como en el caso de los padres que tienen un hijo enfermo. En este caso en el que un hijo ha perdido la salud alguno de los padres puede despertarse inmediatamente al primer ruido perturbador que provenga del niño, por ligero que sea en su intensidad dicho sonido.

La segunda categoría del contenido latente del sueño comprende pensamientos e ideas conectadas con las actividades y preocupaciones del durmiente en su vida habitual de vigilia y que mientras duerme permanecen activos en su mente en forma inconsciente. A causa de su continua actividad tienden a despertar al que duerme del mismo modo en que tienden a hacerlo los estímulos sensoriales. Si el que duerme en vez de despertar sueña, tales pensamientos e ideas actúan como contenido latente del sueño. Los ejemplos son innumerables. Incluyen toda la variedad de los intereses y recuerdos a los que habitualmente tiene acceso el yo, con todos los sentimientos de esperanza o temor, orgullo o humillación, atracción o repugnancia que suelen acompañarlos. Pueden ser pensamientos relacionados con una fiesta de la noche anterior, referirse a una tarea inconclusa, anticipar algún acontecimiento feliz futuro o cualquier otra cosa que uno quiera imaginar y que constituya un interés corriente para el que duerme.

La tercera categoría comprende una o varias pulsiones del ello que, por lo menos en su forma original e infantil, están impedidas por las defensas del yo en su acceso a la conciencia o a la gratificación directa durante la vigilia. Ésta es la parte del ello que Freud denominó *reprimida* en su monografía sobre la hipótesis estructural del aparato psíquico (1923), aunque luego se inclinó por el punto de vista, ahora aceptado por la generalidad de los psicoanalistas, de que la represión no es la única defensa que el yo emplea contra las pulsiones del ello que no pueden ser admitidas en la conciencia. No obstante, la palabra original (reprimido) sigue siendo de uso común para denominar esa parte del ello. Aceptado esto, podemos decir que la tercera categoría del contenido latente del sueño en un determinado sueño es una pulsión o son impulsos provenientes de la parte reprimida del ello. Puesto que las defensas más importantes y de mayor alcance del yo contra el ello son aquellas instituidas durante el periodo preedípico y edípico en la niñez, se deduce que el contenido principal del ello reprimido son las pulsiones de los primeros años. De acuerdo con esto, la parte del contenido latente del sueño que deriva de lo reprimido, suele ser pueril o infantil; es decir, que consiste en un deseo que nace durante la primera infancia y que es apropiado para ella.

En cuanto a la primera cuestión, Freud declaró (1933) en forma inequívoca, que la parte esencial del contenido latente es la que proviene del ello reprimido. Consideraba que ésta es la parte que ofrece el aporte mayor de energía psíquica necesaria para soñar y sin cuya participación no puede haber sueños. Un estímulo sensorial nocturno, por intenso que sea, debe contar —según lo expresó— con la ayuda de uno o más deseos del ello reprimido, para que pueda dar origen a un sueño; lo mismo vale para las preocupaciones del periodo de vigilia, por compulsivas que puedan ser en la atención y en el interés del que duerme.

En cuanto a la segunda cuestión, se deduce de nuestra contestación a la primera que la parte esencial del contenido latente de todo sueño está constituida por uno o más deseos o pulsiones de lo reprimido. También parece ser verdad que por lo menos algunas preocupaciones del periodo de vigilia habitual forman parte de todo contenido latente de los sueños. Las sensaciones nocturnas, en cambio, no pueden ser demostradas en ese contenido latente, aunque desempeñan un papel sobresaliente en algunos sueños.

Deseamos ahora considerar la relación entre el contenido latente y el sueño manifiesto o, para ser más específicos, entre los elementos y el contenido manifiesto del sueño. Según sea el sueño, la relación puede resultar muy simple o muy compleja, pero hay un elemento que es constante. El contenido latente es inconsciente, mientras que el contenido manifiesto es consciente. Por lo tanto, la relación más simple posible entre ambos sería que el contenido latente se hiciera consciente.

Antes, empero, debemos consignar que el proceso de soñar es en esencia un medio de gratificación de una pulsión del ello en una fantasía. A la inversa, comprendemos que el hecho de que el sueño suela ser una satisfacción de un deseo, se debe a la naturaleza del contenido latente que, después de todo, es el iniciador del sueño, así como su fuente principal de energía psíquica. El elemento del ello que desempeña este papel en el contenido latente puede sólo presionar con frecuencia en busca de gratificaciones, pues es la naturaleza misma de las pulsiones instintivas de las que deriva. Lo que sucede en un sueño es que se logra una gratificación parcial por medio de la fantasía, ya que la total, mediante la acción apropiada, está imposibilitada por el hecho de dormir. Puesto que la movilidad está impedida, se emplea la fantasía como sustituto. Si expresamos la misma idea en términos de energía psíquica, diremos que la catexia asociada al elemento del ello en el contenido latente, activa el aparato psíquico para llevar a efecto el trabajo del sueño y logra una descarga parcial por medio de la imagen de fantasía que satisface el deseo y que constituye el sueño manifiesto.

Freud pudo demostrar que existen dos factores principales a considerar en conexión con el trabajo del sueño y que también hay otro elemento subsidiario. El primer factor, y sin duda la esencia misma

del trabajo del sueño, lo constituye una traducción de aquellas partes del contenido latente que no están todavía expresadas al lenguaje del proceso primario. Dicha traducción va seguida de una condensación de todos sus elementos en una fantasía ejecutora del deseo. El segundo factor, principal también, está integrado por las operaciones defensivas del yo y ejerce una influencia profunda sobre el proceso de traducción y de formación de la fantasía, influencia que Freud comparó con la de un censor de noticias con amplios poderes para suprimir los términos objetables. El tercer factor, subsidiario, es el que Freud denominó *elaboración secundaria*.

Consideramos ahora estos factores en forma sucesiva. En primer lugar, como hemos dicho, el trabajo del sueño consiste en una traducción al lenguaje del pensamiento de proceso primario de esa parte del contenido latente del sueño que se expresa originariamente según el proceso secundario. Por lo general, esto incluirá lo que hemos denominado preocupaciones e intereses de la vida diaria. Más aún, como Freud lo señaló, esta traducción se produce en una determinada manera. Él la expresó diciendo que existe un miramiento por la posibilidad de expresar el resultado de la traducción bajo la forma de una imagen visual, plástica. Este miramiento por la representabilidad plástica, claro está, corresponde al hecho de que el sueño manifiesto consiste principalmente en tales imágenes. Un miramiento semejante se ejerce conscientemente en algunas actividades de la vida normal en la vigilia, como por ejemplo en las charadas y en la realización de jeroglíficos e historietas mudas.

Otra consideración que sin lugar a duda afecta este proceso de traducción en el trabajo del sueño es la naturaleza de los elementos del denominado latente, que ya se encuentran en el lenguaje del proceso primario, es decir, los recuerdos, imágenes y fantasías asociadas al deseo o pulsión proveniente del ello reprimido. Al mismo tiempo, de las diversas, o quizá de las muchas fantasías de gratificación que están asociadas a la pulsión reprimida, el trabajo del sueño elige aquella que con mayor facilidad pueda ponerse en conexión con las preocupaciones corrientes traducidas de la vigilia. Todo esto es una forma necesariamente burda de decir que el trabajo del sueño realiza una aproximación lo más estrecha posible entre sus diversos elementos latentes, en el curso de la traducción, al lenguaje del proceso primario, de aquellas partes del contenido latente que necesitan ser traducidas; mientras que al mismo tiempo crea o elige una fantasía que representa la gratificación de la pulsión del ello reprimido que es sólo una parte del contenido latente. Como dijimos en el párrafo anterior, todo esto se hace atentos a la representabilidad visual. Además, el proceso de aproximación que acabamos de describir hace posible que una sola imagen represente en forma simultánea varios elementos latentes del sueño. Esto determina un alto grado de lo que Freud denominó *condensación*, lo cual equivale

a decir que, por lo menos en la vasta mayoría de los casos, el sueño manifiesto es una versión condensada de los pensamientos, sensaciones y deseos que constituyen el contenido latente del sueño.

El segundo de los factores principales que hemos mencionado como participantes en el trabajo del sueño, desempeña un papel mucho más importante en el disfraz del contenido latente del sueño y en hacer que el sueño manifiesto sea ininteligible. Este segundo factor es la actuación de las defensas del yo. Podemos consignar, de paso, que la primera descripción de Freud acerca de este proceso antecedió en mucho a su formulación de la hipótesis estructural del aparato psíquico, de la que formaron parte los términos *yo* y *defensas*. Por tal razón tuvo que crear un término para el factor en cuestión y el nombre que seleccionó fue el de *ensor onírico* o *censura*, el cual es un término propicio y evocativo.

Además, denominó al sueño manifiesto *formación de compromiso*, con lo que quiso significar que sus diversos elementos podían ser pensados como compromisos entre las fuerzas opuestas del contenido latente, por una parte, y de las defensas del yo, por la otra.

Otro fenómeno de *compromiso* común es que una parte, o aun todo el sueño manifiesto, sea muy vago. Como Freud lo señaló, esto indica en forma invariable que la oposición de las defensas a los elementos correspondientes del sueño latente es muy grande. Las defensas no fueron, en verdad, lo bastante fuertes como para evitar que aun esa parte del sueño manifiesto apareciera en la conciencia, pero sí resultaron tan potentes como para impedir que apareciera más que en una forma semi-consciente o vaga.

Ninguna consideración acerca de los efectos en los sueños estará completa si no incluye ese sentimiento particular de la angustia. Como mencionamos con anterioridad en este capítulo, algunos de los críticos de Freud han intentado negar la afirmación de que todo sueño manifiesto es la satisfacción de un deseo, al argüir que existe todo un grupo de sueños en los cuales la ansiedad es un carácter prominente del contenido manifiesto.

Hay otra clase de sueños que están estrechamente relacionados con los angustiosos y que suelen conocerse como *sueños primitivos*. En estos, como en muchos otros, el yo anticipa la culpa —la condenación del superyó— si la parte del contenido latente que deriva de lo reprimido debiera hallar una expresión demasiado directa en el sueño manifiesto. En consecuencia, las defensas del yo se oponen a la emergencia de esta parte del contenido latente, lo que tampoco difiere de lo que ocurre en la mayoría de los otros sueños. No obstante, el resultado de los llamados sueños punitivos es que el sueño manifiesto, en vez de expresar una fantasía más o menos disfrazada de la ejecución de un deseo reprimido, expresa una fantasía más o menos disimulada del castigo por el deseo en

cuestión —un *compromiso* por cierto extraordinario— entre el yo, el ello y el superyó.

¿Cómo puede entonces lo reprimido aparecer en la conciencia de un sueño? La respuesta a esta cuestión yace en la psicología del dormir. En ese estado, quizá a causa de que la traducción del movimiento está impedida en forma eficaz, la intensidad de las defensas del yo disminuye en forma considerable.

Como hemos dicho, existe otro proceso, mucho menos importante que los dos analizados hasta ahora, que contribuye a la forma final del sueño manifiesto y que puede colaborar a su falta de inteligibilidad; este bien puede considerarse la fase final del trabajo del sueño, aunque Freud prefirió separar ambos. A este proceso final lo denominó *elaboración secundaria*; con ello quiso expresar los intentos de parte del yo para modelar el sueño manifiesto en una apariencia lógica y coherente.

Puede decirse que el yo procura “hacer sensible” al sueño manifiesto y al mismo tiempo tratar de que “tengan sentido” cualesquiera impresiones que entren en sus dominios.

En el sueño manifiesto siguen, en frecuencia, a las experiencias sensoriales visuales, las auditivas y, ocasionalmente, puede aparecer cualquiera de las otras modalidades de sensación. Tampoco es raro, en modo alguno, que pensamientos, o trozos de pensamientos aparezcan como parte de un sueño manifiesto en la vida adulta; por ejemplo, cuando el que soñó informa que “vio a un hombre con barba que iba a visitar a un amigo suyo”. No obstante, cuando tales pensamientos se presentan en un sueño manifiesto ocupan casi siempre una posición subordinada a las impresiones sensoriales.

Por cierto que Freud se refirió a los sueños como psicosis transitorias, aunque no existe duda de que los sueños no son en sí fenómenos patológicos. El problema, por tanto surge de responder si el resultado final del trabajo del sueño, es decir, del sueño manifiesto, es esencialmente una alucinación, aunque normal, durante el dormir.

En su primera formulación de la psicología del sueño, Freud (1900) explicó esta característica del sueño manifiesto, en términos de lo que hemos sugerido que podía denominarse teoría telescópica del aparato psíquico. De acuerdo con esa teoría el curso normal de la descarga psíquica era del extremo perceptivo del aparato al extremo motor, donde la energía psíquica involucrada se descarga en forma de acción. Esta formulación estaba basada, sin duda, sobre el modelo del arco reflejo, donde el curso del impulso nervioso parte desde el órgano sensorial, a través de las neuronas centrales y emerge al exterior por la vía motora. Freud sentó la proposición de que, puesto que la descarga motriz está bloqueada cuando uno duerme, la vía que a través del aparato psíquico toma la energía psíquica del sueño, es necesariamente invertida, con el resultado de que el extremo perceptivo del aparato, concluye siendo activado en

el proceso de la descarga psíquica y, en consecuencia, aparece una imagen sensorial en la conciencia, tal como sucede cuando el sistema perceptivo es activado por un estímulo externo. Es por esta razón que una imagen sensorial de un sueño manifiesto le parece tan real a quien lo soñó.

PSICOPATOLOGÍA

Cuando Freud comenzó a tratar a sus pacientes mentalmente enfermos, la psiquiatría apenas si había pasado su infancia. Acababa de introducirse en la literatura psiquiátrica la denominación diagnóstica de *demencia precoz*; neurastenia era la etiqueta aplicada de preferencia a la mayoría de los estados que hoy denominaríamos psiconeurosis; Charcot había recién triunfado en demostrar que los síntomas histéricos podían ser eliminados o introducidos mediante la hipnosis, y se creía que la constitución neuropática era la causa principal de toda enfermedad mental, adecuadamente favorecida por los esfuerzos y tensiones anormales originadas por la marcha frenética de la vida civilizada; es decir, la industrialización urbana.

La primera afección a la que Freud dedicó su interés fue la *histeria* (Breuer y Freud, 1895). Siguiendo una sugerencia de Breuer, trató varios casos de histeria mediante una forma modificada de terapéutica hipnótica que se denominó método catártico. Sobre la base de sus respectivas experiencias combinadas, llegó a la conclusión de que los síntomas histéricos eran causados por los recuerdos inconscientes de sucesos que habían producido emociones intensas que, por uno u otro motivo, no pudieron ser expresadas o descargadas en forma adecuada en el momento mismo de producirse el hecho. Mientras esas emociones estuvieran impedidas para su expresión normal, persistiría el síntoma histérico.

En esencia, la *teoría de la histeria* de Freud, inicialmente establecía que los síntomas eran el resultado de traumatismos psíquicos observables, al parecer en individuos neuropatas congénitos o hereditarios. Como él mismo lo señaló (1906), ésta era una teoría puramente psicológica de la etiología. Por otra parte, como resultado de las primeras experiencias con otro grupo de enfermos mentales en quienes diagnosticó neurastenia, desarrolló una teoría muy distinta sobre la etiología de esta afección, a la que consideró exclusivamente consecuencia de prácticas sexuales no higiénicas (1895).

Estas prácticas eran de dos tipos y cada uno, según Freud, resultaba en un síntoma o grupo de síntomas distintos. La masturbación excesiva o las poluciones nocturnas correspondían al primer grupo de anomalías sexuales patogénicas; producían síntomas de fatiga, indiferencia, flatulencia, constipación, cefalalgia y dispepsia. Freud propuso que el término *neurastenia* se limitara sólo a este grupo de pacientes.

El segundo tipo de noxas sexuales comprendía cualquier actividad sexual que produjera un estado de excitación o estimulación erótica sin una liberación o descarga adecuada; por ejemplo, el coito interrumpido o el cortejamiento sin satisfacción sexual. Tales actividades producen estados de angustia, más típicamente bajo la forma de ataques de angustia, y Freud propuso que se diagnosticara ese estado como neurosis de angustia. Aclaró bien, aún hasta 1906, que consideraba que los síntomas de neurastenia y de neurosis de angustia eran la consecuencia de los efectos somáticos de perturbaciones del metabolismo sexual y que creía que los estados en sí eran trastornos químicos de la naturaleza de la tirotoxicosis y la deficiencia corticoadrenal. Con el fin de destacar su carácter especial, propuso que se agruparan la neurastenia y la neurosis de angustias como neurosis propiamente dichas, en oposición a la histeria y a las obsesiones, a las que propuso denominar *psiconeurosis*.

Las clasificaciones propuestas por Freud estaban principalmente basadas en la etiología y no sólo en la sintomatología. Es más, mencionó en forma específica, que un caso de neurastenia debía diagnosticarse sólo cuando los síntomas típicos se acompañan de una historia de excesiva masturbación o poluciones, puesto que sin tal antecedente podía tratarse de otra causa; por ejemplo, una paregia general (meningoencefalitis sifilítica) o una histeria. Es importante destacar este hecho por razón de que aún hoy las habituales clasificaciones psiquiátricas de los trastornos mentales que no son una consecuencia de enfermedad o lesión del sistema nervioso central, están basadas en la sintomatología. Éstas se conocen como clasificaciones descriptivas y, en psiquiatría, como en cualquiera otra rama de la medicina, las clasificaciones descriptivas de las enfermedades o trastornos son de relativamente escaso valor, puesto que un tratamiento apropiado depende de un conocimiento de la causa de los síntomas antes que de su naturaleza, y los mismos síntomas en dos pacientes pueden tener causas por completo distintas. Es por tanto interesante consignar que desde sus primeros años de labor con enfermos mentales, Freud intentó ir más allá de una clasificación puramente descriptiva para determinar categorías de trastornos mentales que se semejan entre sí por tener una causa común o, por lo menos un mecanismo mental subyacente común. Más aun, hasta la época actual ha continuado caracterizando a la teoría psicoanalítica de las perturbaciones mentales el interés por la etiología y la psicopatología, antes que su mera sintomatología descriptiva.

Desde 1900, el mayor interés clínico de Freud se centró en aquellos trastornos mentales que denominó *psiconeurosis* y las otras, las neurosis reales, dejaron de ser objetivo de sus estudios. No obstante, en su monografía acerca de la angustia (1926) reafirmó su convicción de que la clasificación de neurosis de angustia era válida y que estaba causada por una excitación sexual carente de su correspondiente satisfacción. Ya no sos-

tuvo que la neurosis de angustia era en esencia una perturbación endocrina, bioquímica. Atribuyó la aparición de la angustia, que constituía el síntoma principal de la neurosis y que le daba nombre, a un mecanismo puramente psicológico. Supuso que las energías de las pulsiones, que debían haber sido descargadas en su clímax sexual pero que no lo fueron, creaban un estado de tensión psíquica que eventualmente podía hacerse demasiado grande como para que el yo pudiera dominarla, generándose la angustia en forma automática como consecuencia.

Las primeras teorías de Freud concernientes a estos trastornos, sufrieron expansión y revisión constantes que se prolongaron durante unos treinta años. Estas alteraciones de la formulación teórica fueron siempre el resultado de nuevos datos con respecto a su psicopatología provenientes del tratamiento psicoanalítico de pacientes; método que por su misma naturaleza es uno de los mejores que haya sido creado hasta ahora para la observación del funcionamiento mental.

Las alteraciones y los agregados fueron numerosos y rápidos durante los primeros años. Lo básico fue el reconocimiento de la importancia del conflicto psíquico en la producción de síntomas psiconeuróticos. El lector recordará que la conclusión de Freud en su trabajo con Breuer fue que los síntomas histéricos, y podríamos agregar que también los obsesivos, eran causados por algún suceso pasado y olvidado, cuya emoción concomitante jamás se había descargado en forma adecuada. Pronto añadió a esto la formulación basada en nuevas observaciones y reflexiones de que para que un hecho o experiencia psíquicos resulten patógenos deben repugnar al yo en forma tal, que éste trate de evitarlos o defenderse contra ellos (1894 y 1896). El lector debe tomar en cuenta que las palabras yo y defensa son los mismos vocablos que Freud usó treinta años más tarde para formular la hipótesis estructural del aparato psíquico, pero significaban algo muy distinto en su primera formulación. En ese entonces, yo significaba el ser consciente y en particular sus normas éticas y morales, mientras que la palabra *defensa* tenía más bien el significado de un repudio consciente antes que la importancia tan especial que se le asignó en la teoría posterior. Freud consideró que esta hipótesis se sostenía bien en los casos de histeria, obsesiones y en muchas fobias, y propuso, por tanto, que se agruparan tales casos como *psiconeurosis de defensa*. Vemos aquí otra instancia del esfuerzo constante de Freud por establecer un sistema de clasificación de base etiológica en vez de uno que sólo estuviera basado en la descripción de los síntomas mentales morbosos. Esa tendencia resulta particularmente clara en la presente ocasión, pues en aquel entonces Freud creía que algunas fobias, como por ejemplo, la agorafobia, y algunas obsesiones, como la manía de duda, eran síntomas de la neurosis de angustia misma y que se debían, consecuentemente, a la descarga inadecuada de la excitación sexual, con una perturbación consiguiente del metabolismo sexual orgánico, en vez

de un mecanismo puramente psicológico, como la defensa contra una experiencia repugnante.

La incorporación siguiente a las formulaciones de Freud concernientes a la psicopatología de las psiconeurosis fue el resultado de su experiencia de que la búsqueda del hecho patógeno olvidado llevaba en forma regular hasta un acontecimiento de la infancia del paciente relacionada con la vida sexual (1896, 1898).

Freud nunca abandonó la idea de que las raíces de cualquier psiconeurosis de la vida posterior tienen su asiento en una perturbación de la vida sexual de la infancia y por cierto que este concepto sigue siendo hoy en día la piedra angular de la teoría psicoanalítica de esas afecciones. Sin embargo, pronto se vio forzado Freud a reconocer que en muchas ocasiones las historias que sus pacientes le narraban de haber sido sexualmente seducidos en la infancia eran, en realidad, fantasías y no recuerdos reales, aun cuando ellos mismos las creyeran ciertas. Este descubrimiento fue en un principio un golpe aplastante para Freud, quien se reprochó el haber sido la crédula víctima de sus pacientes neurópatas y, en su desesperación y vergüenza, estuvo pronto a abandonar todas sus investigaciones psicoanalíticas para retornar al cálido regazo de la sociedad médica legal de la que sus inquisiciones lo habían excluido. Uno de los grandes triunfos de su vida fue que aquella desesperación resultó de corta permanencia. Así, luego de reexaminar sus datos a la luz de los nuevos conocimientos, y sin abandonar el psicoanálisis sino dando un paso grande hacia adelante al reconocer que lejos de estar limitados en la infancia a sucesos traumáticos excepcionales como la seducción, los intereses y actividades sexuales formaban una parte normal de la vida psíquica humana desde la primera infancia (1905). En una palabra, formuló la teoría de la sexualidad infantil que hemos estudiado.

Como resultado de su descubrimiento, la importancia de las experiencias traumáticas puramente accidentales en la etiología de las psiconeurosis disminuyó en forma paralela y aumentó la importancia de la constitución y herencia sexual del paciente como factor etiológico. Freud supuso, en realidad que los factores constitucionales y experienciales contribuían a la etiología de las psiconeurosis y que en ciertos casos predominaban los de determinado tipo.

El descubrimiento de que la sexualidad infantil es un fenómeno normal lo llevó a otros conceptos nuevos e interesantes.

La formulación de Freud establece que en el curso del desarrollo normal de un individuo son reprimidos algunos de los componentes de la sexualidad infantil, mientras que el resto se incorpora, en la pubertad, a la sexualidad adulta bajo la primacía de los órganos genitales. La represión excesiva, se presume, crea una situación inestable que en la vida posterior, como resultado de un acontecimiento desencadenante, provo-

ca el fracaso de la represión de la cual escapan las pulsiones sexuales, infantiles, indeseadas, por lo menos en parte, y dan origen a los síntomas psiconeuróticos. Por fin, en el desarrollo de esos individuos que se tornan perversos sexuales, existe una persistencia anormal, en la vida adulta, de algún componente de la sexualidad infantil, como por ejemplo, el exhibicionismo o el erotismo anal. Como resultado, la vida sexual del perverso adulto está denominada por ese componente particular de la sexualidad infantil, en vez de los deseos genitales normales que se presentan en los individuos (Freud, 1905).

Freud fue capaz también de demostrar que los síntomas psiconeuróticos, como los elementos del sueño manifiesto, tienen un significado, es decir, un contenido latente o inconsciente. Se podía demostrar que tales síntomas eran la expresión disfrazada y distorsionada de fantasías sexuales inconscientes. Esto llevó a la formulación de que una parte o toda la vida sexual del paciente psiconeurótico estaba expresada en sus síntomas.

Llegamos ahora al tipo de perturbación del funcionamiento del aparato psíquico con el cual se familiarizó Freud a consecuencia de sus primeros estudios sobre la histeria y otras *neuropsicosis de defensa*. En tales perturbaciones se produce la siguiente secuencia de acontecimientos: primero emerge un conflicto entre el yo y el ello durante la primera infancia, característicamente dentro de la fase edípica o preedípica. Este conflicto es resuelto por el yo en el sentido de que es capaz de establecer un método eficaz y estable de dominar los derivados peligrosos de las pulsiones en cuestión. El método suele ser complejo e involucra tanto defensas como alteraciones del yo como las identificaciones, restricciones, sublimaciones y, quizá, la regresión. Cualquiera que sea el método, actúa en forma satisfactoria durante un periodo más o menos largo hasta que algún acontecimiento o una serie de éstos destruye el equilibrio y torna ya incapaz al aparato del yo para dominar las pulsiones en forma eficaz. Que nosotros sepamos, no tiene consecuencia alguna que las circunstancias desencadenantes actúen reforzando e intensificando las pulsiones o debilitando al yo. Lo que sí importa es que el yo quede relativamente debilitado, lo bastante como para mermar su capacidad de dominar las pulsiones. Cuando esto sucede, los impulsos o, para ser más exactos, sus derivados amenazan irrumpir en la conciencia y traducirse directamente en una conducta abierta a pesar de los esfuerzos del yo por contenerlas. Surge entonces un conflicto agudo entre el yo y el ello, con el yo en relativa desventaja y resulta una formación de compromiso con la que nos familiarizamos. Este compromiso se denomina síntoma psiconeurótico. También se llama con frecuencia síntoma neurótico, como lo designó el mismo Freud en sus escritos posteriores, pese al hecho de que nada tiene que ver con su concepto de las neurosis reales y sí con lo que él denominó psiconeurosis.

En el tipo de funcionamiento psíquico incorrecto que acabamos de describir, entonces, existe una falla de las defensas del yo, cualesquiera que sean las razones precipitantes, como resultado de la cual ya no puede dominar más en forma adecuada las pulsiones del ello, como antes lo hiciera. Se produce una formación de compromiso que expresa en forma inconsciente tanto el derivado de la pulsión como la reacción de defensa del yo y de temor y culpa ante el peligro representado por la irrupción parcial de las pulsiones. Tal formación de compromiso se denomina síntoma psiconeurótico o neurótico y, como el propio Freud lo señaló hace muchos años, es muy análogo a un elemento onírico o a un sueño manifiesto.

Freud acuñó dos expresiones en relación con la formación de síntomas psiconeuróticos. Ellas son, respectivamente, *ventajas primaria y secundaria de la enfermedad* o *formación del síntoma*. Veamos ahora qué quiso decir Freud al expresar que el individuo obtenía ventaja real como resultado de la formación del síntoma.

Freud consideraba que la ventaja primaria de este proceso consistía en una abolición o disminución del temor o culpa. La concibió de esta manera: la debilidad relativa del ego amenaza permitir la irrupción del contenido infantil íntegro de la pulsión del ello a la conciencia. Si así ocurriera, esto se acompañaría de toda culpa y terror infantil que originariamente había producido la pulsión en cuestión.

Visto desde el lado del ello, un síntoma neurótico es una gratificación sustitutiva de los de otro modo deseos reprimidos. Visto desde el lado del yo, es una irrupción a la conciencia de deseos peligrosos y no queridos, cuya gratificación sólo puede dominarse o prevenirse en forma parcial, pero es al menos preferible y no tan desplacerera como la emergencia de tales deseos en su forma original.

La ventaja secundaria no es sino un caso especial de los esfuerzos incansables del yo por explotar las posibilidades de gratificación placentera que estén a su alcance. Una vez establecido un síntoma, el yo puede descubrir que trae ventajas aparejadas. Para tomar un ejemplo extremo, el combatiente que en tiempo de guerra desarrolla un estado de angustia, tiene una ventaja real sobre los demás soldados: es evacuado a la retaguardia, donde hay menor peligro de que lo maten. Por cierto que este ejemplo no es el mejor, aunque superficialmente sea obvio, puesto que la misma generación del estado de angustia puede estar influida en forma inconsciente por el conocimiento de que lo llevaría a la seguridad. Pero existen muchos casos donde no hay tal probabilidad y en los cuales la neurosis adquiere cierto valor para el individuo sólo después de haberse producido.

Desde el punto de vista de la teoría de los síntomas psiconeuróticos, la ventaja secundaria no se aproxima en importancia a la primaria. Sin embargo, desde el punto de vista de su tratamiento puede ser muy im-

portante pues un alto grado de ventaja secundaria puede dar como resultado que el paciente prefiera, en forma inconsciente, conservar su neurosis en vez de perderla, pues sus síntomas han adquirido un valor para él.

Ahora bien, existen formaciones de compromiso que resultan de un fracaso en el establecimiento o mantenimiento de un método estable de dominio de las pulsiones, debidas a la debilidad relativa del yo que no son ajenas ni desagradables para éste. Los casos más graves y obvios son los de abandono y perversión sexual. Corresponde hacer dos observaciones sobre tales casos: en primer lugar, resulta obvio que son intermedios entre lo que denominamos trastornos de carácter y los llamados síntomas psiconeuróticos y no pueden diferenciarse netamente de ninguno de ellos. En segundo lugar, las gratificaciones de los instintos que constituyen la perversión o adicción, según sea el caso, puede utilizarlas el yo en forma defensiva para dominar otros derivados de las pulsiones cuya emergencia y gratificación sea demasiado peligrosa como para que el yo la permita. Estas formaciones de compromiso, desde el punto de vista del yo, son ejemplos del uso de un derivado de una pulsión para ayudar a dominar a otro y en este sentido resultan similares al mecanismo de defensa de formación de reacción. El lector notará que esto constituye una enmienda importante a la afirmación original de Freud de que la perversión sexual es la inversa de una neurosis, a la que nos referimos con anterioridad.

Lo cultural

Así como *Totém y tabú*, *El porvenir de una ilusión* y *El malestar en la cultura*, Freud sienta las bases de su teoría de la cultura -incluyendo el totemismo y la autoridad, los conflictos sociales y las guerras, y la religión-, en *La civilización y sus descontentos* (1972) expone su visión del proceso de socialización infantil. En el conflicto entre los impulsos psíquicos (esencialmente postulados como instintos biológicos básicos) y las demandas sociales, la sociedad exige una sublimación del impulso libidinal (o sexual) en formas socialmente útiles, permitiendo así la formación de grupos y la posibilidad de procesos enfáticos imprescindibles para la cooperación humana. Del mismo modo, los impulsos por medio de la identificación con los padres se transforman en un super-yo vigilante. El conflicto edípico sería el principal conflicto inconsciente involucrado en este proceso; los síntomas neuróticos, la consecuencia de la represión de los deseos incestuosos; y el sentimiento de culpa, el resultado de la agresión de los impulsos agresivos. Por tanto, el sentimiento de culpa se convierte en el principal propulsor de la movilidad y en el controlador de la conducta ética, configurándose así las costumbres sociales respecto a las relaciones interpersonales.

Bibliografía

- BRENER, CH., *Elementos fundamentales de psicoanálisis*, Libros Básicos, Buenos Aires, 1958.
- BREUER, J. y FREUD, S., *Studies in Hysteria*, Inter. Univ. Press, 1895.
- FREUD, A., *The Ego and The Mechanisms of Defense*, Inter. Univ. Press, Nueva York, 1946.
- FREUD, S., *La interpretación de los sueños*, Obras completas, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.
- FREUD, S., *Más allá del principio del placer*, Obras completas, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.
- FREUD, S., *Three Essays on the Theory of Sexuality*, Standard Edition, 7
- FREUD, S., *El yo y el ello*, Obras completas, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.
- FREUD, S., *Formulations on the Two Principles of Mental Functioning*, Standard Edition, 12.
- FREUD, S., *The Dissolution of the Oedipus Complex*, Standard Edition, 19.
- FREUD, S., *Inhibitions, Symptoms and Anxiety*, Standard Edition, 20.
- FREUD, S., *The Unconscious*, Standard Edition, 14.
- FREUD, S., *Neurosis and Psychosis*, Standard Edition, 19.
- FREUD, S., *Psycho-Analysis*, Standard Edition, 18.
- FREUD, S., *Group Psychology and the Analysis of the Ego*, Standard Edition, 18.
- FREUD, S., *Psicopatología de la vida cotidiana*, Obras completas, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.
- FREUD, S., *Further Remarks on The Neuro-Psychosis of Defense*, Standard Edition, 3.
- FREUD, S., Obras completas. Vols. 1, 2 y 3, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948-1953.
- FREUD, S., *Proyecto de una psicología para neurólogos*, Obras completas. Vol. 3, Biblioteca Nueva, 1953.

3

ADLER

Alfred Adler rechazó el pansexualismo de Freud y dejó al grupo de psicoanalistas vieneses para formar su propia aplicación psicoanalítica.

La evolución en el pensamiento de Adler se refleja en los cambios que hizo en la estructura teórica de la conducta humana. Absorto en la idea de que el hombre es un animal agresivo, concepto que gradualmente lo llevó a alejarse de la idea de que el sexo constituye el principal motivador del hombre, pasó a considerar a éste como un complejo de características que buscan el poder como motivación principal de la vida. Finalmente, Adler llega a la conclusión de que la motivación real del hombre es su afán de superioridad.

En la misma forma, modificó sus ideas acerca del hombre como animal lujurioso, guiado por oportunidades de expresar sus deseos lúbricos, a la idea de que es un animal socialmente responsable. Él creía que el hombre tenía desde el nacimiento, una conciencia social y que sólo se requiere que se despierte ésta para hacerlo responsable del bienestar de otros hombres, así como del suyo propio. Al final, Adler creyó que el animal humano poseía un interés social profundamente arraigado por sus congéneres.

Otros cambios se reflejan en Adler en su desarrollo del complejo de inferioridad orgánica hasta la teoría más amplia y comprensiva de que el hombre está esencialmente gobernado por un sentimiento de inferioridad, y se mueve en la vida con el propósito de lograr cosas nuevas y mejores, motivado por el deseo de sobreponerse a su debilidad básica. La inferioridad orgánica significa que el hombre nace con un órgano básicamente inferior en el cuerpo. Al ser este órgano más débil que las demás partes, sirve como un instrumento de compensación para sobreponer obstáculos.

Es muy importante el papel del órgano más débil en la provisión de una racionalización de las fallas que se presentan al ejecutar tareas difíciles u onerosas.

DESCRIPCIÓN DE LA CONDUCTA HUMANA

Dividiremos el trabajo de Adler en siete partes: *a)* complejo de inferioridad; *b)* complejo de superioridad; *c)* estilo de vida; *d)* *self creativo*; *e)* *self consciente*; *f)* metas ficticias, y *g)* interés social.

Complejo de inferioridad. Adler pensó que el hombre nace sintiéndose incompleto e irrealizado, con un profundo sentimiento de inferioridad. Todo lo que se encuentra frente al recién nacido es mejor, más grande, mayor y más completo que él. Para el neonato tal estado de cosas difícilmente tiene importancia en su lucha por la existencia. Sin embargo, su sistema perceptual le hace darse cuenta poco a poco de su papel inferior en la sociedad. A medida que el hombre avanza del primero al cuarto año de su vida, continuamente le es recordado que la mayor parte del mundo que lo rodea puede alcanzar cosas, tirarlas, prepararlas y controlarlas mejor que él. El sentirse inferior le hace desear emular las fuerzas y capacidades de otros que lo rodean. En algunos casos anormales, el niño puede permanecer en un nivel inferior, ser incapaz de tratar algo nuevo; o digamos, regresar a un papel mucho más inferior. Sin embargo, estas tres anomalías son raras. La mayor parte de la humanidad quiere ir más allá de donde está, como el niño que desea ser más completo de lo que es en cualquier momento dado en su desarrollo. Las mesetas o valles en el desarrollo, aunque son bastante normales, no duran mucho tiempo. Una vez que se llega a una meseta en el desarrollo hacia más y mejores habilidades y poderes, el hombre tiene sólo un sentimiento temporal de satisfacción y éxito. En el momento en que el ser humano puede ver algo mejor y mayor más allá de donde se encuentra, vuelve a sentirse inferior, irrealizado o incompleto. Se reinicia todo el proceso, que parte de la inferioridad al esfuerzo por nuevos logros, al seguimiento de un nuevo nivel (sea simbólico o real), al reconocimiento de una cima nueva y más alta, y después, al sentimiento de inferioridad inevitable. Esto, según Adler, es de lo que está hecha la vida. Este sentimiento de inferioridad introducido en el nacimiento es lo que nos mantiene vivos durante el transcurso de las eras. Así pues, el hombre está herido, biológica y psicológicamente, por el sentimiento de inferioridad.

En una época que precedió a la medicina psicosomática, Adler se dio cuenta de que muchos de sus pacientes parecían localizar sus quejas y enfermedades en regiones específicas del cuerpo. Descubrió también, que el hombre tiende a utilizar su enfermedad para resolver muchos de sus problemas no físicos. Con frecuencia, las quejas y síndromes que Adler estudiaba no estaban asociados con la condición real del sistema orgánico de sus pacientes. De estas experiencias, desarrolló una teoría a la que se refirió como inferioridad orgánica. En esa época, Adler pensó que el hombre nace con un órgano potencialmente débil en su cuerpo.

La angustia, el curso natural de los eventos de la vida, o cualquiera de múltiples causas podían producir un resquebrajamiento del órgano potencialmente débil. Como resultado total de este hecho surgía en el hombre el deseo de compensar su debilidad al tratar denodadamente de tener éxito. La compensación de un órgano inferior con frecuencia determinaba el estilo de vida y la manera en la que el individuo iba a luchar por la superioridad.

La *inferioridad orgánica* también se interpretó posteriormente como un instrumento usado para evadir tareas dolorosas e insuperables, tal y como el individuo las concebía dentro de su marco de referencia personal. Según esta interpretación, el hombre nacía con un órgano potencialmente débil que vendría a rescatarlo cuando las presiones de la vida se le volvieran demasiado difíciles de sobrellevar. Si el afán de superioridad se veía bloqueado o era totalmente inaccesible para el individuo, él podría buscar solaz y excusar su inferioridad con el planteamiento de que su órgano débil estaba enfermo. El órgano inferior, por supuesto, varía de un individuo a otro.

Al asociar la inferioridad a las condiciones orgánicas, Adler creó lo que él llamó *protesta masculina*. Por alguna razón, Adler identificó la inferioridad con la debilidad y la femineidad. Por tanto, la inferioridad era lo mismo que la femineidad. Se consideró que tanto los hombres como las mujeres protestaban contra las debilidades, las mujeres debido a su debilidad inherente como lo femenino de la especie, y los hombres debido a su asociación con la femineidad, que connotaba inferioridad. Adler mismo estaba insatisfecho con este concepto trunco. Gradualmente lo amplió y fortaleció para incluir la idea generalizada de que la humanidad es inferior en el nacimiento, y que la inferioridad no tiene nada que ver con la femineidad, sino que es el resultado de una condición hereditaria, seguida después del nacimiento, por un sentimiento de ser incompleto.

Complejo de superioridad. Tratar este principio como entidad separada de la anterior no es conveniente, ya que ambos están tan entrelazados, que al hablar de uno inmediatamente sale a relucir el otro; son altamente complementarios. Debido a la forma en que operan en la vida del hombre, la separación semántica no es permisible; sin embargo, la haremos con fines didácticos.

Adler señaló que el hombre es un animal agresivo y tiene que serlo para poder sobrevivir. Durante la fase de la *protesta masculina*, desarrolló gradualmente, debido a la terapia aplicada a sus clientes, la idea o creencia de que el hombre es algo más que un animal agresivo, que es más bien un ser que busca el poder en el sentido físico o simbólico a fin de sobrevivir. Lo que el hombre quiere es el poder. Esta idea también fue de corta vida en la teoría de Adler. Pronto llegó al concepto que fue tema constante de reflexión a lo largo de su actividad profesional:

que el hombre simplemente desea ser superior y que este deseo de superioridad surge de sus sentimientos de saberse inadecuado o inferior. Con el nuevo concepto de superioridad, Adler reafirmó su pensamiento de que el deseo de ser superior es una propiedad universal e intemporal de la personalidad humana.

Para Adler no hay necesidades o pulsiones separadas; sólo existe el deseo de superioridad, que surge de los sentimientos de inferioridad. Los dos principios son inseparables. Se debería notar que la superioridad no significa poder sobre otros hombres. No significa que un ser humano esté necesariamente más dotado que otro; indica que cada individuo lucha por ser superior dentro de *sí mismo* y no necesariamente en competencia con otros hombres. Para el adleriano, superioridad significa *superación del self*. El principal motivo de la vida, la dinámica que describe por qué el hombre hace lo que hace, es la lucha del hombre por su superioridad.

Estilo de vida. Para que el hombre llegue a la superioridad a partir de sus sentimientos de inferioridad, es necesario que conduzca su vida en una cierta forma prescrita. A esta manera de conducir su vida, Adler la llamó *estilo de vida*; el estilo de vida que cada ser humano busca es una combinación de dos cosas: la dirección de la conducta dictada e impulsada desde el interior, y las fuerzas de su medio que ayudan, interfieren o remoldean la dirección que el deseo interno quiere tomar. La parte más importante de este sistema dual es el *self* interno de cada ser humano. Un mismo hecho puede producir una reacción totalmente diferente dentro de los *selfs* internos de dos seres humanos. El aspecto importante es que la conducta está causada principalmente dentro del *self*, pero siempre que esté en contraposición con el medio. Adler no siente que el hombre sea una hoja que flote libremente en las aguas de la vida y que se mueva, avance o se hunda de acuerdo a los dictados de otras fuerzas. El hombre tiene y siempre tendrá la capacidad de interpretar las fuerzas externas por sí mismo; tiene también capacidad para evitar, atacar y ser derrotado por fuerzas externas. La derrota puede hacer que surjan nuevas direcciones. El ataque directo sobre las fuerzas externas puede fortalecer o debilitar su estructura interna. Esta evasión puede hacer que surjan direcciones totalmente nuevas en sus esfuerzos. El aspecto importante de cualquiera de las variables que puede soportar de las fuerzas externas es la habilidad característica del hombre para conducir sus propios asuntos. Adler confiere al hombre suficiente poder de voluntad; aunque, asienta, no siempre es totalmente libre para hacer y arreglar su propia vida. Adler no puede aceptar el punto de vista que define al hombre únicamente como producto de su medio. Para Adler existe demasiado material que nace y se desarrolla dentro del hombre. Este sistema autooperado, fue al que este investigador llamó *estilo de vida*.

El estilo de vida de cada ser humano es único. Probablemente, piensa Adler, no haya dos hombres que tengan o pudieran tener estilos de vida idénticos. Dos fuerzas, por lo menos, demandan un estilo de vida único para cada ser humano individual. La primera fuerza proviene del pasado hereditario del individuo con todos los componentes variables inherentes al sistema en el momento del nacimiento. La segunda fuerza proviene del medio cambiante que cada ser humano vive inmediatamente después de haber nacido. Como no hay dos seres humanos que puedan ocupar el mismo espacio al mismo tiempo, la atmósfera de cada uno debe, por tanto, ser diferente. Con medios y sistemas heredados diferentes, no se puede esperar que dos seres humanos se comporten en la misma forma. Para los adlerianos el sexo puede o no ser el *sine qua non* de la conducta de cualquier hombre; esto dependerá de su particular estilo de vida.

A pesar del hecho de que cada vida es única, Adler pensó que existen ciertas tendencias muy fuertes que son comunes a la gente. Así como cada humano requiere las funciones orgánicas del corazón, pulmones e hígado, también tiene sentimientos de inferioridad, superioridad y un estilo de vida único.

Cada persona tiene las mismas metas que desea alcanzar por medio de su *self creativo*; pero los caminos que a ellos conducen son diferentes. La universalidad de dichos objetivos es la misma. Su conducta en el camino a esos fines siempre es diferente; sin embargo, se supone que los resortes que ponen en acción al hombre siempre son los sentimientos de inferioridad y superioridad.

Así como hay consistencia en los sentimientos de inferioridad y superioridad de todos, hay también una tremenda cantidad de solidez dentro del estilo de vida de una persona. La manera de vida con frecuencia prescribe una cualidad interpretativa singular para todas las experiencias que un hombre puede encontrar. El individuo cuya forma de vida gira alrededor de sentimientos de rechazo y de no ser querido, interpreta todas las experiencias de la existencia desde ese singular marco de referencia. Aquellas actividades que no se aplican a tales interpretaciones, son ignoradas o distorsionadas en forma tal que resultan apropiadas a la interpretación deseada. Sin embargo, la mayoría de los humanos no tienen estilos de vida tan contrastantes. Como veremos posteriormente, el estilo de vida mejorará mediante el *self creativo* y, particularmente, por el interés social. La mayoría de la gente sigue una forma de vida que está moderada por metas más amplias. Sin embargo, el estilo de vida básico no es algo amorfo fincado en conceptos vagos, tales como desear, en una forma borrosa, ser una buena persona. El estilo de vida es un agente fuertemente interpretativo y acaparador; éste controla todas las acciones de nuestra existencia en una forma determinada y continúa su funcionamiento a lo largo de los años y aun permanece

constante a su núcleo central. El estilo de vida es la única fuerza unificadora de la existencia.

Desde el nacimiento hasta la edad de 5 o 6 años más o menos, el estilo de vida comienza a formarse. Basado en las capacidades heredadas del niño y en el uso e interpretación que el niño haga de estas capacidades, se forma el estilo de vida durante estos años y de acuerdo a las teorías de Adler, rara vez cambia. Lo que puede cambiar (y con frecuencia sucede), es la forma de expresión que el individuo utiliza para lograr las metas deseadas. Cambiar en forma deliberada el estilo de vida de otro es algo más que imposible. Cambiar el propio estilo de vida (que es esencialmente la única forma en la que puede cambiar) es doloroso, ya que en el momento del cambio uno ya no tiene estilo de vida —y de ello resulta una situación intolerable. Adler cree que la forma más práctica de cambiar es dirigir el estilo básico hacia fines que topen paulatinamente con menos frustraciones. Resulta, entonces, básicamente que el estilo de vida permanece constante a lo largo de la existencia del hombre. Lo que cambia pues, son las formas de lograr metas y la maquinaria de interpretación que utiliza el individuo para satisfacer su propio estilo de vida. Es posible cambiar la manera de ser básica, pero Adler piensa que el costo emocional y el esfuerzo que significa esto en energía con frecuencia deciden que lo mejor es dejarla como está. Además, los éxitos acumulados en un estilo de vida lleno de fallas, hacen que el cambio sea un riesgo peligroso. Es mucho más fácil continuar con el antiguo y conocido que se vuelve más mecánico y fijo a medida que la vida avanza con los años, que tratar de cambiarlo.

Desarrollo del estilo de vida. ¿Qué fuerzas son las que crean una forma casi inmutable de vivir? ¿Por qué hay tantos estilos de vida diferentes en los niños de una misma familia donde el medio puede ser tan semejante? La respuesta yace en el sentimiento universal de inferioridad con el que todos los hombres nacen y en la garantizada lucha por la superioridad. Sin embargo, como estas son características universales, las tonalidades individuales deben provenir de otras fuentes; estas fuentes, que Adler cree que explican la unicidad de las personalidades del hombre, surgen de las diferentes condiciones físicas, psicológicas y sociológicas de cada ser humano. Al tratar de sobreponerse a un conjunto diferente de estas tres influencias, el hombre surge también como diferente de todos los demás. Algunos de los factores específicos que llevan a un estilo de vida inadecuado que hace que se difiera uno de otro, son las experiencias de la niñez; el número de hermanos y hermanas que se tenga, así como el orden del nacimiento dentro de la familia, se le llama *psicología posicional*.

Adler pensó que hay tres factores, los cuales, a menos que se corrijan o se compensen, crearán estilos de vida inoperantes en la sociedad y harán para el individuo y para otros, que la vida sea infeliz y desgraciada.

Estos tres factores son: inferioridades de naturaleza orgánica o mental, niñez consentida e indulgente, y rechazo en la niñez.

El niño físicamente impedido, puede de manera comprensible tener mayores sentimientos de inferioridad que aquel físicamente normal. Que logre o no la superioridad, o que la logre con un éxito rotundo, el hecho de que su inhabilidad física es instrumental en la formulación de su estilo de vida, es innegable. Algunos niños con debilidades orgánicas nunca superan sus sentimientos de inferioridad y sucumben a un estilo de vida derrotado y sujeto a todos los peligros de la existencia. Otros compensan tan fuertemente una inferioridad orgánica, que logran un grado de superioridad más allá del que se pudiera esperar en función de la anormalidad de su talento. El estilo de vida se forma por medio de la debilidad orgánica del individuo. En algunos casos surge un patrón de vida inadecuado como fruto de una inferioridad orgánica que es demasiado restrictiva o aislante como para sobreponerse a ella. En otros casos, la misma inferioridad orgánica proporciona fuerza adicional y actividad de meta compensatoria, lo cual da como resultado una superioridad dentro del *self*.

El impedimento mental como sentimiento de inferioridad opera en forma más severa en nuestra sociedad por varias razones. Primero, la compensación es mucho más difícil de lograr por un cerebro limitado que por uno normal, debido a la dificultad en la comprensión. Segundo, la variedad de comprensión para la compensación está más limitada en las actividades mentales que en las actividades físicas. Tercero, la sociedad moderna opera más sobre la base del poder cerebral que sobre el poder físico. Cuarto, la sociedad entiende y tolera menos las actividades compensatorias del que es inferior desde un punto de vista mental, que las del que es inferior desde el punto de vista físico (pero mentalmente normal). El resultado final es que se puede esperar encontrar, y de hecho se encuentran, estilos de vida más inadecuados entre los mentalmente impedidos, que entre los físicamente impedidos. Pero, al margen de lo que haga, la personalidad mentalmente impedida establece su estilo de vida con base en la incapacidad que hereda y mediante la lucha hacia la superioridad que puede realizar a partir de ellas.

El grado en el que ambos tipos (impedidos físicos o mentales) pueden lograr la superioridad, de acuerdo con Adler, depende de la cantidad de aliento y dirección realística que el niño recibe de sus padres o de otras figuras adultas de su medio. Adler piensa que es particularmente importante que los padres se constituyan como excelentes modelos. No es tanto en función de la técnica que ellos utilicen, sino del estilo propio de vida de los padres, como el niño que está física o mentalmente impedido gana su mayor fuerza en el logro de la superioridad sobre las inferioridades propias. Debido a que cada niño tiene un estilo de vida diferente, las técnicas son tan variadas como el número de niños a los

que se apliquen. Adler, en consecuencia, hizo hincapié en el modelo parenteral como el aspecto básico para la lucha por la superioridad del niño.

Vemos que un estilo de vida inadecuado puede resultar de los patrones conductuales que el infante forma en sus primeros años. Adler piensa que el pequeño demasiado consentido es un lisiado desde el punto de vista psicológico, dirigido a una vida con una falta total de superioridad real del *self*. Sucumbir con demasiada frecuencia ante los deseos del niño, piensa Adler, lo priva a éste de la valiosa oportunidad de ejercer y desarrollar un sentimiento de superioridad dentro de sí mismo. Habiendo sido suficientemente privado de uno de los retos que le puede procurar un buen desarrollo, el niño se enfrasca en un estilo de vida que es bueno para nada; resulta ahora de menos valor para sí mismo y de casi ningún valor para el mundo en general. Adler pensó que el niño no puede, de ninguna manera, desarrollar un estilo de vida propio, completamente independiente de aquellos que lo cuidan. Cuando un ser humano no tiene nada por qué luchar debido a que todos los problemas le han sido solventados o disminuidos, no puede de ninguna manera aprender a sobreponerse a las dificultades a que se enfrentará posteriormente en la vida. La relación entre la inferioridad y la superioridad está trastornada por la superioridad artificial provista por los padres de buenas intenciones. Adler considera que la personalidad consentida es el azote de la sociedad. Innumerables veces habló en contra de las exigencias egocéntricas de ese tipo de personas cuyo estilo de vida gira alrededor de la usurpación para lograr una falsa superioridad, en vez de desarrollar dentro de sí mismos la gran lucha para emerger de la inferioridad hacia la superioridad. De este grupo de la sociedad surgen muchos de los individuos potencialmente peligrosos cuyas exigencias sobre los demás no cesan en la etapa adulta.

El niño rechazado sufre de la misma manera durante su desarrollo por un estilo de vida. Aunque su estilo inadecuado es tan dañino y doloroso para sí mismo como sucede con la personalidad mimada, actúa con menos fricción hacia la sociedad. Su contribución al grupo es menor; pero la pérdida real proviene de la falta de triunfos obtenidos en la vida. El rechazo lo obliga a tomarse a sí mismo como modelo. El ensayo y error producto de su propia dirección puede ser tan costoso para su lucha, que finalmente opta por desertar. Aun los éxitos que alcance lograr no parecen ser reforzados por los demás. El resultado final es un estilo de vida lánguido e indiferente que no proporcionará alegría a sí mismo ni placer a los demás.

Las condiciones sociológicas también pueden operar con igual fuerza en el moldeamiento de un estilo de vida inadecuado a pesar de la normalidad de las condiciones físicas y psicológicas. Como ejemplo, tenemos que la pobreza sofocante puede formar y modelar el estilo de vida tan severamente como para privarlo en forma completa de cualquier enri-

quecimiento u oportunidad para crecer. En forma inversa, un medio temprano enriquecido y estimulante puede fomentar un estilo de vida adaptable a múltiples condiciones en los años posteriores. La reciprocidad entre el *self* y las fuerzas sociales nunca termina.

Sin embargo, Adler se sintió insatisfecho con los aspectos mecanicistas de la aproximación al estilo de vida en el camino de la inferioridad a la superioridad, realizado por el hombre. Al retornar a algunas de las ideas del hombre como una estructura dinámica, unificadora, altamente interpretativa, Adler dio un paso más y desarrolló el concepto del *self* creativo.

Self creativo. El hombre es más que un producto de su medio, más que un animal totalmente predispuesto y confinado por su pasado instintivo hereditario. El hombre es un interpretador de la vida. Con esto quiere decir Adler que el hombre crea una estructura del *self* (de sí mismo) a partir de su pasado hereditario, interpreta las impresiones que recibe durante el transcurso de su vida, busca nuevas experiencias para realizar sus deseos de superioridad y reúne todo esto para crear un *self* que es diferente de cualquier otro *self* y que describe su propio y particular estilo de vida. El *self* creativo es un paso adicional más allá del estilo de vida. El último es reactivo y mecánico. Sin embargo, el *self* creativo es algo más que esto; es original, inventivo y crea algo que nunca antes existió: una nueva personalidad; crea un *self*.

Self consciente. Adler en su obra nunca expresó en forma abierta discusiones al respecto de su creencia de que el hombre es un animal consciente, que se da cuenta de las cosas; sin embargo, esto es evidente a lo largo de su trabajo. Pensó que el hombre se da cuenta de todo lo que hace y con base en el autoexamen puede deducir el porqué de haber actuado en ciertas formas prescritas. La conciencia es el núcleo de la personalidad. El hombre se da cuenta exacta de lo que hace cada día, y nada como el inconsciente, preconsciente o subconsciente merodea por debajo de su personalidad, listo para irrumpir en cualquier momento dado. El hecho de que el hombre pueda pasar inadvertido en cualquier momento una memoria del pasado, no quiso significar para Adler que el pretérito no notado está enterrado en un mar de fuerzas reprimidas.

El animal humano con su tipo de cerebro puede realizar sólo unos cuantos procesos mentales al mismo tiempo. Aquellas cosas que no se encuentran en un estado de darse cuenta en un momento dado, pueden concientizarse a voluntad del hombre. La memoria es un mecanismo de la mente, y como todos los procesos, puede no operar en forma eficiente. La ineficiencia de ella (el olvido) es producto de la falta de bienestar orgánico, junto con un pobre entrenamiento o falta de práctica de las funciones respectivas. Las diferencias individuales también entran en juego. Consecuentemente, aquello de lo que el hombre no se da cuenta, puede traerse a la conciencia si las funciones mentales son eficientes.

Metas ficticias. Aunque Adler pensó que el pasado es en realidad importante, ya que de éste surge el estilo de vida y el *self* creativo, es el futuro el que moldea lo que el hombre hará con su *self* creativo en cualquier momento dado. El pasado puede establecer el escenario y en esta forma limitar las acciones de los actores, pero el futuro determina lo que los actores harán. El pasado es prólogo, pero el futuro es la escena. Adler dice: “Solo la meta final puede explicar la conducta del hombre”. Ésta puede ser una ficción debido a que ha sido fabricada como un ideal que se desea alcanzar; constituye una ficción porque está alejada de la realidad y no podrá ser alcanzada por el *self* creativo que lucha por la superioridad.

Las metas ficticias son inseparables del estilo de vida y del *self* creativo. El hombre se mueve hacia la superioridad por medio de su estilo de vida y del *self* creativo, a partir de su sentimiento de inferioridad, impulsado y atraído por sus metas ficticias.

El *finalismo ficticio*, como Adler alguna vez denominó a las metas fantásticas, es una fuerza que opera en la conducta diaria del individuo. No es un ideal que flota más allá de su alcance. El hombre gracias a su *self* creativo, crea su propia meta ficticia partiendo de su habilidad natural y de sus experiencias propias. La personalidad humana se da cuenta de su meta ficticia y continuamente interpretará los sucesos diarios de su vida a la luz de ella.

Interés social. En 1929, Adler extendió su teoría para asentar que el hombre también es un ser humano socialmente interesado. Afirmaba que éste nace con un interés en los seres sociales. Este interés en las criaturas semejantes es universal. Como todos los instintos, necesita un contacto para ponerlo en acción. Adler estableció que este contacto con otros seres humanos es una condición automática. El hombre tiene que ser criado por el hombre tan definitivamente como que tiene que nacer del hombre. Para empezar, un ser humano está predispuesto a interesarse en las criaturas humanas que se le parecen. El interés reside en el medio social que lo rodea; todavía no es un interés social, como se desarrollará posteriormente. El niño se da cuenta de su madre, de su padre, de otros seres humanos semejantes que lo rodean, y también se da cuenta del importante hecho de que todos estos hacen las cosas para él. Ellos (la gente en general) lo alimentan, lo bañan, lo visten, le dan solaz cuando el dolor interfiere con su estado normal de existencia. Adler pensó que estos cuidados que se prodigan al niño, deben causarle alguna impresión, y que lo más lógico sea la sensación de que el mundo es bueno con él y que se ayuda a sus semejantes. Gradualmente, a medida que el niño es sacado de su estado animal, la predisposición hacia otras personas se educa hasta formar una preocupación del bienestar de los otros. Ser criado por animales socializados, convierte al bebé también en un animal socializado.

El proceso de socialización lleva una gran cantidad de tiempo y de esfuerzo continuo. Toda la conducta que el niño realiza en su pequeño mundo social que es la familia, tiene su efecto en el curso natural del desarrollo, a partir de sentimientos naturales de inferioridad hacia alturas de superioridad. Las cualidades agresivas de la superioridad se socializan por medio de los esfuerzos del medio que lo rodea.

Después de 4 o 5 primeros años formativos y a lo largo de las experiencias de la escuela primaria, el niño empieza a identificarse con grupos sociales propios. Mucho del mundo de esa época está diseñado para ayudarlo. Se han construido y funcionan las escuelas, se le han comprado juguetes, se le provee de oportunidades de recreación, todo lo cual mantiene y fortalece el sentimiento de interés social y preocupación por los semejantes. También se da cuenta de otras características, inadecuadas, de sus iguales. Por medio de un proceso de empatía, aprende lo que se siente ser débil, y siente que tiene a otros para que lo ayuden. A su vez, él desea ejercer sus emergentes sentimientos de superioridad para que cuando se presenten las oportunidades, también él se vuelva y ayude a los menos afortunados. El proceso enriquece sus sentimientos de superioridad y fortalece el interés social que empieza a desarrollar. Por medio de los procesos de identificación, empatía y cooperación, el niño aprende que existe una reciprocidad única dentro del mundo: ayuda tú a otros, ya que puedes necesitar ayuda para lograr la superioridad.

Como el hombre nunca logra la superioridad totalmente (cuando alcanza una meta ya tiene la siguiente en puerta), se retiene un sentimiento de inadecuación. Esta impresión es universal y por tanto, se vuelve un lazo común entre los hombres. Unido a otros por lazos comunes de inadecuación, el hombre siente que una sociedad fuerte y perfecta puede ayudarlo a lograr para sí mismo un sentimiento más completo de superioridad. Posiblemente la sociedad perfecta lo eleve junto con ella y, mediante la asociación con ella, le permita realizar su deseo interno de superioridad. El estilo de vida y su *self* creativo incorporan ahora un principio de interés social que permeará su conducta a lo largo de su existencia.

Bibliografía

- ADLER, A., *The Neurotic Constitution*, Moffat, Nueva York, 1917.
 ADLER, A., *Practice and Theory of Individual Psychology*, Harcourt, Brace y World, Nueva York, 1927.
 ADLER, A., *Problems of Neurosis*, Routledge, Londres, 1929.
 ADLER, A., *The Pattern of Life*, Holt, Rinehart y Winston, Nueva York, 1930.
 BISCHOF, L. J., *Interpreting Personality Theories*, Harper, Row, Nueva York, 1964.

- BORING, E. G., *A History of Experimental Psychology*, Appleton Century-Crofts., Nueva York, 1950.
- HALL, C. S. y LINDZEY, G., *Theories of Personality*, Wiley, Londres, 1965.
- SARASON, I. G., *Personality: an Objective Approach*, Wiley, Nueva York, 1966.
- THOMPSON, R., *The Pelican History of Psychology*, Penguin Books, Inglaterra, 1968.

4

JUNG

La teoría de Carl Gustav Jung resulta diferente de la de otros, en el sentido de que es borrosa, metafísica, de naturaleza tal, casi imposible de comprobar en una situación de laboratorio, y parece ir en contra de la tendencia estadística actual de tratar los datos de naturaleza psicológica.

La teoría de Jung es esperanzada: el hombre está gradualmente emergiendo a través de las épocas para convertirse en un ser humano mejor y más civilizado, que opera dentro de cada vez mejores marcos de referencia. Su teoría también da aliento a los años intermedios y últimos de la vida, una actitud que va en contra de la moderna proclividad de hacer hincapié en la psicología infantil. Aunque Jung fue originalmente atraído por Freud y su trabajo, rompió con él en 1914. La teoría freudiana se inclina a darle importancia a la terrible e inexplicable polaridad de la vida; Jung trató el aspecto positivo de la existencia del hombre.

DESCRIPCIÓN DE LA CONDUCTA HUMANA

Pensó que su trabajo no era teórico sino que estaba basado en hechos observables e identificables que son evidentes para todos aquellos que se tomen el tiempo de descubrirlos en el mundo actual, y en lo que conocemos del mundo de ayer.

Trataremos la teoría junguiana en cuatro apartados: opuesto, auto-realización, estados inconscientes y teleología (Bischof, 1964).

Opuestos. Después de muchos años de estudio, concentración y reflexión, Jung se convenció de que todo el mundo y quizá el universo, animado e inanimado, existe en función de fuerzas contrarias (opuestas). Hay y siempre habrá opuestos, y son ellos los que hacen que aparezca el conflicto; pero sin antagonismos la vida no es nada. La lucha es el as-

pecto básico de la vida. El conflicto produce progreso. Sin conflicto nada sucede, porque sólo a través de él puede una cosa u otra surgir más allá del punto en el que se inició la colisión. Por tanto, el progreso, el movimiento, el cambio de posiciones sólo son posibles bajo condiciones de *estrés*. El desear eliminar el *estrés* del conflicto con un opuesto, hace que el objeto original sea motivado para actuar. La oposición, el conflicto, el *estrés* resultante y el quitar este *estrés* es el *sine qua non* del mundo en el que vivimos. En una forma más bien metafísica, Jung dijo que lo que existe tiene un evento opuesto aún si ese opuesto es la falta de existencia de la condición original: vida-no vida, hombre-no hombre, amor-no amor, etc. En la mayoría de los casos lo que existe tiene una contraparte cuya existencia es igualmente real, tanto como la primera entidad.

Jung sugirió un final feliz a la historia de los opuestos y una resolución en forma de equilibrio. El equilibrio verdadero es de corta duración, pero es señal de progreso. No todo es un "valle de lágrimas" para Jung. La oposición no sólo mueve al objeto alejándolo del punto muerto, que se resuelve en una prolongación de la existencia, sino que también se puede abrir en forma de progreso dentro de sí mismo por medio de tres acciones: compensación, unión y oposición.

Cuando la personalidad siente que está en conflicto porque no puede lograr una meta deseada, puede seguir otra meta igualmente atractiva y al hacer esto desaparecerá el conflicto. Esta forma de compensación mueve hacia adelante a la personalidad, hacia una nueva posición, aunque el punto logrado no esté en la dirección de la meta original. El factor importante para Jung es que la personalidad ha hecho algo para trasladarse de su posición original. La acción simbólica no es tan importante como la acción física en un movimiento compensatorio. El simple soñar en conquistar un objetivo, no es en realidad una acción compensatoria (aunque el soñar fuera terriblemente importante para Jung como fenómeno conductual). La compensación que surge del conflicto es, para este autor, un factor favorable para la personalidad del hombre; lo ayuda a ir hacia adelante.

En el segundo tipo de acción, las fuerzas opuestas se unen a fin de buscar una solución satisfactoria para ambas. Es cierto que a veces la solución del conflicto puede no ser moralmente correcta. La unión de fuerzas opuestas, de acuerdo con Jung, puede ser una forma de resolver la oposición.

El tercer tipo de acción, es aquella en la que la oposición conduce al movimiento y por ende, a un progreso. Para Jung, la oposición era buena; sólo por medio de la acción es capaz el hombre de dar pasos hacia adelante.

Examinaremos ahora, con más cuidado, las polaridades específicas que Jung detectó dentro de la personalidad del hombre.

real no necesariamente logra algo, como recordaremos del tema anterior acerca del valor del conflicto.

Regresión y progresión

Como Jung creyó, la personalidad va hacia adelante o hacia atrás. No es posible permanecer feliz, pero improductivamente en el medio. La progresión obviamente connota movimiento hacia adelante, y tal movimiento hacia adelante revela algún tipo de cambio que es beneficioso para la personalidad. Mientras tanto, ¿qué cosa buena puede provenir de la regresión o movimiento hacia atrás según Jung? Mucho, dice, porque no todo lo que el hombre adquiere es logrado en forma de ir directamente “al grano”; Muchas veces el sujeto se da cuenta que obtiene metas regresando a una posición previa, reorientándose y, posiblemente, encontrando un mejor camino que el primero para lograr la meta deseada. La retirada estratégica es con frecuencia la manobra más sabia. Como veremos, esta retirada se hace algunas veces por medio de símbolos y en áreas inconscientes de la personalidad, pero esto no implica que se deba disminuir el valor de la regresión.

Inconsciente personal e inconsciente colectivo

Trataremos este tema con más detalle en una parte posterior del capítulo, pero por el momento creemos que es importante introducir el concepto en forma breve debido a la naturaleza polar de los dos estados de inconsciencia que postula Jung: el personal y el colectivo.

El inconsciente personal, opera como el almacén de todo lo que le ha sucedido al individuo. Todo el material consciente previo que en la actualidad no se encuentra disponible en la mente consciente porque ha sido olvidado, reprimido, o no fue lo suficientemente fuerte en un principio, en un sentido subliminal, reside en el inconsciente personal.

El inconsciente colectivo es una de las contribuciones más discutibles de Jung al campo de la teoría de la personalidad. Así, lo que Jung sugirió es que el hombre nace con una predisposición de su pasado racial para actuar en ciertas maneras. A medida que el hombre ha evolucionado a lo largo de los siglos, ha acumulado conocimiento y sentimientos. Éstos, junto con las predisposiciones acumuladas de la generación presente, no desaparecen sino son dados por medio de la herencia a cada nueva generación. Todo este almacén de conocimientos, sentimientos y supersticiones, pueden no ponerse en acción si no se presenta la oportunidad misma en forma de estímulo. Ciertos temores que parecen universales y que son conocidos para todos los hombres —sentimientos hacia la madre, aspiraciones hacia una figura sobrenatural, adoración de dioses y deidades—, son ejemplos del inconsciente colectivo. Es como si el hombre, en las

distintas épocas compartiera un conjunto cada vez más complejo de memorias pasadas en forma colectiva de una generación a la siguiente. Este fenómeno, dijo Jung, continúa estando activo en todos los siglos de la existencia del hombre. Jung dio varios nombres al inconsciente colectivo; algunas veces le llamó imágenes primordiales, *imago*s, patrones de conducta; pero con mayor frecuencia se refirió al inconsciente colectivo como a un *arquetipo*.

El enfrentamiento de los estados inconscientes individual y colectivo de la personalidad del hombre opera algunas veces en forma independiente y otras en coordinación mutua, pero siempre es un fenómeno diferente dentro de la personalidad. A veces, cuando el inconsciente personal es incapaz de reducir las presiones en el hombre, el inconsciente colectivo, a través de la riqueza de su pasado acumulado, puede resolver los problemas actuales del hombre. En forma inversa, a medida que el hombre adquiere ricas experiencias en la vida actual, éstas son transferidas a generaciones futuras en la forma de predisposiciones para actuar en formas prescritas que se descubrieron útiles o lo suficientemente fuertes como para no ser ignoradas.

Consciente e inconsciente

También existe una polaridad entre los aspectos consciente e inconsciente de la conducta humana. El último, a pesar de ser de dos tipos (personal y colectivo), es diferente del darse cuenta de o estado de conciencia del mundo. El consciente tiene como su núcleo central al yo. El yo es aquella parte de la personalidad del hombre que posee sentimientos, percepciones y procesos de pensamiento que ayudan a la personalidad a atender la actividad de la vida diaria. Sin embargo, nunca opera solo, porque hay mucho interjuego entre éste y las dos áreas del inconsciente. Al yo le corresponde la tarea de dirigir los procesos de la vida. La dirección siempre es una proposición vacilante entre el yo en el consciente y el jaloneo e influencia del inconsciente. Mucho de lo que sucede en este proceso está gobernado por los principios de la entropía y equivalencia. Así, aquellos conflictos que la mente consciente no puede resolver son resueltos con frecuencia por la sutil instigación del inconsciente sobre el consciente. El efecto total, una vez más crea una polaridad en la existencia que no siempre connota una lucha directa entre las dos fuerzas, sino que ayuda a la vida de la personalidad. El progreso opera eventualmente a través del interjuego de los dos estados de ser.

Extraversión e introversión

Muy pocos de los conceptos originales de Jung han sido adoptados por la psicología moderna, pero aquella sugerencia de que la personali-

dad se mueve en dos direcciones diferentes, ya sea extravertida o introvertida, constituye una de esas adopciones. La personalidad extravertida se mueve en dirección a la gente, hacia lo objetivo, hacia el mundo no reflexivo y hacia una vida centrada en la acción. La personalidad introvertida se mueve en dirección opuesta, hacia donde el mundo es tranquilo, libre de personas; se centra en experiencias subjetivas. Aunque la investigación psicológica actual ha descubierto una tercera posición, la ambiversión, mucha gente aún se adhiere a la descripción introversión-extraversión de la personalidad. Donde el *self* consciente (o yo) está orientado hacia la conducta extravertida, el principio de la polaridad hace que el realismo inconsciente de la personalidad se oriente hacia la introversión. Lo opuesto, por supuesto, se aplica a la personalidad introvertida. Debido a la reciprocidad de estas dos fuerzas, aseveró Jung, la personalidad total se acerca más a la mitad de estas dos polaridades de lo que la personalidad externa pudiera sugerir.

Funciones superiores y funciones inferiores

En una sección posterior, la de autorrealización, diremos algo más acerca de estas cuatro funciones. Por el momento, podemos considerarlas superiores o inferiores en fuerza. Las funciones son las siguientes:

- Intuición: por qué es (teoría).
- Sensación: qué es (reconocimiento).
- Sentimiento: qué vale (valor).
- Pensamiento: qué significa (comprensión).

La mayoría de las personalidades utilizan una función más que otras en forma continua y cómoda. Ésta se convierte en la función superior, mientras que el resto de ellas permanecen inferiores.

Energía física y energía psíquica

Toda la energía del individuo proviene de la libido. Aunque el término *libido* es a veces usado en un sentido confuso por Jung, podemos suponer que, como en el sistema freudiano, es una fuente de energía. Jung no consideró que el término significase principalmente energía sexual. De la libido surgen dos tipos de energía: física y psíquica. Como ambas usan la misma fuente, a veces puede haber conflicto en sus demandas al respecto de la fuente de energía. La polaridad de energía física (caminar, ejecutar un trabajo muscular, etc.), con energía psíquica (pensamiento, sentimiento, percepción, etc.), crea una reciprocidad que mantiene al individuo más o menos en balance entre ambos polos.

NECESIDADES ORGÁNICAS Y CULTURALES

Algo semejante a la polaridad previa es lo que sugirió Jung en el sentido de que las necesidades orgánicas y culturales están en conflicto a causa de la energía básica provista por la libido. Existe aquí un sistema de prioridades, en forma tal, que las necesidades orgánicas tienen precedencia en la obtención de la energía libidinosa (física) primero. Después de que las necesidades orgánicas han sido satisfechas, las necesidades psíquicas pueden usar la energía restante. Las demandas principales para mantener la vida (comer, dormir, eliminar, etc.) deben ser satisfechas antes que los hombres puedan desear perseguir necesidades culturales (leer, crear arte, tener pasatiempos, etc.). Jung señaló que el hombre progresa como ser viviente, en la medida que al satisfacer mejor sus necesidades orgánicas, gasta menos energía y tiempo en éstas y entonces es capaz de crear mejores y más altas formas de cultura.

Anima y animus

Se puede recordar de la sección previa al respecto del inconsciente colectivo, que todos los individuos heredan una característica de sus antepasados que es universal. Este arquetipo, cuando nos referimos a la bisexualidad del hombre, se llama *anima* o *animus*. En los hombres la característica femenina se llama *anima*. En las mujeres la característica masculina se llama *animus*, revelando la opinión de Jung acerca de que existe algo del sexo opuesto en cada uno de los sexos. Aunque este concepto tiene mucha aceptación en la actualidad, Jung lo anunció bruscamente y resultó difícil que fuera totalmente aceptado. Sin embargo, se apartó de la teoría biológica, generalmente aprobada, de los andrógenos y estrógenos y acreditó a la bisexualidad del hombre influencias primordiales. Admitió el influjo de los cromosomas sexuales, pero insistió que éstos son resultado de la experiencia racial y no de la evolución orgánica genética como tal. Dijo: “La naturaleza total del hombre presupone a la mujer...” y desde luego que lo contrario puede ser igualmente cierto. Por medio de este arquetipo, que se acumula a lo largo de las épocas, el hombre y la mujer son capaces de apreciar y comprender el rol de cada uno. Todavía podemos suponer que bajo la estructura del progreso, tal como Jung creyó, el hombre y la mujer paulatinamente se vuelven más y más comprensivos de los roles sexuales de cada uno.

Sublimación y represión

El lector recordará que, de acuerdo a los principios de entropía y equivalencia, la energía no sólo no se destruye sino que toma otra forma de expresión. Jung creyó que esto es definitivamente importante cuan-

do a la energía psíquica de la fuente libidinal no le es permitida la expresión total. Como siempre, en su sistema parece haber sólo dos direcciones o polaridades hacia las que se puede mover la energía psíquica frustrada: los campos de expresión que son socialmente aceptables y en los que se puede ejecutar o realizar en forma abierta; o puede moverse hacia abajo, hacia las ocultas avenidas de expresión que no siempre son aceptables en la sociedad. Al primer método se le ha dado el nombre de *sublimación*, mientras que el segundo es conocido como *represión*.

En la sublimación la personalidad se mueve hacia adelante porque el mundo exterior alienta sus motivos. Al serle dado aliento, la energía psíquica sublimada puede actuar en una forma racional y coordinar su fuerza para lograr la meta deseada. La energía existe allí debido a los principios de entropía y equivalencia que ya fueron mencionados. El único acto real que ha sufrido modificaciones es la naturaleza de la meta.

La represión es molesta. La energía psíquica está bloqueada. No puede desaparecer, de acuerdo a los principios de entropía y equivalencia. Por tanto, la energía psíquica desciende a los lugares más profundos del inconsciente, creando tensiones mayores a medida que está más reprimida. No teniendo otro lugar a donde ir sino a las *formas voicas de la conciencia*, a la cual se le niega el acceso, los sentimientos reprimidos causan dolor y conducta irracional. Al no estar dominada, porque su meta es inaccesible, la energía psíquica reprimida sólo puede crear presión. Esto origina que la personalidad adopte formas neuróticas y extrañas: cambios repentinos de estado de ánimo, irritabilidad, dolores de cabeza, falta de concentración; todos o cualquiera de estos pueden ser el resultado de la energía psíquica reprimida. En la mayoría de los casos el individuo no se da cuenta de lo que está sucediendo. Generalmente, sólo por medio de una comprensión súbita muy profunda y con psicoterapia es capaz el individuo de descubrir la dinámica de la energía psíquica reprimida. Sin embargo, no todo es desesperanza de acuerdo con Jung, ya que como hemos discutido en la sección de progresión y regresión, la *retirada estratégica* puede ser el movimiento más sabio. Dejando que la personalidad se mueva hacia atrás, puede ser posible encontrar otras metas estructurales, o una acción sublimatoria aceptable. Si el dolor de la represión es lo suficientemente fuerte, la energía psíquica puede hacer algo para aliviar la situación. Las formas más profundas de conducta reprimida pueden eventualmente convertirse en *conducta psicótica*, o sea un ajuste muy pobre de acuerdo a la sociedad, pero que puede satisfacer la personalidad, puesto que no ha aparecido otro método para resolver el problema. El *catatónico*, en un estado de trance profundo, ha "resuelto" su problema, en cierto grado, por medio de la retirada completa.

Causalidad y teleología

El término *teleología* es bastante importante en el trabajo de Jung; merece, pues, considerarse con más detalle posteriormente; por el momento, representa una polaridad importante (con la causalidad en el otro extremo) y es por esto que lo hemos incluido aquí.

Aunque la mayoría de los teóricos de la personalidad no niegan que el hombre es una criatura en busca de metas de algún tipo, pocos enfatizan, como Jung, el futuro lejano. El término *teleología* se encuentra con más frecuencia en filosofía y teología que en psicología, y significa esencialmente “que el presente puede ser *explicado* en términos del futuro”. Esto lo llevó más allá del concepto de que el hombre se mueve en busca de metas inmediatas, llegando al aspecto de que el hombre, está siendo fuertemente influido en su búsqueda por metas y aspiraciones de un futuro muy lejano.

En contraste al punto de vista teleológico como factor explicativo de la dinámica de la conducta del hombre tenemos el modo, por lo general popular, de explicar la conducta humana partiendo de lo que ha sido en su pasado; su pasado es irrevocable, ya sucedió y uno no puede borrarlo. Si se quiere saber por qué una persona se comporta como lo hace en la actualidad, debe explorar y examinar su pasado para encontrar las respuestas.

Jung no negó la causalidad del pasado como determinante del presente, sino que aceptó la causalidad sólo como parte de la visión general para describir la conducta actual. Aparte del hecho de sentir que la concentración en el pasado sólo conduce al desaliento, Jung creyó firmemente que todo hombre se conduce en el presente por una filosofía que mira hacia adelante. Estuvo dispuesto a admitir que el progreso humano puede verse frenado por sus hábitos del pasado; pero insistió también en que el hombre tiene puestos los ojos en lo futuro.

En esta forma, para Jung existe una polaridad entre lo que el hombre ha sido y lo que trata de ser. Sólo por medio de la interacción de estos dos factores podemos explicar por qué actúa como lo hace en el presente. El pasado es el prólogo; el presente es acción, mientras el futuro determina la conducta.

Proceso de individualización

En resumen, todos los factores de personalidad previos y otros de los que hablaremos posteriormente, deberán estar balanceados en forma equitativa si ha de surgir un *self* real. Gobernado por los principios de la entropía y equivalencia, el sistema no puede ofrecer un estado de equilibrio mientras un factor sea mayor que otro. De esto resultan la tensión y el conflicto, que convierten al hombre en infeliz y frustrado. La

verdadera meta de la vida es buscar un estado completo de desarrollo de todas las partes componentes, sean psíquicas u orgánicas, conscientes o inconscientes. Sin embargo, Jung afirmó que un estado de cosas tan perfecto es imposible, ya que el hombre no es un sistema cerrado que exista sólo dentro de sí mismo. El ser humano no puede evitar los tormentos y el *estrés* del mundo exterior más de lo que puede mantener su *self* orgánico interior en un estado balanceado entre él mismo y la sociedad o el sueño y la vigilia. Las demandas del grupo social, amigos y enemigos, también trastornan en forma continua su equilibrio. Sólo porque el hombre tiene que mantenerse funcionando en forma continua para igualar las polaridades de su vida, se mueve hacia adelante y progresa, aunque el progreso no sea cosa fácil.

Autorrealización

Jung fue optimista al respecto del hombre y su futuro. Aunque leía y estudiaba extensamente acerca del pasado escrito y no escrito del hombre, su interés principal era el futuro. Él vio al futuro como bueno. Es bueno porque es mejor que el pasado, y todas las indicaciones son de que continuará mejorando tal y como lo ha hecho en el pretérito. Pensó que el hombre moderno es una versión superior al hombre primitivo. No hay razón para sospechar que con todas las vicisitudes pasadas de la vida, como por ejemplo, hambres, pestes, epidemias, métodos de guerra que el hombre fue capaz de imponer, el progreso vaya a detenerse. La misma lucha que el hombre tiene que desplegar para sobrevivir lo fortalece y le asegura que la raza continuará. La polaridad de la existencia humana garantiza la lucha, de la cual surge el progreso.

El mejoramiento gradual del hombre no aflora de un esfuerzo de las masas, sino del propio individuo. La individualización dentro del sujeto (lograr que todas las partes del *self* logren la igualdad) y los individuos como entidades únicas y separadas, son los puntos claves del progreso del hombre como totalidad, ya que éste actúa en concierto con otros hombres, principalmente por razones de bienestar y ayuda mutua; pero cualquier mejoramiento del grupo es sólo la acumulación de sus diversas partes, constituidas éstas por los individuos.

Para Jung, lo principal reside en la personalidad única. ¿Cómo alcanza la personalidad del hombre su nivel más alto de autorrealización? ¿Cuáles son los componentes básicos del sistema de la personalidad que tiene que emplear, y cómo hace para usarlos?

Los componentes de la autorrealización

La *personalidad* consiste de varias partes o sistemas, algunos de los cuales son el yo, el *self*, los estados de conciencia e inconciencia, las

funciones, la persona, las actitudes de introversión y extraversión, los sistemas de energía psíquica y física, la culminación de todos estos en el *self*, tal como se realizan en forma total por medio de la cualidad polar de la existencia. Como sinónimo del término personalidad, Jung utiliza el vocablo *psique*, aunque a veces en forma confusa. El nivel de interacción más alto dentro de la psique es el *self*.

El yo

A medida que Jung desarrolló su teoría de la personalidad, refinó y confinó el concepto del yo para incluir sólo las actividades mentales conscientes del hombre. El yo estructura lo externo y, en parte, el mundo interno del individuo. Por medio del yo se conoce a sí mismo. El yo atiende a los procesos conscientes del pensar, percibir e identificar sensaciones del mundo en el que vive. Es el yo lo que mejor conoce el hombre y opera a su propio nivel en su mundo cotidiano. Para Jung, el yo existe en el centro del mundo consciente del hombre. Sin embargo, debido a que está en el núcleo de su mundo consciente, debe por tanto encontrarse en conflicto con el mundo inconsciente. La gente que vive principalmente en el nivel consciente del yo, algunas veces resiente y se molesta cuando se le sugiere que parte de su personalidad y psique puede existir en un nivel fuera de la conciencia. Esto es defendible de acuerdo con la teoría junguiana. El consciente y el inconsciente se encuentran en oposición. El individuo orientado principalmente en forma consciente resiente la intrusión del inconsciente. Lo toma como un signo de debilidad o de brujería, ya que le faltan las pruebas o hechos objetivos tal como los conoce en su mundo consciente. Existe, sin embargo, un intento por parte del inconsciente para manifestarse por medio de los sueños, pensamientos autistas, y la fuerte dependencia vital hacia los símbolos. El ritual o la fantasía en la existencia personal o una fuerte reacción que no es sino una formación reactiva, absorben al que duda del inconsciente. En esta forma, la psique intenta equilibrar al yo por medio de la presión creada por el desconocido inconsciente. Entre más fuertemente niegue o trate de quitarse la idea de un inconsciente, un yo conscientemente orientado, más tratará de probar su existencia el inconsciente. Algunas veces el yo se rinde (por lo general después de los 40 años) al *self*. En este último tenemos completo conocimiento del ser y utilizamos ambos estados: consciente e inconsciente. Así, el *self* hereda el rol del antiguo yo.

Self

Éste, “encontrándose a la mitad del camino entre el consciente y el inconsciente”, es capaz de dar equilibrio a la personalidad total: la psi-

que. Hace más que balancear esta última; además, la mantiene en una posición relativamente estable. El hombre logra tal estabilidad sólo, en la mayoría de los casos, después de haber pasado por las brusquedades de la adolescencia y la orientación mundana del adulto joven. Las actitudes de extraversión son cambiadas en forma gradual por las actitudes de introversión a medida que el individuo llega y vive la etapa media de su vida. Durante este periodo, la persona ya no necesita la energía física que una vez utilizó para iniciar su vida y, siguiendo los preceptos de entropía y equivalencia, desplaza la energía física con energía psíquica para balancear la visión de la vida. En la misma forma, las necesidades orgánicas se vuelven menos importantes, especialmente si se ha acumulado riqueza y posición, liberando más cantidad de su energía psíquica y mental. Para ocupar el lugar de las necesidades orgánicas, puede buscar y disfrutar de las necesidades culturales de la vida posterior. El resultado total de estos reajustes es una psique balanceada, debido a la habilidad del *self* para cambiar de un polo a otro, llegando al punto medio si es que logra realizarse la mayor parte de su potencial. Pero, como hemos visto, la personalidad nunca logra un estado de balance y realización total, debido a las impredecibles influencias externas de la vida.

Jung pensó que sólo en muy raras ocasiones, algunas figuras religiosas, como Jesús Nazareno y algunos hombres místicos de Oriente, tienen una psique que se acerca a la armonía perfecta. El interés de Jung en la religión y los rituales, y en la teoría del *nirvana* dieron como resultado gran parte de lo que escribió acerca de la psique equilibrada y armoniosa.

Estado consciente e inconsciente

Estos dos estados son componentes primordiales de la existencia del hombre. Cuando la psique es capaz de usarlos y vivir de ambos para beneficiarse, se dice que se encuentra en un estado de equilibrio. Muchas de las características observables del hombre se hallan en el estado consciente y son las que podemos ver y sentir tanto en nosotros como en los demás. Jung gastó relativamente poco tiempo en analizarlas como una unidad única. La mayoría de sus escritos se refieren a la reciprocidad del consciente con el inconsciente. El inconsciente está dividido en dos partes: el personal y el colectivo. El inconsciente personal contiene fenómenos tales como *la persona* y los complejos. El inconsciente colectivo contiene los conceptos de arquetipos, la sombra y la sincronicidad. La línea entre la conducta consciente y la inconsciente en la psique, es amorfa y hay un flujo libre entre estos dos estados del ser en la vida diaria. Una exposición más detallada de dichos estados será dada más adelante. En esta parte, es necesario hacer notar cuáles son los componentes principales de la psique.

Funciones

Son cuatro funciones mentales fundamentales. El objetivo principal de las funciones es el de desarrollarse igualmente bien para que la psique se encuentre en un balance completo. Cuando las funciones no se ordenan en igual forma dentro del sistema, resulta la división de funciones en inferiores y superiores. Por lo general, cada una de las funciones inferiores y superiores está apoyada por una función auxiliar. La personalidad rara vez es capaz de crear un estado de igualdad en el poder entre las funciones, aunque esta es la meta final de su existencia. Jung mencionó precisamente cuatro funciones y mantuvo firmemente el punto de vista de que estas cuatro y ni una más, son las que existen en la psique del hombre. Siempre que la función superior está en completo funcionamiento, lo está en el consciente; mientras que su contraparte, la inferior, está en el inconsciente, donde tiene un efecto sumamente perturbador sobre los procesos mentales. A medida que el hombre se desarrolla en todo su potencial, y a medida que se hace más maduro y más viejo, dos, tres, y algunas veces, las cuatro funciones son ejercidas con igual eficiencia. A continuación se enumeran.

Intuición. La intuición va más allá de los sentidos de la vista, oído, etc., a las partes más inferiores de la conciencia. El pensamiento no es una parte de la intuición. Nosotros llegamos a una decisión sin darnos cuenta de ninguna actividad consciente. Obviamente, se usan señales subliminales, pero debido a que son tales, no podemos reconstruir nuestros procesos de pensamiento.

Jung sintió que la intuición es tan importante para la vida mental del hombre, como cualquiera de las otras tres funciones. Sólo por intuición es capaz el hombre de resolver algunos de sus problemas. Sensibilizarse, sentir y pensar, pueden no llevarlo cerca de una solución, puesto que los hechos no se prestan a los cinco sentidos; ni a un compromiso personal de índole emocional, ni al arreglo ordenado de los hechos. El hombre debe, entonces, ser capaz de llegar a algún tipo de conclusión adecuada por medio de la intuición, que no emplea ninguna de estas funciones mentales. Pero la intuición, como la sensación, no conoce las reglas de la lógica. Las respuestas vienen de los pliegues interiores del inconsciente por medio de patrones y procesos que no pueden seguirse.

Sensación. Aunque este término ha sido un punto de interés y discusión en el campo de la filosofía, para detrimento de su significado psicológico, Jung no se sintió confundido al usarlo como una de las funciones mentales irracionales. La sensación establece "lo que se está dando en la realidad". Ver, oír, oler, saborear y sentir son sensaciones.

Por medio de nuestros sentidos conocemos el mundo que nos rodea; éstos nos dicen *lo que es*. El hecho de que el sensorio no tenga que pensar a lo largo de su reacción al color, sabor, sensaciones dolorosas, etc.,

hace que esta función mental sea irracional. El sujeto puede pensar acerca de si reconoce un cierto sabor de fruta y después sobre si le gusta o no, pero no, pero no tiene que pensar acerca de si la sustancia le sabe; se ve estimulado, ya sea para que le sepa o no. Este fenómeno no requiere del pensamiento, sino sólo de que la sustancia sea lo suficientemente fuerte para excitar las papilas gustativas.

Sentimiento. Para la mayoría de los psicólogos, el término *sentimiento* tiene muchos significados, la mayoría de los cuales no están claramente definidos. Además de la multiplicidad de definiciones, los psicólogos en general consideran que el sentimiento es un estado emocional, irracional. Es decir, si uno juzga las situaciones por sus sentimientos, se supone que el juicio está basado principalmente en las emociones, y que puede estar influido por aquellas contrarias a lo que la sabiduría y los hechos indican. Para Jung, el término *sentimiento* es un concepto subjetivo que connota "el valor que un individuo le da a una persona, lugar o evento". El cómo siente al respecto de algo, nos dice qué tan importante es eso para él. Si el individuo afirma que tiene un fuerte sentimiento acerca de un objeto, está indicando que el objeto es de gran importancia para él. Un sentimiento débil indica pasividad o casi total falta de interés y por tanto, de valor. Rara vez tienen dos personas un valor o sentimiento idéntico hacia el mismo objeto porque el sentimiento surge del juicio interno e individualista del *self*. El sentimiento es una de las experiencias más subjetivas del hombre.

Jung consideró que el sentimiento es un estado racional de la mente. Su opinión es que el sentimiento nos informa del valor de un objeto. Uno no puede valorar un objeto sin comparar al original con uno o más objetos. En el momento en que se hace la comparación, se emplean los procesos de pensamiento que surgen de las emociones involucradas. Los procesos del pensamiento, o la utilización de energía mental, son formas de conducta racional. Por tanto, para Jung el sentimiento es un tipo racional de función mental. La mente tiene que elaborar juicios. No importa si la base de éstos son las emociones: los valores que se derivan de los juicios son tan racionales como cualquier otra forma de evaluación hecha por un individuo. El sentimiento como función mental es esencial para la existencia del hombre. Gracias al sentimiento, el individuo se plantea las metas por las que lucha. El sentimiento le ayuda a elevarse o hundirse dependiendo del beneficio total del valor-meta. Sin embargo, debido a que el hombre tiene sentimientos, éstos lo ayudan a alejarse de un punto muerto.

Pensamiento. El pensamiento es la cuarta función que propuso Jung; también es racional. Cuando un hombre piensa, realiza un arreglo ordenado de los hechos, tal como los conoce. Sus sentimientos pueden no necesariamente entrar en juego. Las relaciones son especialmente importantes para el hombre en su pensamiento porque el pensar requiere

un arreglo y establecimiento ordenado de más de dos conjuntos de proposiciones.

Persona

Jung adaptó el término griego *persona*, que significa máscara, para describir la “cara” que el hombre le presenta a la sociedad. Este rostro puede ser bastante diferente de sus sentimientos e intenciones reales. El hombre deriva su persona parcialmente de los *roles* que la sociedad escoge para él y, en parte, de su propia aceptación, creación y cambio del concepto de la sociedad, de lo que es su *rol*. El individuo que vive principalmente bajo una máscara pública, se llama *hombre personal*. Puede desviarse tanto de sus propios sentimientos como para enajenarse de ellos. Tal acción destruye la habilidad del individuo para alcanzar una autorrealización verdadera. Jung creyó que ésta es una de las principales causas de que el sujeto se trastorne emocionalmente en el mundo moderno, dado que el *hombre personal* vive con metas y propósitos falsos. Su *self* real y su *self* público se separan en tal forma, que es imposible crear un *self* genuino, fiel a sus propios ideales. Entre más se aleje el hombre de su verdadera autorrealización, más enfermo será desde un punto de vista mental. Cuando la *persona* se ve disminuida por el hombre, y más se acerca éste a la autorrealización genuina, surge lo que Jung denominó el *hombre individual*. La vida es una lucha entre los extremos del hombre personal e individual como caracteres dentro de una misma personalidad.

Introversión-extraversión

El *self* contiene dentro de sí ambos factores, el de introversión y el de extraversión. Como dijimos anteriormente, el aspecto extravertido del *self* está orientado hacia la gente. El extravertido despliega emoción, se inclina a ser voluble y favorece a la acción sobre el pensamiento contemplativo. El introvertido, en cambio, invierte el proceso escondiendo sus sentimientos y buscando soluciones a los problemas de la vida en forma pasiva. Para lograr la autorrealización verdadera, el hombre debe balancear en forma apropiada y duradera ambas características. Aunque esto casi nunca es totalmente posible porque la personalidad no es un sistema cerrado, Jung creyó que la lucha por esta meta es valiosa, ya que proporciona al hombre una faceta más interesante para él como para los demás.

Los mecanismos de la autorrealización

El hombre logra la autorrealización por medio de diferentes y variados métodos, algunos de ellos incompatibles con otros; algunos complementarios.

a) De manera muy primordial y antes que todos los mecanismos de autorrealización, están los factores polares: regresión y progresión; inconsciente personal y colectivo; extraversión e introversión (llevados al cabo en forma de acciones); funciones superiores e inferiores; energía física y psíquica; necesidades orgánicas y culturales; anima y animus; sublimación y represión; y causalidad y teleología. Todos éstos, por supuesto, operan dentro de los principios de equivalencia y entropía.

b) Como algo básico a los métodos por medio de los cuales el hombre gana un *self* más completo, está la maquinaria que hereda en la forma de su cuerpo y todas sus características de mamífero. Mediante la herencia el hombre gana dos valiosos factores, que a medida que progresa la vida, le capacitan en mejor forma para lograr su autorrealización: un sistema biológico, totalmente equipado con instintos. La función principal de sus instintos es la de preservar la vida y reproducir a los de su especie. Hereda también la potencialidad de las experiencias raciales, que Jung denominó *imágenes primordiales* o *arquetipos*, o *imagos*, o *patrones conductuales*. Esta contribución de Jung afirma que el ser humano no pierde todo el conocimiento y experiencia que tanto tiempo y tanto dolor le tomó aprender. El hombre hereda un temor potencial hacia los animales peligrosos o dañinos, hacia los fenómenos naturales extraños, etc.

c) El hombre es más que una acumulación de sus experiencias pasadas. Es también una colección de sueños y deseos para el futuro. En medio de la dinámica de la vida actual y de los efectos de su pasado organiza algún plan de cierto tipo para el futuro. De esta manera, se vuelve una criatura que mira hacia adelante, un hecho que Jung consideró de importancia capital para lograr la autorrealización. El hombre nunca puede autorrealizarse totalmente sin conducta propositiva.

d) Es muy raro, en la teoría junguiana, que un adolescente o un adulto joven alcancen una autorrealización completa. A medida que el individuo se desarrolla a lo largo de los años, su fuente principal de energía es orgánica y existe en él vulnerable nivel consciente. No es sino hasta que desarrolla la contraparte de energía inorgánica (psíquica) cuando el hombre puede acercarse a su *self* real. La conducta extravertida e impulsiva de la niñez y la juventud tiene que dar paso a la conducta más espiritual del adulto, con su sabiduría acumulada y sus sistemas de valores basados en aspectos filosóficos más profundos. Los años cronológicos reales no son el factor más importante de ese tipo de autorrealización durante las diferentes etapas del desarrollo, pero Jung consideró que la

mayoría de la gente en nuestra civilización logra la reorganización de sus valores alrededor de los 40 a 50 años de edad. La edad, aclara, puede variar según las diferentes culturas y civilizaciones.

e) En algún sentido, entre más experiencia tenga la personalidad, más capaz se vuelve para ampliar y alcanzar la realización completa. Jung sintió que sólo a medida que se desarrollan los diversos componentes de la personalidad se puede llegar a la autorrealización. Como el desarrollo surge de experiencias beneficiosas el hombre que haya tenido más y que puede sacar provecho de ellas, es aquel que estará más cerca de alcanzar la autorrealización. Este proceso, llamado individualización, es el único por medio del cual la personalidad alcanza el nivel más alto de desarrollo de todas sus partes.

f) Los símbolos son muy importantes en la teoría de la personalidad de Jung. El hombre es afortunado en el sentido de que puede operar en su vida con símbolos. Muchos de los aspectos humanos existen a nivel simbólico en dibujos, palabras, sueños, música y expresiones artísticas, y el simbolismo del vestido y del lenguaje. El simbolismo ayuda al hombre a lograr un *self* más elevado y diferenciado de lo que es posible para los animales. En general, a medida que el sujeto desciende en su conducta, pierde más y más capacidad de operar con símbolos.

Los símbolos cumplen dos funciones básicas para el hombre: la primera es la de convertirlo en un almacén de las experiencias de sus antepasados. En esta forma, el símbolo le ayuda a sobreponerse a la conducta instintiva que no puede expresar en forma abierta. La segunda función representa los distintos niveles de aspiración del hombre a medida que progresa en el tiempo.

En esta forma se desarrolla por medio de modos simbólicos más y más elevados, sin darse nunca cuenta completa del significado de los símbolos que usa. Jung opinó que es muy importante el significado escondido de los símbolos que usamos.

Si el hombre va a usar sus símbolos en forma sabia, deberá intentar encontrar aquellos que le ayuden a descargar sus deseos reprimidos en formas más y más productivas. El progreso de una civilización puede estar parcialmente marcado por la capacidad que ésta tenga para crear y mantener símbolos que le ayuden a descargar impulsos libidinosos muy poderosos, deseos que podrían dañar a sus miembros constitutivos.

Estados inconscientes

Como Freud, Jung hizo mucho hincapié en el poder y el efecto del inconsciente sobre la conducta del hombre. Ignorar el inconsciente es invocar a los problemas mentales y emocionales por medio de delirios, compulsiones y dificultades fóbicas. La parte inconsciente de la psique

del hombre no puede ser ignorada, aunque uno niegue que todo estado tan amorfamente descrito puede existir en la personalidad del hombre.

Sin embargo, a diferencia de Freud, Jung dividió el estado de inconsciencia en dos categorías, ambas muy importantes para la conducta del hombre. No incluyó los estados preconcientes o subconcientes en su teoría. Debajo del nivel del yo, que se encuentra en el estado consciente del ser, están el inconsciente personal y el colectivo. Ambos pueden operar por separado o en forma armónica. Algunas partes del inconsciente colectivo han sido también identificadas y estudiadas por Jung, y que analizaremos como sistemas separados y son: el anima y el animus, la persona, los símbolos y la sombra.

Inconsciente personal

Todas las experiencias que el hombre tiene a lo largo de su vida no se olvidan ni desaparecen. Se vuelven parte del inconsciente personal. Esta región de la mente es el almacén de la experiencia. Por tanto, cada individuo tiene un inconsciente personal diferente al de los demás sujetos. El material puede llegar al inconsciente porque se olvida o porque era de naturaleza subliminal y no fue notado cuando sucedió; o puede ser suprimido deliberadamente porque es un recuerdo doloroso y molesto de una experiencia pasada. Hay una gran reciprocidad entre el yo en el estado consciente y el material en el inconsciente personal. El hombre usa mucho material del inconsciente que deliberadamente trae de esa región para ayudarse en los problemas cotidianos, pero puede ser incapaz de traer al consciente un pensamiento o retazo de información reprimida por estar asociado con una experiencia pasada dolorosa. Sin embargo, el flujo entre el consciente y el inconsciente personal es bastante libre.

Complejos

A medida que un hombre sigue viviendo y colecciona experiencias en muchas áreas, empieza a construir núcleos de memoria, emociones y sentimientos residuales, alrededor de ciertos fenómenos. Estos núcleos centrales de la experiencia son llamados complejos. Éstos evolucionan a partir de experiencias repetitivas que pudieron haber sido lo suficientemente satisfactorias o fuertes como para dejar residuos en el yo; también realizan otra función: la de atraer e interpretar experiencias nuevas alrededor del complejo ya existente. A esto se le denomina el *poder de constelación* del complejo. Hasta cierto grado y dependiendo del impulso del poder de constelación del complejo, casi cualquier experiencia puede ser interpretada y unida a un complejo como siendo apropiada a él.

La mayor parte del tiempo, el complejo y su núcleo central operan

en el inconsciente personal. El individuo no se da cuenta total de que interpreta y utiliza tantos fenómenos extraños al servicio de su complejo. El complejo puede, sin embargo, surgir al nivel del yo consciente. Con frecuencia, en esas ocasiones, el individuo racionalizará su interpretación estereotipada de todos los eventos, a la luz de su complejo, especialmente si le es señalado por otros no tan orientados por este fenómeno. Los complejos utilizarán experiencias similares más que diferentes.

El inconsciente personal y el colectivo también pueden ayudarse mutuamente al respecto del uso que el hombre haga de sus complejos. Con frecuencia el inconsciente personal ha despertado algún arquetipo pretérito del pasado primordial del hombre, que pertenece al inconsciente colectivo. Uno le da al complejo una serie de antecedentes de potencialidades heredadas, mientras que el otro aumenta y enriquece los antecedentes para futuras generaciones que puedan heredar el arquetipo. Deberá recordarse que el inconsciente personal es el pasado del hombre tal como lo ha vivido y experimentado en su vida. Si no hay oportunidad para experimentar algo, es difícilmente posible que se despierten experiencias primordiales de ese algo, aunque éstas puedan merodear en el inconsciente colectivo en forma de arquetipos.

Jung sugirió tres formas en las que se puede estudiar el poder de constelación de un complejo: *a)* evaluando el grado de expresión emocional mostrado por el individuo cuando busca o está involucrado en un complejo; *b)* observando la conducta del individuo en forma directa o indirecta, y *c)* dándose cuenta de los trastornos conductuales, tales como olvido, reacciones emocionales fuertes, cuando algo (una palabra, gesto, artículo del vestido, etc.) se presenta a la atención del individuo. El estímulo incitador se llama *indicador del complejo*.

Inconsciente colectivo

Le pareció tan lógico a Jung atribuirle un conjunto de experiencias pasadas acumuladas a todos los hombres en forma colectiva, como atribuirle los mismos fenómenos al hombre individual por medio del inconsciente personal. Si un hombre puede acumular experiencias de su vida personal pasada y almacenarlas en el inconsciente, ¿por qué no ha de poder entonces el mismo sujeto, como género total, acumular y transmitir a su progenie todas las experiencias coleccionadas del hombre a medida que las vive y aprende a través de las épocas? Para Jung, la respuesta fue que el hombre acumula, tanto individual como colectivamente, experiencias que no se pierden sino que se retienen y están disponibles para usos posteriores, cuando la oportunidad se presente. Debido a que el hombre no cambia en forma radical, es razonable pensar que la mayor parte de sus experiencias van a ser repetitivas, ya que generación tras generación, durante miles de años, el individuo ha existido en su estado

presente, ha atravesado las mismas experiencias de comer, dormir, obtener alimento, procrear, defenderse del daño, etc. Las generaciones, pues, almacenan experiencias valiosas que se han mantenido vivas a través del tiempo.

Fue obvio para Jung el que el hombre transmite y comunica habilidades y costumbres a sus hijos, y que a su vez, éstos las transmiten a sus hijos. Pero esto no respondió a su pregunta de la tremenda potencia y poder de permanencia de ciertos conceptos encontrados casi en todas las civilizaciones. Es casi seguro, sintió Jung, que algunas de estas ideas habrían desaparecido hace muchas generaciones de haberse restringido sólo a la comunicación directa verbal o conductual de grupo a grupo. Debe haber algo más que la simple transmisión verbal, de ritual a ritual, y de símbolo a símbolo del pasado del hombre. Debido a la constante y profunda investigación de Jung del pretérito, y de su profundo estudio de muchas culturas, se convenció de que el hombre hereda la riqueza del pasado de sus antepasados por medio del sistema cerebral. La herencia como tal, no es directa; esa predisposición a apropiarse tal tesoro cultural siempre se hereda con el cerebro, pero si no ocurre ningún evento que pueda reforzar esa tendencia, quizá nunca ocurra el hecho en toda la vida de un individuo único.

El inconsciente colectivo incluye todas las experiencias acumuladas del hombre desde su existencia prehumana, siempre y cuando la experiencia haya sido lo suficientemente repetida como para dejar huellas némicas. En consecuencia, el inconsciente colectivo es universal. Algunas culturas en la actualidad tienen menos oportunidad de descargar su memoria que otras, debido a condiciones muy variables. El inconsciente colectivo es la base fundamental de toda la personalidad o psique. Todo lo que el hombre es en el presente está construido sobre el inconsciente colectivo. Cualquier cosa que el mundo haga en su era presente está fundado sobre su pasado primordial. Esto proporciona al hombre muchas cosas comunes —temor de la oscuridad, deseo de poder y estatus, tal como el que surge entre dos países en guerra, la idolatría de algún tipo de figuras o deidad, y especialmente, el cuidado y alimentación de los pequeños. La universalidad de algunos de los patrones del inconsciente colectivo es el resultado de reforzamientos repetidos en el pasado, desde la vida animal hasta el presente. Los relativamente pocos desviados del patrón del inconsciente colectivo, son casos patológicos, cuyo yo en el consciente, y con más frecuencia, cuyo inconsciente personal va en contra de las fuerzas del inconsciente colectivo. Debido a que este último es tan poderoso y omnipresente, cualquier desviación marcada de él está determinando anormalidades en la psique actual. Desafiar al inconsciente colectivo origina que nuestra personalidad actual luche y se sienta infeliz. El amor a la madre, digamos, no se enseña con ejemplos; se hereda del propio pasado a través del inconsciente colectivo. Cuando el hombre ig-

nora esta tendencia o no le ha sido reforzada en su propio inconsciente personal, será víctima de *estrés* emocional.

Arquetipos

Arquetipo es el nombre que se da por lo general a los tipos de imágenes del inconsciente colectivo que el hombre usa con mayor frecuencia. Otros nombres que le han sido dados son: *patrones conductuales*, *imagos* o *imágenes primordiales*. Un arquetipo siempre está cargado de emoción. Jung y algunos de sus colaboradores dieron nombres a unos cuantos arquetipos, sugiriendo que hay muchos más que no han sido identificados y nombrados todavía, y que tienen también mucha fuerza en la constitución de la personalidad del hombre. Algunos son: Dios, demonio, figuras de la madre y del padre, el hijo, nacimiento, muerte, reencarnación, el fin del mundo, y las figuras del héroe y del villano.

En lugar de las fuerzas freudianas del ello, o fuerzas libidinosas del inconsciente, Jung propuso el término *sombra* para representar los instintos crudos, salvajes y animales del hombre. La conducta moralmente inadecuada, reprimible, proviene del inconsciente colectivo que el hombre hereda de sus ancestros animales. Sin embargo, a diferencia de Freud, Jung sintió que esta sombra, la parte animal del hombre, le ayuda al sujeto a desarrollarse.

Otro tipo de fenómeno, que Jung denominó *sincronicidad*, se aplica a los arquetipos. Un pensamiento o un evento pueden ocurrir simultáneamente sin que uno sea causado por el otro. El pensamiento actual sostiene que para cada evento debe haber una causa correspondiente. Jung fue más allá de la revelación causal en el mundo y sugirió que puede existir un plano diferente de relaciones. Proviendo de su estudio exhaustivo del campo de la parapsicología, y sus manifestaciones en la clarividencia y telepatía mental, sintió que algo opera en el universo más allá de la probabilidad azarosa. Las acciones que no entendemos completamente, que sólo podemos observar, pueden ocurrir al mismo tiempo que las pensamos, pero ninguna ha hecho que la otra suceda. Soñara acerca de una muerte y luego descubrir que ocurrió en la realidad, es un ejemplo de sincronicidad.

Como la sincronicidad se aplica a los arquetipos, podemos encontrar que un arquetipo surge simultáneamente en dos partes diferentes del mundo. Las culturas orientales y occidentales pueden desarrollar al mismo tiempo en la historia un arquetipo idéntico, aun sin ninguna comunicación entre ellas. La adoración del Sol, la reencarnación y arquetipos similares se pueden considerar como ejemplos. Además de este tipo de sincronicidad entre culturas, ese fenómeno también puede ocurrir

dentro de la misma personalidad. Un individuo puede soñar su propia muerte (un arquetipo) y sufrirla en la forma como fue soñada.

Teleología

Originalmente, el término *teleología* proviene del campo de la teología filosófica, donde existe un considerable cuerpo de estudios que se refieren a la doctrina que establece que “un propósito universal guía a toda la realidad y que todos los eventos tienden a su última realización”. La forma en que Jung utilizó el término varió el significado para incluir diversas cosas. Básicamente significa que el hombre está en un proceso de mejoramiento y que alguna vez quizá logrará la verdadera y total autorrealización. Este camino de mejoría obviamente tomará miles y miles de años, pero Jung sintió que el hombre dispone de ese tiempo. Como se dijo en las páginas anteriores, el hombre ya ha dado algunos pasos hacia su autorrealización, puesto que tiene equipo necesario en la estructura cerebral, además de la energía vital, para alcanzar la autorrealización en forma eventual. Sin embargo, el progreso del hombre parece tan lento que el individuo moderno se siente derrotado cuando considera su fin teleológico. Entonces, para acelerar el progreso, supone una vida después de la muerte y/o un proceso de resurrección en el fin del mundo, cuando logrará una perfecta autorrealización en un paraíso que será construido por fuerzas suprahumanas. Jung sintió que es el hombre quien construye su propio *nirvana*, que ya ha dado los pasos iniciales y que eventualmente lo logrará; todas las vidas que se han acercado al nivel de la autorrealización ayudarán a que avance la causa, gracias a la herencia de los arquetipos.

¿Cómo hace el hombre para alcanzar ese estado de Valhalla o paraíso terrenal? Obviamente, pensó Jung, lo alcanza sólo al paso de miles de años, debido a las diferentes contradicciones humanas —no sólo dentro de cada psique, sino entre las diferentes psiques. Como la psique del hombre no es un sistema cerrado, sino que está influido por otras psiques, la autorrealización verdadera no puede ser alcanzada por una sola psique individual, sino hasta que haya sido alcanzada por otras psiques. El hombre intenta crear rutas cortas para llegar a la autorrealización. Se irrita y se frustra porque los resultados no son inmediatamente accesibles a su conocimiento. Muchas de las rutas pueden ser representadas por formas de creencia y práctica religiosa. Utilizando mejores métodos de equilibrio y símbolos más adecuados, el hombre tiene herramientas valiosísimas con las cuales lograr la autorrealización última. En suma, lo que el individuo considera que es una forma de vida perfecta, un Valhalla, una versión paradisiaca de vida, será alcanzada por los esfuerzos individuales de cada psique que logre para sí misma un balance armonioso y perfecto y al repetir más o menos los mismos procesos en sus relacio-

nes interpersonales con la psique de otros. Nada se puede lograr sin los esfuerzos iniciales de la personalidad individual. La individualización empieza en uno mismo y de allí se mueve hacia otros. Debido a las contradicciones del hombre y a los principios que las rigen, la verdadera armonía en el *self* y en otros no traerá consigo el progreso, porque éste se logra al equilibrarse todas las fuerzas. La armonía, en cierto grado, es la cesación de todo movimiento, la resolución de toda acción productora de desequilibrio.

El resultado final del marco de referencia teleológica del hombre es darle propósitos y planes para el futuro. El hombre está guiado por algo más que las metas inmediatas de la vida, día con día o año con año; está guiado, además, por un sentido de responsabilidad hacia las generaciones futuras y ante la humanidad como totalidad. Negar esto, pensó Jung, es negar la existencia del individuo y su experiencia plasmada en las páginas pasadas de etapas de fuego, hambre, pestes, guerras y de todas las vicisitudes de la humanidad. El hombre podría haberse rendido hace años, si no fuera por su marco de referencia teleológico:

Bibliografía

- BISCHOF, L. J., *Interpreting Personality Theories*, Harper y Row, Nueva York, 1964.
- HALL, C. S. y LINDZEY, G., *Theories of Personality*, Wiley, Londres. 1965.
- JUNG, C. G., *The Collected Works of Carl C. Jung*, Bollingen Series, H. Read, Mc Fordham y G. Adler (dirs.), vols. I, II, III, IV, V, VII, VIII, IX, XI, XII, XVI, XVII, Panther Press, Suiza, 1953-1954.

5

ANNA FREUD

El modelo de Sigmund Freud acerca del desarrollo del niño, no tuvo su origen en observaciones directas con niños. Más bien, estableció el modelo según las asociaciones libres y sueños de los adultos neuróticos que fueron sus pacientes.

Sin embargo, Anna, hija de Freud, (nació en 1895) pasó la mayor parte de su vida adulta como psicoanalista y trabajó en forma directa con niños. Fue una seguidora rigurosa de la teoría de su padre, pero tuvo interés en clarificar y pulir algunos aspectos basados en su experiencia al tratar neurosis infantil. Sus adiciones a la teoría de Freud no fueron publicadas como simples y comprensivos tratados, sino que aparecieron de manera ocasional como artículos y conferencias durante cuarenta años, desde 1920 hasta mediados de 1960. Estos artículos, que estaban diseminados, se conjuntaron, en 1974, en cinco volúmenes, con el título de *Los Escritos de Anna Freud*.

Sus contribuciones pueden ilustrarse en tres partes: 1. las concernientes al tratamiento psicoanalítico del niño, mientras su superyó está todavía en formación; 2. las valiosas observaciones surgidas de su trato directo con los niños y 3. las implicaciones del psicoanálisis en el desarrollo del niño normal.

Al igual que su padre, Anna Freud comprobó que las causas de muchas neurosis del adulto se originaban por un superyó exageradamente punitivo, y que la finalidad del psicoanálisis era reorganizar los contenidos del superyó para poder ajustarlo más a la realidad y, así, dejar de proponer metas irracionales a las que el individuo se ve forzado a aspirar. Para el superyó del adulto neurótico, esta reorganización es larga y dolorosa, y en la adolescencia temprana es sumamente difícil, pues el superyó es un componente poderoso de la personalidad, altamente resistente a las alteraciones. Pero en los niños mayores, antes de la adolescencia, el superyó todavía está en proceso de formación; por lo tanto, el niño está todavía en estado de transición entre recibir órdenes y valores de sus padres y recibir órdenes del superyó en de-

sarrollo, el cual todavía no se ha separado mucho del yo o de sus fuentes externas (padres, compañeros y maestros).

El psicoanálisis del adulto involucrará sólo al paciente y al analista. En cambio, en opinión de Anna Freud, las neurosis infantiles son tratadas mejor si el psicoanalista trabaja tanto con el niño como con los agentes importantes del medio, ya sean los padres y/o los maestros pues al cambiar las expectativas de los padres y el tratamiento del niño, el análisis espera influir en el contenido del todavía dependiente superyó y curar la neurosis mucho más rápido que en el adulto, en quien su extremo demandante superyó está por completo solidificado. De este modo, el psicoanalista que trabaja con el niño manipula el medio, además de reformar las relaciones de la personalidad del niño entre el ello, el yo y el superyó.

En el psicoanálisis del adulto, la única fuente de información del terapeuta es la plática del paciente acerca de sí mismo. Sin embargo, los niños no son tan eficientes para explicar sus historias pasadas, sus preocupaciones y sus fantasías. Por lo tanto, Anna Freud recomienda que, en psicoanálisis de niños, la interpretación de los sueños debe integrarse tanto con la información provista por la familia del niño como por las observaciones de las actividades de éste hechas por el terapeuta. Al considerar sus patrones alimenticios, de sueño, de juego, de gustos y de enfermedades, el psicoanalista elegirá los datos de conducta que, de acuerdo con la teoría psicoanalítica, se derivaron de las etapas oral, anal o infantil genital. De esta manera, en el análisis de los niños, cierto tipo de observaciones sustituyen a los datos de asociación libre que en el análisis de los problemas psicológicos de los adultos se utilizan.

En 1956, Anna Freud dijo: "Aunque no somos capaces de alterar los dones innatos del ser humano, sí estamos en posición de mejorar las presiones externas que interactúan con ellos."

Consideraba que la teoría psicoanalítica puede aportar una gran contribución para mejorar esas presiones externas, al ayudar a los padres a obtener una "visión del daño potencial hecho a los niños durante los años críticos de su desarrollo, en el estado en que se encuentren sus necesidades, impulsos, deseos y dependencias emocionales".

Posteriormente, explica que los tipos de ayuda psicoanalítica provista incluyen: *a*) la ilustración sexual del niño; *b*) el reconocimiento del rol de conflicto, conciencia y ansiedad en el desarrollo del niño, el cual se obtiene al limitar la autoridad de los padres sobre el niño; *c*) libertad para la expresión de la agresión del niño; *d*) reconocimiento de la importancia de la relación madre-hijo, y *e*) la comprensión del rol de la madre como auxiliar del yo para el niño en desarrollo.

Así expone Anna Freud su teoría que incluye una gran variedad de conclusiones extraídas de observaciones directas y de sesiones de terapia con niños en diferentes etapas de desarrollo.

6

SULLIVAN

Hawy Stack Sullivan es el más empírico de los teóricos del psicoanálisis. En general, se apega estrictamente a los hechos observados; denomina doctrinas a las teorías que son menos susceptibles de verificación empírica. Después de Freud, es el primer investigador que propone una teoría sistemática del desarrollo de la personalidad, aun cuando en los primeros trabajos de Jung se encuentran algunos fragmentos de ella. Sullivan llama a su sistema *teoría de las relaciones interpersonales*. Sostiene que, con un sustrato biológico, el hombre es el producto de la interacción con otros seres humanos, y que la personalidad surge de las fuerzas personales y sociales que actúan sobre el individuo desde el momento mismo de su nacimiento. El ser humano se inquieta por dos propósitos, que no se excluyen entre sí: el afán de satisfacción y el anhelo de seguridad. El afán de satisfacción está ligado sobre todo con las necesidades biológicas; pero el anhelo de seguridad es fundamentalmente resultado de los procesos culturales. Los dos se encuentran entrelazados. Si el medio cultural interfiere notablemente la búsqueda de satisfacción, en lo que se refiere a la actividad sexual, por ejemplo, para ciertos grupos de nuestra cultura, claro que puede convertirse en un problema; pero la mayor parte de los conflictos psicológicos surgen de las dificultades con que se tropieza en la formación de las funciones de seguridad. En opinión de Sullivan, la seguridad se relaciona con un sentimiento de pertenencia y de aceptación. Desde el nacimiento convergen en el niño ciertas posiciones culturales heredadas de las actitudes de los padres y de otras personas significativas que, a su vez, han recibido la influencia de la cultura. Antes de que el niño comprenda lo que se le dice o de que sea capaz de considerarse como algo distinto del medio que lo rodea, ya se le comunican algunas de las actitudes de quienes lo cuidan, en particular de la madre, por medio de la *empatía*. La angustia, el enojo o la reprobación de parte de la madre, por ejemplo, producen en el niño un sentimiento de desasosiego, de pérdida de euforia. Más tarde el niño es adoctrinado activamente en las sendas de su cultura, y parte del método

de enseñanza está constituido por la aprobación o la reprobación que le otorgan sus padres. En otras palabras, la aprobación concedida por los padres, o por otras personas, produce un sentimiento de bienestar; en tanto que la reprobación implica un sentimiento de inseguridad y de angustia. Después, el niño se da cuenta de que los artificios que antes empleaba para obtener la satisfacción de sus deseos, como gritar cuando tiene hambre, ya no sólo son ineficaces, sino que en realidad provocan reprobación. De este modo, tienen que inhibirse las normas de conducta que ya se habían establecido, con el consiguiente aumento de tensión en los músculos conectados antes con esas actividades. Así, la inhibición del grito provoca tensión en los músculos de la garganta; esta tensión en los músculos es una condición indispensable para que experimente la angustia, que siempre está vinculada a la interacción de otros individuos; esto es, a las relaciones interpersonales.

La angustia, según Sullivan, es una fuerza muy poderosa en la formación de la personalidad; pero es restrictiva, porque interfiere la observación, disminuye la capacidad de discriminación y obstruye la adquisición del conocimiento y de la comprensión. Provoca el recuerdo detallado de las circunstancias que la originaron y aminora la posibilidad de previsión. En síntesis, "cuando existe angustia ésta tiende a impedir la comprensión de la situación en que fue provocada". Tratando de evitar el sentimiento de incomodidad que le produce la reprobación, el niño tiende a desarrollar y a destacar aquellos aspectos de sí mismo que agradan o son aceptados por los adultos que le son significativos. Se mantiene alerta para advertir cuáles de sus acciones merecen aprobación y cuáles son reprobadas. Y en esta actitud vigilante se desenvuelve la personalidad. Aquellos aspectos que tropiezan con la reprobación tienden con frecuencia a ser "disociados" por la persona, dejando de reconocerlos como parte de ella misma. Pero no todo lo que se valora negativamente es disociado. Algunos aspectos pueden conservarse conscientemente, sólo que con el marbete de "ser malos". De este modo, el individuo puede ejecutar una acción por la cual era reprendido en su niñez, con la conciencia de que, por hacerla, "es malo". Parte de su actividad no atrae particularmente la atención de las personas significativas y el propio niño puede darse cuenta o no de ello. Entonces podrá hacer uso de la *distracción selectiva*. Si un comportamiento semejante llega a importar después a los demás, hasta el punto de atraer su atención, el niño puede incorporarlo fácilmente a su propio sistema.

En cambio lo disociado no se puede incorporar con facilidad. El individuo continuará negando su existencia, hasta que, por medio de un procedimiento terapéutico, resulte capaz de experimentarlo emotivamente como parte de sí mismo. Sin embargo, la frontera que separa la distracción selectiva de la disociación no es una línea bien definida y su diferencia es solamente de grado.

El tema central en la teoría de Sullivan es la ansiedad del hombre: la ansiedad como motivación primordial, como la constructora de un sistema del *self*, el gran educador en la vida. Su teoría, como la de muchos otros, está basada en el tipo de personalidad desviada, de donde tomó la materia prima para sus teorizaciones. Sullivan desarrolló la llamada *teoría interpersonal de la psiquiatría*.

Sullivan hizo mucho hincapié en el concepto de la sociedad como creadora de la personalidad del hombre. Un aspecto importante de su teoría es el hecho de que el hombre puede cambiar, cambia y debe cambiar el patrón básico de su personalidad a medida que se desarrolla y llega a su madurez. Por otro lado, la teoría de Sullivan postula que el hombre vive en un sistema de tensiones; que existe un sistema de tensiones dentro de cada hombre y entre éste y sus semejantes. La estructura total, aunque retiene una forma básica, puede ser alterada, dependiendo de las tensiones que existan en el sistema.

DESCRIPCIÓN DE LA CONDUCTA HUMANA

El término personalidad era una palabra, más que una entidad de estudio para este autor. Su teoría subraya las relaciones entre las personalidades y no la personalidad individual, ya que el hombre no existe como un ser aislado, sino en relación con otros.

El hombre es un sistema orgánico que opera, su cuerpo puede condicionar su personalidad, pero sólo hasta el grado en el que su cuerpo sea necesario para su vida. En ocasiones puede hacer a un lado sus necesidades biológicas para satisfacer las necesidades de su sistema social, que pueden ser, y con frecuencia lo son, muy poderosas.

Es importante para Sullivan y su teoría, la forma en que el ser humano se desarrolla durante los primeros años de su vida, en la infancia, la niñez y la adolescencia. Esto quiere decir que los patrones interpersonales de los primeros años son extraordinariamente importantes para la personalidad, sin que se piense que pueden borrar el efecto de los determinantes sociales de la misma.

Consideramos que para estudiar a este autor, lo podemos hacer agrupando sus conceptos en: relaciones interpersonales, sistema de tensión, ansiedad, dinamismos, personificación y experiencias cognoscitivas.

Relaciones interpersonales

La personalidad nunca podrá ser abordada para su estudio como algo aislado de las demás, sino en relación con otras personalidades. Sullivan piensa que las relaciones interpersonales son el fundamento de la perso-

nalidad. Desde su nacimiento el hombre entra en contacto con otros seres humanos, contacto que persiste a lo largo de su vida.

La personalidad individual sólo se puede desplegar en relación con otras personalidades. No todos los contactos son entre seres humanos, ya que también se pueden establecer relaciones entre otros seres y entidades ficticias, pero, en cualquier caso, la reciprocidad entre los seres humanos es un aspecto muy importante dentro de esta teoría. Cuando la relación es con una figura ficticia, ésta se basa en la personificación de un ser humano que fortalece a la imagen. Aun en los casos de personalidades no vivas, existe una interacción, ya que esta figura ficticia afectará en alguna forma la conducta de la personalidad viviente. A medida que transcurre el tiempo, el hombre puede modificar esta personalidad ficticia, pero una vez que la ha construido, ésta tiene poder suficiente para afectarlo en su conducta.

El tema de las relaciones interpersonales actúa también en los sueños, en forma análoga a lo que sucede con la imagen ficticia. Para Sullivan, este proceso de relación interpersonal existe en todos los niveles o procesos psicológicos, como puede ser la imaginación, la percepción, la memoria y el pensamiento. Todos estos procesos invariablemente estarán relacionados con otras personalidades, no son autónomos de cada sistema y por supuesto, se ven influidos por otros seres humanos.

Todo lo que hacemos es el resultado del orden social en que vivimos. Y al vivir en una sociedad, todos los seres sociales que nos rodean ejercen algún efecto sobre nosotros, aunque aparentemente no lo parezca. Por ejemplo, en el caso de los aspectos oníricos, soñamos con otras personas o con cosas y objetos de otros sujetos; la percepción del mismo estímulo por diferentes individuos se ve influida por los antecedentes de cada uno de ellos, entre los cuales tenemos las relaciones que hayan existido con otras personalidades. Aquello que recordamos también está influido por estos procesos interpersonales, pues la historia previa del sujeto con las figuras importantes o significativas serán, hasta cierto punto, factores determinantes del material recordado. Nuestro pensamiento también se ve orientado y, por lo tanto, influido por las personas con las que vivimos.

Sistema de tensión

Para Sullivan, el hombre lucha en forma constante para disminuir las tensiones de su vida. Él denominó euforia a la falta total de tensión, encontrándose en el polo opuesto un estado de tensión semejante al observado en la psicosis. El hombre tratará de reducir cualquier tensión que ponga en peligro su seguridad.

La tensión puede surgir de dos fuentes: las necesidades orgánicas y la inseguridad social, ambas productoras de ansiedad. Las necesidades

orgánicas pueden ser generales o específicas; ejemplos de las primeras serían la urgencia de agua o alimento; de las segundas serían el que el agua sea dulce o que el alimento sea una torta.

Las necesidades por lo general se satisfacen dentro de lo socialmente aceptable. Además de esto, éstas se organizan jerárquicamente en más o menos importantes en cuanto a la tensión que reducen.

El hombre está rodeado por sentimientos de ansiedad desde el momento en que nace; desde la ansiedad de la madre en su preocupación de cuidarlo en forma apropiada, hasta la preocupación de la sociedad en general, en cuanto a salvaguardar el bienestar y seguridad de sus miembros. La amenaza a la seguridad del individuo puede ser real o imaginaria, pero en cualquier caso estas situaciones de ansiedad se pueden disminuir con patrones de conducta semejantes. El rechazo social, real o imaginario, es también una fuente importante de ansiedad.

De acuerdo a Sullivan, el hombre tiene una personalidad que lucha para equilibrar sus tensiones. Cuando esto se logra, la persona está feliz y libre de ansiedad; sin embargo esto se logra sólo en el caso de que no existan fuerzas externas de presión. Esto, por supuesto, no se puede establecer nunca con cierto grado de permanencia, ya que el hombre se encuentra en constante contacto con otras estructuras productoras o poseedoras de tensión. Suponiendo que pudiera lograr un estado equilibrado dentro de sí mismo, éste no asegura que no se verá afectado por otras personas y sus sistemas de tensión. Cuando por alguna razón, el hombre sufre tensiones fuertes y crónicas, puede desorganizarse la estructura de su personalidad en forma tal que llegue a un estado psicótico.

La ansiedad

La ansiedad es uno de los principales motivadores de la vida; puede ser productiva o destructiva. Productiva, cuando es poca o ligera y hace que el hombre no permanezca inmóvil en un punto muerto. Es destructiva cuando produce en el hombre una confusión total y lo imposibilita para conducirse en forma inteligente.

La ansiedad puede variar en intensidad, haciendo que el hombre se comporte de diversas maneras, pudiendo llegar, en situaciones extremas, a la neurosis o a la psicosis. Para Sullivan, la individualidad de cada individuo está dada por la forma particular que tiene para manejar su ansiedad, ya que ésta existe en todos los seres humanos.

La primera experiencia que tiene el hombre es el encuentro con una madre ansiosa y preocupada, como ya vimos anteriormente; por medio de la *empatía*, el niño absorbe estos sentimientos de ansiedad. En un principio conocía únicamente lo que eran el dolor y el placer; gradualmente empieza a darse cuenta de que está rodeado por un mundo que lo puede dañar, lastimar. Por medio del pensamiento paratáxico, que

vemos posteriormente, empieza a establecer asociaciones entre actividades que no son realmente productoras de ansiedad, con situaciones que considera o percibe como ansiosas.

Sistema del *self*

Como resultado de la ansiedad vivida por el niño, surge y se crea el sistema del *self*. Este sistema mantendrá seguro al sujeto, alejado de la tensión. En el niño, conformarse a las reglas sociales de sus padres le evita la ansiedad; no conformarse, la produce. La ansiedad da como resultado tensión, y ésta es dolorosa. Como solución, el niño creará una manera de hacer las cosas de acuerdo a lo que socialmente está establecido, pues sucede que muchas veces este sistema del *self*, no corresponde al *self* real. Cuando se percibe que el sistema del *self* creado evita la ansiedad, se puede aislar del *self* real, que con frecuencia puede estar en contra de lo que el sistema del *self* hace para conformarse a la sociedad.

Este sistema del *self* tiende a persistir y a ser reforzado a medida que transcurre la vida, ya que es muy valioso para reducir las tensiones. En ocasiones este *self* y sus demandas de conformidad no están de acuerdo con el *self* real. La personalidad continúa usando el sistema del *self*, especialmente para protegerse de la crítica proveniente del *self* real. Entre más grande sea la distancia que separa a estos sistemas, el real y el creado, se vuelven más complejos e independientes como medios de defensa contra la ansiedad, y si esta distancia se hace más grande, se puede desarrollar una situación esquizoide. Sullivan pensó, de todas maneras, que algún tipo de sistema del *self* era esencial para evitar o, por lo menos, para reducir la ansiedad del mundo en el que vivimos.

Etapas de desarrollo

Sullivan postula siete etapas del desarrollo, que a continuación presentamos en forma muy breve:

a) *Infancia*: ésta se desarrolla, aproximadamente, de los cero a los dieciocho meses; es decir, desde el nacimiento, hasta la aparición del lenguaje articulado. La zona corporal más importante en este periodo es la boca. El sistema del *self* apenas está en surgimiento; las experiencias interpersonales más importantes son: la alimentación, que puede ser pecho materno o botella; orientación hacia el pezón; miedo hacia la madre buena-mala; éxitos ocasionales al satisfacerse a sí mismo de manera independiente de la madre; dependencia total de los padres.

b) *Niñez*: transcurre este periodo de los 18 a 20 meses hasta la edad de 4 o 5 años; es decir, desde que aparece el lenguaje hasta que surge la

necesidad de tener compañeros de juego. Su sistema del *self* ya reconoce los roles sexuales, sus experiencias cognoscitivas son paratáxicas principalmente, pero empiezan a evolucionar hacia las sintácticas. Las relaciones interpersonales características están basadas en las personificaciones; dramatizaciones, como jugar a que ya es un adulto; es posible que haya “transformaciones malévolas”, en el sentido de creer que el mundo está contra él, lo cual puede producir aislamiento.

c) *Etapa juvenil*: ésta va de los 5 o 6 años hasta los 11; es decir, se localiza en la época durante la cual asiste a la escuela primaria. La zona corporal dominante es la genital, latente o adormecida. Su sistema del *self* empieza a integrar sus necesidades y a desarrollar controles internos. Sus experiencias cognoscitivas son predominantemente sintácticas; se siente fascinado por los símbolos. Las relaciones interpersonales características de esta etapa son la de la socialización, que se refleja en la cooperación y la competencia; el aprendizaje de controles; se orienta en cómo vivir; es dependiente.

d) *Preadolescencia*: esta etapa transcurre de los 11 a los 13 años aproximadamente, periodo que corresponde burdamente a la época durante la cual cursa la secundaria. La zona corporal predominante es la genital emergente; su sistema del *self* se encuentra más o menos estabilizado. Sus experiencias cognoscitivas son sintácticas. Las relaciones interpersonales predominantes o características son la necesidad primordial de compañeros del mismo sexo; durante esta época empiezan las relaciones humanas genuinas; necesita la oportunidad de saberse igual a otros, que se refleja en la mutualidad y reciprocidad en las relaciones interpersonales; comienza a surgir, en forma confusa, el sentimiento de independencia.

e) *Adolescencia temprana*: este periodo va de los 15 a los 17 años aproximadamente; es decir, es la época de la preparatoria. La zona corporal predominante es completamente genital. El sistema del *self* está confuso, pero continúa estabilizándose. Sus experiencias cognoscitivas son sintácticas, extraordinariamente orientadas hacia aspectos sexuales. Las relaciones interpersonales características son extraordinariamente lujuriosas; sus necesidades sociales son de dos tipos: eróticas hacia el sexo opuesto, y de intimidad hacia un compañero del mismo sexo que, en caso de confusión, puede llevar a la homosexualidad; sus relaciones son altamente independientes.

f) *Adolescencia tardía*: transcurre de los 17 o 19 años, a los primeros veintes; es decir, es el tiempo durante el cual se está en la universidad o a nivel semejante. Su cuerpo está ya totalmente maduro; su sistema del *self*, integrado y estabilizado; sus experiencias cognoscitivas, totalmente sintácticas. Las relaciones interpersonales características resultan de una fuerte seguridad en contra de la ansiedad y de prolongada duración; es miembro activo de algunos grupos sociales, y totalmente independiente.

g) *Adulthood*: va de los 20 o 30 años en adelante, y corresponde a la época en la que la mayoría de la gente empieza a tener o tiene hijos. El cuerpo es totalmente heterosexual, el sistema del *self* se encuentra completamente estabilizado. Sus experiencias cognoscitivas son sintácticas y por completo simbólicas. Sus relaciones interpersonales características constatan que la sociedad ha creado un animal totalmente social, partiendo de un animal humano; se encuentra totalmente independizado del control de sus padres.

Experiencias cognoscitivas

Los procesos mentales permiten al hombre interrelacionarse con otros hombres y, desde el punto de vista de Sullivan, estas experiencias cognoscitivas están constituidas por tres formas jerárquicas de pensamiento, que se desarrollan en diferentes etapas de la vida, y que propician las relaciones del hombre con otros hombres.

La primera experiencia es la *prototáctica* y se refiere a las sensaciones crudas de la naturaleza momentánea; ocurren al azar, son muy vívidas durante el tiempo que duran; dejan huellas némicas y, por último, son necesarias para el desarrollo de los procesos mentales que le siguen. De este tipo de experiencia no surge ninguna conducta lógica; el bebé responde a una señal y luego a otra en forma completamente azarosa; por lo menos así parece. Por medio de estas experiencias, se va dando cuenta de lo que lo rodea, en forma gradual, principalmente de los seres humanos con los que convive. Así, el hombre empieza a tener una vaga impresión de lo que está más allá de su *self* físico y mental.

Durante la segunda etapa del desarrollo cognoscitivo, la *paratáctica*, se perciben relaciones causales entre dos fenómenos simultáneamente, siendo el caso o no, que exista una relación causal entre ellos. La conducta supersticiosa es un claro ejemplo de la experiencia cognoscitiva. Este tipo de pensamiento puede ser dañino para el sujeto (niño) ya que parte del sistema del *self*, así como las personificaciones, pueden formarse debido a la incapacidad que tiene el niño para desligar o separar dos fenómenos que ocurren simultáneamente. Este tipo de pensamiento es con frecuencia, repetimos, el productor de prejuicios y supersticiones en los adultos.

La tercera experiencia cognoscitiva es la *sintáctica*, el tipo de pensamiento más elevado. Este pensamiento utiliza a los símbolos como fundamento. Los símbolos verbales o numéricos deben ser aceptados consensualmente por un grupo suficientemente grande de personas; son indispensables para que el hombre pueda establecer las urgentes relaciones interpersonales.

Otro de los procesos por medio de los cuales la personalidad logra establecer relaciones con sus semejantes, es el de los dinamismos. Un

dinamismo es una acción, actitud o sentimiento recurrente o habitual que una persona tiene acerca de otras personas; es un patrón conductual relativamente duradero, y se puede considerar como un hábito. Estos dinamismos se acumulan a lo largo de la vida, en las experiencias de contacto social; entre más experiencias de estas tenga el sujeto, más dinamismos manejará. Pueden constituir un estilo particular de vida. El sistema del *self* es un complejo de dinamismos que se ha formado alrededor de la ansiedad. Estos patrones conductuales pueden ser expresados en forma abierta o en forma cubierta.

Las *personificaciones* son las imágenes que uno tiene de uno mismo y de otros. Son las imágenes que la persona tiene de otros en su mente. La primera impresión que capta el niño es la de sí mismo; partiendo de la naturaleza buena-mala de sí mismo, detecta y establece empatía con la naturaleza buena-mala de otros, según sea la forma como interprete la conducta de esos otros. Estas impresiones se convierten en personificaciones muy complicadas de muchas personas. Cada sujeto es una personificación compuesta y compleja de las experiencias previas que el niño ha tenido con personalidades semejantes. El *self* trata de evitar la ansiedad al adoptar las personificaciones de otros.

Bibliografía

- BISCHOF, L. J., *Interpreting Personality Theories*, Harper y Row, Nueva York, 1964.
- HALL, C. S. y LINDZEY, G., *Theories of Personality*, Wiley, Londres, 1965.
- SARASON, I. G., *Personality: an Objective Approach*, Wiley, Nueva York, 1966.
- SULLIVAN, H. S., *Conceptions of Modern Psychiatry*, Norton, Nueva York, 1953.
- SULLIVAN, H. S., *The Interpersonal Theory of Psychiatry*, Norton, Nueva York, 1953.
- SULLIVAN, H. S., *La entrevista psiquiátrica*, Ed. Psique, Buenos Aires, 1964.
- THOMPSON, R., *The Pelican History of Psychology*, Penguin Books, Londres, 1968.
- WHITTAKER, J. O., *Psicología*, Ed. Interamericana, México, 1968.

7

HORNEY

Karen Horney fue quien primero publicó con amplitud las ideas que había capitalizado después de su llegada a Estados Unidos. En *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, libro publicado en 1937, presentó por primera vez una amplia interpretación cultural de la neurosis. En su segundo libro, *Nuevos rumbos en el psicoanálisis*, se opuso en forma abierta a la orientación biologicista de Freud. Horney propuso un sistema nuevo, una especie de revaloración de muchas de las observaciones de Freud, a la luz de los descubrimientos hechos por las ciencias sociales y de su propia experiencia con los pacientes.

Otro aspecto interesante de su pensamiento destaca la importancia que tiene para el psicoanálisis la situación presente del paciente. Pero no sólo acentúa la situación psicoanalítica inmediata, sino que otorga mucha atención a la exploración de la situación general de su vida. Sin admitirla de modo preciso como una fuerza principalmente neurótica, Horney creyó en definitiva que la voluntad de poder es un mecanismo neurótico y sólo uno de los varios que son posibles, a diferencia de lo que pensó Adler, que consideraba éste el problema fundamental del ser humano. Horney, en su primera obra concedió una importancia igual a la necesidad neurótica del amor. Creemos que Horney fue quien primero propuso esta última idea. El hecho de que el propio anhelo pueda tener aspectos neuróticos, parecía haber escapado a la observación de los psicoanalistas anteriores.

Horney tenía fe en la naturaleza cambiante de la humanidad, pensando que en su evolución se acercaría cada vez a mejores metas y fines. Ella pensó que contando con las cualidades positivas del hombre, podría resolver su neuroticidad. La conducta central de su teoría era la neurótica, y creyó que la resolución de ésta produciría una sociedad mejor y más sana.

Cultura y sociedad. El hombre es algo más que el producto de sus interacciones con otros hombres dentro de un orden social. La cultura

y las normas, costumbres y roles particulares de los grupos humanos influyen y dejan su marca sobre el hombre.

Horney pensó que la cultura en la que vivimos genera una gran cantidad de ansiedad en los seres, por lo que la neurosis es un resultado natural del individuo que vive en una sociedad industrializada como la que conocemos. Uno de los factores causales de la neurosis, más relevantes para ella, fue el establecimiento de una civilización que se basa en la competencia individual y de grupos. Ella creyó que no podía existir una psicología normal para la humanidad; ya que los principios psicológicos que se pueden definir, se deberán hacer dentro de los marcos de referencia culturales en los que opera el hombre siendo entonces que, a medida que cambian las culturas, cambia también el concepto de normalidad.

La estructura del carácter no está basada en el efecto duradero de la compulsión repetitiva por medio de la cual el hombre se ve obligado subconscientemente a repetir infantilismos previos a lo largo de su vida con el objeto de obtener los placeres que esa conducta alguna vez le pudo haber producido; esto por supuesto no quiere decir que Horney ignorara las experiencias de la primera infancia. Ella sugirió que no se debían ni se podían negar las condiciones existentes de la sociedad y de la cultura, que consideraba prevaecientes y fuertes en el análisis.

La estructura del carácter es el total de las experiencias que el adulto acumula durante su vida, en la que se combinan la totalidad de los hábitos infantiles, viéndose que éstas pueden circunscribir las capacidades del sujeto. La estructura del carácter no sólo limita las habilidades del hombre, puede aun aumentar sus potencialidades, dependiendo esto de los efectos de ese caudal acumulado. Por lo que la personalidad, para Horney, no queda establecida en la infancia, sino que estas experiencias infantiles son sólo parte de la estructuración continuada de la personalidad.

El hombre es un producto de su medio, el cual al cambiar transforma también al individuo; mientras viva el sujeto, su carácter seguirá siendo moldeado y remodelado. El aspecto crucial en el moldeamiento del carácter son las otras personas que viven en el mismo medio. Sin embargo, el hombre tiene la capacidad de autodirigirse internamente. El conocimiento de sí mismo es sumamente importante en la formulación de la estructura del carácter. Esto es algo que ninguna sociedad puede construir, sino que sólo puede ser construido por uno mismo. La *moralidad de la evolución*, denominación que Horney dio a la obligación y privilegio morales de buscar el conocimiento de uno mismo, es lo que refleja en última instancia, esa direccionalidad interna del ser humano. Esto significa también, que el hombre tiene la fuerza necesaria para evolucionar hasta alcanzar la máxima potencialidad dentro de sí mismo.

Concepto del self. Horney consideró que cada individuo, al partir de su *self* real o actual, desea lograr una realización completa de todas

sus necesidades para alcanzar el máximo de su desarrollo, y que esto es una sentimiento universal. Para poder alcanzar esta autorrealización, el hombre debe tener un *self* idealizado al cual pueda seguir como modelo. El problema de esto reside en que en muchas ocasiones dejará de lado la meta genuina de la autorrealización, para enfrascarse en actividades y conductas que correspondan más a su *self* ideal que al otro. Cuando sucede esto, el individuo está luchando por alcanzar una meta inaccesible, y al ver frustrada esta lucha, por no poder lograrla, surgirán conductas neuróticas en el sujeto, perdiendo la posibilidad de regresar a la espontaneidad del *self* real, y alejándose cada vez más de éste para dedicarse a seguir la imagen de lo que le gustaría ser. Entre más se aleje el hombre de este *self* real tratando de acercarse a metas ilusorias, más conflicto interno se producirá y, por ende, se presentará la conducta neurótica, como último intento de resolución a los conflictos creados.

Uno de los mecanismos que el neurótico emplea en su intento de lograr acercarse lo más posible a su imagen ideal, es la *externalización*. El sujeto que externaliza, no sólo traslada su responsabilidad hacia otros, sino siente que todas esas cosas realmente se llevan al cabo fuera de sí mismo. Todos los fracasos que le acontecen en su funcionamiento alineado dentro del patrón ideal que tiene del *self*, son producidos por fuerzas externas a él, precisamente por otros.

Así, Horney pensó que en cuanto el individuo pierde su espontaneidad o se abstiene de ser un hombre espontáneo, su *self* real se enferma y se trastorna emocionalmente.

Necesidades neuróticas. Todas las personalidades se enfrentan a diez necesidades, que Horney clasificó como neuróticas, en cierto grado, durante el transcurso de sus vidas, para resolver el problema de la ansiedad básica. Esas necesidades son las siguientes:

- a) necesidad de afecto y aprobación que tiene, como aspectos sobresalientes vivir para agradar a otros, lo cual se logra dirigiéndose hacia otras personas en sus relaciones humanas;
- b) necesidad de un compañero dominante en la vida, siendo sus aspectos característicos los de darse y ser protegido por un compañero fuerte a cambio de un amor duradero, lo cual se logra relacionándose con otra gente en una forma de sumisión;
- c) necesidad de restringir los límites de la vida hasta donde sea posible, teniendo como aspectos más sobresalientes el ser ultrarreaccionario, conservador y retenedor del *statu quo*, retirándose hacia atrás en el ambiente, dando por resultado que el hombre se aleje o desprenda de la gente en sus relaciones interpersonales;
- d) necesidad de poder, en donde encontramos como aspectos sobresalientes la glorificación del poder y la fuerza, el desprecio por la

y las normas, costumbres y roles particulares de los grupos humanos influyen y dejan su marca sobre el hombre.

Horney pensó que la cultura en la que vivimos genera una gran cantidad de ansiedad en los seres, por lo que la neurosis es un resultado natural del individuo que vive en una sociedad industrializada como la que conocemos. Uno de los factores causales de la neurosis, más relevantes para ella, fue el establecimiento de una civilización que se basa en la competencia individual y de grupos. Ella creyó que no podía existir una psicología normal para la humanidad; ya que los principios psicológicos que se pueden definir, se deberán hacer dentro de los marcos de referencia culturales en los que opera el hombre siendo entonces que, a medida que cambian las culturas, cambia también el concepto de normalidad.

La estructura del carácter no está basada en el efecto duradero de la compulsión repetitiva por medio de la cual el hombre se ve obligado subconscientemente a repetir infantilismos previos a lo largo de su vida con el objeto de obtener los placeres que esa conducta alguna vez le pudo haber producido; esto por supuesto no quiere decir que Horney ignorara las experiencias de la primera infancia. Ella sugirió que no se debían ni se podían negar las condiciones existentes de la sociedad y de la cultura, que consideraba prevaletentes y fuertes en el análisis.

La estructura del carácter es el total de las experiencias que el adulto acumula durante su vida, en la que se combinan la totalidad de los hábitos infantiles, viéndose que éstas pueden circunscribir las capacidades del sujeto. La estructura del carácter no sólo limita las habilidades del hombre, puede aun aumentar sus potencialidades, dependiendo esto de los efectos de ese caudal acumulado. Por lo que la personalidad, para Horney, no queda establecida en la infancia, sino que estas experiencias infantiles son sólo parte de la estructuración continuada de la personalidad.

El hombre es un producto de su medio, el cual al cambiar transforma también al individuo; mientras viva el sujeto, su carácter seguirá siendo moldeado y remodelado. El aspecto crucial en el moldeamiento del carácter son las otras personas que viven en el mismo medio. Sin embargo, el hombre tiene la capacidad de autodirigirse internamente. El conocimiento de sí mismo es sumamente importante en la formulación de la estructura del carácter. Esto es algo que ninguna sociedad puede construir, sino que sólo puede ser construido por uno mismo. *La moralidad de la evolución*, denominación que Horney dio a la obligación y privilegio morales de buscar el conocimiento de uno mismo, es lo que refleja en última instancia, esa direccionalidad interna del ser humano. Esto significa también, que el hombre tiene la fuerza necesaria para evolucionar hasta alcanzar la máxima potencialidad dentro de sí mismo.

Concepto del self. Horney consideró que cada individuo, al partir de su *self* real o actual, desea lograr una realización completa de todas

sus necesidades para alcanzar el máximo de su desarrollo, y que esto es una sentimiento universal. Para poder alcanzar esta autorrealización, el hombre debe tener un *self* idealizado al cual pueda seguir como modelo. El problema de esto reside en que en muchas ocasiones dejará de lado la meta genuina de la autorrealización, para enfrascarse en actividades y conductas que correspondan más a su *self* ideal que al otro. Cuando sucede esto, el individuo está luchando por alcanzar una meta inaccesible, y al ver frustrada esta lucha, por no poder lograrla, surgirán conductas neuróticas en el sujeto, perdiendo la posibilidad de regresar a la espontaneidad del *self* real, y alejándose cada vez más de éste para dedicarse a seguir la imagen de lo que le gustaría ser. Entre más se aleje el hombre de este *self* real tratando de acercarse a metas ilusorias, más conflicto interno se producirá y, por ende, se presentará la conducta neurótica, como último intento de resolución a los conflictos creados.

Uno de los mecanismos que el neurótico emplea en su intento de lograr acercarse lo más posible a su imagen ideal, es la *externalización*. El sujeto que externaliza, no sólo traslada su responsabilidad hacia otros, sino siente que todas esas cosas realmente se llevan al cabo fuera de sí mismo. Todos los fracasos que le acontecen en su funcionamiento alineado dentro del patrón ideal que tiene del *self*, son producidos por fuerzas externas a él, precisamente por otros.

Así, Horney pensó que en cuanto el individuo pierde su espontaneidad o se abstiene de ser un hombre espontáneo, su *self* real se enferma y se trastorna emocionalmente.

Necesidades neuróticas. Todas las personalidades se enfrentan a diez necesidades, que Horney clasificó como neuróticas, en cierto grado, durante el transcurso de sus vidas, para resolver el problema de la ansiedad básica. Esas necesidades son las siguientes:

- a) necesidad de afecto y aprobación que tiene, como aspectos sobresalientes vivir para agradar a otros, lo cual se logra dirigiéndose hacia otras personas en sus relaciones humanas;
- b) necesidad de un compañero dominante en la vida, siendo sus aspectos característicos los de darse y ser protegido por un compañero fuerte a cambio de un amor duradero, lo cual se logra relacionándose con otra gente en una forma de sumisión;
- c) necesidad de restringir los límites de la vida hasta donde sea posible, teniendo como aspectos más sobresalientes el ser ultrarreaccionario, conservador y retenedor del *statu quo*, retirándose hacia atrás en el ambiente, dando por resultado que el hombre se aleje o desprenda de la gente en sus relaciones interpersonales;
- d) necesidad de poder, en donde encontramos como aspectos sobresalientes la glorificación del poder y la fuerza, el desprecio por la

- debilidad, reflejándose en un movimiento en contra de la gente, en relaciones interpersonales;
- e) necesidad de explotar a los demás, que tiene como aspectos conductuales característicos ganar en todas las situaciones, ser dominante, y reflejarse en movimientos contrarios a la gente en sus relaciones interpersonales;
 - f) necesidad de prestigio, que se refleja en los aspectos sobresalientes de la urgencia de ser reconocido por los demás, y se logra (?) teniendo relaciones interpersonales en las que se vaya en contra de la gente;
 - g) necesidad de admiración personal, que tiene como aspectos relevantes el desear que otros lo perciban como su imagen idealizada, dando como resultado unas relaciones interpersonales en las que el sujeto se mueve en contra de la gente;
 - h) necesidad de ambición de logro personal, teniendo como aspectos sobresalientes el tener un fuerte deseo de ser rico, famoso, importante, sin importar el costo para sí mismo o para otros; esto se refleja en relaciones interpersonales que se mueven en contra de la masa;
 - i) necesidad de autosuficiencia e independencia, que tiene como aspecto primordial hacer cualquier cosa con tal de no sentirse obligado con otros, lo que se logra alejándose de la gente;
 - j) necesidad de perfección, que tiene como aspectos principales el ser infalible y perfecto debido a la hipersensibilidad a la crítica, lográndose esto al desprenderse o alejarse de los demás en sus relaciones interpersonales.

Aunque algunos sujetos son capaces de complementar una o más de estas necesidades neuróticas, tienen más éxito en unas que en otras. El individuo muy neurótico casi nunca puede integrar ninguna de ellas a su estructura del carácter y en consecuencia se acerca más a una imagen idealizada o irreal.

Más tarde, Horney clasificó estas necesidades en tres tipos de conducta o actitudes que los sujetos pueden adoptar para tratar de satisfacerlas. Estos tres tipos de conducta son: de sumisión, de agresividad y de desprendimiento.

Actitud de sumisión. Si partimos del principio de que el individuo busca no lastimar aquello que ama, el sujeto hace esfuerzos extraordinarios para ganarse el afecto de todos los que lo rodean. Podemos decir que a lo largo de su vida se han presentado las siguientes situaciones: ha tratado de ser superior, y al ver que todos los métodos que utiliza le han producido resultados poco satisfactorios, a la larga acepta su incapacidad para resolver su conflicto y aquellos que haya desarrollado con otros, por lo que utilizará esto como instrumento para ganarse la aprobación de los demás. Una vez que ha aceptado su incapacidad para enfrentarse a las figuras más fuertes que él, esta persona realiza esfuerzos terribles

para sentirse segura uniéndose a la persona o grupo percibida como la más fuerte y esperando ser aceptada. El sentimiento de pertenencia al grupo o el apoyo de éste, la hace sentirse más fuerte y capaz para enfrentarse a la vida. El sujeto hará lo imposible para ganarse los favores de todos y de cualquiera, para que en caso de necesitarlo, el grupo lo ayude, ya que su psique no puede soportar la falta de amor y afecto. Cuando por alguna causa no logra ganar el afecto de quien o quienes le son significativos, puede volverse hipocondriaco o padecer trastornos psicósomáticos. En esta forma intenta ganarse la conmiseración de los demás, ya que nadie es capaz de lastimar al débil o inválido.

Actitud de agresión. El tipo neurótico que la sufre enfatiza sobremanera la utilización de la agresividad en sus relaciones con la gente. El sujeto acepta y da por hecho que vive en un mundo hostil, al cual está determinado a enfrentarse, consciente o inconscientemente, ofreciendo pelea y resistencia ante la agresividad que lo rodea. El sentimiento predominante es el deseo de ser fuerte y derrotar a la oposición. Como todos quieren lograr algo de uno, este tipo de personalidad está en constante defensa contra todo y todos. No todas sus acciones agresivas son abiertas, algunas suelen estar encubiertas por aparente bondad y humanitarismo hacia los demás, pero en el fondo, lo que se busca es el provecho propio. Percibe a los del primer tipo como *pobres sentimentales*.

Actitud de desprendimiento. El desprendimiento o alejamiento en este tipo de individuo, puede ser físico o mental, o ambos. Las personas que presentan estas tendencias no quieren ni pertenecer a, ni pelear con. El deseo primordial es el de mantenerse alejado, y principalmente alejado de otras personas, ya que éstas son las productoras de conflicto. Si puede hacer destacar claramente el hecho de no depender de nadie, y lograr que nadie busque apoyo en él, siente que mantiene los conflictos alejados de sí mismo. Vive por y para sí mismo; además, tiene la sensación de que nadie lo entiende, así pues, ¿por qué preocuparse por/o relacionarse con los demás? Vive en un mundo subjetivo donde sus mejores compañeros son los libros, las fantasías y el arte. Este tipo de personalidad neurótica tiene que ser lo suficientemente fuerte como para soportar las exigencias propias; tiene que ser autosuficiente, ya que no puede acudir a otros en momentos de crisis. Restringe su vida a aquellas cosas que pueden hacerle bien.

Horney dijo que todos nosotros tenemos estos tres métodos para reaccionar frente a los demás; las personas profundamente neuróticas emplean en forma primordial uno de los tres; las normales, emplean todos, dependiendo de las circunstancias.

Desde el punto de vista cronológico, la personalidad atraviesa por estos tres tipos de *técnicas de ajuste*, correspondiendo en forma gruesa a lo siguiente: la actitud de sumisión se adopta durante la infancia; la agresiva durante la adolescencia, y la de desprendimiento durante la adultez.

La mayoría de la gente utiliza las tres técnicas al enfrentarse a las vicisitudes de la vida diaria, y ningún ser humano, desde el punto de vista de Horney, está completamente libre de conducta irregular, ya sea neurótica o en los límites de la neurosis. Aunque usamos los tres métodos para resolver nuestros conflictos, cuando estos salen de lo ordinario, nos inclinamos a utilizar uno más que los otros dos, en situaciones demasiado angustiosas.

El conflicto surge en forma inmediata cuando profundizamos mucho en el uso exclusivo de una de estas técnicas de ajuste. El conflicto dentro del sujeto también puede surgir cuando cada una de las tres técnicas es igualmente fuerte y, en un momento dado, ninguna puede emerger para ayudar a resolver la situación conflictiva.

Horney estableció que el hombre puede emplear un nivel de esfuerzo menor o inferior para integrar a su vida las fuerzas opuestas a que se enfrenta en su trato con las demás personas. Pensó que estas técnicas de ajuste son esfuerzos falsos para reducir el conflicto, pero sin embargo son más corrientes que las tres actitudes neuróticas que acabamos de ver. La mayoría de nosotros hacemos uso de estas técnicas de ajuste auxiliares al tratar de lograr lo que Horney denominó una armonía artificial en la vida. Estas técnicas fueron llamadas por Horney, la *estructura protectora* que la personalidad erige para disminuir los conflictos básicos del hombre en su relación con los demás, y son las siguientes:

- a) *Cinismo*: se refiere a la negación de la realidad moral. El cínico es una persona que se protege de los sentimientos de desilusión adoptando una actitud de no creer en nada y en nadie, y así, en esta forma, el que algo o alguien le falle, no le hace sentirse dolido.
- b) *Decisión arbitraria*: el sujeto que tiende a ajustarse en esta forma, establece de una vez por todas qué es lo que está bien o mal, o decide algo, de manera de no cambiar su determinación. No tolera la timidez. Ya que se ha decidido en alguna forma por algo, no tiene que preocuparse por ese algo puesto que ya se llegó a la decisión, la cual es irrevocable. Dudar sobre algo, reabrir una posibilidad, le produce conflicto, que a su vez lleva a la ansiedad, de la que está tratando de defenderse.
- c) *Elusividad*: esta defensa es exactamente la inversa de la anterior. El sujeto se defiende aquí, no llegando a tomar una decisión; en esta forma no se compromete, por lo cual nunca se podrá decir que está equivocado. Para llegar a una determinación, se tienen que estudiar todas las variables posibles relevantes al problema, y como éstas por lo general no son accesibles al sujeto en su totalidad, éste se abstiene de decidir y por tanto evita, como dijimos, comprometerse y arriesgarse a fallar en forma errónea, lo cual le produciría conflicto y la consecuente ansiedad.

- d) *Autocontrol excesivo*: aunque Horney no desecha lo importante y valioso del control de la voluntad, el hecho de que el sujeto lo ejerza en forma rígida y excesiva sobre sí mismo, situación que surge frente al pánico que siente la personalidad ante la posibilidad de *dejarse ir* aunque sea una sola vez, da como resultado que el individuo que practica este autocontrol rígido, compulsivo, esté realmente asustado si se da, en forma tal, que si no mantiene este autocontrol excesivo puede venir un colapso de la personalidad.
- e) *Racionalización*: este mecanismo consiste en dar *buenas razones*, en lugar de razones *verdaderas*, para explicar una conducta. Horney considera que este mecanismo es una forma de autoengaño, pues el sujeto se basa en razonamientos erróneos. En función de que este mecanismo requiere de un proceso consciente semejante al del razonamiento, constituye un mecanismo muy utilizado por el hombre. Es uno de los métodos primarios por medio de los cuales el sujeto trata de eliminar la discrepancia que existe entre su *self* real y su *self* ideal.
- f) *Dividir en compartimentos*: dividir en casillas diferentes los diversos aspectos de la vida es el resultado de la incapacidad del sujeto para integrar los múltiples roles que deben actuar durante su vida, en forma tal que puede tener dos o más conjuntos de reglas con las que rige su existencia, mismas que pueden ser contradictorias.
- g) *Puntos ciegos*: surgen cuando el sujeto ignora los aspectos erróneos que puede poseer e, ignorándolos, suele creer que no existen. Estos puntos ciegos pueden ser de diversos grados y para diferentes tipos de fenómenos. Al sentir que no existen, no entra en ningún conflicto y se reduce, por tanto, la ansiedad originada por el conocimiento de la posesión de esos aspectos desagradables.

Bibliografía

- BISCHOF, L. F., *Interpreting Personality Theories*, Harper y Row, Nueva York, 1964.
- HALL, C. S. y LINDZEY, *Theories of Personality*, Wiley, Londres, 1965.
- HORNEY, K., *Neurotic Personality of our Times*, Norton, Nueva York, 1937.
- HORNEY, K., *New Ways in Psychoanalysis*, Norton, Nueva York, 1939.
- HORNEY, K., *Our Inner Conflicts*, Norton, Nueva York, 1950.
- HORNEY, K., *Neurosis and Human Growth*, Norton, Nueva York, 1950.
- REIDL, L., *Estudio preliminar a la estandarización de la prueba "Jr. -Sr. High School Personality Questionnaire" del doctor Raymond B. Cattell en un grupo de adolescentes*, Tesis profesional de licenciatura en psicología, UNAM, febrero, 1969.
- SARASON, I. G., *Personality, an Objective Approach*, Wiley, Nueva York, 1966.
- THOMPSON, R., *The Pelican History of Psychology*, Penguin Books, Londres, 1968.
- WHITTAKER, J. O., *Psicología*, Ed. Interamericana, México, 1968.

8

FROMM

Erich Fromm estudió psicología, sociología y psicoanálisis en Europa antes de su llegada a Estados Unidos de Norteamérica, en 1933.

Su obra teórica surgió aproximadamente en el periodo de entreguerras, cuando observó las contradicciones políticas y su hipocresía destructiva. La realidad social, política y económica era un caos y esto en gran parte, influyó en la formación de sus ideas.

Contribuyó a la psiquiatría con sus descripciones de las relaciones esenciales entre las orientaciones de carácter sostenidas en común por los miembros de una sociedad y la sociedad como una organización social. Demostró cómo, en lo social, en lo económico y en lo político, la organización de Alemania antes de la guerra estuvo relacionada con el fortalecimiento de un carácter autoritario; también describió la relación entre el desarrollo del carácter mercadotécnico y la sociedad capitalista contemporánea.

INDIVIDUALIZACIÓN EN EL CONTEXTO SOCIAL

Fromm hace hincapié en la importancia, para el desarrollo de la personalidad, del calor y la motivación en la niñez temprana. Destaca que la estructura del carácter será determinada por la influencia de los padres, de manera que las primeras experiencias del niño, el entrenamiento del baño y la educación según su sexo son determinantes. La atmósfera, la actitud, el medio, la forma de alimentarlo, entrenarlo e inculcarlo en estos asuntos, cuenta más en la niñez para el desarrollo de la personalidad, que el aspecto natural de la rutina acostumbrada. Fromm sostiene que la familia es la agencia psíquica de la sociedad. Mediante su entrenamiento, la familia hace que el niño haga lo que debe hacer. Gracias a ella, la estructura del carácter se forma en todas las

sociedades y culturas. La personalidad del adulto es un complejo entrelazado de características innatas, experimentado tempranamente en la familia, y más tarde experimentado en un grupo social.

Hay un constante interjuego entre la sociedad, la familia y las frases individuales de la estructura del carácter. Mientras que la movilidad de clase, por ejemplo, no cambie la estructura de carácter de los padres, los cambios de actitud serán comunicados a los niños. Fromm hace hincapié en el constante interjuego; ningún factor es considerado por separado: relación padre-hijo, relación niño-niño, interjuego de los niños en edad escolar, así como la autoridad externa-niño, circunstancia, esta última, importante en la condición infantil.

EL CARÁCTER SOCIAL

Es probable que el área en la cual Fromm ejerció mayor influencia en el pensamiento psicoanalítico, sea en su crítica a la relación de nuestra sociedad contemporánea en la formación de la personalidad individual.

Fromm piensa que existe una relación íntima entre la naturaleza de la sociedad y la naturaleza de los tipos de caracteres que predominan en ella. Una sociedad requiere del predominio de seres humanos, cuyas estructuras de carácter correspondan a sus instituciones. Esto es lo que Fromm llama el carácter social, que constituye el núcleo de la estructura del carácter sostenida en común por los miembros de una cultura y que desempeña la función de moldear y canalizar la energía humana, de manera que se facilite el funcionamiento de la sociedad.

Fromm liga la típica personalidad de una cultura, el carácter social con el objeto de las necesidades sociales enfrentadas por la sociedad. Para satisfacer de manera efectiva estas necesidades, una sociedad requiere traducirlas ante las necesidades del carácter del individuo, para que éste desee hacer lo que debe hacer. Esto constituye el carácter social de la sociedad y el progreso de traslación se da durante el entrenamiento de los padres a los niños. Los padres han adquirido su carácter ya sea de sus padres o, de manera directa como respuesta a la necesidad de cambiar las condiciones sociales. Fromm hizo aplicaciones de esta teoría en algunos países como Alemania, Estados Unidos de Norteamérica y México.

Fromm no aprueba del todo las adaptaciones particulares y los caracteres sociales de sociedades en particular. Por el contrario, señala que la formación de cualquier carácter social mata la espontaneidad individual y restringe severamente las oportunidades para la autorrealización. Por lo general, el proceso deviene en patrones sociales defectuosos y en una normalidad patológica.

El carácter social se inculca dentro del carácter de cada individuo durante la niñez y, desde luego, los padres son los principales intermediarios de la sociedad en este campo.

Fromm describe algunos de los efectos de ruptura en el individuo producidos por los grandes cambios que se presentan a lo largo de la evolución de la sociedad capitalista y el desarrollo tecnológico. La ciencia y el avance en el conocimiento de la naturaleza han venido a hacer más abstracto y más distante el estudio de la experiencia del ser humano. El acto y el objeto del acto son ahora aliados, por lo tanto, el acto a menudo tiene su propia vida.

El hombre que al oprimir un botón mata a cien o a mil hombres, no puede reaccionar emocionalmente ante sus actos en un mundo abstracto, por lo tanto, el mismo hombre puede experimentar inconscientemente sentimientos de desequilibrio cuando lastima a una persona indefensa.

El problema más grande del hombre es su respuesta desconocida a la autonomía, a las autoridades invisibles que le rodean, por lo cual es un títere sin conciencia de las cuerdas que determinan cada uno de sus movimientos.

Puesto que la producción en gran escala requiere de una masa de consumo, se enseña al individuo a esperar la satisfacción de sus deseos, y a rechazar los deseos frustrados. La razón ha sido reemplazada por la astucia; la ética por la injusticia; el trabajo se compara con algo fatigoso en vez de placentero.

Fromm considera que mediante el uso de los conocimientos obtenidos en el campo del psicoanálisis, la economía, la sociología, la política y la ética, el hombre puede ser conciente de los efectos dañinos de su sociedad. Éste es uno de los primeros pasos en el camino del mejoramiento social. Como resultado, el hombre puede encontrarse a sí mismo, para poder ocupar de nuevo el lugar central en su propia vida.

Tal cambio debe ocurrir en todas las áreas, no sólo en las áreas política y económica, o en una reencarnación espiritual, o en una alteración de las actitudes sexuales. Las reformas sociales deben llegar a las raíces del problema.

Fromm plantea una alternativa en relación con los efectos disruptivos hacia el individuo y su sociedad que traen consigo el desarrollo capitalista y tecnológico.

En 1941, Fromm realizó una aportación clarificadora respecto de las diferencias entre la personalidad individual y lo que él denominó "carácter social". El carácter social, en su opinión, interioriza las necesidades externas con el fin de canalizar la energía humana para la tarea de un determinado sistema económico y social. Una vez desarrolladas ciertas necesidades en una estructura caracterológica específica, cualquier comportamiento que se atenga a estas necesidades es, a la vez que práctico, desde un punto de vista económico, psicológicamente satisfac-

torio. Mientras una sociedad ofrezca al individuo, de forma simultánea, satisfacciones económicas y psicológicas, es posible mantener una situación en la cual las fuerzas psicológicas complementan la estructura social. Sin embargo, en cuanto surgen modificaciones en las estructuras socioeconómicas, se suscita la necesidad de una reestructuración del carácter social tradicional. Los cambios sociales originados provocan discordias en el carácter social, lo que lleva a situaciones en las que las necesidades psíquicas no son satisfechas, por lo cual se hace necesario encontrar nuevas formas que procuren satisfacción en otro plano.

Fromm destaca el papel de la educación en la formación de los rasgos de la personalidad. Un elemento del proceso educacional es la familia, la cual trasmite e inculca al niño lo que Fromm denomina "la atmósfera psicológica" o "el espíritu de la sociedad", que no es otra cosa que una encarnación del espíritu social. En consecuencia, "la familia puede considerarse el intermediario psicológico de la sociedad", porque "aunque el desarrollo del carácter está formado por las condiciones básicas de la vida, y aunque no hay una naturaleza biológica determinada, la naturaleza humana tiene un dinamismo personal que constituye un factor dinámico en la evolución del proceso social".

Las implicaciones del análisis de Fromm en los estudios caracterológicos radican en el giro que da a las explicaciones clásicas de Freud. Respecto de la naturaleza emocional e irracional de los rasgos orales y anales, Fromm está de acuerdo con Freud en que estas fijaciones pulsionales invaden todas las esferas de la personalidad, la vida sexual, emocional e intelectual y que, por lo tanto, condicionan las actuaciones. Pero Fromm piensa que es un error establecer una relación causal entre zonas erógenas (boca y ano) y rasgos característicos. En lugar de considerar, con Freud, que las fijaciones pulsionales parciales (orales y anales) son la causa de una actitud correspondiente, debido al exagerado placer o a la frustración infantil, Fromm considera que esas fijaciones parciales son el reflejo de una actitud hacia el mundo, expresadas en el lenguaje corporal.

Por otra parte, presume que las ideologías, y la cultura en general, están enraizadas en el carácter social; que el carácter social mismo está formado por ese modo particular de existencia de una determinada sociedad, y que los rasgos caracterológicos dominantes se convierten, a su vez, en fuerzas productivas que moldean el proceso social.

Fromm define el carácter social como el "núcleo de la estructura de carácter compartida por la mayoría de los individuos de la misma cultura, a diferencia del carácter individual, que es diferente en cada uno de los individuos pertenecientes a la misma cultura".

El concepto del carácter social no es, sin embargo, un concepto estadístico, es decir, no se trata de una media de los rasgos de carácter de la mayoría de los individuos incluidos en una sociedad; se comprenderá

mejor si nos remitimos a su función, que “consiste en moldear y canalizar la energía humana dentro de una sociedad determinada a fin de que ésta pueda funcionar”.

Fromm afirma que no se puede entender la génesis del carácter social en referencia a una sola causa aislada, sino en referencia a la interacción de factores sociológicos e ideológicos. En esa interacción adquieren cierto predominio los factores económicos, por cuanto varían más difícilmente y porque es el modo de producción el que determina las relaciones sociales existentes en una sociedad, así como el sistema y las prácticas de vida. No obstante, las ideas religiosas, políticas y filosóficas no son meramente proyecciones secundarias, enraizadas como están en el carácter social y contribuyen, a su manera, a determinarlo, sistematizarlo y estabilizarlo.

9

HARTMANN

El término *yo*, se usa con frecuencia en un sentido muy ambiguo, incluso entre los psicoanalistas. Para definirlo negativamente en tres aspectos, como opuestos a otros conceptos del mismo, diremos que el yo no es en la teoría psicoanalítica un sinónimo de *personalidad* ni de *individuo*, y que tampoco coincide con el *sujeto* en oposición al *objeto* de la experiencia; tampoco es en modo alguno el *saber* o el *sentimiento* de nuestro propio ser. En último análisis, el yo es un concepto de un orden enteramente diferente; constituye una subestructura de la personalidad y se define por sus funciones.

¿Qué funciones debemos atribuir al yo? Una enumeración de estas sería bastante larga, y más extensa que la lista de las funciones tanto del *ello* como del *superyo*. Ningún científico ha intentado una lista completa de las funciones del yo y tampoco está en los propósitos de esta presentación el hacerlo. Aquí se mencionarán sólo algunas de las actividades más importantes. Como sabrá el lector, Freud (1932) había destacado entre ellas siempre las que se centran en torno a la relación con la realidad: "Esta relación con el mundo exterior, declaró, es decisiva para el yo." El yo organiza y controla la movilidad y la percepción, la percepción del mundo exterior; pero probablemente también del sí mismo (aun cuando creemos que es autocrítica), aunque basada en la autopercepción, constituye una función separada que nosotros atribuimos al *superyo*; también sirve como una barrera protectora contra los estímulos externos excesivos y, en un sentido un tanto diferente, contra los internos. El yo comprueba la realidad. Y también son funciones de la misma entidad la acción, a diferencia de la simple descarga motora, y el pensamiento que, de acuerdo con Freud (1911), representa un tanteo con pequeñas cantidades de energía psíquica. En ambas va implícito un elemento de inhibición, de demora de la descarga. En este sentido muchos aspectos del yo pueden ser descritos como actividades de rodeo; fomentan una forma más específica y segura de ajuste, al introducir un

factor de independencia paulatina gracias a la influencia inmediata del estímulo presente. En esta tendencia hacia lo que podemos denominar interiorización, se incluye también la señal de peligro, además de otras funciones que pueden describirse como pertenecientes a la naturaleza de la anticipación. También se requiere recordar aquí al lector lo que Freud pensaba acerca de las relaciones del yo con la percepción del tiempo. De lo ya asentado, se desprende que un amplio sector de las funciones del yo pueden ser descritas también desde el ángulo de su naturaleza inhibitoria. Se sabe que Anna Freud (1936) hablaba de una enemistad primaria del yo *vis-a-vis* de las pulsiones instintivas, y la función del yo, estudiada más extensa e intensamente en el análisis, a saber: la defensa, es una expresión específica de su naturaleza inhibitoria. Otra serie de funciones que atribuimos al yo, es lo que denominamos el carácter de una persona. Y todavía otra, que podemos distinguir conceptualmente de las mencionadas hasta ahora, son las tendencias coordinadoras o integradoras, conocidas como función sintética. Juntamente con los factores diferenciadores, podemos incluir estas tendencias en el concepto de una función organizadora; ellas representan un nivel (no el único ni el primero) de la autorregulación mental en el hombre. Mientras hablamos de los aspectos de la realidad del yo, o de su naturaleza inhibitoria, o de su condición organizadora, etc., nos percatamos del hecho de que sus actividades específicas pueden expresar, y en realidad lo hacen, muchas de esas características en forma simultánea.

En nuestro pensamiento clínico, así como en el teórico, estamos en constante contacto con todas estas funciones del yo. Como Freud (1932) escribe: "El psicoanálisis no puede estudiar todas las partes del campo al mismo tiempo". Así, el esquema freudiano del yo, es más rico en motivos y en psicoanalítica. Por supuesto, existe la razón evidente de que ciertos aspectos de éste son más accesibles específicamente al método psicoanalítico que a otros. Sólo basta pensar en la psicología del conflicto en la psicología de la defensa. Por otra parte, hay campos de las funciones del yo a los que estamos acostumbrados a considerar como del dominio exclusivo de la observación directa o del método experimental, aun cuando debemos darnos cuenta de que esos campos también han de ser considerados de nuevo desde el ángulo de la psicología psicoanalítica. También es verdad que ciertos aspectos de la psicología del yo parecen ser de mayor o menor importancia, según el contexto en que los miramos, sea desde el punto de vista clínico o técnico, sea desde el propio de la teoría psicológica general, ángulo que se ha elegido ahora para hacerlo. Históricamente el estudio del yo ha tenido diferentes significados en tiempos diferentes, de acuerdo, por ejemplo, con la preponderancia de ciertas cuestiones técnicas sobre otras teóricas o viceversa. Por otra parte, aunque se desprende de sus escritos que era bastante opuesto a considerar el psicoanálisis como un *sistema* psicológico, al menos en su

estado actual, Freud tenía presentes indudablemente todos estos aspectos y, una de sus finalidades, en particular en el trabajo de la psicología del yo, fue constituir el análisis con base en una psicología general.

También la tendencia hacia el desarrollo de la psicología psicoanalítica más allá de su origen médico, incluyendo en su campo un número de aspectos crecientes de la conducta normal, así como de la patológica, queda claramente inherente en la psicología del yo actual. Las técnicas de ajuste a la realidad y del logro, emergen de un modo más explícito (Anna Freud, 1936; French, 1936, 1937; Hartmann, 1939a; Hendrick, 1943, y otros) y pueden corregirse algunos errores de perspectiva, que están destinados a producirse, al verlos sólo desde el ángulo patológico. Este amplio acceso está también indicado, y ciertamente resulta esencial, siempre que utilicemos proposiciones en el llamado psicoanálisis aplicado, como en el vasto campo de encuentro entre el análisis y las ciencias sociales. Pero aun en el campo de la psicopatología propiamente dicha, en sus aspectos clínicos y técnicos, se ha aprovechado ya mucho esa tendencia del trabajo de Freud y de otros de sus continuadores que aspiran a una concepción más comprensiva del análisis como una psicología general. Aun cuando sabemos lo mucho que tal ciencia debe a la patología especialmente y a la patología de la neurosis, aquí, mediante una especie de rodeo, ocurre lo contrario.

En lo que sigue, no aspiramos a una presentación sistemática de la psicología del yo. Seleccionaremos para tratarlos sólo unos cuantos aspectos, con lo que se persigue obtener un mejor ajuste mutuo de algunas hipótesis pertenecientes al campo, lo que a veces implica su elaboración o modificación, y también su sincronización de acuerdo con un nivel de formación de teoría.

Comencemos con los problemas del desarrollo del yo. Parte de nuestras hipótesis en esta materia se apoyan en sólidos fundamentos formados por hallazgos múltiples y verificables de datos clínicos psicoanalíticos. No obstante, por desgracia esto no es verdad para las etapas primeras, para la fase indiferenciada, y tampoco lo es para aquellos desarrollos un tanto más tardíos que se producen al final de la etapa no verbal. Las hipótesis sobre estas etapas primitivas pueden ser comprobadas en cuanto a su concordancia o discrepancia con los conceptos básicos de la teoría psicoanalítica.

Dejando a un lado por el momento las cuestiones de metodología, podemos decir que hoy día poseemos un considerable caudal de información digno de crédito y más o menos sistemático, obtenido de muchas fuentes, acerca de cuestiones tales como: de qué modo se moldea el yo bajo la influencia de la realidad, por una parte, y de las pulsiones instintivas por la otra; cómo es que aprende a defenderse en ambas direcciones, y cómo su desarrollo está interrelacionado con aquel de las relaciones de objeto. También intentamos explicar, por lo menos, el desarrollo del

yo, como un sistema definido en términos de conceptos metapsicológicos y, de un modo más particular, queremos señalar el papel que creemos desempeña el establecimiento del proceso secundario. En él afirmamos que el yo se extiende desde los rastros preconcientes de la memoria. Glover (1935) ha tratado de salvar el abismo existente entre los sistemas de huellas nemónicas y el yo como unidad estructural, por lo cual ha expuesto una hipótesis según la cual en la formación nuclear del yo se produce una síntesis de dichos elementos psíquicos como si estuvieran asociados con los componentes de la pulsión. Posteriormente nos ocuparemos de otro posible origen del núcleo del yo.

La mayor parte de los intentos de explicar el origen de la relación del niño de pocos años con la realidad, confían firmemente en la pulsión de autoconservación. Preferiríamos una formulación que no hablara de la autoconservación como resultado de un grupo independiente de pulsiones, sino que acentuara los papeles que las tendencias libidinales y agresivas desempeñan aquí, en adición a los mecanismos psicológicos y, sobre todo, el papel del yo y de esas etapas autónomas preparatorias del mismo que trataremos en seguida. Todos estamos de acuerdo en que, durante su evolución hacia la realidad, el niño tiene que aprender a aplazar la satisfacción; el reconocimiento por parte del pequeño de objetos permanentes e independientes en el mundo exterior ya presupone un cierto grado de esta capacidad. Mas para la aceptación de la realidad son también esenciales las posibilidades de placer, ofrecidas por el desarrollo de las funciones del yo, tanto como el amor y otras recompensas por el lado de los objetos y, en etapas posteriores, las gratificaciones debidas a la renuncia de las satisfacciones instintivas (Freud, 1937-1939).

Hay un enfoque del desarrollo del yo que ha sido un tanto descuidado en la teoría psicoanalítica, aun cuando puede ofrecer promesas para una integración más consistente de los hallazgos analíticos y de las hipótesis con los datos de la observación directa. Algunos aspectos del desarrollo temprano del yo aparecen a una luz diferente si nos familiarizamos con la idea de que el yo puede ser algo más —y muy posiblemente lo es— que un subproducto de desarrollo de la influencia de la realidad sobre las pulsiones instintivas; de que el yo tiene un origen en parte independiente, además de esas influencias formativas que, por supuesto, ningún analista querría subestimar, y de las cuales podemos hablar como de un factor autónomo en el desarrollo del yo (Hartmann, 1939a) del mismo modo como vemos en las pulsiones instintivas, agentes autónomos del desarrollo. Por supuesto, esto no quiere decir que el yo, como un sistema psíquico definido, sea innato, sino más bien acentúa el punto de que el desarrollo de este sistema se rastrea no sólo hasta el enfrentamiento con la realidad y de las pulsiones instintivas, sino igualmente hasta el grupo de factores que no pueden ser identificados con ninguno de aquellos. Esta afirmación implica también que no todos los facto-

res del desarrollo mental existentes al nacer, pueden considerarse como parte del ello, el cual dicho sea de paso, se halla contenido en lo que ya ha dicho Hartmann en otro lugar, al presentar el concepto de una fase indiferenciada. Lo que durante mucho tiempo se ha opuesto a la aceptación de esta postura, en la historia de la teoría psicoanalítica, ha sido sobre todo el hecho de estar tan habituados a pensar en términos de “el ello es más antiguo que el yo”. Esta última hipótesis también tiene un aspecto que se refiere a la filogénesis. No obstante, a Hartmann le gustaría insinuar que intenta formularla de nuevo con respecto de esta implicación. Diríamos más bien que el yo y el ello se han desarrollado, como productos de diferenciación, fuera del modelo del instinto animal. Partiendo de aquí, por medio de la diferenciación, no sólo se ha desarrollado el *órgano* especial de adaptación del hombre, el yo, sino también el ello; y el enajenamiento con la realidad, tan característico del ello humano, es un resultado de esta diferenciación, pero de ningún modo una continuación directa de lo que sabemos acerca de los instintos de los animales inferiores. Por lo que toca al *aspecto ontogenético*, de más importancia para los problemas que tratamos aquí, no hay duda alguna, aun cuando no ha sido generalmente comprendido, que Freud llegó a desarrollar su teoría en una dirección que modificaba su posición previa, al menos en un ángulo esencial. Citaremos en cuanto a esto un párrafo de su *Análisis terminable e interminable* (1937a), que puede ser el más sagaz de sus últimos escritos: “No hay ninguna razón para discutir la existencia e importancia de las variaciones congénitas primarias en el yo... Cuando hablamos de *herencia arcaica*, pensamos generalmente sólo en el ello y al parecer damos por supuesto que no existe yo alguno al comienzo de la vida individual. Pero no debemos pasar por alto el hecho de que el ello y el yo son originalmente uno, y no se implica una sobrevaloración mística de la herencia si admitimos que, aun antes de la existencia del yo, estaban ya determinadas sus líneas de desarrollo subsecuentes, sus tendencias y reacciones.”

Llegamos a ver el desarrollo del yo como una resultante de tres grupos de factores: *a*) las características hereditarias del yo (y sus interacciones; *b*) las influencias de las pulsiones instintivas, y *c*) las influencias de la realidad exterior. Con respecto al desarrollo y al crecimiento de las características autónomas del yo, podemos dar por supuesto que se produjeron como resultado de la experiencia (aprendizaje) pero en parte también por la maduración, en conjunción al supuesto más familiar en el análisis de que los procesos de maduración intervienen en el desarrollo de las pulsiones sexuales (por ejemplo, en la secuencia de las organizaciones libidinales), y de un modo un tanto diferente, también en el desarrollo de la agresión (Hartmann, Kris y Loewenstein, 1949). Tener en mente el papel de la maduración en el desarrollo del yo, puede ayudarnos a evitar una trampa en la reconstrucción de la vida psíquica de la

primera infancia, a saber, la de interpretar los procesos mentales primeros en términos de mecanismos conocidos por etapas de culminación muy posteriores.

El problema de la maduración tiene un aspecto psicológico. Al hablar de éste, podemos referirnos al crecimiento de lo que suponemos que son las bases fisiológicas de esas funciones que, vistas desde el ángulo de la psicología, llamamos el yo; o podemos referirnos al crecimiento de determinado aparato que, tarde o temprano, viene a ser utilizado específicamente por el yo (ejemplo, el aparato motor usado en la acción). No obstante, el papel de estos aparatos para el yo, no se limita a la función de instrumentos que éste, en un momento dado, tiene a su disposición. Debemos suponer que las diferencias en cuanto al tiempo o la intensidad de su crecimiento intervienen en el cuadro del desarrollo del yo como una variante parcialmente independiente; por ejemplo, el tiempo que tarda en aparecer la aprehensión, la locomoción, el aspecto motor del habla (veáse también Hendrick, 1943). Tampoco parece improbable que el equipo motor congénito esté entre los factores que desde el mismo nacimiento tienden a modificar ciertas actitudes en el desarrollo del yo (Fries y Lewi, 1938). La presencia de tales factores en todos los aspectos de la conducta del niño los convierte también en un elemento esencial en el desarrollo de su autoexperiencia. Podemos admitir que desde las etapas más tempranas en adelante las experiencias correspondientes quedan conservadas en su sistema de rastros nemónicos. Asimismo, tenemos razones para pensar que la reproducción de los datos ambientales se funde generalmente con elementos de este género y se forma por ellos, por ejemplo, la reproducción de las experiencias motoras.

Freud ha subrayado con insistencia la importancia del yo corporal, en el desarrollo del yo. Esto indica, por una parte, la influencia de la imagen física, particularmente en la diferenciación entre el yo y el mundo de objetos; pero también apunta al hecho de que las funciones de esos órganos, que establecen el contacto con el mundo externo, vienen gradualmente a quedar bajo el control del yo. La manera en que el niño pequeño conoce su propio cuerpo y sus funciones, ha sido descrita como un desarrollo similar al de la identificación (Müller-Braunschweig, 1925). No obstante, es dudoso que este proceso, aunque lleve a una integración del yo, sea realmente el mismo del que hablamos cuando, en el análisis, nos referimos a la identificación como un mecanismo específico.

Los factores autónomos del desarrollo del yo, tal como se han presentado anteriormente, pueden o no permanecer en el curso del desarrollo, en la esfera libre de conflictos del yo. Por lo que se refiere a su relación con las pulsiones —que no coinciden necesariamente con su relación con el conflicto— sabemos por la experiencia clínica que pueden quedar bajo la influencia de las pulsiones en un segundo lugar, como es el caso de la sexualización o agresivización. Para dar sólo un ejemplo: en el

análisis, observamos cómo la función de la percepción, que tiene ciertamente un aspecto autónomo, puede ser influida —y frecuentemente obstaculizada— convirtiéndose en la expresión de esfuerzos oral-libidinales y oral-agresivos. Pero en el contexto de la psicología del desarrollo, esta relación con las pulsiones tiene una importancia más universal. En las etapas más remotas del desarrollo, la dependencia, permítasenos decirlo una vez más, de la percepción de las *situaciones de necesidad* —y de las pulsiones que éstas representan— es enteramente obvia. Por lo que resulta claro que en tales etapas la percepción debe ser bastante general, descrita no sólo en sus aspectos autónomos, sino también respecto de los modos en que es utilizada por las tendencias sexuales y agresivas. No obstante, el yo en realidad evoluciona gradualmente y con precisión, liberándose de la intrusión de tales tendencias instintivas. Así, lo que nosotros denominamos posteriormente sexualización (o agresivización) puede también considerarse un problema de regresión. Este agregado se hacía necesario con el fin de dejar enteramente en claro que los núcleos autónomos, mientras son rastreables hasta un origen independiente, actúan constante y recíprocamente con las vicisitudes de las pulsiones.

Los factores autónomos pueden también resultar implicados en la defensa del yo contra las tendencias instintivas, contra la realidad y contra el superyó. Hasta ahora hemos tratado, en psicoanálisis principalmente, con la intervención del conflicto en su desarrollo. Pero es de considerable interés no sólo para la psicología del desarrollo, sino igualmente para los problemas clínicos, estudiar también la influencia inversa; es decir, el papel decisivo que la inteligencia de determinado niño, su equipo motor y perceptivo, sus dotes especiales y el desarrollo de todos estos factores tienen en el tiempo, en la intensidad y en el modo de expresión de esos conflictos. Sabemos infinitamente más, de un modo sistemático, sobre el otro aspecto del desarrollo del yo como consecuencia de sus conflictos con las pulsiones instintivas y con la realidad. Tenemos sólo que recordar al lector la clásica contribución de Anna Freud (1936) en este campo. Aquí deseamos únicamente tocar un aspecto de este complejo problema. Por medio de lo que se puede denominar un “cambio de función”, lo que empezó en una situación de conflicto, puede secundariamente convertirse en parte de la esfera no conflictiva (Hartmann, 1939a). Muchos propósitos, actividades, intereses y estructuras del yo, se han originado de esta manera (véase asimismo, G. Allport, 1937). Lo que se desarrolló como resultado de la defensa contra una pulsión instintiva, puede acabar en una función más o menos independiente y más o menos estructurada; puede llegar a encargarse de diferentes funciones, como el ajuste, la organización, etc. Un ejemplo: toda formación caracterial reactiva, originada en la defensa contra las pulsiones, gradualmente se hará cargo de una gran cantidad de otras

funciones en la estructura del yo. Debido a que conocemos que el resultado de este desarrollo puede ser bastante estable y, hasta irreversible en muchas situaciones normales, podemos denominar autónomas a tales funciones, si bien de un modo secundario (en contraste con la autonomía primaria del yo que examinamos anteriormente).

Apenas es necesario decir que hacer hincapié aquí y en los párrafos siguientes acerca de los aspectos independientes de las funciones del yo, no implica ninguna devaluación de otros aspectos, conocidos primero y estudiados más sistemáticamente en el psicoanálisis. No cabe duda que si esta exposición tuviera el propósito de ofrecer un cuadro total del yo, en el cual el espacio asignado a cada capítulo podría esperarse que fuera proporcional a su importancia, la estructura de este trabajo habría sido, en verdad, muy distinta. No obstante, como dijimos al principio, deseamos enfocar sólo ciertos aspectos de la teoría del yo, más bien que su sistema.

Hay varios puntos relacionados con el origen de los mecanismos de defensa que aún no hemos llegado a comprender. Algunos elementos, de acuerdo con Freud, pueden ser heredados; pero, por supuesto, él no ve en la herencia el único factor destacado para su elección o para su desarrollo. Parece razonable suponer que estos mecanismos no se originan como defensas en el sentido en que se utiliza este término una vez que el yo se ha desarrollado como un sistema definible (Hartmann, 1939a, Helene Deutsch, 1944). Tales mecanismos pueden originarse en otras zonas, y en algunos casos estos procesos primitivos pueden haber desempeñado funciones diversas, antes de que sean utilizados secundariamente para lo que en el análisis llamamos específicamente defensas. El problema estriba en seguir las conexiones genéticas entre esas funciones primordiales y los mecanismos de defensa del yo. Algunos de éstos pueden ser modelados siguiendo alguna forma de conducta instintiva; la introyección, por no dar más que un ejemplo, existió probablemente como una forma de satisfacción del instinto, antes de ser utilizada al servicio de la defensa. También pensamos en cómo el yo puede usar en la defensa características de los procesos primarios, como en el desplazamiento (Anna Freud, 1936). Pero ni el primero ni el segundo caso abarcan todos los mecanismos de defensa. Otros pueden tomar como modelo algunas etapas autónomas preliminares de las funciones del yo y ciertos procesos característicos del aparato del mismo. Pensemos, pongamos por caso, en el hecho de que tales aparatos del yo, que a la larga garantizan al niño formas de satisfacción más altamente diferenciadas y más seguras, tienen muchas veces también un aspecto definitivamente inhibitorio por lo que a la descarga de la energía instintiva se refiere. Esto podemos relacionarlo con lo que Anna Freud ha denominado la enemistad primaria del yo contra las pulsiones y puede ser una base genética de acciones defensivas posteriores contra ellas. Permítasenos

sugerir otro ejemplo. Freud (1926a) trazó un paralelo entre el mecanismo de aislamiento y el proceso normal de la atención; desde el punto de vista con el cual lo analizamos aquí, nos interesa la cuestión de si existe una conexión genética —no necesariamente directa o simple— entre el desarrollo muchas veces precoz de ciertas funciones del yo en la neurosis obsesiva y la elección de este mecanismo de defensa característico de tal afección. Por otra parte, Freud ha señalado a menudo la analogía entre las acciones de defensa frente a las pulsiones y los medios por los cuales el yo evita los peligros desde fuera, esto es, la fuga y el combate, acerca de lo cual añadiremos algo posteriormente. Aquí lo que deseamos poner de relieve es que resulta ciertamente tentador considerar los procesos muy tempranos en la región autónoma como etapas precursoras de las defensas posteriores contra los peligros tanto del interior como del exterior. Algunos aspectos de lo que podían ser pasos de transición resultan bien conocidos de la psicología del niño; por ejemplo, el cerrar de los párpados del recién nacido cuando se le expone a la luz; las reacciones de huida definidas que no son ya un carácter meramente difuso a la edad de unos cuatro meses y otros fenómenos posteriores y más específicos de igual género. Estas reacciones nos impresionan como modelos posteriores de defensa. También relacionadas con esto, queremos señalar las afirmaciones freudianas concernientes a lo que él llama la barrera protectora contra los estímulos, en su posible relación con el posterior desarrollo del yo. Glover (1947) tiene razón al afirmar que, hablando estrictamente, no podemos reducir el concepto de mecanismos a elementos más simples. Sin embargo, continúa: “Debemos postular ciertas tendencias innatas, transmitidas a través del ello, que llevan al desarrollo de mecanismos.” También en cuanto a esto, estamos de acuerdo a esto, asienta, Hartmann, puesto que se halla implícito en lo que se ha dicho antes. Pero nos gustaría llamar la atención, continúa nuestro autor, no sólo hacia esas “tendencias innatas transmitidas a través del ello”, sino también hacia la importancia, al menos igual, de otras tendencias que no se originan allí, sino en los periodos autónomos preliminares a la formación del yo. Bien puede ser que los medios con los cuales las criaturas tratan los estímulos —y también aquellas funciones de demora o aplazamiento de la descarga antes mencionada— sean posteriormente utilizados por el yo de un modo activo. Cabe aclarar que nosotros consideramos este uso activo, para sus propios propósitos, de formas primordiales de reacción, una característica bastante general del yo desarrollado. Proponemos esta hipótesis de una correlación genética entre las diferencias individuales en los factores primarios de este género y los mecanismos de defensa posteriores (aparte de las correlaciones que creemos que existen de los mecanismos de defensa con otros factores del desarrollo, con la naturaleza de las pulsiones implicadas, con las situaciones de peligro, etc.) como una llamada de atención a aquellos análisis

tas que tienen oportunidades para dirigir estudios longitudinales sobre el desarrollo en niños. Creemos que esta hipótesis demostrará ser accesible a la verificación o la refutación directas.

Si volvemos ahora nuestro análisis a las cuestiones de la catexia del yo, nos enfrentamos con el problema, de múltiples facetas y aun intrigantes, del narcisismo. Muchos analistas no encuentran fácil del todo definir el lugar que el concepto del narcisismo ocupa en la teoría analítica actual.

Hablamos de un tipo de personalidad narcisista, de la elección de objeto narcisista, de una actitud narcisista hacia la realidad, tanto del narcisismo como un problema topográfico, etc. Los temas de topografía y catexia son fundamentales en la teoría analítica. En su estudio *Introducción al narcisismo* (1914a), al referirse a la relación del narcisismo con el autoerotismo, Freud dice que, mientras que el autoerotismo es primordial, el yo tiene que desarrollarse, no existe desde el principio, y por tanto algo ha de añadirse al autoerotismo —alguna nueva operación mental— para que el narcisismo pueda llegar a existir. Unos pocos años después (1916-1917), afirma que “el narcisismo es la condición originaria universal, por la cual se desarrolla posteriormente el amor por el objeto”, aunque incluso entonces, “el volumen más grande de libido puede, sin embargo, permanecer dentro del yo”. En la época en que Freud escribió la obra mencionada, apenas se habían hecho visibles los escuetos perfiles de la psicología estructural. En la década siguiente, durante la cual se establecieron los principios de la psicología del yo, hallamos una variedad de formulaciones imposibles de citar detalladamente en su totalidad. En algunas se hace todavía referencia al yo como el depósito original de la libido, pero en *El yo y el ello* (1923a) Freud pone por completo en claro que no era al yo, sino al ello, al que se refería cuando hablaba de este “depósito original”; y a la libido, añadida al yo por identificación, la denominó *narcisismo secundario*. Esta equivalencia del narcisismo y las catexias libidinales del yo fue y aún es utilizada ampliamente en la literatura psicoanalítica, pero en algunos pasajes Freud también se refiere a esto como una catexia de nuestra propia persona, del cuerpo o del sí-mismo. En psicoanálisis no siempre se ha hecho una clara distinción entre los términos yo, sí mismo y personalidad. Pero es esencial diferenciar dichos conceptos si tratamos de mirar de modo consecuente los problemas implicados a la luz de la psicología estructural de Freud. Mas en realidad, al usar el término narcisismo, dos diferentes series de opuestos parecen a menudo estar fundidas en uno. Una se refiere al sí-mismo (a nuestra propia persona) en contraste con el objeto; la segunda, al yo (como sistema psíquico), contraponiéndolo a otras subestructuras de la personalidad. No obstante, lo opuesto a la catexia de objeto no es la catexia del yo, sino aquella de la propia persona, es decir, la del sí-mismo; al hablar de la catexia del sí-mismo no

damos a entender si está situada en el ello, el yo o el superyó. Esta formulación toma en cuenta que en realidad encontramos "narcisismo" en los tres sistemas psíquicos; pero en todos estos casos hay oposición a la catexia del objeto (y reciprocidad con ella). Por eso debe ponerse en claro si definimos el narcisismo como la catexia libidinal, no del yo sino del sí-mismo (puede ser también útil aplicar el término representación del sí-mismo como opuesto a la representación de objeto). Muchas veces al hablar de la libido del yo, lo que queremos decir no es que esa forma de energía catectice al yo, sino que catectiza a nuestra propia persona más bien que a una representación de objeto. También en muchos casos donde estamos acostumbrados a decir "la libido se ha retirado al yo" o "la catexia de objeto ha sido reemplazada por la catexia del yo", lo que deberíamos expresar en realidad es que "se retiró al sí-mismo, en el primer caso, y "por el amor de sí-mismo" o "por una forma neutralizada de catexia de sí-mismo" en el segundo. Si queremos señalar el importante papel teórico y práctico de la catexia del sí-mismo, localizada en el sistema del yo, preferiríamos no hablar simplemente de *narcisismo*, sino de catexia del yo narcisista.

Estas diferencias son evidentemente importantes para la comprensión de muchos aspectos de la psicología estructural y su consideración puede ayudar a esclarecer cuestiones acerca de las catexias y su topografía. ¿Es el regreso de la libido desde los objetos al sistema del yo, la fuente de los delirios de grandeza? ¿O no será más bien la vuelta sobre el sí-mismo, un proceso del cual constituye sólo un aspecto la acumulación de libido en el yo (regresado)? Aquí no podemos discutir esta cuestión ni ninguna otra de sus múltiples implicaciones. En lo que sigue mencionaremos solamente con brevedad un aspecto más del retiro de la libido de los objetos, a saber, la cualidad energética de la libido que se implica.

En el curso de este desarrollo de la teoría analítica, que condujo a Freud por una parte a formular de nuevo sus ideas acerca de las relaciones entre la angustia y la libido y, por la otra, a constituir al yo como un sistema por derecho propio, llegó también a formular la tesis de que el yo trabaja con libido desexualizada. Se ha sugerido (véase, por ejemplo, Menninger, 1938, o Hartmann, Kris y Lowenstein, 1949) que es razonable y fecundo ampliar esta hipótesis para incluir, además de la energía desexualizada, también la energía desagresivizada, en el aspecto energético de las funciones del yo. Tanto la energía agresiva como la sexual, pueden ser neutralizadas y en ambos casos este proceso tiene lugar por mediación del yo (y posiblemente ya durante sus etapas previas autónomas). Suponemos que estas energías neutralizadas están más próximas unas a otras que las estrictamente instintivas de las dos pulsiones. No obstante, pueden retener algunas de las propiedades de las últimas. Tanto las consideraciones teóricas como las clínicas hablan en favor de dar por supuesto que hay gradaciones en la neutralización de

tales energías; es decir, no todas ellas son neutras en el mismo grado. Debemos distinguirlas de acuerdo con su mayor o menor proximidad a la energía pulsional, lo que significa de acuerdo con que retengan o no aún, y en qué amplitud, características de sexualidad (libidino-objetal o narcisista) o de agresión (dirigida al objeto o al sí-mismo). Freud piensa en la posibilidad de que, en el proceso de sublimación, la libido de objeto se transforme primero en libido narcisista, a fin de ser entonces dirigida hacia nuevas finalidades. Un aspecto de esta hipótesis es que la sublimación se produce por la mediación del yo recién mencionado.

Ser capaz de neutralizar cantidades considerables de energía instintiva puede muy bien indicar la fuerza del yo. También se debe mencionar, al menos, el hecho clínicamente bien establecido de que la capacidad del yo para la neutralización depende en parte del grado en que una catexia más instintiva sea investida en el sí-mismo. El grado de neutralización es otro punto que hemos de tomar en consideración —además de los mencionados anteriormente— si vamos a describir de un modo adecuado la transición del estado “narcisista” del yo, a su funcionamiento posterior sintónico con la realidad. Además la proximidad relativa de las energías del yo respecto a las pulsiones puede también convertirse en un factor decisivo en patología. Tomaremos un ejemplo más del campo del narcisismo: es de importancia primordial para nuestra comprensión de las diversas formas de “la retirada de la libido de la realidad”, en términos de sus efectos sobre las funciones del yo, ver claramente si la parte de las catexias del sí-mismo resultantes localizadas en el yo está todavía próxima a la sexualidad o ha sufrido un proceso cabal de neutralización. Un acrecentamiento de las catexias neutralizadas del yo, no es probable que origine fenómenos patológicos; pero si se encuentran estancadas con energía instintiva insuficientemente neutralizada puede tener este efecto (en determinadas circunstancias). A este respecto, la capacidad del yo para la neutralización se torna importante y, en el caso del desarrollo patológico, lo es el grado en que esta capacidad haya sido interferida como consecuencia de la agresión del yo. Lo que acabamos de decir acerca del peso de la neutralización sobre el resultado de la retirada de la libido puede afirmarse también en relación con las catexias no libidinales, sino agresivas, que han regresado desde los objetos al sí-mismo y, en parte, al yo. En el caso de que la agresión retroceda, nosotros tendremos siempre que considerar, por supuesto, del mismo modo la proclividad del superyó para emplear ciertas gradaciones de energía agresiva. Estos ejemplos del papel de la neutralización en el funcionamiento del yo, han sido elegidos al azar entre muchos. De otro de ellos nos ocuparemos con mayor detalle después.

Al margen de que su aspecto energético sea detectable total o parcialmente hasta las pulsiones instintivas, suponemos que, una vez que el yo se ha formado, dispone de energía psíquica independiente, lo que

equivale en verdad a reafirmar en otros términos el carácter del yo como sistema psíquico separado. Esto no significa que en cualquier momento dado los procesos de transformación de la energía instintiva en energía neutralizada lleguen a su fin; se trata de un proceso continuo. La energía del yo es aprovechable para la gran variedad de las funciones del yo enumeradas antes. Añadamos acerca de esto, que muchas de las tendencias del yo, que expresan estas funciones, están dirigidas al objeto, es decir, no son narcisistas en el sentido de que tengan al sí-mismo como su objeto, ni de que todas ellas trabajen sólo con las gradaciones diferentes de la catexia del sí-mismo.

Al hablar de los varios matices de la desexualización o la desagresivización, debe reflexionarse en dos aspectos diferentes. Uno puede referirse a los diferentes modos o condiciones de la energía, y este ángulo energético de la neutralización puede coincidir en parte con el reemplazamiento del proceso primario por el secundario, cosa que permite cualquier número de estados transicionales. Estamos habituados a considerar el proceso secundario como una característica específica del yo; pero esto no excluye ni el uso, por parte del yo, del proceso primario, ni la existencia, en el mismo yo, de diferencias en el grado en que las energías están ligadas. El segundo ángulo desde el cual hemos de considerar esos matices de neutralización es el grado en que otras ciertas características de las pulsiones (por ejemplo, su dirección, sus finalidades) resultan todavía demostrables (la neutralización con respecto a las finalidades).

Acudamos otra vez, ahora desde el punto de vista de las catexias, a la psicología de la defensa, y tomemos como punto de partida una grosera esquematización de un caso típico: la catexia preconsciente se retira y el yo se defiende a sí mismo mediante la anticatexia, contra la reaparición de la tendencia instintiva. De acuerdo con una hipótesis de Freud (1951*b*), la energía que se utiliza en la formación de la contracatexia es la misma —o puede ser— que la retirada de las pulsiones. Nunberg (1932) cita este proceso como un ejemplo particularmente apropiado de la naturaleza económica de la organización psíquica. En la literatura psicoanalítica, la catexia, se dice, está compuesta generalmente de libido desexualizada. No obstante, la mayor parte de estas formulaciones pertenecen a un periodo de la formación de la teoría psicoanalítica en que la agresión no había sido aún reconocida como una pulsión primaria e independiente. Hoy en día debemos suponer que la contracatexia puede componerse asimismo de energía agresiva neutralizada. Según la hipótesis de Freud, éste resultaría el caso dondquiera que la pulsión rechazada fuese una pulsión agresiva, pues otra parte de la agresión rechazada halla su expresión en sentimientos de culpabilidad (Freud, 1930). Pero la hipótesis freudiana que sostiene que la energía de la contracatexia es retirada de las pulsiones, no quiere decir necesariamente que se cumpla

en general: “es muy posible que sea así”, es cuanto Freud menciona al respecto.

Otras consideraciones sugieren la posibilidad de que el papel de la energía agresiva, más o menos neutralizada, en la contracatexia puede ser de una naturaleza más general y de mayor importancia. Nuevamente recordamos que Freud hizo hincapié en la analogía entre la defensa contra las pulsiones instintivas y aquellas surgidas contra el peligro exterior. Los dos procesos incluidos en el ejemplo esquemático la de defensa que acabamos de esbozar constituyen un paralelo, en verdad, muy impresionante; la huida y la lucha puede decirse que son sus características principales correspondiendo el retiro de la catexia a la huida y la contracatexia a la lucha. Esto lleva a la cuestión que queremos sugerir aquí: la contracatexia usa ampliamente una de las condiciones de energía agresiva más o menos neutralizada, mencionada antes, la cual conserva todavía algunas características de la pulsión original (la lucha, en este caso). No parece probable que semejantes formas de energía —no es forzoso suponer que todas las contracatexias hayan de operar con el mismo grado de neutralización— contribuyan a la contracatexia aun cuando la pulsión rechazada no sea de naturaleza agresiva.

Estimar que el yo usa para su defensa sólo y siempre energía retirada de las pulsiones contra las cuales se defiende, no va muy de acuerdo con lo que sabemos hoy acerca del alto grado de actividad y de plasticidad característico de la elección del mismo y sus medios para conseguir sus fines. También, parece de mayor interés considerar qué mutua dependencia existe entre las funciones defensivas del yo y otras funciones de éste. No hay duda, y ya lo dijimos antes, que la defensa está en verdad, tanto genética como dinámicamente bajo la influencia de otros procesos del yo y, por otra parte, que esa misma defensa interviene en una gran variedad de procesos diferentes en el yo; esto lo ha tratado Hartmann como un aspecto esencial de la psicología del desarrollo. Debemos conceder que esta interdependencia tiene también un aspecto energético, y esto, a su vez, lleva a la conclusión de que, aun cuando la contracatexia puede extraer energías retiradas de la pulsión rechazada, no es ésta la única fuente de energía que tiene a su disposición.

En este punto deseamos recordar otra de las últimas hipótesis de Freud (1937a), de la cual asentamos ya que su importancia para el pensamiento teórico de Hartmann no ha sido aún claramente reconocida; apunta a la posibilidad de que la disposición al conflicto puede ser seguida (entre otros factores) hasta la intervención de la agresión libre. Freud, al enunciar esta idea, da ejemplos de conflictos instintivos, más bien que de estructurales (si empleamos estos términos en el sentido que sugiere Alexander, 1933). Pero añade que ello nos enfrenta con la cuestión de “si esa noción no debiera ampliarse para aplicarla a otros casos de conflicto, o si no convendría, incluso, revisar todos nuestros

conocimientos del conflicto psíquico, desde este nuevo ángulo". Esta *disposición al conflicto, que continúa hasta la agresión, entraría en juego* independientemente de la naturaleza de la pulsión contra la cual la defensa se dirige. La hipótesis de Hartmann que afirma que la contracatexia se alimenta de energía agresiva neutralizada, puede basarse en las ideas de Freud, si suponemos, para el caso del conflicto entre el yo y las pulsiones, que la energía agresiva está (más o menos) destinada al servicio de los actos defensivos del yo. Esta hipótesis resulta más consecuente tanto con lo que conocemos hoy acerca del yo como con el pensamiento de Freud en los últimos tiempos, que otras proposiciones sobre la contracatexia basadas en su primera formación conceptual.

Unas pocas palabras acerca de un grupo especial de tendencias del yo, como un ejemplo del que Freud (1916-1917) habló al tratar del *egoísmo*. Su importancia fue, desde luego, plenamente comprendida por él, y hubiera sido deseable asignarles un lugar definitivo en la psicología psicoanalítica; pero su posición no fue nunca claramente definida a nivel de la psicología estructural, aun cuando el científico vienés trató de explicarlos en un nivel anterior de la formación de teoría. En aquel tiempo, Freud identificaba las tendencias de autoconservación con las "pulsiones del yo", y a las catexias procedentes de ellas las denominaba intereses, en contraste con la libido de las pulsiones sexuales; no obstante, hoy día no se habla ya de "pulsiones del yo" en un sentido estricto, puesto que se ha comprobado que todas forman parte del sistema del ello (véase también E. Bibring, 1936). Este cambio en la teoría, por tanto, requiere una nueva formulación de aquellos fenómenos que Freud tenía en el pensamiento cuando hablaba de *intereses*. Entre las tendencias anímicas a la autoconservación, creemos que las funciones del sistema del yo son de máxima importancia (Freud, 1940a), lo que quiere decir, por supuesto, que las tendencias sexuales y las agresivas del ello, así como algunos aspectos de los principios de la regulación, etc., no toman parte en la autoconservación. El grupo de tendencias que comprende los esfuerzos que se realizan hacia aquello que es *útil*, hacia el egoísmo y la autoafirmación, deben, como parece razonable, atribuirse al sistema del yo. Entre los factores de la motivación, constituyen una capa por sí mismas. La importancia de esas tendencias ha sido un tanto descuidada en el análisis, probablemente porque no desempeña un papel esencial en la etiología de la neurosis y porque en nuestro trabajo con los pacientes tenemos que considerarlas más desde el ángulo de las proclividades del ello genéticamente fundamentales, que como funciones del yo en su aspecto parcialmente independiente. Pero el relieve de este último aspecto resulta evidente en el momento en que procedamos a mirarlos desde el ángulo de la psicología general, o de las ciencias sociales. Éstas, sin duda, se quedarán cortas en tanto basen sus interpretaciones de la conducta humana exclusivamente en el modelo del tipo de

acción interesada que podemos denominar aquí *utilitaria*. Por otra parte, muchos campos de la ciencia social no pueden ser abordados con éxito por el análisis, mientras desatendamos esta capa de motivación.

¿Qué posición puede atribuirse a estos intereses, en el estado presente de la teoría psicoanalítica? Cabe en primer lugar sugerir que denominemos a éstas y otras tendencias similares *intereses del yo*, conservando así el nombre freudiano pero implicando también que consideramos esa parte de lo que él llamó intereses, tomándola como perteneciente al sistema del yo. Con *intereses del yo*, sus metas están establecidas por el yo mismo, en contraste con las finalidades del ello o del superyó. Pero la serie especial de tendencias a que ahora nos referimos, se caracteriza también por el hecho de que sus finalidades se centran en torno de nuestra propia persona (el sí-mismo). Podemos añadir que esto resulta cierto sólo en sus finalidades. Evidentemente, también usan o se encargan de funciones del yo, que están dirigidas hacia el mundo exterior y, entre los factores que llevan al cambio de la realidad exterior por parte del hombre, los intereses del yo de este género desempeñan incuestionablemente un papel decisivo.

Se debe tener cuidado de no dar excesiva importancia a las cuestiones terminológicas en este terreno tan poco conocido para nosotros. Tal vez resulte práctica la inclusión en el concepto de intereses del yo, además de este grupo, la de tendencias del yo de naturaleza en cierto modo semejante, cuyas finalidades no se centran en torno del sí-mismo; por ejemplo, aquellas que afectan al mundo exterior, no sólo indirectamente, en el sentido que acabamos de esbozar, sino que tienen sus metas centradas alrededor de otras personas o quizá de cosas; o aquellas que se esfuerzan hacia finalidades, originadas en el superyó, pero que han sido asumidas por el yo; finalidades que se centran en torno de valores (éticos, religiosos, de certeza, etcétera); por último, los intereses del yo en el funcionamiento mental mismo (ejemplo, la actividad intelectual) pueden incluirse también.

Estos intereses del yo, casi nunca son inconscientes en el sentido técnico, como lo son entre las funciones del yo, en el caso típico, las defensas. Representan, sobre todo, fuerzas preconscientes y pueden hacerse conscientes, pero a veces encontramos dificultades en traerlas a la conciencia. Esto en muchas ocasiones parece deberse a su proximidad a tendencias del ello, las cuales las sustentan; pero no nos atreveríamos a afirmar si es éste siempre el caso. De todos modos, debemos recordar que Freud (1915b) hizo mención de una censura que no trabajaba sólo entre el preconsciente y el inconsciente, sino también entre el consciente y el preconsciente. La existencia de la última nos enseña, de acuerdo con Freud, que si se tornan conscientes, se debe probablemente a la hipercatexia, "un avance más en la organización mental". Es evidente que los intereses del yo están muchas veces enraizados en tendencias del

ello (particularmente cuando esto queda establecido por el análisis). No obstante, dicha conexión genética muchas veces no es reversible, salvo en condiciones especiales (por medio del análisis, en los sueños, en la neurosis, etc.). Los intereses del yo no siguen las leyes del ello, sino las características del yo mismo; trabajan con energía neutralizada y pueden, como ocurre frecuentemente, por ejemplo, con el egoísmo, contraponer esa energía a la satisfacción de las pulsiones instintivas.

Los esfuerzos por obtener riqueza, prestigio social, o por lo que en otro sentido se considere útil, está en parte determinado genéticamente por tendencias del ello, anales, uretrales, narcisistas, exhibicionistas, agresivas, etc., o bien continúan en forma modificada las direcciones de estas pulsiones, constituyen el resultado de reacciones contra ellas. Evidentemente, diversas tendencias del ello pueden contribuir a la formación de un interés específico del yo; pero también la misma tendencia del ello puede contribuir a la formación de varios intereses. También se hallan determinados por el superyó, por diferentes zonas de funciones del yo, por otros intereses del mismo, por una relación de la persona con la realidad, por sus modos de pensar, o por sus capacidades sintéticas, etc., y el yo es en cierta medida capaz de lograr un compromiso donde los elementos instintivos se usan para los propios fines de aquel. La fuente de la energía neutralizada con la cual los intereses del yo operan, no parece estar limitada a la energía de los esfuerzos instintivos fuera de los cuales o contra los cuales se han desarrollado, sino que puede hallarse a su disposición otra energía neutralizada. Esto está realmente implícito al pensar en ellos como participantes de las características del yo, en cuanto sistema funcional y energéticamente independiente en parte. Podemos afirmar que muchos de ellos (en grado diferente) parecen pertenecer al campo de la autonomía secundaria. En cuanto a la eficacia dinámica comparativa de los intereses del yo, lo que conocemos acerca de sus aspectos energéticos resulta una base demasiado exigua para llegar a alguna conclusión definida.

Los intereses del yo dirigidos al sí-mismo —el egoísmo, los esfuerzos hacia lo que es considerado útil, etc.— pueden encontrarse en diferentes relaciones de colaboración con otras funciones del yo, pero también ser antagónicos. Este tipo de acción dirigida por ellos no debería confundirse con “la acción racional”; ya lo señalamos en otra parte. Dichos intereses actúan recíprocamente con las tendencias del yo centradas en el objeto, con ese nivel de autorregulación al que denominamos función organizadora, con la adaptación a la realidad y con otras funciones. No sabemos gran cosa acerca de la forma de jerarquía estructural de las funciones del yo que con más probabilidad se encuentre relacionada con la salud mental de un modo positivo; pero nos gustaría destacar un punto: la subordinación a este grupo de intereses del yo de otras funciones del mismo no es un criterio de salud mental (aun cuando muchas veces se ha dicho

que la capacidad de subordinar otras tendencias a lo que se considera útil establece la diferencia entre la conducta sana y la neurótica). Estos intereses del yo son, después de todo, sólo una serie de funciones de la entidad psíquica y no coinciden con aquellas, más estrechamente correlacionadas con la salud, que también integran las demandas de otros sistemas psíquicos (función sintética y organizadora).

Ya hemos hablado de las funciones del yo que se oponen mutuamente. Debido a que sus pugnas no son clínicamente de la misma importancia que las existentes entre el yo y el ello o entre el yo y la realidad, etc., no estamos acostumbrados a pensar en ellas en términos de conflicto. No obstante, bien podemos describirlas como conflictos intrasistémicos y, de tal modo, distinguirlas de aquellos otros mejor conocidos que podemos designar como intersistémicos. Las correlaciones y los conflictos intrasistémicos en el yo apenas han sido estudiados debidamente. Uno de los casos en cuestión es, naturalmente, la relación que existe entre la defensa y las funciones autónomas que hemos mencionado antes. Al considerar el problema de la comunicación o la falta de comunicación entre diversas zonas del yo, debemos citar también la afirmación de Freud, que asienta que las defensas están en cierto modo, separadas del yo. Hay muchos contrastes en esta entidad: desde sus comienzos, tiene la tendencia de oponerse a las pulsiones, pero una de sus principales funciones es también la de facilitarles su satisfacción; es un lugar donde se adquiere la intuición, pero también la racionalización; suscita el conocimiento objetivo de la realidad; pero, al mismo tiempo, por medio de la identificación y el ajuste social, entra en posesión, durante el curso de su desarrollo, de los prejuicios convencionales del medio; persigue sus finalidades independientes, pero también es característico en él, tomar en consideración las demandas de otras subestructuras de la personalidad. Por supuesto, las funciones del yo tienen en verdad determinadas características generales en común, algunas de las cuales ya hemos mencionado, y que las distinguen de las funciones del ello. Muchas malas interpretaciones y oscuridades se derivan del hecho de que todavía no nos hemos habituado a considerar al yo desde el punto de vista intrasistémico. Se dice que el yo es racional, realista; o un integrador, cuando en realidad esas características corresponden sólo a una u otra de sus funciones.

El acceso intrasistémico se torna esencial si deseamos esclarecer conceptos tales como el *dominio del yo*, el *control del yo* o la *fuerza del yo*, pues todos son extraordinariamente ambiguos a menos que se añada una consideración diferencial de las funciones del yo que en realidad están implicadas en las situaciones que deseamos describir. Imposible aquí ocuparse de lo mucho que se ha escrito acerca de la fuerza del yo (véase Glover, 1943; Nunberg, 1939). Bastarán pues, unas pocas observaciones. Estamos habituados a juzgar la fuerza del yo basándonos en

su comportamiento en situaciones típicas, bien sea que provengan del lado del ello, del superyó o de la realidad exterior. Lo que implica que la fuerza del yo, digamos, la adaptación, podría formularse sólo en términos de una serie de relaciones específicas.

En el contexto presente se quiere destacar sólo un enfoque del problema: estudiar cuidadosamente las interrelaciones entre las diferentes áreas de las funciones del yo, como la defensa, la organización y la zona de la autonomía. La defensa que lleva al agotamiento de la fuerza del yo, se determina no únicamente por la fuerza de la pulsión en cuestión y por las defensas de las fronteras del yo, sino también por los suministros que la región interna puede poner a su disposición. Todas las definiciones de la fuerza del yo resultarán insatisfactorias si sólo toman en cuenta la relación con los otros sistemas mentales, con ignorancia de los factores intrasistémicos. Cualquier definición ha de incluir, como elementos esenciales, las funciones autónomas del yo, su interdependencia y la jerarquía estructural y, especialmente, especificar si son capaces, y hasta qué punto, de resistir el daño mediante los procesos de la defensa. Éste es, sin duda, uno de los elementos principales al que nos referimos al hablar de la fuerza del yo. Y probablemente no sea sólo cuestión de la cantidad y de la distribución de la energía disponible del yo, sino quizá deba relacionarse con el grado en que las catexias de esas funciones estén neutralizadas.

Bibliografía

- ALEXANDER, F., "The Relation of Structural and Instinctual Conflicts", *Psychoanal. Quart.*, núm. 2, 1933.
- ALLPORT, G., *Personality*, Holt, Nueva York, 1937.
- BIBRING, E., "The Development and Problems of the Theory of Instincts", *Int. J. Psychoanal.*, núm. 22, 1941.
- DEUTSCH, H., *Psychology of Women*, Grune & Stratton, Nueva York, 1944.
- FRENCH, T., "Learning in the Course of a Psychoanalytic Treatment", *Psychoanal. Quart.*, núm. 5, 1936.
- FRENCH, T., "Reality and the Unconscious", *Psychoanal. Quart.*, núm. 6, 1937.
- FREUD, S., *New Introductory Lectures on Psychoanalysis*, Norton, Nueva York, 1933.
- FREUD, S., *On Narcissism: An Introduction*, Standard Edition, 14.
- FREUD, S., *The Unconscious*, Standard Edition, 14.
- FREUD, S., *The Ego and the Id*, Standard Edition, 19.
- FREUD, S., *Inhibitions, Symptoms and Anxiety*, Standard Edition, 20.
- FREUD, S., *Moses and Monotheism*, Vintage Books, Nueva York, 1955.
- FREUD, S., *Analysis: Terminable and Intermittent*, Collected Papers, S. Londres: Hogarth Press, 1050.
- FREUD, S., *An Outline of Psychoanalysis*, Norton, Nueva York, 1949.
- FREUD, S., *Civilization and Its Discontents*, Standard Edition, 21.

- FRIES, M. y LEWI, B., "Interrelated Factors in Development, en *Amer. J. Orthopsychiat.*, núm. 8.
- GLOVER, E. "A Developmental Study of Obsessional Neurosis", en *Int. J. Psychoanal.*, 16.
- GLOVER, E., "Basic Mental Concepts", en *Psychoanal. Quart.*, núm. 16.
- GLOVER, E., The Concept of Dissociation, en *Int. J., Psychoanal.*, núm. 24.
- HARTMANN, H., *Ensayos sobre la psicología del yo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1949.
- HARTMANN, H., *Ego Psychology and the Problems of Adaptation*, Int. Univ. Press, Nueva York, 1958.
- HARTMANN, H., KRIS, E. y LOWENSTEIN, R. M., "Notes on the Theory of Agression", *The Psychoanalytic Study of the Child*, núms. 3, 4, 19, 49.
- HENDRICK, I. "Works and the Pleasure Principle", en *Psychoanal. Quart.*, núm. 12.
- MENNINGER, K. A. *Man Against Himself*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1938.
- MÜLLER-BRAUNSCHWEIG, K., "Desensualization and Identification", *Psychoanal. Rev.*, núm. 13, 1926.
- NUNBERG, H., *Principles of Psychoanalysis*, Int. Univ. Press, Nueva York, 1955.
- NUNBERG, H. *Ego Strength and Ego Weakness*, en el libro *Practice and Theory of Psychoanalysis*, Int. Univ. Press, Nueva York, 1960.

10

ERIKSON

Erik Erikson, psicoanalista que nació en 1902, en Alemania, se fijó como objetivo ampliar y afinar las nociones de Freud acerca del desarrollo de la personalidad, con especial interés en el desarrollo del niño.

Tres de los rasgos más significantes de su contribución a la teoría de Freud son:

- a) El desarrollo de una personalidad sana, en contraste con el hincapié de Freud en el tratamiento de conductas neuróticas.
- b) El proceso de socialización del niño dentro de una cultura particular, en la cual atraviesa por una serie innata de etapas psicosociales, paralelas a las etapas del desarrollo psicosexual de Freud.
- c) El trabajo individual de lograr una identidad del yo mediante la solución de crisis de identidad específicas en cada etapa psicosocial del desarrollo.

La carrera profesional de Erikson se inició en Viena, donde se graduó en el Instituto Psicoanalítico, y después se trasladó, en 1933, a los Estados Unidos de Norteamérica. Inició su práctica clínica en 1939, y durante cuarenta años hizo importantes aportaciones al psicoanálisis, a la teoría de la personalidad, a la práctica educativa y a la antropología social.

Mucho de la teoría de Freud acerca de la existencia y la naturaleza del inconsciente, la composición tripartita de la mente (ello, yo y superyó), las etapas psicosexuales y otras tesis, fue aceptado por Erikson como válido, por lo que escribió muy poco sobre ello. En cambio, enfocó su trabajo a las facetas de la teoría psicoanalítica que creía que necesitaban ser más ampliadas y, en cierto grado, revisadas.

Por lo tanto, centraremos esta revisión en las adiciones que propuso y no en un sistema completo de principios. Estas adiciones son: a) la

naturaleza de una personalidad sana, *b*) el principio epigenético, y *c*) las etapas de desarrollo psicosocial y las crisis de identidad.

Erikson estuvo de acuerdo con los críticos de Freud, quienes reclamaron el hecho de que éste sólo se hubiera enfocado en personalidades neuróticas, por lo cual descuidó definir la naturaleza de las personalidades sanas o de trazar su patrón de desarrollo.

Por esto, Erikson buscó corregir el desequilibrio de la teoría psicoanalítica y empezó a identificar las características de la personalidad sana. Estas características pueden ser las metas y los signos de un deseable desarrollo humano.

Una descripción apropiada de estas características la encontró Erikson en Marie Jahoda, quien creyó que una personalidad sana domina activamente su medio, muestra una cierta unidad de personalidad y es capaz de percibir al mundo y a sí misma correctamente. El recién nacido no muestra, por supuesto, ninguna de estas características; en cambio, un adulto con personalidad sana las muestra todas. De este modo, y desde el punto de vista de Erikson, la infancia se define por la ausencia inicial de esas características y por su desarrollo gradual en pasos complejos de creciente diferenciación.

Dicho de otro modo, crecer es el proceso de lograr la identidad del yo. Según Erikson, la identidad del yo tiene dos aspectos. El primero, o enfoque interno, es el reconocimiento de la persona de su propia unidad y continuidad en el tiempo; esto es, conocerse y aceptarse uno mismo. El segundo, o enfoque externo, es el reconocimiento individual y su identificación con los ideales y patrones esenciales de su cultura; esto incluye el compartir un carácter esencial con otros. La persona que ha logrado la identidad del yo es aquella que tiene una clara visualización y aceptación, tanto de su esencia interna como del grupo cultural en el que vive.

Desde el punto de vista de Erikson, el desarrollo humano consiste en pasar de la no identidad del yo a la identidad del mismo, al considerar a la imagen de las características del proceso como una descripción de conflictos internos y externos, donde la atmósfera de la personalidad vital reemerge de cada crisis con un aumento en el sentido de unidad interior, del juicio bueno de la capacidad de "hacer bien", de acuerdo con sus propias normas y con las reglas de aquello que le sea significativo.

Los estudios acerca del organismo humano en el vientre materno, muestran cómo se desarrolla desde una célula fertilizada y continúa su evolución en diferentes etapas hasta el noveno mes, cuando ya es un complejo organismo multicelular y nace el bebé, con muchas partes diferenciadas y coordinadas. Se supone que el patrón completo de desarrollo está regido por una estructura genética común que gobierna a todos los seres humanos. En otras palabras, los genes establecen un plan de construcción y una guía para el desarrollo de cada parte. Los estudios del

desarrollo físico posteriores al nacimiento han demostrado que el plan genético *no se detiene en el desarrollo*. Así, la secuencia de desarrollo de habilidades como el gateo y el caminar y las características del desarrollo del adolescente, como la aparición del vello y el desarrollo del pecho, se encuentran establecidas en ese plan y sólo se ven ligeramente afectadas por influencias del medio.

El término *principio epigenético* se ha dado a la idea de que todo lo que crece está gobernado por un plan de construcción preestablecido. Erikson extendió este principio al crecimiento psicosocial y propuso que la personalidad aparenta desarrollarse, también, de acuerdo con pasos predeterminados en el organismo humano, lista para ser guiada e informada y para interactuar con un amplio rango de individuos e instituciones significativas. Pero reconoce que esta interacción puede ser diferente de una cultura a otra, al igual que los niños que crecen en ellas lo son de muchas maneras.

En resumen, Erikson propone que es propio de la naturaleza humana pasar por una serie de etapas psicosociales durante su crecimiento, las cuales están determinadas genéticamente, no obstante la cultura en la que el crecimiento ocurre. El medio social, sin embargo, ejerce un efecto significativo en la aparición y la naturaleza de la crisis de cada etapa, e influye en el éxito con el cual el niño y el adolescente pueden dominarlas.

Erikson aceptó el conjunto de etapas psicosexuales de Freud como una descripción básica y válida del desarrollo de la personalidad desde la infancia hasta la edad adulta. Sin embargo, pensó que la formulación era incompleta, al menos en cuatro aspectos.

Primero, pensó que Freud prestó poca atención al proceso de socialización del niño, particularmente a los diferentes patrones de conducta que las culturas consideran aceptables y deseables y que el niño tiene que adoptar o adaptar cuando el grupo en donde se desarrolla debe darle su aprobación.

Segundo, descubrió que también existen etapas de desarrollo después de la adolescencia, las que Freud nunca investigó. Por lo tanto, Erikson definió claramente cuatro niveles adicionales, a partir de la pubertad.

Tercero, asentó que la interacción del individuo con su ambiente social produce una serie de crisis psicosociales, con las cuales el individuo debe trabajar para lograr una identidad del yo y una salud psicológica.

Finalmente, Erikson creyó que el concepto de desarrollo puede ser mejor entendido si se encierra en forma de un enrejado, el cual clarifica la interacción y la correlación entre los aspectos del desarrollo.

Entre las adiciones más importantes de Erikson a la teoría del desarrollo del niño, se encuentra su propuesta de que el individuo pasa por ocho crisis psicosociales durante su crecimiento. Cada crisis o etapa está planteada como una lucha entre dos componentes o características conflictivas de la personalidad.

Subyacente a cada programa educacional o terapéutico para niños y jóvenes, existe un conjunto de hipótesis acerca del desarrollo del niño. Cada conjunto de hipótesis, en cada caso específicamente descrito o indeterminado, puede considerarse como teoría de desarrollo.

La primera demostración de confianza social en el niño, según Erikson, es la facilidad de su alimentación, la profundidad de su sueño y la regulación de sus intestinos. La experiencia de una regulación mutua entre sus capacidades cada vez más receptivas y las técnicas maternas de abastecimiento lo ayudan gradualmente a contrarrestar el malestar provocado por la inmadurez de la homeostasis con que ha nacido. En sus horas de vigilia, cuyo número va en aumento, las aventuras cada vez más frecuentes de los sentidos le despiertan una sensación de familiaridad, de coincidencia, con un sentimiento de bondad interior. Las formas del bienestar, y las personas asociadas a ellas, se vuelven tan familiares como el corrosivo malestar intestinal. El primer logro social del niño, entonces, es su disposición a permitir que la madre se aleje de su lado sin experimentar indebida ansiedad o rabia, porque aquella se ha convertido en una certeza interior así como en algo exterior previsible. Tal persistencia, continuidad e identidad de la experiencia le proporcionan un sentimiento rudimentario de identidad yoica que depende del reconocimiento de que existe una población interna de sensaciones e imágenes recordadas y anticipadas que están firmemente correlacionadas con la población externa de cosas y personas familiares y previsibles.

Lo que aquí llamamos confianza coincide con el término utilizado por Therese Benedeck. Si se prefiere esta palabra es porque hay en ella más ingenuidad y mutualidad: se puede decir que un niño tiene confianza, y en cambio, sería ir demasiado lejos afirmar que experimenta seguridad. Además, el estado general de confianza implica no sólo que uno ha aprendido a confiar en la mismidad y la continuidad de los proveedores externos, sino también que uno puede confiar en uno mismo y en la capacidad de los propios órganos para enfrentar las urgencias, y que uno es capaz de considerarse suficientemente digno de confianza como para que los proveedores no necesiten estar en guardia para evitar un mordisco.

El ensayo y la verificación constantes de la relación entre adentro y afuera tiene su prueba crucial durante las rabietas de la etapa del morder, cuando los dientes provocan dolor desde adentro y cuando los amigos externos demuestran no servir de mucho o se apartan de la única acción que parece ofrecer algún alivio: morder. No se trata de que la aparición de los dientes provoque todas las horribles consecuencias que a veces se le atribuyen. El niño se ve ahora llevado a "tomar" más, pero las presencias deseadas tienden a eludirlo: el pezón y el pecho; la atención y el cuidado concentrados de la madre. La aparición de los dientes parece tener una significación prototípica y podría muy bien constituir el mo-

delo de la tendencia masoquista a lograr un bienestar cruel disfrutando con el propio dolor toda vez que a uno le resulta imposible impedir una pérdida significativa.

En psicopatología, la mejor manera de estudiar la ausencia de confianza básica consiste en observarla en la esquizofrenia infantil, mientras que la debilidad subyacente de esa confianza a lo largo de toda una vida resulta evidente en las personalidades adultas, en las que es habitual un retraimiento hacia estados esquizoides y depresivos. Se ha comprobado que en tales casos, el restablecimiento de un estado de confianza constituye el requisito básico para la terapia, pues cualesquiera que hayan sido las circunstancias que provocaron un derrumbe psicótico, el carácter bizarro y el retraimiento de la conducta de muchos individuos muy enfermos ocultan un intento por recuperar la mutualidad social, mediante una verificación de las líneas fronterizas entre los sentidos y la realidad física, entre las palabras y los significados sociales.

El psicoanálisis supone que el temprano proceso de diferenciación entre interior y exterior es el origen de la proyección y la introyección, que permanecen como dos de nuestros más profundos y peligrosos mecanismos de defensa. En la *introyección* sentimos y actuamos como si una bondad exterior se hubiera convertido en una certeza interior. En la *proyección* experimentamos un daño interno como externo: atribuimos a personas significativas el mal que en realidad existe en nosotros. Se supone, entonces, que estos dos mecanismos, la proyección y la introyección, están modelados según lo que tiene lugar en los niños cuando estos quieren externalizar el dolor e internalizar el placer, intento que en última instancia debe ceder ante el testimonio de los sentidos en maduración y también de la razón. En la edad adulta, estos mecanismos reaparecen, más o menos normalmente, en las crisis agudas del amor, la confianza y la fe, y pueden caracterizar las actitudes irracionales hacia los adversarios y los enemigos, en las masas de individuos "maduros".

El firme establecimiento de patrones perdurables para la solución del conflicto nuclear de la confianza básica y la desconfianza básica en la mera existencia, constituye la primera tarea del yo y, por ende, una tarea para el cuidado materno. Pero corresponde decir aquí que la cantidad de confianza derivada de la más temprana experiencia infantil no parece depender de cantidades absolutas de alimento o demostraciones de amor, sino más bien de la cualidad de la relación materna. Las madres crean en sus hijos un sentimiento de confianza mediante ese tipo de manejo, que en su cualidad combina el cuidado sensible de las necesidades individuales del niño y un firme sentido de confiabilidad personal, dentro del marco seguro del estilo de vida de su cultura. Esto crea en el niño la base para un sentimiento de identidad que más tarde combinará un sentimiento de *ser aceptable*, de *ser uno mismo* y de convertirse en lo que la otra gente confía que uno llegará a ser. Por tanto, dentro de

ciertos límites previamente definidos como los *debe* del cuidado infantil, hay pocas frustraciones en esta o en las etapas siguientes que el niño en crecimiento no pueda soportar, si la frustración lleva a la experiencia siempre renovada de una mayor mismidad y una continuidad más marcada del desarrollo, a una integración final del ciclo de vida individual con algún sentimiento de pertenencia significativa más amplia. Los padres no sólo deben contar con ciertas maneras de guiar a través de la prohibición y el permiso; deben también estar en condiciones de representar para el niño una convicción profunda, casi somática, de que todo lo que hacen tiene un significado. En última instancia, los niños no se vuelven neuróticos a causa de frustraciones, sino por la falta o pérdida total de significado social en estas frustraciones.

Pero incluso en las circunstancias más favorables, esta etapa parece introducir en la vida psíquica un sentimiento de diversión interior y de nostalgia universal por un paraíso perdido, del que se convierte en prototipo. La confianza básica debe mantenerse durante toda la vida, precisamente frente a esta poderosa combinación de un sentimiento de haber sido despojado, dividido y abandonado.

Cada etapa y crisis sucesiva tiene una relación especial con uno de los elementos básicos de la sociedad, y ello por la simple razón de que el ciclo de la vida humana y las instituciones del hombre han evolucionado juntos. En este capítulo sólo mencionaremos, después de describir cada etapa, qué elemento básico de la organización social está relacionado con ella. Se trata de una relación doble: el hombre trae a estas instituciones los restos de su mentalidad infantil y su fervor juvenil, y recibe de ellas, si logra conservar su realidad, un refuerzo para sus adquisiciones infantiles.

La fe de los padres que sustenta la confianza emergente en el recién nacido, ha buscado en diferentes etapas de la historia su salvaguardia institucional (y ha encontrado a veces su más grande enemigo) en la religión organizada. La confianza nacida del cuidado es, de hecho, la piedra de toque de la realidad de una religión dada. Todas las religiones tienen en común el abandono periódico de tipo infantil en manos de un proveedor o proveedores que dispensan fortuna terrenal así como salud espiritual; alguna demostración de la pequeñez del hombre surgida de una postura disminuida y un gesto humilde; la admisión de malas acciones en la plegaria y en la canción de malos pensamientos y malas intenciones; una ferviente súplica de unificación interior bajo los designios de una guía divina; y, por último, la comprensión de que la confianza individual debe llegar a convertirse en una fe común, la desconfianza individual en un mal comúnmente formulado, mientras que la restauración del individuo debe llegar a formar parte de la práctica ritual de muchos y convertirse en un signo de confiabilidad en la comunidad. Conocemos la forma en que las tribus que se manejan con un solo sector de la naturaleza des-

arrollan una magia colectiva, que parece tratar a los proveedores sobrenaturales del alimento y la fortuna como si estuvieran iracundos y fuera necesario apaciguarlos por medio de la plegaria y la autotortura. Las religiones primarias, la capa más primitiva en todas las religiones, y la veta religiosa en cada individuo, abundan en esfuerzos de expiación que intentan compensar vagas acciones cometidas contra una matriz primigenia y restablecer la fe en la bondad de los propios esfuerzos y en la de los poderes del universo.

Cada sociedad y cada edad deben encontrar la forma institucionalizada de veneración que deriva vitalidad de su imagen del mundo, de la predestinación a la indeterminación. El clínico sólo puede observar que muchos se enorgullecen de carecer de una religión a pesar de que sus hijos sufren las consecuencias de esa carencia. Por otro lado, hay muchos que parecen derivar una fe vital de la acción social o la actividad científica. Y, asimismo, hay muchos que profesan una fe, pero en la práctica desconfían de la vida y del hombre.

Autonomía, vergüenza y duda

Al describir el crecimiento y las crisis del ser humano como una serie de actitudes básicas alternativas, tales como confianza y desconfianza, recurrimos al término *sentimiento de*, aunque al igual que un *sentimiento de salud*, o un *sentimiento de no estar bien* u otros similares, se infiltra en la superficie y la profundidad, en la conciencia y en el inconsciente. Constituyen al mismo tiempo, maneras de experimentar, accesibles a la introspección; maneras de comportarse, observables por otros; estados interiores inconscientes que resultan posibles de determinar por medio de tests y del análisis. Es importante tener presente estas dimensiones a medida que avancemos.

La maduración muscular prepara el escenario para la experimentación con dos series simultáneas de modalidades sociales; aferrar y soltar. Como ocurre con todas estas modalidades, sus conflictos básicos pueden llevar en última instancia a expectativas y actitudes hostiles o bondadosas. Así, aferrar puede llegar a significar retener o restringir en forma destructiva y cruel, y puede convertirse en un patrón de cuidado: tener y conservar. Asimismo, soltar puede convertirse en una liberación hostil de fuerzas destructivas, o bien en un afable *dejar pasar y dejar vivir*.

Por tanto, el control exterior en esta etapa debe ser firmemente tranquilizador. El niño debe llegar a sentir que la fe básica en la existencia, que es el tesoro perdurable salvado de las rabetas de la etapa oral, no correrá peligro ante su súbito cambio de actitud, ese deseo repentino y violento de elegir por su propia cuenta, de apoderarse de cosas con actitud belicosa y de eliminar empecinadamente. La firmeza debe protegerlo contra la anarquía potencial de su sentido de discriminación aún no

adiestrado, su incapacidad para retener y soltar con discreción. Al tiempo que su ambiente lo alienta "a pararse sobre sus propios pies", debe protegerlo también contra las experiencias arbitrarias y carentes del sentido de la vergüenza y la temprana duda.

Este último peligro es el que mejor conocemos, pues si se niega al niño la experiencia gradual y bien guiada de la autonomía de la libre elección (o si se la debilita mediante una pérdida inicial de la confianza) volverá contra sí toda su urgencia de discriminar y manipular. Se sobremanipulará a sí mismo, desarrollará una conciencia precoz. En lugar de tomar posesión de las cosas, a fin de ponerlas a prueba mediante una repetición intencional, llegará a obsesionarse con su propia repetitividad. Mediante tal obsesión, desde luego, aprende entonces a reposar el medio gracias a un control empecinado y detallado, por lo cual le resulta imposible encontrar una regulación mutua en gran escala. Esa falsa victoria es el modelo infantil para una neurosis compulsiva; también constituye la fuente infantil de intentos posteriores en la vida adulta por gobernar según la letra y no según el espíritu.

La *vergüenza* es una emoción insuficientemente estudiada, porque en nuestra civilización se ve muy temprana y fácilmente absorbida por la culpa. La vergüenza supone que uno está completamente expuesto y consciente de ser mirado: en una palabra, consciente de uno mismo. Uno es visible y no está preparado para ello; a esto se debe que soñemos con la vergüenza como una situación en la que nos observan fijamente mientras estamos desnudos, con ropa de dormir o "con los pantalones bajos". La vergüenza se expresa desde muy temprano en una pulsión a ocultar el rostro, a hundirse, en ese preciso instante, en el suelo. Pero se trata, en esencia, de rabia vuelta contra el sí mismo. Quien se siente avergonzado quisiera obligar al mundo a no mirarlo, a no observar su desnudez. Quisiera destruir los ojos del mundo. En cambio, lo único que puede desear es su propia invisibilidad. Esta potencialidad se utiliza abundantemente en el método educativo que consiste en "avergonzar" y que algunos pueblos primitivos utilizan en forma tan exclusiva. La vergüenza visual precede a la culpa auditiva, que es un sentimiento de maldad que uno experimenta en total soledad, cuando nadie observa y cuando todo está en silencio, excepto la voz del superyó. Esa vergüenza explota un creciente sentimiento de pequeñez, que puede desarrollarse sólo cuando el niño es capaz de ponerse de pie y percibir las medidas relativas de tamaño y poder.

La provocación excesiva de vergüenza no lleva al niño a una corrección genuina, sino a una secreta decisión de tratar de hacer las cosas impunemente, sin que nadie lo vea, cuando no trae como resultado una desafiante vergüenza. Hay una notable balada norteamericana en la que un asesino a quien se colgará ante los ojos de la comunidad, en lugar de sentirse justamente castigado, comienza a burlarse de los presentes, con-

cluyendo cada frase de desafío con estas palabras: "Dios maldiga vuestros ojos". Más de un niño pequeño, al que se ha hecho avergonzar más allá de lo que puede soportar, experimenta (aunque sin contar para ello con el valor o las palabras) deseos permanentes de expresar su desafío en términos similares. Lo que se quiere dar a entender al exponer este siniestro ejemplo es que hay un límite en la capacidad del niño y del adulto para soportar la exigencia de que se considere a sí mismo, su cuerpo y sus deseos, como malos y sucios, y en su creencia en la infalibilidad de quienes emiten ese juicio. Puede mostrarse propenso a dar vuelta a las cosas, a considerar como malo sólo el hecho de que esas personas existen: su oportunidad llegará cuando se hayan ido, o cuando él se haya alejado.

La duda es hermana de la vergüenza. Cuando la vergüenza depende de la conciencia de estar erguido y expuesto, la duda se relaciona con la conciencia de poseer un reverso y un anverso y, sobre todo, un *detrás*, pues esa área del cuerpo, con su foco agresivo y libidinal en los esfínteres y en las nalgas, queda fuera del alcance de los ojos del niño, y en cambio puede estar dominada por la voluntad de los demás. El *detrás* es el continente oscuro del pequeño ser, un área del cuerpo que puede ser mágicamente dominada y efectivamente invadida por quienes se muestran dispuestos a atacar el propio poder de autonomía y quienes califican en términos duros esos productos de los intestinos que el niño sintió como buenos al expulsarlos. Este sentimiento básico de duda con respecto a todo lo que uno ha dejado atrás, constituye un sustrato para formas posteriores y más verbales de duda compulsiva; encuentra su expresión adulta en temores paranoicos concernientes a perseguidores ocultos y a persecuciones secretas que amenazan desde atrás (y desde adentro de ese atrás).

Esta etapa, por tanto, se vuelve decisiva para la proporción de amor y odio, cooperación y terquedad, libertad de autoexpresión y su supresión. Un sentimiento de autocontrol sin la pérdida de la autoestimación da origen a un sentimiento perdurable de buena voluntad y orgullo; un sentimiento de pérdida del autocontrol y de un sobrecontrol foráneo da origen a una propensión perdurable a la duda y la vergüenza.

Si algún lector considera que las potencialidades "negativas" de nuestras etapas están en todo esto algo exageradas, debemos recordarle que no se trata sólo del resultado de una preocupación por los datos clínicos. Los adultos, incluyendo a los aparentemente maduros y no neuróticos, se muestran muy susceptibles con respecto a una posible y vergonzosa pérdida de prestigio y un temor a ser atacados "por detrás", lo cual no sólo es sumamente irracional y contradictorio con respecto al conocimiento que poseen, sino que puede ser de tremenda importancia si ciertos sentimientos relacionados influyen, por ejemplo, sobre las actitudes interraciales o internacionales.

Hemos relacionado la confianza básica con la institución de la religión. La necesidad perdurable del individuo de que su voluntad esté reafirmada y delineada dentro de un orden adulto de cosas, que al mismo tiempo reafirma y delinea la voluntad de los otros, tiene una salvaguardia institucional en el principio de la ley y el orden. En la vida diaria tanto como en los tribunales superiores de justicia —nacionales e internacionales— este principio asigna a cada uno sus privilegios y limitaciones, sus obligaciones y sus derechos. Un sentido de dignidad apropiada y de independencia legítima por parte de los adultos que lo rodean, proporciona al niño de buena voluntad la expectativa confiada de que la clase de autonomía promovida en la infancia no lo llevará a una duda o vergüenza indebida en la vida posterior. Así, el sentimiento de autonomía fomentado en el niño y modificado a medida que su existencia avanza, sirve para la preservación en la vida económica y política de un sentido de la justicia, y a su vez es fomentado por este último.

Iniciativa y culpa

En todas las etapas hay en cada niño un nuevo milagro de desenvolvimiento vigoroso, que constituye una nueva esperanza y una nueva responsabilidad para todos. Tal es el sentido y la cualidad esencial de la iniciativa. Los criterios para todos estos sentidos y cualidades son los mismos: una crisis, más o menos caracterizada por tanteos y temores, se resuelve en tanto el niño parece repentinamente “integrarse”, tanto en su persona como en su cuerpo. Parece “más él mismo”, más cariñoso, relajado y brillante en su juicio, más activo y activador. Está en libre posesión de un excedente de energía que le permite olvidar rápidamente los fracasos y encarar lo que parece deseable (aunque también parezca incierto e incluso peligroso), con un sentido direccional íntegro y más preciso. La iniciativa agrega a la autonomía la cualidad de la empresa, el planteamiento y el “ataque” de una tarea por el mero hecho de estar activo y en movimiento, cuando anteriormente el empecinamiento inspiraba, las más de las veces, actos de desafío o, por lo menos, protestas de independencia.

Probablemente para muchos la palabra *iniciativa* tenga una connotación estadounidense y capitalista. Con todo, la iniciativa es una parte necesaria de todo acto, y el hombre necesita un sentido de ella para todo lo que aprende y hace, desde recoger fruta, hasta cimentar un sistema empresarial.

La *etapa ambulatoria* y la de la *genitalidad infantil* suman al inventario de modalidades sociales básicas la de *conquistar*, primero en el sentido de “buscar el propio beneficio”; no hay para que expresarlo ninguna frase más simple y más intensa; sugiere placer en el ataque y la conquista. En el varón el acento permanece puesto en los modos fálico-intrusivos;

en la niña, se vuelca a modo de *atrapar* con una actitud más agresiva de arrebatar o en la forma más sutil: hacerse atractiva y despertar el sentimiento afectivo.

El peligro de esta etapa radica en un sentimiento de culpa con respecto a las metas planeadas y los actos iniciados en el propio placer exuberante experimentado ante el nuevo poder locomotor y mental: los actos de manipulación y coerción agresivas que pronto van mucho más allá de la capacidad ejecutiva del organismo y la mente y, por tanto, requieren una detención enérgica de la iniciativa planeada. Mientras que la autonomía tiene como fin mantener alejados a los rivales potenciales y, con ello, puede llevar a una rabia llena de celos dirigida la mayoría de las veces contra los hermanos menores, la iniciativa trae apareada la rivalidad anticipatoria con los que han llegado primero y pueden, por tanto, ocupar con su equipo superior el campo hacia el que está dirigida la propia iniciativa. Los celos y la rivalidad infantiles, esos intentos a menudo amargos y no obstante esencialmente inútiles por delimitar una esfera de privilegio indiscutido, alcanzan ahora su culminación en una lucha final por una posición de privilegio frente a la madre; el habitual fracaso lleva a la resignación, la culpa y la ansiedad. El niño tiene fantasías de ser un gigante y un tigre, pero en sus sueños huye aterrorizado en defensa de su vida. Esta es, entonces, la etapa del *complejo de castración*, el temor intensificado de comprobar que los genitales, ahora enérgicamente erotizados, han sufrido un daño como castigo por las fantasías relacionadas con su excitación.

La sexualidad infantil y el tabú del incesto, el complejo de castración y el superyó, se unen aquí para provocar esa crisis específicamente humana, durante la cual el niño debe dejar atrás su apego exclusivo y pregenital a los padres e iniciar el lento proceso de convertirse en un progenitor y un portador de la tradición. Aquí se produce la más terrible división y transformación en la central energética emocional, una división entre la gloria humana potencial y la destrucción total potencial, pues aquí el niño queda dividido para siempre en su interior. Los fragmentos instintivos que antes habían fomentado el crecimiento de su cuerpo y su mente infantiles, ahora se dividen en un grupo que perpetúa la exuberancia de los potenciales del crecimiento y un grupo correspondiente a los padres, que sustenta e incrementa la autoobservación, la autoorientación y el autocastigo.

Una vez más se trata de un problema de regulación mutua. Cuando el niño, tan dispuesto ahora a sobremanipularse, puede desarrollar gradualmente un sentido de responsabilidad moral, alcanzar cierta comprensión de las instituciones, las funciones y los roles que permiten su participación responsable, encuentra un logro placentero en el manejo de herramientas y armas, de juguetes significativos y en el cuidado de los niños más pequeños.

Naturalmente, la serie correspondiente a los padres es al principio de naturaleza infantil: el hecho de que la conciencia humana siga siendo parcialmente infantil durante toda la vida, constituye el núcleo de la tragedia humana, pues el superyo del niño puede ser primitivo, cruel e inflexible, como se observa en los casos en que los pequeños se sobrecontrolan y sobrerrestringen hasta el punto de la autoanulación: los casos en que manifiestan una sobreobediencia más literal que la que el progenitor había deseado provocar, o en los que desarrollan profundas regresiones y resentimientos perdurables porque los padres mismos no parecen vivir a la altura de la nueva conciencia. Uno de los conflictos más profundos en la vida es el odio hacia el progenitor que sirvió como modelo y ejecutor del superyo pero al que, en alguna forma, se descubrió tratando de realizar impunemente las mismas transgresiones que el niño ya no puede tolerar en sí mismo. La suspicacia o la ambigüedad que en esa forma se mezcla con la cualidad de todo o nada del superyo, este órgano de tradición moral, hace del hombre moral (en el sentido moralista) un gran peligro potencial para su propio yo, y para el de sus semejantes.

En la patología adulta, el conflicto residual relativo a la iniciativa se expresa en la negación histérica, que provoca la represión del deseo o la anulación de su órgano ejecutivo mediante la parálisis, la inhibición o la impotencia; o bien en el exhibicionismo sobrecompensatorio, en el que el individuo atemorizado, tan ansioso por “ocultarse”, “asoma la cabeza” en cambio.

Sin embargo, hoy día también es común una zambullida en la enfermedad psicosomática. Es como si la cultura hubiera llevado al hombre a sobrepublicitarse e identificarse así con su propia propaganda, en el sentido de que sólo la enfermedad puede ofrecerle una vía de salida.

Pero tampoco en este caso debemos pensar exclusivamente en la psicopatología individual, sino en la central energética interna de rabia que debe estar sumergida durante esta etapa, tal como algunas de las esperanzas más caras y las fantasías más desenfundadas quedan reprimidas e inhibidas. La sensación de “virtud” es resultante —a menudo principal recompensa para la bondad— de una supervisión moralista permanente, de modo que el empeño predominante llega a ser la prohibición y no la orientación de la iniciativa. Por otro lado, incluso la iniciativa del hombre moral tiende a rebasar los límites de la autorrestricción permitiendo hacer a los demás, en su país o en otro, lo que no haría ni toleraría en su propio hogar.

En vista de los peligros potenciales inherentes a la prolongada infancia del hombre, conviene volver a examinar las primeras etapas de la vida y las posibilidades de guiar a los jóvenes mientras aún lo son. Y aquí observamos que, de acuerdo con la sabiduría del plan básico, el niño no está en ningún otro momento tan dispuesto a aprender rápida y ávidamente, a hacerse más grande en el sentido de compartir la obligación y

la actividad, que durante este periodo de su desarrollo. Está ansioso y es capaz de hacer las cosas en forma cooperativa, de combinarse con otros niños con el propósito de construir y planear; dispuesto a aprovechar a sus maestros y a emular los prototipos ideales. Desde luego, permanece identificado con el progenitor del mismo sexo, pero por el momento busca oportunidades donde la identificación en el trabajo parece prometer un campo de iniciativa sin demasiado conflicto infantil o culpa edípica, y una identificación más realista basada en un espíritu de igualdad experimentada en el hecho de ejecutar cosas juntos. De cualquier manera, la etapa edípica trae apareada no sólo el establecimiento opresivo de un sentido moral que limita el horizonte de lo permisible, sino también la dirección hacia lo posible y lo tangible, que permite que los sueños de la temprana infancia se vinculen a las metas de una vida adulta activa. Por tanto, las instituciones sociales ofrecen a los niños de esta edad un *ethos* económico, en la forma de adultos ideales a los que es posible reconocer por sus uniformes y sus funciones, y que resultan lo suficientemente fascinantes como para reemplazar a los héroes del libro ilustrado en el cuento de hadas.

Industria e inferioridad

Así, el escenario interior parece preparado para “la entrada a la vida”, pero ésta debe ser primero vida escolar, representada por la escuela, una pradera, una selva o un aula. El niño se ve obligado a olvidar las esperanzas y deseos pasados, al tiempo que su exuberante imaginación cede, domesticada y sometida a las leyes de las cosas impersonales, pues antes de que el pequeño, que ya es psicológicamente un progenitor rudimentario, pueda convertirse en un progenitor biológico, debe comenzar por ser un trabajador y un proveedor potencial. Con el periodo de latencia que se inicia, el niño de desarrollo normal olvida, o más bien sublima, la necesidad de conquistar a las personas mediante el ataque directo, o de convertirse en papá o mamá en forma apresurada: ahora aprende a obtener reconocimiento mediante la producción de cosas. Ha dominado el campo ambulatorio y los modos orgánicos. Ha experimentado un sentimiento de finalidad referente al hecho de que no hay un futuro practicable dentro del vientre familiar y está dispuesto a aplicarse a nuevas habilidades y tareas, que van mucho más allá de la mera expresión juguetona de sus modos orgánicos o el placer que le produce el funcionamiento de sus miembros. Desarrolla un sentido de la industria, esto es, se adapta a las leyes inorgánicas del mundo de las herramientas. Puede convertirse en una unidad ansiosa y absorta en una situación productiva. Completar una condición productiva constituye una finalidad que gradualmente reemplaza a los caprichos y los deseos del juego. Los límites de su yo incluyen sus herramientas y habilidades: el principio del trabajo (Ives

Hendrick) le enseña el placer de completar el trabajo mediante una atención sostenida y una diligencia perseverante. En esta etapa, los niños de todas las culturas reciben alguna instrucción sistemática, aunque no se imparte siempre en el tipo de escuela que las personas alfabetizadas deben organizar en torno de maestros especiales que han aprendido a enseñar a leer y escribir. En los pueblos analfabetos y en las actividades que nada tienen que ver con leer y escribir, se aprende mucho de los adultos que se convierten en maestros como consecuencia de un don y una vocación y no de un nombramiento, y quizá la mayor parte se aprende de los niños mayores. Así, se desarrollan los elementos fundamentales de la tecnología a medida que el pequeño adquiere capacidad para manejar los utensilios, las herramientas y las armas que utilizan los adultos. Los individuos educados, con carreras más especializadas, deben preparar al niño enseñándole fundamentalmente a leer y a escribir, la educación más amplia posible para el mayor número de carreras posible. Cuanto más confusa se vuelve la especialización, sin embargo, más uniformes son las metas eventuales de la iniciativa, y cuanto más complicada es la realidad social, más vagos resultan en ella los roles del padre y de la madre. La escuela parece una cultura por sí sola, con sus propias metas y líneas, sus logros y sus desencantos.

El peligro del niño en esta etapa radica en un sentimiento de inadecuación e inferioridad. Si desespera de sus herramientas y habilidades o de su estatus entre sus compañeros, puede renunciar a la identificación con ellos y con un sector del mundo de las herramientas. El hecho de perder toda esperanza de tal *asociación industrial* puede hacerlo regresar a la rivalidad familiar más aislada, menos centrada en las herramientas, de la época edípica. El pequeño desespera de sus dotes en el mundo de las herramientas y en la anatomía, y se siente condenado a la mediocridad o a la inadecuación. Es en ese momento cuando la sociedad más amplia se vuelve significativa en cuanto a sus maneras de admitir al niño a una comprensión de los roles vitales en su tecnología y economía. El desarrollo de más de un infante se ve impedido cuando el ambiente familiar no ha logrado prepararlo para la vida escolar, o cuando ésta no alcanza a cumplir las promesas de las etapas previas.

Con respecto al periodo en que se desarrolla un sentido de la industria, se ha hecho referencia a obstáculos internos y externos en el uso de nuevas capacidades, pero no a las complicaciones que implican nuevas pulsiones humanas, ni a la rabia sumergida que resulta de su frustración. Esta etapa difiere de las anteriores en tanto no se trata de una oscilación desde un cataclismo interior hacia un nuevo dominio. Freud la denomina *etapa de latencia* porque las pulsiones violentas están normalmente inactivas. Pero se trata tan sólo de un momento de calma antes de la tormenta de la pubertad, cuando todas las pulsiones previas reemergen en una nueva combinación, para caer bajo el dominio de la genitalidad.

Por otro lado, se trata de una etapa muy decisiva desde el punto de vista social: puesto que la industria implica hacer cosas junto a los demás y con ellos, en esta época se desarrolla un primer sentido de la división del trabajo y de la oportunidad diferencial; esto es, del *ethos tecnológico* de una cultura. Conocemos el peligro que amenaza al individuo y a la sociedad cuando el escolar comienza a sentir que el color de su piel, el origen de sus padres o el tipo de ropa que lleva, y no su deseo y su voluntad de aprender, determinan su valor como aprendiz y, por tanto, su sentimiento de identidad que ahora debemos considerar. Pero hay otro peligro, más fundamental, a saber, la *autorrestricción* del hombre y la limitación de sus horizontes a fin de que incluyan sólo su trabajo, al que, como dice la Biblia, ha sido condenado después de su expulsión del paraíso. Si acepta el trabajo como su única obligación, y "lo eficaz" como el único criterio de valor, puede convertirse en el conformista y el esclavo irreflexivo de su tecnología y de quienes se encuentran en situación de explotarla.

Identidad y confusión de rol

Con el establecimiento de una buena relación inicial con el mundo de las habilidades y las herramientas y ante el advenimiento de la pubertad, la infancia propiamente dicha llega a su fin. La juventud comienza. Pero en la pubertad y la adolescencia todas las mismidades y cotinuidades en las que se confiaba previamente vuelven a ponerse hasta cierto punto en duda, debido a una rapidez del crecimiento corporal que iguala a la de la temprana infancia, y a causa del nuevo agregado de la madurez genital. Los jóvenes que crecen y se desarrollan, enfrentados con esta revolución fisiológica en su propio interior, y con tareas adultas tangibles que los aguardan, se preocupan ahora fundamentalmente de lo que parecen ante los ojos de los demás, en comparación con lo que ellos mismos sienten que son, y por el problema relativo a relacionar los roles y las aptitudes cultivadas previamente con los prototipos ocupacionales del momento. En su búsqueda de un nuevo sentimiento de continuidad y mismidad, los adolescentes deben volver a librar muchas de las batallas de los años anteriores, aun cuando para hacerlo deban elegir artificialmente a personas bien intencionadas para que desempeñen los roles de adversarios, y están siempre dispuestos a establecer ídolos e ideas perdurables como guardianes de una identidad final.

La integración que ahora tiene lugar bajo la forma de identidad yoica resulta, más que la suma de las identificaciones infantiles, la experiencia acumulada de la capacidad del yo para integrar todas las identificaciones con las vicisitudes de la libido, con las aptitudes desarrolladas a partir de lo congénito y con las oportunidades ofrecidas en los roles sociales. El sentimiento de identidad yoica, entonces, es la confianza acumulada en

que la mismidad y la continuidad interiores preparadas en el pasado encuentran su equivalente en la mismidad y la continuidad del significado que uno tiene para los demás, tal como se evidencia en la promesa tangible de “una carrera”.

El peligro de esta etapa es la confusión de rol. Cuando ésta se basa en una marcada duda previa en cuanto a la propia identidad sexual, los episodios delinquentes y abiertamente psicóticos no son raros. Si se los diagnostica y trata correctamente, tales incidentes no tienen la misma significación fatal que encierra a otras edades. En la mayoría de los casos, sin embargo, lo que perturba a la gente joven es la incapacidad para decidirse por una identidad ocupacional. Para evitar la confusión, se sobreidentifican temporalmente, hasta el punto de llegar a una aparente pérdida completa de la identidad, con los héroes de las camarillas y multitudes. Esto inicia la *etapa del enamoramiento*, que no es en modo alguno total o siquiera primariamente sexual, salvo cuando las costumbres así lo exigen. En grado considerable, el amor adolescente constituye un intento por llegar a una definición de la propia identidad, proyectando la imagen yoica difusa en otra persona, y logrando así que se refleje y se aclare gradualmente. A ello se debe que una parte tan considerable del amor juvenil consista en conversación.

La gente joven también puede ser notablemente exclusivista y cruel con todos los que son “distintos”, en el color de la piel o en la formación cultural, en los gustos y las dotes, y a menudo en detalles insignificantes de la vestimenta y los gestos que han sido temporalmente seleccionados como los signos que caracterizan al que pertenece al grupo y al que es ajeno. Resulta importante comprender (lo cual no significa perdonar o compartir) tal intolerancia como una defensa contra una confusión en el sentimiento de identidad. Los adolescentes no sólo se ayudan a trechos, unos a otros, a soportar muchas dificultades formando pandillas, convirtiéndose en estereotipos, y haciendo lo mismo con sus ideales y sus enemigos; también ponen a prueba, perversamente, la mutua capacidad para la fidelidad. La facilidad con que se aceptan tales pruebas explica, asimismo, la atracción que las doctrinas totalitarias, simples y crueles, ejercen sobre la mente de los jóvenes en los países y las clases que han perdido o están perdiendo sus identidades grupales (feudal, agraria, tribal, nacional) y enfrentan la industrialización mundial, la emancipación y la comunicación más amplia.

La mente adolescente es en esencia la del *moratorium*, una etapa psicossocial entre la infancia y la adultez, entre la moral ya aprendida por el niño y la ética que ha de desarrollar el adulto. Es una mente ideológica y, de hecho, resulta la visión ideológica de la sociedad la que habla con más claridad al adolescente ansioso de verse afirmado por sus iguales y listo para sentirse confirmado a través de rituales, credos y programas que, al mismo tiempo, definen el mal, lo incomprensible y lo hostil. Por

tanto, al buscar los valores sociales que guían la identidad, uno enfrenta los problemas de la ideología y la aristocracia, ambos en su sentido más amplio posible, según el cual, dentro de una imagen definida del mundo y un curso predestinado de la historia, los mejores individuos llegarán al poder, mismo que desarrolla lo mejor que hay en la gente. Para no caer en el cinismo o en la apatía, los jóvenes deben ser capaces de convencerse de que quienes triunfan en su mundo adulto anticipado tienen así la obligación de ser los mejores. Examinaremos más tarde los peligros que emanan de los ideales humanos sometidos al manejo de las supermáquinas, ya sea que estén guiadas por ideologías nacionalistas o internacionales, comunistas o capitalistas. Las revoluciones de nuestra época intentan resolver y también explotar la profunda necesidad de la juventud de redefinir su identidad en un mundo industrializado.

Intimidad y aislamiento

La fortaleza adquirida en cualquier etapa se pone a prueba ante la necesidad de trascenderla de modo tal que el individuo pueda arriesgar en la etapa siguiente lo que era más vulnerablemente precioso en la anterior. Así, el adulto joven, que surge de la búsqueda de identidad y la insistencia en ella, ésta ansioso y dispuesto a fundir su identidad con la de otros. Está preparado para la intimidad, esto es, aquella capacidad de entregarse a afiliaciones y asociaciones concretas y de desarrollar la fuerza ética necesaria para cumplir con tales compromisos, aun cuando puedan exigir sacrificios significativos. Ahora el cuerpo y el yo deben ser los amos de los modos orgánicos y de los conflictos nucleares, a fin de poder enfrentar el temor a la pérdida yoica en situaciones que exigen autoabandono: en la solidaridad de las afiliaciones estrechas, en los orgasmos y las uniones sexuales, en la amistad íntima y en el combate físico, en experiencias de inspiración por parte de los maestros y de intuición surgida de las profundidades del sí mismo. La evitación de tales experiencias debida a un temor a la pérdida del yo, puede llevar a un profundo sentido de aislamiento y a una consiguiente autoabsorción.

La contraparte de la intimidad es el distanciamiento: la disposición a aislar y, de ser necesario, a destruir aquellas fuerzas y personas cuya esencia parece peligrosa para la propia, y cuyo *territorio* parece rebasar los límites de las propias relaciones íntimas. Los prejuicios así desarrollados (utilizados y explotados en la política y en la guerra) constituyen un producto más maduro de los repudios más ciegos que durante la lucha por la identidad establecen una diferencia neta y cruel entre lo familiar y lo foráneo. El peligro de esta etapa es que las relaciones íntimas, competitivas y combativas se experimentan con y contra las mismas personas. Pero, a medida que se van delineando las áreas del deber adulto y se diferencian el choque competitivo y el abrazo sexual, quedan eventual-

mente sometidas a ese sentido ético que constituye la característica del adulto.

En términos estrictos, recién ahora puede desarrollarse plenamente la verdadera genitalidad, pues gran parte de la vida sexual que precede a estos compromisos corresponde a la búsqueda de identidad o está dominada por las tendencias fálicas o vaginales que hacen de la vida sexual una suerte de combate genital. Por otro lado, con excesiva frecuencia se describe la *genitalidad* como un estado permanente de dicha sexual recíproca. Éste, entonces, puede ser el lugar adecuado para completar nuestro examen a ese particular.

A fin de lograr una orientación básica en esta cuestión, citaremos lo que a menudo se afirma, y los malos hábitos de conversación parecen corroborarlo, que el psicoanálisis como terapéutica intenta convencer al paciente de que sólo tiene una obligación frente a Dios y a sus semejantes: tener buenos orgasmos, con un *objeto* adecuado y en forma regular. Desde luego, esto es falso. Alguien preguntó cierta vez a Freud qué pensaba que una persona normal debía ser capaz de hacer para vivir bien. Es probable que el interlocutor esperara una respuesta complicada. Pero Freud, en el tono brusco de sus antiguos días, respondió, según se afirma: "Lieben und arbeiten" (amar y trabajar). Conviene meditar sobre esta simple fórmula; se vuelve más profunda a medida que se reflexiona sobre ella, pues cuando Freud dijo *amor*, se refería al amor genital y al amar genital; cuando dijo amor y trabajo, se refirió a una productividad general en la labor, que no preocuparía al individuo hasta el punto de hacerlo perder su derecho de ser genital y su capacidad de amar. Así, podemos reflexionar sobre la fórmula del *profesor*, pero sin tratar de "mejorarla".

La genitalidad, entonces, consiste en la energía plena para desarrollar una potencia orgásmica tan libre de interferencias pregenitales que la libido genital (no sólo los productos sexuales descargados por medio de las "vías de salida" de Kinsey) se exprese en la mutualidad heterosexual, con plena sensibilidad tanto del pene como de la vagina, y con una descarga convulsiva de la tensión en todo el cuerpo. Ésta es una manera bastante concreta de decir algo sobre un proceso que en realidad no comprendemos. Para expresarlo en términos más situacionales: el hecho total de encontrar, gracias al torbellino culminante del orgasmo, una experiencia suprema de la regulación mutua de dos seres, de alguna manera anula las hostilidades y la rabia potenciales provocadas por la oposición entre masculino y femenino, realidad y fantasía, amor y odio. Así, las relaciones sexuales satisfactorias hacen el sexo menos obsesivo, la sobrecompensación, menos necesaria y los controles sádicos, superfluos.

Preocupado como estaba por los aspectos curativos, el psicoanálisis a menudo descuidó formular el problema de la genitalidad en una forma significativa para los procesos de la sociedad en todas las clases, las na-

ciones y los niveles culturales. El tipo de mutualidad en el orgasmo, que el psicoanálisis tiene en cuenta, aparentemente se obtiene con facilidad en clases y culturas que han hecho de él una institución del ocio. En las sociedades más complejas, esta mutualidad está obstaculizada por tantos factores relativos a la salud, la tradición, la oportunidad y el temperamento, que la formulación adecuada de la salud sexual sería más bien la siguiente: un ser humano debe ser potencialmente capaz de lograr la mutualidad del orgasmo genital, pero estar constituido de tal manera que pueda soportar un cierto modo de frustración sin una indebida regresión, toda vez que la preferencia emocional o las consideraciones relativas al deber y la lealtad la hagan imperativa.

Si bien el psicoanálisis ha ido a veces demasiado lejos en la importancia que atribuye a la genitalidad como cura universal para la sociedad, y ha proporcionado así una nueva adicción y un nuevo bien de consumo a muchos que deseaban interpretar así sus enseñanzas, no siempre ha indicado todas las metas que la genitalidad en realidad debe implicar. A fin de encerrar una significación social perdurable, la utopía de la genitalidad debería incluir:

1. Mutualidad del orgasmo.
2. Con un compañero amado.
3. Del otro sexo.
4. Con quien uno puede y quiere compartir una confianza mutua.
5. Con el que uno puede y quiere regular los ciclos de:
 - a) el trabajo;
 - b) la procreación;
 - c) la recreación.
6. A fin de asegurarle también a la descendencia todas las etapas de un desarrollo satisfactorio.

Es evidente que semejante logro utópico en gran escala no puede constituir una tarea individual o, de hecho, terapéutica. Tampoco se trata en modo alguno de un problema puramente sexual. Es parte integral del estilo que una cultura tiene para la selección, la cooperación y la competencia sexuales.

El peligro de esta etapa es el aislamiento, esto es, la evitación de contactos que llaman a la intimidad. En psicopatología, ese trastorno puede llevar a serios "problemas de carácter". Por otro lado, hay vínculos que equivalen a un *aislamiento a deus*, que protegen a sus integrantes de la necesidad de enfrentar el nuevo desarrollo crítico, el de la generatividad.

Generatividad y estancamiento

En esta teoría el hincapié está puesto en las etapas de la infancia, de no ser así, la sección correspondiente a la generatividad sería necesaria-

mente esencial, pues este término abarca el desarrollo evolutivo que ha hecho del hombre el animal que enseña e instituye, así como el que aprende. La insistencia, muy de moda hoy día, en dramatizar la dependencia de los niños con respecto a los adultos, a menudo nos hace pasar por alto la dependencia que la generación más vieja tiene con respecto a la más joven. El hombre maduro necesita sentirse imprescindible, y su madurez pide la guía y el aliento de aquello que ha producido y debe cuidar.

La *generatividad*, entonces, es en esencia la preocupación por establecer y guiar a la nueva generación, aunque hay individuos que, por alguna desgracia o debido a dotes especiales y genuinas en otros sentidos, no aplican esta pulsión a su propia descendencia. De hecho, el concepto de generatividad incluye sinónimos más populares, como productividad y creatividad que, sin embargo, no pueden reemplazarlo.

El psicoanálisis necesitó algún tiempo para comprender que la capacidad de perderse en el encuentro entre dos cuerpos y dos mentes lleva a una expansión gradual de los intereses del yo y a una inversión libidinal en aquello que se genera en tal forma. La generatividad constituye así una etapa esencial en el desarrollo psicosexual y también en el psicosocial. Cuando tal enriquecimiento falta por completo, tiene lugar una regresión a una necesidad obsesiva de pseudointimidad, a menudo con un sentimiento general de estancamiento y empobrecimiento personal. Los individuos, entonces, comienzan a tratarse a sí mismos como si fueran su propio y único hijo y, cuando las condiciones los favorecen, la temprana invalidez física o psicológica se convierte en el vehículo de esa autopreocupación. El mero hecho de tener o incluso de desear tener hijos, sin embargo, no basta para alcanzar la generatividad. De hecho, parecería que algunos padres jóvenes sufren a causa de la demora con que aparece la capacidad para desarrollar esta etapa. Las razones se encuentran a menudo en las impresiones de la temprana infancia, en un excesivo autoamor basado en una personalidad demasiado laboriosamente autofabricada, y por último (y aquí volvemos al principio) en la falta de alguna fe, de una "creencia en la especie", que convirtiera a un niño en una responsabilidad que la comunidad acoge de buen grado.

En cuanto a las instituciones que protegen y refuerzan a la generatividad, sólo cabe decir que todas ellas codifican la ética de la sucesión generativa. Incluso cuando la tradición filosófica y espiritual sugiere el renunciamiento al derecho a procrear o a producir, ese temprano vuelco a "las cuestiones últimas", cuando está instituido en los movimientos monásticos, tiende a resolver al mismo tiempo el problema de su relación con el cuidado de las criaturas de este mundo y con la caridad que lo trasciende.

Si ésta fuera una teoría acerca de la vida adulta, resultaría indispensable y provechoso comparar ahora las teorías económicas y psicológicas

(por principio con las extrañas convergencias y divergencias entre Marx y Freud) y pasar luego a examinar la relación del hombre con su producción, así como con su progeñe.

Integridad del yo y desesperación

Sólo en el individuo que en alguna forma ha cuidado de cosas y personas y se ha adaptado a los triunfos y las desilusiones inherentes al hecho de ser el generador de otros seres humanos o de productos e ideas, puede madurar gradualmente el fruto de estas siete etapas. No conocemos mejor término para ello que el de integridad del yo. A falta de una definición clara, señalaremos unos pocos elementos que caracterizan dicho estado. Es la seguridad acumulada del yo con respecto a su tendencia al orden y el significado. Es un amor posnarcisista del yo humano —no el sí mismo— como una experiencia que trasmite un cierto orden del mundo y sentido espiritual, por mucho que se haya debido pagar por ella. Es la aceptación del propio y único ciclo de vida como algo que debía ser y que, necesariamente, no permitía sustitución alguna. Significa así, un amor nuevo y distinto hacia los propios padres; una camaradería con las formas organizadoras de épocas remotas y con actividades distintas, tal como se expresa en los productos y en los dichos simples de tales tiempos y actividades. Aun cuando puede percibir la relatividad de los diversos estilos de vida que han otorgado significado al esfuerzo humano, el poseedor de integridad está siempre listo para poder defender la dignidad de su propio estilo de vida contra toda amenaza física y económica, pues sabe que una existencia individual es la coincidencia accidental de sólo un ciclo vital con un fragmento de la historia, y que para él toda integridad humana se mantiene o se derrumba con ese único estilo de integridad de que él participa. El estilo de integridad desarrollado por su cultura o su civilización se convierte así en el “patrimonio de su alma”, el sello de la paternidad moral de sí mismo. En esa consolidación, la muerte pierde su carácter atormentador.

La falta o la pérdida de esta integración yoica acumulada, se expresa en el temor a la muerte: no se acepta el único ciclo de vida como lo esencial de la existencia. La desesperación expresa el sentimiento de que ahora el tiempo que queda es corto, demasiado corto para intentar otra vida y para probar caminos alternativos hacia la integridad. El malestar consigo mismo oculta la desesperación, las más de las veces bajo la forma de mil pequeñas sensaciones de desagrado que no equivalen a un gran remordimiento.

Para convertirse en un adulto maduro, cada individuo debe desarrollar en grado suficiente todas las cualidades yoicas mencionadas, de modo que un indio sabio, un verdadero caballero y un campesino maduro comparten y reconocen, unos en otros, la etapa final de la integridad. Pero

para desarrollar el estilo particular de ella sugerido por su ubicación histórica, cada integridad cultural utiliza una combinación privativa de estos conflictos, junto con provocaciones y prohibiciones específicas de la sexualidad infantil. Los conflictos infantiles se vuelven creadores sólo si cuentan con el firme apoyo de las instituciones culturales y las clases dirigentes especiales que las representan. A fin de acercarse a la integridad o de experimentarla, el individuo debe aprender a seguir a los portadores de imágenes en la religión y en la política, en el orden económico y en la tecnología, en la vida aristocrática y en las artes y las ciencias. Por tanto, la integridad yoica implica una integración emocional que permite la participación por consentimiento así como la aceptación de la responsabilidad del liderazgo.

El *Webster's Dictionary* tiene la gentileza de ayudarnos a completar este bosquejo en una forma circular. *Confianza* (el primero de nuestros valores yoicos) se define aquí como "la seguridad con respecto a la integridad de otro", el último de nuestros valores. Sospechamos que Webster se refería a los negocios antes que a los niños, y al crédito antes que a la fe. Pero la formulación sigue siendo válida. Y parece posible parafrasear aún más la relación entre la integridad adulta y la confianza infantil diciendo que los niños sanos no temerán a la vida si sus mayores tienen la integridad necesaria como para no temer a la muerte.

Un diagrama epigenético

En esta teoría se pone atención principalmente en las etapas de la infancia. Con todo, la concepción precedente del ciclo de vida necesita un tratamiento sistemático. Para prepararlo, concluiremos esta teoría con un diagrama. En él, la diagonal representa la secuencia normativa de adquisiciones psicosociales realizadas a medida que en cada etapa un nuevo conflicto nuclear agrega una nueva cualidad yoica, un nuevo criterio de fortaleza humana acumulada. Por debajo de la diagonal hay un espacio para los precursores de cada una de estas soluciones, todas las cuales existen desde el principio; sobre la diagonal hay un espacio para los derivados de esas adquisiciones y sus transformaciones en la personalidad ya madura y en maduración.

Los supuestos subyacentes a tal diagrama son: *a*) que la personalidad humana se desarrolla, en principio, de acuerdo con pasos predeterminados en la disposición de la persona en crecimiento a dejarse llevar hacia un radio social cada vez más amplio, a tomar conciencia de él y a interactuar con él; *b*) que la sociedad tiende en principio a estar constituida de tal modo que satisface y provoca esta sucesión de potencialidades para la interacción y de intentos para salvaguardar y fomentar el ritmo adecuado y la secuencia adecuada de su desenvolvimiento. Éste es el "mantenimiento del mundo humano".

Pero un diagrama sólo es una herramienta que ayuda a pensar y no puede aspirar a ser una prescripción que debe seguirse, sea en la práctica de la educación infantil, en la psicoterapia o en la metodología del estudio del niño. Al presentar las etapas psicosociales en forma de diagrama epigenético, lo hacemos teniendo en cuenta pasos metodológicos definidos y delimitados. Uno de los propósitos de esta teoría es facilitar la comparación de las etapas que Freud discernió en un principio como sexuales, con otros programas del desarrollo (físico, cognoscitivo). Pero todo diagrama delimita sólo un plan y no debe entenderse que nuestro bosquejo del programa psicosocial aspira a implicar oscuras generalidades con respecto a otros aspectos del desarrollo o incluso de la existencia. Si el diagrama, por ejemplo, enumera una serie de conflictos o crisis, no consideramos todo desarrollo como una serie de crisis: sólo afirmamos que el *desarrollo psicosocial* procede según pasos críticos, siendo lo "crítico" una característica de los cambios decisivos, de los momentos de elección entre el progreso y la regresión, la integración y el retardo.

Quizá convenga formular ahora las consecuencias metodológicas de una matriz epigenética. Los cuadrados de trazo más grueso sobre la diagonal significan tanto una secuencia de etapas como un desarrollo gradual de las partes constitutivas; en otras palabras, el diagrama formaliza una progresión en el tiempo de una diferenciación de las partes. Ello indica: *a)* que cada ítem crítico de fortaleza psicosocial considerado aquí, está sistemáticamente relacionado con todos los demás, y que todos ellos dependen del desarrollo apropiado, en la secuencia adecuada, de cada uno, y *b)* que cada ítem existe en alguna forma antes de que llegue normalmente su momento crítico.

Si decimos, por ejemplo, que una proporción favorable de confianza básica con respecto a la desconfianza básica constituye el primer paso en la adaptación psicosocial, y una proporción favorable de voluntad autónoma con respecto a la vergüenza y la duda, el segundo, la afirmación diagramática correspondiente, expresa un número de relaciones fundamentales que existen entre los dos pasos, así como algunos hechos esenciales para ambos. Cada uno de ellos llega a su culminación, enfrenta su crisis y encuentra su solución perdurable durante la etapa indicada. Pero todas deben existir desde el comienzo en alguna forma, pues todo acto requiere una integración de todos los otros actos. Asimismo, un niño puede mostrar algo similar a la *autonomía* desde el comienzo, en la forma particular en que intenta airadamente liberarse cuando se siente apretado. Con todo, en condiciones normales, sólo durante el segundo año comienza a experimentar toda la oposición crítica que significa ser una criatura autónoma y, al mismo tiempo, dependiente; y sólo entonces está listo para un encuentro decisivo con su medio social, un medio que, a su vez, se siente llamado a transmitirle sus ideas y conceptos particulares de autonomía y coerción en formas que

<p>SENSORIO ORAL</p>	<p>Confianza vs. Desconfianza</p>		
<p>MUSCULAR ANAL</p>		<p>Autonomía vs. Vergüenza Duda</p>	
<p>LOCOMOTOR GENITAL</p>			<p>Iniciativa vs. Culpa</p>

Figura 10.1

contribuyen decisivamente al carácter y a la salud de su personalidad en su cultura. Es este encuentro, junto con la crisis resultante, lo que hemos descrito tentativamente en cada etapa. En cuanto al pasaje de una etapa a la siguiente, la diagonal indica la secuencia a seguir. Con todo, también deja lugar para variaciones, en el ritmo y la intensidad. Un individuo, o una cultura, pueden demorarse excesivamente en la confianza y pasar de I/1, saltando I/2, a II/2, o bien una progresión acelerada puede desplazarse desde I/1, saltando II/1, a II/2. No obstante, se supone que cada una de tales aceleraciones o retardos (relativos) tiene una influencia modificadora sobre todas las etapas posteriores.

Así, un diagrama epigenético presenta un sistema de etapas mutuamente dependientes; y si bien las etapas individuales pueden haber sido exploradas en forma más o menos completa o denominadas en forma más o menos adecuada, el diagrama sugiere que su estudio se efectúe teniendo siempre en cuenta la configuración total de las etapas. El diagrama invita, pues, a una elaboración de todos sus recuadros vacíos: si hemos anotado "confianza básica" en I/1, "integridad" en VIII/8, dejamos planteada la interrogante en cuanto a qué podría haber llegado a ser la confianza en una etapa dominada por la necesidad de integridad, tal como lo hacemos en cuanto a las características que puede tener e in-

cluso qué nombres puede recibir en la etapa dominada por una tendencia a la autonomía (II/1). Sólo queremos subrayar que la confianza debe haberse desarrollado por derecho propio, antes de convertirse en algo más que el encuentro crítico en el que se desarrolla la autonomía y así sucesivamente, siguiendo la línea vertical. Si, en la última etapa (VIII/1) cabe esperar que la confianza se haya convertido en la fe más madura que una persona que envejece puede alcanzar en su marco cultural y su periodo histórico, el cuadro permite la consideración no sólo de lo que debe ser la ancianidad, sino también de cuáles deben haber sido sus etapas preparatorias. Todo esto debería poner en claro que un cuadro de la epigénesis sugiere una forma global de pensar y repensar que deja los detalles relativos a la metodología para un estudio ulterior.

Para dejar esta cuestión realmente abierta, sería necesario evitar ciertos usos erróneos de toda esta concepción; entre ellos está el supuesto de que el sentimiento de confianza (y todos los otros *sentimientos positivos* postulados) constituye un logro, alcanzado de una vez y para siempre en un estado determinado. De hecho, algunos autores están tan empeñados en construir una esca de logros a partir de estas etapas, que omiten alegremente todos los *sentimientos negativos* (desconfianza básica, etc.), que son y serán durante toda la vida la contraparte dinámica de los positivos. El supuesto de que en cada etapa se alcanza una bondad que es impermeable a nuevos conflictos internos y a las condiciones cambiantes constituye, según creemos, una proyección en el desarrollo infantil de esa ideología del éxito que puede impregnar tan peligrosamente nuestras ensoñaciones privadas y públicas y puede volvernos ineptos en la lucha por una existencia significativa en una nueva era industrial de la historia. La personalidad se debate continuamente con los peligros de la existencia, tal como el metabolismo del cuerpo lo hace con el deterioro. Cuando llegamos a diagnosticar un estado de fortaleza relativa y los síntomas de su menoscabo, sólo así enfrentaremos más claramente las paradojas y las trágicas potenciales de la vida humana.

El hecho de despojar a las etapas de todo, salvo sus *logros* tiene su contraparte en los intentos por describirlas o estudiarlas como *rasgos* o *aspiraciones*, sin construir primero un puente sistemático entre la concepción propuesta en esta teoría y los conceptos predilectos de otros investigadores. Si lo dicho se parece a una queja, no tiene como fin disimular el hecho de que, al dar a esas fortalezas las designaciones por las cuales han adquirido en el pasado incontables connotaciones de bondad superficial, simpatía afectada y virtud demasiado esforzada, ha contribuido a crear malentendidos y usos erróneos. Creemos, con todo, que hay una relación intrínseca entre el yo y el lenguaje y que, a pesar de las vicisitudes pasajeras, ciertas palabras básicas conservan significados esenciales.

	1	2	3	4	5	6	7	8
Sensorio oral	Confianza vs. Desconfianza							
Muscular anal		Autonomía vs. Vergüenza Duda						
Locomotor genital			Iniciativa vs. Culpa					
Latencia				Industria vs. Inferioridad				
Pubertad y adolescencia					Identidad vs. Difusión del R o P			
Adultez joven						Intimidad vs. Alamiento		
Adultez							Generatividad vs. Estancamiento	
Madurez								Integridad vs. Desesperación

Figura 10.2

Desde entonces, Erikson ha intentado formular para el *Humanist Frame* de Julian Huxley (Allen y Unwin, 1961; Harper y Brothers, 1962), un bosquejo de fortalezas esenciales que la evolución ha introducido tanto en el plan general de las etapas de la vida como en las instituciones del hombre. Si bien no se pueden examinar aquí los problemas metodológicos involucrados (y agravados por el uso de la expresión *virtudes básicas*), debería incluir la lista de dichas fortalezas porque constituyen en realidad el resultado perdurable de las *proporciones favorables* mencionadas a cada paso en el capítulo sobre etapas psicosociales. Helas aquí:

Confianza básica y desconfianza básica: *pulsión y esperanza*.
 Autonomía y vergüenza y duda: *autocontrol y fuerza de voluntad*.
 Iniciativa y culpa: *dirección y propósito*.
 Industria e inferioridad: *método y capacidad*.
 Identidad y confusión de rol: *devoción y fidelidad*.
 Intimidad y aislamiento: *afiliación y amor*.
 Generatividad y estancamiento: *producción y cuidado*.
 Integridad del yo y desesperación: *renunciamiento y sabiduría*.

Las palabras en cursiva se denominan virtudes básicas porque sin ellas y sin su reemergencia de una generación a otra, todos los otros sistemas, más cambiantes, de valores humanos, pierden su espíritu y su penitencia. De esta lista, hasta ahora, Erikson ha podido dar una descripción más detallada sólo de la fidelidad (véase *Youth, Change and Challenge*, E. H. Erikson, director, Basic Books, 1963). Pero de nuevo, la lista representa una concepción total dentro de la cual hay amplia oportunidad para un examen de la terminología y la metodología.

Bibliografía

- ERIKSON, E. H., *Infancia y sociedad*, Ed. Hormé, Buenos Aires (segunda edición), 1966.
 ERIKSON, E. H. (dir.), *Youth, Change and Challenge*, Basic Books, 1963.

11

TEORÍA DE RELACIONES DE OBJETO EN PSICOANÁLISIS

El presente capítulo se expondrán una serie de teorías cuya denominación genérica es *Teorías de relaciones de objeto en psicoanálisis*, las cuales se han generado a partir de Freud y de algunos de sus primeros discípulos, pero han encontrado su desarrollo más importante en el terreno teórico a partir de los años cuarenta, mientras que su aplicación clínica se extiende a partir de finales de los sesenta.

Aunque Freud no utilizó el término *objetos internos*, propició conceptos equivalentes: *huellas mnémicas, representaciones mentales, introjectos, identificaciones y estructuras psíquicas*.

Cuando Freud publicó, en 1905, *Tres ensayos de una teoría sexual*, hizo algunas puestas novedosas. La más original fue la división del instinto sexual en un objeto y una meta. Definía al objeto sexual como una persona: "Introduzcamos dos términos: llamemos objeto sexual a la persona de la que parte la atracción sexual, y meta sexual a la acción hacia la cual se esfuerza la pulsión" (pág. 123). Por esta época, Freud creía que en los estadios más tempranos, el instinto sexual infantil no necesita de un objeto (es autoerótico); pero muy pronto aparecen instintos parciales que "(...) desde el comienzo involucran a otras personas en calidad de objetos sexuales" (*op. cit.*, pág. 174).

Los comienzos de la psicología del *self* se pueden fechar en 1914 en el *Ensayo sobre narcisismo*, donde Freud ofrece el primer análisis del problema de las relaciones de objeto. Lo esencial de la tesis de 1914 se resume en lo siguiente:

1. Presenta a la libido como una fuerza susceptible de variación cualitativa y cuantitativa, narcisista y objetal, cuyos movimientos explican las manifestaciones de la psicosexualidad.
2. Contiene la primera presentación sistemática de la elección de objeto.
3. Establece los diversos significados del narcisismo.

4. Brinda una clasificación nueva de la psicopatología: la división en neurosis narcisistas, en las que el paciente es incapaz de establecer un vínculo emocional estable con el terapeuta y neurosis de transferencia donde esto si es posible.
5. Introduce, por vez primera, el concepto de un ideal del yo, que dará origen a la estructura del superyó.

En *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921c), Freud añade otros dos conceptos capitales, la diferencia entre la elección de objeto, ya señalada en 1914, y la identificación con objeto. En cuanto a la elección de objeto realizada por el ser humano, Freud establece la división entre *elección de objeto narcisista*, refiriéndose a que se elige al objeto en función de lo que uno es, o cree ser; y *elección de objeto anaclítica*, referida a que se elige el objeto de acuerdo con la persona que nos cuidó en el periodo de dependencia. En 1921, Freud estudia las dos actitudes fundamentales que debe asumir un niño para lograr su independencia psíquica:

- a) La elección de objeto, es decir, cuál de los padres ha de ser el modelo sexual hacia el que orientará sus necesidades instintivas, y
- b) La identificación con un objeto cuyo significado se refiere a cuál de los progenitores normará su modelo del rol, su identidad sexual y el carácter de su ego.

En *el yo y el ello* (1923b), Freud desarrolla cabalmente la hipótesis estructural, y dentro de la formación del yo da importancia fundamental a la identificación como una de las formas principales de construcción de la estructura, sobre todo porque con ello explica la adquisición de energía para esta estructura.

Pero, por otra parte, al formular la hipótesis estructural, el pensamiento freudiano hace hincapié en las características formales del conflicto intrapsíquico e intersistémico, más que en el contenido del mismo. Esta tradición va a ser continuada por los últimos discípulos que tuvo en vida el maestro, en especial Hartmann, quien retoma la necesidad de hacer del psicoanálisis una ciencia con características positivistas, más cercana a la biología, y con pretensiones de constituirla en una psicología general, lo cual dio origen a la *psicología psicoanalítica del ego*, que dominaría por muchos años el campo teórico y clínico del psicoanálisis, particularmente en los Estados Unidos de Norteamérica. Los últimos tiempos de Freud, en Inglaterra, y el advenimiento de su hija Anna al psicoanálisis, así como las necesidades de la Segunda Guerra Mundial, determinaron un aumento del interés del psicoanálisis por los niños y en general por los estudios del desarrollo, lo cual permitió se creara una teoría psicoanalítica del desarrollo que, a partir de la teoría de la evolu-

ción de la libido, expuesta por Abraham desde 1911 y desarrollada por Freud (la cual mantiene un pensamiento instintivo, biológico, sobredeterminado, inevitable), da lugar lentamente a la elaboración de teorías del desarrollo que toman cada vez más en cuenta la interacción del niño con su medio, en particular con sus objetos tempranos.

Describir las aportaciones de la teoría de las relaciones de objeto en psicoanálisis, obliga a hacer divisiones teóricas, geográficas, clínicas y hasta políticas, según los conocimientos y preferencias particulares. En un principio, los autores dedicados a estudiar el tema se encontraban relativamente aislados, por lo que el intercambio de información era escaso y no siempre veraz. Actualmente, con el desarrollo y la velocidad de la difusión, la información amenaza con convertirse en excesiva, mal clasificada y desde luego fuera del alcance, por falta de tiempo, de la mayor parte de los interesados, particularmente en nuestro idioma. Antes de 1970 las citas eran pocas y no siempre al alcance del público profesional, pero en la década de los 70 hay muchas aportaciones tanto teóricas como clínicas, lo cual amenazaba con crear una gran confusión. Ahora parece que el panorama está más claro y eso nos permite, en primer lugar, ubicar las aportaciones fundamentales al campo de la teoría de las relaciones de objeto, y posteriormente describir el estado actual de las cosas.

ESCUELA INGLESA DE RELACIONES OBJETALES

Podemos iniciar nuestra revisión, con la llamada Escuela inglesa de relaciones objetales. El psicoanálisis en Gran Bretaña fue iniciado por Ernest Jones, con la fundación de la Sociedad inglesa de psicoanálisis, en 1913, intento que no fructificó debido a las presiones del grupo jungiano. Fue reconstituida en 1919 y Jones fue su presidente hasta 1944.

Lo peculiar del escenario británico ha sido la existencia de tres grupos desde la década de los treinta: el primero encabezado por Melanie Klein, el segundo con Anna Freud al frente, y un tercer grupo no comprometido con ninguno de los dos anteriores. Klein se consideraba freudiana ortodoxa, pero fue incapaz de colaborar con Anna Freud en el terreno teórico, y esto llevó a un endurecimiento de las relaciones entre ambos grupos. De los dos grupos, es el de Klein quien se ocupó desde el principio de las relaciones de objeto internalizados, aunque viéndolos siempre como parte de una estructura intrapsíquica presente desde el nacimiento; mientras que el grupo de Anna Freud se mantuvo más en la línea de la psicología del yo y favoreció los estudios de desarrollo longitudinal, que a la postre darían a luz al *Hampstead Index*.

Dentro de la escuela kleiniana han destacado, entre otros, Hanna Segal, Susana Isacc, W. Bion. Mientras que en la escuela de Anna Freud han destacado H. Nagera, J. Sandler, y E. Freud entre otros.

Dentro del tercer grupo que cobró mayor fuerza pues se nutrió de ambos bandos y a su vez los influenció, no sólo a los ingleses sino también a los estadounidenses, se encuentran D. W. Fairbairn, Michael Balint y D. Winnicott, así como algunos de sus alumnos más destacados como H. Guntrip y D. Sutherland entre otros.

MELANIE KLEIN

Para Melanie Klein, el concepto de instinto tiene un papel destacado en el desarrollo de sus teorías. Define las fantasías inconscientes como la expresión mental de los instintos, y señala su presencia desde el principio de la vida.

Para Klein, la formación de las fantasías es una función del yo; es la expresión instintiva por medio del yo, lo que implica que éste es capaz de formar relaciones objetales primitivas impulsado por los instintos y por la ansiedad. Las fantasías inconscientes determinan, asimismo, la interpretación de la realidad, aunque ésta influye secundariamente en ellas.

La fantasía tiene también funciones defensivas, pues la gratificación derivada de las fantasías contrarresta la frustración del mundo externo.

Klein aborda el estudio de las relaciones objetales para lo cual distingue dos periodos durante el primer año de vida, a los que llamó *posiciones esquizoparanoide y depresiva*, donde el papel jugado por los instintos es primordial.

La posición esquizoparanoide, debe su nombre a las dos experiencias que, según Klein, aparecen al principio de la vida. Desde su posición instintivista, Melanie Klein elabora su concepción de la psique a partir de la existencia de dos instintos fundamentales: eros y tanatos, los cuales en el principio se encuentran separados, es decir, tienen existencias independientes, y son vividos como dos fuerzas separadas con las que el yo debe lidiar mediante los mecanismos de proyección, introyección y escisión. Segal (1964) afirma que debemos ver los mecanismos de defensa utilizados en la posición esquizoparanoide como pasos graduales de desarrollo. En situaciones de ansiedad, la escisión, la proyección y la introyección se usan para mantener lo más alejado posible a los objetos buenos de los malos y para tener a ambos bajo control. Cuando la persecución es tan intensa que no puede ser elaborada, se le puede negar completamente. Otra manera en que se utiliza la negación omnipotente contra una persecución excesiva es idealizar al objeto perseguidor.

Lo más importante de esta fase, es que describe un estadio de la mente en el cual coexisten impulsos opuestos, que determinan un funciona-

miento del yo fragmentado, escindido, con características paranoides, con el consecuente uso de defensas primitivas de proyección, introyección y negación, y que su alteración es un punto de fijación al que si se regresa se presentan fenómenos psicóticos.

Klein describe a la posición depresiva como la fase del desarrollo en la que el bebé reconoce un objeto total y se relaciona con él. Desde el punto de vista de la teoría de los instintos, esto es posible porque la separación de los instintos deja su lugar a la fusión de los mismos, es decir que ambos instintos, de vida y de muerte, se orientan hacia el mismo objeto, y se presenta, por consiguiente, la ambivalencia. En la posición depresiva, las ansiedades brotan de la ambivalencia, y la principal es la ansiedad producto del temor del bebé de que sus impulsos destructivos aniquilen al objeto amado del que depende totalmente. El reconocimiento de sus impulsos destructivos ante su objeto amado le causan culpa y ésta, a su vez, depresión y un sentimiento de desesperación. Esta experiencia repetida le lleva a utilizar defensas de dos tipos: reparación y defensas maniacas. La reparación, que implica la posibilidad de elaborar el duelo, el dolor por la pérdida, conduce a una mayor integración del yo. En cambio, en la defensa maniaca que surge cuando la culpa y la pérdida resultan intolerables, la relación con el objeto se caracteriza por el control, el triunfo y el desprecio. Lograr el control del objeto es una manera de negar la dependencia que se tiene de él, obligándolo a satisfacer, a la vez, tal dependencia. Un objeto controlado es un objeto con el que se puede contar. En el triunfo, la sensación de éxito sirve para mantener a raya los sentimientos depresivos, como sentir nostalgia y anhelar al objeto. El desprecio, por consecuencia es una negación directa del valor del objeto y sirve para aminorar la culpa de su destrucción. "Un objeto despreciable no merece que se sienta culpa por él, y el desprecio se convierte en justificación para seguir atacándolo" (Segal, *op. cit.*).

Fantasía

En su obra, Melanie Klein amplió mucho el concepto freudiano de fantasía inconsciente y le dio mayor importancia. Las fantasías inconscientes están siempre manifiestas y activas en todo individuo. Es decir, que su presencia no es índice de enfermedad ni de falta de sentido de la realidad. Lo que determinará el estado psíquico del sujeto es la naturaleza de estas fantasías inconscientes y su relación con la realidad externa.

Según Melanie Klein, la fantasía inconsciente es la expresión mental de los instintos y por consiguiente existe, como estos, desde el comienzo de la vida. Por definición, los instintos son buscadores-de-objetos. En el aparato mental se siente al instinto vinculado con la fantasía de un objeto adecuado a él. De este modo, para cada pulsión instintiva hay una fantasía correspondiente. Al deseo de comer le corresponde la fan-

tasía de algo comestible que satisfaría ese deseo: el pecho. Lo que Freud describe como *realización alucinatoria de deseos* se basa, de acuerdo con Klein en que una fantasía inconsciente acompaña y expresa a la pulsión instintiva.

Crear fantasías es una función del yo. La concepción de la fantasía como expresión mental de los instintos por mediación del yo supone mayor grado de organización yoica del que postula Freud. Hace pensar que, desde el nacimiento, el yo es capaz de establecer —y de hecho los instintos y la ansiedad lo impulsan a ello— relaciones objetales primitivas en la fantasía y en la realidad. Desde el momento del nacimiento, el bebé tiene que enfrentarse con la realidad, choque que comienza con el nacimiento mismo y prosigue con innumerables experiencias de gratificación y frustración de sus deseos. Estas experiencias con la realidad se proyectan inmediatamente en la fantasía inconsciente, que a su vez influye en ellas. La fantasía no es sólo una fuga de la realidad; es un concomitante persistente de las experiencias reales en constante interacción con ellas.

Si bien la fantasía inconsciente influye y altera sin pausa la percepción o la interpretación de la realidad, lo inverso también es cierto; la realidad incide en la fantasía inconsciente, puesto que la capta e incorpora.

Hasta aquí hemos insistido en el papel de la fantasía como expresión mental de los instintos, en contraposición con la concepción que la considera sólo como instrumento de defensa y medio de escapar a la realidad externa. Pero las funciones de la fantasía son múltiples y complicadas, puesto que tienen un aspecto defensivo que se debe tener en cuenta. Como el objetivo de la fantasía es satisfacer pulsiones instintivas al prescindir de la realidad externa, se puede considerar que la gratificación proveniente de la fantasía es una defensa contra la realidad externa de la privación. Es, sin embargo, más que eso: constituye una defensa contra la realidad interna. Además, algunas fantasías se pueden utilizar aun como defensa contra otras fantasías.

Al considerar la utilización de la fantasía inconsciente como defensa, nos preguntamos cuál es exactamente su relación con los mecanismo de defensa. En pocas palabras, la distinción reside en la diferencia entre el proceso real y su representación mental detallada, específica.

Cuando consideramos la relación entre la fantasía y los mecanismos de introyección y proyección se aclara en cierta medida la compleja relación existente entre la fantasía inconsciente, mecanismos y estructura mental.

Freud definió al yo como un *precipitado de catexias de objeto abandonadas*. Tal precipitado está compuesto por objetos introyectados. El primero de dichos objetos descrito por Freud es el *superyó*. El análisis de las tempranas relaciones objetales proyectivas e introyectivas ha revelado fantasías de objetos introyectados en el yo desde la más temprana

infancia, comenzando por la introyección de los pechos ideales y persecutorios. Primero se introyectan objetos parciales: el pecho y luego el pene. Después se introyectan objetos totales: la madre, el padre, la pareja parental. Cuanto más temprana es la introyección, más fantásticos son los objetos introyectados, y más distorsionados están por lo que se ha proyectado en ellos. A medida que prosigue el desarrollo y se acrecienta el sentido de realidad, los objetos internos se aproximan más a las personas reales del mundo exterior.

El yo se identifica con algunos de estos objetos: identificación introyectiva. Estos objetos son asimilados por el yo y contribuyen a su desarrollo y características. Otros permanecen como objetos internos separados y el yo mantiene relación con ellos (el superyo es uno de estos objetos). También se advierten los objetos internos en relación mutua; por ejemplo, se siente que los perseguidores internos atacan al objeto ideal tanto como al yo. De este modo se construye paulatinamente un complejo mundo interno. La estructura de la personalidad está determinada en gran parte por las fantasías más permanentes del yo sobre sí mismo y los objetos que contiene.

El hecho de que haya tan estrecha relación entre estructura y fantasía inconsciente es importantísimo: es esto lo que hace posible influir en la estructura del yo y del superyo mediante el análisis, pues justamente al analizar las relaciones del yo con los objetos, internos y externos, y al modificar las fantasías sobre estos objetos, podemos influir esencialmente sobre la estructura más permanente del yo.

La posición esquizoparanoide

Como sugerimos en el apartado anterior, el concepto de fantasía inconsciente tal, como lo utiliza Melanie Klein, implica mayor grado de organización yoica del que suponía Freud. La discusión que sostienen los analistas sobre el estado del yo en los primeros meses de la infancia no se reduce a una cuestión de mutuos malentendidos o diferente utilización del lenguaje. Se trata de una verdadera divergencia, muy importante, sobre cómo son realmente las cosas. Por supuesto, las experiencias atribuidas al bebé dependerán del cuadro que se tenga de su yo en cada etapa. Para que una descripción de los procesos implicados tenga sentido, debe comenzar con la descripción del yo.

Melanie Klein asevera que hay suficiente yo al nacer como para sentir ansiedad, utilizar mecanismos de defensa y establecer primitivas relaciones objetales en la fantasía y en la realidad. Esta concepción no difiere por completo de la de Freud. Algunos conceptos freudianos implican, al parecer, la existencia de un yo temprano. Freud describe también un mecanismo de defensa temprano, la deflexión del instinto de muerte, que ocurre al comienzo de la vida, y su concepto de realización alucina-

toria-de-deseos implica un yo capaz de establecer una relación entre objetos de la fantasía.

Suponer que desde el principio el yo es capaz de sentir ansiedad, utilizar mecanismos de defensa y establecer relaciones entre objetos, no significa que al nacer el yo se parezca mucho al de un bebé de seis meses bien integrado, no digamos al de un niño o de un adulto plenamente desarrollado.

Al principio el yo está muy desorganizado, pero de acuerdo con la orientación general del crecimiento fisiológico y psicológico tiene desde el comienzo la tendencia a integrarse. A veces, bajo la influencia del instinto de muerte y de una ansiedad intolerable, esta tendencia pierde toda efectividad y se produce una desintegración defensiva. Por tanto, en las primeras etapas del desarrollo, el yo es lábil, se halla en estado de constante influencia, su grado de integración varía de día en día, y aun de un momento a otro.

El yo inmaduro del bebé está expuesto desde el nacimiento a la ansiedad provocada por la innata polaridad de los instintos —el conflicto inmediato entre instinto de vida e instinto de muerte. Está también inmediatamente expuesto al choque con la realidad externa, que le produce situaciones de ansiedad. Cuando se enfrenta con aquella que le produce el instinto de muerte, el yo lo deflexiona. Esta deflexión del instinto de muerte, descrita por Freud, consiste, según Melanie Klein, en parte de una proyección, en parte de la conversión del instinto de muerte, en agresión.

El yo se escinde y proyecta fuera de su parte que contiene el instinto de muerte, poniéndola en el objeto externo original: el pecho. Es así como el pecho —al que se siente conteniendo gran parte del instinto de muerte— llega a sufrirse como malo y amenazador para el yo, lo cual origina un sentimiento de persecución. De este modo, el miedo original al instinto de muerte se transforma en miedo a un perseguidor. A menudo se siente que la intrusión del instinto de muerte en el pecho escinde a éste en muchos pedazos, de manera que el yo se encuentra ante multitud de perseguidores, pues parte del instinto de muerte que queda en el yo se convierte en agresión y se dirige contra aquellos.

Al mismo tiempo se establece una relación con el objeto ideal. Así como se proyecta fuera el instinto de muerte, para evitar la ansiedad que surge de contenerlo, así también se proyecta la libido, a fin de crear un objeto que satisfaga la pulsión instintiva del yo a conservar la vida. Lo mismo que ocurre con el instinto de muerte, pasa con la libido. El yo proyecta parte de ella fuera, y utiliza la restante para establecer una relación libidinal con ese objeto ideal. De este modo, muy pronto el yo tiene relación con dos objetos: el objeto primario, el pecho, está en tal etapa disociado en dos partes, el pecho ideal y el persecutorio. La fantasía del objeto ideal se fusiona con experiencias gratificadoras de ser

amado y amamantado por la madre externa real, que a su vez confirman dicha fantasía. En forma similar, la fantasía de persecución se fusiona con experiencias reales de privación y dolor, atribuidas por el bebé a los objetos persecutorios. A su vez la privación se convierte no sólo en falta de gratificación, sino también en amenaza de ser aniquilado por los perseguidores. El objetivo del bebé es tratar de adquirir y guardar dentro de sí al objeto ideal, e identificarse con éste, que es para él quien le da vida y lo protege, y mantener fuera el objeto malo y las partes del yo que contienen el instinto de muerte. La ansiedad predominante de la posición esquizoparanoide es que el objeto u otros objetos persecutorios se introducirán en el yo y avasallarán y aniquilarán tanto al objeto ideal como al yo. Estas características de la ansiedad y de las relaciones objetales sufridas durante esta fase del desarrollo llevaron a Melanie Klein a denominar *esquizoide* la posición esquizoparanoide, ya que la ansiedad predominante es paranoide y el estado del yo y de sus objetos se caracteriza por la escisión.

Contra la abrumadora ansiedad de ser aniquilado, el yo desarrolla una serie de mecanismos de defensa, siendo probablemente el primero, el uso defensivo de la introyección y de la proyección. Hay situaciones en que se proyecta lo bueno, para mantenerlo a salvo de lo que se siente como abrumadora maldad interna, y otras en que se introyectan los perseguidores e incluso se hace una identificación con ellos, en un intento de controlarlos. El rasgo constante es que, en situaciones de ansiedad, aumenta la disociación y se utiliza la proyección y la introyección para mantener a los objetos persecutorios tan alejados como sea posible de objetos ideales, a la vez que se mantiene a ambos bajo control.

La escisión se vincula con la creciente idealización del objeto, cuyo propósito es mantenerlo muy alejado del objeto persecutorio y hacerlo invulnerable. Esta idealización extrema se vincula también con la negación mágica omnipotente. Cuando la persecución es tan intensa que se hace insoportable, se puede negar completamente. Esta negación mágica se basa en la fantasía de total aniquilación de los perseguidores. Otra forma de utilizar la negación omnipotente como defensa contra la persecución excesiva es idealizar al objeto perseguidor mismo y tratarlo como ideal. A veces el yo se identifica con este objeto pseudoideal.

De la proyección original del instinto de muerte surge otro mecanismo de defensa, extremadamente importante, durante esta fase de desarrollo: *la identificación proyectiva*. En la identificación proyectiva se escinden partes del yo y objetos internos y son proyectados en el objeto externo, que queda entonces poseído y controlado por las partes proyectadas, e identificado con ellas.

La identificación proyectiva tiene múltiples propósitos: se le puede dirigir hacia el objeto ideal para evitar la separación, o hacia el objeto malo para obtener control de la fuente de peligro. Se pueden proyectar

varias partes del yo con diversos propósitos: proyectar partes malas del yo tanto para librarse de ellas como para atacar y destruir el objeto, y aun se pueden proyectar partes buenas para evitar la separación o para mantenerlas a salvo de la maldad interna, o mejorar al objeto externo por medio de una especie de primitiva reparación proyectiva. La identificación proyectiva comienza en cuanto se instala la proyección esquizoparanoide en relación con el pecho; pero persiste y muy a menudo se intensifica cuando la madre es percibida como objeto total y la identificación proyectiva penetra en todo su cuerpo.

Cuando los mecanismos de proyección, introyección, escisión, idealización, negación e identificación proyectiva e introyectiva no alcanzan a dominar la ansiedad y ésta invade al yo, puede surgir la desintegración del mismo como medida defensiva. El yo se fragmenta y escinde en partes para evitar la experiencia de ansiedad. Este mecanismo, muy dañino para el propio yo, generalmente aparece combinado con la identificación proyectiva: de inmediato se proyectan las partes fragmentadas. Este tipo de identificación proyectiva es de carácter patológico cuando es utilizada extensamente. Trataremos esto con más detalle en el próximo apartado.

El bebé utiliza diversos mecanismos de defensa para protegerse de sentir, al principio, el miedo a la muerte desde dentro, y a los perseguidores externos e internos, una vez que ha deflexionado el instinto de muerte. Pero todos esos mecanismos originan a su vez ansiedades propias. La identificación proyectiva provoca diversas ansiedades. Las dos más importantes son las siguientes: el miedo de que el objeto atacado se proyecte sobre uno en represalia, y la ansiedad de tener partes de uno mismo aprisionadas y controladas por el objeto en el que se han proyectado. Esta última ansiedad es particularmente intensa cuando se proyectaron partes buenas del yo, lo que produce la sensación de haber sido desposeído de estas partes buenas y de ser controlado por otros objetos.

La desintegración es el más desesperado de todos los intentos del yo para protegerse de la ansiedad. A fin de no sufrirla, el yo hace lo que puede por no existir; intento que origina una aguda ansiedad específica: la de hacerse pedazos y quedar pulverizado.

Al describir la posición esquizoparanoide insistimos en las ansiedades y defensas vinculadas con ella. Esto podría presentar un cuadro engañoso de los primeros meses del bebé. Es necesario recordar que el infante normal no pasa la mayor parte del tiempo en estado de ansiedad; por lo contrario, en circunstancias favorables, pasa la mayor parte del tiempo durmiendo, mamando, disfrutando de placeres reales o alucinados, y asimilando de este modo, gradualmente, su objeto ideal e integrando su yo. Pero todos los bebés tienen periodos de ansiedad, y las ansiedades y defensas que constituyen el núcleo de la posición esquizoparanoide son parte normal del desarrollo humano.

Ninguna experiencia de tal proceso se borra o desaparece jamás; debemos recordar que hasta en el individuo más normal ciertas situaciones removerán las ansiedades tempranas y pondrán en funcionamiento los tempranos mecanismos de defensa. Además, en una personalidad bien integrada, todas las etapas del desarrollo quedan incluidas, ninguna está escindida, apartada o rechazada. Ciertas conductas del yo en la posición esquizoparanoide son realmente muy importantes para el desarrollo posterior, mismo del que sientan las bases. Deben desempeñar un papel en la personalidad ya madura e integrada.

Una de las conductas de la posición esquizoparanoide es la escisión. La escisión es lo que permite al yo emerger del caos y ordenar sus experiencias. Por excesivo y extremo que pueda ser el comienzo, este ordenamiento de la experiencia que acompaña al proceso de escindir al objeto en uno bueno y en otro malo, sirve, sin embargo, para ordenar el universo de las impresiones emocionales y sensoriales del niño y es una condición previa para la integración posterior. Constituye la base de lo que será después la capacidad de discriminar, cuyo origen es la temprana diferenciación entre lo bueno y lo malo. Hay otros aspectos de la escisión que persisten en la madurez y que tienen mucha importancia en ella. Por ejemplo, la habilidad para prestar atención, o para suspender la propia emoción con el propósito de formarse un juicio intelectual, no se alcanzaría sin la capacidad para hacer una escisión temporal y reversible.

La escisión es también la base de lo que más tarde llegará a ser la represión. Si la escisión temprana ha sido excesiva y rígida, la represión posterior probablemente será de excesiva rigidez neurótica. Cuando la escisión temprana ha sido menos severa, la represión lesionará menos al sujeto, y el inconsciente estará en mejor comunicación con la mente consciente.

De este modo la escisión, siempre que no sea excesiva y no conduzca a la rigidez, repetimos, es un mecanismo de defensa de gran importancia, que no sólo sienta las bases de mecanismos posteriores y menos primitivos, como la represión, sino que continúa su funcionamiento en forma atemperada a lo largo de toda la vida.

Con la escisión se relacionan la ansiedad persecutoria y la idealización. Por supuesto que ambas distorsionan el juicio, cuando conservan su forma original en la vida adulta, pero algunos elementos de ansiedad persecutoria e idealización están presentes siempre en las emociones de la vida adulta y desempeñan un papel en ellas. Es necesario cierto grado de ansiedad persecutoria para poder reconocer, evaluar y reaccionar ante circunstancias externas realmente peligrosas. La creencia en la bondad de los objetos y de uno mismo se basa en la idealización, precursora de buenas relaciones objetales.

También la identificación proyectiva tiene sus aspectos valiosos. Ante todo, es la forma más temprana de empatía, y la capacidad para *ponerse*

en el lugar del otro se basa tanto en la identificación proyectiva como introyectiva. En la identificación proyectiva se basa también la primera clase de formación de símbolos. Al proyectar ángulos de sí en el objeto, e identificar partes del objeto con fragmentos del yo, éste último forma sus primeros y más primitivos símbolos.

Por consiguiente, no debemos considerar los mecanismos de la posición esquizoparanoide sólo como movimientos de defensa que protegen al yo de ansiedades inmediatas y abrumadoras, sino también como etapas progresivas del desarrollo.

Para que la posición esquizoparanoide dé lugar, en forma gradual y relativamente no perturbada, al siguiente paso del desarrollo, la posición depresiva, la condición previa necesaria es que las experiencias buenas predominen sobre las malas. A este procedimiento contribuyen tanto factores internos como externos.

Cuando las experiencias buenas predominan sobre las malas, el yo llega a creer que el objeto ideal prevalece sobre los objetos persecutorios, y sobre su propio instinto de muerte. Estas dos creencias, en la bondad del objeto y en la bondad del yo, van juntas, pues el yo continuamente proyecta fuera sus propios instintos con la distorsión de los objetos, y también introyecta sus objetos identificándose con ellos. También el yo se identifica repetidamente con el objeto ideal, adquiriendo así mayor fuerza y mayor capacidad para enfrentarse con ansiedades sin recurrir a violentos mecanismos de defensa; disminuye el miedo a los perseguidores y disminuye al igual la escisión entre objetos persecutorios e ideales. Se permite a ambos tipos que se aproximen más y esto les prepara para la integración. Simultáneamente, a medida que el yo se siente más fuerte, y con mayor afluencia de libido, disminuye la escisión dentro de sí; su relación con el objeto ideal es más estrecha, y le asusta menos su propia agresión y la ansiedad que ésta le provoca; sus partes buenas y malas pueden entrar en mayor contacto. A la vez que es menos importante la escisión y el yo tolera más su propia agresión, decrece la necesidad de proyectar y el yo puede tolerar cada vez mejor su propia agresión y sentirla como parte de sí, sin verse impulsado a proyectarla constantemente en sus objetos. De esta manera, se prepara para integrarlos, para integrarse él mismo y, por la disminución de los mecanismos proyectivos, distingue cada vez mejor entre lo que es yo y lo que es objeto. De este modo se prepara el terreno para la posición depresiva.

Envidia

Como dijimos en el apartado anterior, para que el bebé se desarrolle favorablemente durante la posición esquizoparanoide es esencial que las experiencias buenas predominen sobre las malas. Qué experiencia llega a tener realmente el bebé, depende tanto de factores externos como

internos. La privación externa física o mental, impide la gratificación; pero aunque el ambiente le proporcione experiencias aparentemente gratificadoras, los factores internos pueden alterarlas e incluso impedir las.

Melanie Klein considera la envidia temprana como uno de esos factores que actúan desde el nacimiento y afectan fundamentalmente las primeras experiencias del bebé. Desde luego, en la teoría y la práctica psicoanalíticas se ha reconocido desde hace mucho tiempo que la envidia es una emoción muy importante. Freud en especial prestó mucha atención a la envidia del pene, en la mujer. Pero la importancia de otros tipos de envidia —por la potencia entre los hombres; la del hombre por las posesiones o posesión de la mujer; la envidia de las mujeres entre sí— no se ha reconocido tan específicamente. En la literatura analítica y en la descripción de casos, la envidia desempeña un papel importante, pero con excepción del caso particular de la envidia del pene, hay una tendencia a confundir envidia con celos. Es interesante que en la literatura analítica se encuentre la misma confusión que en la vida cotidiana, en que por lo común se llama celos a la envidia. Por otra parte es realmente muy raro que se describan los celos como envidia.

Melanie Klein, en *Envidia y gratitud*, diferencia adecuadamente las emociones de envidia y celos. Considera que la primera es la más temprana, y muestra que constituye una de las emociones más primitivas y fundamentales. Se debe diferenciar la envidia temprana de los celos y de la voracidad.

Los celos se basan en el amor y su objetivo es poseer al objeto amado y excluir al rival. Corresponden a una relación triangular y por consiguiente a una época de la vida en que se reconocen y diferencian claramente los objetos. La envidia, en cambio, es una relación de dos partes en que el sujeto codicia al objeto por alguna posesión o cualidad; no es necesario que algún otro objeto viviente intervenga en ella. Los celos son necesariamente una relación de objeto total, mientras que la envidia se sufre esencialmente en función de objetos parciales, aunque persista en relaciones de objeto total.

El objetivo de la voracidad es poseer todo lo bueno que pueda extraerse del objeto, sin considerar las consecuencias. Esto puede tener por consecuencia la destrucción del objeto, arruinándose lo que tenía de bueno; pero la destrucción es contingente y no alcanza el fin que se buscaba. El fin es adquirir lo bueno a toda costa. En la envidia el objetivo es ser uno mismo tan bueno como el objeto; pero cuando esto se siente imposible, el objetivo se convierte en arruinar lo bueno que posee el objeto para suprimir la fuente de envidia. Es este aspecto dañino de la envidia lo que la hace tan destructiva para el desarrollo, pues convierte en mala la fuente misma de todo lo bueno, de la que depende el bebé, y por tanto impide la realización de buenas introyecciones. La envidia, aunque surge del amor y la admiración primitivos, tiene un componente libidinal menos

intenso que la voracidad, y está impregnada de instinto de muerte. Como ataca la fuente de vida, se puede considerar como la primera externalización directa del instinto de muerte.

La envidia se puede fusionar con la voracidad, constituyendo así otro determinante del deseo de agotar enteramente al objeto, no sólo para poseer todo lo bueno que éste tiene, sino también para vaciarlo intencionalmente, a fin de que no contenga nada envidiable. Es su mezcla con la envidia lo que suele trocar a la voracidad tan dañina y aparentemente tan intratable en el análisis. Pero la envidia no se detiene en agotar al objeto externo. El alimento mismo incorporado, en la medida en que se lo percibe como habiendo formado parte del pecho, es en sí mismo objeto de ataques envidiosos, que se dirigen entonces también al objeto interno. La envidia actúa además al utilizar la proyección, y con frecuencia esto es su mecanismo principal.

Si la envidia temprana es muy intensa, se interfiere con el funcionamiento normal de los mecanismos esquizoides. Como se ataca y arruina al objeto ideal, que es el que origina envidia, no se puede mantener el proceso de escisión en un objeto ideal y un objeto persecutorio, de fundamental importancia durante la posición esquizoparanoide. Esto conduce a una confusión entre lo bueno y lo malo, que interfiere con la escisión. Como no se puede mantener la escisión ni preservar un objeto ideal, quedan gravemente interferidas la introyección de tal objeto y la identificación con él. Y con esto, el desarrollo del yo debe sufrir necesariamente. Cuando la envidia es muy intensa, lleva a la desesperación. Como no se puede encontrar un objeto ideal, no hay ninguna esperanza de recibir amor ni ayuda alguna. Los objetos destruidos son fuente de incesante persecución y, posteriormente, de culpa. Al mismo tiempo, la falta de una buena introyección priva al yo de su capacidad de crecer y asimilar (la que disminuiría su sensación del abismo tremendo existente entre él y el objeto); surge así un círculo vicioso, en el que la envidia impide una buena introyección y esto a su vez la incrementa constantemente.

En contraste con la desvalorización y la proyección de la envidia, se puede recurrir a una rígida idealización, en un intento de preservar algún objeto ideal. Pero esta idealización es muy precaria, ya que cuanto más ideal es el objeto, más intensa es la envidia. Todas estas defensas lesionan al yo.

Psicopatología de la posición esquizoparanoide

Sabemos que en los primeros meses de la infancia yacen los puntos de fijación de la psicosis. Sabemos, además, que en la enfermedad psíquica se produce una regresión, no a una fase del desarrollo que fue en sí normal, sino a una fase en la que ya estaban presentes perturbaciones patológicas, que crearon bloqueos del desarrollo y constituyeron puntos

de fijación. Por consiguiente, tenemos derecho a suponer (y nuestra experiencia clínica ha confirmado ampliamente esta suposición) que, en la medida en que el psicótico hace una regresión a los primeros meses de la infancia, regresa a una fase del desarrollo que ya entonces poseía rasgos patológicos. Gracias al estudio de las historias de pacientes esquizofrénicos y esquizoides, y por la observación de bebés desde su nacimiento, estamos más capacitados para diagnosticar rasgos esquizoides en la temprana infancia y prever futuras dificultades. El psicoanálisis exhaustivo de pacientes esquizofrénicos de toda edad, incluyendo niños psicóticos, nos aclara la dinámica de las perturbaciones psicológicas de la temprana infancia.

Como se señaló en el apartado anterior, en el desarrollo normal la posición esquizoparanoide se caracteriza por la escisión entre los objetos buenos y malos y el yo que ama y que odia, escisión en que las experiencias buenas predominan sobre las malas. Ésta es una condición necesaria para que en estadios posteriores del desarrollo se produzca la integración. Hemos subrayado también que en este estadio el bebé llega a organizar sus percepciones por medio de procesos proyectivos e introyectivos.

Todos estos procesos se perturban cuando, por razones internas o externas y por lo general debido a una combinación de ambas, las experiencias malas predominan sobre las buenas. Sobrepararía los alcances de este capítulo consignar los múltiples cambios patológicos que pueden ocurrir en esta situación. Nos limitamos a describir algunos fenómenos patológicos típicos.

En condiciones desfavorables de la posición esquizoparanoide, la identificación proyectiva se utiliza en forma diferente que en el desarrollo normal. El doctor W. R. Bion fue el primero en describir las características de la identificación proyectiva patológica.

En el desarrollo normal, el bebé proyecta objetos internos y parte del yo en el pecho y en la madre. Estas partes casi no se alteran durante el proceso de proyección, y cuando tiene lugar la reintroyección subsiguiente pueden reintegrarse al yo. Además, estas partes proyectadas siguen ciertas líneas de demarcación psicológica y fisiológica. Por ejemplo, se puede proyectar lo *malo*, o lo *bueno*, o ciertos órganos de percepción como la vista o el oído, o las pulsiones sexuales.

Pero cuando la ansiedad y las pulsiones hostiles y envidiosas son muy intensas, la identificación proyectiva sucede de otro modo. La parte proyectada es hecha pedazos y desintegrada en fragmentos diminutos, y son éstos los que se proyectan en el objeto, desintegrándolo a su vez en partes minúsculas. El propósito de esta violenta identificación proyectiva es doble: como en el desarrollo patológico la realidad se experimenta primordialmente como persecución, se odia violentamente toda experiencia de la realidad, externa o interna. La fragmentación del yo es un intento de desembarazarse de toda percepción, y es el aparato

perceptual al que primordialmente se ataca, destruye y oblitera. Al mismo tiempo, se odia al objeto responsable de la percepción, y la proyección se propone destruir ese pedazo de la realidad —el objeto odiado— a la vez que librarse del aparato perceptual que lo percibió. Cuando la envidia es muy intensa, la percepción de un objeto ideal es tan dolorosa como la experiencia de un objeto malo, ya que el objeto ideal provoca una envidia intolerable. Por esta razón, este tipo de identificación proyectiva se puede dirigir tanto al objeto ideal como al persecutorio.

Como consecuencia de este proceso de fragmentación no hay una *limpia disociación* entre un objeto y objetos ideales y malos, sino que se percibe al objeto escindido en diminutos pedazos, cada uno de los cuales contiene una parte diminuta violentamente hostil del yo. Bion describió estos pedazos bajo la denominación de *objetos extraños*. Este proceso desintegrador daña gravemente al yo mismo, y sus intentos de librarse del dolor que le produce la percepción sólo consiguen incrementar las percepciones dolorosas, debidas ahora tanto al carácter persecutorio de los *objetos extraños* como a la lamentable mutilación del aparato perceptual. De este modo se establece un círculo vicioso, donde el dolor que produce la realidad conduce a una identificación proyectiva patológica, y ésta a su vez hace que la realidad se vuelva cada vez más persecutoria y dolorosa. El niño enfermo siente que la parte de la realidad afectada por el proceso está llena de *objetos extraños* cargados de enorme hostilidad, que amenazan a un yo despojado y mutilado.

La posición depresiva

Al describir la posición esquizoparanoide, tratamos de mostrar cómo el manejo exitoso de las ansiedades de los primeros meses del desarrollo lleva al bebé a organizar gradualmente su universo. A medida que los procesos de escisión, proyección e introyección le ayudan a ordenar sus percepciones y emociones y a separar lo bueno de lo malo, el bebé se encuentra ante dos objetos: un objeto ideal y un objeto malo. Ama al objeto ideal, trata de adueñarse de él, de conservarlo y de identificarse con él. En el objeto malo ha proyectado sus pulsiones agresivas y lo siente como una amenaza para sí mismo y para su objeto ideal.

Si el desarrollo se efectúa en condiciones favorables, el bebé siente cada vez más que su objeto ideal y sus propias pulsiones libidinales son más fuertes que el objeto malo y sus propias pulsiones malas, que se puede identificar cada vez más con su objeto ideal, y gracias a esta identificación y también al crecimiento y desarrollo fisiológico de su yo, siente que éste se fortifica y capacita para defenderse a sí mismo y al objeto ideal.

Melanie Klein definió la posición depresiva como la fase del desarrollo en que el bebé reconoce un objeto total y se relaciona con dicho objeto. Éste es un momento crucial del desarrollo infantil, que el lego advierte

claramente. Todos los que rodean al bebé perciben en él un cambio y lo consideran un progreso enorme —advierten y comentan que ahora el bebé reconoce a su madre. Como sabemos, en seguida comienza a reconocer también a otras personas de su ambiente, generalmente primero al padre. Cuando el bebé reconoce a su madre, esto significa que ya la percibe como objeto total. Cuando decimos que el bebé reconoce a la madre como objeto total, contrastamos esto tanto con relaciones de objeto parcial como relaciones de objeto disociado; o sea que cada vez que el bebé se relaciona más no sólo con el pecho, manos, rostro, ojos de la madre como objetos diferenciados, sino con la madre como persona total, que puede ser a veces buena y a veces mala, que puede estar presente o ausente, y a la que puede amar y odiar al mismo tiempo. Comienza a percatarse de que sus experiencias buenas y malas no proceden de un pecho o una madre buena y de un pecho o una madre mala, sino de la misma madre, que es a la vez fuente de lo bueno y de lo malo. Este reconocimiento de la madre como persona total tiene muchas consecuencias y abre un mundo de experiencias nuevas. Reconocer a la madre como persona total significa también reconocerla como individuo con una vida propia y con sus propias relaciones con otras personas. El bebé descubre cuán desamparado está, cómo depende totalmente de ella, y cuántos celos le provocan los demás.

Este cambio en la percepción del objeto se acompaña de un cambio fundamental en el yo, pues a medida que la madre se convierte en objeto total, el yo del bebé se convierte en un yo total, escindiéndose cada vez menos en sus componentes buenos y malos. La integración del yo y del objeto prosiguen simultáneamente. Al disminuir los procesos proyectivos e integrarse más el yo, se distorsiona menos la percepción de los objetos; de modo que el objeto malo y el objeto ideal se aproximan el uno al otro. Al mismo tiempo, la introyección de un objeto cada vez más total estimula la integración del yo. Estos cambios psicológicos estimulan la maduración fisiológica del yo, que a su vez los estimula a ellos; la maduración del sistema nervioso central permite la mejor organización de las percepciones provenientes de diferentes áreas fisiológicas y el desarrollo y organización de la memoria. Al percibir a la madre como objeto total, el bebé puede recordarlo, o sea, recordar gratificaciones anteriores en momentos en que la madre parece frustrarlo, y anteriores experiencias de frustración mientras ello lo gratifica. A medida que prosiguen estos procesos de integración, el bebé reconoce más y más claramente que es una misma persona —él mismo— quien ama y odia a una misma persona —su madre. Se enfrenta entonces a los conflictos vinculados con su propia ambivalencia. Este cambio en el estado de la integración yoica y objetal trae consigo un cambio en las ansiedades del bebé, que se centran ahora en otro punto. En la posición esquizoparanoide, el motivo principal de la ansiedad es que el objeto u objetos malos lleguen a destruir

al yo. En la posición depresiva, las ansiedades brotan de la ambivalencia, y el motivo principal de la ansiedad del bebé es que sus propias pulsiones destructivas hayan destruido o lleguen a destruir al objeto amado, de quien depende totalmente.

En la posición depresiva se intensifican los procesos de introyección. Esto se debe en parte a la disminución de los mecanismos proyectivos, y en parte a que el bebé descubre cuánto depende de su objeto, a quien ve ahora como persona independiente que puede alejarse de él. Esto aumenta su necesidad de poseer este objeto, de guardarlo dentro de sí, y si es posible, de protegerlo de su propia destructividad. La posición depresiva comienza en la fase oral del desarrollo, en que el amor y la necesidad provocan el deseo de devorar. La omnipotencia de los mecanismos de introyección oral hace surgir ansiedad ante la perspectiva de que las poderosas pulsiones destructivas destruyan no sólo al objeto bueno externo, sino también al objeto bueno introyectado. Como este objeto interno bueno forma el núcleo del yo y del mundo interno del bebé, surge en el bebé la ansiedad de poder ser él mismo el autor de la completa destrucción de su mundo interno.

El bebé bien integrado, que puede evocar y conservar su amor hacia el objeto bueno, incluso mientras lo odia, está expuesto a nuevos sentimientos poco conocidos durante la posición esquizoparanoide: el duelo y la nostalgia por el objeto bueno al que siente perdido y destruido, y la culpa, una experiencia depresiva típica provocada por el sentimiento de que perdió a su objeto bueno por su propia destructividad. En la cúspide de la ambivalencia puede sobrevenir la desesperación depresiva. El bebé recuerda que ha amado y en realidad ama aún a su madre, pero siente que la ha devorado o destruido y ya no puede recurrir a ella en el mundo exterior. Además, la ha destruido también como objeto interno, al que siente ahora hecho pedazos. Para él su mundo interno, identificado con este objeto, también está hecho pedazos, y vivencia agudos sentimientos de pérdida, culpa y nostalgia, sin esperanzas de recuperarlo. Además de sufrir por sí mismo, sufre por su madre, pues la ama constantemente, y además porque continuamente está introyectándola e identificándose con ella. Sus padecimientos se acrecientan porque se siente perseguido. Esta persecución se debe en parte, a que en la cúspide de los sentimientos depresivos reaparece cierta regresión por la cual nuevamente se proyectan los malos sentimientos y se los identifica con perseguidores internos, y en parte a que en cierta medida se vuelve a sentir como perseguidor al objeto bueno hecho pedazos que provoca tan intensos sentimientos de pérdida y culpa.

Defensas maniacas

Las experiencias de repetida depresión e incluso de desesperación que acometen al bebé cuando siente que ha arruinado completa e irre-

parablemente a la madre y su pecho, se le hacen intolerables, y el yo utiliza todas las defensas disponibles para evitarlas. Estas defensas* pertenecen a dos categorías: reparación y defensas maniacas. Cuando se pueden manejar las ansiedades depresivas mediante la movilización de deseos reparatorios, dichas ansiedades conducen a un mayor desarrollo del yo.

No se quiere decir con esto que la aparición de defensas maniacas sea en sí misma un fenómeno patológico; aquéllas desempeñan un papel importante y positivo en el desarrollo. La resolución de la depresión mediante la reparación es un proceso lento y le lleva mucho tiempo al yo adquirir la fuerza suficiente para confiar en sus capacidades reparatorias. Generalmente sólo se puede superar el dolor mediante defensas maniacas, que protegen al yo de la desesperación total; cuando el dolor y la amenaza disminuyen, las defensas maniacas pueden ceder gradualmente su lugar a la reparación; pero cuando dichas defensas son excesivamente fuertes, se establecen círculos viciosos y se forman puntos de fijación que interfieren con el desarrollo futuro.

La organización de las defensas maniacas durante la posición depresiva incluye mecanismos que ya se manifestaron durante la posición esquizoparanoide: escisión, idealización, identificación proyectiva, negación, etc. La utilización de dichas defensas durante la posición depresiva tiene características especiales. Ahora están mucho más organizadas, de acuerdo con la mayor integración del yo, y dirigidas específicamente a impedir la vivencia de ansiedad depresiva y de culpa. Esta última vivencia se debe al hecho de que el yo ha adquirido una nueva relación con la realidad. El bebé descubre su dependencia de la madre y el valor que ella tiene para él; junto con tal estado, descubre su ambivalencia y en relación con su objeto externo e interno, sufre sentimientos muy intensos: miedo a la pérdida, duelo, nostalgia y culpa.

La organización defensiva maniaca tiene por objeto impedir que se padezca todo esto. Como la posición depresiva se vincula con la vivencia de dependencia del objeto, las defensas maniacas se dirigirán contra todo sentimiento de dependencia, que se evitará, negará o invertirá. Puesto que las ansiedades depresivas se vinculan con la ambivalencia, el bebé se defenderá de la ambivalencia renovando la escisión del objeto y del yo. Y como la experiencia depresiva se vincula con el reconocimiento de un mundo interno, que contiene un objeto interno muy valorado, al que las propias pulsiones del sujeto pueden dañar, se utilizarán defensas maniacas contra toda experiencia de poseer un mundo interno o de contener en él objetos valorados, y contra cualquier aspecto de la relación entre el yo y el objeto que amenace significar dependencia, ambivalencia y culpa.

* En el próximo apartado se analizará si la reparación debe ser considerada un mecanismo de defensa.

La relación maniaca con los objetos se caracteriza por una tríada de sentimientos: control, de triunfo y desprecio. Estos sentimientos se corresponden directamente con otros depresivos de valorar al objeto y depender de él, con el miedo a la pérdida y la culpa, y sirven de defensa contra ellos. Controlar al objeto es una manera de negar la propia dependencia de él, pero al mismo tiempo un modo de obligarlo a satisfacer una necesidad de dependencia, ya que un objeto totalmente controlado es, hasta cierto punto, un objeto con el que se puede contar. El triunfo es la negación de sentimientos depresivos ligados a la valoración e importancia afectiva otorgada al objeto; se vincula con la omnipotencia y tiene dos aspectos importantes. Uno de ellos se relaciona con el ataque primario infligido al objeto durante la posición depresiva y el triunfo experimentado al derrotarlo, en especial cuando el ataque está fuertemente determinado por la envidia. Pero además el sentimiento de triunfo se incrementa como parte de las defensas maniacas, porque sirve para mantener a raya los sentimientos depresivos que de otro modo surgirán, tales como sentir nostalgia del objeto, extrañarlo y echarlo de menos. Despreciar al objeto es también negar directamente cuánto se valora (la valoración del objeto es un aspecto muy importante de la posición depresiva) y actúa como defensa contra la experiencia de pérdida y de culpa. Un objeto despreciable no merece que se sienta culpa por él, y el desprecio hacia semejante objeto se convierte en justificación para seguir atacándolo.

Reparación

Cuando el bebé entra en posición depresiva y siente que ha destruido omnipotentemente a su madre, su culpa y desesperación por haberla perdido le despiertan el deseo de restaurarla y recrearla, a fin de recuperarla externa e internamente. Surgen los mismos deseos reparatorios en relación con otros objetos amados, tanto externos como internos. Las pulsiones reparatorias hacen progresar la integración. El conflicto entre amor y odio se agudiza, y el amor se ocupa activamente tanto de controlar la destructividad como de reparar y restaurar el daño realizado. En el deseo y la capacidad de restaurar al objeto bueno, interno y externo, se basa la capacidad del yo para conservar el amor y las relaciones por medio de conflictos y dificultades. También las actividades creadoras se basan en el deseo del bebé de restaurar y recrear su felicidad perdida, sus objetos internos desvanecidos y la armonía de su mundo interno.

Las fantasías y actividades reparatorias resuelven las ansiedades de la posición depresiva. Experiencias repetidas de pérdida y recuperación del objeto, reducen la intensidad de la ansiedad depresiva. La reaparición de la madre tras sus ausencias, que para el bebé equivalen a la muerte, y el amor y cuidados constantes de su ambiente le hacen advertir mejor la

resistencia de sus objetos externos y temer menos los efectos omnipotentes de los ataques de que los hace víctimas en sus fantasías. Al crecer él mismo y restaurar a sus objetos, se acrecienta su confianza en su propio amor, en su propia capacidad de restaurar su objeto interno y de conservarlo como objeto bueno, incluso mientras los objetos externos le exponen a experiencias de privación.

Esto a su vez lo capacita para soportar la privación sin que lo abruma el odio. Además, su propio odio le aterra menos al aumentar la confianza en que su amor pueda restaurar lo que su odio ha destruido. La repetición de experiencias de pérdida y recuperación (sentidas como destrucción causadas por el odio y como recreación producida por el amor) hace que gradualmente el objeto bueno se asimile al yo, pues en la medida en que éste ha restaurado y recreado internamente al objeto, le pertenece cada vez más al mismo; el yo puede asimilarlo y el objeto contribuye así a su desarrollo. De ahí el enriquecimiento del yo por medio del proceso de duelo. Simultáneamente con estos cambios afectivos, la mayor destreza y capacidad para las actividades externas reales proporciona repetidos reaseguramientos acerca de las capacidades reparatorias del yo. En la cúspide de las pulsiones reparatorias se utiliza más la prueba de realidad: el bebé observa con preocupación y ansiedad qué efecto tienen sus fantasías sobre los objetos externos, y una parte importante de su reparación consiste en aprender a renunciar al control omnipotente de su objeto y aceptarlo como realmente es.

Los estadios tempranos del complejo de Edipo

En la definición kleiniana de la posición depresiva está implícito que el complejo de Edipo comienza a desarrollarse en esa fase, de la que es parte integrante. Cuando el bebé percibe a la madre como objeto total, cambia no sólo su relación con ella, sino también su percepción del mundo. Reconoce a las personas como seres individuales y separados y con relaciones entre sí; en especial, advierte el importante vínculo que existe entre su padre y su madre. Esto prepara el terreno para el complejo de Edipo. Pero el bebé percibe las relaciones entre los otros en forma muy distinta al adulto e incluso al niño mayor. La proyección desfigura todas sus percepciones, y cuando se percata del vínculo libidinal existente entre sus padres proyecta en ellos sus propios deseos libidinales y agresivos. Cuando le dominan sus propias pulsiones poderosas, fantasea que sus padres están en coito casi continuo, y la naturaleza de tal unión varía con las fluctuaciones de sus propias pulsiones según las que prevalecen en él, y que él proyecta en sus padres, fantasea que éstos intercambian gratificaciones orales, uretrales, anales o genitales. Esta situación, en que percibe a sus padres en función de sus propias proyecciones, le origina intensísima frustración, celos y envidia, ya que

percibe a los padres dándose sin cesar precisamente aquellas gratificaciones que él desea para sí.

Reacciona a esta situación con más fantasías y sentimientos agresivos. En su fantasía ataca a sus padres con todos los recursos agresivos de que dispone, y aun los percibe destruidos. Como la introyección es muy activa en este estadio del desarrollo, introyecta de inmediato esos padres atacados y destruidos, y siente que forman parte de su mundo interno. De modo que en la situación depresiva, el bebé no sólo se encuentra con un pecho y una madre internos destruidos, sino también con la pareja paternal interna de la situación edípica temprana, destruida.

Glosario

Algunos de estos términos fueron introducidos por Melanie Klein y sus colaboradores; otros se utilizan habitualmente en psicoanálisis, pero se incluyen también porque Klein les da un sentido específico.

Ansiedad: es la respuesta del yo a la actividad del instinto de muerte. Cuando el instinto de muerte es deflexionado, la ansiedad toma tres formas principales:

Ansiedad paranoide: debida a la proyección de muerte en un objeto u objetos, a los que entonces se siente como perseguidores. La ansiedad se refiere a que estos perseguidores lleguen a aniquilar al yo y al objeto ideal. Se origina en la posición esquizoparanoide.

Ansiedad depresiva: es la ansiedad motivada por la posibilidad de que la propia agresión aniquile o haya aniquilado al propio objeto bueno. Es experimentada por medio del objeto y por el yo que, en identificación con éste, se siente amenazado; se origina en la posición depresiva, cuando se percibe al objeto como objeto total y el bebé vivencia su propia ambivalencia.

Ansiedad de castración: es principalmente de tipo paranoide y se origina en la proyección que hace el niño de su propia agresión, pero puede contener también elementos depresivos; por ejemplo, la ansiedad de perder el propio pene como órgano de reparación.

Complejo de Edipo temprano: es la relación edípica tal como la siente el bebé al comienzo de la posición depresiva. Se capta en términos pregenitales antes de alcanzar la genitalidad.

Culpa: es el doloroso reconocimiento de haber dañado al propio objeto u objetos amados. Se origina en la posición depresiva, cuando se advierte ambivalencia hacia los padres percibidos como objetos totales. Los padres ambivalentemente amados introyectados durante la posición depresiva forman el núcleo del superyo.

Defensas maniacas: se desarrollan durante la posición depresiva como defensa contra la experiencia de ansiedad depresiva, culpa y pérdida. Se basan en la negación omnipotente de la realidad psíquica y

cuando las relaciones objetales se caracterizan por triunfo, control y desprecio.

Depresión: estado de ánimo en que se viven parcial o totalmente los dolorosos sentimientos de la posición depresiva. Puede ser una reacción normal a experiencias de pérdida, o una reacción patológica de carácter neurótico o psicótico.

Envidia temprana: el bebé la siente principalmente hacia el pecho que lo alimenta. Es posiblemente la primera manifestación externa del instinto de muerte, ya que ataca a lo que siente como la fuente de vida.

Envidia temprana excesiva: es un factor importante de la psicopatología.

Escisión: puede implicar al yo y al objeto. La primera escisión se hace entre yo bueno y yo malo, y entre objeto bueno y objeto malo. La deflexión del instinto de muerte implica la escisión entre la parte que se siente contener las pulsiones destructivas y la que se siente albergar la libido.

Idealización: mecanismo esquizoide vinculado con la escisión y la negación. Se niegan las características indeseables del objeto, y el bebé proyecta en él su propia libido. Aunque pertenece primordialmente a la posición esquizoparanoide, la idealización puede formar parte de las defensas maníacas contra ansiedades depresivas.

Identificación: se le considera siempre un resultado de procesos introyectivos y proyectivos.

Identificación introyectiva: resultado de la introyección del objeto en el yo, el cual se identifica entonces con algunas de sus características o con todas.

Identificación proyectiva: resultado de la proyección de partes del yo en un objeto. Puede tener como consecuencia que se perciba al objeto como si hubiera adquirido las características de la parte proyectada del yo, pero también puede resultar que el yo llegue a identificarse con el objeto de su proyección.

La identificación proyectiva patológica surge de la desintegración diminuta del yo de parte del mismo, que luego se proyecta en el objeto y se desintegra: tiene consecuencia la creación de *objetos extraños*.

Mundo interno: resulta de la actividad de la fantasía inconsciente, en la que introyecta objetos. Se construye dentro del yo un mundo interno complejo; en ese ambiente interno se siente a los objetos internos en relación dinámica los unos con los otros y con el yo.

Objetos extraños: son el resultado de identificaciones proyectivas patológicas en las que se percibe al objeto escindido en pequeños fragmentos; cada partícula contiene una sección proyectada del yo. Estos objetos extraños se sienten cargados de profunda hostilidad.

Objetos internos: objetos introyectados en el yo.

Objetos parciales: objetos característicos de la posición esquizopara-

noide. El primer objeto parcial que siente el bebé es el pecho. Pronto advierte otros objetos parciales; ante todo, el pene.

Objeto ideal (pecho o pene); es captado por el bebé durante la posición esquizoparanoide, como resultado de la escisión y de la negación de la persecución. El bebé atribuye todas sus experiencias buenas, reales o fantaseadas, a este objeto ideal al que anhela poseer y con el que ansía identificarse.

Objeto malo o persecutorio: es advertido como resultado de la escisión ocurrida durante la posición esquizoparanoide. El bebé le proyecta toda su hostilidad y a su actividad atribuye toda experiencia mala.

Objeto bueno: la frase “objeto parcial bueno” se aplica generalmente al pecho o pene tal como son captados en la posición depresiva en relación con experiencias buenas. Se siente al objeto bueno como fuente de vida, amor y bondad, pero no es ideal. Se reconocen sus malas cualidades y, en contraste con el objeto ideal, puede sentirse como frustrante; se siente vulnerable a los ataques y, por consiguiente, se suele sentir dañado o destruido. Se advierte que el pecho bueno y el pene bueno pertenecen respectivamente a la madre buena y al padre bueno, pero se pueden advertir antes de que se establezca plenamente la relación de objeto total.

Objetos totales: se refieren a la percepción del “otro”, como persona. La percepción de la madre como objeto total caracteriza la posición depresiva. El objeto total es lo opuesto tanto del objeto parcial como de los objetos escindidos en partes ideales y persecutorias. La ambivalencia y la culpa se sienten en relación con objetos totales.

Padres combinados: imagen fantaseada de los padres combinados en coito. Se origina cuando no se diferencia al padre de la madre y se siente su pene como parte del cuerpo de la madre. Cuando surgen ansiedades edípicas, esta fantasía se reactiva regresivamente como medio de negar el coito parental. Por lo general se experimenta como figura terrorífica.

Perseguidores: son objetos en los que se ha proyectado parte del instinto de muerte. Originan ansiedad paranoide.

Posición depresiva: comienza cuando el bebé reconoce a su madre como objeto total. Es una constelación de relaciones con el objeto y ansiedades caracterizada por la experiencia del bebé de atacar a una madre ambivalentemente amada y de perderla como objeto externo e interno. Esta experiencia origina dolor, culpa y sentimientos de pérdida.

Posición esquizoparanoide: la primera fase del desarrollo. Se caracteriza por la relación con objetos parciales, el predominio de escisión en el yo y en el objeto, y la ansiedad paranoide.

Realidad psíquica: la experiencia de la realidad psíquica es la experiencia del propio mundo interno, incluyendo la experiencia de pulsiones y los objetos internos.

Reparación: actividad del yo dirigida a restaurar un objeto amado y dañado. Surge durante la posición depresiva como reacción a ansiedades depresivas también y a la culpa. La reparación se puede usar como parte del sistema de defensas maníacas, en cuyo caso adquiere las características de negación, control y desprecio.

Sentido de realidad: es la capacidad de advertir la realidad psíquica como tal y de diferenciarla de la realidad externa. Implica la experiencia simultánea y la correlación de los mundos interno y externo.

Bibliografía

KLEIN, M., *Envidia y gratitud*, Ed. Nova, Buenos Aires, 1960.

KLEIN, M., *Las emociones básicas del hombre*, Asoc. Psicoanalítica Argentina, Buenos Aires, 1960.

KLEIN, M., *Relato del psicoanálisis de un niño*, Paidós, Buenos Aires, 1961.

KLEIN, M., *Our Adult World, and other Essays*, Heinemann, Londres. Basic Books, Nueva York, 1963.

KLEIN, M., *Contribuciones al psicoanálisis*, Hormé, Buenos Aires, 1964.

KLEIN, M., *El psicoanálisis de niños*, Hormé, Buenos Aires, 1964. 2a. edición.

SEGAL, H., *Introducción a la obra de Melanie Klein*, Paidós, Buenos Aires, 1965.

FAIRBAIRN

Otro teórico y clínico importante en esta área de estudio es Roland W. Fairbairn, quien desde los años cuarenta concibió una teoría de relaciones objetales, influenciado sin duda por Klein, a la cual también influenció. Sin embargo, su originalidad de pensamiento hizo que se apartara del pensamiento instintivista de Klein y formulara su teoría desde el ángulo de la estructura del yo.

Reseñar en forma exhaustiva todas las contribuciones de Fairbairn al psicoanálisis excede los alcances de este capítulo, por lo cual recomendamos se consulte la fuente original (Fairbairn, 1966). Nos limitamos aquí a comentar los dos aspectos más importantes de su contribución a la teoría de las relaciones de objeto.

Para explicar el desarrollo del infante durante los primeros meses de vida, Fairbairn propone un esquema acerca de las etapas del desarrollo de las relaciones objetales que él llamó "Teoría del desarrollo de las relaciones de objeto basadas en el tipo de dependencia del objeto" (1940). Dicha teoría plantea tres etapas: a) de dependencia infantil, b) de transición, y c) de dependencia madura.

La etapa de dependencia infantil comprende dos fases, la fase oral primaria y la fase oral secundaria, correspondientes a las dos fases de Abraham (1924). El rasgo sobresaliente de esta etapa es el carácter incondicional del infante que depende completamente del cuidado ma-

terno para satisfacer sus necesidades básicas y su bienestar psicológico al tener sólo una alternativa: aceptar o rechazar a su objeto. La relación con el objeto se basa en la identificación que representa la "persistencia en la vida extrauterina, de una relación que existía antes del nacimiento". Por lo tanto, el narcisismo aparece con la identificación con el objeto y es una de las características más importantes de la dependencia infantil. Fairbairn describe al narcisismo primario como un estado de identificación con el objeto, y al narcisismo secundario como un estado de identificación con un objeto internalizado.

Durante la fase oral primaria, el pecho es el objeto (objeto parcial), pero en la fase oral secundaria el objeto pasa a ser la madre (objeto total). Durante la fase oral primaria la relación de objeto es preambivalente y se caracteriza por la succión e incorporación.

El paso de la fase oral primaria a la secundaria lo constituye el hecho de percibir un objeto total, la madre, a quien, sin embargo, se le trata todavía como objeto parcial (como pecho). Otro cambio en esta transición es el cambio de incorporar durante la fase oral primaria, por la tendencia a morder, que caracteriza a la fase oral secundaria, lo que da origen a la ambivalencia y plantea el conflicto entre "incorporar o destruir", o sea "amar u odiar", que constituye el conflicto subyacente al estado depresivo.

Así se expresa la diferencia entre el conflicto del sujeto esquizoide, producto de la fijación en la primera etapa oral que sería "cómo amar sin destruir con su amor", y el depresivo que se enfrenta al dilema de "cómo amar sin destruir con su odio". En estas consideraciones alrededor de la patología básica, Fairbairn señala una de sus importantes diferencias respecto del pensamiento kleiniano, es decir, su rechazo a la existencia del impulso de muerte. Al fin de cuentas para Fairbairn la libido es el único impulso y no forma parte del ello, sino del yo, y su fin último no es la gratificación del instinto, sino la búsqueda del objeto. La patología es consecuencia entonces de las dificultades que encuentra el individuo en su búsqueda de los objetos. Dicho lo anterior, el conflicto más grave del individuo esquizoide es lo destructivo que considera a su amor y, en consecuencia, la dificultad que tiene para exteriorizar su libido, lo que le hace formar barreras entre él mismo y los objetos. Al verse impedida la exteriorización de su libido, la dirige hacia dentro y se vuelve introvertido al valorar en exceso su realidad interior. Fairbairn plantea que en la medida que esto sucede, el individuo esquizoide pierde a sus objetos reales, lo cual debilita su yo y se llena de un sentimiento de "futilidad".

En el caso del depresivo, el problema principal radica más en el odio que en el amor. El sujeto es ya capaz de establecer relaciones con sus objetos externos, pero en la medida en que la ambivalencia es muy fuerte siente que su amor es malo y hace daño al objeto, lo cual le genera culpa.

La solución al conflicto parece ser la internalización de la parte “mala” del objeto dentro del *self* para así retener la buena en el exterior.

Es necesaria una explicación al margen. La teoría de Fairbairn es una teoría psicopatológica psicoanalítica, es decir, el autor trata de conceptualizar lo que obseva clínicamente en sus pacientes. No pretende en forma alguna dar una explicación del desarrollo “normal” de la estructura endopsíquica. La aclaración parece pertinente, pues de otra manera se presta a confusiones, como la que se da si uno se pregunta si sólo se internaliza la parte negativa (mala). Fairbairn responde que si la parte buena de la relación objetal es satisfactoria, no hay necesidad de internalizarla, con lo cual explica que su interés está en entender qué hace el sujeto para enfrentar las partes “malas” de su relación objetal y poder conservar, pese a todo su relación de objeto.

Así entonces, para manejar esta patología básica se requiere de ciertas operaciones fundamentales:

- a) Internalizar la parte frustradora, agresiva de la relación de objeto. El grado de patología dependerá de qué tan negativa haya sido la relación de objeto temprana con la madre.
- b) La disociación del objeto malo internalizado en un objeto excitante y un objeto repelente.
- c) La represión por parte del yo (central) de ambos objetos.
- d) A consecuencia de c), el yo central se escinde en un yo libidinoso y en un saboteador interno, que son porciones estructurales donde se unen, por una parte, el yo libidinoso y el objeto excitante y, por la otra, el saboteador interno unido al objeto repelente.
- e) El conflicto se ha internalizado y la lucha se da entre las porciones del yo: saboteador interno y objeto repelente en contra del yo libidinoso con su objeto excitante.

Estos procesos implican una disociación del yo y por consiguiente el planteamiento de que en el fondo de toda patología hay una situación esquizoide. Fairbairn llama a esto la “situación endopsíquica básica”.

El establecimiento de un estado de cosas donde el conflicto está internalizado y reprimido da origen a la que Fairbairn denomina *fase de transición*.

En esta etapa sobresale una tendencia a superar la dependencia infantil y a encaminarse hacia una dependencia madura. El conflicto de la etapa se relaciona con el hecho de alejarse del objeto y al mismo tiempo lograr una unión con él. La oscilación entre dos actitudes va acompañada de angustia que se manifiesta como temor al aislamiento. Para Fairbairn, las técnicas que se utilizan en esta época para resolver el dilema, constituyen lo que para los demás autores son los cuadros “neuróticos”; para él son simplemente técnicas para tratar de mantener el equilibrio entre

las estructuras internalizadas y sus correspondientes objetos. Describe cuatro técnicas que agrupa de la siguiente manera:

Técnica	Objeto aceptado	Objeto rechazado
Obsesiva	internalizado	internalizado
Paranoide	internalizado	externalizado
Fóbica	externalizado	externalizado
Histérica	externalizado	internalizado

Como se aprecia, las técnicas consisten en manejar el conflicto colocando uno de sus objetos componentes en el exterior, es decir, al tener la experiencia de sentirlo como actuante en el mundo externo, mientras que el otro se mantiene como un objeto interno, al ser una experiencia como parte del sujeto. Al margen de lo correcto de las hipótesis que subyacen en este planteamiento, desde el punto de vista clínico operan con mucha precisión.

Así, vemos que en la técnica obsesiva, ambos objetos permanecen en el interior del yo, lo cual da origen al conflicto fundamental de la obsesión, o sea la *duda*. En el caso de la técnica paranoide, el objeto repelente se externaliza, mientras que el aceptado se mantiene dentro: "El mundo es malo, me persigue porque yo soy bueno". En la técnica fóbica, ambos objetos están en el exterior, y los fóbicos, como dice el maestro Santiago Ramírez, "bailan tango". El fóbico se acerca al objeto temido y luego le huye para volver a acercarse. Y así hasta el infinito. Analicemos ahora la técnica histérica. Ahí el bueno está afuera y el malo adentro, y los histéricos se la pasan seduciendo al objeto para que los acepte, y una vez que pasa se desilusionan y buscan a "otro bueno".

El uso de estas técnicas puede variar con el tiempo, dentro de un individuo, pero siempre representan ese intento por ir hacia la fase de dependencia madura. Desde luego, no hay garantía de que esto suceda, y una gran parte de la gente permanece toda su vida en ese proceso de transición.

Para Fairbairn no es concebible una fase anal del desarrollo, como lo es para Abraham, y el periodo edípico es visto como un fenómeno más sociológico que psicológico; de ahí que de la fase de transición se pase a la de *dependencia madura*. Esta etapa corresponde cronológicamente a la segunda fase genital de Abraham, e implica un abandono de las relaciones basadas en la identificación y un inicio de relaciones con objetos diferenciados. La dependencia madura implica una relación entre dos individuos independientes, completamente diferenciados como objetos mutuos.

Fairbairn, en 1951, elabora una sinopsis del desarrollo de sus ideas acerca de la estructura de la personalidad. En ella destaca todas sus dis-

crepancias respecto de la teoría psicoanalítica clásica, en especial sus ataques a la teoría de los instintos, a los que no considera como tales, sino como el aspecto dinámico de las estructuras yoicas, por lo cual propone una nueva "psicología de estructura dinámica" (pág. 168). Expone asimismo, la idea de que el proceso primario sea lo natural y que el secundario sólo suceda bajo la presión de la "civilización". Propone en cambio que el proceso secundario constituye desde el principio el modo natural de actuación de la psique humana y que el proceso primario sólo representa una forma de inmadurez o de enfermedad. Otra de sus objeciones se da en relación a la teoría económica; plantea que la concepción energética de Freud es decimonónica, pues de acuerdo con la física actual no se pueden hacer separaciones tajantes entre materia y energía, que no son sino dos aspectos de un mismo proceso. Este aspecto llevó a Fairbairn a plantear su crítica de la teoría estructural de que el yo era una estructura sin energía y el ello una energía sin estructura. Naturalmente, todas estas consideraciones teóricas llevaron a Fairbairn a ser considerado un hereje del psicoanálisis, aunque parece que después de su época de mayor producción volvió a trabajar regido por los cánones psicoanalíticos más ortodoxos. Sus ideas influenciaron a muchos psicoanalistas, sobre todo en el aspecto de la comprensión técnica de pacientes que él llamaba esquizoides y que ahora conocemos como narcisistas o fronterizos. Su influencia es muy importante en las ideas de Kernberg y Kohut, y se le podría considerar el antecesor más importante de las teorías contemporáneas.

En retrospectiva, pareciera que las ideas de Fairbairn representan un intento de formulación de una teoría del *self* y de los objetos, más que una teoría estructural, y que su intento de expandir esta concepción para explicar a todos los fenómenos intrapsíquicos no se vio coronada por el éxito, porque no alcanzó a elaborar el hecho de referirse tan sólo a una parte de la estructura y no estudiar la estructura en general, lo que en nada desmerece su esfuerzo genial por comprender el fenómeno de las relaciones de objeto y su influencia en la formación de la estructura intrapsíquica.

Bibliografía

- FAIRBAIRN, W. R. D., "Revisión de la psicopatología de las psicosis y psiconeurosis", en *Inter. Journ. of Psychoanalysis*, núm. 22, 1941, págs. 250-279.
- FAIRBAIRN, W. R. D., "Estructura endopsíquica considerada en función de las relaciones objetivas", en Fairbairn, W. R. D., *Estudio psicoanalítico de la personalidad*, Horné, Buenos Aires, 1962.
- FAIRBAIRN, W. R. D., "La represión y el retorno de los objetos malos, con especial referencia a la neurosis de guerra", en *British Medical Journal*, febrero de 1943.
- FAIRBAIRN, W. R. D., "Relaciones objetivas y estructura dinámica", en *The Intern. Journal of Psychoanalysis*, vol. XXVII, 1946, partes 1 y 2.

- FAIRBAIRN, W. R. D., "Estudios en el desarrollo de una teoría de relaciones objetales de la personalidad", en *British Journal of Medical Psychiatry*, vol. XXII, 1949, partes 1 y 2.
- FAIRBAIRN, W. R. D., "Sinopsis del desarrollo de las ideas del autor sobre la estructura de la personalidad", 1951, en Fairbairn, W. R. D., *Estudio psicoanalítico de la personalidad*, Horné, Buenos Aires, 1962.
- FAIRBAIRN, W. R. D., *Estudio psicoanalítico de la personalidad*, Horné, Buenos Aires, 1962.
- FAIRBAIRN, W. R. D., "Schizoid Factors in the Personality", en *An Object-Relations theory of the Personality*, Basic Books, Nueva York, 1954.
- FAIRBAIRN, W. R. D., "Synopsis of an Object-Relations Theory of the Personality", en *Int. J. of Psycho. Anal.*, núm. 44, 1963, págs. 224-255.
- FAIRBAIRN, W. R. D., "Current psychoanalytic object relations theory and its clinical implications", en *Int. J. of Psycho. Anal.*, núm 56, 1963, pág. 137.

BALINT

Michael Balint fue un contribuyente importante del grupo intermedio. El inicio de su trabajo se remonta a poco después de la Primera Guerra Mundial. Completó su tratamiento psicoanalítico con Ferenczi, en 1926, y junto con su primera esposa, Alice, se dedicó al estudio del desarrollo temprano del yo. Durante los años treinta estudió en el Instituto de Berlín junto a Melanie Klein.

Analizar todas las aportaciones de Balint al psicoanálisis, en particular en el área de la medicina psicosomática, está fuera de los propósitos de la presente obra, por lo que remitimos a la bibliografía original (Balint, 1968).

Aunque Balint tuvo gran interés en el psicoanálisis y la biología, rechazó la noción de que el desarrollo de las relaciones objetales dependiera del desarrollo instintivo, concepto propuesto por Klein. Pensaba que ambos se desarrollan en forma paralela y que si bien tienen mutua influencia, son independientes en gran parte.

La teoría de Balint plantea que desde el periodo fetal es importante para el desarrollo del niño que exista una armonía entre él y su medio. El nacimiento rompe esa armonía y encara una nueva forma de adaptación que incluye la separación entre el sujeto y el objeto, entre el individuo y el medio. Así, el primer estadio de las relaciones objetales se llama estadio de amor primario y su fin es la restauración de un estado armonioso. Cualquier dificultad seria en esta temprana fase traerá deficiencias en el desarrollo, pues la tendencia inicial del infante es a ser amado, todo el tiempo, en cualquier lugar, sin crítica alguna y sin ningún esfuerzo de su parte. Estas consideraciones nos llevan a la contribución más importante de Balint a la teoría de las relaciones de objeto o sea la "falla básica".

La contribución de Balint se sitúa en el campo de la psicología bi-personal, en el que el nivel es preverbal y primitivo, pues el lenguaje carece de sentido para describir los hechos. En esta temprana experiencia surge lo que Balint llama la "falla básica" y la describe como un "área de la mente". Es el primer resultado de la disolución producida por la "mezcla armoniosa" del infante con su medio.

Balint considera a esta situación como una "falla" porque así es como lo describen sus pacientes. Es una falla, no un complejo que deba ser arreglado. La causa de esta "falla" es que "alguien" ha defraudado a esta persona. Al respecto escribe:

... es una falla, algo anda mal en la mente, un tipo de deficiencia que debe ser corregido. No es algo que deba ser contenido para encontrarle una mejor salida, sino algo que falta... posiblemente en toda la vida del paciente. Una necesidad instintiva debe ser satisfecha, un conflicto puede ser solucionado, una falla básica probablemente sólo pueda ser curada si se proporcionan los ingredientes que fueron deficientes, su influencia se extiende en forma amplia, probablemente sobre toda la estructura psicobiológica del individuo (1968, págs. 21 - 22).

El autor considera que el origen de la falla básica:

... debe ser localizado atrás, en una considerable discrepancia en las tempranas fases formativas del individuo, entre sus necesidades psicobiológicas y los cuidados, psicológicos y materiales, atención y afecto, disponibles durante periodos relevantes. Esto crea una deficiencia (...) la causa de esta temprana discrepancia puede ser congénita (...) las necesidades psicobiológicas del infante pudieron ser demasiado estrictas (...) o pudieron ser influencias del medio como un cuidado insuficiente, deficiente, ansioso, rígido, inconsistente, fuera de tiempo, sobreestimulado o simplemente incomprendido o indiferente (1968, pág. 22).

Balint postula que todos tenemos una falla básica, pero que su seriedad depende de la calidad del cuidado temprano provisto por el medio.

La falla básica es la precursora de las relaciones objetales posteriores y determina las formas de relación objetal disponibles para cualquier individuo. Entre más severa sea la falla básica, más complejas, rígidas y opresivas serán las relaciones objetales del infante con sus objetos de amor y odio.

Balint describe dos tipos de carácter: *ocnofilia* y *filobatismo*, los cuales se desarrollan a partir de la falla básica y consisten en dos formas primitivas de estructuración del mundo y de estilo de relacionarse con los objetos. Ambas representan intentos irreales de reconquistar la armonía del amor primario y la mezcla armoniosa. Estas formas de desarrollo primitivo son alternativas, no opuestas, ambas existen en cada

individuo y se presentan desde el nacimiento, cuando el descubrimiento de la existencia de los objetos independientes destruye la armonía entre el infante y su medio externo. Durante el proceso de individuación surgen dos tendencias en la manera en que un individuo estructura su mundo objetal. El estilo ocnofílico se caracteriza por una tendencia a sentir que la seguridad consiste en mantener una unión muy estrecha con los objetos, por lo cual contempla a la separación como la peor amenaza. Este tipo ocnofílico se puede relacionar con un niño que tuvo una "buena simbiosis", en la que la madre se muestra muy ansiosa durante la fase de separación, lo que provoca en el niño la internalización de un modelo idealizado de acercamiento simbiótico con los objetos.

En contraste, el estilo filobático se caracteriza por una tendencia a separarse de los objetos, a vivir la cercanía como un peligro de ser atrapado, y que desarrolla formas de manipular a los objetos sin involucrarse profundamente con ellos, tal vez se relacione con una separación muy temprana de la simbiosis en donde no se encontró la gratificación necesitada.

El ocnofílico vive la ilusión de que si se mantiene en contacto con un objeto seguro, está a salvo. La solución del filobata es de que no necesita objetos, ninguno en particular.

Todo individuo es una combinación de ocnofílico y filobata, y ambas actitudes repercuten en la relación externa con la gente y en la experiencia interna, en sus pensamientos e ideales; ambas tendencias resultan en condiciones patológicas; la salud, dice Balint, se encuentra en una proporción adecuada de ambas. Concibe la madurez y la salud como la meta final del desarrollo. En términos de relaciones objetales, una persona madura es aquella que puede aceptar que sus objetos sean amistosos e independientes, aunque nunca renuncia al deseo de volver a tener la armonía de sus tempranas experiencias; esta persona no les niega la libertad a sus objetos, ni adhiriéndose a ellos, ni devaluándolos.

Como puede apreciarse, los pronunciamientos de Balint acerca de las vicisitudes del desarrollo de las relaciones de objeto, están mucho más en la línea de una conceptualización cercana a la experiencia clínica. Si bien sus ideas son, en general, no muy conocidas, reflejan una observación cuidadosa y una formulación plausible que puede conceptualizarse en otros términos más comunes, sin perder su riqueza interpretativa.

Bibliografía

- BALINT, M., *The Basic Fault. Therapeutic Aspects of Regression*, Tavistock Publications, Londres, 1968.
- BALINT, M., "Trauma and Object Relationship", en *Int. J. Psycho. Anal.* núm. 50, 1969, pág. 429.

DONALD W. WINNICOTT

D. W. Winnicott, es sin duda el investigador más relevante del grupo intermedio de la escuela inglesa. Sus aportaciones a la teoría y la técnica psicoanalíticas son extensas, sobre todo en lo referente al estudio del desarrollo infantil. Su larga práctica como pediatra y psicoanalista le proporcionó una experiencia clínica invaluable; pero más que ello, Winnicott es un pensador altamente original, con una perspectiva muy poco usual dentro del campo psicoanalítico. Por lo general, los autores en este campo tienden a hacer hincapié en las variables del mundo interno o en las influencias del mundo externo sobre la conducta, y aunque todos reconocen que ambos factores son importantes, usualmente privilegian alguno de ellos.

Winnicott es la excepción, ya que posee la capacidad de ubicarse en el centro del asunto, en el punto donde convergen las influencias:

Una vez me atreví a hacer una declaración: "no hay tal cosa como un bebé" –significando que si se pretende describir a un bebé, se encontrará con que se describe a un bebé y a un alguien; un bebé no puede existir solo, sino que es parte esencial de una relación.

En los autores previamente revisados, se observa cómo, en algunos casos, la realidad es algo que se ofrece al niño, mientras que en otros, son las necesidades instintivas las que llevan a éste a fantasear con una realidad objetal. Winnicott expone que los dos fenómenos se dan simultáneos. El bebé tiene la necesidad de crear, de probar su omnipotencia, y ante una necesidad se apresta a crear el satisfactor correspondiente. Y el asunto está, en que en ese momento una "buena madre" ha percibido la necesidad del bebé y se prepara a satisfacerlo, ofreciéndole lo que el bebé crea, confirmándole su omnipotencia, pues desde luego, el bebé, en ese momento, no posee la conciencia de la existencia de un otro.

Es precisamente la originalidad del pensamiento de Winnicott lo que hace difícil reseñarlo. Como ya se ha dicho, sus contribuciones cubren un rango muy amplio, dentro del cual el desarrollo de las relaciones objetales es central, pero de ninguna manera exclusivo. Se puede decir que elabora conceptos acerca de este tema pero no expone una visión sistemática de una teoría de las relaciones objetales. Analizaremos aquí lo que se considera sus aportaciones más importantes, que han influido, en forma definitiva, en el resto de los estudiosos de este asunto.

El concepto de *self* en Winnicott es predominantemente experiencial, y el análisis de su desarrollo es el eje de su teoría. Al principio de la vida, aquello que denomina la palabra *self* no tiene relevancia sino hasta el advenimiento de la conciencia, cuando se vuelve apropiado para definir al ser humano como tal. Junto con el concepto de *self*, Winnicott nos

habla de la "realidad interna", la cual emana de la fantasía del infante que, en principio, consiste en elaboraciones muy simples de imaginaciones, sentimientos y funciones corporales, tan primitivas que no tienen acceso a la conciencia. A partir de ahí y con la concurrencia de experiencias cada vez más amplias, junto con el desarrollo neurológico adecuado, emerge el mundo interno:

De cada individuo que ha alcanzado el estado de unidad con una membrana limitante, y un exterior y un interior, se puede decir que hay una realidad interna, un mundo interior que puede ser rico o pobre y que puede estar en paz o en estado de guerra (1951).

El siguiente postulado se refiere al hecho de la dependencia; en él menciona que la desvalidez física real del bebé es tan grande que su crecimiento depende de un "ambiente facilitador", o "cuidado materno" el cual, junto con el infante, forma una unidad. El potencial heredado, que es el núcleo de la persona, no puede realizarse sin un ambiente adecuado. El estudio de la función materna es inseparable del estudio del proceso psíquico en la infancia. Para Winnicott la dependencia pasa por tres estadios:

1. Dependencia absoluta: en este estadio el infante no tiene forma de saber nada acerca del cuidado materno, el cual es, más que nada, un asunto de profilaxis; el bebé no puede controlar lo bien o mal que cuidan de él, tan sólo está en la posición de beneficiarse o sufrirlo.

2. Dependencia relativa: aquí, el infante hace conciencia de la necesidad de "detalles" en el cuidado materno, y puede, en una proporción creciente, relacionarlos con sus impulsos personales.

3. Hacia la independencia: el infante desarrolla medios para "hacerla" sin cuidados permanentes. Esto se logra a partir de la acumulación de recuerdos de cuidados, de la proyección de necesidades personales y de la introyección de "detalles" de cuidados, con la consecuente confianza en el medio. A esto se añaden los elementos de comprensión intelectual, con todas sus implicaciones.

Para Winnicott, la mitad de la teoría de la relación padres-hijos se refiere al cuidado materno, esto es, al estudio de las cualidades y cambios en la madre que se reúnen con las necesidades específicas de desarrollo del infante hacia quien ella se orienta. Hace notar que debe existir una "preocupación materna primaria", que es una condición psicológica presente semanas antes y después del nacimiento, y que da a la madre su especial habilidad para hacer la "cosa correcta". Ella sabe lo que el bebé siente. Nadie más lo sabe, porque sólo la madre intuye cómo se siente su bebé, minuto a minuto, porque ella está dentro de su área de experiencia. Desde luego, señala Winnicott, puede haber disturbio en

esta área; en un extremo estaría la madre que no puede aproximarse y sentir a su bebé, y en el otro a aquella que hace del bebé su preocupación patológica durante largo tiempo y después, súbitamente, regresa a sus preocupaciones previas.

La capacidad de la madre de identificarse con su bebé le permite cumplir la función descrita por Winnicott como *holding* (sostenimiento, abrazo, contención), que constituye la base de lo que gradualmente se convertirá en una experiencia del *self*. La función del *holding*, en terminos psicológicos, es proveer apoyo al yo, en particular en el estadio de dependencia absoluta, antes del logro de la integración yoica. El establecimiento del desarrollo e integración de una relación sana del yo con los objetos, que lleve a una sensación de plenitud, descansa en un buen *holding*.

Aunque la fase de *holding*, en la teoría de Winnicott, es equivalente al estadio de fusión o dependencia absoluta, la necesidad de apoyo al yo permanece en el niño en desarrollo, en el adolescente y en ocasiones en el adulto, cada vez que se presente una tensión que amenace provocar confusión o desintegración.

Un *holding* adecuado permite que el bebé tenga sus primeras experiencias objetales de tipo omnipotente. Cuando las necesidades encuentran eco en una buena madre, la experiencia repetida de satisfacción de la necesidad da lugar a la experiencia de "yo he creado esto". En este periodo, la fantasía y la realidad son una y el infante se vuelve creador del mundo; este mundo creado, que consiste de objetos subjetivos, lo experimenta el niño como bajo su control. Así, la madre le permite un corto periodo durante el cual la omnipotencia es un proceso de experiencia.

En esta fase puede ocurrir que una madre "no buena", que no sea capaz de proporcionar el *holding*, lleve a su hijo a la violación y al trauma.

Winnicott define "trauma" en este contexto, como una violación del medio, y las reacciones individuales que ocurren antes de que el individuo desarrolle el mecanismo que hace a lo impredecible, predecible. En el principio de la vida, el trauma se relaciona con la amenaza de aniquilación. Este concepto se expande a lo que Winnicott llama las "agonías primitivas" o "ansiedades impensables":

- a) Desintegrarse.
- b) Caer para siempre.
- c) No tener relación con el cuerpo.
- d) Estar desorientado.
- e) Aislamiento completo por no haber forma de comunicación.

El trauma ocurre cuando en este periodo de omnipotencia, en vez de ofrecer el apoyo al yo necesario, la madre, debido a sus propias ansiedades, no logra realizar su función de sensibilizarse a los requeri-

mientos de omnipotencia de su bebé y, por el contrario, trata de que el bebé se someta a las necesidades de ella, convirtiéndolo así, en su objeto de deseo.

Parece que la cuidadosa descripción de Winnicott de los sucesos que se dan en el principio de la vida, en la relación madre-hijo, resaltan la importancia que este periodo tiene para el logro de la salud o para el establecimiento de la enfermedad. De lo expuesto se hace evidente que son, en una gran parte, las relaciones de objeto, sobre todo al principio de la vida, lo que condiciona la formación y el desarrollo de la personalidad. Las contribuciones de Winnicott a este campo, son muy extensas y escapan, como hemos dicho, a los límites impuestos a este trabajo. Para obtener una información más completa de las aportaciones de este autor, remitimos al lector a dos obras fundamentales: Winnicott (1971) y Davies, M. & Wallbridge, D. (1981).

Con Winnicott, concluimos nuestra revisión de los principales exponentes de la teoría de relaciones objetales de la llamada escuela inglesa. Es cierto que por parte del grupo de Anna Freud, existen aportaciones igualmente valiosas, pero por lo general se ven más ligadas con el desarrollo de la teoría psicoanalítica del yo.

Bibliografía

- DAVIS, M., Wallbridge, D., *Boundary and Space, An Introduction to the Work of D. W. Winnicott*, Brunner, Mazel, Nueva York, 1981.
- WINNICOTT, D. W., "Transitional Objects and Transitional Phenomena", en *Playing and Reality*, Basic Books, Nueva York, 1971.

12

ESCUELA ESTADOUNIDENSE DE RELACIONES OBJETALES

En este capítulo revisaremos las principales aportaciones a la teoría de las relaciones de objeto provenientes de autores que se asentaron en el continente americano, aunque su origen sea europeo y su tiempo de trabajo sea, en general, el mismo que el de sus colegas del otro lado del Atlántico. Entre estos investigadores, sobresalen las aportaciones de Edith Jacobson, René Spitz y Margaret Mahler. De los tres, la más conocida en nuestro medio, es sin duda Mahler; en el caso de Jacobson, su obra, básica en el terreno de la teoría de las relaciones de objeto no ha sido traducida, y se le conoce más por las referencias de otros autores; lo anterior no sucede con Spitz, cuyos estudios han recibido amplia difusión en nuestro país.

EDITH JACOBSON

Las aportaciones de Edith Jacobson al tema de la formación de la personalidad a partir de las vicisitudes de la relación de objeto están contenidas en un artículo publicado en 1954 y en su libro *The Psychoanalytic Study of the Child* (1964).

En el primer texto plantea un desarrollo metapsicológico de la estructura del yo desde la perspectiva del interjuego entre “relaciones objetales”, “identificaciones” y “sentimientos de identidad”. Es importante considerar que en este estudio, Jacobson (pág. XII) se propone clarificar algunos problemas relacionados con la psicosis y con los problemas de “identidad”, sin que su pensamiento esté anclado aún en una teoría psicoanalítica del *self* y los objetos.

Jacobson inicia su planteamiento con la propuesta de una definición de *self* acorde con la formulada por Hartmann (1950) en la que el término se refiere a “la persona total, incluido su cuerpo y partes de éste, y su organización psíquica y sus partes”. Asimismo aclara que los términos: *self*

corporal, *self* físico, *self* psicofisiológico, *self* mental, son términos diferenciales del *self* como un todo. Asimismo, a sugerencia de Rapaport (1957), establece una diferenciación cuidadosa entre el *self* como concepto experiencial y metapsicológico y la representación del *self*, es decir su representación psíquica, considerada una función del yo; y establece una correspondencia entre los conceptos objeto como diferentes de la representación de objeto, en las mismas condiciones que los conceptos previos. Dicho en otras palabras, el *self* es el continente y la representación del *self*, el contenido; el objeto se encuentra en el mundo externo y la representación del objeto es parte de la realidad psíquica. El problema que se plantea se refiere a la forma como ocurre esto, es decir, cómo se establece la diferenciación entre el *self* y el objeto y entre sus correspondientes representaciones psíquicas.

Jacobson plantea la etapa inicial del desarrollo psicológico como:

(...) un estado psicoeconómico original, que prevalece en las situaciones tempranas en que el bebé se encuentra dormido, o en situaciones de pasividad, caracterizado por una dispersión difusa de fuerzas instintivas dentro de un *self* psicofisiológico indiferenciado total (1964, págs. 7-8).

Este nivel, que existe desde la vida intrauterina, se caracteriza por la indiferenciación entre el *self* y el objeto, entre la descarga hacia el interior, o hacia el exterior, entre libido o agresión, y por consecuencia entre placer y displacer.

A partir del nacimiento, la descarga que anteriormente se dirigía hacia los canales internos va a encontrar el camino al exterior ya que:

(...) las zonas erógenas pregenitales, y en un incremento consecutivo, la totalidad del sistema sensoriomotriz (corazón de la autonomía primaria del yo), se hipercatectiza periódicamente, lo cual permite que la descarga de los impulsos hacia el exterior se desarrolle, tornándose en conductas (sexual y agresiva) que se reconocen como antecedentes de las funciones yoicas de sentimientos, pensamientos y acciones motoras (1964, pág. 15).

Este *self* psicofisiológico primario, que constituye el primer estadio de nuestra psique, opera en forma silenciosa, es decir, los procesos de descarga tensional, dirigidos hacia el interior del *self*, se traducen en acciones puramente fisiológicas, sin intervención de la conciencia (que aún no existe) y sin la intervención del objeto (que tampoco existe).

Al iniciarse la catectización de los sistemas perceptuales y motores, y con ello una nueva vía de descarga impulsiva, la situación variará, en la medida en que se va a establecer una representación del *self*.

Fenichel (1945) señala que la imagen de nuestro *self* surge de dos fuentes: primero de una conciencia directa de nuestras experiencias internas, sensaciones, emociones, pensamientos y actividad funcional y, segundo, de una autopercepción indirecta de nuestro propio cuerpo y

procesos psíquicos como si fuesen un objeto. Esto plantea una limitación en la percepción del *self* y le hace depender más de factores emocionales que de la percepción de los objetos. Debe recordarse, sin embargo, que la percepción de los objetos también está limitada por las consideraciones generales de la estructura, como lo señalan Hartmann (1939) y Rapaport (1957).

Jacobson retoma la idea de Freud, de 1923, respecto de la importancia de la identificación en la formación de la estructura del yo y señala:

El estadio infantil más temprano está representado por la unidad madre-niño. Las primeras fantasías de deseo, de mezclarse y ser uno con la madre (pecho), son ciertamente el cimiento sobre el cual se construyen las relaciones objetales, así como todo tipo de identificaciones futuras (1964 págs. 38-39).

Más adelante, Jacobson nos presenta un esquema donde correlaciona los diversos estadios de estructuración energética y estructural, con la constitución y catectización de las representaciones del *self* y los objetos y su correspondiente desarrollo ideacional, afectivo y funcional:

1. Una condición primaria (embrional) con una dispersión difusa de energía pulsional indiferenciada que opera en un *self* psicofisiológico primario no estructurado, donde la descarga ocurre en forma predominante en procesos fisiológicos silenciosos.

2. Con el nacimiento, crece la catexia de los sistemas de percepción y memoria, y el aparato motor y se establecen las zonas erógenas pregenitales. Se empieza a percibir sensaciones placenteras y displacenteras y comienzan a ligarse, de una manera muy confusa, con percepciones provenientes del exterior. Comienza a ocurrir la diferenciación energética, polos de energía libidinal y agresiva se forman alrededor de restos de memoria desorganizados y desconectados. La descarga hacia el exterior se da en forma primitiva, por medio de reacciones biológicamente preformadas para estímulos internos y externos. Se comienza a desarrollar un lenguaje afectivo de los órganos (descarga psicósomática).

3. Aparece el estado de diferenciación estructural incipiente y formación del yo. Prevalcen el principio de placer y el "proceso primario". La vida de fantasía inconsciente (preedípica temprana) y la actividad sexual pregenital y afectomotora inician su desarrollo, aunque el lenguaje afectivo corporal aún predomina. Se forman imágenes parciales de objetos de amor y partes del cuerpo, rápidamente cambiantes y no claramente distinguibles, que se ligan con restos mnémicos de experiencias pasadas placenteras y displacenteras y se cargan con fuerzas libidinales y agresivas. Surgen los componentes afectivos correspondientes; las reacciones afectomotoras a estímulos internos y externos cambian en secuencias rápidas, lo cual refleja la variabilidad de la fantasía

inconsciente, su fluidez catéctica, y la tendencia a la descarga inmediata de los impulsos; las señales afectivas comienzan a ser efectivas. Cuando el niño aprende a caminar y a hablar y adquiere control sobre sus esfínteres, se establece un estadio más organizado. Crece la conciencia del *self* y los objetos, los trazos de la percepción y la organización de la memoria se expanden. Las imágenes de los objetos se extienden gradualmente al mundo animado e inanimado circundante. Se desarrolla el lenguaje simbólico, la actividad motora funcional y la prueba de realidad; sin embargo, la vida de fantasía animística, mágica, preverbal en sus inicios, predomina y permanece concentrada en la madre hasta que las configuraciones triangulares, primero preedípicas y posteriormente edípicas, se establecen. Se desarrolla la constancia objetal. Se establecen estados emocionales más sostenidos y cualidades afectivas específicas, influenciados por el incremento de contracatexias.

4. La sexualidad infantil llega a su clímax; las pulsiones sexuales y agresivas se han fusionado y neutralizado. Los procesos de pensamiento se organizan; la actividad motora funcional y las relaciones objetales se desarrollan rápidamente, en consecuencia los afectos discretos comienzan a presentarse en forma compuesta. Se ha establecido el control sobre las emociones y los instintos, lo que incrementa la tolerancia a la tensión; hay una preponderancia de la libido, lo cual hace que se desarrollen investiduras libidinales objetales duraderas. Con el crecimiento de ligas de ternura y con los afectos ligados a las funciones yoicas, la conciencia del *self* se expande a la conciencia de los procesos de pensamiento y emocionales, así como a las actitudes y funciones del yo. Se ha formado un concepto del *self* como una entidad que tiene continuidad y dirección. El principio de realidad y el "proceso secundario" se hacen más dominantes. La señal de ansiedad (miedo de castración) ejerce una influencia drástica en el establecimiento de la represión y las formaciones contracatócticas.

La neutralización de las pulsiones se enriquece debido a la formación del superyó; empieza el periodo de latencia. Las actividades físicas y mentales hacen rápidos progresos; se desarrolla el pensamiento conceptual; la organización estructural de procesos ideacionales y emocionales avanza según sea más capaz el yo de ligar energía psíquica en catexias duraderas. El superyó establece un control definitivo y de mayor permanencia sobre las catexias de la representación del *self*. El temor al superyo se convierte en la señal de afecto dominante.

Con esto Jacobson ha delineado la evolución del aparato psíquico del ser humano y reconoce que el factor más influyente en el logro del desarrollo psíquico es la relación del niño con sus padres. Señala que:

Las influencias parentales estimulan el crecimiento del yo y apoyan al control, la inhibición parcial, la fusión parcial, la neutralización y posterior utiliza-

ción de las pulsiones libidinales y agresivas al servicio del yo y del funcionamiento en "proceso secundario". De esta manera ayudan al desarrollo psicosexual y a la maduración de sentimientos, pensamientos, actos y al sentido de realidad promoviendo el establecimiento de relaciones personales y sociales de meta inhibida y de identificaciones sólidas con objetos de amor en el yo y en el superyó. En general promueven la individualización gradual del niño y su avance desde la situación de dependencia psicobiológicamente determinada hasta la actividad independiente del yo que se extiende a metas sociales, culturales y eventualmente sexuales egosintónicas (1964, págs. 54-55).

Bibliografía

- JACOBSON, E., "The Self and the Object World", en *The Psychoanalytic Study of the Child*, núm. 9, 1954, págs. 75-127.
- JACOBSON, E., *The Self and the Object World*, International University Press, Nueva York, 1964.

RENE SPITZ

Rene Spitz es uno de los estudiosos de las teorías de relaciones objetales que, en contraste con otros que derivan sus conclusiones de experiencias clínicas y terapéuticas con pacientes adultos muy involucionados, o como en el caso de Jacobson, a partir de las derivaciones conceptuales metapsicológicas, realizó sus estudios basándose en la observación controlada de recién nacidos en diversos medios (hogares, orfanatorios, hospitales) y con diferentes condiciones socioeconómicas y culturales, lo cual hace que sus observaciones sean verificables. A la observación directa, añade en ocasiones la manipulación de alguna variable para observar la respuesta de los bebés ante estimulaciones controladas.

Los experimentos realizados por Spitz son muy conocidos y están analizados en su bibliografía principal (1965), por lo que aquí sólo glosaremos los puntos más pertinentes para el estudio del tema. En su libro, Spitz anuncia de la siguiente manera sus propósitos:

(...) estudiaremos las relaciones recíprocas y trataremos de aprender lo que sucede entre la madre y el niño, basándonos en la observación directa y experimental con infantes. Presentaremos nuestros hallazgos e ideas acerca de las relaciones de objeto: su principio, estadios, desarrollos y ciertas anomalías. Intentaremos también dar alguna luz acerca de cómo estas relaciones aseguran la supervivencia y cómo sirven para desarrollar los sectores somático y psíquico de la personalidad (pág. 3).

Spitz inicia su estudio con el análisis del instrumento con el cual el yo va a entrar en contacto con el mundo externo o sea, la percepción.

Establece la existencia de una "barrera de estímulos" primitiva, de origen neutral, que protege al bebé de los excesos de estimulación. Nos dice que es la región de la boca y aledaños la que se encuentra en mayor nivel de funcionamiento debido a su importancia para la sobrevivencia, aunque no acepta la existencia de percepciones propiamente dichas, sino tan sólo sensaciones que únicamente provocan conductas reflejas, no intencionales. Al primer tipo de percepción que presenta el neonato le llama "percepción cenestésica", la cual se encuentra en niveles de sensibilidad profunda, con experiencias en términos de totalidades y fundamentalmente de tipo visceral.

Muchos de los intercambios entre madre e infante suceden en la situación alimenticia. Cuando un infante succiona el pecho, siente el pezón en su boca mientras ve la cara de su madre. Aquí la percepción de contacto se mezcla con la percepción distante. Nos dice Spitz:

(...) la situación de amamantamiento no es únicamente una experiencia de satisfacción. De hecho, inicia la transición de la percepción de contacto, exclusivamente, a la percepción a distancia. Activa el sistema perceptual diacrítico que gradualmente reemplaza la organización cenestésica primitiva original (pág. 75).

Podemos argüir que, mientras el bebé atraviesa el periodo de percepción cenestésica, no puede haber diferenciación mayor entre estados de placer o displacer, pues ambos provocan respuestas globalizadoras; en cuanto se establece la percepción diacrítica, es decir, la contigüidad entre una sensación placentera y el contacto visual con el rostro humano, se forma la condición para que surja el primer organizador de la psique. El término "organizador" que Spitz tomó prestado de la embriología, se utiliza en teoría psicoanalítica del desarrollo como un término útil para describir el logro de nuevos niveles de integración en el proceso de desarrollo. Los organizadores, definidos como procesos psíquicos, se manifiestan según Spitz mediante "indicadores", que son los signos externos que anuncian cambios internos. En el caso del primer organizador, su "indicador" es la sonrisa del tercer mes, que se da como respuesta al rostro humano. Este fenómeno constituye un precursor vital de la relación objetal. Significa que un yo rudimentario se ha puesto en operación y que la función sintética es ya operativa. La barrera de estímulos primaria cede y el yo, ayudado por la madre, debe realizar la función de la barrera. Entre el tercer y el octavo mes de vida, el desarrollo continuo del yo llevará al establecimiento del objeto libidinal propiamente dicho.

El proceso de fusión implica la unión de los dos impulsos, libidinal y agresivo, bajo la dominación de la libido, lo cual ocurre cuando una madre suficientemente gratificante, y además capaz de frustración

óptima para facilitar la diferenciación, lleva al niño a volverse consciente de su madre específica. Esto nos dice que hemos llegado al segundo organizador de la psique, la capacidad de reconocer cognitivamente el rostro de nuestra madre, y su indicador "la angustia ante extraños". Alrededor de este indicador suceden otros fenómenos: la maduración de las áreas del yo libres de conflicto impulsan al niño hacia la locomoción, al mismo tiempo que experimenta la angustia por temor a perder el objeto, lo que le lleva a plantear situaciones de exploración limitada a la vista de la madre. Si la angustia de separación es tolerable, el niño se desarrollará más, lo que aunado al placer del ejercicio le llevará a lo que Greenacre ha llamado "el enamoramiento del niño con el mundo" (Greenacre, 1957). Un mecanismo más duradero para la evolución del niño consiste en empezar el proceso de internalización de los objetos y el uso extendido del lenguaje.

La primera abstracción que se forma es con frecuencia el "no", el cual es el indicador de un tercer organizador que Spitz llama "comunicación semántica", donde el uso de un signo semántico afirma la independencia del sujeto y, al mismo tiempo, limita su acción impulsiva.

Spitz resume así los tres estadios de la organización psíquica:

El primer organizador de la psique, estructura la percepción y establece los inicios del yo. El segundo integra las relaciones de objeto con las pulsiones y establece al yo como una estructura psíquica organizada con una variedad de sistemas, aparatos y funciones. El tercer organizador, finalmente, abre el camino para el desarrollo de relaciones de objeto en el patrón humano, esto es, el patrón de comunicación semántica. Esto hace posible la emergencia del *self* y los inicios de las relaciones humanas en el nivel humano (1959, págs. 96-97).

El establecimiento de los organizadores tiene que ver con "periodos críticos", cuyo significado es que una asincronía entre las necesidades del desarrollo y los conflictos del medio o físicos repercutirá en el proceso de maduración y, en ocasiones, en el de supervivencia, como Spitz demostró en sus investigaciones de casos de depresión anaclítica. El haber fijado estos organizadores y señalado su importancia en el logro de relaciones de objeto sanas, es una contribución fundamental a la teoría de las relaciones objetales.

Bibliografía

- SPITZ, R. A., *A Genetic Field Theory of Ego Formation*, International University Press, Nueva York, 1959.
- SPITZ, R. A., *The Early Year of Life*, International University Press, Nueva York, 1965.

MARGARET MAHLER

Margaret Mahler es una de las investigadoras más importantes de entre quienes se han dedicado al estudio del desarrollo infantil. Ella, junto con su grupo, se ha dedicado los últimos treinta años a la observación directa de la interacción madre-hijo. Durante once años se dedicó en forma especial al estudio de niños psicóticos, lo que le ha permitido desarrollar una teoría sistemática del desarrollo de la relación objetal basada en observaciones directas.

Sin duda, la aportación más importante de Margaret Mahler es el haber probado, fuera de toda duda, que el nacimiento biológico del infante humano y el nacimiento psicológico no son simultáneos; que a partir del nacimiento biológico han de pasar casi cuatro años para que el niño pueda completar su evolución psíquica y se pueda considerar ajustado a la realidad y plenamente individualizado. En este sentido se habla de dos embarazos: uno biológico que dura nueve meses y uno psicológico, que en su parte modular toma un tiempo semejante, en el que el niño, en constante fusión con la madre, adquiere las herramientas para iniciar su existencia como un ser independiente.

Margaret Mahler ha dividido el desarrollo psicológico del infante humano en cuatro fases, la tercera de las cuales se subdivide en tres. Aunque se han adjudicado edades límite para cada fase, se reconoce una amplia variabilidad en cada una de ellas. Otra aclaración importante es que no existen delimitaciones precisas entre cada fase, y que cada una de ellas se imbrica en la siguiente. Si tenemos esto en cuenta, las fases descritas por Mahler y su grupo son las siguientes:

1. Fase autista normal (aobjetal), 0-1 mes.
2. Fase simbiótica normal (preobjetal), 1-5 meses.
3. Fase de separación-individuación (objetal), 10-36 meses, dividida en:
 - a) Subfase de diferenciación, 5-10 meses.
 - b) Subfase de práctica, 10-15 meses, con un periodo temprano (cuadrúpedo), y otro práctico (bípedo).
 - c) Subfase de reaproximación, 15-22 meses, con tres momentos:
 - Comienzo de la fase.
 - Crisis de reaceramiento.
 - Resolución individual de la crisis.
4. Fase del camino de lograr la constancia objetal (objeto internalizado), 22-36 meses.

Al segundo Simposio "Margaret Mahler", organizado por la Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica, en noviembre de 1984,

asistieron como conferencistas invitadas la doctora Annie Bergman, quien es la coinvestigadora principal del proyecto "Margaret Mahler", y la doctora Paulina Kernberg, quien ha colaborado con el proyecto y quien es una reconocida autoridad en desarrollo y patología infantiles. Durante sus conferencias comunicaron, que, con base en recientes estudios realizados en bebés, consideraban que la llamada *fase autista normal no era tal*. Mahler la describe de la siguiente manera:

En las semanas que preceden a la evolución hacia la simbiosis, los estados somniformes del neonato y del infante muy pequeño superan de lejos a los periodos de vigilia, y recuerdan ese estado primigenio de distribución de la libido que prevalecía en la vida intrauterina y que se parece al modelo de un sistema monádico cerrado, autosuficiente en su realización alucinatoria de deseos (1975, pág. 53).

En dichas conferencias expusieron sus observaciones en estudios experimentales de niños normales desde periodos tempranos, en quienes notaron una tendencia a conectarse con el mundo en busca, aparentemente, de una relación con un objeto.

Las observaciones realizadas por estas investigadoras parecen claras en el sentido de que apoyan las formulaciones de Hartmann (1939), en relación con las áreas de autonomía primaria del yo. Spitz, asimismo, señala las modalidades perceptuales tempranas de los niños, y es probable que sea correcto hablar de una fase en la que el niño busca su acomodo en el mundo en forma más activa, pero sin que esto implique de manera alguna "intencionalidad" y mucho menos "intersubjetividad". Como las autoras señalan, las evidencias de conducta activa temprana en los niños no nos dicen nada acerca de la concepción "experiencial" interna que esto les despierta, o si la conducta que exhiben demuestra algún grado de diferenciación entre lo externo y lo interno o entre el *self* y el objeto. Si esto fuera así no sólo estaría en peligro la fase autista normal, sino también la simbiosis.

Por otra parte, autores independientes que analizan la conducta de niños muy pequeños en busca de la confirmación de la existencia de un "sistema" madre-infante, a partir de conductas como el amamantamiento, el intercambio de sonrisas, etc., han encontrado que el proceso temporal que debe darse antes de que, con intercambio de información, una verdadera relación se establezca, corresponde en términos generales a lo planteado por lo autores psicoanalíticos revisados (Kaye K. 1982, págs. 30-53). Ellos concluyen:

El uso extendido de la noción de un sistema de interacción madre-infante no se basa en una evidencia rigurosa. El infante, con seguridad, es un participante activo que genera efectos definitivos en la conducta de sus cuidadores. Pero debemos distinguir entre el efecto del infante y la intención del infante de

producir dicho efecto. Otra manera de decir esto es que la evolución ha producido infantes que pueden engañar a sus padres para que los traten como si fueran más inteligentes de lo que realmente son. Yo alegraré que debido a que los padres siguen este juego esto eventualmente llega a ser verdad: el infante se vuelve una persona y una pareja inteligente capaz de comunicación intersubjetiva (págs. 52-53).

La fase simbiótica se inicia a partir del segundo mes, con una vaga conciencia del objeto satisfactor, lo cual permite diferenciar las experiencias placenteras de las displacenteras, al establecer las respectivas huellas mnémicas dentro de la matriz indiferenciada. En esta fase, el infante funciona en una unidad dual, omnipotente, sin ninguna diferenciación entre el *self* y el objeto. El aumento de la capacidad perceptual (de cenestésica a diacrítica) entre los dos y tres meses, facilita la entrada a la fase simbiótica, propiamente dicha; en particular las experiencias de contacto corporal familiarizan al bebé con su *partener* simbiótico. La simbiosis llega a su punto culminante, coincidente con el primer organizador de la psique. Madre e hijo son uno solo al predominar la omnipotencia. Una detención o una regresión a esta fase da origen a la conducta psicótica.

La tercera fase se refiere al proceso de separación-individuación, que se divide en tres subfases. En la primera se inician la diferenciación y el desarrollo de la imagen corporal. La sonrisa del bebé empieza a ser una respuesta específica y aumenta su atención hacia el mundo externo. Entre el séptimo y el octavo mes se presenta un patrón importante que implica el principio de diferenciación somatopsíquica: consiste en el fenómeno cognitivo y emotivo de comparar lo familiar de mamá con lo extraño de ella, es decir, una pauta de verificación visual de la madre coincidente con el segundo organizador de la psique, el reconocimiento del objeto libidinal.

El proceso de esta fase supone dos carriles, que se entretujan y complementan: uno es la separación y el otro la individuación.

El carril de la individuación se refiere a la evolución de la autonomía intrapsíquica: percepción, memoria, cognición y prueba de realidad. El otro carril de la separación, se refiere a la diferenciación, distanciamiento, establecimiento de límites y desvinculación con la madre. Todos estos procesos de estructuración culminarán eventualmente en representaciones del *self* internalizadas que se distinguirán de las representaciones internalizadas de los objetos. Se espera que ambos carriles progresen paralelamente sin grandes diferencias de uno con el otro, pues cuando así ocurre, todo el proceso se afecta.

Durante la segunda subfase, llamada de práctica o ejercitación locomotriz tienen lugar tres pasos que contribuyen a la conciencia de la separación-individuación. El primero es la diferenciación corporal

acelerada entre el niño y su madre; el segundo es el establecimiento de un vínculo específico con ella, y el tercero el desarrollo y funcionamiento de los aparatos de autonomía primaria del yo, los cuales, al contar con la cercanía de la madre hacen posible que se inicie la exploración motora del mundo. Al pasar de la locomoción cuadrúpeda a la bípeda, el niño avanza rápidamente hacia la individuación, hacia su romance con el mundo, ya que con el crecimiento de las funciones autónomas del yo su narcisismo alcanza su cúspide, tanto porque su omnipotencia se ve confirmada por la magia del lenguaje, como por su mayor tolerancia a separarse de la madre y el creciente conocimiento que adquiere de su cuerpo, particularmente de sus genitales.

La tercera subfase corresponde al reaceramiento; durante este periodo el niño es ya un ser separado de su madre y quisiera compartir todo con ella. En la subfase anterior podía olvidarse más de ella porque estaba ocupado, descubriendo el mundo, sin embargo, ahora surge la angustia de separación y esto da lugar a un periodo crítico que sólo puede resolverse con la ayuda óptima de la madre. El niño resiente la pérdida de su omnipotencia al darse cuenta de que es un ser separado e inválido; es el momento más crítico de la fase; el niño reacciona acercándose o huyendo y las madres muchas veces no comprenden a sus hijos, quienes a veces presentan cambios de humor, rabietas o se muestran insaciables y demandantes. Hay un aumento de la angustia que da lugar a manifestaciones patológicas. Este periodo coincide con las características que describe Freud acerca de la fase anal, en la cual la ambivalencia frente a la madre se acentúa, en respuesta al control de esfínteres.

Hasta los veintiún meses, aproximadamente, el niño puede lograr una distancia óptima entre su madre y él con el ejercicio de su autonomía y la interacción social. El lenguaje se desarrolla y también el conocimiento de personas cercanas a quienes ya puede nombrar; se progresa en la capacidad de expresar deseos y fantasías mediante el juego y la utilización de éste para dominar algunas situaciones.

La resolución de la crisis de reaceramiento puede ocurrir o no, es diferente en cada niño y se determina por:

- a) El desarrollo hacia la constancia objetal.
- b) La cantidad y la calidad de desengaños posteriores.
- c) Situaciones traumáticas.
- d) El grado de ansiedad de castración.
- e) El destino del complejo de Edipo.
- f) Las crisis de desarrollo de la adolescencia.

La cuarta fase, el camino hacia la constancia objetal, tiene como objetivo obtener una individuación definida en ciertos aspectos de la vida y conseguir cierto grado de constancia objetal, es decir, lograr una cons-

tancia efectiva de objeto en el sentido planteado por Hartmann (1952). Esto dependerá de la gradual internalización de una imagen de la madre catectizada positivamente, lo cual implica fusión y neutralización de los aspectos libidinales y agresivos en una sola representación.

Cuando se ha logrado la constancia objetal, la representación interna de los objetos ya no cambia ni se rechaza, aunque la madre no esté presente o su presencia sea frustrante. En este periodo es cuando se logra establecer una representación mental del *self* distinta de la representación de los objetos, abriéndose así el camino para la formación de la identidad del *self*.

Puede haber una gran variedad de circunstancias que afecten la constancia objetal, entre ellas las presiones maduracionales que enfrentan al niño a nuevas tareas, al pasar de la etapa anal a la fálica; el experimentar en mayor o menor grado la angustia de castración, así como las vicisitudes de la vida cotidiana, como enfermedades, operaciones, nacimiento de hermanos, ausencia de padres, etc., que constituyen el destino y la modalidad de cada vida en particular.

Con este resumen de las aportaciones de Mahler concluimos la revisión de los principales autores que han contribuido a la teoría de las relaciones de objeto. Como se ha visto, lo más importante es el grado de concordancia existente en el terreno de lo teórico y descriptivo. Donde se presentan los desacuerdos es en el terreno de la aplicación clínica de los conceptos, lo que ha dado origen a una amplia discusión entre numerosos autores, los que después de algunos años se han polarizado alrededor de dos figuras, líderes de escuelas, que si bien no se aceptan como tales, en la práctica sí lo hacen y ejercen su influencia en el movimiento psicoanalítico, sobre todo en los aspectos terapéuticos y educativos: O. Kernberg y H. Kohut.

Bibliografía

MAHLER, M. S., *El nacimiento psicológico del infante humano. Simbiosis e individuación*, Marymar, Buenos Aires, 1977.

OTTO KERNBERG

Presentar de una manera sistemática y clara las aportaciones de Kernberg a la teoría de las relaciones de objeto, es una tarea difícil por dos razones: la primera es la extensión de sus escritos, que cubren una extensión de veinte años de trabajo y en los cuales refleja no sólo gran originalidad de pensamiento, sino un conocimiento enciclopédico acerca de temas paralelos a los que recurre con la facilidad de quien se ha compenetrado en un estudio profundo y sistemático. La segunda razón es

que las influencias que reporta en su concepción de la estructura psíquica, normal y patológica varían desde autores como Klein y Fairbairn, hasta Jacobson y Mahler.

Confiamos en haber dejado claro que la forma de conceptualizar, de entender, y de comunicar de los autores refleja, pese al acuerdo general, una gran variabilidad en los puntos de vista sostenidos. Kernberg encuentra la forma de combinar todos estos puntos de vista, en uno desde luego no exento de originalidad, pero que a veces da la impresión de contradictorio y paradójico. Para Kernberg, toda su teoría y su técnica no representan sino un avance firmemente anclado dentro de la ortodoxia psicoanalítica, en particular dentro de la psicología del yo, y esto es lo que espera demostrar a lo largo de sus escritos.

El primer artículo relevante de Kernberg alrededor de nuestro tema es el llamado "Derivados estructurales de las relaciones de objeto", escrito para dar a conocer las inquietudes del autor en relación con los pacientes *borderline* (fronterizos). Comienza por llamar la atención acerca del uso de la escisión como defensa central en estos pacientes y se remite a los artículos de Freud "Escisión del yo en el proceso de defensa" (1938) y "Esquema del psicoanálisis" (1940), donde define a la escisión del yo como la coexistencia a lo largo de la vida de dos disposiciones implícitas contradictorias conscientes, las cuales no se influyen entre sí.

Si analizamos los rasgos sintomáticos y las defensas de estos pacientes, Kernberg propone un modelo tentativo que liga los mecanismos de internalización de las relaciones de objeto por una parte, con las vicisitudes de los derivados pulsionales instintivos y la formación del yo, por la otra. En resumen, formula las siguientes proposiciones principales:

1. La introyección, la identificación, y la identidad del yo son tres niveles del proceso de internalización de las relaciones de objeto en el aparato psíquico; a los tres se les definirá sucintamente como sistemas de identificación. Todos estos procesos de internalización formarán precipitados o estructuras psíquicas para las cuales se utiliza exactamente el mismo término del mecanismo respectivo. Introyección, por ejemplo, será considerado, lo mismo un proceso del aparato psíquico que, como resultado de tal proceso, una estructura.

2. Todos estos procesos de internalización consisten de tres componentes básicos: a) imágenes objetales o representaciones de objeto, b) imágenes del *self* o representaciones del *self*, y c) derivados o disposiciones pulsionales a estados afectivos específicos.

3. La organización de sistemas de identificación suceden primero en un nivel básico (primitivo) de funcionamiento del yo, en el cual la escisión (*splitting*) es el mecanismo crucial para la organización defensiva del yo. Posteriormente se alcanza un segundo nivel de organización defensiva del yo, más avanzado, en el cual la represión toma el lugar de la escisión como el mecanismo central.

4. El grado de integración del yo, así como del superyó, depende del grado en el cual la represión y los mecanismos aliados han reemplazado a la escisión y sus mecanismos aliados (1976, págs. 25-26).

Más adelante, Kernberg, al hablar de la introyección, anuncia otro de sus conceptos fundamentales:

La introyección es el más temprano, primitivo y básico nivel de organización del proceso de internalización. Es la reproducción y fijación de una interacción con el medio gracias a la influencia de un grupo organizado de restos de memoria que implican al menos tres componentes: *a)* la imagen de un objeto, *b)* la imagen del *self* en interacción con ese objeto, y *c)* el abrillantamiento afectivo de la imagen del objeto y de la imagen del *self* bajo la influencia del representante pulsional presente en el momento de la interacción. Este proceso es un mecanismo de crecimiento del aparato psíquico y también es utilizado por el yo con propósitos defensivos (pág. 29).

Kernberg hace hincapié en que el abrillantamiento afectivo de la introyección es un aspecto esencial ya que representa la "valencia activa" de la introyección; así cuando la valencia es positiva, es decir, libidinal, pasa a formar el "buen objeto interno", mientras que cuando la introyección sucede en presencia de derivados pulsionales agresivos, se organiza el "mal objeto interno". Más adelante, Kernberg considera la diferencia entre escisión y represión. Nos dice que la escisión consiste en disociar o mantener activamente separados sistemas de identificación con valencias opuestas (sistemas de identificación en conflicto) sin relación de acceso a la conciencia o al control perceptual o motor. Represión, por contraste, es un mecanismo de defensa central del yo de un estadio posterior, y consiste en el rechazo de un impulso o de su representación ideacional, o ambos, del yo consciente. Así como la escisión se ve reforzada por la proyección, la negación y otras defensas primitivas, la represión se ve reforzada por mecanismos tales como el aislamiento, el desplazamiento y otras defensas típicamente neuróticas o normales.

En su artículo acerca del desarrollo normal y patológico, Kernberg propone algunas definiciones acerca de lo que es una teoría de relaciones de objeto. Nos dice que en una definición amplia, la teoría de relaciones de objeto psicoanalítica debía incluir todas las vicisitudes de la relación entre los campos intrapsíquico e interpersonal. Así definida, esta teoría se conforma como un "lenguaje intermedio" entre el lenguaje metapsicológico y el clínico. En un sentido más estrecho, la teoría de relaciones objetales también se refiere a la construcción de representaciones bipolares intrapsíquicas (imágenes del *self* y de los objetos) como reflejos de la relación original madre-hijo y su posterior desarrollo en díadas, tríadas y en múltiples relaciones interpersonales, internas y externas. Kernberg se muestra más de acuerdo con esta segunda definición del campo.

Kernberg propone un esquema de desarrollo en cuatro fases que muestran el desarrollo progresivo de sus unidades básicas (representación

de objeto, representación del *self*, vínculo afectivo) y sus repercusiones en la formación de la estructura intrapsíquica, y en el establecimiento de diferentes tipos de patología. Para sustentar sus propuestas se apoya en diversos autores de los ya mencionados en este libro así como en otros provenientes de diversos campos como la neurofisiología y la etología.

1. Estadio primario indiferenciado o "autismo normal"

Esta fase cubre aproximadamente el primer mes de vida y precede al establecimiento de las constelaciones de *self*-objeto "positivas" indiferenciadas. Su prevalencia impediría la incapacidad para establecer la simbiosis y provocaría una psicosis autista.

2. Estadio de las representaciones *self*-objeto indiferenciadas primarias o simbiosis normal

Este es el periodo al cual Kernberg da más importancia conceptual. Explica que bajo la influencia de la madre se forman, por una parte, imágenes "positivas" de representaciones *self*-objeto indiferenciadas, consecuentes a experiencias gratificantes o recompensantes, mientras que por la otra se forman imágenes "negativas" de representaciones *self*-objeto indiferenciados, donde se integran experiencias de naturaleza frustrante y dolorosa. Kernberg hace hincapié en que ambos tipos de constelación son independientes entre sí: por un lado las "positivas" y por otro las "negativas", mientras que las representaciones *self*-objeto están totalmente indiferenciadas. Para Kernberg, este periodo corresponde a la simbiosis propiamente dicha de Mahler, más el principio de la subfase de diferenciación; y aclara que una detención o regresión a este estadio prevalece en la psicosis simbiótica infantil, en la mayor parte de las esquizofrenias adultas y en la psicosis depresivas.

En este punto, Kernberg hace un interesante rodeo, al tratar de integrar lo que se sabe acerca del funcionamiento del eje hipotálamo-hipofisis, del hipocampo y el sistema límbico, y concluye que toda la información del ambiente externo e interno llega al sistema reticular ascendente y hace conexión con los campos del hipotálamo y el hipocampo, cuya función principal es desarrollar y organizar los aspectos afectivos y conductuales de la conducta "pulsional" o motivada. Dice que cualquier desequilibrio homeostático provocará un estado de alerta o excitación, la puesta en marcha de mecanismos innatos y experiencias subjetivas de afecto de tipo "recompensante", placentero o "castigante" y doloroso, controlado por centros de recompensa y castigo (Olds, 1960). Dice también:

Los afectos primitivos, concebidos como la experiencia subjetiva del placer o displacer más temprana, constituye el elemento organizador básico que une

en un rastro mnémico común la experiencia de la percepción primitiva de estados corporales, de conducta innata activada y la correspondiente respuesta del medio “externo” mezclada. En resumen, diversas estructuras fisiológicas innatas, conductuales, afectivas y perceptuales se internalizan conjuntamente como una primera unidad de la estructura intrapsíquica. Cognición y afecto son pues dos aspectos de la misma experiencia primaria. Esto tiene relevancia para la teoría psicoanalítica de los instintos (pág. 62).

Aquí se pueden ver dos aspectos importantes de la teoría de Kernberg, por una parte su necesidad de mantenerse dentro de una teoría instintivista, acorde con los lineamientos generales del psicoanálisis, y por la otra, su capacidad para integrar conocimientos de otras áreas de la ciencia en la explicación de su modelo.

Al volver al segundo estadio, Kernberg señala que luego de establecerse las constelaciones descritas, se hace un intento por “expeler” la experiencia *self*-objeto negativa, mientras que la representación *self*-objeto positiva se convierte en el núcleo del yo. La expulsión a la “periferia” de la experiencia psíquica, inicia la concepción de un “ahí afuera”.

Por el sexto y noveno mes comienza a presentarse una diferenciación entre las representaciones del *self* “positivas” y “negativas”, así como de las representaciones de objeto “positivas” y “negativas”, en buena parte determinadas por una exploración más realista del mundo externo. Desde el punto de vista de los afectos, las representaciones del *self* y de objetos positivos se cargan con libido, mientras que las negativas se cargan con agresión; en esta situación de diferenciación incipiente se pasa al tercer estadio.

3. Diferenciación de las representaciones del *self* de la de los objetos

Este estadio se inicia entre el sexto y el octavo mes y llega a su fin entre los 18 y los 36 meses. Con la exclusión de la subfase de diferenciación, corresponde al proceso de separación —individuación de Mahler.

Se inicia con la terminación de la diferenciación de las representaciones del *self*, de las representaciones de objeto dentro del núcleo de representaciones “positivas” de *self*-objeto, y posteriormente de las “negativas”, y concluye con la eventual integración de representaciones del *self* “positivas” y “negativas” en su concepto del *self* integrado, y con la integración de las representaciones de objeto “positivas y negativas” en una representación de objeto “total”, esto es el logro de “constancia objetal”.

Pese a que la fase señala diferenciaciones, éstas no se adquieren de un día para otro y durante casi todo el periodo hay dificultad para establecer una concepción integral de otros seres humanos o de los límites

precisos de nuestro *self*. Con todo, ya existen límites yoicos definidos, aunque nuestras relaciones con los objetos son parciales. Una fijación a este periodo o una regresión determinan, según Kernberg, la organización de la personalidad *borderline*. Como es lógico, el mecanismo de defensa prototípico de esta fase es la escisión, que al principio se utiliza para preservar a la representación positiva de contaminarse con la negativa; en situaciones normales, el uso de la escisión disminuye con la capacidad integrativa, pero en casos patológicos su uso aumenta, lo que lleva al paciente al síndrome de difusión de la identidad.

4. Integración de las representaciones del *self* y de las representaciones de objeto, y el desarrollo de estructuras derivadas de relaciones de objeto de alto nivel intrapsíquico.

Este estadio empieza al final del tercer año y dura a lo largo del periodo edípico. Se caracteriza por la presencia de un sistema del *self* definitivo, y de representaciones de objeto estables. En esta fase se consolidan el yo, el superyó y el ello como estructuras psíquicas totales. La psicopatología de esta fase está representada por las neurosis y las organizaciones de patología de carácter de alto nivel, particularmente los caracteres histéricos, obsesivo-compulsivo, y depresivo-masoquistas, donde los conflictos ocurren entre el yo y un superyó bien integrado pero excesivamente punitivo. Los mecanismos de defensa giran alrededor de la represión, que sustituye a la escisión, lo que consolida al ello como una estructura psíquica que contiene la suma de relaciones de objeto inaceptables, debido a las experiencias peligrosas, productoras de ansiedad y culpa que están involucradas en su origen. En este periodo se inicia la integración del superyó como una estructura intrapsíquica independiente.

5. Consolidación del superyó e integración del yo.

Este último estadio empieza con la integración de todos los niveles del superyó tanto del ideal del yo como del aspecto prohibitivo de éste, lo que disminuye la oposición entre yo y superyó y alienta la identidad del primero. Se establece la estructura de carácter que representa aquellas conductas predominantemente automatizadas que devienen de la identidad del yo. Hay una relación recíproca entre el concepto del *self* y la estructura del carácter.

Con esto termina Kernberg su esquema de desarrollo de las relaciones de objeto. A partir de aquí desarrolla, en otro artículo, una clasificación

psicoanalítica de la patología de carácter, donde ofrece una aplicación clínica de sus concepciones teóricas.

Después de revisar los conceptos de Abraham (1924) y de Fenichel (1945) acerca de una clasificación de patologías de carácter, Kernberg plantea que según los avances en la teoría psicoanalítica de las relaciones de objeto y su efecto en la formación de la estructura psíquica, es conveniente desarrollar una nueva clasificación de la patología de carácter para la cual señala algunos criterios básicos.

El primero se refiere al desarrollo instintivo donde asume que, clínicamente, se pueden encontrar tres niveles de fijación instintiva: un nivel superior donde se ha alcanzado la primacía genital; un nivel intermedio en el que predominan puntos de fijación o regresión en niveles pregenitales, especialmente orales; y un nivel bajo donde se ha dado una condensación patológica de tendencias instintivas, con una predominancia de agresión pregenital.

El segundo criterio se refiere al desarrollo del superyó. Aquí asume que en el nivel superior se encuentra un superyo bien integrado, aunque exageradamente punitivo, mientras que en los dos niveles inferiores se notan diversos grados de falta de integración y la predominancia de precursores sádicos del superyó sobre otros componentes de éste.

En relación con su tercer criterio, hace referencia a las operaciones defensivas cuando dice que en el nivel alto funciona la represión y sus aliados, lo que también sucede en el nivel intermedio, excepto que, además, éste muestra las defensas que en forma más aguda se presentan en el nivel inferior.

Su cuarto criterio se refiere a las vicisitudes de las relaciones de objeto internalizadas. Señala que en el nivel alto no hay conflicto con las relaciones de objeto internalizadas, y que lo mismo sucede en el nivel intermedio, excepto que hay más conflicto en las relaciones objetales. En cuanto al nivel inferior, se encuentra presente una severa patología de la relación de objeto internalizada, pues al ser las relaciones de objeto más parciales que totales, no se ha establecido la constancia objetal y no hay tolerancia para integrar las representaciones del *self* y de los objetos positivos y negativos lo que lleva al síndrome de difusión de identidad.

Tenemos así que en el nivel superior de organización de la patología de carácter hay:

- a) Superyó bien integrado aunque punitivo.
- b) Yo bien integrado.
- c) *Self* estable y mundo representacional estable.
- d) Mecanismo de defensa represión.
- e) Defensas de carácter inhibitorias y reactivas.
- f) Yo constreñido, sin infiltración instintiva.

El último inciso representa a los caracteres:

- histéricos
- obsesivo compulsivos
- depresivo masoquistas

En el nivel intermedio de organización de patología del carácter están:

- a) Un superyó menos integrado e igualmente punitivo.
- b) Una integración superyoica deficiente en la proyección parcial de núcleos del superyo.
- c) Cambios de humor severos.
- d) Aparición de defensas de carácter patológicas, en combinación con formaciones reactivas con expresiones parciales de impulsos instintivos.
- e) Expresiones disociadas de necesidades sexuales y agresivas y una "impulsividad estructurada" en ciertas áreas.
- f) Represiones y mecanismos asociados que coexisten con escisión del yo en áreas limitadas.
- g) Los contenidos pregenitales, predominantes reflejan algún grado de regresión de impulsos edípicos.
- h) Las relaciones objetales son aún estables, duraderas, profundas y tolerantes de ambivalencia.

En este nivel encontramos:

- a) Los tipos orales de patología de carácter, en especial los "pasivo-agresivos".
- b) Las personalidades sadomasoquistas.
- c) Personalidades narcisistas.
- d) Pacientes con una desviación sexual cristalizada, con capacidad para establecer dentro de tales desviaciones relaciones de objeto relativamente estables.

En el nivel inferior de organización de la patología de carácter encontramos:

- a) Integración mínima del superyó.
- b) Incapacidad para experiencias de preocupación y culpa.
- c) Rasgos paranoides.
- d) La delimitación entre el yo y el superyó está completamente borrada.
- e) La función sintética se aprecia seriamente dañada.
- f) La escisión es el mecanismo central en vez de la represión.

- g) Las defensas de carácter patológico son predominantemente impulsivas, instintivamente infiltradas.
- h) Predominio de la agresión pregenital en la formación del yo y del superyó.
- i) Condensación de conflictos genitales y pregenitales con predominancia de la agresión pregenital.
- j) Incapacidad para la empatía con objetos totales; las relaciones objetales son parciales.
- k) No hay constancia objetal.
- l) Síndrome de difusión de identidad.
- m) Falta de neutralización de la energía instintiva.
- n) Debilidad yoica que se nota en la falta de tolerancia a la ansiedad y una falla crónica en áreas de trabajo o creativas.
- ñ) Funcionamiento cognitivo infiltrado por procesos primarios de pensamiento.

En este nivel se encuentran:

- a) Personalidades infantiles y narcisistas graves.
- b) Todos los pacientes con estructura de personalidad antisocial.
- c) Los desórdenes de carácter caótico.
- d) Los caracteres "como-si".
- e) Las "personalidades inadecuadas" y muchos de los "automutiladores".
- f) Pacientes con desviaciones sexuales múltiples (o con combinaciones de desviaciones sexuales con adicciones a drogas).

Todos estos cuadros patológicos quedan definidos en el campo de los desórdenes fronterizos o "caracteres psicóticos" o en la denominada, como Kernberg la llama, "organización de personalidad *borderline*".

El diagnóstico diferencial entre pacientes con trastornos fronterizos y los psicóticos se centra en el mantenimiento de la "prueba de realidad", en los primeros, y su pérdida, en los otros.

Este esquema de clasificación de Kernberg ha sido afinado en repetidas ocasiones hasta que en su último libro publicado (Kernberg, 1984) describe un sistema de diagnóstico sumamente sofisticado, así como indicaciones pronósticas y de técnica de tratamiento terapéutico y hospitalario para los pacientes de este último nivel.

Bibliografía

KERNBERG, O., *Borderline Conditions and Pathological Narcissism*, Jason Aronson, Nueva York, 1975.

KERNBERG, O., *Object Relations Theory and Clinical Psychoanalysis*, Jason Aronson, Nueva York, 1976.

KERNBERG, O., *Internal World and External Reality*, Jason Aronson, Nueva York, 1980.

KERNBERG, O., *Severe Personality Disorders, Psychotherapeutic Strategies*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1984.

KOHUT

Reseñar las contribuciones de Heinz Kohut no es fácil, ya que sus ideas representan, de alguna manera, un punto de vista original en psicoanálisis, aunque sus raíces estén en los autores que hemos estudiado a lo largo del presente capítulo. A esto se añade una dificultad adicional. Su trabajo está escrito deliberadamente en un lenguaje difícil, que requiere de aclaraciones constantes para ubicarlo en el contexto de su particular conceptualización, pues de otro modo se cae fácilmente en errores de interpretación, si se le ubica dentro de otro contexto, por semejante que parezca. En este orden de ideas aclaramos que mantene-mos en esta obra la expresión original en inglés *selfobject*, pues la traducción “objeto del *self*” puede producir confusión, sobre todo cuando se habla de *selfobject* arcaico, donde no hay ninguna posibilidad de diferenciar si se trata de un “objeto del *self*” o un “*self* del objeto”.

Otra dificultad para reseñar una teoría de las relaciones de objeto en Kohut es que tal teoría no existe en sus escritos, aunque está implícita en sus postulados teóricos y clínicos.

Kohut, en realidad está interesado en el narcisismo, como una catexis del *self*. Y al respecto escribe:

Una de las dificultades que se encuentra al estudiar los problemas teóricos del narcisismo, es la frecuente suposición de que la existencia de relaciones ob-jetales excluye al narcisismo. Por lo contrario (...), algunas de las experiencias narcisistas más intensas se relacionan con objetos; objetos que se utilizan al ser-vicio del *self* y al mantenimiento de su investidura instintiva, u objetos que son considerados como parte del *self*. A estos últimos me referiré como *selfobjects* (1971, pág. XIV).

Uno de los fundamentos de la teoría de Kohut, está en desacuerdo con Freud (1914) y con, prácticamente, el resto de los investigadores del campo, quienes están de acuerdo en que el narcisismo, la libido narcisista, es un estado de paso hacia la libido objetal. Kohut, no lo cree así:

El narcisismo desde mi visión general, se define no por el blanco de su in-vestidura instintiva (es decir si es el sujeto u otra gente), sino por la naturaleza o cualidad de la carga instintiva (1971, pág. 26).

Lo que Kohut señala es que para él, la libido narcisista (aquella que carga al *self*) y la libido objetal (aquella que carga a los objetos) tienen un desarrollo independiente y no son una consecuencia de la otra. De esto se deriva que hay formas de narcisismo primitivo, inmaduro o patológico, pero también hay formas de narcisismo maduro, adaptativo, normal.

Si se entiende esto claramente se puede apreciar la perspectiva con que Kohut elabora su teoría: no es una teoría de las relaciones de objeto y su eventual diferenciación e internalización. Es una teoría que trata de explicar aquellos hechos que conciernen a la estructura del *self* y sus *selfobjects*, diferenciados o no.

Respecto del inicio de la vida psíquica, Kohut está de acuerdo con los demás estudiosos de este tema, es decir, acepta que en principio hay un estado de “no relación objetal” o autista, en el que el sentimiento oceánico del niño le lleva a una configuración omnipotente del *self* no integrado. Kohut llama a este periodo *estadio del self fragmentado*, y considera que corresponde al estadio de autoerotismo descrito por Freud en 1914 (ver también Nagera, 1964).

A este estadio le sigue un segundo al que Freud denominó *narcisismo primario* (1914), caracterizado por una organización omnipotente más integral y que Kohut denomina *estadio del self cohesivo*, al cual da como característica central el hecho de que la carga libidinal predominante es narcisista. Esto es muy importante, pues en este periodo comienza a haber “relaciones de objeto” —con la madre— pero, según Kohut, estas relaciones son narcisistas, esto es, vividas por el *self* como una parte indistinta de él mismo. Normalmente este estado se mantiene debido a las gratificaciones de la madre, hasta que las inevitables demoras en la gratificación hacen su aparición. Estas demoras determinan un rompimiento en el equilibrio narcisista omnipotente del niño y le provocan intensa angustia, a la que Kohut llama “ansiedad de desintegración”. En términos normales, las demoras impuestas desde el exterior se ven pronto resueltas por la presencia de un objeto gratificador (usualmente la madre) al cual, desde luego, no se le puede diferenciar del *self*, es decir, vivirlo como algo externo al niño, pero al que se le atribuye una potencia superior, no sólo capaz de proveer la gratificación, sino, lo que es más importante, de tranquilizar esa incipiente angustia de desintegración.

Otra situación que se puede presentar, la cual ya fue señalada en Winnicott, es la falta de respuesta de la madre a un requerimiento omnipotente del niño, quien ante la frustración reacciona con un retorno a su estado previo de omnipotencia.

Kohut señala:

El equilibrio del narcisismo primario se ve roto por las inevitables fallas del cuidado materno, pero el niño recobra la perfección previa:

- a) al establecer una imagen grandiosa y exhibicionista del *self*: el *self* grandioso; o
- b) al ceder la perfección previa a un *selfobject* (transicional) admirado y omnipotente: la *imago* parental idealizada (*ibid*, pág. 25).

Éste es probablemente el concepto central de la teoría de Kohut. El estado narcisista da origen a dos polos o dimensiones que funcionan para mantener en equilibrio al *self* del niño y del adulto, del normal y del paciente. Con esto quiere decir que se puede estudiar la conducta evolutiva tanto del *self* grandioso como de la *imago* parental idealizada en el camino hacia la madurez o hacia la enfermedad.

Para continuar, hay que introducir otro concepto de la teoría de Kohut, esto es, lo que él llama "internalización trasmutadora".

Cuando el niño vive una pérdida "tolerable" de alguna función que el objeto realizaba para él (frustración óptima), la psique no se resigna a la pérdida; en vez de ello, preserva la función del objeto por medio de la internalización. Cuando una "internalización efectiva" reemplaza una función del yo auxiliar mediante una estructura que cumple la misma función, ha ocurrido un proceso que puede ser descrito como un "salto" estructural (Tolpin M., 1971). Este salto se logra por una "internalización trasmutadora", un proceso intrapsíquico que involucra:

Una despersonalización (...) del objeto, principalmente en la forma de un cambio (...) del contexto total humano de la personalidad del objeto a algunas de sus funciones específicas. Así, si las catexias de objeto narcisistas son retiradas (abandonadas), de las funciones perdidas de la *imago* objetiva debido a la frustración óptima, la función del objeto es preservada ("precipitada") como "una partícula de estructura psicológica interna que ahora ejecuta la función que el objeto solía ejecutar para el niño" (1971, págs. 44, 50).

Tenemos pues que la internalización trasmutadora ocupa en Kohut un papel principal en la formación de una estructura psicológica estable que sea capaz de una independencia creciente de los objetos en el exterior. Este proceso permite al niño el paso de un estado narcisista primario a uno más evolucionado.

Kohut ha mostrado como los fundamentos tempranos de un *self* cohesivo dependen de la formación de una estructura psíquica transicional que ejecute funciones de apaciguamiento del niño, que afirme o fortalezca al *self* emergente del infante. Las internalizaciones trasmutadoras de funciones reguladoras mediadas por una madre "suficientemente buena" en la fase de separación, y el "ayudante" (objeto transicional), llevan gradualmente a la estructura psíquica, que capacita al niño para satisfacer algunas de sus necesidades; la liberación de la dependencia exclusiva del "objeto satisfactor de necesidades" conferido por este proceso es indispensable para el logro de un *self* cohesivo.

Como se observa, para que la internalización trasmutadora se dé en forma efectiva se requiere de una “buena maternización” en el sentido de Winnicott, es decir de la presencia de un *selfobject* arcaico que satisfaga empáticamente las necesidades del niño y que lo someta a un nivel de “frustración óptima”. Un buen *selfobject* que cumpla la función de espejo y de tranquilizador cuando sea requerido, parece el mejor camino hacia la salud. Lo que Kohut plantea es que la ineficiencia del *selfobject* materno, en la realidad conduce a un estado en el niño en que la cohesión del *self* es extremadamente frágil y el resultado es una lesión narcisista que va a alterar su personalidad en forma permanente.

En relación con el postulado de estas dos configuraciones del *self*, Kohut señala que funcionan también como dos polos de interés: el *self* grandioso, convenientemente integrado proporciona el combustible instintivo para que se haga presente en las formas maduras de autoestima positiva, en la autoconfianza, en la capacidad para aceptar nuestros éxitos sin vergüenza, ni culpa, y asimismo en la capacidad para tolerar nuestras fallas sin derrumbarnos; y en la búsqueda de la sabiduría y particularmente del humor, en la capacidad de reírnos de nosotros sin que esto nos destruya.

Por su parte, la *imago* parental omnipotente ha de evolucionar hacia la formación de un superyó idealizado que sirva de guía; si se le contempla como una configuración madura, encontramos que en él subyacen las formas maduras de admiración por otros, nuestra capacidad para entusiasmarnos, para adherirnos a una idea o ideal y trabajar por ello. Aquí está la base para el altruismo y el cuidado genuino de otros que nos provoca satisfacción personal, más allá del amor objetal que les profesemos.

Lo que Kohut pretende decir es que, independientemente de que seamos capaces de amar a otros, también debemos amarnos a nosotros y que esto es narcisista, de una manera madura, pero narcisista.

Entre los dos polos descritos, las ambiciones en el *self* grandioso y los ideales en la *imago* parental idealizada, se da un arco de tensión que involucra las habilidades reales del sujeto y que debe buscar un equilibrio entre las ambiciones y las metas. Si estos tres elementos funcionan en armonía, es decir, ambiciones—capacidades—metas, la conducta será más adaptativa; en la medida en que estén más desincronizados se presentará la patología narcisista.

Una vez explicados los conceptos fundamentales, Kohut aborda por separado la evolución de la *imago* parental omnipotente y el *self* grandioso.

Evolución de la *imago* parental omnipotente

Se debe tener en mente que cuando Kohut plantea la evolución de la *imago* parental omnipotente, se refiere a aquella configuración nar-

cisista mediante la cual la psique salva una parte de la experiencia perdida de perfección narcisista global, cuando ésta se ve amenazada por un disturbio. Dicha configuración es la idealización de un objeto transicional o *selfobject* que le da al niño o al adulto una sensación de protección y apoyo y que le provoca, si se separa de él, que se sienta vacío e indefenso y que, por tanto, trate de mantener una unión continua con éste. No se habla de una relación objetal (cargada con libido objetal) externa o internalizada, sino de una relación objetal (cargada con libido narcisista) externa o internalizada.

Esto resulta más comprensible si nos referimos a un aspecto concreto de la estructura: la formación del superyó. Como se sabe, la formación del superyó es el resultado de la internalización mediante la identificación con la figura de los padres a consecuencia de la presión edípica; esto presupone que nos referimos a relaciones objetales (libidinales o agresivas, pero de carácter objetal) y que en consecuencia, cuando dichas cargas son retiradas de los objetos y depositadas en el yo, se convierten en energía ligada, neutralizada, que constituye la materia prima de la estructura intrapsíquica y forman la base del yo y del superyó. Por otra parte, los padres también reciben cargas narcisistas, como *selfobjects* que son del niño, y su destino final es también la internalización en éste, pero cuando se retira la carga narcisista del objeto y se internaliza, pasa a formar parte del mundo de las idealizaciones; en este caso constituye el superyó idealizado.

Esta distinción es importante porque nos señala que los aspectos idealizados de la estructura: el ideal del yo, que pasará a formar parte del superyó, no se derivan sólo de la fantasía de lo que los padres hubieran querido ser, como se suele explicar, sino que su energía parte de aquellas necesidades narcisistas primarias que no fueron satisfechas, por lo que se tuvieron que internalizar fuera de fase y se mantienen presentes en la estructura en forma de ideales desmedidos que provocan ansiedad persecutoria en búsqueda de la perfección.

En una situación relacionada, Kohut dice:

Bajo circunstancias óptimas, el niño experimenta una gradual desilusión del objeto idealizado, o expresado en forma diferente: la evaluación que hace el niño del objeto idealizado se vuelve cada vez más realista, lo cual lleva a una retirada de las catexias narcisistas de la *imago* del *selfobject* idealizado y a su gradual internalización, o sea, a la adquisición de estructuras psicológicas permanentes que continúan, endopsíquicamente, las funciones que el *selfobject* había cubierto previamente. Si el niño sufre la pérdida traumática del objeto idealizado, o si una desilusión traumática (súbita, severa, o en fase no apropiada) ocurre, entonces la internalización óptima no ocurre y el niño permanece anclado a un *selfobject* arcaico y su personalidad será, a lo largo de toda su vida, dependiente de algunos objetos en lo que parece ser una intensa "hambre de objetos" (pág. 45).

En un sentido evolutivo, lo que se ha reseñado es lo más importante de lo descrito por Kohut en relación con la *imago* parental omnipotente. Desde luego, la parte más extensa de su obra se refiere a las consecuencias clínicas de esta configuración, o sea a la transferencia idealizadora.

Evolución del *self* grandioso

Kohut plantea que la manifestación del *self* grandioso, tanto en sus formas clínicas (transferencia espectacular) como en sus manifestaciones caracterológicas, es la reedición de una fase del desarrollo (correspondiente en forma gruesa a la que Freud se refería como “yo-placer purificado”) en la cual el niño intenta salvar el narcisismo original total por medio de concentrar perfección y poder en el *self*, aquí llamado *self grandioso*, y separándose altivamente de un exterior al que se le asignan todas las imperfecciones.

Desde un punto de vista genético, parece claro que el desarrollo de la configuración del *self* grandioso antecede a la de la *imago* parental omnipotente; para Kohut esto no tiene mayor importancia pues lo que se estudia, desde el punto de vista clínico, es la presentación de ambas configuraciones, que surgen más o menos al mismo tiempo. Añade, sin embargo, que hay gente que muestra más tendencia hacia la repetición de una u otra de las configuraciones narcisistas.

En condiciones favorables, es decir, cuando hay padres que responden de manera selectiva a las demandas grandiosas del niño, éste aprende a aceptar sus limitaciones reales, las demandas exhibicionistas exageradas se abandonan al ser reemplazadas, paso a paso, por metas y propósitos egosintónicos, por el placer derivado de la actividad y el funcionamiento, y por una autoestima realista. Esto se verá influenciado por dos series de factores. La primera es que las características de las personas que cumplieron el papel de espejos ante las demandas del niño, dejan su huella en éste mediante la internalización trasmutadora; la segunda influencia emana en forma directa del narcisismo original que infunde en el propósito central de nuestra vida y en nuestra estima, ese sentimiento de derecho al éxito, de convicción de que podemos tenerlo, y que nos mantiene en el esfuerzo pese a todo.

Si su desarrollo se ve interferido, esta configuración se escinde del yo realidad, al no ser accesible a influencias externas y retener sus formas arcaicas, lo que lleva a la patología. En tal caso se presenta una reactivación del *self* grandioso que se puede presentar en tres formas: 1. una fusión arcaica con una extensión del *self* grandioso; 2. una forma menos arcaica a la que Kohut llama transferencia gemelar o de *alter ego*, 3. una aún menos arcaica a la que se refiere como transferencia espectacular, en sentido estricto.

Hasta aquí la reseña de las principales teorías de relaciones de objeto en psicoanálisis. Las aplicaciones clínicas de estos conceptos han abierto un amplio campo en el tratamiento de las llamadas patologías preestructurales, cuya descripción va más allá del alcance de esta obra.

Bibliografía

- KOHUT, O., *The Analysis of the Self*, International University Press, Nueva York, 1971.
- KOHUT, O., "Psychoanalysis in a Troubled World", en *The Annal Psychoanalysis*, vol. 1, Quadrangle, The New York Times Book Co., Nueva York, 1973.
- KOHUT, O., *The Restoration of the Self*, International University Press, Nueva York, 1977.
- KOHUT, O., *The Search for the Self*, vols. 1 y 2, P. Ornstein (ed.) International University Press, Nueva York, 1978.
- KOHUT, O., "The Two Analysis of Mr. "Z", *Int. J. of Psycho.*, núm 60, 1979, págs. 13-27.
- KOHUT, O., *How does analysis cure?*, Goldberg y Stepansky (eds.), The University of Chicago Press, Chicago, 1984.

13

ROGERS

Carl R. Rogers nació en 1902, en Oak Park, Illinois. Conocido internacionalmente por sus publicaciones e influencia personal, murió en La Jolla, California, el 4 de febrero de 1987. Fue una figura central de la psicología humanista durante más de cuatro décadas y dio origen al enfoque centrado de la persona, teoría que cuestionó a la psicología como ciencia y como profesión. Revolucionó la práctica psicoterapéutica, la educación y el campo de las relaciones interpersonales (Lafarga, 1986).

Carl Rogers fue el primer psicoterapeuta de fama mundial proveniente del campo de la medicina y de la neurología, sino de las universidades y de la investigación psicológica. Proyectó sus descubrimientos más allá del consultorio. Fue profesor en los centros de educación e investigación en psicología más importantes de su país: Chicago, Harvard, Rochester, Columbus, Brandeis, así como en universidades de Europa, América Latina, Australia y Sudáfrica. Fue presidente de la Asociación Americana de Psicología Aplicada, de la Sociedad Americana de Psicología y fue el primer psicólogo que recibió de esta última los premios a la investigación científica y a la actividad profesional. Presidió también la Academia Americana de Psicoterapeutas (Lafarga, 1986) y fue fundador del Centro de Estudios de la Persona.

Entre sus publicaciones principales destacan: *Counseling y psicoterapia*, *El proceso de convertirse en persona*, *La psicoterapia centrada en el cliente*, *El matrimonio y sus alternativas*, *El poder de la persona*, *Grupos de encuentro*, *Libertad y creatividad en la educación* así como una gran variedad de artículos que aparecen en los tres volúmenes de *Desarrollo del Potencial Humano*, compilados por Juan Lafarga y José Gómez del Campo (Trillas, México, 1978, 1978, 1986).

En 1959, la Asociación Norteamericana de Psicología le solicitó preparar una síntesis sistemática de su teoría, como colaboración al estudio que dicha asociación realizaba acerca del estado y desarrollo de la psicología en Estados Unidos de Norteamérica. Este artículo fue publicado en el volumen III de *Psychology: A Study of a Science*.

Rogers señala que antes de proceder a una exposición detallada de una teoría es útil describir algunas de las interrelaciones entre los diversos aspectos de las formulaciones teóricas.

El primero de esos aspectos, el que se vincula de modo más estrecho con los hechos observados y está más apoyado por los elementos de prueba, es la teoría de la psicoterapia y del cambio de personalidad, creada con el propósito de ordenar los fenómenos de la terapia de acuerdo con las experiencias.

La elaboración de unas y otras propició una teoría de la personalidad. Tal teoría tenía por objeto poner en disposición un medio que permitiera comprender, aunque sólo fuera de forma provisional, el organismo humano y la dinámica de su desarrollo, es decir, comprender mejor el fenómeno representado por la persona que solicita servicios terapéuticos.

Durante los últimos años se procuró esbozar la imagen del objeto final de la terapia: la persona creativa al máximo, es decir, la persona humana en funcionamiento pleno.

En otro sentido, la comprensión de la relación terapéutica ha llevado a plantear ciertas formulaciones respecto de las relaciones interpersonales, ya que la relación terapéutica es, en realidad, un caso especial de aquéllas. Es éste un enfoque nuevo y provisional que se considera sumamente promisorio.

Finalmente, se ha llegado a la conclusión de que si estas ideas acerca de la terapia tenían alguna validez, podrían aplicarse también a todos los campos de la experiencia y de la conducta humana que implicaran: *a*) las relaciones interpersonales y *b*) el objetivo o potencialidad de desarrollo o de cambio de la personalidad y de la conducta. En consecuencia, existe un conjunto de teorías parcialmente elaboradas en relación con campos tales como la vida familiar, la educación, el liderazgo de grupo y las situaciones de tensión y conflicto grupal.

Rogers (1985) define de manera operacional, los siguientes constructos, agrupados en once conjuntos, cada uno de los cuales está organizado en torno a un concepto central:

Tendencia actualizante

1. Tendencia actualizante
2. Tendencia a la actualización del yo

Experiencia

3. Experiencia
4. Experimentar
5. Sentimiento, experimentación (*experiencia*) del sentimiento

Constructos que se refieren a la representación consciente

6. Representación, simbolización, conciencia
7. Disponibilidad para la conciencia
8. Simbolización correcta
9. Percibir, percepción
10. Subcibir, subcepción

Yo

11. Experiencia del yo
12. Yo, concepto del yo o de sí mismo, estructura del yo
13. El yo ideal

Incongruencias

14. Incongruencias entre el yo y la experiencia
15. Vulnerabilidad
16. Angustia
17. Amenaza
18. Inadaptación psicológica

Reacción ante la amenaza

19. Defensa, estado de defensa
20. Distorsión y negación del acceso a la conducta
21. Rigidez perceptiva

Congruencia

22. Estado de congruencia entre el yo y la experiencia
23. Apertura a la experiencia
24. Adaptación psicológica. Funcionamiento óptimo
25. Percepción discriminativa (*extensionality*)
26. Madurar, madurez

Consideración positiva incondicional

27. Contacto
28. Consideración positiva
29. Necesidad de consideración positiva
30. Consideración positiva incondicional
31. Complejo de consideración
32. Consideración positiva de sí mismo

33. Necesidad de consideración positiva de sí mismo
34. Consideración positiva incondicional de sí mismo

Valoración condicional

35. Valoración condicional

Constructos relacionados con la valoración

36. Centro de la valoración
37. Proceso de valoración organísmica

Constructos relacionados con la fuente del conocimiento

38. Marco de referencia interno
39. Empatía
40. Marco de referencia externo

TEORÍA DE LA TERAPIA Y DEL CAMBIO DE LA PERSONALIDAD (I)

Esta teoría es de tipo condicional. Si se dan ciertas condiciones (variables independientes), entonces se producirá un proceso (variable dependiente) que incluye ciertos elementos característicos. Si ese proceso se produce (variable independiente), entonces se producirán ciertos cambios de personalidad y de conducta (variable dependiente).

A. Condiciones del proceso terapéutico

Para que un proceso terapéutico se produzca es necesario:

1. Que dos personas estén en contacto.
2. Que la primera persona, a la que denominaremos cliente está en un estado de incongruencia, de vulnerabilidad o de angustia.
3. Que la segunda persona, a quien denominaremos terapeuta, sea congruente en su relación con el cliente.
4. Que el terapeuta tenga una consideración positiva incondicional hacia el cliente.
5. Que el terapeuta tenga una comprensión empática hacia el marco de referencia interno del cliente.
6. Que el terapeuta logre, aunque sea en un grado mínimo, comunicar al cliente la comprensión empática y la consideración positiva incondicional que experimenta hacia él.

El aspecto central de esta parte de la teoría está relacionada con el punto 3, que trata de la congruencia o autenticidad de las actitudes del terapeuta. Esto significa que la experiencia inmediata del terapeuta debe ser simbolizada correctamente en su conciencia, para que la terapia sea eficaz.

Un problema relacionado con las condiciones de la terapia es el que plantea la siguiente interrogante: ¿es la congruencia interna, es decir, la integración del terapeuta en la relación, el elemento fundamental o son las actitudes de comprensión empática y de consideración positiva incondicional? También en este punto se desconoce la respuesta definitiva. Sólo hay una respuesta provisional, derivada de la teoría de Rogers: para que se dé el proceso terapéutico, el estado de congruencia del terapeuta en la relación es de importancia primordial, pero ese estado debe incluir la experiencia de consideración positiva incondicional y de comprensión empática.

Con respecto al estado de congruencia, es importante señalar que la presencia de esta condición puede limitarse a la relación con el cliente. No puede esperarse que el terapeuta sea una persona congruente siempre.

B. El proceso de la terapia

Cuando las condiciones enunciadas en el anterior apartado existen y se mantienen, se pone en marcha un proceso que presenta las siguientes características:

1. El paciente es cada vez más capaz de expresar sus sentimientos por medios verbales y/o motores.
2. Los sentimientos que expresa se refieren cada vez más al yo por oposición al no-yo.
3. Es capaz cada vez más de establecer una distinción entre los objetos de sus sentimientos y percepciones. Esa capacidad se aplica tanto a su concepto del yo y a sus experiencias, como al mundo exterior, a otras personas y a sus interrelaciones. Se vuelve menos rígido y más discriminativo en sus percepciones o, para decirlo en otros términos, la simbolización de sus experiencias es más exacta.
4. Los sentimientos que expresa se relacionan cada vez más con el estado de incongruencia existente entre algunas de sus experiencias y su concepto del yo.
5. Puede experimentar conscientemente la amenaza de tal incongruencia. La experiencia de amenaza se hace posible gracias a la constante consideración positiva incondicional del terapeuta, sea que el cliente dé pruebas de incongruencia o de congruencia, de angustia o de ausencia de angustia.

6. Experimenta con plena conciencia sentimientos que, antes habían sido negados a la conciencia o distorsionados conscientemente.

7. La imagen del yo se reorganiza para integrar las experiencias que habían sido distorsionadas conscientemente o negadas a la conciencia.

8. A medida que prosigue la reorganización de la estructura del yo, la congruencia entre su concepto del yo y la experiencia aumenta cada vez más: el yo es capaz ahora de admitir experiencias que anteriormente eran demasiado amenazantes para la conciencia. En consecuencia, a medida que el número de experiencias amenazantes disminuye, el número de experiencias distorsionadas conscientemente o que no son admitidas en la conciencia, también disminuye. En otras palabras, disminuye la capacidad de defensa.

9. El cliente se vuelve cada vez más capaz de experimentar la consideración positiva incondicional que el terapeuta le manifiesta.

10. Siente cada vez más una consideración positiva incondicional hacia sí mismo.

11. Se concibe progresivamente como el centro de valoración.

12. La valoración de su experiencia se vuelve cada vez menos condicional y se efectúa cada vez más en función de un proceso de valoración orgánica.

C. Efectos en la personalidad y la conducta

No hay diferencias precisas entre el proceso y los resultados de la terapia. Las características del proceso son sólo aspectos diferenciados de los resultados, por lo tanto, habrían podido incluirse dentro del proceso las proposiciones que se verán más adelante. Sin embargo, para favorecer la comprensión nos ha parecido conveniente enunciar por separado los elementos que se indican generalmente con el nombre de resultados y que, por otra parte, se observan fuera de la relación terapéutica. He aquí, pues, los cambios que se producen en el cliente y que, por hipótesis, se consideran relativamente constantes.

1. El cliente es cada vez más congruente, menos defensivo, y está más abierto a su experiencia.

2. Sus percepciones son, por consiguiente, más realistas, más objetivas y más diferenciadas.

3. Es cada vez más eficaz en la resolución de sus problemas.

4. Su adaptación psicológica mejora y se desarrolla en el sentido óptimo, como consecuencia de los cambios efectuados en la estructura del yo descritos en B7 y B8.

5. Como resultado del aumento de congruencia entre el yo y la experiencia (C4), su vulnerabilidad a la amenaza disminuye.

6. Como consecuencia de C2, su percepción del yo ideal es más realista, más realizable.

7. Como consecuencia de los cambios descritos en C4 y C5, su yo es más congruente con su yo ideal.

8. Como consecuencia del aumento de congruencia entre, por una parte, el yo y el yo ideal (C6) y, por otra parte, el yo y la experiencia, se produce una disminución general de la tensión, tanto fisiológica como psicológica, y del tipo específico de tensión psicológica denominado angustia.

9. La consideración positiva de sí mismo aumenta.

10. El sujeto se percibe como centro de valoración y como centro de elección.

a) Como consecuencia de C9 y C10, el sujeto se siente más seguro de sí mismo y más autónomo.

b) Como consecuencia de C1 y C10, sus valores se determinan por medio de un proceso de valoración orgánica.

11. Como consecuencia de C1 y C2, percibe a los otros de manera más realista y exacta.

12. Como experimenta cada vez menos la necesidad de deformar sus experiencias, en especial las relativas a otras personas, siente hacia ellas una mayor aceptación.

13. Su conducta se modifica de varias maneras:

a) Puesto que la proporción de experiencias compatibles con la estructura del yo aumenta, la proporción de conductas que pueden ser aceptadas por el yo aumenta también.

b) A la inversa, la proporción de conductas que no eran admitidas como experiencias del yo y, por lo tanto, sentidas como "no yo", disminuye.

c) En consecuencia, el sujeto percibe que tiene más control de su conducta.

14. Los demás perciben que su conducta es más socializada, más madura.

15. Como consecuencia de C1, C2 y C3, el sujeto se revela como un ser más creativo, más capaz de adaptarse a cada situación especial y a cada nuevo problema, como un ser que puede expresar más acabadamente sus objetivos y valores.

D. Algunas conclusiones acerca de la naturaleza del hombre

La teoría de la terapia, tal como ha sido expuesta, implica ciertas conclusiones relativas a la naturaleza del hombre. Para entreveflas, basta

con examinar desde un punto de vista ligeramente diferente, las hipótesis que hemos enunciado. No obstante, es conveniente exponerlas explícitamente ya que constituyen un eslabón importante capaz de explicar el carácter propio de nuestra teoría. Esas conclusiones, además, nos han impulsado a desarrollar una teoría de la personalidad. Si el individuo es realmente lo que ha revelado ser en la terapia, ¿cuál sería entonces la teoría válida?

Presentamos a continuación las conclusiones acerca de las características del organismo humano:

1. El individuo posee la capacidad de experimentar en la conciencia los factores de su desadaptación psicológica; en otras palabras, factores que residen en la incongruencia entre su concepto del yo y la totalidad de su experiencia.

2. El individuo posee la capacidad de reorganizar su concepto del yo a fin de que sea más congruente con la totalidad de su experiencia y tiene la tendencia a ejercer esa capacidad. Es capaz, pues, de salir de su estado de desadaptación psicológica y evolucionar hacia un estado de adaptación.

3. En el caso de que esta capacidad y esta tendencia sólo existan en estado latente, se desarrollarán en toda relación interpersonal en la que la otra persona sea congruente con la relación, con la experiencia de adoptar hacia el interesado una actitud de consideración positiva incondicional y una comprensión empática, al lograr, en alguna medida, comunicarle tales actitudes. (Estas conclusiones coinciden esencialmente con las condiciones enunciadas en 1A 3, 4, 5, 6.)

La tendencia a la que nos referimos en estas conclusiones será elaborada en la teoría de la personalidad con el nombre de tendencia a la actualización.

Parece evidente que la hipótesis de la capacidad del individuo es de fundamental importancia por sus implicaciones psicológicas y filosóficas. Ello conlleva que la terapia consiste en la liberación de una capacidad existente en un individuo potencialmente capaz, y no en el manejo experto de una personalidad más o menos pasiva.

TEORÍA DE LA PERSONALIDAD (II)

En un intento por ordenar nuestras observaciones acerca del individuo tal como aparece en la terapia, hemos elaborado una teoría del desarrollo de la personalidad y de la dinámica de la conducta. Es conveniente que repitamos la advertencia formulada anteriormente, es decir, que las proposiciones que están al comienzo de la serie son las más alejadas de la experiencia del terapeuta y, por lo tanto, las más sos-

pechosas, mientras que las que aparecen hacia el final se acercan cada vez más al centro de nuestra experiencia.

A. Características del niño

Postulamos que el individuo, durante el periodo de infancia, tiene por lo menos los atributos siguientes:

1. Percibe su experiencia como una realidad. Su experiencia es su realidad, en consecuencia, tiene más posibilidades que cualquiera otro de tomar conciencia de lo que es, para él, la realidad, ya que ningún otro individuo puede asumir totalmente su marco de referencia interno.

2. Posee una tendencia innata a actualizar las potencialidades de su organismo.

3. Interactúa con su realidad en función de esa tendencia fundamental a la actualización. Su conducta es, por lo tanto, un intento orientado del organismo con miras a satisfacer las necesidades experimentadas para actualizarse en la realidad tal como se percibe.

4. En su interacción con la realidad, el individuo se comporta como una totalidad organizada, como una *gestalt*.

5. Se inicia un proceso de valoración orgánica, en el que el individuo valora la experiencia al tomar como criterio de referencia la tendencia actualizante. Asigna un valor positivo a las experiencias que percibe como favorables al mantenimiento y enriquecimiento del organismo. Asigna un valor negativo a las experiencias que percibe como contrarias al mantenimiento o enriquecimiento del organismo.

6. Tiende a buscar las experiencias que percibe como positivas y a rechazar las que percibe como negativas.

B. El desarrollo del yo

1. Como consecuencia de la tendencia a la diferenciación, que constituye un aspecto de la tendencia actualizante, una parte de la experiencia del individuo se diferencia y se simboliza en la conciencia. Esta parte simbolizada corresponde a una conciencia de ser, de actuar como individuo, y puede describirse como experiencia del yo.

2. Como consecuencia de la interacción entre el organismo y el medio, la conciencia de ser y de actuar como individuo aumenta y se organiza gradualmente para formar el concepto del yo que, como objeto de la percepción, forma parte del campo experimental.

C. La necesidad de consideración positiva

1. A medida que se exterioriza la conciencia del yo, el individuo desarrolla una necesidad de consideración positiva. Esta necesidad es

universal por cuanto existe en todo ser humano y se hace sentir de manera continua y penetrante. La teoría no se interesa en saber si se trata de una necesidad innata o adquirida. De acuerdo con Standal (1980), que formuló este concepto, es una necesidad adquirida.

- a) La satisfacción de esa necesidad se logra necesariamente por medio de las inferencias obtenidas a partir del campo experiencial de otra persona. En consecuencia, esta satisfacción es a menudo ambigua.
- b) La satisfacción de esa necesidad se relaciona con una gama muy amplia de experiencias del individuo.
- c) El proceso de satisfacción de la necesidad de consideración positiva es recíproco, ya que cuando el individuo se da cuenta de que satisface esa necesidad en otro, satisface, por eso mismo, su propia necesidad de consideración positiva. De ahí entonces que sea gratificante tanto satisfacer esta necesidad en otro como experimentar la satisfacción que siente otro al satisfacer nuestra propia necesidad.
- d) Los efectos de esa satisfacción son intensos en el sentido de que la consideración positiva manifestada por cualquier persona se comunica, en aquel que es objeto de ella, al conjunto de la consideración que éste experimenta hacia esa persona (complejo de consideración). Por consiguiente, la consideración positiva de personas gracias a las cuales el individuo experimenta una consideración positiva particular, puede ser más poderosa que el proceso de valoración organísmica. O sea, que el individuo puede llegar a preferir la consideración positiva de esas personas a las experiencias que tengan un valor positivo para la actualización del organismo.

D. El desarrollo de la necesidad de consideración positiva de sí mismo

1. Las satisfacciones o las frustraciones que acompañan a las experiencias relativas al yo pueden experimentarse por el individuo al margen de toda manifestación de consideración positiva de los demás. La consideración positiva experimentada de esta forma se denomina consideración positiva de sí mismo.

2. La necesidad de consideración de sí mismo se presenta como una necesidad adquirida que se desarrolla a partir de la asociación de experiencias del yo con la satisfacción o con la frustración de la necesidad de consideración positiva.

3. El individuo puede entonces experimentar la presencia o la ausencia de la consideración positiva al margen de las valoraciones de las

demás. Se convierte, en cierta manera, en su propio criterio (su propio otro social significativo).

4. De igual modo que la consideración positiva, la consideración positiva de sí mismo que se experimenta en relación con cualquier experiencia del yo o grupo de experiencias del yo, se comunica al complejo de consideración del yo global.

E. Desarrollo de la valoración condicional

1. Cuando las experiencias del yo del individuo son juzgadas por ciertas personas bajo criterios de si son dignas (o no) de consideración positiva, la del individuo con respecto a sí mismo también será selectiva.

2. Cuando una experiencia del yo es buscada (o evitada) sólo porque es percibida como más (o menos) digna de consideración de sí mismo decimos que el individuo ha adquirido un modo de valoración condicional.

3. Si el individuo experimentara una actitud de consideración positiva incondicional, entonces no desarrollaría ninguna actitud de valoración condicional y la consideración de sí mismo sería incondicional, nunca se plantearían discrepancias entre su necesidad de consideración positiva y la valoración organísmica, y su funcionamiento psíquico sería óptimo. La presencia de una cadena de sucesos semejante es hipotéticamente posible y, por lo tanto, importante para la teoría, aunque es poco probable que exista en la realidad.

F. Desarrollo de la incongruencia entre el yo y la experiencia

1. A causa de la necesidad de la consideración positiva de sí mismo, el individuo percibe su experiencia de manera selectiva, en función de la valoración condicional a la que ha llegado a someterse.

- a) Las experiencias que están de acuerdo con su valoración condicional son percibidas y simbolizadas adecuadamente en la conciencia.
- b) Las experiencias contrarias a la valoración condicional son percibidas de manera selectiva; son distorsionadas hasta hacerlas concordar con dicha valoración, o bien parcial o totalmente negadas en la conciencia.

2. Por consiguiente, en el organismo se producen algunas experiencias que no son reconocidas como experiencias del yo, no son simbolizadas en forma adecuada y no se organizan en la estructura del yo.

3. Por lo tanto, desde el momento en que se produce la primera percepción selectiva en función de la valoración condicional, se establece

cierto estado de incongruencia entre el yo y la experiencia, y aparece cierto grado de inadaptación psicológica y de vulnerabilidad.

G. Desarrollo de las discrepancias en la conducta

1. Como consecuencia de la incongruencia entre el yo y la experiencia, se produce una incongruencia similar en la conducta del individuo.

- a) Algunas conductas son coherentes en el concepto del yo y lo mantienen, lo actualizan y lo enriquecen. Esas conductas son simbolizadas de forma adecuada en la conciencia.
- b) Algunas conductas mantienen, enriquecen y actualizan aquellos aspectos de la experiencia que no están asimilados a la estructura del yo. Estas conductas no son reconocidas como experiencias del yo o son percibidas en forma selectiva o distorsionada a fin de que sean congruentes con el yo.

H. La experiencia de amenaza y el proceso de defensa

1. A medida que el organismo realiza su experiencia, las experiencias que no son congruentes con la estructura del yo (y con su valoración condicional incorporada) se perciben como amenazantes.

2. Si la experiencia amenazante fuera simbolizada de manera adecuada en la conciencia, el concepto del yo perdería su carácter de *gestalt* coherente, las condiciones de la valoración serían violadas y la necesidad de consideración de sí mismo quedaría frustrada, creándose un estado de angustia. Eso es, en esencia, lo que define la amenaza.

3. El proceso de defensa es la reacción que impide la aparición de los hechos perturbadores.

- a) El proceso de defensa consiste en la percepción selectiva o distorsión de la experiencia y/o en la negación —parcial o total— del acceso de la experiencia a la conciencia. Este proceso tiende a preservar el estado de congruencia entre la experiencia total y la estructura del yo y las condiciones impuestas a la valoración.

4. Las consecuencias generales del proceso de defensa, además de la preservación de las congruencias señaladas, son las siguientes: rigidez perceptual causada por la necesidad de distorsionar las percepciones; percepción inadecuada de la realidad causada por la distorsión y la omisión de ciertos datos; falta o ausencia de discriminación o discriminación perceptual insuficiente.

I. El proceso de crisis y desorganización psíquica

La teoría de la personalidad formulada por Rogers puede aplicarse, en grados diversos, a cualquier individuo. En cambio, los procesos descritos en este apartado y en el siguiente se producen únicamente en presencia de las condiciones que enumeramos a continuación:

1. Si existe un profundo estado de incongruencia entre el yo y la experiencia, y si, a causa de alguna experiencia significativa, esa incongruencia se pone de manifiesto de manera indiscutible, entonces el proceso de defensa muestra impotencia.

2. El individuo experimenta ese estado de incongruencia en el plano de la subsección y siente angustia. La intensidad de la angustia es proporcional a la extensión del yo afectado por la amenaza.

3. Cuando el proceso de defensa muestra impotencia, la experiencia es simbolizada en la conciencia. Ante el efecto de esta toma de conciencia, en el organismo se desata un proceso de crisis y se produce un estado de desorganización psíquica.

4. En este estado de desorganización, el individuo manifiesta a menudo un comportamiento extraño e inestable, determinado o por experiencias que forman parte de la estructura del yo, o por experiencias que no forman parte de ella. En ciertos momentos, la conducta está determinada por el organismo que expresa abiertamente las experiencias distorsionadas o negadas por los procesos de defensa; en otros momentos, el yo se recobra e impone al organismo un comportamiento conforme a su estructura. En condiciones de desorganización, la tensión entre el concepto del yo (con las distorsiones de su percepción) y las experiencias simbolizadas de manera inadecuada o no asimiladas en el concepto del yo se traducen en un estado de confusión que abastece la "retroalimentación" por medio de la cual el organismo regula la conducta.

J. El proceso de reintegración

En las situaciones descritas en las secciones G y H (y tal vez en las situaciones de crisis descritas en I, aunque ello sea mucho menos probable), puede producirse un proceso de reintegración que conduzca al restablecimiento de la congruencia entre el yo y la experiencia. Este proceso puede describirse de la manera siguiente:

1. Para que el proceso de defensa pueda revertirse, es decir, para que una experiencia que el sujeto percibe generalmente como amenazante pueda ser adecuadamente simbolizada en la conciencia y asimilada en la estructura del yo, es necesario que:

- a) El sujeto valore su experiencia de manera menos condicional.
- b) El nivel de consideración positiva incondicional de sí mismo se eleve.

2. La consideración positiva incondicional demostrada y efectivamente comunicada al paciente es una de las formas de realizar esas condiciones.

- a) Para que pueda comunicarse la consideración positiva incondicional debe existir un contexto de comprensión empática.
- b) Cuando el individuo percibe la consideración positiva incondicional se debilitan o se anulan las condiciones que afectan su función de valoración.
- c) Como consecuencia de esa percepción, aumenta la consideración positiva incondicional de sí mismo.
- d) Una vez que se han logrado las dos primeras condiciones, la amenaza se reduce, el proceso de defensa se revierte y las experiencias, generalmente sentidas como amenazantes, son simbolizadas en forma adecuada e integradas al concepto del yo.

3. Las consecuencias de 1 y 2 son: el individuo es menos sensible a las experiencias amenazantes; la conducta de defensa es menos frecuente y sus consecuencias se reducen; la congruencia entre el yo y la experiencia aumenta; la consideración positiva de sí mismo aumenta también, así como la consideración positiva hacia los otros; se incrementa la adaptación psicológica; el proceso de valoración organísmica constituye cada vez más la base de regulación de la conducta; el individuo funciona cada vez mejor.

Una teoría de la personalidad completa y perfectamente desarrollada permitiría determinar con precisión matemática las relaciones funcionales entre las distintas variables. En el momento actual, ninguna teoría de la personalidad está en condiciones de expresar esas relaciones por medio de ecuaciones. Éste es un índice de la falta de madurez característica de la teoría de la personalidad. Debemos limitarnos, por consiguiente, a establecer ciertas relaciones cualitativas muy generales, que podemos enunciar de la siguiente forma:

- a) Cuanto más favorable a la tendencia a la actualización sea la experiencia, más adecuada será la conducta (A5, 6).
- b) Cuanto mayor sea el número o el alcance de las condiciones que afectan la función de valoración, mayor será el número de experiencias percibidas como amenazantes (F1, 2).
- c) Cuanto mayor sea el número o el alcance de las condiciones que afectan la valoración, mayor será el grado de vulnerabilidad e inadaptación psicológica (F3).

- d) Cuanto mayor sea el número de experiencias potencialmente amenazantes, mayor será la probabilidad de que existan conductas que, a pesar de mantener y enriquecer el organismo, no sean reconocidas como experiencias del yo (G1, *a*, *b*).
- e) Cuanto mayor sea la congruencia entre el yo y la experiencia, más adecuada será la simbolización en la conciencia (G1 y H1, 2, 3).
- f) Cuanto mayores sean el número y el alcance de las condiciones que afectan la valoración, más rígida e inadecuada será la percepción, y menor su grado de diferenciación (H4).
- g) Cuanto mayor sea la incongruencia experimentada en la conciencia, mayor será la probabilidad de que existan conductas desorganizadas (I3).
- h) Cuanto más se perciba el sujeto como objeto de la consideración positiva incondicional de otro, y en cuanto más se base ésta en la comprensión empática, más tenderán a desaparecer el estado de incongruencia y las condiciones que afectan la valoración del sujeto (J2 y 3).

Los demás aspectos relativos al apartado J se han especificado ya en la teoría de la terapia.

TEORÍA DEL FUNCIONAMIENTO ÓPTIMO DE LA PERSONALIDAD (III)

Aunque la teoría del funcionamiento óptimo de la personalidad no se refiere a ningún asunto que no se haya señalado ya en los apartados precedentes, esta teoría merece una formulación independiente y sistemática.

A. Todo individuo posee una tendencia innata a actualizar las potencialidades de su organismo.

B. El individuo tiene la capacidad de simbolizar su experiencia de forma adecuada en la conciencia, y la tendencia a ejercer esa capacidad.

1. Como corolario podemos decir que todo individuo tiene la capacidad y la tendencia de mantener un estado de congruencia entre el concepto del yo y la experiencia.

C. El individuo experimenta una necesidad de consideración positiva.

D. El individuo experimenta una necesidad de consideración positiva de sí mismo.

E. La manifestación de las tendencias A y B está sujeta a la satisfacción de las necesidades C y D. De forma específica, las tendencias A y B se expresan en la medida en que:

1. El individuo experimenta la consideración positiva incondicional.
2. Esa consideración positiva incondicional se revela al sujeto en el seno de una relación en la cual se siente comprendido de una manera empática.

F. Cuando se satisfacen al máximo las condiciones estipuladas en E, el individuo funciona plenamente. Ese individuo presenta las características siguientes:

1. Está abierto a su experiencia.
 - a) No manifiesta conductas defensivas.
2. En consecuencia, todas sus experiencias son accesibles a la conciencia.
3. Sus percepciones son tan exactas como lo permiten los datos de su experiencia.
4. La estructura del yo es congruente con la experiencia.
5. La estructura del yo es una *gestalt* fluida que se modifica con flexibilidad en el curso del proceso de asimilación de nuevas experiencias.
6. El sujeto se percibe como el centro de valoración.
 - a) El proceso de su valoración es continuo y organísmico.
7. El proceso de valoración no está sujeto a condiciones externas.
 - a) El sujeto experimenta un sentimiento de consideración positiva incondicional de sí mismo.
8. El sujeto se conduce en todo momento de manera adaptativa y manifiesta una actitud creativa ante toda nueva situación.
9. Descubre que su capacidad de valoración autónoma organísmica representa una verdadera guía para lograr conductas más satisfactorias; esto se debe a que:
 - a) Todos los datos de la experiencia son accesibles a la conciencia y son utilizados.
 - b) Ningún dato de la experiencia es distorsionado o negado en la conciencia.
 - c) Las consecuencias de la conducta son accesibles a la conciencia.
 - d) Los errores cometidos en la búsqueda del máximo de satisfacción —errores debidos a la falta de datos experienciales— serán corregidos por la prueba de la realidad.

10. Teniendo en cuenta el carácter gratificante de la consideración positiva recíproca, ese individuo vive con los otros en la mejor armonía posible (IIC 1c).

El concepto de funcionamiento óptimo, de acuerdo con nuestra exposición, es sinónimo de los conceptos de adaptación psicológica perfecta, madurez óptima, congruencia interna completa, apertura total a la experiencia, y discriminación perceptual perfecta, en el sentido en que se han definido estos términos.

Ya que estos conceptos tienen la desventaja de sugerir un estado más o menos estático, final o terminado, señalemos que todas las características del individuo hipotético que acabamos de enumerar tienen el carácter de un proceso. La personalidad que funciona con plenitud es una personalidad en estado de cambio, una personalidad que se modifica continuamente, cuyas conductas específicas no pueden predecirse. La única predicción que podría hacerse acerca de su conducta es que manifestará en toda ocasión un elevado grado de adaptación creativa y que ese individuo entrará en un proceso continuo de actualización.

TEORÍA DE LAS RELACIONES INTERPERSONALES (IV)

Los resultados de estos trabajos derivan esencialmente de la teoría de la terapia. Esto no debe sorprender, puesto que la relación terapéutica no es en realidad más que un caso particular de las relaciones interpersonales. En las páginas siguientes presentaremos sucesivamente las teorías relativas al desarrollo de una relación en vías de deterioro y al desarrollo de una relación en vías de mejoramiento.

A. Condiciones del desarrollo de una relación en vías de deterioro

La comunicación y la relación se deterioran cuando están dadas las siguientes condiciones:

1. Un sujeto *Y* consiente en entrar en contacto y en comunicación con un sujeto *X*. Puesto que la teoría se ha establecido primordialmente en función de *X*, no es necesario agregar más especificaciones a las características de *Y*. Basta con saber que *Y* es "un sujeto medio" y que, por consiguiente, presenta cierto grado de inadaptación, ya que es susceptible de conflicto, de incongruencia interna y de conducta defensiva.

2. El sujeto *X* desea (por lo menos en grado mínimo) entrar en contacto y en comunicación con *Y*.

3. En *X* existe un acentuado estado de incongruencia interna entre los elementos siguientes:

- a) Su experiencia del objeto de su comunicación con *Y*. (Este objeto puede ser la relación misma o cualquier otra cosa.)
- b) Su simbolización consciente de esta experiencia, en participar en relación con su concepto de sí mismo.
- c) La expresión consciente (verbal o no-verbal) de esta experiencia, es decir, la comunicación de esta experiencia a *Y*.

B. El proceso de una relación que se deteriora

Cuando las condiciones que acabamos de enunciar existen y se mantienen, se desencadena un proceso que tiende a presentar las características y direcciones siguientes:

1. La comunicación que emana de *X* es contradictoria y/o ambigua por cuanto implica a la vez:

- a) Elementos (verbales y no verbales) que corresponden a la manera en que *X* se representa al objeto de su comunicación.
- b) Elementos que corresponden a un sector de experiencia que no está —o no correctamente— simbolizado en la conciencia (IIG).

2. *Y* se da cuenta (en el nivel de la experiencia) de las contradicciones y ambigüedades contenidas en la comunicación de *X*.

- a) Su percepción tiende a limitarse a *B1 a*, es decir, a los elementos manifiestos de la comunicación de *X*.
- b) Por consiguiente, tiende a establecerse un estado de incongruencia entre su experiencia y su percepción de la comunicación que emana de *X*.
- c) Así su reacción con respecto a *X* es igualmente contradictoria y/o ambigua, puesto que ha adquirido las características descritas anteriormente en relación con *X* (*B1, a y b*).

3. Como *X* es vulnerable, tiende a percibir las reacciones de *Y* como potencialmente amenazantes:

- a) Por consiguiente, tiende a distorsionar su percepción de la reacción de *Y* para conformarla a la imagen que se hace de sí mismo.
- b) En consecuencia, su percepción del marco de referencia interno de *Y* es inadecuada y no está en condiciones de experimentar un alto grado de empatía.
- c) Por el hecho de que percibe a *Y* como potencialmente amenazante, *X* es capaz de experimentar un sentimiento de consideración positiva incondicional frente a *Y*. (Así, las condiciones de la terapia descritas en IA, 3, 4 y 5 se encuentran invertidas en *X*.)

4. *Y* se da cuenta de que *X* experimenta una consideración positiva parcial o selectiva hacia él.

5. *Y* se da cuenta (en el nivel de la experiencia) de la falta de comprensión empática de parte de *X*.

6. Cuanto más experimenta *Y* esa falta o insuficiencia de consideración positiva y de empatía:

- a) está en menores condiciones de expresar lo que siente;
- b) es menos capaz de expresar sentimientos que se relacionen con el yo;
- c) su percepción es menos diferenciada;
- d) es menos capaz de reconocer y de expresar la incongruencia interna que existe entre los datos de experiencia y la imagen que tiene de sí mismo;
- e) es menos capaz de reorganizar esa imagen.

En conjunto, el proceso de modificación de la personalidad se encuentra invertido (IB).

7. Como *Y* se expresa cada vez menos, *X* es cada vez menos capaz de percibir adecuadamente el marco de referencia interno de *Y*. Por consiguiente, *X* es cada vez más susceptible de percibir de manera incorrecta, de distorsionar sus percepciones y de comportarse de manera defensiva.

8. En el caso en que los sentimientos expresados por *X* sean en su mayoría de índole negativa, los elementos de experiencia que no están adecuadamente simbolizados en su conciencia tienden —por la intervención de las defensas— a ser percibidos como elementos que existen en *Y* (proyección).

9. En ese caso, *Y* tiende también a sentirse amenazado —en la medida en que la situación lo vuelve consciente del estado de incongruencia existente—, por consiguiente tiende, a su vez a reaccionar de manera defensiva.

C. Los efectos de una relación que se deteriora

Si este proceso continúa, tendrá las consecuencias siguientes:

- 1. *X* y *Y* se comportan de una manera cada vez más defensiva.
- 2. La comunicación es cada vez más superficial, es decir, se relaciona cada vez menos con el individuo total.
- 3. A causa de la intensificación de las defensas, la percepción de sí mismo y del otro es cada vez menos diferenciada, es decir, cada vez más estrecha y rígida.
- 4. En consecuencia, el estado de incongruencia que existe entre el yo y la experiencia no se modifica o bien se agrava.

5. En cierta medida, tanto X como Y funcionan menos bien.
6. La relación se deteriora, es negativa y es experimentada como tal por las partes.

D. Condiciones del desarrollo de una relación enriquecedora

Para que aumenten y mejoren la comunicación y la relación entre las partes, es necesario que:

1. Un sujeto Y' consienta en entrar en contacto y en comunicación con otro sujeto, X' .
2. El sujeto X' desee estar en contacto y en comunicación con Y' .
3. Exista en X' un alto grado de congruencia entre los tres elementos siguientes:
 - a) Su experiencia del objeto de la comunicación con Y' .
 - b) Su simbolización de esta experiencia en la conciencia en relación con su concepto de sí mismo.
 - c) La expresión comunicativa de esta experiencia.

E. El proceso de una relación enriquecedora

1. La comunicación de X' a Y' se caracteriza por el estado de congruencia que existe entre la experiencia, la percepción y la manifestación de la experiencia.

2. Y' experimenta muy claramente la existencia de ese estado de congruencia. Por consiguiente, su reacción tiende a manifestar el estado de congruencia que existe asimismo entre su experiencia y su percepción.

3. Como X' se encuentra en un estado de congruencia, no es vulnerable con respecto al objeto de la comunicación; está en condiciones de percibir la reacción de Y' de manera adecuada y diferenciada y de experimentar una comprensión empática del marco de referencia interno de Y' .

4. Al sentirse comprendido, Y' experimenta cierta satisfacción de su necesidad de consideración positiva.

5. X' se da cuenta de que afecta el marco de referencia interno de Y' de una manera positiva.

- a) Por consiguiente, la consideración positiva de X' hacia Y' tiende a ser recíproca y a aumentar.
- b) Como X' no es vulnerable en relación con el objeto de la comunicación, la consideración positiva que siente por Y' tiende a ser incondicional.

6. Y' siente que entre él y X' se ha establecido una relación que, por lo menos respecto del objeto de su comunicación, se caracteriza, en X' , por un estado de congruencia, de comprensión empática y de consideración incondicional (IA 3, 4, 5).

- a) Por consiguiente, todas las características del proceso de la terapia (IB) se realizan, por lo menos, en el marco de la comunicación.
- b) Ya que la situación es de tal naturaleza que Y' no tiene que apelar a sus defensas, no exige que Y' distorsione sus experiencias.
- c) Por consiguiente, percibe la comunicación de X' más adecuadamente.

7. En consecuencia por ambas partes la comunicación se vuelve más eficaz y se percibe de manera adecuada, y se caracteriza cada vez más por sentimientos de consideración positiva recíproca.

F. Efectos de una reacción enriquecedora

Si el proceso continúa se comprueba que:

1. Pueden producirse todos los efectos de la terapia (IC 1 a 15), dentro de los límites del tiempo que dure la relación entre X' o Y' , y también de los límites del marco de la relación: de abogado a cliente, de maestro a alumno, etc. Dado que ese tipo de relación excluye numerosas dimensiones de la existencia de ambas partes, los efectos se restringen en forma proporcional. Dentro de las limitaciones de este marco, la relación tiende pues a establecer un estado de congruencia interna mayor entre las partes y a favorecer su funcionamiento psicológico.

G. Esbozo de una ley de las relaciones interpersonales

Podríamos resumir todo lo expuesto hasta aquí en una ley general y única de las relaciones interpersonales y especificar las relaciones funcionales de los conceptos que dicha ley pone en juego. Esta ley puede enunciarse de la siguiente manera:

Cuando existe entre las partes un deseo mutuo de entrar en contacto y en proceso de comunicación, podemos afirmar que cuanto más elevados sean el grado de congruencia realizado por la experiencia, la percepción y la conducta de una de las partes, la relación se caracterizará en mayor grado por:

- a) una tendencia a la comunicación recíproca caracterizada por las mismas propiedades;
- b) una comprensión mutua más adecuada del objeto de la comunicación;

- c) un mejor funcionamiento psicológico de ambas partes; un aumento de la satisfacción procurada por la relación.

En cambio, cuanto mayor sea el estado de incongruencia entre la experiencia, la percepción y la conducta:

- a) la comunicación entre las partes se caracterizará en mayor medida por los mismos atributos;
- b) la comprensión menos adecuada será;
- c) descenderá más el nivel de funcionamiento en ambas partes;
- d) La satisfacción que reporte la relación a ambas partes será menor.

TEORÍAS DE APLICACIÓN (V)

Las implicaciones teóricas en la vida familiar engloban los siguientes aspectos:

1. Cuanto mayor sea el grado de consideración positiva incondicional que los padres experimenten hacia su hijo:

- a) menor será la valoración condicional del niño;
- b) el niño será más capaz de vivir en función de un continuo proceso de valoración orgánica;
- c) mayor será el nivel de adaptación psicológica del niño.

2. Para poder tener una actitud de consideración positiva incondicional hacia su hijo, los padres deben sentirla hacia sí mismos.

3. En la medida en que el niño tenga una actitud de consideración positiva incondicional de sí mismo, los sentimientos de los padres hacia el niño serán congruentes, es decir, auténticos.

- a) No sólo sus sentimientos, sino también la expresión de éstos debe ser auténtica, ya se trate de sentimientos positivos o negativos.

4. En la medida en que estén presentes las condiciones 1, 2 y 3, los padres serán capaces de aprender el marco de referencia interno del niño de una manera empática y realista y experimentarán un estado de consideración positiva incondicional hacia él.

5. En la medida en que las condiciones 1 a 4 se hayan realizado, pondrán en juego las proposiciones relativas a la teoría del proceso y de los efectos de la terapia (I, B y C) así como las relativas a las teorías del proceso y de los efectos de una relación enriquecedora (IV, E y F).

A. Condiciones de la resolución de conflictos de grupo

La tensión y el conflicto grupales se reducen si existen las condiciones siguientes:

1. Una persona (a la que llamaremos el facilitador) está en contacto con *X*, *Y* y *Z*.
2. El facilitador es congruente consigo mismo en sus contactos con *X*, *Y* y *Z*.
3. El facilitador experimenta hacia *X*, *Y* y *Z*, respectivamente:
 - a) Una actitud de consideración positiva incondicional, por lo menos con respecto a la situación del conflicto de grupo.
 - b) Una comprensión empática del marco de referencia interno de *X*, *Y* y *Z*, por lo menos en cuanto al objeto de su relaciones.
4. *X*, *Y* y *Z* perciben, por lo menos en un grado mínimo, la presencia de las condiciones 3a y 3b. (Esta percepción se debe generalmente al hecho de que 3b se comunica de manera verbal.)

B. El proceso de resolución de conflictos de grupo

Si están presentes y se mantienen las condiciones especificadas antes, entonces:

1. Los diversos elementos del proceso terapéutico (I B) se observan por lo menos en cierta medida y en relación con el objeto de la comunicación.
 - a) Uno de los elementos importantes de este proceso consiste en el aumento de percepciones diferenciadas y discriminativas.
 - b) Otro elemento importante consiste en la reducción del nivel de la amenaza (I B 8, 8a) en la experiencia de *X*, *Y* y *Z*.
2. En consecuencia, las comunicaciones de *Y* a *X* o de *Z* a *X* son menos defensivas y más congruentes con la experiencia de *Y* y con la de *Z*.
3. Estas comunicaciones son percibidas por *X* con una exactitud y una discriminación crecientes.
 - a) En consecuencia, *X* comprende a *Y* y *Z* de una manera más empática.

4. Debido a que experimenta menos amenaza de *Y* y *Z* y más empatía con sus marcos de referencia internos:

- a) *X* comienza a simbolizar en la conciencia ciertas incongruencias que existían entre su experiencia y su percepción.
- b) En consecuencia, su experiencia está menos alterada por la acción de las defensas.
- c) Así pues, sus comunicaciones con *Y* y *Z* representan una expresión más diferenciada de su experiencia total relativa al objeto de la comunicación.

5. Por lo tanto, las condiciones del desarrollo de una relación enriquecedora están dadas y la proposición formulada en IV E se realiza.

Educación y aprendizaje

En la medida en que la educación comprende aprendizajes susceptibles de ejercer una influencia profunda en la conducta y la personalidad, presupone la presencia de las condiciones descritas en relación con la terapia (I A) y al desarrollo de una relación enriquecedora (IV D). Esos aprendizajes conducen, entre otras, a percepciones más realistas, más exactas y más diferenciadas (IC 1). A su vez, tales percepciones dan lugar a una conducta más responsable y más realista (I C 3, 10, 15).

La teoría del aprendizaje de Carl Rogers se describe ampliamente en el libro *Freedom to learn*, por lo cual no se reproduce en este resumen.

Al término de la presentación que hace Rogers de su teoría, enfatiza que se trata de un sistema en vías de desarrollo y, por lo tanto, en estado de cambio y clasificación continuos. La sistematización ha servido para dar impulso a la investigación.

En líneas generales, el proceso parece haberse desarrollado en el orden siguiente:

- a) experiencia clínica terapéutica;
- b) formulación de la teoría;
- c) verificación de la teoría por medio de la investigación;
- d) obtención de nuevos datos a partir de la investigación;
- e) modificación de la teoría sobre la base de los nuevos datos proporcionados por la experiencia y la investigación;
- f) revisión y verificación de los conceptos teóricos.

Las investigaciones realizadas han girado en torno de cada uno de los siguientes temas:

1. Fenómenos y proceso de la terapia. El análisis de grabaciones de entrevistas terapéuticas, en función de los constructos teóricos, ha constituido una de las herramientas principales.

2. Consecuencias o resultados positivos de la terapia. Las pruebas de personalidad y la medición de distintos aspectos de la conducta han constituido el instrumento principal.

3. Investigación de la teoría de la personalidad. Las hipótesis concernientes a la percepción de sí mismo, de los otros, de la realidad externa y del centro de valoración, fueron objeto de investigaciones llevadas a cabo con instrumentos muy variados.

4. Aplicación de la teoría en campos específicos. Se han realizado investigaciones, principalmente acerca de la facilitación del aprendizaje y el liderazgo de grupo.

Rogers concluye su presentación con una consideración acerca de si esta formulación logra promover en alguna medida una mayor actividad en las investigaciones destinadas a probar o rechazar las hipótesis presentadas, o en la elaboración de una teoría mejor, más rigurosa e integrada.

Por último, cabe señalar que Rogers, al romper con los modelos médicos en psicología y con la educación tradicional despersonalizada, se convirtió en facilitador y promotor del crecimiento humano en sus distintas manifestaciones: individual, familiar, grupal y comunitario (Lafarga, 1986).

Bibliografía

- LAFARGA, J. y Gómez del Campo., *Desarrollo del potencial humano*, vols. 1, 2 y 3, Trillas, México, 1978-1986.
- LAFARGA, J. y Gómez del Campo, "Muere Carl R. Rogers, uno de los psicólogos más destacados de este siglo", en *Revista Mexicana de Psicología*, núm. 3 (2), 1986, págs. 107-108.
- ROGERS, C., *Counseling and Psychotherapy*, University of Chicago Press, Chicago, 1954.
- ROGERS, C. y Dymond, R., *Psychotherapy and Personality Change*, University of Chicago Press, Chicago, 1954.
- ROGERS, C., *Psicoterapia centrada en el cliente*, Paidós, Buenos Aires.
- ROGERS, C., *El proceso de convertirse en persona*, Paidós, Buenos Aires.
- ROGERS, C., *El poder de la persona*, El Manual Moderno, México, 1979.
- ROGERS, C., *Terapia, personalidad y relaciones interpersonales*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1985.
- ROGERS, C., *A Way of Being*, Houghton Mifflin Co., Boston, 1980.

14

ALLPORT

TEORÍAS DE LOS RASGOS

Estas teorías clasifican a la gente de acuerdo al grado con el que puede ser caracterizada en términos de un número determinado de rasgos. Según tales hipótesis, se puede describir una personalidad por su posición en un número de escalas, cada una de las cuales representa un rasgo (Hilgard, 1962). Uno de los representantes de este tipo de teoría es Gordon Willard Allport.

Aunque para algunos autores (Hall y Lindzey, 1965; Hilgard, 1962) esta teoría debería clasificarse dentro de las ideográficas debido a la importancia que da Allport al concepto de la individualidad de la personalidad, otros (Allen, 1965) consideran que encajan dentro de las teorías nomotéticas, ya que Allport acepta que existen rasgos comunes, de los cuales participan en mayor o menor cuantía todos o casi todos los individuos de una sociedad determinada: "...personas que tienen gran semejanza en sus medios biológicos, culturales y ambientales, tienden a luchar por metas semejantes en formas más o menos semejantes" (Allport, 1961).

A diferencia de sus contemporáneos, Gordon Allport aboga por la importancia de la calidad del estudio del caso individual y hace hincapié en la motivación consciente. Esto hizo que las formulaciones de este psicólogo parecieran arcaicas o pasadas de moda a sus contemporáneos; pero en otras ocasiones lo hicieron figurar como el campeón de nuevas y radicales ideas.

A pesar de la heterodoxia ocasional que él representa, quizá mejor que cualquier otro teórico contemporáneo, ha dado lugar a la síntesis del pensamiento psicológico tradicional y a la teoría de la personalidad.

Su posición sistemática representa una destilación y elaboración de ideas que son en parte derivadas de fuentes de alta reputación como la psicología de la *gestalt*, William Stern, William James y William McDou-

gall. De la psicología de la gestalt y de Stern le nació una desconfianza en las acostumbradas técnicas analíticas de la ciencia natural y un profundo interés en la unicidad de los individual, en la congruencia de este comportamiento.

Así, James está reflejado no solamente en el brillante estilo de Allport, en su amplio rango de orientación relativamente humanista hacia la conducta y en un interés en la persona, sino, además, en algunas dudas concernientes al poder último de los métodos psicológicos para representar en forma adecuada y comprender completamente el enigma de la conducta humana.

Similar a la posición de McDougall es el hincapié que hace Allport en la importancia de las variables motivacionales, su aceptación del importante papel jugado por factores genéticos y constitucionales, y el prominente uso de los conceptos del yo.

Para caracterizar las convicciones teóricas de Allport necesitamos referirnos a la complejidad de la conducta humana en forma individual, pues él afirma que el hombre no es una criatura del pasado sino del presente. La congruencia de la conducta y la importancia de los motivos conscientes llevaron a Allport a darle importancia a los fenómenos representados por los términos *persona* y *yo*.

El punto de vista de este teórico, en los términos más amplios, subraya los elementos positivos y conscientes de la motivación y destaca la conducta como internamente consistente y determinada por factores contemporáneos.

La estructura y dinámica de la personalidad

Siempre se ha estudiado la estructura y la dinámica de la personalidad en forma separada, pero no opera así en Allport. El eclecticismo de este teórico está reflejado en la variedad de conceptos que él quiere aceptar y señala tienen un papel importante en la descripción de la conducta humana.

Allport dice que cada uno de los siguientes conceptos que mencionaremos es de utilidad a fin de elaborar una explicación: reflejos condicionados, hábitos, actitud, rasgo, *persona*, hasta definir la personalidad del individuo.

Aunque todos los anteriores conceptos son de importancia, el mayor interés de su teoría está en los rasgos, que prestan a las actitudes e intenciones un estatus casi equivalente. Así, la teoría de Allport es llamada también *psicología de los rasgos*; en ella los últimos ocupan la posición más importante de la construcción motivacional. Lo que la necesidad es para Murray, el instinto para Freud, el sentimiento para McDougall, el rasgo lo es para Allport.

Personalidad, carácter y temperamento

Para Allport las diferentes definiciones que se dan de la personalidad no deben tratarse a la ligera. Antes de llegar a su descripción de personalidad, consultó y discutió cientos de proposiciones de varios autores en este campo. Finalmente, consolidó la siguiente: "Personalidad es la organización dinámica de los sistemas psicofísicos dentro del individuo, que determinan su ajuste único al medio."

Ciertos aspectos de esta definición tienen un matiz especial. La frase *organización dinámica* le da importancia al hecho de que la personalidad está en continuo cambio y desarrollo, aunque al mismo tiempo exista una organización sistemática que reúne y comparte varios componentes de la personalidad; el término *psicofísico* le recuerda al lector que la personalidad no es exclusivamente mental o psicológica. La *organización* se refiere a aquella de ambos aspectos, cuerpo y mente, intrínsecamente fundidos en la personalidad del individuo. La inflexión determinante nos indica que la personalidad está encaminada hacia metas concluyentes que juegan un papel fundamental en la conducta del individuo.

La personalidad es algo que envuelve concomitantes neurológicos o fisiológicos; así, la palabra *único* nos revela el profundo interés que Allport tuvo acerca de individualidad. Con la frase "su ajuste al medio", Allport afirma su convicción de que la personalidad establece relaciones entre lo individual y su medio, tanto físico como psicológico, algunas veces con el predominio de éste y otras a la inversa.

Allport nos dice que el carácter constituye la personalidad evaluada y la personalidad es el carácter devaluado, sugiriéndonos con esto, que el carácter es un concepto ético.

El temperamento y la personalidad también ofrecen diferencias. El temperamento se refiere a las disposiciones que están ligadas a determinantes biológicos o fisiológicos que, por consiguiente, muestran pocas modificaciones con el desarrollo. El papel de la herencia es naturalmente mayor aquí que en el caso de los otros aspectos de la personalidad. Allport define el temperamento al asentar que: (éste) se refiere a los fenómenos característicos de la naturaleza emocional de un individuo, incluyendo su susceptibilidad para la estimulación emocional, su intensidad y velocidad de respuesta habituales, la cualidad de su estado de ánimo predominante y todas las peculiaridades de la fluctuación e intensidad del mismo; considera que este fenómeno depende de la estructura constitucional y, por tanto, es de origen hereditario.

El rasgo es una tendencia determinante o una predisposición para responder. Allport lo define como "un sistema neuropsíquico (peculiar al individuo) generalizado y localizado, con la capacidad de convertir funcionalmente muchos estímulos en equivalentes y de iniciar y guiar formas similares de conducta expresiva y adaptativa" (1961).

Es importante hacer ver en esta definición el interés que el autor tiene acerca de la individualidad y la tendencia, que implican que no están estrechamente vinculadas a un pequeño número de respuestas específicas o estímulos. La referencia a un sistema neuropsíquico nos muestra la respuesta afirmativa dada por Allport a la interrogante de si los rasgos están realmente ahí. Ha dicho nuestro autor que los rasgos son la realidad última de la organización psicológica, y en sus escritos asienta: “El rasgo tiene una existencia normal; es independiente del observador, está realmente ahí.”

Se hace necesario indicar lo que este concepto significa, y distinguirlo de otros relacionados al mismo. De hecho, el rasgo representa la forma de combinación o integración de dos o más hábitos. La distinción entre rasgo y actitud resulta más difícil.

Para Allport *rasgo* y *actitud* son ambos predisposiciones a la respuesta, y ambos deben ser únicos; tienen que ser iniciadores o guías de la conducta y forman el punto de unión de la tendencia de factores genéticos y de aprendizaje. Sin embargo, existe una diferencia entre ambos conceptos. La actitud está ligada a un objeto específico o a varias clases de objeto; no así el rasgo. Así, la generalidad de este último es casi siempre mayor que la de la actitud; de hecho, cuando el número de objetos a los que se refiere la actitud aumenta, se parece cada vez más a un rasgo. La actitud puede variar desde el punto de vista de su generalidad, de altamente específica a generalmente relativa, mientras que el rasgo debe ser siempre general. Además, la actitud por lo general implica evaluación (aceptación o rechazo) del objeto hacia el cual está dirigida, no así el rasgo. En resumen, Allport dice: “Actitud y rasgo son conceptos indispensables.” Ellos cubren, de hecho, todo tipo de disposición de la cual se ocupa la psicología de la personalidad. El concepto de actitud debería ser utilizado cuando la disposición está enlazada a un objeto de valor; es decir, cuando está dada por una clase de estímulos bien definida, y cuando el individuo siente hacia ellos atracción o repulsión.

Allport distingue entre rasgos y tipos, según la extensión con la que se apliquen al individuo. Un hombre puede poseer un rasgo, pero no un tipo. Los tipos son construcciones hipotéticas del observador, y el individuo puede ser enmarcado en éstos, pero perderá así su identidad distintiva.

El rasgo puede representar la unicidad de la persona, mientras que el tipo debe englobarlo.

Rasgos individuales y comunes

Para poder entender la teoría de Allport, hay que conocer las diferencias que establece entre rasgos individuales y comunes. Él insiste en que, en realidad, dos individuos nunca tienen los mismos rasgos; aunque

puedan existir semejanzas en la estructura de aquellos de diferentes individuos, hay siempre factores únicos en la forma en la que cualquier rasgo particular opera en una persona, que la distingue de otras con rasgos similares. Así, en el sentido más importante todos los rasgos son individuales, únicos y aplicables sólo a un individuo.

Está garantizado que ningún rasgo puede ser observado en más de una persona; sin embargo, Allport acepta que a causa de la comunidad de influencias que se dan en una cultura compartida, los individuos desarrollan "un número limitado de modos de ajuste aproximadamente comparables". En síntesis, en el sentido estricto de una definición de los rasgos, sólo el rasgo individual es una verdadera característica porque los rasgos se dan siempre en los individuos y no en la comunidad, y se desarrollan y generalizan hasta llegar a ser disposiciones dinámicas de modos únicos que varían de acuerdo con las experiencias de cada sujeto. El rasgo común no es una distinción verdadera, sino simplemente un aspecto mensurable de los complejos rasgos individuales.

Allport considera que el estudio de los rasgos denominados "comunes" puede ser útil siempre y cuando el investigador no piense que estos conceptos son los adecuados para representar lo individual.

Rasgos cardinales, centrales y secundarios

Allport propone la distinción entre rasgos cardinales, centrales y secundarios. Sobre los cardinales dice: estos son tan dominantes que sólo algunas actividades pueden escapar de su influencia directa o indirecta. Un rasgo de este tipo no puede permanecer oculto; un individuo es identificado o incluso volverse famoso por él. Los rasgos centrales representan las tendencias altamente características de lo individual y son fáciles de inferir. Allport afirma que el número de los rasgos centrales por medio de los cuales se puede conocer en forma adecuada a una personalidad son muy pocos, posiblemente cinco o diez.

Los rasgos secundarios son más limitados en su ocurrencia, menos cruciales en la descripción de la personalidad, y más fáciles de determinar por la respuestas que producen.

Existen además ciertos rasgos que pueden ser considerados expresivos, como son los intereses, los valores, y las intenciones de amplio rango; otros, llamados actitudinales, que son aquellos cuya influencia se limita a ciertas áreas específicas de la vida.

Nos enfrentamos a la cuestión de si los rasgos sirven sólo para guiar o dirigir la conducta, o si también sirven para iniciarla o instigarla. Podemos pensar que en cierto sentido siempre existe una estimulación previa que se relaciona con la activación del rasgo; es decir, una provocación externa o un estímulo interno de cualquier clase siempre debe preceder al rasgo. De todas formas, queda claro que la mayoría de los rasgos no

son pálidos reflectores de estímulos externos. El individuo busca activamente estímulos que hacen apropiada la operación del rasgo que posee.

Una consideración más es el problema de la coherencia de los rasgos. ¿Hasta qué grado existen como sistemas de comportamiento que operan sin importarles otros sistemas? Allport sugiere que la coherencia de los rasgos es identificable, no por su rígida independencia, sino más bien por su calidad focal. De esta manera, tienden a ofrecer un centro alrededor del cual opera su influencia, pero el comportamiento al que nos dirigen está influido simultáneamente por otras condiciones.

Las inferencias comprendidas en la identificación de un rasgo implican una cierta consistencia. Así, por definición, un rasgo se conoce solamente en virtud de ciertas regularidades o consistencias en la forma como se comporta un individuo. Allport señala que su teoría de los rasgos no requiere de una consistencia total. El solo hecho de que existen rasgos múltiples y están relacionados en forma simultánea sugiere que las inconsistencias aparentes en el comportamiento del organismo pueden esperarse con frecuencia.

Las intenciones

Más importante que toda la investigación del pasado o la historia del organismo es la simple pregunta en torno a qué es lo que el individuo trata de hacer para el futuro. Las esperanzas, deseos, ambiciones, aspiraciones, planes de la persona están todos representados con el término intención, y ésta es una de las mayores diferencias entre Allport y la mayoría de los teóricos contemporáneos de la personalidad. Su teoría dice que lo que el individuo trata de hacer es la clave más importante para saber cómo se comporta en el presente. Mientras que otros teóricos se vuelven hacia el pasado para buscar la clave que explique el proceso de la conducta actual, Allport ve hacia lo futuro. En este aspecto presenta una gran semejanza con ciertos puntos de Alfred Adler y Carl Jung, aunque esto no es razón suficiente para pensar que hay una influencia directa de tales fuentes.

Persona

Aunque Allport ha sido clasificado como un psicólogo del yo o de la *persona*, esta caracterización es solamente cierta en parte. Allport mismo ha dicho que para evitar confusión, y especialmente en la connotación de estos términos, propone que todas las funciones de la persona o del yo que han sido descritas sean llamadas apropiadamente *funciones de la personalidad*. Éstas (sentido del cuerpo, sentido de identidad, sentido de amor propio, extensión de la persona, pensamiento racional, autoimagen, etc.) son todas porciones verdaderas y vitales de la personalidad.

Juntas puede decirse que integran la persona. Es en esta región de la personalidad en donde encontramos la raíz de la consistencia que marca las actitudes, intenciones y evaluaciones. La persona no es innata; se desarrolla con el tiempo. El sentido del cuerpo, el sentido de identidad y la apreciación propia es todo lo que tiene un niño de tres años; las otras funciones se desarrollan más tarde. Allport admite la importancia de todas las funciones psicológicas que han sido dadas al *self* y al yo. Para el *self* y el yo pueden usarse como adjetivos para indicar las funciones *apropiadas* dentro de la esfera total de la personalidad; pero piensa que ninguno de estos términos necesita ser empleado en función de sustantivo. No hay *self* o yo que actúe como una entidad distinta del resto de la personalidad.

Autonomía funcional

Hemos visto que para el individuo, el futuro es un factor importante; y que sus metas son todas vitales como determinantes de la conducta presente. Pero al mismo tiempo, hemos comprendido que los rasgos se aprenden, aparecen con el desarrollo, y si esto es así, ¿no influye entonces el pasado del organismo en determinar lo que el individuo está motivado a hacer? ¿Son los rasgos tan distintos de los motivos originales, que se ven crecer a partir de conductas primitivas o vegetativas, de experiencias anteriores? Así, Allport opina afirmativamente; la clave del porqué son diferentes está en el principio de la autonomía funcional, el cual afirma que una actividad dada o una forma de conducta puede volverse una *meta en sí misma, a pesar de que sus orígenes hayan sido otros*. Cualquier conducta, simple o compleja, aunque en su principio pueda haber sido derivada de tensiones orgánicas o segmentales, es capaz de mantenerse ella misma indefinidamente en ausencia de refuerzos biológicos.

Para justificar el concepto, Allport hace observaciones en distintas áreas; todas ellas sugieren una tendencia de parte del organismo para persistir en una respuesta particular, aunque la razón particular para ésta ya no exista.

Allport diría, de acuerdo con este principio de autonomía funcional, que la conducta se continúa simplemente porque ha sido repetida tantas veces que se ha vuelto el motivo en sí, o sea una parte del estilo de vida.

Allport nos proporciona como prueba de la autonomía funcional, dos tipos de conducta autónoma. Una es la conducta perseverativa de animales y hombres; factores de ajuste motor, observación de ritmo, y otros actos, que parecen marcar su uso biológico y resistir así la extinción. El otro es el poder motivador que sirve para adquirir intereses, valores, sentimientos y un sentido de vida. A este último tipo de fenómenos los llamó Allport *motivos apropiados*; los anteriores son patrones oportunistas que se encuentran en todas las personalidades, pero que no están

centralmente unidos a la persona, al *proprium* (es decir, que no se encuentran relacionados con el yo). Los patrones apropiados proporcionan las fuerzas organizadoras a la personalidad. La consistencia del yo está dada mediante la integración gradual de los patrones dinámicos que se componen de rasgos centrales, intenciones, pulsiones apropiadas, autoimagen, y otras unidades funcionales que pueden ser empíricamente identificadas en una personalidad después de cuidadosa investigación a través de todos los métodos posibles.

El hecho de que la persona es un fenómeno en desarrollo, derivado de estados primitivos y experiencias pasadas no implica un lazo directo con el pasado. Como las formas de conducta que se convertirán en autónomas emergen de una organización que debe mucho al pasado del organismo, parece pues que el pretérito mantiene un papel central. Cualquiera que sea la ambigüedad existente con respecto al estatus del concepto de autonomía funcional, Allport declara que para la mayoría de los móviles adultos ya no hay ninguna relación funcional con las raíces históricas del motivo. No todas las tendencias del adulto son funcionalmente autónomas; existen infantilismos y otras clases de motivación que mantienen sus vínculos históricos con sus orígenes. Tanto más motivos autónomos tenga el individuo, más maduro será. La autonomía funcional permite un divorcio relativo con el pasado del organismo; así el investigador puede volver al pasado y enfocar el presente y el futuro.

Allport resume la esencia del principio de la autonomía funcional como sigue:

- a) Los motivos son contemporáneos; las pulsiones deben propulsar ahora; la pulsión de un motivo no está funcionalmente atado a sus orígenes históricos o a metas anteriores, sino a las presentes.
- b) El carácter de los motivos cambia tan radicalmente de la infancia a la madurez, que podemos hablar de motivos adultos que suplantán a motivos de la infancia.
- c) La madurez de la personalidad se mide por el grado de la autonomía funcional que sus motivos han adquirido, aunque en cada personalidad existen aspectos arcaicos; aún así, los individuos socializados y aculturados demuestran madurez en el grado en que han asimilado las motivaciones anteriores.
- d) El curso diferenciado del aprendizaje, que actúa sobre temperamentos y habilidades divergentes, crea motivos individuales. La estructura dinámica de cada personalidad es única, aunque semejanzas debidas a especies, culturas, estadios de desarrollo, clima, etc., puedan producir alguna similitud que justifique el uso de dimensiones universales con el propósito de comparar individuos si tomamos como referencia una norma, o con el propósito de construir *tipos* convenientes, de acuerdo con el interés especial

del investigador. Aunque sin negar la posible existencia de instintos en la infancia, o aun la persistencia de alguna forma instintiva de actividad durante el transcurso de la vida, el principio de autonomía funcional trata el desarrollo de la personalidad esencialmente como un fenómeno posinstintivo.

Allport considera al recién nacido como una criatura producto de la herencia, la pulsión primitiva y los reflejos existentes. No ha desarrollado atributos distintivos que aparecen más tarde, como resultado de transacciones con el medio. Allport no considera al neonato poseedor de personalidad; al nacer, el infante está dotado en forma innata con ciertas potencialidades físicas y temperamentales. En suma, el neonato podrá responder con algunos reflejos altamente específicos, tales como el chupeteo y el deglutir. El infante despliega una acción en masa o respuestas gruesas indiferenciadas, en las cuales casi todos o todos los aparatos musculares del individuo parecen estar involucrados.

Según esta conformación, ¿cómo es que el niño es motivado o puestas en acción? Allport supone que inicialmente existe una corriente general de actividad, la cual es fuente original de conducta motivada. En este punto del desarrollo, el niño es considerado como una criatura de tensiones segmentales y sentimientos de placer-dolor. Un modelo biológico de conducta, o una teoría que se apoye en la importancia de la recompensa, la ley del efecto o el principio del placer, es aceptable como una guía para los primeros años de la vida. De este modo, motivado por la necesidad de disminuir el dolor y aumentar el placer, y en estas condiciones determinadas por la reducción visceral y las tensiones segmentales, se puede explicar el proceder del niño en desarrollo.

No obstante el hecho de que el individuo al nacer carece de cualidades distintivas, que más tarde formarán su personalidad, dicho estado se ve alterado muy temprano en una forma gradual. Incluso en el primer año de vida, Allport considera que el infante comienza a demostrar cualidades distintivas; por ejemplo, diferencias en motilidad y expresión emocional, que tienden a persistir y a fundirse con los modos más maduros de ajuste aprendidos después. De este modo, algo de la conducta infantil se puede reconocer como precursora de patrones subsecuentes de personalidad. Allport concluye que, al menos en la segunda mitad del primer año de vida, el infante comienza a mostrar cualidades distintivas que presumiblemente representan atributos constantes de su personalidad definitiva.

Transformaciones del infante

El proceso de desarrollo se lleva a cabo a lo largo de múltiples líneas. Una amplia variedad de mecanismos, como diferenciación, integración,

maduración, imitación, aprendizaje, autonomía funcional y extensión del *self* sirven para explicar las modificaciones que ocurren entre la infancia y la adultez. Allport acepta también el papel explicativo de los mecanismos psicoanalíticos y los traumas, para razonar algunos de los cambios bruscos que se dan durante el desarrollo; por ejemplo, durante la adolescencia.

Con respecto a las teorías del aprendizaje, Allport es ecléctico; sostiene que todas las observaciones que han hecho los investigadores, todas las conclusiones que han rechazado y todas las teorías resultantes del aprendizaje son, probablemente, verdaderas hasta cierto punto y en cierto sentido. En este caso el condicionamiento, la teoría del reforzamiento y la jerarquía de hábitos son principios válidos, especialmente cuando se aplican al animal, al infante y al aprendizaje de oportunidad.

De este modo, tenemos a un organismo que al nacer es una criatura de la biología, se transforma en un individuo que opera en términos de un crecimiento del yo, de un rasgo de estructura amplia y de una semilla de metas y aspiraciones futuras. Dicha transformación se debe al papel jugado por la autonomía funcional. Este principio establece que eso que es desde el punto de vista innato una simple medida de una meta biológica, puede convertirse en un motivo autónomo que dirige la conducta con todo el poder de una pulsión. Esta discontinuidad entre la estructura motivacional temprana y tardía del individuo puede explicarse por medio de dos teorías diferentes. Una, un modelo de reducción de la tensión, que es adecuado para la época del nacimiento y se vuelve gradualmente menos adecuado, ya que el individuo desarrolla motivos que no sostienen una relación directa con aquellos que han operado la conducta previamente. En este punto es necesaria una reorientación, si queremos representar adecuadamente al individuo.

El adulto

En el adulto tenemos a una persona en la cual los principios determinantes de su conducta están dados por un grupo de rasgos organizados y congruentes. Éstos se han originado en una variedad de formas a partir del disperso conjunto motivacional que caracterizó al recién nacido. La trayectoria exacta de estas tendencias no es de interés especial para Allport quien opina que no necesitamos conocer la historia de la pulsión para entender esta fuerza. Una parte considerable del funcionamiento de estos rasgos es consciente y racional. El individuo normal conoce por regla general qué hace y por qué lo hace. Su conducta se ajusta dentro de un patrón congruente y en el núcleo de éste se encuentra el *propium* de Allport. No se puede tener un entendimiento completo del adulto sin una gráfica de sus metas y aspiraciones. Sus motivaciones más importantes no son hechos del pasado, sino algún acontecimiento del futuro. En

la mayoría de los casos sabremos más acerca de una persona si estudiamos sus planes conscientes que si auscultamos en sus recuerdos reprimidos.

Las características de la personalidad madura son poseer, ante todo, una extensión del *self*; esto es, su vida no debe estar atada a un cuadro de actividades que estén cerradas y eslabonadas a sus propias necesidades y deberes inmediatos. Debería participar y gozar de una amplia variedad de actividades diferentes. Sus satisfacciones y frustraciones deberán ser muchas y diferentes, más que restringidas y estereotipadas. Una parte importante de esta extensión del *self* involucra la proyección del planeamiento futuro, esperanzado. El individuo maduro debe ser auto-objetivo. Allport considera que hay dos grandes componentes de este atributo: el humor y el *insight* (inteligencia súbita). Tener sentido del humor implica no sólo la capacidad de encontrar un goce en los lugares acostumbrados, sino también una habilidad para mantener relaciones positivas con una cosa o amar objetos y al mismo tiempo ver las incongruencias y necedades conectadas a ellos. Finalmente, la madurez requiere, según este investigador, que el individuo posea una filosofía unificadora de la vida. La religión representa una de las más importantes fuentes de unificación filosófica.

Bibliografía

- ALLEN, R. M., *Variables in Personality Theory and Personality Testing. An Interpretation*, Charles C. Thomas Publisher, 1965.
- ALLPORT, G. W., *Psicología de la personalidad*, Paidós, Buenos Aires, primera edición, 1961.
- HALL, C. S. y LINDZEY, G., *Theories of Personality*, Wiley, Londres, 1965.
- HILGARD, E. R., *Introduction to Psychology*, Harcourt, Brace & World Inc., Nueva York (tercera edición), 1962.

**Segunda
parte**

**Teorías
ideográficas
conductuales**

15

FRANKL, CARUSO, MAY

VIKTOR E. FRANKL

El 26 de marzo de 1905 nació en la ciudad de Viena, Viktor Emil Frankl.

En el desarrollo del origen del pensamiento de Frankl se encuentran dos vertientes:

1. La orientación científica en el mundo, protagonizada por su relación científica personal con autores como Sigmund Freud, Alfred Adler y de modo indirecto con C. G. Jung.

2. La orientación filosófica en el mundo, que tiene como referencia en su horizonte a Max Scheler y Nicolai Hartmann, quienes fueron los iniciadores de un giro antropológico y axiologo-ontológico. Para una mejor comprensión de este giro antropológico, se puede señalar que las tendencias generales están representadas por tres grandes grupos que son:

- a) Materialismo y evolucionismo.
- b) Existencialismo y personalismo.
- c) Fenomenología y ontología del ser humano.

Por otra parte, la orientación filosófica de Frankl no se da completa sin señalar los nexos con el pensamiento de Martín Heidegger y Karl Jaspers.

Viktor Frankl es el creador de un nuevo avance en el inmenso panorama de la investigación científica y de la reflexión filosófica, llamado *Análisis Existencial*, con su aplicación terapéutica llamada *Logoterapia*, en donde hace hincapié que no basta con vivir, sino que se requiere la pasión de vivir con un sentido.

El pensamiento sistematizado de Frankl se conoce también como Tercera Escuela Vienesa de Psicoterapia, que agrupó a médicos destacados como Oswald Schwarz, Rudolf Allers y Paul Schilder.

Menciona Pareja (1982) que, para evitar confusiones, en lo que se refiere al *análisis existencialista*, es importante tener en cuenta que los esfuerzos realizados por Martín Heidegger, Jean-Paul Sartre, Ludwig Binswanger y Medard Boss, aunque tienen puntos de contacto con el *análisis existencial* de Frankl, no se pueden identificar con él, en virtud de que existen discrepancias difícilmente superables especialmente con Sartre. El análisis existencial y la logoterapia son dos aspectos de una misma realidad. El análisis existencial hace referencia directa a un método de análisis y se considera también, un análisis antropológico. La logoterapia es la instrumentación práctica del análisis existencial.

Los tres fundamentos del análisis existencial son:

1. La libertad de la voluntad. Libertad interna, espiritual ante los condicionamientos biológicos, psicológicos y sociales.

2. La voluntad que busca el sentido y el valor. El ser humano está original, primaria y básicamente motivado por la voluntad de sentido presente en las realidades humanas y el hacer reales los valores en las situaciones históricas concretas. No está motivado por el principio de placer, ni por la compensación de inferioridades, sino por la búsqueda de significación.

3. El Sentido de la Vida. Cada ser humano puede buscarlo a partir de su experiencia hasta encontrarle. Puede ser descubierto al realizar valores de tres dimensiones:

- a) Valores de creación, lo que un ser humano le da al mundo en forma de trabajo, de transformación.
- b) Valores de experiencia, o lo que un ser humano recibe gratuitamente del mundo en forma de vivencia estética, el encuentro humano amoroso.
- c) Valores de actitud o la postura que el ser humano toma ante aquellas situaciones tipificadas por su irreparabilidad, irreversibilidad y fatalidad: culpa, sufrimiento, dolor y muerte.

Por otra parte, el análisis existencial de acuerdo con Pareja (1985) hace referencia directa a un modo de acercarse al ser humano que está en el mundo y dentro de un contexto historicosocial concreto. En el ser humano se distinguen tres grandes dimensiones:

1. La dimensión somática;
2. La dimensión psíquica, y
3. La dimensión noética (también llamada dimensión del espíritu o del logos).

Ésta es una dimensión específica y privilegio único del ser humano, es una dimensión existencial que exige ser dilucidada.

- a) La dimensión existencial es ontológicamente distinta a las dimensiones somática y psíquica.
- b) La dimensión existencial aunque es ontológicamente diferente de las dos anteriores, conforma una unidad antropológica en el ser humano. Las distinciones son heurísticas.
- c) La dimensión existencial se caracteriza por tres notas específicamente humanas: la libertad y la responsabilidad de esa libertad que surgen como manifestaciones de la espiritualidad del ser humano.
- d) La dimensión existencial en cuanto que es la manifestación de la persona, es una dimensión que no está afectada, ni sujeta al declinar inevitable de las dimensiones somática y psíquica. Sólo la facticidad psicomática está llamada a la muerte y no la dimensión existencial, que en este punto concreto, es sinónimo del *espíritu humano*. Este espíritu en la concepción analíticoexistencial es inmortal y responde en sus raíces a lo más profundo del pensamiento occidental judeocristiano.

El análisis existencial es un análisis sobre la existencia humana y no *de* y, señala que la existencia es un modo específico del ser, que llamamos ser humano y cuya característica de fondo es que no es un ser fáctico sino facultativo. Esta diferencia reside en que el ser humano siempre puede llegar a ser también, de otro modo y no tiene que ser siempre así y no de otro modo como sucede en la facticidad determinística de los animales, o como puede creer así la persona que se siente "paciente" y amenazada por un conflicto neurótico.

Se considera que así como existe un paralelismo psicofísico, también existe un Antagonismo psiconoético (o la fuerza opositora del espíritu humano ante la facticidad psicofísica ante el que se puede apelar). Sin embargo, este antagonismo psiconoético, no es algo a lo que el ser humano esté obligado. Una vez más el ser humano ha de ser el ser-decisivo, según el pensamiento de Jaspers, que se decide en favor de recurrir facultativamente en antagonismo psiconoético, ante el avasallamiento del paralelismo psicofísico de un equis padecimiento. De lo anterior, no se puede concluir que el ser humano ha de estar siempre en una actitud de resistencia, ni de recurrir siempre a la fuerza de su espíritu. La reafirmación se da no sólo como se piensa por medio de la oposición de los instintos, a la herencia y al medio, sino también gracias a ellos.

Lo que constituye a la persona espiritual como tal, es su capacidad de tomar actitud ante sí misma, o tomar distancia de su dimensión psicofísica. Sólo así es como el ser humano se estructura a sí mismo como una unidad espiritual y psicosomática. El ser humano, en la perspectiva analíticoexistencial siempre es visto como una unidad antropológica, pese a las diferencias dimensionales de tipo ontológico. En la

espiritualidad humana tiene su lugar el intelecto y la razón y de modo especial, la emoción y los sentimientos.

Los aspectos existenciales específicamente humanos, no son características sino elementos constitutivos del ser humano, los cuales son la espiritualidad, la libertad y la responsabilidad. Dentro de la espiritualidad humana está la espiritualidad *inconciente* que se entiende como aquella cuya inconcientización estriba en "la supresión de la autoconciencia reflexiva, mientras que el autoentendimiento implícito de la existencia humana permanece en pie; pues tal autoentendimiento es peculiar de toda existencia, de todo ser hombre" (Frankl).

El análisis existencial considera que no solamente hay una "impulsividad inconciente" sino también una espiritualidad inconciente y en ésta, se arraiga el *logo* (usado aquí como sentido). El logo es para el análisis existencial el punto de partida y el punto de llegada. Por espiritualidad inconciente se entiende lo *irreflexionado* y lo irreflexionado es también y necesariamente *irreflexionable*.

Una conclusión que extrae el análisis existencial es que, la autorreflexión humana ni se da perfecta, ni tampoco es deseable, pues el espíritu humano no está dirigido a contemplarse a sí mismo, sino encaminado hacia algo o hacia alguien que está más allá de él, o junto a él. De este modo, se comprende que el ser humano, es más plenamente humano en cuanto es intencional que hace referencia a "trascendente" y en cuanto más *intencional* tanto más *existencial*.

Se tiene en el enfoque analíticoexistencial aprecio por el material onírico y por la ayuda valiosa de la interpretación de los sueños, desde una perspectiva existencial. La tensión o ansiedad existencial resulta de la conciencia de las dimensiones de la condición humana. Esta ansiedad es necesaria para la búsqueda del sentido de la vida. Su exceso o carencia son destructivas.

En lo referente a salud y enfermedad, la frustración existencial de la voluntad de sentido o vacío existencial se manifiesta en apatía, aburrimiento, sin sentido y muestran que el ser humano no ha buscado o no ha alcanzado a descubrir el sentido de su vida, o ha hecho de algunos medios los fines de su búsqueda, por ejemplo, placer, poder, prestigio. En la medida en que no se vive para buscar el sentido y su realización por medio de los valores, el ser humano se "enferma". Un trastorno neurótico se desencadena desde la dimensión espiritualexistencial (noética) y se convierte en una neurosis noógena desencadenada por conflictos humanos de tipo existencial (libertad y responsabilidad), de tipo espiritual (actitud ante la finitud, la transitoriedad de la vida, la falibilidad o "la condición humana"), de tipo ético y moral (conflicto de deberes, jerarquía personal de valores, cuestiones de conciencia y de responsabilidad moral). Para el padecimiento específico de la neurosis noógena, está la terapéutica específica llamada logoterapia mediante la búsqueda del

sentido de la vida. La logoterapia en cuanto sistema terapéutico, está abierta a la utilización de técnicas, tanto propias como desarrolladas en otros sistemas. Las técnicas logoterapéuticas específicas son la intención paradójica y la derreflexión. La logoterapia está contraindicada en personas que manifiestan rasgos de una depresión endógena psicótica, por la tendencia a tomar las autoacusaciones que suelen formular como si fueran verdaderas y auténticas, culpas que pueden conducir al suicidio. Cremibough y Maholic, en 1963, desarrollaron una prueba: *Purpose in Life Test*, para indicar la presencia de frustración existencial o vacío existencial.

Señala Pareja (1982) en sus conclusiones que el valor perenne de esta Tercera Escuela Vienesa de Psicoterapia es optar por un camino dialéctico de síntesis, donde se integran elementos valiosos de las escuelas precedentes y desarrolla un modelo que enriquece por su sentido humano, los afanes educativos, filosóficos, teológicos y de desarrollo humano.

Bibliografía

- FRANKL, V., *Psicoanálisis y existencialismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.
- FRANKL, V., *Un psicólogo en el campo de concentración*, Plantin, Buenos Aires, 1955, y en *El hombre en busca de sentido*, Herden, Barcelona, 1980.
- PAREJA, G., *El análisis existencial y logoterapia del dr. Viktor E. Frankl. Revisión de la obra completa y algunas aportaciones a la orientación y desarrollo humano*, tesis inédita de maestría en Orientación y Desarrollo Humano, Universidad Iberoamericana, 1982.

IGOR A. CARUSO

Igor Caruso, psicoanalista del Círculo Vienés de Psicología Profunda, señala que desde Freud se sabe que el estado más profundo del amor, por ser el primero de todos, es el narcisista. Freud definió el narcisismo como amor a sí mismo, pero hizo también de este amor la medida de todo amor que el hombre pueda dar a los demás en el curso de su desarrollo. El amor a sí mismo que no es capaz de evolucionar es ya un estado patológico y se denomina autismo. Es así que el narcisismo es un estado transitorio normal y el autismo una perturbación que hace a las personas incapaces de amar.

Considera Caruso (1984), que el narcisismo sólo en forma condicionada puede considerarse amor a sí mismo; es más bien la fuente de todo amor y al autismo, un narcisismo malogrado, que presenta rasgos patológicos. Por medio de la detenida observación de los recién nacidos y niños pequeños iniciada por René A. Spitz, el psicoanálisis ha podido demostrar que el narcisismo caracteriza aquella parte de la vida que sigue

inmediatamente al nacimiento. En virtud de que el hombre es un ser histórico y no puede vivir si no le procuran quienes le rodean mucho amor y atenciones, entre ellos, la madre desempeña un papel decisivo en la primera época de la vida y se establece la "diada" madre-hijo. Semejante unidad, casi total, de dos seres vivos se llama *simbiosis*, en donde el infante todavía no puede sentir ni expresar ningún amor activo y, en este tiempo, el yo de la madre está presente en calidad de representante del yo interior del niño. Caruso sostiene en su obra *Narcisismo y socialización*, que si bien el niño en la simbiosis no puede dar amor activo, ese estado no es un verdadero "amor a sí mismo", ya que el niño no puede desconocer los límites de su propio ser. En la simbiosis aprende el niño, sin saberlo, a relacionarse con una persona. Así la simbiosis venturosa representa de modo especial, una evolución hacia el mundo, primero hacia la madre y después gradualmente hacia las otras personas conocidas del entorno. Este estadio temprano del desarrollo no debe confundirse con el autismo, que diversos autores lo consideran como la primera etapa del desarrollo. El narcisismo es un tránsito ciertamente activo, un estado no cerrado en sí mismo como es el autismo.

El que un *self* se supere en otro significa empero que los deseos y sensaciones primarias del uno se transfieren al otro. Esta participación y este ser parte es una de las raíces de las ulteriores "relaciones de objeto" que sólo son posibles mediante proyecciones e introyecciones. Esto es, que los propios deseos y sensaciones se atribuyen al otro y gradualmente son entendidos en él y a la inversa, los deseos y sensaciones del otro son sentidos y entendidos como propios. El *self* de la fase narcisista es en realidad una unidad dual. El estadio narcisista normal no es la soledad de uno, sino la comunidad de dos, modelo de la ulterior capacidad de amor y solidaridad. Sin embargo, este estadio considera Caruso, no empieza con el día del nacimiento, ya que la nueva persona nace dentro de una sociedad por obra de dos personas y su existencia es condicionada directa e indirectamente en gran parte antes del nacimiento.

Inicios, prenatales del narcisismo y de la socialización

Caruso señala (1984) que el verdadero comienzo de la vida personal (de una vida que gracias a la socialización se distingue incuestionablemente respecto de la de los animales y la de las plantas) no es, determinable en su aspecto biológico como tampoco ningún comienzo de un proceso complicado. El que un embrión se convierta en individuo es una posibilidad futura, que puede fallar de modo "natural" o lograrse de modo no totalmente natural: para esta individualización se requiere de la socialización, la cual empieza en el estadio prenatal, pues el individuo no existe en y por sí, y como tal ser aislado podría incluso no existir.

La primera condición principal para vivir y desarrollarse, es la *aceptación* del individuo por la sociedad en alguna forma de familia. La existencia del hombre depende del factor social y subjetivo de la aceptación; factor que ninguna ley, por bien hecha que esté, puede garantizar. Este factor presupone la buena crianza, incluso la vinculación inconciente, en la cual operan también impulsos biológicos.

Menciona que aunque no siempre se tenga conciencia de ello, existe una responsabilidad respecto de una vida nueva. La naturaleza humana no puede ser impersonal ni insocializada. La futura autonomía de la persona nacida, sólo la garantiza la referencia a otras personas. Por la gran dependencia del ser humano durante la época prenatal, se funda la necesidad imperiosa de superar esta honda dependencia y hacerla cesar en el valor absoluto de la existencia propia. El destino del ser humano, en lo esencial, depende de la socialización y ésta empieza ya en la etapa uterina. El rechazo puede ser consciente o inconsciente, por parte de las personas, no opera sólo a partir del nacimiento del niño, sino que empieza a manifestarse con el miedo al embarazo o la aversión al mismo.

Es así que los cambios de la socialización no sólo en teoría son trazados en gran parte antes del nacimiento. Es igualmente directo el efecto de la actitud de la mujer encinta respecto del curso de su embarazo y con él, del bienestar y la salud ulterior del feto.

Toda persona humana al comienzo pasa siempre por el estadio de nirvana que Graker ha designado para la vida prenatal. En el sentido estricto de la palabra, la experiencia en la vida prenatal no es todavía posible fisiológicamente, sin embargo, las sensaciones felices o infelices de esa época tienen una importancia fundamental para las experiencias uterinas. Este punto de vista permite escrutar la dialéctica entre las pulsiones vitales y la tendencia a la homeostasis y considera que ésta última es menos condicionada por la experiencia de la muerte (irrepetible) que por la vivencia efectivamente prenatal de nirvana. Cree que lo que Freud denominó *pulsión de muerte*, es la experiencia del dolor convertida en principio psicológico de muerte. Freud llegó a la hipótesis de la pulsión de muerte porque lo inorgánico, lo no viviente estaba allí antes que lo viviente y lo viviente retorna al estadio temprano exento de tensión. La hipótesis del principio de nirvana parece tan fundamentada, opina Caruso, cuando menos como la de una pulsión de muerte fisiológicamente no demostrable. Ferenczi vio también en el desarrollo del ser vivo una tendencia regresiva al restablecimiento del estado indiferenciado de la vida original filogenética en el mar primitivo y cree advertir en el acto sexual y en el sueño, el rechazo de estímulos perturbadores y la tendencia a la reproducción de situaciones pasadas mucho tiempo antes inclusive de la prenatal. Señala que estas hipótesis no se deben rechazar apresuradamente, ya que en la continuación de un proceso quedan siempre

vestigios de su comienzo. De la investigación experimental de Rottman, Caruso plantea:

1. La madre de actitud rechazante propende a actitudes defectuosas en el modo de vivir durante el embarazo (alimentación errónea, drogas, fumar en exceso, etc.).

2. Los trastornos en el curso del embarazo y el alumbramiento son muy frecuentes en tales madres, lo cual provoca el nacimiento como una experiencia traumática.

3. El efecto psicotóxico que se produce en la madres rechazantes que se convierte en fuente patógena para el hijo que está expuesto al efecto de las materias afectivas que lleva la sangre materna.

4. Las alteraciones fisiológicas del ritmo vital; el ritmo del movimiento del sistema vascular materno desempeña un papel importante y ejerce una influencia troquelante en el resto de la vida.

En todas estas influencias perturbadoras de la vida prenatal, hay que considerar además, que madre e hijo están en comunicación directa, que sólo después se forma en el niño como percepción, pero sirve provisionalmente a sus sensaciones; el neonato es directamente receptivo a las intensas vivencias de la madre.

Caruso, al igual que Raut, le da importancia al momento del nacimiento, ya que el modo de nacer, por lo menos en la cultura occidental, reduce al mínimo el contacto entre la madre y el hijo, so pretexto médico e higiénico. Sin embargo, considera que nunca se advertirá bastante que la retroproyección de las experiencias de un feto, nunca podría hacerla un recién nacido, debido al escaso desarrollo de su aparato sensorial fisiológico. Caruso se separa de Melanie Klein, quien admite en el lactante fantasías complejas que según él éste no puede tener todavía debido al escaso desarrollo de la actividad cerebral.

Caruso subraya el hecho de que las contradicciones de la vida prenatal, "el nirvana" por una parte pero también el principio de actividad fisiológica con todos sus peligros específicos, hacen más comprensibles las propiedades del narcisismo. Y menciona también, que todos los seres humanos hemos recorrido un estadio que el biólogo Adolf Portmann ha denominado "útero social", el cual se identifica también como la época del llamado narcisismo primario, en que reina una identidad relativamente interrumpida.

De la felicidad narcisista y la catástrofe autística

Caruso considera imprescindible distinguir entre el "narcisismo primario" procedente de la época prenatal y el "narcisismo secundario". Menciona las contribuciones de Ammon, quien clasifica cuatro tipos de

narcisismo; la personalidad narcisista descrita por Kohut, y las ideas de Freud, respecto del papel del narcisismo en la formación del llamado *ideal del yo*. Menciona que se debe ser muy cauteloso en toda equiparación entre el narcisismo primario y el amor a sí mismo y al yo. En el narcisismo primario, no es el yo todavía inexistente el que está verdaderamente investido con la pulsión amorosa, sino más bien esa unidad dual de madre-hijo. El narcisismo primario no es egoísmo, ni amor propio, sino ya un amor microsociaI que contiene las raíces de la propia estimación.

El narcisismo "secundario" es un intento defensivo que presenta la tendencia a volver al punto de partida donde la libido todavía no estaba separada de las pulsiones del yo, para posibilitar una nueva formación, tanto del propio yo, como de las relaciones con el mundo. Se trata de una regresión provocada por la necesidad, con la esperanza inconciente de dar alcance al desarrollo.

Caruso considera que es catastrófico toda perturbación en el narcisismo primario; cuando la diada madre-hijo no puede ser investida con la libido tampoco se logra debidamente la ulterior demarcación entre el yo y la madre. Como todavía no están trazadas las fronteras entre madre-hijo y por eso el apego del niño a la madre no está ligado al objeto, el narcisismo primario significa el amor a una dualidad común.

Se entiende así, el tránsito del amor diádico al llamado amor objetal, en donde el narcisismo primario forma un depósito del que saldrá después el amor a sí mismo y a los demás. Freud, señala Caruso, habló de "fenómenos residuales" del narcisismo primario en el adulto. Se trata de las premisas sanas de la debida estima de sí mismo y de una relación amable consigo mismo. Menciona también que el narcisismo de una persona cercana, normalmente reanima en nosotros rasgos narcisistas. Lo anterior parece ser la premisa parcial de un acto de amor venturoso en que el adulto satisface simbólicamente deseos narcisistas.

Caruso plantea que el estadio narcisista es el inicio claro de la socialización: por una parte, el hijo no puede vivir fuera de la diada y por la otra, la madre tiene que estar preparada a la autonomía del hijo y paradójicamente, sólo lo puede conseguir al participar ella misma del narcisismo del hijo, quien así podrá crear la "confianza original" en el sentido de Erikson y dominar más fácilmente las decepciones ulteriores.

Por otra parte, la diada madre-hijo es un estado activo, representa un tránsito al mundo, en primer lugar hacia un tercero representado por el padre presente o ausente. Las dos instancias (yo y ello) de la unidad dual y por ende del hijo están en comunicación real o imaginaria con el padre presente o ausente y con ello influyen en la integración gradual del hijo en el mundo, o influyen en la asumación del mundo (en el sentido de Piaget) por el hijo.

Si el padre está presente, entra en contacto con el mundo perceptivo en gradual configuración del hijo y con el yo del mismo que se forma a

partir del ello. Se podría hacer una tipología de los padres, del mismo modo como se ha realizado de las madres. La fórmula de comunicaciones madre/padre opera, pues, directamente con el hijo y por su parte es modificada por la acción de parte del hijo, quien hará fórmulas propias a manera de transacción a consecuencia de la comunicación madre/padre. Estas complicadas relaciones empiezan desde antes de la concepción del hijo y operan ya durante el embarazo. El padre puede ejercer una función compensadora en el desarrollo del hijo o, por el contrario, amplificadora en la formación del destructivo doble vínculo en la unidad dual, asimismo desempeña un papel de suma importancia en la formación de la identidad infantil.

Considera Caruso (1984) que la catástrofe autística es la consecuencia de un rechazo por parte de la madre que en algunos casos es manifiesto y toma el aspecto de malos tratos y negligencia. Y otros, obra ocultamente y causa profunda inseguridad en la persona que está en desarrollo. Una perturbación radical del estadio narcisista causada por este rechazo directo o indirecto pondrá en tela de juicio la formación del yo. Opina que el término de "narcisismo primario" debería reservarse en particular para la evolución normal, mientras que el término autismo designaría siempre exclusivamente las perturbaciones del narcisismo, ya que muchos autores no establecen esta diferencia, entre ellos, Margaret Mahler.

En el niño, se entiende por psicosis autística una honda perturbación de la identidad y la comunicación. Al síndrome autístico pertenece por decirlo así el anuncio de terminación de las relaciones con el mundo, por que éstas siente el sujeto en crecimiento o aparentemente ya adulto como imposibles. El hecho de que aún se le llame "neurosis narcisista" a la esquizofrenia se debe a que el sujeto en el curso de la regresión respecto al mundo, trata de reanimar antiguos estados narcisistas, aspecto que no logra conseguir y de ahí lo mórbido y lo catastrófico de la psicosis. Caruso señala que el sentido al autismo ha de buscarse en la actividad defensiva fundamental de todo niño para quien no existe o no basta en esta función, la asociada de la diada que habría de convertirse en el objeto primario de amor. El devenir del niño autístico presupone menos una disposición innata, por lo demás, todavía no demostrada, que posiblemente algún daño prenatal y sobre todo la falta de funcionamiento del "útero-social", que conduce a la examinación y la mecanización en la raíz de las relaciones sociales. Se llega así, en las formas de comportamiento de los niños autistas a una verdadera automatización que los hace parecidos a los robots. El niño autista vive en un mundo inanimado y es presa de pánico cuando le imponen su presencia objetos animados. No hay ninguna evolución del pensamiento simbólico y por ende del lenguaje.

Caruso cuestiona algunos conceptos de Margaret Mahler acerca del desarrollo del narcisismo, para posteriormente proponer el psicoanálisis

como alternativa para el tratamiento del autismo por medio de la relación transferencia contra transferencia.

En la segunda parte del libro *Narcisismo y Socialización. Fundamentos psicogenéticos de la conducta social*, trata el tema de la enajenación y sus ramificaciones, para finalmente concluir que la teoría y la práctica del psicoanálisis han mostrado que el reconocimiento del mundo exterior avanza por las contradicciones de la compulsión a la repetición y de la transferencia. Y se basa en Piaget para formular el desarrollo psicogenético. Menciona por último que del feliz ser consigo mismo en el cuerpo de la madre y después en el útero social del narcisismo, pasa el hombre a la socialización. Su objetivo será siempre el mismo: el feliz ser uno consigo mismo, llamado también identidad. La sociedad le ofrecerá una serie de imágenes de identificación para troquelar esa identidad en el interés de la sociedad. Se comunicaría la identidad en diversos grados de desarrollo, pero como la sociedad no respeta la autonomía ni la independencia del sujeto, también se le enajenará. La estructura económica de la sociedad provoca la enajenación en todos los dominios de la vida, conciente e inconciente del individuo.

Por eso lucha el hombre toda su vida por el restablecimiento de la identidad sin llegar al ser uno consigo mismo: su práctica del ser social refleja el resultado de este combate. Esta praxis del ser social, determinará su vida y su muerte. Esta praxis es troquelada por el narcisismo y la socialización.

Bibliografía

- CARUSO, I., *La separación de los amantes*, Siglo XXI, México, 1984a.
 CARUSO, I., *Psicoanálisis, marxismo y utopía*, Siglo XXI, México, 1984b.
 CARUSO, I., *Narcisismo y socialización. Fundamentos psicogenéticos de la conducta social*, Siglo XXI, México (segunda edición), 1984c.

ROLLO MAY

Rollo May inició sus estudios psicoterapéuticos en Viena y obtuvo su doctorado en psicología y entrenamiento psicoanalítico en la ciudad de Nueva York. Además es psicoanalista didáctico del *William Alanson White Institute of Psychiatry, Psychoanalysis and Psychology* y ha sido maestro en las Universidades de Harvard y Princeton.

De los diversos temas que han sido abordados por Rollo May, entre ellos la emergencia de la psicología existencial, las bases existenciales de la psicoterapia, el poder y la inocencia, amor y voluntad, el hombre en busca de sí mismo y el dilema del hombre, se escogió este último para

ser abordado en esta síntesis. Los conceptos que se vierten están derivados de su libro *La psicología y el dilema del hombre*.

May considera que de la gran variedad y riqueza de la naturaleza humana por una parte, y de su monotonía y mezquindad por la otra; del contraste entre la generosidad de que somos capaces los seres humanos y la suprema crueldad que también podemos albergar, aparecen ciertas características distintivas de la conciencia humana y algunas de ellas las ha denominado "dilema", en especial en las que se muestran los opuestos en la totalidad de la experiencia.

La palabra "dilema" no se usa en su sentido técnico. Se refiere a las polaridades y paradojas ineludiblemente humanas. Los dilemas pueden dar por resultado estancamientos, obstrucciones y el sobredesarrollo frenético de un extremo para escapar del otro. Pero esta polaridad es también el origen de la energía y de la capacidad creadora del hombre. Y gracias a la confrontación constructiva de tensiones producidas por estas paradojas, los seres humanos erigimos culturas y civilizaciones.

May sostiene que una de las principales razones de la circunstancia ambigua y difícil en la cual estamos los psicólogos, es que hemos evitado permanentemente la confrontación con el dilema del hombre. A causa de nuestra tendencia a la reducción, aparentemente omnipresente, omitimos aspectos esenciales del funcionamiento humano, y el ser humano desaparece en el proceso. Se requiere confrontar nuestra propia dimensión histórica y la de los seres humanos que estudiamos, así como la historia de la cultura en la cual vivimos y nos movemos y existimos.

También es importante confrontar la literatura. Las obras clásicas son tales porque han expresado algunos aspectos invariables de la experiencia humana y muestran las necesidades de los seres humanos cuando fueron escritas y las de diferentes épocas y culturas desde entonces. La literatura es, a lo largo de la historia, la autointerpretación de los seres humanos. Además la literatura lleva implícitos otros dos asuntos que debemos enfrentar: los símbolos y los mitos perdurables. Ambos comunican, de una manera que zanja las diferencias entre distintas épocas y culturas, la esencia de lo que significa ser humano. Los símbolos y los mitos constituyen la estructura inmaterial que es la base de nuestra cultura y son los símbolos y los mitos los que exponen en forma directa el dilema del hombre.

Este dilema se origina en la capacidad del hombre para sentirse como sujeto y objeto al mismo tiempo. El proceso dialéctico entre estos dos polos radica el desarrollo, la profundización y la amplificación de la conciencia. Un error frecuente consiste en suponer que se puede evitar el dilema con sólo aferrarse a uno de sus polos, pues el ser humano ha vivido siempre en esta paradoja o dilema, desde el momento mismo en que advirtió por primera vez que era *él* quien moriría y acuñó una palabra para referirse a su propia muerte. Entre los dos extremos del dilema,

el hombre ha creado los símbolos, el arte, el lenguaje y la clase de ciencia que está en continua expansión a partir de sus propias presuposiciones. Vivir dentro del dilema, constituye el origen de la creación humana.

El dilema básico, inmanente a la conciencia humana, forma parte de la experiencia psicológica y está presente en todos los periodos históricos. Pero en las épocas de cambios culturales radicales, como los que se producen en las costumbres sexuales y las creencias religiosas, aquellos dilemas que constituyen expresiones de la situación básica del hombre resultan más difíciles de superar.

May (1985) sostiene la tesis de que el problema de identidad de la década de 1950 se ha convertido actualmente en una crisis de pérdida del sentido de significación. Señala también que la impotencia ante la guerra termonuclear se transformó en ansiedad, la ansiedad en regresión y apatía, éstas a su vez en hostilidad y la hostilidad en una alienación entre los hombres. La pérdida de la vivencia del significado de uno mismo desemboca en la ansiedad que Tellich denominó la ansiedad de la falta de sentido, o lo que Kierkegaard califica de ansiedad como temor a la nada; se trata de la ansiedad que se experimenta ante la amenaza de una posible disminución o pérdida de la identidad personal.

La ansiedad sólo resulta positiva cuando la persona se puede relacionar con la situación, realizar su valoración y comprometerse luego en un curso de acción, en un modo de vida.

La ansiedad del individuo y su manera de enfrentarla están condicionadas por el hecho de que él se encuentra en un punto determinado en la evolución de su cultura. Los dos problemas centrales de la dicotomía entre razón y emoción y el aislamiento del individuo de su comunidad, fueron y son fundamentales para el problema de la ansiedad en la época moderna. Considera también que los periodos en los cuales los valores de una cultura gozan de unidad y fuerza, el hombre cuenta con medios para enfrentarse y competir con su ansiedad. Cuando no hay unidad en los valores, el individuo tiende a evadir y reprimir su ansiedad normal. Monta la escena para su ansiedad neurótica en ciernes.

Maslow define la ansiedad, como la aprensión descentralizada por la amenaza a algún valor que el individuo considera esencial para su existencia como persona. Al comprender el origen de los valores —que provocan ansiedad cuando son amenazados— se deben evitar dos errores, el primero consiste en no relacionar el valor con las primeras necesidades de amor y cuidado; el segundo radica en pensar que esa es exactamente la cuestión y pasar por alto el hecho de que las cualidades emergentes en la persona hacen que el valor amenazado en cada etapa del desarrollo sea genuinamente nuevo.

La capacidad de autorrelación del ser humano, cuyo significado es crucial para comprender la ansiedad, se refiere a la capacidad del individuo para permanecer fuera de sí mismo, saber que es a la vez, el sujeto

y el objeto de la experiencia y verse como la entidad que actúa en el mundo de los objetos. En otras palabras, es la capacidad de traer el pasado al presente como una parte del nexo causal total en el cual los organismos vivos actúan y reaccionan, que es la esencia común de la mente y la personalidad.

May distingue la ansiedad normal de la neurótica. Define la primera como una ansiedad proporcionada a la amenaza, no implica represión y se la puede confrontar positivamente con el nivel consciente o puede aliviarse si cambia la situación objetiva.

La ansiedad neurótica por el contrario, es una reacción desproporcionada a la amenaza, implica represión y otras formas de conflicto intrapsíquico y es gobernada por diversos tipos de bloqueo de la actividad y la conciencia. Aparece cuando una persona ha sido incapaz de hacer frente a la ansiedad normal en el momento de una verdadera crisis en su crecimiento y de una amenaza a sus valores.

La ansiedad normal resulta más evidente en las etapas de individualización que ocurren en cada fase del desarrollo, y a que todo crecimiento consiste en una rendición generadora de ansiedad, de los valores pasados a medida que se les amplía. El crecimiento, y con él la ansiedad normal, consiste en la renuncia a la seguridad inmediata a cambio de metas más vastas, para concluir con la muerte como etapa final de este continuo.

La transformación de los valores y el enfrentamiento de la ansiedad relacionada con ellos es un aspecto de la creatividad. El hombre es el valorador que, en el propio acto de valorar, está comprometido a moldear su mundo, al adecuarse a su medio y al adecuar su medio a sí mismo. Esta relación entre la transformación de los valores y la creatividad indica cuál es la razón —desde el nido de Prometeo en adelante— se ha considerado a la creatividad como algo ineludiblemente conectado con la ansiedad.

May sostiene que cuanto más firmes y más flexibles sean los propios valores, mayor será la capacidad que uno deba de hacer frente a la ansiedad de manera constructiva. Pero cuanto más se deje uno vencer por la ansiedad, más disminuirá la fuerza de los propios valores. Los valores maduros son aquellos que trascienden la situación inmediata en el tiempo y abarcan tanto el pasado, como el futuro. Los valores maduros trascienden también el grupo excluyente y se extienden hasta abarcar el bien de la comunidad e incluyen idealmente, por último, a la humanidad en su conjunto.

Por otra parte, May al examinar el problema de la libertad y la responsabilidad señala que se implican entre sí y no pueden ser separadas. Señala que la culpa es la experiencia subjetiva de no haber cumplido nuestra responsabilidad, es decir, de no haber vivido en plenitud nuestras propias potencialidades o nuestras potencialidades (amor, amistad...) en las relaciones con otras personas y grupos. La libertad no se opone al

determinismo. La libertad es la capacidad que tiene el individuo de saber que él es el determinado. De hacer una pausa entre el estímulo y la respuesta y seleccionar una respuesta particular entre varias posibles. La libertad tiene límites, por el simple hecho de que el yo siempre existe en un mundo y mantiene una relación dialéctica con el mundo.

Gordon Allport, Carl Rogers, Abraham Maslow, Herman Feifel y Rollo May publicaron en 1960 un libro acerca de *La Psicología Existencial*. A todos ellos se les considera portavoces de la psicología humanista, también llamada la tercera fuerza en psicología, que representa un acercamiento positivo al estudio de la naturaleza interna del hombre, acercamiento que destaca la realización de las potencialidades más creativas del ser humano.

Bibliografía

- MAY, R., *Man's Search for Himself*, Dell Publishing Co., Nueva York, 1953.
 MAY, R., *Love and Will*, W. Morton & Co. Inc., Nueva York, 1969.
 MAY, R., *Existential Psychology*, Random House, Nueva York (segunda edición), 1969.
 MAY, R., *Power and Innocence. A Search for the Sources of Violence*, Dell Publishing Co., Nueva York, 1972.
 MAY, R., *La Psicología y el Dilema del Hombre*, Gedisa, Buenos Aires, 1985.

16

LEWIN

Lewin propuso en forma importante la aplicación de la teoría del campo a todas las ramas de la psicología. Para este científico, la teoría del campo no representa un sistema nuevo de psicología limitado a un contenido específico; “es un conjunto de conceptos por medio de los cuales se puede representar la realidad psicológica” (1936a, págs. 6 y 7). Estos conceptos deberán ser lo suficientemente amplios para poder aplicarse a todos los tipos de conducta, y al mismo tiempo lo bastante específicos para representar a una persona definida en una situación concreta. Lewin también caracterizó la teoría del campo como un “método para analizar relaciones causales y para realizar construcciones científicas” (1951, pág. 45).

Las características principales de la teoría del campo de Lewin pueden resumirse como sigue: *a*) la conducta es una función del campo que existe en el momento en que ésta ocurre; *b*) el análisis se inicia con la situación como una totalidad, a partir de la cual se diferencian las partes componentes, y *c*) la persona concreta, en una situación concreta, puede representarse en forma matemática. Lewin también hace hincapié en las fuerzas internas determinantes de la conducta, que expresan una preferencia por la descripción del campo en conceptos psicológicos más que en términos físicos o fisiológicos. Un *campo* se define como “la totalidad de factores coexistentes concebidos como mutuamente interdependientes” (Lewin 1951).

Los conceptos de la teoría del campo han sido aplicados por este autor a una amplia variedad de fenómenos psicológicos y sociológicos.

LA ESTRUCTURA DE LA PERSONALIDAD

Lewin mismo nos recuerda que las matemáticas son el lenguaje apropiado del discurso científico, aunque el tipo de matemáticas utilizadas

por él para representar los conceptos psicológicos no es el que conoce la mayoría de la gente. Las matemáticas de Lewin no son métricas y, además, describen relaciones espaciales en otros términos, diferentes de los euclidianos. Es esencialmente una matemática para describir interconexiones e intercomunicaciones entre regiones espaciales, sin tomar en cuenta el tamaño o la forma.

La separación de la persona del resto del universo se representa si dibujamos una figura cerrada; el límite de ésta define los de la entidad conocida como persona. Todo aquello que queda adentro del límite es P (la persona); todo lo que queda fuera representa a $no-P$.

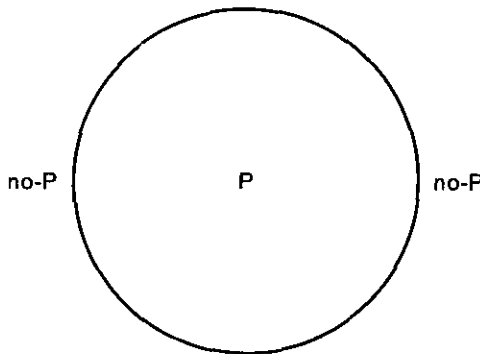


Figura 16.1

El aspecto significativo de la figura 16.1 es que presenta un área totalmente cerrada localizada dentro de un área mayor. De esta manera se conceptualizan dos propiedades de la persona: *a*) separación del resto del mundo por medio de un límite continuo, y *b*) inclusión en un área mayor. La primera propiedad es la diferenciación; la segunda, la relación de la parte con el todo. Es decir, que la persona está representada como hallándose separada y, al mismo tiempo, incluida dentro de una totalidad mayor.

El medio psicológico

El siguiente paso es entonces la representación de la realidad psicológica, para lo cual dibujamos otra figura cerrada mayor, que rodea a la persona. El tamaño y la forma de esta figura circundante no importa mientras reúna las condiciones de ser mayor que la persona. Se requiere otra cualidad; esta nueva figura no puede compartir ninguna sección del límite del círculo que representa a la persona. Debe localizarse un espacio entre el límite de la persona y el de la figura mayor.

Tenemos ahora la imagen de un círculo encerrado pero que no toca la elipse (fig. 16.2). La región entre los dos perímetros es el ambiente psicológico E . El área total dentro de la elipse, con la inclusión del círculo, es el espacio vital L . El espacio fuera de la elipse representa los aspectos no psicológicos del universo. Por conveniencia, llamaremos a esta región *mundo físico*, aunque no se restringe a los aspectos materiales solamente.

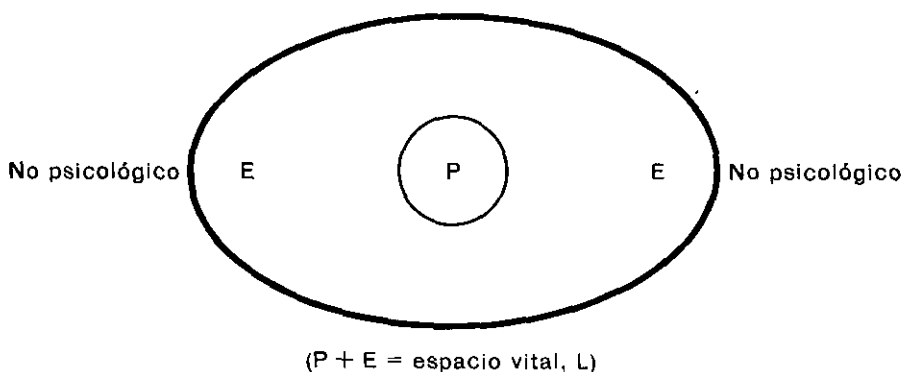


Figura 16.2

El espacio vital

El espacio vital es el universo del psicólogo; representa la totalidad de la realidad psicológica; contiene la totalidad de los posibles hechos que son capaces de determinar la conducta de un individuo; incluye todo lo que debe conocerse para entender la conducta concreta de un ser humano en un ambiente psicológico dado, en un momento dado. La conducta es una función del espacio vital: $B = F(L)$. La tarea de la psicología dinámica es “derivar en forma unívoca la conducta de un individuo dado, a partir de la totalidad de hechos psicológicos que existen en el espacio vital en un momento determinado” (Lewin, 1939a).

El hecho de que el espacio vital esté rodeado por el mundo físico no quiere decir que tal área sea parte del mundo físico (fig. 16.3), sino más bien que el espacio vital y el espacio más allá de éste son regiones diferenciadas y separadas de una totalidad mayor. Que esta totalidad mayor, el universo, sea finito o infinito, caos o cosmos, no es de importancia para la psicología, excepto en un aspecto. Los hechos que existen en la región de fuera y los adyacentes al límite del espacio vital, una zona que Lewin denomina *campo exterior del espacio vital*, pueden influir en forma material en el medio psicológico. Esto es, los hechos no psicológicos pueden, y en verdad lo hacen, alterar los psicológicos. Lewin ha sugerido

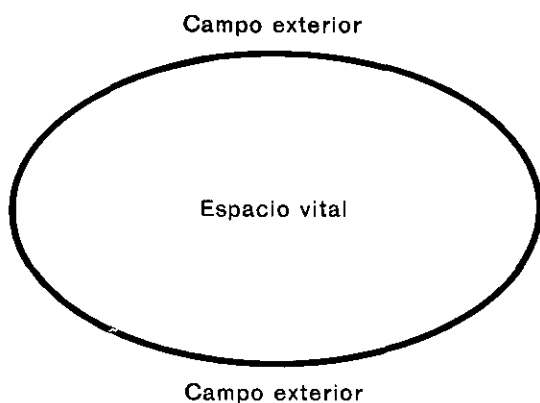


Figura 16.3

que el estudio de los hechos en el *campo exterior* puede ser llamado psicología ecológica (1951). El primer paso para hacer una investigación psicológica es establecer la naturaleza de los acontecimientos que se realizan en el límite del espacio vital, ya que éstos ayudarán a determinar qué es lo que posiblemente puede o no suceder en el espacio vital.

Los hechos en el medio psicológico también producen cambios en el mundo físico, pues hay una doble comunicación entre los dos ámbitos. Por consiguiente, se dice que el límite entre el espacio vital y el mundo exterior está habilitado con una propiedad: la *permeabilidad*. Un límite se semeja a una membrana más que a una pared o a una barrera rígida. Deberá notarse que el mundo físico no puede comunicarse directamente con la persona, ni ésta con el mundo exterior. Debe existir un hecho en el medio psicológico, a fin de que pueda influir en o ser influido por la persona. Esto resulta evidente gracias al diagrama que señala cuándo el sujeto se halla completamente rodeado por el ambiente psicológico.

La implicación de una membrana permeable entre el espacio vital y el mundo físico es altamente significativa, ya que un hecho del mundo no psicológico puede cambiar en forma radical el curso de los eventos en el espacio vital; predecir a partir de las leyes psicológicas únicamente, resulta por lo general, algo fútil. No se puede estar seguro de antemano de que un hecho del campo exterior pueda no penetrar el límite del espacio vital y poner todo de cabeza dentro del ambiente psicológico.

Deberemos anotar otra propiedad del espacio vital. Aunque la persona está rodeada por su medio psicológico, no forma parte del mismo ni está incluida en tal atmósfera. Esa zona termina en el perímetro del círculo, así como el mundo no psicológico termina en el litoral de la elipse. Sin embargo, el límite entre el sujeto y el medio también es permeable. Esto significa que los hechos ambientales pueden influir en

el sujeto, $P = F(E)$, y los hechos personales pueden influir en el medio, $E = F(P)$.

La persona diferenciada

Lewin sostiene que la estructura de la persona es heterogénea, y que está dividida en partes separadas pero intercomunicadas e interdependientes entre sí. Para representar tal estado de cosas, el área del círculo se divide en zonas.

Primero se fragmenta a la persona en dos partes, para lo cual se traza un círculo concéntrico dentro del círculo mayor. La parte externa representa la región perceptual-motora ($P-M$), la sección central significa la región personal interna ($I-P$), que está completamente rodeada por el área perceptual motora en forma tal que no tiene contacto directo con el límite que separa a la persona del medio (fig. 16.4).

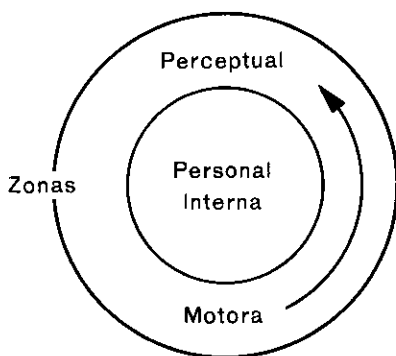


Figura 16.4

El siguiente paso es dividir la región personal interna en secciones (fig. 16.5) que, adyacentes a la región perceptual motora, se llaman celdillas periféricas, p ; aquellas en el centro del círculo las denotaremos como c . Lewin no es muy explícito respecto a la diferenciación del área perceptual motora en regiones más pequeñas; cree que el sistema motor actúa como una unidad, ya que por lo general puede ejecutar sólo una acción a la vez. En forma semejante, el sistema perceptual por lo común funciona de una manera unificada, esto es: una persona puede atender y percibir sólo una cosa a la vez. Sin embargo, es claro, que el sistema motor deberá estar separado del perceptual ya que son sistemas independientes. En el sistema perceptual motor no estructurado, cuando la dirección de la influencia es del medio a la persona, entonces la región que rodea la esfera personal interna representa los procesos perceptuales,

y cuando la dirección de la influencia es de la persona al medio, esta misma región representa la motricidad.

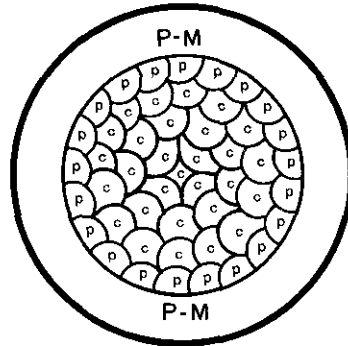


Figura 16.5

El medio diferenciado

Un medio homogéneo o indiferenciado es aquel en el que todos los hechos influyen en la misma forma sobre la persona. En un ambiente tal, el sujeto tendría perfecta libertad de movimiento ya que no habría barreras que se lo impidieran. Tal libertad de movimiento total, obviamente no representa el estado real de las cosas, por lo que es necesario subdividir el medio en regiones (fig. 16.6).

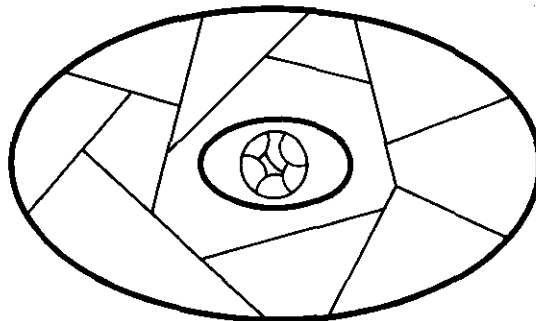


Figura 16.6

Existe una gama de matices entre la diferenciación del medio y la de la persona. No es necesario distinguir entre diferentes tipos de regiones ambientales, pues el medio no contiene nada comparable al estrato per-

ceptual motor o a la esfera personal interna. Todas las regiones del medio son iguales. En consecuencia, cualquier patrón de líneas utilizado servirá a nuestro propósito. Sin embargo, se deberá puntualizar que en la representación concreta de una persona particular, en una situación psicológica concreta, en un momento dado, el número exacto y posición relativa de las subregiones ambientales, así como el número exacto y posición relativa de la esfera personal interna, deberán ser conocidas si se quiere comprender la conducta. Un análisis estructural completo y exacto revela la totalidad de factores psicológicos posibles en la situación momentánea.

Conexiones entre las regiones

El espacio vital está ahora representado por una persona diferenciada, rodeada por un medio diferenciado. Esta diferenciación ha sido lograda trazando líneas que sirven como límites entre las regiones. Sin embargo, no se intenta que estos límites representen barreras impenetrables que dividan a la persona y al medio en regiones independientes y desconectadas. La permeabilidad, es una de las propiedades de los límites, y al ser esto así, el espacio vital consiste de una red de sistemas interconectados.

¿Qué queremos decir al asentar que las regiones están conectadas? Para poder responder a esta pregunta, supongamos que cada una de las subregiones del medio contiene un solo hecho psicológico, y que el mismo hecho no aparece en más de una región a la vez. (Lewin utiliza la palabra *hecho* para denotar no sólo un objeto observable, sino que también puede no ser directamente observable, aunque sí capaz de inferirse de algo observable.) En otras palabras, hay fenómenos empíricos o fenomenológicos, y hechos hipotéticos o dinámicos. Cualquier cosa sentida o inferida constituye un hecho en la terminología lewiniana. (Un evento, por otro lado, es el resultado de la interacción de varios hechos.) Se dice que dos regiones están conectadas cuando un hecho en una región está en comunicación con otro de diferente ámbito. Por ejemplo, se afirma que el sujeto está conectado con el medio porque un fenómeno del mismo puede alterar, modificar, desplazar, intensificar o disminuir los hechos dentro de la persona. En palabras más simples, el ambiente puede cambiar al sujeto y viceversa. Lewin también apunta que dos regiones están conectadas cuando los hechos de una son accesibles a los hechos de la otra. La accesibilidad constituye la contraparte espacial de la influencia.

Existen varias maneras de representar el grado de influencia o accesibilidad entre las regiones. Una forma es la de localizar las regiones acerca unas de otras cuando la influencia recíproca es grande (fig. 16.7), y localizarlas alejadas, cuando la influencia es débil (fig. 16.8). El número de regiones que existen entre *A* y *B* representa la extensión de su influen-

cia una sobre la otra. Este tipo de representación puede ser llamada *dimensión cercanía-lejanía*.

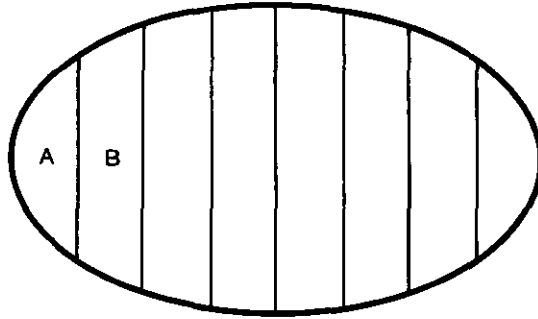


Figura 16.7

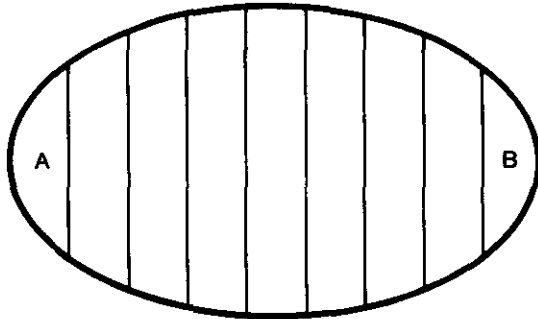


Figura 16.8

Dos regiones pueden estar muy cercanas una de la otra, hasta el grado de compartir un límite común, y aun así no influir o no ser accesibles una a la otra. El grado de conexión o interdependencia no es sólo un hecho del número de regiones que deben ser cruzadas; también depende de la fuerza de la resistencia ofrecida por el límite. Si la resistencia es muy fuerte, no importa qué tan cerca estén unas de otras las regiones. En tal caso, tendrán muy poca influencia una sobre la otra. Por otro lado, pueden estar muy alejadas y aun ejercer influencia considerable una sobre la otra si todos los límites intermedios son muy débiles.

La resistencia o permeabilidad de un límite se representa por el ancho de la línea divisoria. Una línea delgada representa un límite débil, y una línea gruesa representa un límite impermeable (fig. 16.9). Este tipo de representación se denomina *dimensión firmeza-debilidad*.

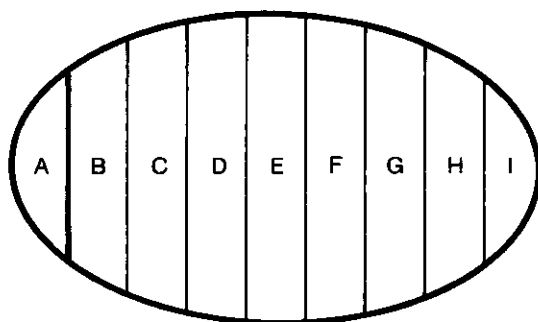


Figura 16.9

Un límite no es necesariamente permeable en igual grado por ambos lados. Esto es, un hecho de la región *A* puede influir en un hecho de la región *B*, pero uno de la región *B* puede no tener influencia sobre un hecho de la región *A*. No hay forma de representar esta diferencia de accesibilidad sino haciendo dos dibujos, uno en el que el límite sea delgado y otro en el que éste sea grueso. Esto es apropiado desde el punto de vista conceptual ya que la influencia de *A* sobre *B* es una situación psicológicamente diferente de la influencia de *A* sobre *B*.

Una tercera forma de representar las interconexiones regionales consiste en considerar a la naturaleza del medio, que es nada menos que la cualidad de su superficie. Lewin ha diferenciado varias propiedades del medio, siendo la más importante la dimensión fluidez-rigidez. Un medio fluido es aquel que responde rápidamente a cualquier influencia que le llegue, por ser flexible y blando. Un medio rígido resiste el cambio; es duro y poco elástico (fig. 16.10). Dos regiones que están separadas una de la otra por un ámbito cuya cualidad de la superficie sea extremadamente rígida, no serán capaces de comunicarse entre sí.

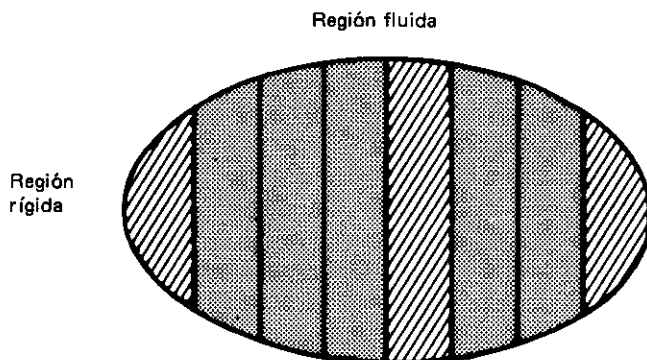


Figura 16.10

Si utilizamos los conceptos de lejanía-cercanía, fuerza-debilidad y fluidez-rigidez, se pueden representar la mayoría de las posibles interconexiones en el espacio vital.

Cuando el límite de una persona está representado por una línea gruesa, se puede pensar en un esquizofrénico deteriorado o en un sujeto que está dormido y sueña. Cuando la línea es delgada tenemos la imagen de alguien cuyo medio psicológico está de acuerdo con el mundo físico. El más ligero cambio en el campo exterior se refleja en forma inmediata como un cambio del medio psicológico (figs. 16.11 y 16.12).

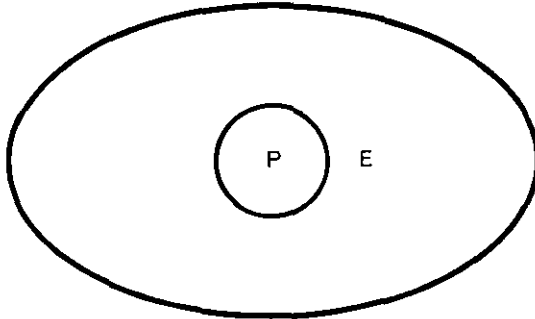


Figura 16.11

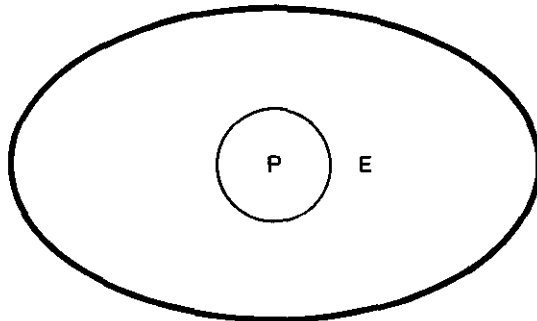


Figura 16.12

La figura 16.13 representa a una persona más complejamente estructurada. Las celdillas P_1 y P_2 están conectadas en forma cercana, mientras que p_2 y p_3 están separadas por una barrera impermeable. La región c tiene poca o ninguna accesibilidad a cualquiera de las otras zonas. Se diría que tal área se encuentra disociada del resto de la persona. La celdilla cuadrículada es difícil de influir debido a la cualidad turgente de

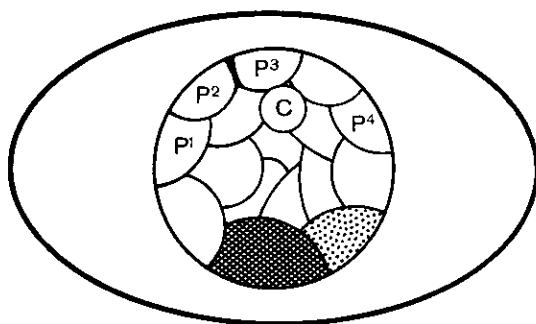


Figura 16.13

su superficie, mientras que el área punteada es fácil de influir. La región p_4 está remotamente conectada a p_1 , p_2 y p_3 . (La figura 16.14 representa un medio psicológico totalmente estructurado.)

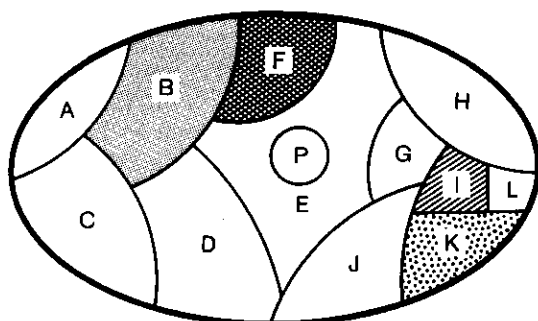


Figura 16.14

Debería recordarse que estos dibujos representan situaciones momentáneas. No hay nada fijo o estático acerca de ellos y cambian constantemente como resultado de factores dinámicos. No se puede caracterizar a la persona definida en una forma dada durante un largo periodo. Un límite firme se puede disolver; un límite débil se puede volver fuerte. Regiones que estaban alejadas pueden acercarse. Un medio rígido puede suavizarse o viceversa. Aun el número de regiones puede aumentar o disminuir de un momento a otro. Por lo tanto, las representaciones espaciales continuamente pasan de moda debido a que la realidad psicológica cambia constantemente. Lewin no se interesa mucho en rasgos fijos, hábitos rígidos u otras constantes de la personalidad.

El número de regiones

El número de regiones está determinado por la masa de hechos psicológicos separados, que existen en cualquier momento dado. Una región nueva se diferencia del espacio vital siempre que surja un nuevo fenómeno; una región desaparece, cuando se esfuma un hecho o cuando se fusiona a otro. Un hecho psicológico está coordinado con una región psicológica. El número de regiones en la persona también está determinado por la cantidad de hechos personales que existen.

Los fenómenos de la región personal interna se llaman *necesidades*, mientras que los hechos del medio psicológico se llaman *valencias*. Cada necesidad ocupa una región separada en la región personal interna y cada valencia ocupa una región separada en el medio psicológico.

La persona en el medio

Hemos dicho que no existe ninguna diferencia si el círculo se coloca dentro de la elipse, siempre y cuando sus límites no se toquen. Esto es cierto sólo para un medio indiferenciado y homogéneo donde todos los hechos están en una y la misma región; es decir, donde todos son idénticos. En cuanto el medio se vuelve diferenciado en regiones limitadas, entonces sí sería importante el plano donde se coloque el círculo. En cualquier región que se establezca, los hechos de esa región están más cerca y tienen más influencia sobre la persona, que aquellos de cualquier otro ámbito. Por tanto, la comprensión de una situación psicológica concreta requiere que sepamos en dónde está situada la persona en su medio psicológico.

Locomoción y comunicación

La forma en que las regiones que componen el espacio vital están conectadas representa el grado de influencia o accesibilidad entre ellas. Pero, ¿cómo es que ocurre esta influencia o accesibilidad?

Dos regiones están unidas de cerca, accesibles una a otra, y mutuamente influidas si se registran locomociones entre ellas fácilmente.

Locomoción en el medio psicológico no significa que la persona tenga que hacer un movimiento físico en el espacio; de hecho, la mayoría de las locomociones que son de interés para el psicólogo requieren muy poco desplazamiento. Hay locomociones sociales, vocacionales, intelectuales y de muchos otros tipos.

Vemos que una de las propiedades importantes del medio psicológico es que constituye una región en la que la locomoción resulta posible. "Uno puede tratar cualquier cosa como un ambiente en el que, hacia el que, o lejos del que la persona, como unidad, puede ejecutar locomocio-

nes" (Lewin, 1936a). Al ejecutar un desplazamiento, la persona atraviesa un camino a lo largo del ambiente. La dirección y las regiones a través de las cuales cruza están determinadas en parte por la fuerza de los límites y la fluidez de los ámbitos, y en parte por factores dinámicos que analizaremos más adelante.

La influencia de las regiones ambientales unas sobre otras está expresada por la facilidad con que una persona se puede mover de una región a otra. Al respecto de si la locomoción es también la forma o modo por medio del cual las regiones de la persona revelan su influencia recíproca, Lewin opina negativamente: "La persona en sí misma no puede... ser considerada como un medio dentro del cual un objeto lleva al cabo locomociones de una región a otra" (1936a, pág. 168). Se dice que las regiones de la persona se comunican unas con otras. La perceptual se comunica con las celdillas periféricas de la región personal interna, y éstas a su vez se comunican con las celdillas localizadas en posición más central. Las celdillas personales internas se pueden comunicar una con otra y con la esfera motora. Qué regiones se comunicarán una con otra y el camino a través del cual se trasmite la comunicación a lo largo de un número de regiones, está determinado en parte por aspectos estructurales tales como la amplitud de los límites y la naturaleza del medio, y en parte por factores dinámicos.

Se dice que la locomoción y comunicación son eventos, ya que resultan de una interacción de hechos. Debemos recordar que un hecho está representado por una región. De acuerdo a esto, un evento representa la interacción entre dos o más regiones. Lewin afirma que para derivar un evento, por ejemplo una locomoción o una comunicación, a partir del espacio vital deberán seguirse tres principios. El primero es el llamado *principio de relación*, que establece que un evento es siempre el resultado de una interacción entre dos o más hechos. Un hecho por sí solo no puede causar un evento; es necesario tener por lo menos dos hechos antes de que pueda realizarse una locomoción. El segundo principio, la *concreticidad*, dice que sólo aquellos hechos concretos pueden tener efectos. Un hecho concreto es el que realmente existe en el espacio vital. Hechos potenciales o posibles son los que pueden existir alguna vez en lo futuro, pero que no acontecen ahora, y estos no pueden ser la causa de eventos actuales. El tercer principio, la *contemporaneidad*, establece que sólo los hechos actuales pueden producir conducta actual. Aquellos fenómenos que existieron alguna vez pero que se difuminaron, no pueden influir sobre el presente. Los hechos de la infancia o niñez no tienen influjo sobre la conducta del adulto, a menos que hayan logrado permanecer latentes en alguna forma de existencia, a lo largo de los años (Lewin, 1936a, págs. 18-36).

Reestructuración del espacio vital

La locomoción y la comunicación no son los únicos eventos que pueden ocurrir como resultado de que un hecho (región) influye en otro hecho (región). Pueden seguir otras consecuencias; por ejemplo, el número de regiones puede aumentar o disminuir, lo cual depende de que se añadan o se quiten hechos del espacio vital. La posición relativa de las regiones puede verse alterada, dos regiones que estaban muy alejadas pueden acercarse y viceversa. Pueden ocurrir cambios en los límites; un límite permeable puede volverse firme y uno firme, débil. Por último, pueden haber alteraciones de las cualidades superficiales de las regiones. Una región fluida puede volverse rígida, y una rígida relajarse. Todos estos cambios estructurales representan la reestructuración del espacio vital (Lewin, 1951, pág. 251).

Niveles de realidad

Se requiere una tercera dimensión para poder dar una representación completa del espacio vital. Esta tercera dimensión está relacionada con los conceptos de grado de realidad e irrealdad. La realidad consiste en una locomoción real, mientras que la irrealdad consiste en una locomoción imaginaria. Hay varios grados o niveles entre la realidad y la imaginación pura. La planeación o el pensamiento es un nivel intermedio entre el nivel más realista de ejecución y el más irrealista de fantasía pura.

Las locomociones se llevan al cabo con mayor facilidad a medida que uno se acerca a la irrealdad; los límites se vuelven menos firmes y las cualidades superficiales de las reuniones se vuelven más fluidas. Lewin cree que el concepto de niveles de realidad se aplica no sólo a la estructura del medio sino también a la estructura de la persona.

Perspectiva o la dimensión del tiempo

Aunque ni el pasado ni el futuro pueden afectar conductas presentes, de acuerdo al principio de contemporaneidad, las actitudes, sentimientos y pensamientos de la persona acerca del pasado y el futuro pueden tener una influencia considerable sobre su conducta. La esperanza del futuro puede ser mucho más importante para una persona, que las dificultades del presente. Así como las expectativas de las cosas que ocurrirán pueden aligerar problemas actuales, en la misma forma las sombras del pasado pueden oscurecer el presente. Por tanto, el presente deberá representarse conteniendo tanto un pasado y un futuro psicológico (Lewin, 1951, págs. 53-56). Esta dimensión puede ser larga o corta, bien definida o borrosa; su estructura puede ser simple o compleja y sus límites pueden ser débiles o fuertes.

La dinámica de la personalidad

Una buena representación estructural de la persona y su medio contiene todos los hechos que uno necesita saber para explicar cualquier posible tipo de conducta. Sin embargo, una visión detallada del espacio vital no nos puede decir cómo se va a comportar una persona. Los conceptos estructurales o topológicos por sí solos no pueden explicar conductas concretas en una situación psicológica actual. Para este tipo de comprensión se necesitan conceptos dinámicos. Los principales conceptos dinámicos de Lewin son: energía, tensión, necesidad, valencia y fuerza o vector.

Energías

La que ejecuta el trabajo psicológico se llama energía psíquica.

La energía psíquica se libera cuando el sistema psíquico (la persona) intenta regresar a un estado de equilibrio después de haberse encontrado en uno de desequilibrio, que se produce por un aumento de la tensión en una parte del sistema, en relación al resto del mismo, ya sea como resultado de estimulación externa o cambio interno. Cuando la tensión del sistema se vuelve a igualar, se detiene la salida de energía y el sistema total descansa.

Tensión

Este es un estado en la persona, o más precisamente, un estado de una región personal interna en relación a otras regiones personales internas. Cuando Lewin se refiere a las propiedades dinámicas de una región o celdilla de la esfera personal interna, denomina a esta región *sistema*.

La tensión tiene dos importantes propiedades conceptuales. La primera propiedad, que un estado de tensión en un sistema particular tiende a igualarse a la cantidad de tensión que lo rodea.

El medio psicológico con el cual se iguala la tensión se denomina *proceso*. Pensar, recordar, sentir, percibir, actuar, etc., constituyen procesos.

Aunque la tensión siempre se mueve hacia una condición de equilibrio, esta propiedad conceptual se aplica sólo al sistema como totalidad, y no necesariamente a todas las partes del mismo. Una parte del sistema que puede volverse más y más tensa durante el tiempo en el que la totalidad de éste regresa a una condición balanceada. Sucede esto cuando una persona tiene que tomar una ruta más larga para resolver un problema. Durante la desviación, la tensión puede aumentar en una de las subregiones, aunque el proceso total eventualmente hará que la persona regrese a un estado de equilibrio.

Estado de equilibrio no quiere decir que el sistema esté libre de tensión. Probablemente ningún organismo puede lograr un estado completamente libre de tensión, y permanecer vivo. Equilibrio significa que la tensión a lo largo de todo el sistema está igualada o que un subsistema en el cual existe una cantidad desigual de tensión está firmemente aislada del resto de los sistemas personales internos (fig. 16.15). Tal sistema tenso puede permanecer segregado durante un largo periodo y constituir una reserva de energía más o menos permanente. Puede haber un número de tales sistemas tensos firmemente segregados de la personalidad que proporcionen un aporte continuo de energía para la operación de los procesos psicológicos.

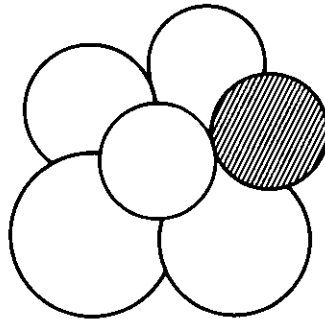


Figura 16.15

Una persona que ha establecido un equilibrio en un alto nivel de tensión es considerablemente diferente de otra que ha establecido un equilibrio en un bajo nivel de tensión. En el primer caso la presión del área motora será mayor y es probable que exista un continuo escape de energía al área mencionada. Una persona tal presentará gran cantidad de actividad difusa e inquieta.

Una segunda propiedad conceptual de la tensión es que ejerce presión sobre los límites del sistema. Si éste es particularmente firme, la difusión de la tensión de un sistema a otros adyacentes será impedida; pero si el límite es débil, la tensión fluirá con facilidad de un sistema a otros. Por lo general un sistema de tensión particular comparte su límite con más de otro sistema de tensión. En tales casos, la resistencia de una parte del límite puede ser más débil que en otras partes del mismo. Esto permitirá que la tensión pase en ciertas direcciones más fácilmente que en otras. En otras palabras, la comunicación dinámica entre los sistemas es una condición variable.

Desde el punto de vista dinámico, un límite es una región de resistencia. Como barrera corresponde a una fuerza restrictiva. Lewin piensa

que el límite en sí mismo no tiene la propiedad de ser un sistema de tensión. Es más probable que la fuerza ejercida en la región del límite de a contra la fuerza que está generada dentro del círculo sea determinada por estados de tensión de los sistemas circundantes (fig. 16.16).

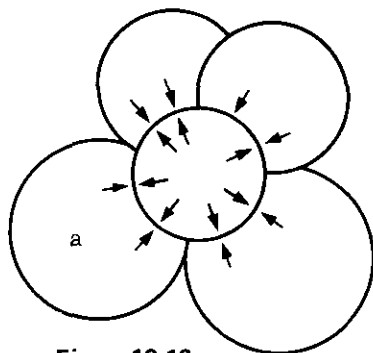


Figura 16.16

Necesidad

Un aumento de la tensión o la descarga de la energía en una región personal interna está causada por el surgimiento de una necesidad. Una necesidad puede ser una condición fisiológica tal como el hambre, la sed, o el sexo; puede ser un deseo por algo más complejo, como un trabajo o una esposa; una intención de hacer algo, tal como determinar una tarea o cumplir una cita. Una necesidad es, por tanto, un concepto motivacional y resulta equivalente a términos tales como motivo, deseo, impulsión y urgencia.

Lewin se abstiene de discutir en forma sistemática la naturaleza, fuente, número y tipos de necesidades, porque no está totalmente satisfecho con el concepto. Él cree que eventualmente el término necesidad será abolido de la psicología en favor de un concepto más adecuado; uno que sea más observable y mensurable. Tampoco cree que valga la pena proponer una lista de necesidades, ya que en primer lugar, sería infinitamente larga y, en segundo lugar, lo único que realmente importa es la descripción psicológica y su representación conteniendo todas las necesidades que existen en el presente, en una situación momentánea. Éstas son las únicas necesidades que producen efectos. En un nivel abstracto, podríamos decir que cualquiera es capaz de sentir hambre, pero sólo debe ser tomada en cuenta la pulsión hambre cuando trastorna realmente el equilibrio de la persona.

Resulta obvio que Lewin es extraordinariamente pluralista en su concepción de las necesidades. Hay tantas necesidades como deseos específicos y distinguibles.

Lewin no intenta reducir el número de necesidades específicas a una necesidad general, ya que, como él dice: “El problema de la emergencia de las necesidades yace en el cruce de la antropología cultural, la psicología del desarrollo y de la motivación. Su investigación ha sido detenida por intentos especulativos prematuros de sistematizar a las necesidades en unas pocas categorías” (1951, pág. 280).

Cada necesidad es un hecho concreto, y a menos que sea descrita con toda su particularidad y detalle, uno no será capaz de entender la verdadera realidad psicológica.

Al hablar de las necesidades, Lewin establece que se pueden distinguir tres estados, uno de hambre, otro de saciedad y el último, de sobresaciedad. “Dichos estados corresponden a una valencia positiva, neutral y negativa de las regiones de actividad que están relacionadas con una necesidad particular” (1951, pág. 282). La sobresaciedad significa que el objeto anteriormente deseado se ha vuelto desagradable debido a la continua experiencia con él.

Lewin también distingue entre necesidades y cuasinecesidades. Una necesidad se debe a un estado interno, como el hambre, mientras que una cuasinecesidad es equivalente a una intención específica, como satisfacer la propia hambre comiendo en un restaurante particular. Lewin cree que las necesidades de una persona están determinadas en alto grado por factores sociales (1951, pág. 289).

Tensión y acción motora

La relación que existe entre la tensión y la acción es la siguiente: la tensión que presiona el límite exterior de la persona no puede producir una locomoción; por tanto, en vez de eslabonar la necesidad o tensión directamente con la acción por medio de la esfera motriz, Lewin une la necesidad con ciertas propiedades del medio que determinan entonces el tipo de locomoción que ocurrirá. Ésta es una forma ingeniosa de conectar a la motivación con la conducta, para lo que se requieren dos conceptos adicionales: valencia y fuerza.

Valencia

Una valencia es una propiedad conceptual de una región del medio psicológico. Es el valor de esa región para una persona. Hay dos tipos de valores, positivo y negativo. Una región de valor positivo es la que contiene un objeto-meta que reducirá la tensión cuando la persona entre a la región. Una región de valor negativo es una que aumentará la tensión.

Una valencia está coordinada con una necesidad. Esto significa que el hecho de que una región particular del medio tenga un valor positivo o negativo depende directamente de un sistema en estado de tensión.

Las necesidades imparten valores al medio; lo organizan en una red de regiones atractivas y rechazantes. Sin embargo, esta red de valencias depende también de factores ajenos que no caen dentro del campo de las leyes psicológicas. La presencia o ausencia de objetos necesitados en sí mismos juega una parte importante en la estructuración del medio psicológico.

Una valencia es una cantidad variable; puede ser débil, mediana o fuerte. La fuerza de la valencia depende de la fuerza de la necesidad más todos los otros factores no psicológicos mencionados anteriormente.

Una valencia no es una fuerza. Dirige a la persona gracias al medio psicológico, pero no proporciona el poder motivante para la locomoción. Como hemos visto, tampoco produce una locomoción un sistema en estado de tensión. Se requiere otro concepto, el de fuerza o vector.

Fuerza o vector

Una locomoción ocurre cuando una fuerza de suficiente intensidad actúa sobre la persona. Una fuerza está coordinada con la necesidad, pero no es una tensión; existe en el ambiente psicológico; mientras que la tensión es una propiedad del sistema personal interno.

Las propiedades conceptuales de la fuerza son dirección, intensidad y punto de aplicación. Estas tres propiedades se representan matemáticamente por medio de un vector. La dirección en la que apunta el vector representa la dirección de la fuerza; la longitud del vector representa la intensidad de la fuerza, y el lugar donde la punta de la flecha hace contacto sobre el límite exterior de la persona representa el punto de aplicación. Un vector siempre se representa fuera de la persona (fig. 16.17) y nunca dentro, porque las fuerzas psicológicas son propiedad del medio y no del sujeto.

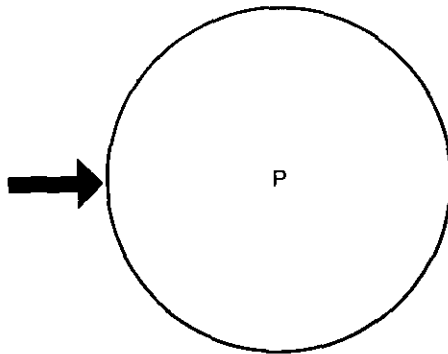


Figura 16.17

Si existe sólo un vector que actúa sobre la persona, habrá una locomoción o una tendencia a moverse en la dirección del vector. Si dos o más vectores empujan a la persona en diferentes direcciones, la locomoción final será la resultante de todas estas fuerzas.

Ahora podemos ver la relación entre valencia y vector. Una región que posee una valencia positiva es aquella en la que las fuerzas que actúan sobre la persona están dirigidas hacia esta región. Una región de valencia negativa es aquella en la que los vectores apuntan en la dirección opuesta. En otras palabras, la dirección de un vector está directamente determinada por la localización de una región con una valencia ya sea positiva o negativa. La intensidad de un vector está relacionada con la intensidad de la valencia, con la distancia psicológica entre la persona y la valencia, y con la relativa potencia de otras valencias.

Locomoción

Con todos estos conceptos podemos representar el camino específico que una persona realizará al moverse por su medio psicológico. Cualquier locomoción puede ser perfectamente explicada con los conceptos de necesidad, tensión, fuerza, valencia, barrera, propiedades del medio, dimensión de realidad-irrealidad, y la perspectiva del tiempo.

Reestructuración dinámica del ambiente psicológico

La dinámica del ambiente psicológico puede cambiar en cuatro formas diferentes: *a)* El valor de la región puede cambiar cuantitativamente; por ejemplo, de ser menos a más positiva; o puede cambiar cualitativamente, de positiva a negativa. Pueden aparecer nuevas valencias y otras pueden desaparecer. *b)* Los vectores pueden cambiar en fuerza o en dirección o en ambos aspectos. *c)* Los límites se pueden volver más débiles o fuertes, aparecer o desaparecer. *d)* Las propiedades materiales de una región, por ejemplo sus características de fluidez o rigidez, pueden verse alteradas.

La reestructuración del ambiente psicológico puede llevarse a efecto como resultado de cambios en los sistemas de tensión de la persona, o como resultado de una locomoción o como resultado de procesos cognoscitivos. La reestructuración cognoscitiva se lleva al cabo cuando la persona descubre una nueva forma de resolver un problema (*insight*), recuerda algo que había olvidado o percibe algo en su medio que no había notado antes. Dicha reestructuración dinámica también puede resultar de la intrusión de factores ajenos del campo exterior en el medio psicológico.

Retorno al equilibrio

La meta última de todos los procesos psicológicos es regresar a la persona a un estado de equilibrio. Esta meta puede alcanzarse de diferente manera, lo cual depende del proceso particular que esté involucrado.

El *desequilibrio* se define como un estado de tensión desigual por medio de los varios sistemas de la persona. Supongamos que un sistema personal interno se encuentre en condiciones de alta tensión y que todos los demás tienen un nivel bajo de la misma. Una forma en la que se puede alcanzar el equilibrio es que la tensión del sistema *a* se difunda mediante los otros sistemas hasta que la tensión en toda la esfera personal interna sea igualada. Suponiendo que no se pierda energía de la esfera personal interna, la consecuencia de esta difusión es la de alzar el nivel de tensión del sistema total y aumentar la presión sobre el límite entre el estrato personal interno y el estrato perceptual motor. Suponiendo que este proceso se repita una y otra vez, el resultado será una acumulación de la tensión en la esfera personal interna. Se dice que esa persona está bajo gran tensión interna. Cuando el límite de la región personal interna ya no es capaz de resistir la presión ejercida, habrá un repentino escape de energía al área motora, que producirá conducta agitada.

Si el límite entre el sistema interno y el área perceptual motora es bastante permeable, la tensión puede ser disipada en actividad constante. Ésta es una manera bastante primitiva de reducir la tensión que se presenta principalmente durante la infancia.

El método más prevalente de regresar a un estado de equilibrio es ejecutar una locomoción apropiada en el medio psicológico; ésta resultará ser la que lleva a la persona a la región donde se encuentra el objeto-meta satisfactor. Puede ser necesario, por supuesto, reestructurar el medio para poder alcanzar la meta deseada, y esta reestructuración quizá involucre algunos de los procesos cognoscitivos complicados que exijan mucho tiempo.

Se puede reducir la tensión y regresar al equilibrio por medio de una locomoción sustituta. Este proceso requiere que dos necesidades sean interdependientes para que la satisfacción de una descargue la tensión del otro sistema de necesidad.

Por último, una tensión puede ser reducida por medio de locomociones imaginarias.

EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD

Aunque Lewin no rechaza la idea de que la herencia y la maduración juegan un papel en el desarrollo, en ninguna parte de sus escritos discute su posible influencia en detalle, ni les asigna ningún lugar en sus represen-

taciones conceptuales. Esto es congruente, puesto que Lewin prefiere una teoría puramente psicológica. Como la herencia y la maduración caen dentro del reino de los hechos biológicos y en consecuencia existen fuera del espacio vital junto con los fenómenos físicos y sociales, son ignorados por Lewin. En algunas ocasiones da a entender que los cambios orgánicos pueden influir o acaso influyen sobre el desarrollo psicológico.

El aprendizaje es explicado por Lewin en términos de cambios que se llevan a cabo en la conducta y se refiere a ellos como reestructuración cognoscitiva, diferenciación, integración y motivación (1951).

Lewin descubrió, además, que los ítemes o reactivos que han de asociarse tienen que pertenecer al mismo sistema de tensión para que pueda operar conexión entre ellos.

Lewin se interesa en la recompensa y el castigo no como formadores o rompedores de hábitos, sino como instrumentos que controlan la conducta en la situación momentánea concreta. La recompensa y el castigo producen cambios en los vectores, valencias y límites del medio psicológico y en los sistemas tensionales de la persona. Lewin reconoce que la recompensa y el castigo pueden llevar a una transformación en la valencia de la cosa misma, aunque esto se logra cuando la recompensa o el castigo se encuentran articulados dentro de una situación de tensión mayor.

Cambios conductuales

Los cambios conductuales que ocurren durante el desarrollo pueden ser representados por medio de construcciones del campo. Estos cambios son:

Variación: a medida que uno se hace más provecho, la variedad de sus actividades, emociones, necesidades, información y relaciones sociales aumentan, por lo menos hasta cierta edad. Posteriormente, la versatilidad de la conducta puede presentar una restricción.

Organización: no sólo las actividades se vuelven más versátiles con la edad; también presentan cambios importantes en su organización. Una unidad de conducta dada presenta un aumento en su complejidad. La conducta también se vuelve más jerarquizada en su estructura y más complicada.

Extensión de las áreas de actividad: el niño más grande tiene más libertad de movimiento que el bebé. Puede hacer más cosas. El tiempo se vuelve más extendido con la edad, el pequeño es una criatura del presente; a medida que crece, comienza a pensar en el pasado, hace planes para el futuro y percibe al presente como un bloque mayor de tiempo.

Interdependencia de la conducta: es fácil observar que la conducta del infante involucra reacciones difusas del cuerpo total. Lewin clasifica esta conducta como un ejemplo de *interdependencia simple* o un *estado indiferenciado*. Al haber más madurez, se diferencian de la actividad en

masa las formas de acción especializadas e independientes. La simple unidad de la conducta infantil produce una pluralidad de acciones. Se lleva al cabo alguna integración cuando las acciones independientes se organizan jerárquicamente, pero la integración real se logra sólo por medio de lo que Lewin llama *interdependencia organizativa*, que consiste en la combinación e integración de actividades o necesidades separadas en una totalidad mayor. Lewin señala que la actividad masiva disminuye con la edad, la organización jerárquica aumenta, y el grado de unidad basado en la interdependencia organizativa fluctúa.

Grado de realismo: por lo general una persona se vuelve más orientada hacia la realidad a medida que crece. Un niño pequeño no distingue fácilmente entre lo que es real y lo que es imaginario. No es sino hasta que aprende a establecer diferencias entre éstas cuando puede desarrollar un sentido de realidad.

Conceptos de desarrollo

Al señalar algunos de los cambios importantes que suceden durante el desarrollo, principalmente en variedad, complejidad, extensividad, organización, integración y realismo, Lewin procede a conceptualizarlos.

Diferenciación: éste es uno de los conceptos clave en la teoría del desarrollo de la personalidad de Lewin y se aplica a todos los aspectos del espacio vital. Se define como el aumento en el número de las partes de un todo. El medio psicológico se vuelve más diferenciado con la edad. La dimensión tiempo se diferencia en: pasado remoto, pasado cercano, presente, un futuro cercano y un futuro lejano. La madurez en el individuo también trae consigo una creciente diferenciación de la dimensión realidad-irrealidad.

Propiedades de los límites: una mayor diferenciación de la persona y del medio psicológico significa obviamente un aumento en el número de límites o membranas. Pero no todos los límites son iguales, varían en su fuerza. En general, se puede decir que los límites del niño son menos firmes que los de un adulto. Durante las primeras semanas de vida, virtualmente no existen límites entre el infante y su medio psicológico. La debilidad de las barreras o membranas en la esfera interpersonal del niño significa que una necesidad puede sustituir con mayor facilidad a otra, distinto caso que el de los adultos. También es característico del niño una debilidad de límites, semejante en lo que se refiere a la dimensión realidad-irrealidad; consecuentemente en la perspectiva del tiempo ocurre lo mismo.

Integración: la diferenciación y el cambio en las propiedades de los límites pueden explicar varios de los hechos del desarrollo; pero no la creciente organización e integración de la conducta debidas a la edad, pues para esto se requiere otro concepto llamado *interdependencia or-*

organizativa. A medida que el bebé madura, la influencia que un sistema tensional tiene sobre sus vecinos, pierde las características de ser mutua y recíproca. En lugar de esta interdependencia simple, el tipo de relación que se establece es la del director y el dirigido. El sistema de tensión *a* dirige al sistema tensional *b* en forma de ayudar a *a* para que descargue su tensión, sin que necesariamente esta situación lleve a una igualdad final entre los dos.

En la interdependencia organizativa la tensión no se difunde de una región a la otra en base a la sola proximidad. Se desarrolla la selectividad en forma tal que aquellos sistemas que se encuentran alejados unos de otros pueden dominarse o dirigirse sólo uno a otro. Se puede establecer una jerarquía total de relaciones de dominio-subordinación; la región *a* puede regular a la región *b*, *b* puede regular a *c*, y así sucesivamente. Esto explicaría, entre otras cosas, la habilidad que tiene una persona mayor para organizar y ejecutar un complicado plan de acción; una capacidad que parece ser deficiente en los niños.

Etapas del desarrollo

El desarrollo es para Lewin un proceso continuo en el que resulta difícil reconocer etapas discretas. Afirma que ocurren importantes cambios en el desarrollo, alrededor de los tres años de edad; y que esto es seguido por un periodo de estabilidad relativa hasta la adolescencia, periodo de reorganización dinámica que culmina en la estabilidad del adulto (1951). Señala que las primeras regiones que se diferencian en el bebé son aquellas que tienen que ver con la alimentación y la eliminación.

Regresión

Lewin distingue entre *retrogresión* y *regresión*. La retrogresión se refiere al retorno a una forma de conducta anterior en la historia de la vida de la persona, mientras que la regresión se refiere a cualquier viraje hacia una forma de conducta más primitiva, sin tomar en cuenta si la persona se ha comportado en esa forma con anterioridad.

Bibliografía

- HALL, C. S. y LINDZEY, L. G., *Theories of Personality*, Wiley, Londres, 1965.
 LEWIN, K., *A Dynamic Theory of Personality*, McGraw-Hill, Nueva York, 1935.
 LEWIN, K., *Principles of Topological Psychology*, McGraw-Hill, Nueva York, 1936a.
 LEWIN, K., *Field Theory in Social Science; Selected Theoretical Papers*, D. Cartwright (dir.), Harper y Row, Nueva York, 1936b.

17

MILLER Y DOLLARD

Analizaremos ahora una teoría de la personalidad, la cual además de ser sofisticada y sintética tiene una estrecha relación con los lineamientos de las ciencias naturales. La teoría E-R puede ser, al menos en sus orígenes, llamada una teoría de laboratorio, en contraste con otras en las que ha sido mucho más importante el rol otorgado a la observación clínica o naturalista. De acuerdo con sus orígenes son lo explícito de su exposición, la economía de sus formulaciones y los esfuerzos realizados por esta teoría para proveer un marco empírico confiable a sus conceptos principales.

Actualmente no hay una teoría E-R simple, sino más bien una red de teorías superpuestas en mayor o menor grado, pero al mismo tiempo cada una de ellas posee algunas cualidades distintivas. Esos sistemas se inician como intentos de explicación de la adquisición y retención de nuevas formas de conducta que aparecen con la experiencia. Y es por esto que resulta sorprendente que se haga un gran hincapié en los procesos de aprendizaje. Aun cuando los factores innatos no son ignorados, las teorías E-R están interesadas fundamentalmente en los procesos del individuo que median entre su rango de respuestas y el increíble grado de estimulación (tanto interna como externa) a la cual están expuestos.

NEAL E. MILLER Y JOHN DOLLARD

Su teoría representa el esfuerzo de dos investigadores sofisticados, tanto en el laboratorio como en la clínica, para modificar y simplificar la teoría del reforzamiento de Hull, a fin de que pudiera ser usada fácil y efectivamente al tratar con los eventos de principal interés para los psicólogos clínicos y sociales. Los detalles de la teoría han sido extraídos de las formulaciones de Hull y también de la corriente psicoanalítica, así como de descubrimientos y generalizaciones de la antropología social.

El concepto de *hábito*, que representa una conexión estable E-R, es muy importante para esta posición. En muchos ejemplos, los autores han intentado derivar de los escritos psicoanalíticos y observaciones clínicas, endebles puentes concernientes a la conducta, e incorporarlos dentro de su conceptualización E-R. Así, una buena parte de la aplicación de la teoría consiste en la traducción de observaciones generales o vagas formulaciones teóricas a los escépticos conceptos de su postura teórica. Como hemos dicho la clave de ésta es una descripción de los procesos del aprendizaje. Miller y Dollard expresan claramente su punto de vista general, en el siguiente párrafo.

“¿Qué es entonces una teoría del aprendizaje? En su forma más simple, es el estudio de las circunstancias bajo las cuales se asocian un estímulo, *cue*, y una respuesta. Después de que se ha completado el aprendizaje, la respuesta y el *cue* se eslabonan en tal forma que la aparición de éste provoca la respuesta... El aprendizaje tiene lugar de acuerdo a principios definitivamente psicológicos. La práctica no siempre hace la perfección. La conexión entre *cue* y respuesta puede ser mantenida únicamente bajo ciertas condiciones. El aprendiz debe ser impulsado a realizar la respuesta y recompensado por haber respondido en presencia del *cue*. Más exactamente, los factores que intervienen en el aprendizaje son: *drive* o pulsión, *cue* o estímulo, respuesta y recompensa” (1941, págs. 1-2).

La estructura de la personalidad

Dollard y Miller han demostrado profundo interés en el aprendizaje y los procesos del desarrollo, y como consecuencia no se han interesado mucho en los elementos estructurales o relativamente modificables de la personalidad. Si tenemos en cuenta esto, ¿qué conceptos utilizan para las características estables y duraderas de la persona? El *hábito* es uno de los aspectos claves en la teoría E-R, y en consecuencia es un concepto básico para ellos.

Hábito. Un hábito es un eslabón o asociación entre un estímulo (*cue*) y una respuesta. Los cimientos de esta teoría se basan en la especificación de las condiciones bajo las cuales se forman, rompen o reemplazan estos eslabones. Sin embargo, es muy poca la atención prestada a la especificación de las clases de hábitos o enumeración de las principales clases de ellos al ser observadas. Aun cuando la personalidad consiste principalmente en hábitos, su estructura dependerá de los eventos únicos a los cuales el individuo ha estado expuesto. Más aún, el hábito es únicamente una estructura temporal ya que los de hoy pueden ser alterados como resultado de la experiencia del mañana. Dollard y Miller se contentan con especificar los principios que gobiernan la formación

de los hábitos y dejan al clínico, o al investigador, la tarea de detallar los hábitos que son característicos de una persona en particular.

Debe quedar establecido que los hábitos no son la única porción duradera de la personalidad, pues también hay pulsiones primarias y secundarias o derivadas, así como una jerarquía de respuestas. Todos estos conceptos pueden ser considerados como una parte de la estructura de la personalidad y serán discutidos en los siguientes apartados.

La dinámica de la personalidad

Dollard y Miller son explícitos al definir la naturaleza de la motivación, y especifican detalladamente el desarrollo y elaboración de los motivos, pero no se interesan en la taxonomía o clasificación, sino más bien se centran sobre algunos motivos notorios, y en los análisis que hacen de ellos intentan ilustrar el proceso general que puede esperarse opere en todos.

Pulsión (drive) es un estímulo fuerte que instiga al individuo a la acción. Energetiza la conducta, pero no la dirige por sí mismo. Cualquier estímulo puede convertirse en pulsión si alcanza suficiente intensidad. En tanto esta afirmación resulta conceptualmente adecuada, es también verdad que hay un pequeño rango de estímulos, principalmente internos, que por lo general alcanzan suficiente intensidad para servir a la función instigadora. Son denominados pulsiones primarias o innatas; están por lo general encadenados a procesos fisiológicos y su reducción es con frecuencia necesaria para la supervivencia del organismo. Ejemplos de las pulsiones primarias son: el dolor, el hambre, la sed y el sexo. La importancia de éstas en la conducta de cualquier individuo depende de su intensidad y esto, a su vez, está relacionado con la oportunidad de obtener gratificaciones de reducción de la pulsión. El aprendizaje consiste, de manera fundamental, en el desarrollo de medios eficientes para lograr una baja de pulsiones.

Pulsiones secundarias. Su efecto sobre los sujetos humanos se ve complicado por el gran número, adquiridas o derivadas, que eventualmente hacen su aparición. En el proceso de crecimiento, un individuo, por lo general, desarrolla un gran número de pulsiones secundarias que sirven para instigar y dirigir su conducta. Las aprendidas son adquiridas sobre la base de las primarias; representan elaboraciones de éstas y sirven como un cimiento para el funcionamiento del individuo, a su vez coadyuvado por las pulsiones innatas (1950, págs. 31-32).

En una sociedad moderna, el incremento de pulsiones secundarias reemplaza en gran parte a la función original de la estimulación de aquellas de tipo primario. El individuo no responde en forma directa a la pulsión primaria (contracciones estomacales o cambios químicos en la sangre); responde más bien en una forma apropiada, al dar respuestas adaptativas

(el comer). Como se puede observar, la importancia de las pulsiones primarias no es muy clara en muchos casos si partimos de la observación casual de un adulto socializado. Y es únicamente en los procesos de desarrollo o en los periodos de crisis (fracaso en los moldes culturales prescritos de adaptación) en donde uno puede observar con claridad la operación de las pulsiones primarias.

A fin de entender la derivación de las pulsiones secundarias a partir de las primarias, debemos entender el proceso de aprendizaje, y esto nos conducirá inequívocamente al desarrollo de la personalidad.

El desarrollo de la personalidad

La transformación de un simple infante en un adulto complejo es algo de poco interés para algunos teóricos; pero este proceso es elaborado exhaustivamente por Dollard y Miller.

Equipo innato. Al nacer y durante los primeros días de la vida, el individuo está dotado de un limitado conjunto de equipo conductual. Primero, posee un pequeño número de reflejos específicos, los cuales son, en su mayor parte, respuestas segmentales hechas a un estímulo o clase de estímulos altamente específicos. Segundo, posee un número de jerarquías de respuesta innatas, las cuales son tendencias para que aparezcan ciertas respuestas antes que otras, en situaciones estimulantes particulares. Esta suposición implica que la llamada conducta azarosa no es tan azarosa sino que está determinada por una preferencia de respuestas, que se desarrollan tempranamente en el organismo, principalmente como resultado de factores innatos, pero influidos por el desarrollo, por una compleja mezcla de experiencias y por las mencionadas jerarquías innatas. Tercero, el individuo posee un conjunto de pulsiones primarias, las cuales como ya hemos visto, son el caso típico de estimulación interna de gran fuerza y persistencia, por lo general relacionadas con procesos fisiológicos conocidos, que llevan al individuo a actuar, pero en general, no guían o dirigen esta acción; así que, antes del aprendizaje, sólo hay reflejos específicos y jerarquías de respuesta que ejercen alguna direccionalidad en relación con el comportamiento.

Inicialmente tenemos a un individuo que es capaz de dar unas cuantas respuestas segmentarias o diferenciadas a estímulos específicos; también posee un grupo de pulsiones primarias que, bajo ciertas condiciones orgánicas, lo "empujan" a actuar o conducirse, pero que no dirigen propiamente esta actividad. La única guía inicial de las respuestas proviene de una jerarquía innata de tendencias a responder, la cual impone un control grueso o general sobre el orden en el que las respuestas particulares aparecerán en situaciones específicas. Dado tal estado inicial, nuestra teoría del desarrollo debe considerar: a) la extensión de respuestas actuales a nuevos estímulos o situaciones-estímulo; b) el desarrollo de nuevas

respuestas; c) el desarrollo de motivos nuevos o derivados, y d) la extinción o eliminación de las asociaciones existentes entre estímulos y respuestas. Los conceptos del aprendizaje son los adecuados para darnos las bases y para que podamos entender el desarrollo, desde el punto de vista de Dollard y Miller.

El proceso del aprendizaje. Dollard y Miller sugieren que hay cuatro elementos conceptuales importantes en dicho proceso. Estos son: *pulsión*, *señal* o *estímulo*, *respuesta* y *reforzamiento* (recompensa). Ya hemos considerado en forma provisional el primero; veamos ahora los conceptos restantes.

Una *señal* (*cue*) es un estímulo que guía la respuesta del organismo. El estímulo adecuado, dispone o predispone al individuo a actuar; la señal, dirige o determina la naturaleza exacta de la respuesta. "Las *señales* determinan cuándo responderá, dónde responderá y qué respuesta ejecutará" (Dollard y Miller, 1950, pág. 32); pueden variar en clase o intensidad, por lo que hay las visuales y auditivas, como también hay débiles destellos de luz y cegadores destellos de luz. Es decir, hay señales auditivas asociadas con el tañir de una campana y asociadas con las cuerdas vocales humanas; pero también hay sonidos tenues, claramente detectables de una campana o timbre y hay estímulos auditivos "detonantes" provenientes de timbres o campanas. La función de los estímulos como señal, puede ser asociada con la intensidad o con la clase; sin embargo, en la mayoría de los casos es la variación de clase la que produce esta función. Cualquier cualidad que haga a un estímulo distintivo puede servir como base para la señal, y por lo general la diferencia se basa más fácilmente en la variación de clase que de intensidad.

Los estímulos pueden operar como señales no sólo aisladamente, sino también en combinación. Esto es, la distintividad puede depender no sólo de la diferencia entre estímulos individuales, sino del patrón o combinación de varios estímulos diferentes; por ejemplo, las mismas letras individuales pueden ser usadas en combinaciones diferentes para pronunciar dos o más palabras, las cuales tendrán efectos completamente diferentes en el oyente o en el lector. Ya hemos sugerido que cualquier estímulo puede convertirse en una pulsión con sólo tener la fuerza necesaria; en esta forma el mismo estímulo puede tener valor tanto como pulsión y como *señal* y entonces activar y dirigir la conducta.

Una parte de gran importancia en el proceso del aprendizaje debe serle atribuido a los factores de respuesta. Como Dollard y Miller puntualizan, antes de que una respuesta dada pueda aunarse a una señal dada, debe ocurrir la primera de este binomio. Así, una etapa crucial en el aprendizaje del organismo es la producción de la respuesta apropiada. En una situación dada, ciertas respuestas aparecerán más fácilmente que otras; este orden de preferencia o de probabilidad de respuesta, cuando la situación se presenta por primera vez, está relacionado con la jerarquía

inicial de respuestas. Si este orden parece haber ocurrido en ausencia de cualquier aprendizaje puede estar conectado con la jerarquía innata de respuestas, la cual como ya dijimos, es parte del equipo primitivo del individuo. Después de que la experiencia y el aprendizaje han influido en la conducta del hombre en esta situación, el orden de respuestas que se derive se llamará jerarquía resultante. Estos conceptos simplemente nos recuerdan que cuando un medio social dispone las respuestas potenciales que un individuo ejecuta o puede ejecutar, éstas tienen una diferente probabilidad de ocurrencia y tendrán un rango en términos de esta probabilidad.

En el desarrollo, la jerarquía se asocia íntimamente con el lenguaje, porque las respuestas particulares se unen con las palabras y en consecuencia el habla puede mediar o determinar la jerarquía particular que operará. La misma situación percibida como “peligrosa” o “extravagante”, evocará muchas jerarquías de respuesta diferentes. La jerarquía particular expuesta también está muy influida por la cultura en la cual el individuo se ha socializado, puesto que las prescripciones de todas las culturas incluyen nociones de lo que se prefiere en situaciones de importancia social.

Una vez que ha ocurrido una respuesta, su destino está determinado por los subsecuentes reforzamientos o no reforzamientos. Los eventos que fortalecen la conexión entre una respuesta dada y una señal particular, se llaman *reforzamientos* o *recompensas*. En general se ha supuesto que el reforzamiento se da únicamente donde hay una reducción apreciable de los estímulos-pulsión que operen en el momento de la respuesta, sin embargo, esto no siempre es demostrable en forma directa. La definición clásica de lo que constituye un reforzamiento es para algunos circular, pues la existencia de éste se infiere del hecho de que el aprendizaje se ha establecido o de que una asociación E-R ha sido fortalecida. Sin embargo, Dollard y Miller concuerdan con Meehl (1950) al argüir que esta definición no es completamente circular, pues para un evento dado que se demuestra que ha sido reforzado (fortalecer conexión E-R), se supone por lo general que este mismo evento reforzará o promoverá el aprendizaje en otras situaciones. Esta transituacionalidad de la recompensa o el reforzador significa que una vez que se ha hecho la demostración original del efecto, es posible para el investigador definir con claridad la recompensa independientemente de la situación E-R que desee estudiar.

El punto de vista adoptado por Dollard y Miller nos hace suponer que la recompensa no puede actuar más que cuando los estímulos-pulsión operan, y además, siempre que haya una reducción o disminución de los estímulos-pulsión en el proceso de reforzamiento. Según esto, y a menos que un factor externo se introduzca al aumentar la fuerza de los estímulos-pulsión, las recompensas sucesivas eventualmente reducirán

la fuerza de éstos hasta un punto tal que no puedan ser reducidos más y, así, la recompensa se haga imposible.

Una respuesta dada puede ser reforzada por medio de la reducción de pulsiones primarias como el hambre, la sed, el dolor; o puede ser reforzada por medio de la reducción de pulsiones adquiridas o secundarias, por ejemplo ansiedad, vergüenza, conformidad, etc. Es obvio que la mayoría de los reforzamientos en la vida cotidiana de los individuos está mediada por la reducción de estímulos-pulsión secundarios o aprendidos. El reforzamiento secundario es, por supuesto, derivado y depende del reforzamiento primario. Ya hemos puntualizado que las pulsiones primarias darán origen a las secundarias; esto sirve para indicar que los efectos de la reducción de una pulsión secundaria no continuará sosteniendo el aprendizaje en ausencia de la reducción de alguna pulsión primaria.

Dollard y Miller están personalmente convencidos de que el aprendizaje se establece sólo bajo condiciones de reducción de la pulsión; pero sugieren que si uno lo desea, se puede admitir su teoría aun sin esa suposición. Si el investigador va a admitir que la reducción de la pulsión sirve como un reforzamiento, no necesitará suponer que todos los reforzamientos consisten en la reducción de la pulsión. Ni es necesario suponer que los efectos de la recompensa o reforzamiento están mediados conscientemente. El individuo puede o no apreciar el papel de la recompensa como determinante de su aprendizaje.

Las situaciones en las cuales las respuestas del sujeto son ejecutadas con prontitud no son reductoras de la pulsión o sea, no son reforzantes; juegan un papel crucial en el desarrollo de nuevas respuestas y en el de un rango más amplio de conductas adaptativas. Estos *dilemas de aprendizaje* como Dollard y Miller los llamaron, necesitan nuevas respuestas o invocar aquellas que sean más distantes en su jerarquía; a esto se le conoce como *el cruce del aprendizaje de nuevas respuestas*. Si las respuestas viejas de un individuo son perfectamente adecuadas para reducir todas sus tensiones por pulsión, no habrá razón para que produzcan nuevas respuestas y su conducta permanecerá sin modificarse.

Acabamos de ver que los hábitos o respuestas-señal asociadas se forman como resultado de una reducción de la pulsión, o sea por reforzamiento. Esto va de acuerdo con la formulación de que los hábitos dejan de operar o se debilitan como resultado de la ausencia de reforzamiento. A este debilitamiento del hábito o disminución de la tendencia a responder por falta de reforzamiento, se le llama *extinción*. De acuerdo a este principio, mientras más se dé una respuesta en presencia de una señal y de una pulsión particular sin reducción, será menos probable que la señal provoque esta respuesta en lo futuro. Por supuesto que si el hábito es muy fuerte pueden requerirse muchas repeticiones, en ausencia de reforzamiento a fin de extinguir la respuesta. Éste es un principio altamente

funcional o adaptativo en el cual se implica que las respuestas que no conducen al deseado estado de recompensa, serán progresivamente menores, como si ocurrieran sin recompensa en forma repetida. Como hemos hecho notar, la extinción es un proceso gradual y el monto de tiempo que toma la de un hábito dependerá de su vigor inicial y también de la fuerza de la pulsión durante tal proceso decreciente.

Si una respuesta extinguida no ha sido evocada durante cierto periodo y se presenta de nuevo la señal, el sujeto producirá esta respuesta, misma que había sido previamente extinguida. Dicha tendencia del restablecimiento del hábito por sí mismo, después de la extinción sin reforzamiento adicional, se llama *recuperación espontánea*. De otra manera, si el proceso de extinción de un hábito o una respuesta se realiza durante un periodo suficientemente largo, el organismo llega a un estado en el cual la recuperación espontánea desaparece.

Uno puede defender la proposición de que ningún individuo confronta exactamente la misma situación estimulante en dos o más ocasiones, siempre hay cambios pequeños, pero apreciables, entre dos presentaciones de estímulo separadas en el tiempo. Las señales presentadas en la segunda ocasión son siempre ligeramente diferentes de aquellas que aparecieron en la primera. El concepto de generalización es aplicado a la importante función, por parte del individuo, de generar la misma respuesta, aun cuando haya habido variaciones en la situación-señal. En otras palabras, este concepto implica que los hábitos aprendidos en una situación tenderán a ser transferidos o generalizados a otras situaciones, en la medida en la que el nuevo caso sea similar a la situación original. Mientras más similares sean las señales nuevas respecto de las originales, más fuerte resultará la tendencia a generalizar la situación nueva. Esta tendencia variable a transferir la respuesta aprendida a situaciones nuevas y diferentes se llama *gradiente de generalización*, e implica que las situaciones estímulo pueden ser graduadas y ordenadas en términos de su similitud, y tal semejanza determinará una respuesta aprendida en una situación y que será evocada por una nueva circunstancia estimulante. En general, mientras más fuerte sea la pulsión que evoque la respuesta, mayor será la tendencia a generalizar ante nuevas señales.

El individuo no solamente debe aprender a responder de acuerdo a circunstancias que son diferentes en algo, sino también debe aprender a responder diferencialmente a situaciones similares. El medio establece en el individuo demandas para la *generalización y discriminación*.

Mediante el reforzamiento sucesivo de una respuesta dada a un conjunto de señales, y el no reforzamiento de la misma respuesta a conjuntos de señales muy parecidas, es posible encontrarnos con una discriminación entre las señales, de modo que se inhibe la tendencia a generalizar. La discriminación implica un incremento en la especificidad de las señales adecuadas que evocan una respuesta, mientras que la generalización dis-

minuye ésta. Obviamente, mientras más distintivas sean dos señales, será más fácil aprender a discriminar.

Las respuestas que ocurren inmediatamente antes de un reforzamiento se aprenden con más prontitud esto es, se asocian más fuertemente con la señal, que aquellas respuestas que ocurren en un tiempo más remoto al reforzamiento. Ésta es una expansión del efecto o un *gradiente de reforzamiento* que favorece a aquellas respuestas que son temporalmente contiguas con o inmediatamente previas a la recompensa. De este modo, si hay una serie de respuestas evocadas por una señal dada, y esta serie de respuestas conducen al reforzamiento, la última de estas respuestas será asociada con más vigor a esta señal, que aquellas que ocurrieron más tempranamente en la cadena. Dado este concepto, es claro el porqué una ruta más corta a la meta resulta preferible a una más larga, ya que las respuestas en la más breve están más cerca del reforzamiento y así tienen una tendencia más fuerte a ser evocadas en esta situación-señal particular.

Como resultado de la generalización y del gradiente de reforzamiento, el individuo que ha aprendido una secuencia de respuestas conducentes a una meta, producirá con más frecuencia respuestas anticipatorias, esto es, aquellas que suceden antes de su tiempo original en la secuencia, a diferencia de como lo hicieron en el aprendizaje original. Estas respuestas anticipatorias tienen la función de eliminar los pasos rituales o innecesarios durante el camino a la meta.

Por supuesto que en muchas ocasiones la respuesta omitida puede convertirse en esencial para la producción del reforzamiento y, en tal caso, el individuo debe aprender a no anticiparla. Los procesos que implican respuestas anticipatorias dentro de secuencias aprendidas de conducta son por lo general involuntarios.

La pulsión secundaria y el proceso de aprendizaje. Como ya hemos visto, el infante nace con un rango limitado de pulsiones primarias, las cuales con el crecimiento y la experiencia se elaboran hasta convertirse en un complejo y variado conjunto secundario o derivado. Regresemos a considerar el desarrollo de esas pulsiones adquiridas, a la luz de los conceptos del aprendizaje que han sido analizados anteriormente. Si vemos cómo se aprende el miedo, se aclarará este proceso.

El miedo es, al menos en parte, una pulsión aprendida, porque las respuestas de miedo pueden ser inferidas por estímulos que no son productores de miedo para el individuo *náïve*. El miedo puede ser considerado una pulsión porque impele al organismo a actuar y la reducción de ese estado sirve como una recompensa o reforzamiento.

Dollard y Miller suponen que el miedo y otras pulsiones secundarias, son tanto respuestas como productores de estímulos. Esto es, un organismo bajo ciertas circunstancias produce una respuesta compleja llamada miedo, y ésta sirve también como un estímulo, que puede guiar o con-

trolar las respuestas subsecuentes. Aun cuando la naturaleza de la respuesta y sus propiedades de estímulo no pueden ser especificadas en forma precisa, es posible ver que el miedo sigue las mismas reglas funcionales que las respuestas-estímulo observables. Por tanto, la afirmación de que el miedo es una *señal* productora de respuestas parece justificada.

La fuerza del miedo aprendido es una función de los mismos factores que determinan el vigor de otras adquisiciones del aprendizaje. Así, la intensidad de la pulsión primaria involucrada en el reforzamiento conducente al miedo aprendido y el número y patrón de los ensayos reforzados, son determinantes importantes de la intensidad de ese estado de ánimo.

El gradiente de reforzamiento y la generalización de estímulo son aplicables a este caso. Aquellos estímulos que están más cerca del estímulo productor de miedo estarán más frecuentemente impregnados por el miedo, y las respuestas más cercanas al reforzamiento se aprenderán mejor que las más alejadas del mismo. El miedo no es únicamente aprendido como cualquier otro hábito; se puede extinguir en la misma forma. Debido a complejas razones, la extinción de las respuestas de miedo es más difícil que la de otros hábitos. En general, en situaciones en las que las respuestas de miedo no estén seguidas por reforzamiento, se tenderá gradualmente a la extinción. También puede ser eliminado este hábito al asociarse a sus respuestas otras incompatibles con las que le son propias.

Las pulsiones adquiridas pueden servir como señales en la misma forma que cualquier otro estímulo. El hombre puede aprender a dar una respuesta verbal específica al decir la frase "tengo miedo" en situaciones que generan temor. Una vez que esta frase es aprendida como respuesta a la señal (*cue*) de miedo, se transferirá a cualquier estado nuevo que produzca la respuesta que produce esta señal. Este tipo de transferencia, mediada por una señal producto de una respuesta, se denomina *generalización secundaria o aprendida*. Aún más, el individuo puede aprender a responder a diferentes grados de miedo con diferentes respuestas verbales, así como aprender a colocar diferentes etiquetas a sonidos débiles y fuertes.

El miedo es importante porque puede aprenderse con mucha rapidez y ser muy fuerte. Algunos de sus efectos característicos son: *a*) cuando es aprendido como respuesta a una nueva situación, trae consigo un número de reacciones que representan, ya sea parte del patrón innato del temor, o están muy alto en la jerarquía innata de respuestas; *b*) cuando es aprendido como respuesta a una nueva situación, sirve como señal para evocar respuestas que han sido aprendidas previamente en otras situaciones de temor; *c*) cuando se ha aprendido como respuesta a una nueva situación, sirve como pulsión para motivar conductas de ensayo y error. Una reducción en la fuerza del temor refuerza el aprendizaje de

cualquier respuesta nueva que lo acompaña. Este aprendizaje estaría influido por los dos factores precedentes mediante sus *roles* en la determinación de las respuestas que tienen mayores probabilidades de ocurrir, y *d*) cuando son castigadas las respuestas que reducen otras pulsiones, se aprenderá a tener miedo y éste tenderá a motivar en el sujeto respuestas que prevengan la reducción de esas pulsiones.

PROCESOS MENTALES SUPERIORES

Las interacciones del individuo con su medio son de dos tipos: aquellas que son dirigidas y guiadas por una simple señal, y aquellas que son mediadas por procesos internos. Es en la última clase de respuestas en la cual estamos interesados aquí. Dollard y Miller distinguen entre respuestas instrumentales, que poseen algún efecto inmediato sobre el medio social, y aquellas producidas por *señales*, cuya función principal es mediar o guiar a otras respuestas. Miller y Dollard suponen que el lenguaje y otras respuestas productoras de *cues* juegan un papel central en los procesos mentales superiores.

Una de las más importantes respuestas productoras de *cues* es la de nombrar los eventos y experiencias. El individuo puede incrementar la generalización o transferencia entre dos o más situaciones al identificarlas como si tuvieran el mismo nombre, o puede discriminar entre dos situaciones similares al darles diferentes nombres. Dentro de cualquier cultura hay generalizaciones y discriminaciones críticas, que son resaltadas y facilitadas por la estructura del lenguaje.

Las palabras no sirven únicamente para facilitar o inhibir la generalización, sino también para la importante función de activar pulsiones y, por tanto, éstas pueden ser usadas como recompensas o reforzamientos. La más importante de todas las funciones es que las palabras sirven como mecanismos de adecuación del tiempo, lo que permite al individuo instigar o reforzar la conducta presente en términos de sus consecuencias, las cuales se localizan en lo futuro, pero que son susceptibles de representación verbal en el presente.

El razonamiento es esencialmente un proceso de sustitución de respuestas internas productoras de señales, por conductas abiertas, lo que lo hace más eficiente que el ensayo y error abiertos. El razonamiento no sirve únicamente a la función de prueba simbólica de las varias alternativas, sino que hace posible la sustitución de respuestas anticipatorias, las cuales son más efectivas que cualquiera de las alternativas de respuestas abiertas originalmente disponibles. Es posible, mediante el uso de respuestas productoras de señales (pensamiento) empezar por la situación de meta y trabajar hacia atrás hasta que la respuesta instrumental correcta sea identificada, lo que no es posible, por lo general, en el aprendizaje

motor. La planeación es una variedad especial de razonamiento que hace hincapié en la acción futura.

Según Miller y Dollard, se deben reunir ciertas condiciones antes de que el razonamiento y la planeación produzcan conducta adaptativa frente a un dilema dado. Primero, se deben inhibir las respuestas instrumentales a los impulsos internos y a las señales externas para poder dar tiempo de que ocurran las respuestas productoras de *cues*; el sujeto debe detenerse y pensar, antes de precipitarse en una conducta. Después, deberán ocurrir los pensamientos adecuados. Estos pueden no aflorar ya sea debido a que no están en el repertorio de respuestas aprendidas del individuo, o porque las respuestas se inhiben por pensamientos competitivos. Si las respuestas productoras de *cues* que han sido aprendidas no son paralelas o isomórficas con objetos y eventos del medio social, la solución del problema será irreal. Por último, es necesario que los pensamientos se lleven a cabo en forma de actos o conductas. En otras palabras, las respuestas instrumentales producidas indirectamente por la secuencia productora de *señales* deben ser más fuertes que las respuestas directas a pulsiones internas y *cues* externos. La posibilidad de que queden reunidas estas condiciones se aumenta en forma considerable por el constante entrenamiento específico que el infante recibe durante el proceso de socialización.

“No es sorprendente entonces que ocurran conflictos emocionales agudos durante la primera infancia. El infante no ha aprendido a esperar, no conoce las rutinas inescapables del mundo que lo rodea, para aguardar y así asegurarse a sí mismo que los buenos momentos regresarán y que aquello que le molesta ahora, pasará; para razonar y planear y de este modo escapar al desorden presente por medio de la organización y planeación del futuro en una forma controlada. Más bien, el niño está urgente y desesperadamente impelido sin un plan, viviendo por momentos en dolor eterno y encontrándose de repente bañado en una felicidad sin fin. El niño está necesariamente desorientado, confundido, engañado y alucinado; en pocas palabras, tiene justamente esos síntomas que nosotros reconocemos como una psicosis en el adulto. La infancia, sin duda, puede ser vista como un periodo de psicosis transitoria. Las pulsiones salvajes del niño lo impelen a la acción. Estas fuerzas no se modifican por la espera o el concepto de tiempo. Los más altos procesos mentales (el yo) no pueden desarrollar su benigno trabajo de reconfortar, dirigir el esfuerzo y ajustarlo al mundo dentro de una secuencia planeada. Lo que se ha ido puede no regresar. El dolor actual puede no disminuir jamás. Éstas son las tumultuosas circunstancias en las cuales pueden crearse severos conflictos mentales inconscientes. Sólo cuando el niño ha sido enseñado a hablar y pensar a un nivel bastante alto, el impacto del crudo y drástico carácter de esas circunstancias puede ser disminuido”. (Dollard y Miller, 1950, págs. 130-131.)

La regla de que durante las primeras etapas de la vida, el rol primario de los padres es mantener los estímulos-pulsión a un nivel bajo, embona con este punto de vista. El padre debe ser comprensivo, gratificante y hacer pocas demandas de aprendizaje hasta que las conductas del lenguaje del niño se hayan desarrollado.

Dado el hecho de que cada cultura hace muchas demandas al individuo que vive en forma efectiva dentro de ella, encontramos que en ésta hay ciertas de esas peticiones, que están particularmente llamadas a producir conflicto y desorden emocional. Dollard y Miller identifican cuatro situaciones en las cuales las reglas culturales, como las interpreta el padre, están particularmente dirigidas a producir consecuencias desastrosas para el desarrollo normal. Éstas son: la de la alimentación en la infancia, el entrenamiento en la higiene y control, el temprano entrenamiento sexual y el entrenamiento para controlar el disgusto y la agresión. Dollard y Miller sugieren que el análisis de estas situaciones de conflicto es un residuo de las formulaciones de Freud en términos de su propio esquema conceptual. Los aspectos importantes de esta teoría, es que supone que los eventos tempranos en el desarrollo serán de central importancia en sus efectos sobre la conducta.

PROCESOS INCONSCIENTES

Hemos observado que Dollard y Miller consideran que el lenguaje representa un papel crucial en el desarrollo humano. Si tomamos en cuenta esto, es bastante natural que aquellas determinantes de conducta que eluden el lenguaje o son inconscientes, jueguen un papel clave en los trastornos de la conducta. La teoría se corresponde muy bien con las formulaciones psicoanalíticas al aceptar factores inconscientes como determinantes de la conducta; de cualquier modo, la explicación ofrecida por Dollard y Miller del origen de esos procesos inconscientes muestra poca similitud con la versión freudiana.

Las determinantes inconscientes pueden ser divididas en aquellas que nunca han sido conscientes y aquellas que, aunque lo fueron alguna vez, no lo son más. En la primera categoría están incluidas todas aquellas pulsiones, respuestas y señales aprendidas antes del advenimiento del lenguaje y las cuales no fueron, en consecuencia, denominadas con ningún título; también pertenecen a este grupo ciertas áreas de la experiencia para las cuales nuestra sociedad aplica sólo nombres pobres o inadecuados.

Las señales y las respuestas cinestésicas y motoras se conocen por lo general con nombres convencionales y por esta razón no son fácilmente utilizadas, y pueden ser consideradas en gran parte inconscientes. Del mismo modo, ciertas áreas tabú de experiencias sexuales y de otra clase no van por lo general acompañadas por designaciones apropiadas y, por

tanto, están representadas en la conciencia en forma muy pobre. A la segunda categoría pertenecen todas esas señales y respuestas, las cuales fueron primero conscientes, pero que mediante la represión se volvieron no disponibles para la conciencia.

Así, el proceso involucrado en la primera categoría es bastante claro, y es el fenómeno de la represión al que debemos dedicar nuestra atención. La *represión* es un proceso desarrollado a fin de evitar ciertos pensamientos, y esta prevención es aprendida y motivada de igual manera que cualquier otra. En este caso, la respuesta de *no pensar* en ciertas cosas conduce a la reducción de la tensión y al reforzamiento; y así, se vuelve una parte *estandar* del repertorio del individuo. Hay ciertos pensamientos o recuerdos que han adquirido la capacidad de despertar miedo (estímulo-pulsión secundaria) y la respuesta *no pensar* o la de *dejar de pensar* en ello, conduce a una reducción del estímulo de miedo, y así dicha respuesta de *no pensar* es reforzada. En cualquier parte del aprendizaje inicial, el individuo primero piensa en el acto o evento del que tiene temor y después experimenta miedo; y el pensamiento con el consecuente reforzamiento, después de que experimenta la respuesta de *no pensar*, se vuelve anticipatoria y ocurre antes de que el individuo haya siquiera reconstruido el evento o deseo. *No pensar* como una respuesta anticipatoria, no sólo evita que los pensamientos evocadores de miedo lleguen a la conciencia, sino que además interfiere con el proceso normal de extinción. Esto es, si la respuesta no ocurre no podrá pues ser extinguida aun si el recurso original de reforzamiento se haya desvanecido. Dollard y Miller consideran la represión como si existiera de continuo y yendo desde las suaves tendencias de *no pensar* acerca de ciertas cosas hasta la más fuerte prevención del material amenazador. También consideran que esta tendencia puede ser determinada en gran parte por el entrenamiento recibido durante la primera infancia, el cual con frecuencia tiende a producir miedo de ciertos pensamientos. Una vez que el miedo al pensamiento se ha desarrollado, el proceso de represión es fácilmente entendible en términos de la reducción de los estímulos *pulsión* por el *no pensar*. Los niños son con frecuencia castigados por el uso de ciertas palabras tabú; así, el símbolo verbal hablado, por sí sólo es suficiente para provocar un castigo, sin el acto. O el niño puede anunciar su intención de hacer algo malo y ser castigado antes de que cualquier acto se haya cometido. En otros casos el niño puede pensar ciertas cosas, las cuales aún no ha expresado verbalmente, pero que los padres infieren correctamente de la conducta expresiva o de otras señales por las cuales el pequeño es castigado.

Con frecuencia el niño es víctima de regaños por actos que han sido cometidos en el pasado; así que el castigo acompaña el pensamiento del acto y no al acto en sí. Todas estas y otras experiencias tienden a crear una generalización desde el acto o conducta abierta que conduce al casti-

go, hacia la mera representación simbólica o pensamiento del mismo. No sólo puede el individuo generalizar del acto abierto hacia el pensamiento; también puede discriminar entre los dos. En el individuo bien ajustado, este es un proceso muy importante y eficiente. Tales personas se dan cuenta de que ciertos pensamientos nunca deben ser expresados en ciertos contextos, hasta que se sientan relativamente libres para pensar en ellos en privado.

La extensión y la severidad de la represión depende de muchos factores; entre ellos están posibles variaciones en la fuerza innata de la respuesta de miedo; el grado de dependencia de los padres y, por tanto, la intensidad de la amenaza de la pérdida del amor a la cual el chico está expuesto; y la severidad de los traumas de situaciones productoras de miedo, a las cuales el niño ha sido expuesto.

La importancia de lo consciente tiene que ver con lo significativo de los *títulos verbales* en el proceso del aprendizaje, particularmente en conexión con la operación de los procesos mentales superiores. Ya hemos indicado que los procesos de generalización y discriminación pueden ser más eficientes debido a los significados de los símbolos verbales, pues cuando se quitan las etiquetas, el individuo opera a un nivel intelectual más primitivo. De este modo, el sujeto puede volverse más concreto y limitado de estímulos y su conducta viene a recordar aquella del niño o la del organismo primitivo donde el papel mediador del lenguaje no está altamente desarrollado.

CONFLICTO

Ningún humano opera en forma tan efectiva que todas sus tendencias sean congruentes y estén bien integradas. Por tal razón, todas las teorías de la personalidad deben tratar directa o indirectamente con los problemas planteados en el organismo cuando hay tendencias o motivos conflictivos. La conducta de conflicto está representada por Dollard y Miller en términos de cinco suposiciones básicas, las cuales son extensiones de los principios que ya hemos discutido.

Primera: la tendencia a alcanzar una meta se vuelve más fuerte mientras más cerca esté el individuo de ella, y esto se denomina *gradiente de acercamiento*. *Segunda:* la tendencia a evitar un estímulo negativo se vuelve más fuerte mientras el individuo esté más cerca del estímulo, y a esto se le denomina *gradiente de evitación*. *Tercera:* la suposición es que el gradiente de evitación es más escarpado que el gradiente de acercamiento. Esto implica que el porcentaje en que crecen las tendencias de evitación con el acercamiento a la meta, es más grande que el porcentaje en el que las tendencias de acercamiento aumentan en las mismas condiciones. *Cuarta:* se supone que un aumento en los impulsos

asociados con el acercamiento o evitación elevará el nivel general del gradiente. Así, aún habrá un incremento en la fuerza del acercamiento o evitación a medida que se acerque a la meta, pero las tendencias pueden ahora tener una mayor fuerza en cada etapa del acercamiento. *Quinta*: se supone que cuando hay dos respuestas competitivas, ocurrirá la más fuerte. Dadas estas suposiciones junto con los conceptos que ya hemos discutido, Dollard y Miller son capaces de derivar predicciones concernientes a la manera en la cual responde un individuo encarado a los diversos tipos de conflicto.

Uno de los tipos más importantes de conflicto está relacionado con la oposición entre las tendencias de acercamiento y evitación surgidas simultáneamente del mismo objeto y situación. Pondremos un ejemplo para comprender mejor: un adolescente se siente fuertemente atraído hacia una chica y al mismo tiempo se encuentra apenado e incómodo en su presencia. De acuerdo a lo dicho anteriormente, la respuesta de evitación (alejarse de la chica) es más aguda que la respuesta de acercamiento; así es que el sujeto se retira de su meta (la chica). Esto está representado gráficamente en la figura 17.1, donde las líneas punteadas tienen una pendiente mayor que representa las respuestas de evitación (alejamiento) que las líneas corridas, las cuales representan las respuestas de acercamiento. Por consiguiente, la tendencia de alejamiento puede ser más alta o más intensa que la respuesta de acercamiento cerca de la meta (chica); pero cuando el sujeto se ha retirado a cierta distancia (en el diagrama: a un punto más allá de la intersección de los gradientes), la respuesta de acercamiento será más fuerte que la de alejamiento (dejando ir a la chica, él puede llamarla por teléfono o escribirle para arreglar otra cita). Es en este punto donde se intersecan los dos gradientes (es decir: donde el chico entra al mismo cuarto donde está la chica) cuando el individuo debe mostrar un máximo de conflicto, y es aquí cuando las dos respuestas competitivas están casi aproximadamente balanceadas.

Así pues, cuando la respuesta de acercamiento es más fuerte que la de alejamiento, el individuo se aproxima sin conflicto, y viceversa cuando la respuesta de evitación es más fuerte. Es solamente cuando las dos tienen casi la misma fuerza cuando el individuo tendrá dificultad en realizar una respuesta apropiada. Si cualquiera de los dos movimientos (acercamiento o alejamiento) se incrementa en intensidad, tendrá el efecto de elevar el nivel total de ese gradiente, tal como se muestra en el diagrama en los gradientes superiores de acercamiento y evitación. Esto puede, naturalmente, conducir a un punto diferente de intersección entre los dos gradientes. Así, si la tendencia de acercamiento es incrementada en fuerza, los dos gradientes se intersecarán más cerca de la meta y esto implica que el individuo estará más cerca de la meta antes de entrar en conflicto. Entre más cerca llegue a la meta, más fuerte será la respuesta de evitación y de este modo más intenso será su conflicto. Esto es, entre

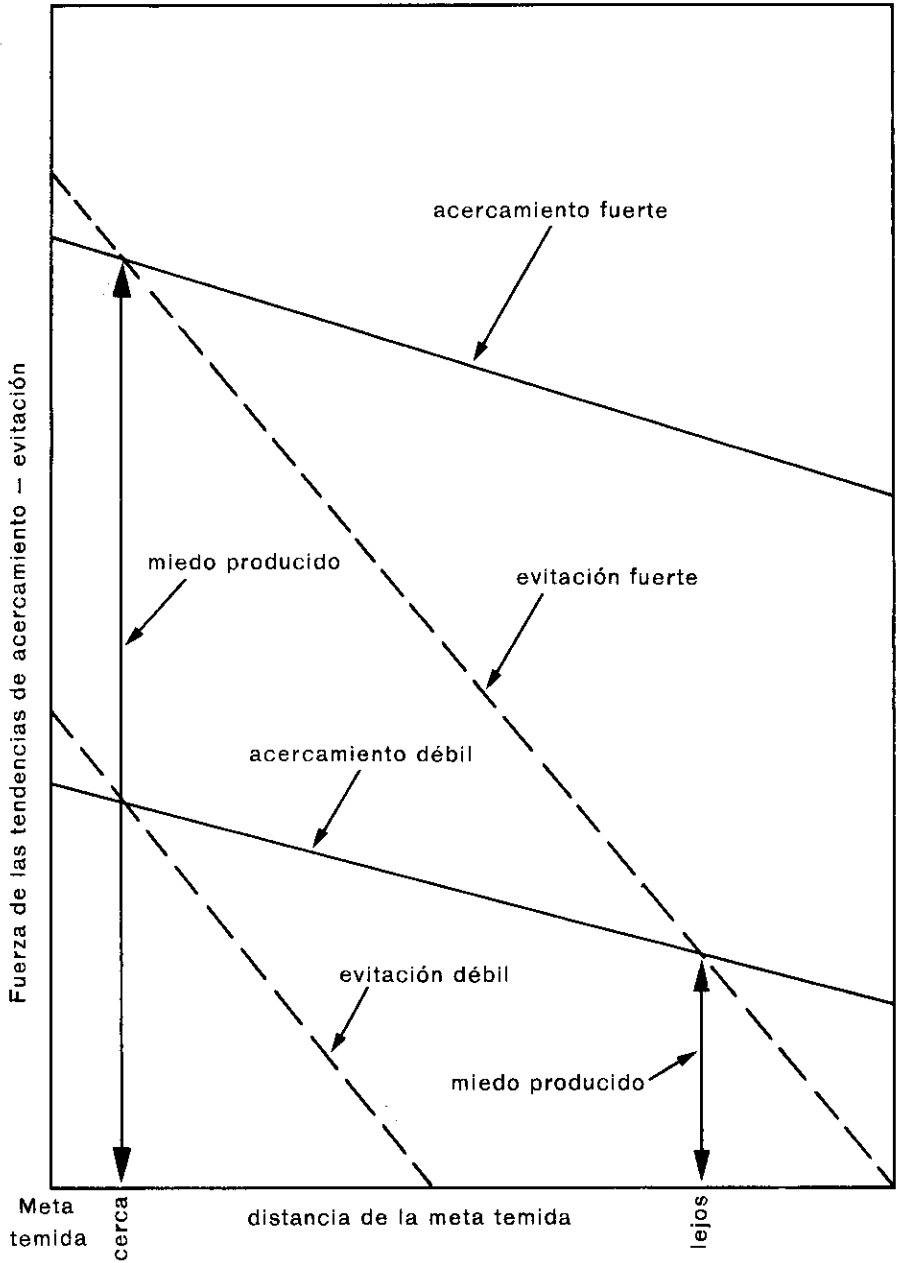


Figura 17.1. Representación gráfica de las situaciones de conflicto. (Adaptado de Miller, 1944.)

más se aproxime a la chica, más atraído se sentirá y al mismo tiempo más incómodo y avergonzado. De otro modo, si la tendencia a acercarse se debilita (si la chica le gusta menos), él no llegará tan cerca de la meta antes de que se intersequen los gradientes (él no cumplirá su cita con la chica) y su conflicto o perturbación será más débil, porque la intensidad de las respuestas de alejamiento y la de las respuestas de acercamiento, resultarán menores en este punto. Si la tendencia a evitar aumenta en intensidad (si su incomodidad crece), esto dará como resultado que los dos gradientes se intersequen en un punto más lejano de la meta (él puede pensar en ella, pero nunca volverá a arreglar otra cita), y así, reducirá la intensidad del conflicto. En general, cuanto más cercano esté a la meta el punto de intersección de los dos gradientes, más fuertes serán las dos tendencias en competencia, y por tanto, más intenso el conflicto. Se debe notar que si la fuerza de la respuesta de acercamiento puede ser aumentada hasta un punto en donde sea más fuerte que la respuesta de evitación a la meta (en la figura 17.1, tal cosa está representada por los dos gradientes: fuerte, el de acercamiento y débil, el de alejamiento), el individuo irá directamente a la meta y el conflicto estará solucionado. Así, si el chico se siente tan fuertemente atraído hacia la chica, que es capaz de quedarse cerca de ella a pesar de la incomodidad, el conflicto emocional del sujeto será resuelto eventualmente.

Un segundo tipo de conflicto se encuentra cuando el individuo se encara con dos respuestas competitivas de evitación: por ejemplo, un niño puede tener miedo de trepar y al mismo tiempo desea evitar que sus compañeros de juego lo llamen cobarde. Así, entre más cerca esté de una meta (qué tan alto puede trepar), más fuerte será la respuesta de evitación, más cerca estará de retroceder. De cualquier modo, si él se rinde, está más cerca de la otra meta (ser llamado cobarde); aquí, la segunda respuesta de evitación crece mientras la primera decrece. En ésta el individuo puede mostrar vacilación, yendo primero a una meta y de ahí a otra; esto es, subiendo a una cierta altura del árbol y descendiendo. Si la fuerza de una de las respuestas de retirada aumenta, se puede cambiar el punto de intersección, para que el lugar en donde el individuo retroceda desde la meta, se haga más distante. Esto también aumentará la intensidad del conflicto, ya que ambos gradientes serán ahora más fuertes en el punto de intersección. Otra vez, si una de las respuestas es más fuerte que la otra, el individuo simplemente tenderá a apartarse de la situación que le produce más miedo, hasta que pase la situación de competencia y el conflicto se solucionará: igualmente puede trepar a la altura necesaria o aceptar el hecho de ser llamado cobarde. Dollard y Miller no consideran que la competencia entre dos respuestas de acercamiento represente un dilema real; señalan que una vez que el individuo ha comenzado a moverse hacia una de las metas posibles, la fuerza de su respuesta aumentará (de acuerdo a la primera suposición) y la fuerza de la respuesta competi-

tiva decrecerá. Por tanto, el individuo irá directamente a esta meta aun si la persona comienza su acercamiento en un estado de completo equilibrio entre las dos metas. Variaciones en la situación de estímulo o dentro del organismo, pueden descomponer este balance en forma leve y una vez que esto sucede, el individuo tenderá a continuar moviéndose hacia la meta más cercana. Cuando los individuos parecen estar en conflicto entre dos alternativas positivas, siempre operan respuestas de evitación ocultas o latentes.

El concepto del desplazamiento ocupa una posición central en la teoría psicoanalítica, donde se usa, por lo común, para referirse a la capacidad del organismo de redirigir respuestas o pulsiones a un nuevo objeto hay una expresión denegada hacia el objeto original. En términos de la teoría de Dollard y Miller, este fenómeno puede ser explicado con bastante propiedad por el concepto de generalización de estímulos.

Miller, después de varios experimentos, dedujo que ambas teorías, la psicoanalítica y la de estímulo-respuesta, suponen que una respuesta dada puede ser generalizada no sólo de un estímulo a otro, sino también de un impulso a otro. Freud, muy al principio, postuló una suma considerable de intercambiables o capacidad de sustitución entre impulsos o instintos, y para los teóricos E-R ambas cosas son la misma clase de estímulos; por tanto, es completamente natural que pueda haber generalización de estímulos.

Estos descubrimientos experimentales, Miller los incorpora como derivaciones de una serie de suposiciones, las cuales son muy cercanas a aquellas que estudiamos en conexión con el análisis del conflicto.

El modelo teórico para explicar el desplazamiento acepta el hecho de que cuando ocurre un desplazamiento, hay una respuesta que compite con aquella directa, abierta y que es la más fuerte. Así, la respuesta agresiva del niño hacia su padre, no es lo suficientemente fuerte como para sobreponerse a la respuesta de miedo provocada por el mismo objeto (padre); por esta razón el niño no puede expresar su agresión directamente hacia el progenitor paterno.

El modelo supone además, que la respuesta directa al estímulo original se generaliza en estímulos similares y que la respuesta competitiva muestra una gran generalización de estímulos semejantes. Mientras más semejante al original sea el nuevo estímulo, mayor será el grado de generalización. Sin embargo, el gradiente de generalización de la respuesta competitiva (inhibitoria) desaparece o decrece más rápidamente que el gradiente de generalización de la respuesta directa. De este modo, mientras la respuesta competitiva puede ser mucho más fuerte que la directa, en relación al estímulo original, cuando ambas respuestas han sido generalizadas a un estímulo remoto en cierto grado, el orden de fuerza puede volver a invertirse; o sea, que el niño mostrará más bien miedo (respuesta competitiva) que agresión (respuesta directa) hacia el padre,

pero mostrará más bien agresión que miedo a un juguete que represente (por desplazamiento) al padre.

Bibliografía

- DOLLARD, J. y MILLER, N., *Personality and Psychotherapy: an Analysis in Terms of Learning, Thinking and Culture*, McGraw Hill, Nueva York, 1950.
- MILLER, N. y DOLLARD, J., *Social Learning and Imitation*, Yale University Press, Nueva Haven, 1941.
- MILLER, N., "Experimental Studies of Conflict", en J. Mc. V. Hunt (dir.), *Personality and the Behavior Disorders*, vol. I, Ronald, Nueva York, 1944, págs. 431-465.

18

MURRAY

La teoría propuesta por este investigador presenta un respeto considerable por la importancia determinante de los factores biológicos; aprecia la complejidad individual del organismo humano, y muestra interés en postular la conducta, de tal manera que la investigación controlada sea un resultado natural de tal formulación.

El enfoque de esta hipótesis opera sobre el individuo en toda su complejidad y su punto de vista se subraya por el término *personología*, introducido por Murray en 1938 para etiquetar su proposición, sus refuerzos y los de aquellos que están interesados principalmente en una comprensión total del caso individual. Ha marcado consistentemente la cualidad orgánica de la conducta, al indicar que un segmento único de ésta no se puede entender si se aísla del resto de la persona. Presenta una orientación de campo, que se refleja en su insistencia acerca de que el contexto de la conducta debe de entenderse y analizarse perfectamente antes de poder dar una explicación adecuada de la conducta individual. No sólo ha acentuado la importancia de los determinantes del medio; ha desarrollado, además, un elaborado conjunto de conceptos designados para representar esas fuerzas del medio.

La historia del individuo es tan importante desde ese ángulo como lo son el sujeto actual y su ambiente. La teoría de Murray comparte con el psicoanálisis la suposición de que los eventos ocurridos en la infancia y la niñez son determinantes vitales en la conducta adulta. Otra semejanza entre su postura y la del psicoanálisis es la considerable importancia atribuida a la motivación inconsciente y el profundo interés mostrado en el reporte verbal del individuo, subjetivo o libre, incluyendo su producción imaginativa.

El aspecto más importante de su teoría es el tratamiento altamente diferenciado y específico de la motivación. Otro ángulo significativo lo constituye el hincapié realizado en los procesos fisiológicos, al afirmar que existen y van unidos en forma fundamental a procesos psicológicos.

Para Murray el cerebro es el centro de la personalidad y de todas sus partes componentes.

La posición de este autor se puede describir como una colección de diferentes categorías teóricas para tratar de explicar la conducta del hombre; sin embargo, su trabajo se caracteriza por la integración de diversas ideas en unos cuantos aspectos sobresalientes. La teoría de Murray, que él denominó *personología*, intenta explicar por qué hace el hombre las cosas que hace. Siendo esencialmente un sintetizador, ha tratado de establecer un cierto orden en lo que se puede describir como una dirección suelta y amorfa del esfuerzo humano. Con su habilidad para organizar y darle importancia a ciertos datos bajo un sistema taxonómico, produjo un trabajo que es útil para explicar la conducta humana.

DESCRIPCIÓN DE LA CONDUCTA HUMANA

Murray considera que la personalidad no se puede describir, especialmente en un sentido de diagnóstico. Para nuestro autor, el término definición connota una cualidad estática, inmóvil y fija que niega la naturaleza móvil, cambiante, siempre en flujo, de la personalidad. Prefiere el término *formulación* al definir la personalidad.

DEFINICIÓN DE LA PERSONALIDAD

“El término personalidad se ha reservado para la estructura hipotética de la mente; para los procesos y establecimientos consistentes que se manifiestan en forma repetida (junto con algunos elementos novedosos o únicos) en los procedimientos internos y externos que constituyen la vida de un individuo. La personalidad no es entonces una serie de hechos biográficos, sino algo más general y duradero que se infiere de los hechos” (Murray y Kluckhohn, 1953).

“La personalidad es el órgano gobernante del cuerpo; un instinto que desde el nacimiento hasta la muerte está incesantemente ocupado en las operaciones funcionales transformativas” (Murray, 1951a, pág. 436).

“La personalidad en cualquier momento de su historia es la constitución jerárquica, problemática, imperceptible, localizada en el cerebro en ese momento de la total o completa y compleja reserva de propiedades psicológicas entre relaciones dependientes de la sustancia y la estructura (elemental, asociativa, organizacional)” (Murray, 1968, pág. 6).

Estas definiciones contienen varias implicaciones importantes. Primero, aclaran la naturaleza estricta de la personalidad; el hecho de que es una construcción del teórico que aunque está relacionada con eventos empíricos específicos, no forma un simple resumen de estos eventos. Segundo,

suponen que la personalidad debería reflejar los elementos de conducta duraderos y recurrentes, así como los novedosos y los únicos. Tercero, asientan que la personalidad es el agente organizador o gobernante del individuo. Cuarto, determinan que es la personalidad la que produce orden e integración entre las diferentes pulsiones y fuerzas a las que está expuesto el individuo.

Las principales funciones de la personalidad son: “Ejercer sus procesos expresivos; aportar o generar y reducir tensiones de necesidades insistentes, formar programas seriados para el logro de metas distintas y, por último, disminuir o resolver urgencias, estableciendo horarios que permitan su satisfacción, y evitando fricciones entre las necesidades principales” (Murray y Kluckhohn, 1953, pág. 39).

Murray añade posteriormente las funciones de ajustarse a los niveles de aspiración para poder aumentar su posibilidad de lograr y controlar la conducta en forma tal que se conforme a la expectativa social.

Le pone interés, en forma muy importante, a la base fisiológica: “La personalidad se puede definir biológicamente como el órgano gobernante o instinto superordenado del cuerpo. Como tal, se localiza en el cerebro. Si no hay cerebro no hay personalidad” (Murray, 1951b, pág. 267).

No solamente se debe considerar la descripción de la personalidad como una mera formulación, puesto que será siempre incompleta o parcial, y estará designada a servir ciertas funciones particulares más que a precisar toda la conducta en todos los tiempos. Una formulación total requerirá tanto detalle que resultaría aburrida.

“REGNANCIA”

Un proceso de *regnancia* es el acompañamiento fisiológico de un proceso fisiológico dominante. La intención de Murray de localizar o referir tales procesos psicológicos en la función cerebral lo llevó a desarrollar este concepto específico que denominó *regnancia*, diseñado para mantener esta identidad cerebro-personalidad al frente de la atención del teórico. Al definir este concepto, Murray sugiere: “Puede ser conveniente referirnos a las operaciones mutuamente dependientes que constituyen las figuraciones dominantes en el cerebro como *procesos de regnancia* y designar a la totalidad de los que ocurren en un solo momento (un segmento unitario temporal de desarrollos cerebrales), como *regnancia*... Hasta cierto punto la *necesidad regnante* domina al organismo” (1938, página 45). Murray también aclara que todos los procesos conscientes son regnantes pero que no todos los procesos regnantes son conscientes. La conciencia es sólo una propiedad de un proceso psicológico dominante, y puede estar o no presente en un momento dado.

“Si no hay cerebro, no hay personalidad” es un tema que se puede sentir a lo largo de la obra de Murray. Fundamentalmente se refiere a

la función básica de los procesos fisiológicos que gobiernan y prescriben lo que la personalidad puede hacer. Interpreta el autor este tema al decir que el cerebro es el administrador de todo lo que la personalidad hace. Así el cerebro y sólo el cerebro, da unidad a la conducta del hombre. El cerebro es una entidad orgánica, pero debe considerarse como algo más que un proceso fisiológico del cuerpo. Con sus funciones complejas y adaptativas, constituye también el asiento de la personalidad.

Desde el punto de vista de Murray, la cualidad del cerebro no es concomitante con la inteligencia tal y como se mide en las tradicionales pruebas de inteligencia. Lo que connota el término cerebro es la aproximación aptitudinal: con la mayor cantidad de habilidad en muchas áreas es el cerebro el que probablemente exista junto con la mejor personalidad. Entre más amplio, más fuerte, más penetrante, más adaptable y más espontáneo sea el cerebro en el manejo de los problemas que surgen en todas las áreas de la vida, mejor será la personalidad. Esta es una de las interpretaciones que se pueden deducir de la afirmación de Murray: "Si no hay cerebro, no hay personalidad".

Para nuestro teórico, cuando un proceso conductual se efectúa, debe tener en el cerebro una contraparte, una excitación neural con dimensiones jerárquicas. Es el cerebro el que *regula* las necesidades y demandas del momento. Las demandas pueden ser principalmente orgánicas (hambre), simbólicas (lectura) o cualquiera de las múltiples combinaciones de ambas. El cerebro toma la decisión referida a la acción subsecuente. La jerarquía de las operaciones alternativas que se deberán realizar está determinada por el cerebro. Estas unidades únicas de experiencia ocurren con tanta rapidez en una sucesión ininterrumpida, que la *regnancia* (regulación) se considera múltiple. Una unidad única sucede tan rápidamente, que resulta imposible de examinar.

También involucrado en el concepto de *regnancia* está el hecho aceptado por Murray de que los tipos constitucionales tienen diferentes modalidades de ésta en su respuesta a diferentes asociaciones.

En suma, todos los procesos conductuales de tipo estrictamente orgánico, o de naturaleza psicológica, o ambas, son procesos de un cerebro en funcionamiento.

MOTIVACIÓN

Como ya habíamos dicho, el aspecto más importante de la teoría de Murray es su intenso interés en el desarrollo de la motivación y en cómo afecta ésta la conducta del hombre. Ante todo, este autor es un psicólogo motivacional, con lo que queremos decir que estudia y delinea la *dirección* de los haceres humanos en el reino mental, físico o verbal con lo que determina la conducta del individuo.

Dentro del concepto de principio de la motivación distinguiremos cinco componentes en su sistema: *a)* reducción de la tensión; *b)* necesidades; *c)* presión; *d)* vector-valor, y *e)* tema.

Reducción de la tensión

Como muchos otros teóricos, Murray no cree que el hombre viva en un estado libre de tensión; este teórico encuentra lugar para la reducción de la tensión tanto biológica como psicológica. La homeostasis (proceso que mantiene un equilibrio entre los estados corporales) es un fenómeno biológico verdadero y Murray lo utiliza en su teoría para explicar su primera posición al respecto de la reducción de tensión. El hombre desea evitar el dolor y obtener placer como modo de existencia; por tanto, quiere corregir estados de hambre, desunidad orgánica, y todas las otras condiciones biológicas de desequilibrio, para regresar a un estado de no dolor y sin tensión. Mas, para Murray, la homeostasis es sólo la mitad de la fotografía que describe los estados de reducción de la tensión. Mientras que la homeostasis del organismo lo lleva a la conservación de sus propiedades, en ninguna forma hace que el organismo construya algo. Tal proceso por sí solo, lleva a una existencia vegetal. El hombre está, por tanto, poseído por el *divino descontento*, y siente que el progreso es un estado natural de la existencia. El deseo de una mejor forma de vida, más propiedades materiales, y todas las motivaciones que lo hacen ir más allá de su actual estado, son también de vital importancia en la reducción de la tensión.

A la fórmula de tensión → reducción propia, que se refiere a la condición homeostática tradicional del hombre, Murray agrega la de *generación* de tensión → reducción. El hombre tiene necesidad de un empuje positivo, de excitación, de movimiento, aunque este no lleve a un progreso y a un éxito, a la apetencia de estar con sus congéneres. Los sistemas de necesidades constructivas conducen a un adelanto en la vida, mientras que los sistemas de necesidades de conservación tienden a manejar el estatus de la existencia.

Consideraremos ahora las avenidas por medio de las cuales es motivado el hombre. En este sistema teórico, la reducción de la tensión, las necesidades, la presión y los otros factores del esquema motivacional no son independientes uno de otro; constituyen complejos altamente condicionados que se vuelven inseparables en la acción. Los separamos sólo con fines didácticos.

Necesidades

Murray ha desarrollado una taxonomía de las necesidades que es bastante compleja. Gran parte de su teoría de la necesidad surgió de la

elaboración que se encuentra en su libro *Explorations in personality* (1938), de donde se extrajo el siguiente material.

Al estudiar la estructura de las necesidades del hombre, Murray estableció que se debían cumplir ciertos lineamientos para poder establecer la existencia de una necesidad. Los requisitos para que algo sea considerado como necesidad dentro de este sistema teórico son: *a*) que haya una respuesta a un objeto o serie parecida de objetos particulares que parecen servir o funcionar como estímulos; *b*) el tipo de conducta involucrada; *c*) las consecuencias o resultado final de esa conducta; *d*) cantidad y tipo de respuesta emocional asociada a la conducta, y *e*) cantidad de satisfacción o de desagrado una vez que se ha logrado la respuesta total.

“Una necesidad es una construcción (un concepto hipotético o ficción conveniente) que representa a una fuerza... en la región del cerebro; una fuerza que organiza la percepción, la apreciación, la interacción, connación y acción en tal forma, como para transformar en cierta dirección una situación existente no satisfactoria. Una necesidad es a veces provocada directamente por procesos internos de cierto tipo... pero, con más frecuencia (cuando se está en un estado de hacer) por la ocurrencia de una o algunas presiones comúnmente efectivas (fuerzas ambientales)... se manifiesta asimismo por guiar al organismo para buscar o evitar encontrarse o, cuando se encuentra, el atender y responder a ciertos tipos de presión... cada necesidad está característicamente acompañada por un sentimiento o emoción particular, y tiende a usar ciertas formas... para alargar su tendencia; puede ser débil o intensa, momentánea o duradera. Pero por lo general persiste y hace surgir un cierto curso de acción de conducta abierta, o cubierta (fantasía) que... cambia las circunstancias iniciales en tal forma que produce una situación final que actúa, tranquiliza o satisface al organismo” (Murray, 1938, págs. 123-124).

En la definición de necesidad que da Murray, existen por lo menos seis puntos principales, acompañados de acciones corolarias, que son los siguientes:

a) “Una necesidad es una construcción”, es decir, un término creado por el hombre; *b*) “que representa una fuerza”, es decir, existe poder y fuerza dentro de la persona; *c*) “en la región cerebral”, es decir, la idea de la regnancia de que la personalidad surge del cerebro; *d*) “que organiza... acción”, es decir, es más que una actividad azarosa; *e*) “para transformar hacia una cierta dirección”, es decir, la persona va a ser diferente como resultado de la necesidad; *f*) “una situación no satisfactoria existente”, es decir, la necesidad se desarrolla de la insatisfacción, que lleva a una meta de satisfacción.

Los corolarios son:

a) “La necesidad puede ser provocada por procesos internos” o “más frecuentemente por... fuerzas ambientales”; *b*) “la necesidad está acom-

pañada de un sentimiento o emoción particular”; *c*) “puede ser débil o intensa”; *d*) “puede ser momentánea o duradera”; *e*) “por lo general persiste y provoca un cierto curso de conducta abierta o fantasía.”

El número y tipos de necesidades que motivan la conducta, según Murray (1938), son los que enumeramos a continuación:

1. *Abatimiento*, humillación: estar resignado al destino; buscar y disfrutar del dolor, la enfermedad, la mala suerte; culparse a sí mismo o hacerse menos; confesar y aceptar; rendirse, admitir inferioridad.
2. *Logro*: sobreponer obstáculos; rivalizar y sobrepasar a otros; lograr algo difícil; dominar; manipular u organizar objetos físicos, seres humanos o ideas; aumentar la consideración por uno mismo mediante el ejercicio eficaz del talento.
3. *Afiliación*: agradar y ganarse el afecto de los demás; acercarse, disfrutar y alternar con personas semejantes; adherirse y permanecer leal a un amigo.
4. *Agresión*: sobreponerse a la oposición a la fuerza; oponerse a la fuerza o castigar a otro; vengar una injuria.
5. *Autonomía*: evitar o dejar actividades prescritas por autoridades dominantes; resistir la coerción y restricción; ser independiente y libre para actuar de acuerdo a impulsos; retar al convencionalismo.
6. *Contraacción*: sobreponer debilidades; reprimir el temor; enfrentarse a una deshonra por medio de la acción; mantener el auto-respeto y orgullo en un alto nivel; buscar obstáculos y dificultades para sobreponerse a ellos.
7. *Deferencia*: emular a una persona ejemplar; conformarse a las costumbres; admirar y apoyar a un superior.
8. *Defensa*: defender al *self* contra asaltos, critiquismo y culpa; reivindicar al *yo*.
9. *Dominancia*: influir o dirigir la conducta de otros por medio de la sugestión, seducción, persuasión o mandato; controlar el ambiente humano propio.
10. *Exhibición*: causar una impresión; ser visto y oído.
11. *Evitar el daño*: tomar medidas precautorias; escapar de una situación peligrosa; evitar dolor, daño físico, enfermedad y muerte.
12. *Evitar sentirse menos*: abstenerse de actuar por temor al fracaso; evitar humillaciones.
13. *Crianza*: dar simpatía y gratificar las necesidades de un objeto desvariado, ayudar a un objeto en peligro; alimentar o ayudar a apoyar o consolar o proteger o confortar o cuidar o aliviar a otros.

14. *Orden*: lograr limpieza, arreglo, organización, balance, precisión, etcétera.
15. *Jugar*: buscar agradable relajación del estrés; actuar por "puro gusto", sin ningún otro propósito.
16. *Rechazo*: excluir, abandonar, expulsar o permanecer indiferente a un objeto inferior.
17. *Sensibilidad*: buscar y disfrutar impresiones sensuales.
18. *Sexo*: formar y hacer avanzar una relación erótica; tener contacto.
19. *Socorro*: permanecer cerca de un protector devoto; tener siempre a alguien que lo apoye; tener las necesidades propias gratificadas por la ayuda de un objeto aliado.
20. *Comprensión*: interesarse en la teoría; especular, formular, analizar y generalizar.

A medida que el hombre se siente motivado por estas necesidades, las utiliza de acuerdo con ciertos métodos, algunos de los cuales se discutirán en la siguiente sección.

Prepotencia. Cuando dos o más necesidades exigen satisfacción al mismo tiempo en la misma persona, debe ocurrir una prioridad en la acción. Algunas necesidades son de carácter más urgente o, como dice Murray, existe un factor de prepotencia inherente a la necesidad misma que exige que reciba atención primero por parte del sujeto. Existe una jerarquía de necesidades y el nivel está determinado más por la necesidad misma que por el sujeto.

Fusión. No todas las necesidades son contradictorias o entran en conflicto. Las que son complementarias, se fusionan como instrumentos motivacionales. Aunque en sí mismas no son iguales, pueden ser satisfechas por un solo curso de acción. Uno puede satisfacer su necesidad de protección y dominancia con el mismo acto. Es la conducta la que se fusiona aunque las dos necesidades no sean semejantes en su carácter básico.

Subsidiación. Algunas necesidades pueden ser satisfechas sólo si resolvemos las demandas de urgencias menores pero indispensables.

Conflicto. Con frecuencia las necesidades están en conflicto. Como hemos visto, el hombre es un animal reductor de tensiones. Cuando se enfrenta a dos o posiblemente tres necesidades en conflicto, se produce tensión. Murray piensa que si uno quiere saber más acerca del ser humano uno debe conocer específicamente qué necesidades tiene la persona que se encuentra en conflicto directo.

No todas las veinte necesidades están presentes en cada sujeto. Algunos de nosotros nunca experimentamos en el transcurso de nuestras vidas algunas de ellas, mientras que otros pueden recorrer la lista completa y hacerlo en un periodo relativamente pequeño: días o semanas.

Otros tienen necesidades favoritas a las cuales se les presta atención más bien en forma constante, considerando el resto de necesidades sólo ocasionalmente. Para entender cómo utilizamos éstas, deberemos referirnos a los tipos que propone Murray:

Existen cinco tipos diferentes de necesidades: *a)* primarias y secundarias; *b)* proactivas y reactivas; *c)* abiertas y cubiertas; *d)* focales y difusas; *e)* de efecto y modales con procesos de actividad.

Tipos primario y secundario. Las necesidades primarias del hombre, algunas veces llamadas necesidades viscerogénicas, son aquellas de naturaleza orgánica y biológica: urgencia de comida, agua, aire, eliminación de restos corporales y actividad sexual.

Las necesidades secundarias o psicogénicas provienen de las primarias, pero en forma difusa e indirecta. Muchas de las necesidades enlistadas se considerarán en forma apropiada como secundarias; por ejemplo, logro y afiliación. El término secundario se refiere al estado de desarrollo. Las necesidades primarias se desarrollan primero y luego van seguidas por las secundarias o *psicogénicas*. Estas últimas, como veremos, pueden volverse bastante importantes y aún pueden tomar relevancia sobre las primarias en épocas de estrés intenso.

Tipos proactivo y reactivo. La necesidad proactiva es la que se origina dentro de la persona; la reactiva surge fuera de la persona. Bajo la necesidad proactiva la persona simplemente reacciona al estímulo; sin embargo, debemos entender que Murray se refiere aquí a relaciones entre sujetos y no sólo de procesos. En un grupo de dos o más personas, el individuo puede iniciar la acción del grupo a causa de alguna necesidad experimentada dentro de sí mismo. En este caso se enfrenta a una urgencia proactiva. Por otro lado, el *proactor* necesita que alguien reaccione a su estímulo, situación que Murray denominó *necesidad reactiva*. Ambas necesidades se entretajan en forma intrincada en algo así como una reacción de causa-efecto.

Tipos abierto y cubierto: algunas necesidades pueden ser expresadas abiertamente. La sociedad las sancionará o aún dará premios de un tipo u otro para poderlas enfrentar. Tales necesidades se clasificarían como abiertas; son expresadas y enfrentadas francamente. Existen aquellas otras que deben de ser fantaseadas o tratadas en un estado de sueño, o satisfechas con el uso de medios desviados: las necesidades cubiertas, secretas y escondidas. Para enfrentarse al tipo de necesidades cubiertas uno se puede obligar a ser muy hermético respecto a las actividades que deberán realizarse para satisfacerlas, o bien tomar la decisión de colmarlas por medio de sueños.

Tipos focal y difuso: hay necesidades que pueden ser resueltas satisfactoriamente acercándose a un objeto del medio. Éstas son las *focales* y pueden satisfacerse con un solo objeto, y en algunos casos por unos cuantos. Murray llama difusas a aquellas que tienen que ser satisfechas

en todo tipo de situaciones; por ejemplo, el caso de la evitación del dolor en cualquier aspecto, físico o social.

Si la necesidad está firmemente unida a un objeto inadecuado, se llama fijación y por lo general se considera que es patológica; sin embargo, como Murray indica, la incapacidad para demostrar una preferencia objetal duradera cualquiera, puede ser tan patológica como la fijación.

Tipos de efecto y modal: una necesidad de efecto es la que lleva a un objeto-meta directo e identificable. Del *proceso de una actividad* o de la función puramente placentera de realizarla, surge la necesidad de llevar al cabo la actividad con un alto grado de excelencia en la ejecución; a esto es a lo que Murray denomina *necesidad modal*. En pocas palabras, el modo de operación con el que satisfacemos una necesidad puede ser tan importante como la meta por la cual luchamos.

Presión. Este concepto fue aplicado por Murray a los factores externos de la vida del hombre. Significa el atributo que obstaculiza o ayuda a una persona a satisfacer sus necesidades. Presiona al sujeto en una u otra forma de acción.

Presión potencial. Es la fuerza que se puede ejercer ... contra el sujeto o realizado por el sujeto mismo —el poder que se tiene para afectar el bienestar del hombre en una forma u otra (Murray, 1938, pág. 121). La presión proviene del medio social; la necesidad, de dentro de la persona.

La presión en sí misma no es de gran valor para entender la personalidad del sujeto. El punto de vista del individuo y la impresión que la presión marca en éste resulta significativa para la mejor comprensión de la personalidad humana.

Murray, en *Explorations in personality*, presenta una larga lista de *términos de presión* que han surgido de su trabajo con un grupo de sujetos seleccionados. Tales términos pueden aplicarse a la explicación de la dinámica de la conducta en un sujeto por medio de técnicas que Murray ha desarrollado, y pueden también dar una medida de la importancia relativa o de las características cuantitativas en el estudio de la personalidad de un determinado individuo:

1. P. Familia (a quienes no mantiene por alguna de las siguientes razones):
 - a) desacuerdo cultural
 - b) desacuerdo familiar
 - c) disciplina caprichosa
 - d) separación de ambos progenitores
 - e) ausencia de un progenitor
 - f) enfermedad de uno de los padres
 - g) muerte de uno de los padres
 - h) progenitor inferior: padre o madre

- i)* progenitor diferente: padre o madre
 - j)* pobreza
 - k)* hogar no establecido.
- 2. P. Peligro o infortunio:
 - a)* falta de apoyo físico (estatura)
 - b)* agua
 - c)* soledad, oscuridad
 - d)* clima inclemente, rayos
 - e)* fuerza
 - f)* accidente
 - g)* animal.
- 3. P. Falta o pérdida:
 - a)* de cuidado y alimento
 - b)* de posesiones
 - c)* de compañía
 - d)* de variedad.
- 4. P. Retención, conservación de objetos.
- 5. P. Rechazo, indiferencia y rencor.
- 6. P. Rival, competidor contemporáneo.
- 7. P. Nacimiento de un hermano.
- 8. P. Agresión:
 - a)* malos tratos por parte de un adulto (mayor): masculino o femenino
 - b)* malos tratos por parte de los contemporáneos
 - c)* contemporáneos rijosos.
- 9.Fp. Agresión (dominancia, castigo).
- 10. P. Dominancia (coerción y prohibición).
- 11.Fp. Dominancia (cuidado):
 - a)* idealismo del yo parental:
 - padre
 - madre
 - físico
 - económico
 - vocación

casta
intelectual

- b) progenitor posesivo: madre, padre
 - c) progenitor demasiado solícito
- temores: accidentes, enfermedades, malas influencias.

Murray presenta dos formas de considerar la cualidad de la presión de los objetos o personas: la *presión alfa* es la característica objetiva y real de la presión. En este caso no hay distorsión o interpretación subjetiva de la presión; es simplemente lo que el observador no involucrado en las ramificaciones del objeto presionador consideraría. La *presión beta* constituye la interpretación personal que el individuo hace de aquellos objetos que lo influirán: obviamente su conducta está más matizada por el aspecto *beta* de la presión, ya que esto es lo que ve, siente y es a lo que responde. Por supuesto que puede haber una gran disparidad entre los aspectos alfa y beta del mismo concepto de presión.

Además de los aspectos alfa y beta, Murray describe la capacidad del objeto presionador para atraer o rechazar al individuo, para lo cual usa el término freudiano *catexia*. Ésta se puede describir como la carga emocional que atrae o repele y que se encuentra dentro del objeto mismo. Contrario a esto se aparece el sentimiento de la persona hacia el objeto presionador; nuestro autor diferencia el sentimiento al establecerlo como: "Una disposición más o menos duradera ... en una personalidad para responder con un afecto positivo o negativo a una entidad específica" (Murray y Kluckhohn, 1945), sentimiento que puede ser positivo o negativo, de corto o largo plazo (por lo general, largo) y siempre condicionado por la capacidad dentro de la persona, más que dentro del objeto.

Valor-vector. Específicamente Murray ha dicho que las necesidades siempre operan al servicio de algún valor, o con el intento de lograr o conseguir algún estado final y por tanto, este valor debería ser parte del análisis de los motivos:

"Como la observación y la experiencia atestiguan el hecho de que la agresión, así como cualquier otro tipo de acción, tiene un efecto (funcional) que puede definirse mejor en términos de alguna entidad valuada (su construcción, conservación, expresión o reproducción), nombrar la entidad valuada junto con la actividad nombrada deberá contribuir mucho para nuestra comprensión de la dinámica de la conducta" (1951b, página 288).

En este reciente esquema, Murray propone que las tendencias conductuales se representen en términos de vectores que simbolicen *a grosso modo* las direcciones psicológicas o físicas de la actividad. Los valores a los cuales sirven los vectores están representados por una serie de concep-

tos de estimativa. Aunque el esquema no está totalmente terminado, Murray ha proporcionado listas tentativas de valores y vectores. La palabra vector ha adquirido el respeto psicológico desde hace ya tiempo, especialmente en el trabajo de Lewin. Murray utiliza este término, poniéndolo como “una fuerza que va en cierta dirección”. Tal fuerza puede ser débil o fuerte, y la dirección está prescrita por las otras variables que actúan sobre la energía de dicho vector. El concepto *valor* tiene el significado comúnmente atribuido a la palabra: “precio o poder inherente a un artículo”, un costo que está determinado por el hombre; esto es, el artículo tiene el valor pero no lo declara; es el hombre quien establece el precio.

Una vez más, preocupado por los esfuerzos taxonómicos para comprender mejor al hombre, Murray ha iniciado una lista de valores y vectores que, afirma, ayudará a explicar el concepto de necesidades y toda la vida motivacional del hombre.

Además de la razón antes anotada para la utilización del valor-vector (para llegar más profundamente a las causas fundamentales), Murray está interesado principalmente en la interacción entre los factores que producen los patrones de conducta en el hombre.

La siguiente es una lista tentativa de vectores y valores tal como se encuentran al presente:

<i>Vectores</i> (Cómo lo hace, actividad, etcétera)	<i>Valores</i> (Por qué lo hace, el que valga la pena, etcétera)
adquisición	valor estético
evitación	afiliación
conservación	autoridad
construcción	cuerpo
defensa	ideología
destrucción	conocimiento
expresión	propiedad
recepción	
rechazo	
trasmisión	

Tema. Un tema es simplemente una unidad conductual molar en actuación. La idea del *tema* se refiere a la totalidad de la secuencia desde la presión hasta la necesidad; puede ser una relación simple de uno a uno: una presión singular que lleva a una necesidad singular. Sin embargo, Murray observa que el tema, la trama o secuencia de las presiones y necesidades es primordialmente plural. Los temas pueden estar en orden seriado. Uno puede llevar a otro, que a su vez lleva a otro; todos ellos,

de naturaleza muy compleja. El tema es el método que tiene Murray para manejar más de una relación necesidad-presión pero no en una forma tan directa como la forma en que ha utilizado el método valor-vector, método que él considera más definitivo en el ordenamiento de la conducta a lo largo de líneas descriptivas y dinámicas.

Necesidad integrada. Aunque las necesidades no necesariamente se encuentran unidas a objetos específicos en el medio, con frecuencia sucede que con la experiencia el individuo asocia objetos particulares con ciertas necesidades. En la misma forma, modos particulares de respuesta, o formas de aproximación o evitación de estos objetos, pueden adquirirse y asociarse con la necesidad. Cuando ha ocurrido esta integración de la necesidad y la imagen o pensamiento del objeto ambiental, así como con los procesos instrumentales, Murray habla de la integración de la necesidad. Una necesidad integrada es una disposición temática bien establecida —la necesidad de cierto tipo de interacción con cierto tipo de persona u objeto. En circunstancias donde existe una necesidad integrada, el surgimiento de ésta por lo general llevará a la persona a buscar en una forma apropiada el objeto medio que corresponda a la imagen que era parte de la referida necesidad integrada.

En la muy mencionada cita de Murray: “La historia de la personalidad es la personalidad misma”, se encuentra el pensamiento clave del principio longitudinal. Como muchos psicoanalistas, Murray cree que *el niño es el padre del adulto*, pero quizá no en la forma inflexible que muchos analistas neofreudianos han interpretado esta afirmación. Murray piensa que mucho de lo que el hombre hace es recurrente y que muchos de sus patrones de conducta son duraderos. El individuo funciona a partir de los hábitos que forma a lo largo de la vida; en otras palabras, la vida del hombre consiste de una serie de eventos que siguen de día a día. Si uno va a estudiar lo que una persona es y cómo llegó a serlo, debe examinar las experiencias cotidianas pasadas. Murray cree que el estudio de un caso ideal debería comenzar en el nacimiento e incluir todas las experiencias individuales hasta el momento del estudio.

Complejos. En los casos donde los efectos de las experiencias infantiles sobre la conducta posterior son claros y extensivos, hablamos de un complejo. En realidad se supone que los individuos tienen complejos de diferente severidad y es sólo en casos extremos cuando esto implica anormalidad. En los términos de Murray, un *complejo* es “una integración duradera (derivada de alguna de las condiciones agradables antes mencionadas) que determina —inconscientemente— el curso del desarrollo posterior” (1938, pág. 363).

Como parte del estudio del desarrollo del hombre, Murray ha puesto mucha atención a las zonas erotogénicas a las que dio importancia en su teoría Freud; sin embargo, nuestro autor tiene una explicación algo diferente de la de Freud. Tomándolas como complejos que se tienen que

ajustar y resolver, afirma que existen cinco de éstos que funcionan en el proceso del desarrollo del hombre. Los describe como condiciones agradables, todas las cuales son ruda y bruscamente interrumpidas por fuerzas externas fuera del control del niño. La primera de estas condiciones es la sensación de seguridad y existencia dependiente dentro del vientre, un estado que es interrumpido por el acto del nacimiento. La segunda es la actividad de chupeteo cuando se ingiere la comida del pecho materno o de la botella, con todo lo que acompaña a este proceso, los tiernos y amorosos cuidados de la madre o enfermera; este placer labial también se ve interrumpido por los persistentes esfuerzos de los adultos de destetar al infante. El tercero es el ejercicio de los músculos anales en la libre y agradable sensación de la defecación con su consecuente liberación de la presión visceral. Este placer se ve limitado por el persistente entrenamiento para controlar los esfínteres. La cuarta sensación placentera es la de orinar, que opera igual que la sensación placentera de la defecación. El quinto complejo deleitoso que el niño disfruta, y que le es negado, es la fricción genital del pene o la vagina, con una explicación semejante a la que Freud dio al periodo fálico del desarrollo. Murray nombra los complejos como sigue: *claustral*; bajo el término de *complejos claustrales*, existen tres tipos específicos: *a*) un complejo relacionado con el deseo de reinstalar las condiciones semejantes a aquellas prevalecientes antes del nacimiento; *b*) un complejo que se centra alrededor de la ansiedad producida por la falta de apoyo y la incapacidad, y *c*) un complejo que está ansiosamente dirigido contra la sofocación y el confinamiento (1938, pág. 363).

El complejo *claustral simple* (reinstalación de las condiciones uterinas) se caracteriza por: catexia por claustros (lugares cerrados semejantes al vientre), objetos maternos, muerte, el pasado, resistencia al cambio, necesidad de pasividad, evitación del dolor, y socorro. La visión general de este complejo es de una persona pasiva y dependiente que está orientada hacia el pasado y que por lo general se resiste a lo novedoso o al cambio. El complejo del temor a la falta de apoyo se manifiesta en el miedo a espacios abiertos, a caerse, a ahogarse, a los terremotos, al fuego y a la falta de apoyo familiar. El *complejo de agresión* se refiere al escape o al alejarse y se expresa en catexias por lugares abiertos y aire, necesidad de moverse y viajar, catexias por el cambio, claustrofobia y una fuerte necesidad de autonomía. En esta forma el individuo que muestra tal complejo es en la mayoría de los aspectos el opuesto a la persona que exhibe el complejo claustral simple.

Complejo oral. Representa los derivados de las experiencias tempranas de alimentación, referidos principalmente a disfrutar la ingestión del alimento. Murray propone tres subcomplejos específicos, todos los cuales involucran la boca pero cada uno implicando un tipo distintivo de actividad.

El *complejo de socorro* implica actividad oral en combinación con tendencias pasivas y dependientes. La existencia de este complejo se puede inferir a partir de los automatismos orales, tales como el chupeteo; catexias hacia objetos orales como el pezón, pecho o pulgar; alimentación y bebida compulsiva; necesidad de pasividad y socorro; catexias por palabras y objetos nutritivos, y necesidades agresivas inhibidas. El *complejo de agresión oral* combina la actividad oral con la agresión y se manifiesta en automatismos orales tales como morder; catexias hacia objetos orales sólidos (carne, huesos); fuertes necesidades agresivas; ambivalencia hacia las figuras de autoridad; proyección de agresión oral (percibir el ambiente como lleno de objetos agresivos que muerden); necesidad de evitar el daño; fobia hacia objetos que muerden, y tartamudez. El *complejo de rechazo oral* involucra el escupir y el disgusto hacia actividades y objetos orales.

Se revela más específicamente en una catexia negativa hacia ciertos alimentos, baja necesidad de comida, temor de daño o infección oral, necesidad de rechazar, necesidad de aislamiento y autonomía, y disgusto por objetos nutritivos.

Los *complejos anales*. Se refieren al placer producido por la liberación de los intestinos con el gusto concomitante del ejercicio de los músculos de los esfínteres, y son dos específicamente: uno que se relaciona principalmente a la tendencia de expulsar y otro a la de retener.

El *complejo de rechazo anal* incluye la diarrea y catexia hacia las heces, involucrando también la necesidad de agresión, particularmente en forma de desorden: ensuciar o embarrar; teoría anal del nacimiento, necesidad de autonomía, sexualidad anal. El *complejo de retención anal* involucra una catexia subyacente hacia las heces, pero está oculto detrás de un disgusto aparente, un pudor y la reacción negativa hacia el hecho de la defecación.

Este complejo también está asociado con la teoría anal del nacimiento y la sexualidad anal, así como con la necesidad de autonomía, aunque en tal caso ésta se expresa mediante la resistencia a la sugestión más que con la búsqueda de independencia o libertad. Hay una fuerte necesidad de orden y limpieza, y también una necesidad de retener las posesiones o pertenencias.

El *complejo uretral*. La sensación correspondiente del complejo anal. Este complejo involucra el mojar la cama, ensuciar uretralmente y erotismo uretral.

El *complejo de castración*. Se extiende más allá de la aproximación freudiana y se refiere a la ansiedad evocada por la fantasía de que se puede perder el pene por mutilación. Este complejo aparece con bastante frecuencia, pero no se piensa que sea la raíz de toda la ansiedad neurótica. Por lo general surge como resultado de las fantasías asociadas con la masturbación infantil.

Todos estos complejos juegan una parte importante en el desarrollo longitudinal del niño a medida que le es negado cada placer por la sociedad debido a razones que él no puede tolerar.

PROCEDIMIENTOS Y SERIES

Murray añade a su concepción longitudinal del hombre los conceptos de *series* y *procedimientos*. Utiliza el término "procedimientos" para indicar que el hombre está en constante cambio durante su vida, que es *dinámico* y no *estático*; que cualquier cosa que haga debe considerarse dentro de una secuencia de acciones. Los procedimientos son por lo tanto, aquellas actividades por medio de las cuales el hombre interactúa con otro ser humano; "son las cosas que nosotros observamos, tratamos de representar con modelos, y de explicar; las cosas que intentamos predecir; los hechos contra los cuales probamos lo adecuado de nuestras formulaciones" (Murray, 1951*b*, págs. 269-270). Idealmente, sugiere Murray que la duración de un procedimiento está determinada por: a) la iniciación, y por b) el término de un patrón dinámicamente significativo de conducta.

Los procedimientos externos tienen dos aspectos: uno experiencial subjetivo y otro, conductual objetivo. En la teoría de Murray se indica una interacción entre el sujeto y un objeto u otro sujeto.

Los procedimientos pueden ser internalizados (el sujeto razona sobre un problema dentro de su mente) o externalizados (el sujeto se involucra en cualquier actividad externa en la que se lleva al cabo una acción abierta).

Los procedimientos pueden ser también de corta o larga duración. Los procedimientos también pueden entrar en conflicto o, más exactamente, pueden traslaparse unos a otros en sus funciones.

Las *series* son los procedimientos acumulados del hombre, con la provisión adicional de que una serie tiene una historia detrás de ella; debe llegar a una meta de características definidas o indefinidas; en otras palabras, la serie completa es propositiva. Los tres aspectos principales de la serie son: *ordenación*, *programas* y *horarios*. Por "ordenación" entendemos un proceso mental superior del mismo nivel de la cognición. La meta de la cognición es la de lograr una comprensión conceptual total del medio; pero una vez que la situación externa ha sido suficientemente entendida, el proceso de ordenación se establece a sí mismo el poder arreglar la política y planear la estrategia y las tácticas, así como el establecimiento de programas y horarios en una forma jerárquica, por lo que se da una prioridad de orden al establecer una actividad en serie. Los "programas" son los intentos del hombre por crear submetas que le ayuden a llegar eventualmente a la meta u objetivo total. Los "horarios"

lo auxilian a evitar o por lo menos a disminuir programas conflictivos. De hecho, los tres aspectos de las series están fuertemente entrelazados en muchas de las actividades del hombre y no se pueden considerar como separados uno de otro.

El término *duración* se usa para designar una unidad temporal de vida que incluye todos los procedimientos superpuestos, una unidad que abarca la complejidad natural de la existencia de la persona. El concepto de duración pone en claro que el procedimiento aislado y único es por lo general una abstracción de la complejidad de la conducta que sucede y representa sólo una tendencia o aspecto entre muchos. Es posible dividir la vida del individuo en *duraciones largas* (niñez, adolescencia, etc.) o en *duraciones cortas* (la respuesta a un estímulo durante un minuto, etc).

PROCESOS FISIOLÓGICOS

Determinantes genéticos y de maduración. En una formulación reciente de sus puntos de vista, Murray (1968) adscribe un papel importante a los factores genéticos y de maduración en el desarrollo de la personalidad. Concibe al proceso genético maduracional como el responsable de programar una sucesión de etapas a lo largo de la vida de un individuo. Durante las primeras de éstas —niñez, adolescencia y adultez joven— emergen y se multiplican nuevas composiciones estructurales. Los años intermedios están marcados por recomposiciones de tipo conservativo de las estructuras y las funciones surgidas previamente. En la etapa final, la senectud, la capacidad de formar nuevas composiciones y recomposiciones disminuye y la atrofia de formas y funciones existentes aumenta. Dentro de cada periodo, hay numerosos programas más pequeños de eventos conductuales y experienciales que transcurren bajo la dirección de procesos maduracionales genéticamente controlados.

Murray atribuye estos desarrollos a los procesos metabólicos. En la primera etapa, el anabolismo sobrepasa al catabolismo; en la segunda, los dos son más o menos iguales; y en la tercera, el catabolismo es mayor que el anabolismo. Murray favorece al modelo metabólico porque “se conforma con una concepción de la realidad que *no* es expresada en términos de estructuras espaciales de materias como tal, sino en términos de propiedades de la materia que operan en forma interdependiente: esto es, en términos de procesos, tiempo y energía” (1968, pág. 9). Aún más, es un modelo que da una progresión, creatividad y autorrealización, que no son explicadas por una formulación puramente psicoanalítica.

Fuertemente enraizada en el esquema teórico de Murray, se encuentra la idea de que el hombre es un animal y que está controlado y motivado por necesidades animales. El hombre es ante todo, un organismo que funciona biológicamente. Su estructura de necesidades está fundada

primero sobre sus apetitos fisiológicos. Después de que estos se satisfacen, se convierte más en un organismo con existencia: se vuelve una criatura social.

En resumen, los puntos que componen esta teoría: *a)* Debemos encontrar las necesidades primarias o viscerogénicas que Murray consideró esenciales a la estructura motivacional del hombre. *b)* En algunas de las definiciones de personalidad de Murray, encontramos lo siguiente al respecto del *self orgánico* del hombre: “La personalidad puede definirse biológicamente como el órgano gobernador o la institución superordinada del cuerpo. Como tal se encuentra localizada en el cerebro” (*Dialéctica*, 1951, 5, pág. 267). *c)* Todo el concepto de reducción de la tensión se predica en el cuerpo orgánico, biológico. *d)* La idea de la prioridad de las necesidades y de una jerarquía de motivadores, se indica en el concepto de prepotencia que vimos anteriormente. *e)* Existe en el principio de los procesos de *regnancia*, el fundamento básico de que los procesos fisiológicos y neurológicos son primeros. No existe la personalidad si el material fundamental que la constituye se ve reducido o afectado en alguna forma, y *f)* Murray no niega el valor de la aproximación de Sheldon; cree que el tipo constitucional del sujeto puede tener indudablemente mucho que ver con la formación y funcionamiento futuro de su personalidad total.

Principio de abstracción

El individuo no sólo no se da cuenta de ciertas tendencias que influyen su conducta, sino que pasa por alto algo más importante: que algunas de estas tendencias se guardan o defienden en forma activa en contra de la conciencia. Murray no sólo acepta el papel de los determinantes inconscientes de la conducta sino que reconoce la operación de los mecanismos freudianos de resistencia y represión.

La personalidad es de naturaleza abstracta, en la misma forma en que lo es de naturaleza orgánica observable. Murray acepta los niveles de inconsciencia, preconsciencia y conciencia, así como un elaborado reconocimiento de la estructura *ello –yo – superyó* de la personalidad.

Murray reconoce que la conducta del hombre *no* está toda en la superficie. Durante un tiempo se sintió inseguro al respecto de dónde o en qué parte de las regiones de conducta no observable se podía localizar a los determinantes inconscientes; sin embargo, estaba cierto de que no todos los procesos de *regnancia* eran conscientes.

Los complejos claustral, oral, anal, uretral y el de castración, están basados en la naturaleza abstracta de la personalidad. Murray aceptó la idea de que el sujeto con motivos escondidos, pulsiones y necesidades inconscientes, es un hombre en estado natural y no necesita explicaciones

fundadas en conducta psicótica. Todos operamos parcialmente bajo motivadores inconscientes.

Dentro de la personalidad como fenómeno en constante cambio, hay ciertas estabilidades o estructuras que aparecen con el tiempo y que son cruciales para entender la conducta. Para representar estas estructuras mentales, Murray toma prestados los términos *yo*, *ello* y *superyó* del psicoanálisis, pero introduce ciertos elementos distintivos en su desarrollo de tales conceptos.

Murray le da al *ello* la capacidad tanto del bien como del mal.

La motivación del *ello* puede ser tan aceptable para el niño a medida que se desarrolla, como para los adultos y la sociedad. La energía, ebullición y juguetonería expresadas por un bebé tan agradable para él como querida para sus padres, proviene de la estructura del *ello*, la cual también crea en él la conducta indeseable que molesta al *self* y al mundo exterior. Murray piensa que el contenido del *ello* difiere en los humanos. Una persona tiene un *ello* mayor que otra y, consecuentemente, sus problemas y su fuerza para energizar acciones, son mayores. Cómo un individuo se ajusta a la vida está parcialmente determinado por la cantidad de *ello* que posea para ser motivado y para aprender a controlarse. Entre más pequeño sea el *ello*, menor será lo que el hombre pueda lograr. Entre más *ello* posea, más podrá lograr, siempre y cuando sea capaz de canalizar la fuerza de este hacia metas aceptables.

Murray está de acuerdo con Freud al concebir al *ello* como el recipiente de las pulsiones primitivas e inaceptables. Aquí está el origen de la energía, la fuente de todos los motivos innatos, el *self* no socializado. Así, el *ello* incluye pulsiones que son aceptables tanto para el *self* como para la sociedad.

Murray cree que a medida que el *yo* organiza, prueba y busca oportunidades para expresión del *ello*, puede y encuentra gusto en la metas aprobadas por el *self* y la sociedad.

Murray siente al *yo* como un administrador sabio y muchas veces benévolo. Con la fuerza del *ello* detrás de él, *yo* crea placer para el *ello*, pero a la vez lo reprime en el mismo aspecto.

No sólo debe el *yo* detener ciertas pulsiones o motivos, sino algo más importante: debe arreglar, programar y controlar la forma en que aparecerán otros motivos. El *yo*, consistente con la teoría psicoanalítica, es visto como el organizador central o integrador de la conducta. Sin embargo, parte de esta organización tiene la intención de facilitar o promover la expresión de ciertas pulsiones del *ello*. La fuerza y la efectividad del *yo* son determinantes importantes del ajuste del individuo.

Además del concepto común del *superyó* como el sistema de conciencia impuesto por padres y figuras de autoridad sobre el niño, Murray cree que personajes simbólicos de la literatura y otras formas de conducta no humana son igualmente efectivas en la creación de la estructura del

superyó en el niño. Las amistades y conocidos del niño pueden y de hecho ayudan a crear su superyó.

El superyó en la teoría de Murray se considera una implantación cultural, un subsistema internalizado que actúa dentro del individuo para regular su conducta en forma semejante a como actuaron los factores externos. Estos agentes, típicamente representados por los padres, operaron como sustitutos de la cultura, en tal forma, que internalizar sus prescripciones representa un movimiento de establecer prescripciones culturales.

La naturaleza del superyó está determinada en gran parte por los tipos de experiencias que involucran a los padres o figuras autoritarias a las cuales está expuesto el individuo. Murray sugiere que, además de esta importante fuente de influencia, existe también la influencia de grupos de iguales, así como la contribución muy significativa de figuras literarias y mitológicas. Los estándares adquiridos de estas fuentes se internalizan y actúan como una fuente de recompensa o castigo, según el grado en que las acciones del individuo alcancen estas normas o estándares.

Murray indica también que una función principal del superyó es instigar la fórmula tiempo-lugar-manera, objeto de expresión de diferentes necesidades.

Paralelo al superyó está el yo ideal, que es la postura de Murray para añadir una meta al primero, que no trata simplemente de ajustarse a la sociedad día tras día, sino que tiene metas a largo plazo por las cuales luchar. Ésta es la manera que tiene el hombre para llegar a su "mejor futuro".

Íntimamente relacionado al superyó, está el *yo ideal*, que consiste en una imagen idealizada del *self* —el *self* al que se aspira, o un conjunto de ambiciones personales por las que el individuo lucha.

El yo ideal puede estar totalmente divorciado del superyó, como en el caso de un individuo que aspira a ser un Al Capone, o puede estar relacionado muy de cerca, en forma tal que el sujeto se dirija hacia ambiciones personales de manera que se conforme exactamente a las sanciones de su sociedad. Si el superyó es dominante y se suprime al yo ideal, la persona puede intentar servir a la "voluntad de Dios" o al "bienestar de la sociedad" a expensas de dejar toda ambición personal.

Murray se guía entonces por el principio que establece que el hombre es una unidad abstracta no controlada completamente por fenómenos de la superficie, sino motivada en mucho por dinámica interna —dinámica que no siempre es comprendida por el sujeto mismo o por la sociedad en la que vive.

En una revisión posterior de su teoría (1959), Murray señala los aspectos positivos de la personalidad. Él cree que existen procesos formativos y constructivos que no sólo resultan útiles para la supervivencia o como defensas en contra de la ansiedad, sino que tienen su propia energía,

metas y satisfacciones. Una persona necesita ser creativa e imaginativa; componer y construir, si ha de mantenerse psicológicamente sana. La imaginación creativa puede, de hecho, ser el aspecto más importante de la personalidad, y al que con frecuencia se le da la menor oportunidad de expresarse.

Individualidad. En pocas palabras, este principio se refiere a la idea de que cada hombre es un individuo que no se parece a ningún otro que haya existido o que pudiera existir.

Murray ha demostrado un interés consistente en las habilidades y logros, y considera a estas cualidades como partes importantes de la personalidad. Estos componentes del individuo sirven a una función central en la mediación entre las disposiciones a la acción y los resultados finales hacia los cuales están orientadas éstas.

Este teórico se opone energéticamente a la visión aptitudinal de las habilidades intelectuales, físicas y sociales del hombre. Él apoya la idea de que el individuo no tiene sólo un área de habilidad general en el sentido de Spearman, sino que posee muchas habilidades diferentes.

ROLES SOCIALES

Es necesidad del hombre asumir un *rol* en la sociedad. Esta necesidad de lograr un estatus y definición dentro de la sociedad en la que opera, es un componente necesario de la existencia. Aún más, urge que un individuo sea capaz de jugar todos los roles en los que es colocado, y en algún sentido, hábil para aceptar por lo menos la mayoría de ellos, tal como los define la sociedad.

Murray señala que en el individuo bien socializado es legítimo hablar de la *necesidad de tener un papel*; esto es, la urgencia de ser miembro de un grupo o grupos existentes y de tener un papel definido y aceptado, y un estatus dentro del contexto social. Así, la tendencia por parte del individuo a conformarse a los imperativos de su medio, está en parte explicada, por medio de esta necesidad general de pertenecer y participar en un grupo funcionante.

Determinantes socioculturales. Murray ha asignado en forma deliberada un papel muy importante en el progreso, a los factores ambientales. Hemos visto que a diferencia de la mayoría de los estudiosos de la motivación, él ha desarrollado un conjunto de conceptos muy elaborados (*presión*), designados para representar el medio del individuo. Ha hecho esto, parte en base en la teoría de Darwin, que establece que el grupo, más que el individuo, es la unidad evolutiva. La supervivencia del más apto se aplica a tribus rivales. De acuerdo con esto, Murray dice: "Esta teoría de la evolución del grupo nos ayuda a entender por qué el hombre es una criatura ... social, y por qué como tal es tanto

humana como brutal” (1959, página 46). Se ha referido con frecuencia al hecho de que el desarrollo no puede entenderse en forma adecuada sin una visión completa del escenario social en el que evoluciona tal proceso. Consistente con esto, sus conceptos de *procedimientos* y *tema* implican una creencia interaccionista —la convicción de que se podrá tener una comprensión total de la conducta sólo cuando se puedan representar en forma adecuada, tanto al sujeto como al objeto.

Se cree que la sociedad ejerce una tremenda influencia sobre el individuo. Así, es importante representar los elementos significativos del medio no sólo con el uso de conceptos como *presión*, sino también con la aplicación de variables relacionadas con el medio cultural del individuo.

APRENDIZAJE

No se pueden pasar por alto los factores genéticos al hablar de aprendizaje, ya que Murray cree que son los responsables de la presencia de los centros del placer (*lo hedónico*) y del displacer (*lo anhedónico*) en el cerebro. El aprendizaje consiste en descubrir lo que genera placer o molestia para el individuo. Estos *generadores hedónicos* y *anhedónicos* pueden ser clasificados de diferentes maneras: *retrospectivos* (memorias de experiencias pasadas que hayan sido agradables o desagradables), *espectivos* (experiencias actuales) o *prospectivos* (anticipaciones de dolor o placer futuros). Los generadores actuales pueden clasificarse según si están localizados predominantemente en la persona, en el medio o en una transacción interpersonal, y pueden aún subdividirse: los generadores en la persona se localizan en el cuerpo, en algún centro emocional del cerebro, etcétera.

EL PROCESO DE SOCIALIZACIÓN

Murray ha sugerido que la personalidad humana es un compromiso entre las pulsiones propias del individuo y las demandas e intereses de otras personas. Estas demandas de otros están representadas en forma colectiva por las instituciones y patrones culturales a las que es expuesto el sujeto, y los procesos por medio de los cuales sus propias pulsiones se ven comprometidas por estas fuerzas, lo define este autor como el *proceso de socialización*. Los conflictos entre el individuo y los patrones aprobados de su medio social, se resuelven por lo general al hacer que se conforme a los patrones del grupo en alguna forma. Sólo ocasionalmente y en individuos raros es posible que la persona produzca un cambio en los patrones culturales y que disminuya el conflicto con sus propias pulsiones. Por lo general la personalidad es más maleable y por tanto, el conflicto comúnmente se reduce con la alteración de la persona misma.

Las metas exactas de la socialización pueden variar de un grupo a otro; pero existen ciertas metas generales que se mantienen en diferentes sociedades: "Comenzando desde el jardín de niños maternal, el proceso de socialización continúa a lo largo de toda la vida. Entre otras cosas que deben ser aprendidas figuran el poder de inhibir o moderar la expresión de necesidades inaceptables; la habilidad de transferir catexias de un objeto-meta prohibido a un sustituto aceptable; la utilización habitual y automática de un gran número de patrones de acción aprobados (métodos, maneras y actitudes emocionales); la habilidad de adaptarse a programas, a horarios (hacer las cosas en el tiempo apropiado, mantener o cumplir citas, etc.)" (Murray y Kluckhohn, 1953, pág. 45).

Todas estas cosas son necesarias si el individuo desea vivir cómodamente consigo mismo y con los demás.

Un elemento esencial para lograr las metas anteriores es el desarrollo de un supereyó adecuado. Como ya se ha visto, al internalizar aspectos de las figuras de autoridad a las que ha estado expuesto, el individuo desarrolla una estructura interna que le sirve para castigarlo o recompensarlo cuando se comporta o no en forma apropiada en términos de la interpretación de las figuras de autoridad, de los patrones culturales. Esto implica que los padres, como las figuras de autoridad más importantes, son los agentes principales del proceso de socialización. La efectividad de los progenitores en recompensar patrones de conducta aprobados, o de castigar los reprobados determinarán en forma muy importante el éxito de este proceso de desarrollo. Un componente importante del papel del padre como socializador es la efectividad con la que desarrolla una relación mutua afectiva con el niño en forma tal, que la sola aprobación o reprobación puede servir como condición motivadora significativa para controlar el comportamiento del pequeño.

La socialización no carece de cualidades negativas. Un individuo puede estar sobresocializado y concebiblemente una sociedad entera puede estar expuesta a procesos de socialización que sean debilitadores más que promovedores de una vida fructífera. El hombre es fundamentalmente un animal y el grado hasta el cual la socialización le niegue esta naturaleza biológica fundamental, puede destruir la espontaneidad creativa y el vigor, que son esenciales para los demás importantes tipos de avance humano.

Bibliografía

- MURRAY, H. A. y cols., *Exploration in Personality*, Oxford Press, Nueva York, 1938.
- MURRAY, H. A., "Toward a classification of interactions", en Parsons y Skils (dirs.), *Toward a General Theory of Action*: Harvard Univ. Press, Cambridge, Mass., 1951.

- MURRAY, H. A. "Preparation for the seaffold of a comprehensive system", en Koch, S. (dir.), *Psychology: a Study of Science*, McGraw-Hill, Nueva York, 1959.
- MURRAY, H. A. y KLUCKHOHN, C., *Personality in Nature, Science and Culture* (2ª edición), Knopf, Nueva York, 1953.
- MURRAY, H. A., "Some Basic Psychological Assumptions and Conceptions", *Dialéctica*, núm. 5, 1956, págs. 266-292.
- MURRAY, H. A., "Components of an Evolving Personological System", en Sills, D. L. (dir.), *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Macmillan & Free Press, Nueva York, núm. 12, 1968, págs. 5-13.

19

MURPHY

El tema principal presente siempre en la teoría de la personalidad de Gardner Murphy es que el hombre constituye tanto un fenómeno biológico como un fenómeno social, y que estos dos aspectos deben reunirse en un tercer fenómeno, el de la integración. En esta forma, cuando dice “tu hambre es diferente de mi hambre” (1947, pág. 143), él quiere expresar que el hombre se ramifica, al partir de una necesidad básica de comida, hacia los múltiples tipos de aversiones y apetitos que aprende según el orden social en el que vive. Sin embargo, más allá de esto, está el aspecto muy importante de integrar las partes biológicas y sociales del ser humano. En su obra (1947), asienta: “El estudio de la personalidad es un arte y una empresa de ingeniería, así como una ciencia, y en el presente estado de su desarrollo los tres aspectos se fusionan y se rehúsan a ser separados” (página 14). En su obra (1958) encontramos lo siguiente:

Yo he creído durante mucho tiempo que la naturaleza humana es la reciprocidad de lo que está afuera, que no se encuentra definitivamente *enrollada adentro de nosotros* sino que es nuestra forma de ser con nuestros contemporáneos y con nuestro mundo. Yo llamo a este campo teoría ... (pág. VIII).

Descripción de la conducta humana

Murphy piensa que el estudio de la personalidad es un tipo particular de *psicología general*. Divide su trabajo en cuatro temas principales: la personalidad biológica, la personalidad emergente, o sea integrante; la personalidad socializada y las potencialidades humanas o nuevas perspectivas.

La teoría de la personalidad para él es sinónimo de teoría de la motivación. Su propósito principal es contestar a la pregunta: “¿por qué hace el hombre las cosas que hace?” Para este autor, cada aspecto de la personalidad es concebido en términos de motivos.

La personalidad biológica. “La primera definición de personalidad es la que se haga en términos de un sistema bioquímico” (Murphy, 1947; página 31). Con estas palabras podemos empezar a describir la personalidad del hombre tal y como la ve Murphy.

Una de las dificultades al referirnos a la personalidad humana es la naturaleza biológica de las propiedades físicas y químicas que se encuentran altamente involucradas en la conducta del hombre, ya que ninguna de estas propiedades resulta susceptible de ser ajustada a las presiones sociales. En esta forma, la naturaleza ignora nuestra distinción artificial entre el hombre y su ambiente.

El orgánico es un sistema tensional que opera en una jerarquía compleja de partes interdependientes. La personalidad biológica deberá, por tanto, considerarse como parte de la teoría del *campo* que, en este caso, significa “la distribución de energía en el tiempo y en el espacio”. Debido a que el hombre es biológico, el concepto de homeostasis es importante. Pero debido a que también es social y opera en un medio incontrolable y cambiante, la homeostasis lo puede volver incapaz de cambiar para enfrentarse a tiempos cambiantes. Si sólo regresara a un estado de equilibrio, estaría siempre yendo hacia atrás, en forma reaccionaria, a situaciones que ya no existen. Este es el dilema de la personalidad humana enfrentada desde su base biológica:

Es el desarrollo, la diferenciación, la integración de estos patrones motivacionales individuales, los que constituyen la primera gran clave biológica de la personalidad (Murphy, 1947, página 124).

La relación de la personalidad con la anatomía puede estudiarse de tres maneras diferentes. Primero, si analizamos indirectamente el papel que el cuerpo juega en la limitación y control de la conducta, para poder en esta forma obtener información muy valiosa acerca de la personalidad del individuo. Segundo, se puede obtener información si observamos el efecto continuado que la conducta expresiva tiene sobre la apariencia del cuerpo. Tercero, el efecto de la apariencia física propia sobre otros, puede proporcionar una clave valiosa de la relación de la anatomía y de la personalidad.

Organización. Cuatro funciones se encuentran involucradas en la organización de la parte orgánica del hombre:

1. La energía se trasmite de una región del cuerpo a otra.
2. La transmisión es simultánea ya que la energía fluye en varias direcciones y siempre en una forma altamente interdependiente.
3. Está involucrado un grado de ajuste y regulación de cada parte a otras partes.

4. Cada una de las partes orgánicas por separado es responsiva a estimulación que proviene "de fuera de la piel", que a su vez puede crear respuestas simpáticas de otros órganos.

Constitución individual. Las diferencias individuales surgen de un hecho constitucional que es indiscutible: no hay dos cuerpos humanos que sean exactamente iguales. Sólo porque el hombre tiene sistemas orgánicos diferentes dentro de sí mismo y porque su sistema orgánico total difiere de todos los otros, es capaz de realizar una función de integración muy importante. La integración, la interdependencia funcional de las partes o la amalgamación de las diferentes secciones de cualquier organismo, es lo crucial del crecimiento y del desarrollo. Si todas las partes de un sistema fueran exactamente iguales, existiría la homeostasis completa, y en tal situación no ocurriría ninguna acción esencial para cualquier tipo de movimiento progresista.

Si tenemos en mente que las diferencias son extremadamente importantes debido al tercer factor que involucra la interdependencia de las partes, se puede empezar con el estudio de las diferencias constitucionales. La personalidad surge de las discontinuidades del sistema tisural: receptores y efectores, glándulas con ductos y sin ductos, sistema nervioso central y autónomo. El interjuego e interdependencia de estos sistemas duales ayudan a crear la personalidad. Para Murphy, "nada es más cierto que las discontinuidades". Existen por tanto, no sólo diferencias en el grado, sino también en el tipo.

Dentro del reino de las diferencias sociales o discontinuidades, habla de puntos nodales y *quales*. Un *quale* es "cualquier característica distinta en un individuo, y que opera por entero independientemente de otras fuerzas". Un *punto nodal* es "cualquier punto emanante que tiene influencias muy complejas y muy duraderas sobre el campo en el que opera". Murphy niega que la personalidad del hombre, tanto orgánica como social, tenga características *quálicas*. Prefiere postular una teoría de la personalidad en la nodalidad de las fuerzas vitales, sean biológicas o sociológicas. Los puntos nodales pueden tener una alta o baja concentración de energía. El hombre es un punto nodal en el campo de la sociedad.

Las diferencias individuales en la constitución son el meollo de ulteriores diferencias de la nodalidad del individuo en la sociedad, pero ambos tipos de diferencias son poco importantes en sí mismas. La idea principal es que la tercera fuerza reúne a estas diferencias para que jueguen unas contra otras y luego se integren. La constitución del individuo simplemente sirve como un ingrediente original de una personalidad emergente.

Desarrollo. El niño empieza a individualizar su personalidad por medio del uso de sus cinco sentidos. El aparato sensorio se desarrolla a pasos desiguales; el gusto y el tacto pueden desarrollarse antes que la vista

y el oído. El interjuego de estos sentidos puede ser importante como una cualidad efectiva. También lo que el niño haga con relación a las cosas que lo afecten, produce las cualidades efectoras al desarrollar su personalidad. El niño inicialmente produce una personalidad que surge de los sentidos orgánicos que lo afectan y debida al efecto que tienen sobre su propio cuerpo mientras se produce el ajuste.

Hay tres niveles de desarrollo involucrados en los aspectos biológicos del hombre y su personalidad. El primer nivel es la actividad masiva global e indiferenciada del nuevo organismo en el momento del nacimiento. Ésta se puede seguir hacia atrás hasta la etapa de la división celular del ser humano en estado embrionario. El segundo nivel se refiere a las partes orgánicas en la medida en que empiezan a actuar individualmente, al realizar las funciones para las que están hechas. El tercer nivel y el más importante, se relaciona a la acción integrada de cada parte orgánica con todas las demás, y especialmente a la interdependencia entre ellas. En esta forma, el corazón, los órganos viscerales, las fibras neurales, la estructura esquelética, la musculatura, y todas las porciones del cuerpo deben depender una de otra y actuar en tal concierto. Si esto no se logra, significa funcionar de manera inapropiada, y tiene como resultado la muerte.

Necesidades. Se suponen cuatro necesidades orgánicas innatas como parte de la naturaleza biológica de la personalidad del hombre; son las siguientes:

1. *Viscerales:* alimento, agua, aire, etcétera.
2. *De actividad:* exploración y manipulación.
3. *Sensoriales:* claridad perceptual en el color, tono, ritmo y orientación.
4. *De supervivencia:* evitación del dolor, muerte, amenaza, *shocks*, etcétera.

Motivación. El tema de la motivación se percibe en todos los escritos de Murphy. Lo trataremos aquí como se aplica en la orientación biológica de la personalidad. Sus aspectos esenciales son los siguientes:

1. Cada célula en el cuerpo del hombre tiene la capacidad de iniciar conducta.
2. La motivación nunca se inicia o se detiene, sino que hay gradientes de tensión que producen intensidades de motivación.
3. Debido a que la motivación depende de la interdependencia de presiones internas y externas del organismo, es una fusión de partes y no una simple suma aritmética de presiones.

4. Debido a que la “pura preparación para, es lo mismo que la motivación”, esperamos encontrar que el estudio de la personalidad humana es lo mismo que el de sus respuestas preparatorias.

5. El factor de la discontinuidad o de las diferencias individuales también se aplica a la motivación: “la motivación de un hombre... nunca podrá ser el duplicado de la de otro”.

6. Visto desde el ángulo motivacional, la personalidad es tanto “una forma de volverse sensitivo”, como “una manera de reaccionar frente al medio”. De esta manera, el hombre está dirigido desde dentro e impelido desde fuera.

7. Es sólo debido a que hay una discontinuidad en la motivación como resulta posible que se lleve al cabo la integración. En otras palabras, si no hubiera discontinuidad, no habría nada que integrar, y sin nada que integrar no puede haber motivación. Son las partes discontinuas del hombre las cuales, debido a que deben ser integradas, lo llevan a alejarse de un centro muerto. Un sistema completamente homeostático, balanceado, no se siente impulsado a hacer algo.

8. Cuando se origina la motivación, el hombre no se da cuenta específicamente de sus metas. Al principio, trata más o menos de integrar sus partes bivariantes. Sólo posteriormente en la vida, entra en juego la propositividad; entonces sabe la personalidad por qué lucha. La propositividad es una experiencia especial, aprendida, derivada, que se desarrolla más tarde. No es esencial a la motivación cuando ésta se origina.

9. Hay tres formas por medio de las cuales se pueden estudiar las diferencias individuales en la motivación:

- a) al medir las diferencias viscerales, fisiológicas y orgánicas;
- b) al medir la conducta externa, que es un método indirecto de estudiar las diferencias individuales en la motivación, y
- c) el método más indirecto de todos: el testimonio de observadores entrenados.

Rasgos. Murphy inicia su discusión acerca de los rasgos en la consideración de los aspectos biológicos de la personalidad humana. Para él, los rasgos son sólo indicadores superficiales de la importante interdependencia dinámica de las partes orgánicas internas; tienen sus inicios más tempranos en forma de fenómenos orgánicos que consisten en tensiones tisurales específicas. Estos rasgos orgánicos constituyen con frecuencia sistemas muy complejos de relaciones funcionales entre tejidos corporales y el medio específico en el que operan. Es a partir de esto de donde surge el término *biosocial* acuñado por Murphy.

El hombre inicia su vida con rasgos orgánicos que pueden ser medidos sólo en forma muy limitada. Pero los rasgos orgánicos ayudan a explicar el *self* único de la persona individual, diferente de todos los de-

más *selves* de la Tierra. Los rasgos orgánicos le dan fuerzas y debilidades fisiológicas, pulsiones, tendencias al relajamiento o excitación, y el importante factor de su propensión al éxito o fracaso en la interacción fisiológica.

Hay tres tipos de rasgos orgánicos: las gruesas características de las respuestas y necesidades tisurales, las formas persistentes de reacción individual de los tejidos, y las formas persistentes de interacción entre los tejidos.

En su libro (1947), Murphy dice:

Entre más significativo es un rasgo para la vida social, más lejos está de construir una simple determinación de cualquier factor genético único (página 224).

Por tanto, los rasgos sociales son patrones infinitamente complejos de aquellos orgánicos, básicos, interdependientes y, en consecuencia, no pueden ser medidos en forma directa.

El grado de arraigo de los rasgos es sensible a tres factores sociales: movilidad vertical, movilidad horizontal y cambios agudos en el *habitat*.

Futuro. Frente a la pregunta: ¿cuál es el futuro del hombre como especie biológica en el universo? Murphy ofrece tres puntos de vista. La primera consideración es la de los rápidos cambios que uno descubre en los tipos físicos en comparación con el hombre de no más de hace un siglo. Estos, por supuesto no son genéticos.

En segundo lugar, encuentra marcado aumento y también disminución en la prevalencia de ciertas enfermedades.

En tercer lugar, y el más importante, es aquel que Murphy denomina *carga genética*, y de la que el hombre dispone. Los cambios han sido extraordinariamente lentos durante miles de años; sin embargo, Murphy hace notar que parece que manipulamos y aumentamos los cambios en la evolución humana con más rapidez de lo que pueden ser asimilados por las costumbres de la sociedad. La primera ejemplificación se encuentra en el campo de la investigación genética. Como siguiente ilustración, menciona la discusión papal de la eugenesia positiva y negativa que se proclamó en 1953. A esto se debe agregar el principio no católico acerca del control de la natalidad que puede o no cambiar el número relativo de grupos raciales. Un paso más allá está la consideración de la mezcla de razas mediante los matrimonios interraciales. Pero la tercera consideración de los cambios en la estructura biológica del hombre, la trasmutación de la estructura genética por accidente o por efectos de radiaciones atómicas es la que más preocupa a este autor.

La personalidad emergente e integrante

La fuerza, amplitud y complicación de la estructura de la personalidad se puede percibir en su siguiente cita:

...Los elementos últimos de la estructura de la personalidad son las necesidades o tensiones, y están interrelacionadas por medio de las conexiones funcionales entre regiones que permiten la dispersión de estas tensiones. El resultado es un sistema tensional cuya estructura regida por leyes, está expresada en términos de las fuerzas relativas de las tensiones y de la relativa rigidez de barreras para su difusión. Por tanto, nuestra hipótesis afirma que el sistema tensional del organismo está organizado en el sentido de que cada evento va limitado y controlado por las relaciones entre los elementos, como en la homeostasis. Existe organización constante en el tiempo y en la forma de un sistema *estático*. También hay organización dinámica o temporal; cada tensión o grupo de tensiones inicia cambios que eventualmente llevan al organismo a un nuevo balance, o lo regresan al primero. De especial importancia es el concepto de Weiss, del *desarrollo de un sistema* que retiene su organización. Esto se puede lograr por la complicación gradual de las partes individuales, la relación total entre las partes que permanecen sin cambios. Expresiones tales del desarrollo de la personalidad como la *sinestesia, estilo, ritmo individual*, etc., son de este tipo. El organismo es un sistema de gradientes fisiológicos. Los experimentos de relajación de Jacobson indican que la tensión muscular de una región se dispersa en forma de gradiente a otros grupos musculares; en forma semejante, la reducción de tensión en una región se dispersa hasta que la tensión se reduce en los grupos musculares funcionalmente correlacionados, y el proceso continúa con toda probabilidad hasta que la mayoría o todos los grupos musculares estén involucrados. Evidencia considerable tiende a la misma dirección; y el principio se mantiene también para las tensiones neurales y bioquímicas (Murphy, 1947, pág. 641).

Consideraremos ahora aquellos aspectos de la personalidad que intentan integrar y hacer surgir la estatura total del hombre como un organismo humano viviente. Para esto hablaremos de canalización, condicionamiento, conflicto, percepción, símbolos y *self*.

Canalización. El proceso por medio del cual los motivos generales (que al principio están más bien relacionados en forma no específica a una clase de estímulos) tienden, sobre experiencias repetidas, a volverse más fácilmente satisfechos por medio de la acción del satisfactor específico que por otros de la misma clase general, se ha conocido desde hace tanto tiempo, que sería imposible nombrar a su descubridor. Pero los buenos nombres son de gran conveniencia, y el término acuñado por Janet, *canalización*, es un buen nombre para este proceso. Las energías que esperan una salida, irrumpen a través de la barrera en un punto dado, se acanalan o canalizan en el proceso, y a medida que la barrera se debilita, tienden a enfocar más y más su presión sobre este punto (Murphy, 1947, pág. 162).

Los aspectos más importantes de la canalización tal como la ve Murphy, son los siguientes:

1. Las primeras canalizaciones se centran alrededor del cuerpo mismo en todos los aspectos del crecimiento corporal u orgánico. Este es el primer gran centro de canalizaciones. Siguiendo la capacidad del cuerpo para individualizar las diferentes sensaciones o sentidos, las primeras canalizaciones son sobre cosas específicas, en la medida en la que un niño puede discriminar entre objetos. Sin embargo, como el niño primero aprende acerca del mundo exterior por medio de su cuerpo, son sus canalizaciones las que resultan iniciales. En tal punto de partida, la intensidad de la gratificación que el objeto, el cuerpo o el niño recibe, fortalece la respuesta individual. A medida que cada respuesta es fortalecida, la fuerza inicial crece o gana en respuesta a medida que recibe subsecuentes gratificaciones. El proceso continúa hasta que resulta una canalización o respuesta fuertemente canalizada. En esta etapa del desarrollo, la frecuencia de ciertas respuestas que se canalizan es de mucha importancia.

2. No todas las canalizaciones necesitan ser agradables; algunas pueden ser evitativas o desagradables.

3. Por lo general una canalización puede romperse sólo a causa de canalizaciones o respuestas más poderosas. Es posible destruir una canalización si otra tendencia conductual o conducta más potente compite con la primera en forma lo suficientemente poderosa para preferir la expresión fisiológica original. Sin embargo, se deberá recordar que las canalizaciones son por lo general autónomas y de esta manera libres de interferencias entre unas y otras.

4. "Las canalizaciones no están entonces, hasta donde sabemos, sujetas a extinción por desuso o por desplazamiento de otras" (Murphy, 1947, página 169).

5. Mientras ocurra algún grado, aunque sea pequeño, de satisfacción real, se seguirá una canalización o fijación. En todos los tipos principales de motivación ocurre la canalización.

6. Cuando se debe hacer una elección de acciones y el contraste entre las alternativas es muy grande, se supone que se harán elecciones canalizadas con mayor rapidez.

7. Las canalizaciones dependen de los intereses principales, así como de la actividad corporal y factores causales. El cuerpo puede producir o hacer cosas que no tenga interés en repetir.

8. La tasa o proporción del proceso de canalización se encuentra en dependencia en cierto grado de la supremacía de una satisfacción o satisfactor sobre otro.

Esto es, entre más alto el grado de satisfacción, más rápida será la tasa de desarrollo de la canalización.

9. El proceso de la formación de canalizaciones nunca llega a su fin, sino que continúa a lo largo de toda la vida.

10. Una de las claves más importantes que el personólogo debe buscar o tratar de lograr, es el concepto de la canalización sobre el *self*, o sea la canalización del *self*. Murphy piensa que entre más se acerque uno por medio de la experimentación o la investigación al descubrimiento de las raíces de la autocanalización o canalización del *self*, más cerca se estará de la estructura de la personalidad humana.

11. En la misma línea, el autoamor o el amor y respeto al *self* (a sí mismo), es probablemente la forma más poderosa de canalización. Aunque Murphy nunca ignora el efecto del medio en la personalidad humana única, cree que las diferencias constitucionales especialmente la intensificación de las necesidades de cada constitución o cuerpo individual pueden explicar las diferencias entre la gente. Debido a que parece haber para él una diferencia cuantitativa en las canalizaciones de una persona a otra, un individuo puede tener pocas canalizaciones y estar profundamente enraizadas, mientras que otra persona puede tener muchas canalizaciones y sólo algunas de las cuales estar profundamente enraizadas.

12. Entre más compleja se ha vuelto una persona, más canalizaciones tendrá. Esto no significa necesariamente que entre mayor sea uno, más canalizaciones tendrá; significa que entre más experiencias haya tenido, es probable tenga más canalizaciones. En consecuencia, el individuo que vive en un medio rural, tranquilo, quizás no tenga tantas canalizaciones, aunque sí más profundas, que un individuo que se desarrolla en un área metropolitana.

13. Cada sociedad mantiene un sistema de canalizaciones asociadas, por ejemplo: estereotipos o canalizaciones similares dentro de una sociedad o grupo étnico. A medida que la sociedad encuentra que las canalizaciones son valiosas, son pasadas a la siguiente generación. En un sentido hay, entonces, una herencia biológica y cultural de canalizaciones.

Debido a que la sociedad se niega a dejar canalizaciones asociadas que le han servido, tenemos fenómenos tales como el retraso cultural, que afecta por ejemplo, la estabilidad de la unidad familiar.

Murphy hace una clara distinción entre canalización y condicionamiento. Él cree que el condicionamiento está sujeto a la extinción; que el experimentador puede extinguir cualquier respuesta condicionada, mientras que una canalización, hasta donde él sabe, no es capaz de ser extinguida, sino que sobrevive en alguna forma residual a lo largo de la vida. La principal diferencia entre respuestas condicionadas y canalizadas en el ser humano es que el estímulo en sí mismo, la cosa que produce la acción, inicie una respuesta consumatoria o preparatoria. Por respuesta consumatoria se quiere decir que la cosa lograda lo es por sí misma y consumida por el valor inherente de la actividad misma. La respuesta preparatoria, tal y como se produce en la canalización, siempre supone

que el individuo se prepara para la realización de una actividad que está más allá de la influencia del estímulo original.

Condicionamiento. La mayor parte del aprendizaje surge de la lucha. El individuo motivado lucha ciega o inteligentemente por encontrar los medios de satisfacción. A medida que lucha, descubre cosas y actividades que lo ponen en contacto con la fuente de satisfacción. Estas cosas y actividades vienen a extraer, por su propio derecho, parte de (o algunas veces todas) las respuestas hechas al satisfactor mismo. En este muy amplio sentido, se puede usar el término condicionamiento. Pero desde el presente punto de vista, el condicionamiento ocurre sólo porque existe la motivación (Murphy, 1947, página 192).

Por lo que para este autor:

La personalidad está fundada en la experiencia de satisfacción y frustración; no se extiende caprichosamente en todas direcciones (Murphy, 1947, página 216).

Resulta obvio que tanto las canalizaciones como el condicionamiento son absolutamente esenciales para la emergencia de cualquier tipo de personalidad humana, y aunque el condicionamiento es común y esencial a la conducta humana, el no poderse condicionar también es común. Este factor con frecuencia es olvidado e ignorado en el trabajo psicológico que se refiere a la personalidad y a la investigación de la teoría acerca de ésta. También se supone que el condicionamiento, al ser tan común, es automático.

Entre los factores que surgen del concepto de condicionamiento de la personalidad humana, está la diferencia individual. En su obra (1947), Murphy dice:

Como principio fisiológico simple, entonces, es permisible decir que una respuesta dada originalmente producida por uno o sólo unos cuantos estímulos, puede con el tiempo, como resultado de la experiencia, ser producida por un amplio rango de estímulos, muchos de los cuales pueden no parecerse al estímulo original y estar conectados con ella sólo por asociación cercana. Como cada individuo se enfrenta a diferentes patrones de estimulación y adquiere diferentes respuestas condicionadas, la personalidad se puede concebir como el sistema de condicionamiento que distinguen una persona de otra.

Murphy pone mucha atención al principio de *dominancia* que, afirma, es suficiente para explicar la adquisición y pérdida de cualesquiera respuestas condicionadas. Ciertas respuestas condicionadas son más dominantes que otras. Tenemos, por tanto, una clase de jerarquía de respuestas condicionadas, dominantes y menos dominantes dentro del individuo. Cuando una respuesta condicionada es activada, inhibe otras múltiples posibilidades y pone a las respuestas condicionadas menos

dominantes en un lugar inferior en el control de la conducta humana. En forma semejante, la recuperación espontánea de una respuesta condicionada, se debe a su dominancia sobre otra menos condicionada. La dominancia y sumisión en el condicionamiento son, por tanto, de vital importancia en la emergencia de la personalidad a medida que éste intenta integrar las numerosas fuerzas que se encuentran “dentro de la piel y fuera de ella”.

El problema de la transferencia o generalización de estímulos proviene de los condicionamientos establecidos, que ocurren cuando hay semejanzas entre las situaciones estímulo. Como “todos los condicionamientos, hasta donde sabemos, están sujetos a la transferencia”, este problema es de vital importancia en el estudio de la personalidad. Además, y con la suposición de que todos los condicionamientos llevan a la transferencia, cuando los estímulos varían podemos esperar que todos los condicionamientos lleven a la diferenciación entre las respuestas. En un sentido, los procesos intelectuales se deben al valor y la habilidad para hacer diferenciaciones; a medida que se hacen éstas se vuelven más *compartamentalizadas*. La incapacidad de compartamentalizar las diferenciaciones parecería ser el problema de los seres humanos menos inteligentes. Entre mayor sea la inteligencia, podemos suponer que mayor es la habilidad para diferenciar y compartamentalizar respuestas condicionadas.

Hay tres mecanismos que bajo el rubro de condicionamiento referido a las normas culturales, tienen un papel importante en la estilización temprana de conducta: *sugestionabilidad* (o sugestibilidad), *imitación* y *simpatía*. De estos tres mecanismos surge un cuarto factor: las *actitudes*, que son en sí mismas, de acuerdo a Murphy, respuestas condicionadas. Las actitudes ayudan a determinar qué respuestas, principalmente aquellas culturales normativas, serán condicionadas posteriormente. Los condicionamientos de aquellos aspectos que involucran la cultura en la personalidad emergente e integrante, se hacen hacia patrones y no hacia estímulos aislados.

Conflicto. La mayoría del aprendizaje surge en realidad de una lucha, o en otras palabras “la elección significa conflicto” (Murphy, 1958 página 79). Este autor piensa que debido a las elecciones que tiene que realizar el hombre en su vida, debe saber que éstas lo llevarán al conflicto. Sin elección no puede haber conflicto; todo es automático. En pocas palabras, la elección hace que nazca el conflicto. Este fenómeno se inicia con la emergencia más temprana del ser humano como organismo vivo en el que el balance y la descompensación fisiológicos deberán de considerarse normales, y comunes y corrientes. Sin embargo, el conflicto fisiológico no es conflicto en realidad, ya que se resuelve a sí mismo.

El conflicto psicológico, en contraste con el fisiológico, es genuino, especialmente cuando las señales dadas al *self* integrador son ambiguas;

es decir, que pueden tener valores variables acerca de los cuales uno debe tomar decisiones o en las que los caminos son oscuros o poco claros.

La frustración proviene de cualquier bloqueo de una salida; cuando tal escape está bloqueado, la energía se almacena y busca liberarse por medio de las pulsiones canalizadas. Conforme a la exposición previa de la personalidad biológica, podemos afirmar que en la frustración siempre está presente un alto grado de individualización. La tolerancia a la frustración es intra e interhumana. Esto es, en el individuo aislado puede variar de tiempo en tiempo, siendo más alta en la mañana quizá que en la noche después de un día atareado. También hay diferencias entre dos personas, o sea tolerancia interhumana. Murphy cree que el conflicto no es el resultado de dicotomías orgánicas y funcionales, o cuerpo y mente; el proceso del conflicto es más complejo que el conflicto entre dos fuerzas opuestas. Tiene que ver con la integración y dominancia de rasgos. Muchos factores intervienen en el conflicto psicológico verdadero. Uno no lleva, por tanto, una vida de lucha entre la mente y el cuerpo, ambos queriendo hacer diferentes cosas. Es la integración de la mente y el cuerpo en relación con el mundo exterior o cultural, además de los grados de las canalizaciones y la dominancia de los condicionamientos, lo que está involucrado en el conflicto.

Murphy establece que hay tres formas de responder a la frustración freudiana, que surge del conflicto psicológico: *a)* agresión; *b)* resignación, y *c)* autoengaño. Un ejemplo de agresión sería cualquier ataque directo o frontal sobre la persona o situación, que produce la frustración. El "darse por muerto" es un ejemplo de una forma resignada de responder a la frustración. El autoengaño como forma de respuesta es de tres tipos diferentes: el primero es una autoimagen distante, una *self* con tremendas cualidades y poderes que puede sobreponerse a cualquier frustración; el segundo, la fantasía, que proporciona una vida libre de conflicto; el tercero, el concepto de uno mismo como un ser superior, por encima de cualquier tipo de amenaza, un síndrome de retraimiento algo psicótico. Una cuarta manera de responder a la frustración estaría dada en la actividad de la agresión desplazada.

Percepción. La percepción se inicia al principio en el animal humano por autorreferencia; en el sentido de Piaget, es egocéntrica. A partir de este concepto, Murphy dice que el proceso del desarrollo perceptual involucra tres actividades: identificación, reacción y diferenciación. Primero, debemos identificar, con base en nuestra experiencia pasada, cualquier fenómeno que nos ocurra; después de identificarlo como agradable o desagradable, respondemos a éste con una reacción favorable o desfavorable. Después de haberlo identificado y reaccionado, proseguimos diferenciándolo. El cuarto paso en la integración del estímulo o fenómeno va más allá de los primeros tres procesos de identificación, reacción y diferenciación. Murphy cree que la percepción, como el

aprendizaje-motor y la maduración, se desarrolla en tres etapas. La primera es aquella borrosa o nebulosa; la segunda es de diferenciación, y la tercera, de integración. Sólo después que se han alcanzado estas tres etapas en tal orden, puede uno desarrollar un sistema perceptual totalmente eficiente.

Uno de los aspectos valiosos de un sistema perceptual es que solidifique a la conducta humana y ayude a resistir al cambio mediante la actividad de la canalización, lo cual evita que el hombre flote como una hoja o pluma en el aire. Existe, por supuesto, la dificultad en cambiar la conducta humana a medida que los sistemas perceptuales se canalizan y se resisten al cambio; sin embargo, Murphy cree que ésta es una de las gracias salvadoras en la conducta del hombre. El hombre no tiene que aprender nuevos métodos de canalizar su conducta cada mañana cuando se levanta al inicio de un nuevo día.

Murphy piensa que mucha de la percepción es intuitiva, o que si usamos el término freudiano, está en el inconsciente. La percepción no es directamente identificable en los procesos conscientes, ni por el que percibe algo, ni por el individuo que estudia a una persona que percibe. Murphy cree también que la percepción es bastante satisfactoria para el sistema del *self*, ya que constituye un proceso reductor de tensión.

Necesidades y perceptos. El que "las necesidades van adelante de los perceptos" (Murphy, 1947; pág. 378) quiere decir esencialmente, que las necesidades controlan a los sistemas perceptuales, o que en algún sentido, le dan órdenes a los sistemas perceptuales. Vemos lo que queremos ver y no lo que realmente existe. Así, las cosas que necesitamos, las que queremos, las que nos motivan, siempre están delante de nuestros sistemas perceptuales, y el sistema perceptual está dirigido por el sistema de necesidades en cada ser humano.

Según Murphy, hay dos principios bajo los cuales la percepción se organiza. El primero es el de la regularidad de la experiencia, que hace que aparezca una expectación; el segundo, la relevancia o significatividad del objeto de nuestros deseos o temores. Siguiendo estos dos principios de regularidad en la experiencia y relevancia del objeto, es como se organiza nuestro sistema perceptual.

Aprendizaje. La habilidad para aprender involucra cinco procesos en el siguiente orden: *a)* la capacidad de formar asociaciones simples; *b)* la habilidad de desarrollar sonidos y gestos que le permiten a uno comunicarse consigo mismo y con otros humanos; *c)* la habilidad de usar símbolos, y de usarlos para pensar en forma abstracta; *d)* la capacidad de investir sentimientos personales en objetos estables y específicos; y *e)* la capacidad de sistematizar y clasificar objetos, sentimientos y símbolos para que uno sea capaz de compartirlos socialmente con el mundo.

Los cinco procesos dan como resultado una consolidación de maneras de percibir. Uno no puede aprender, a menos que sea capaz de percibir.

Murphy también piensa que el aprendizaje y en un sentido, el pensamiento, pueden llevarse al cabo sólo bajo la presión de las necesidades. Uno no aprende, no piensa, a menos que tenga un deseo o una presión que cree o ayude a crear esa capacidad dentro de su sistema neurológico.

Hay seis clases o tipos de aprendizaje (Murphy, 1958):

1. Pavloviano: condicionamiento clásico (conducta-estímulo-respuesta).
2. Skinneriano: condicionamiento operante (recompensar y reforzar respuestas correctas).
3. Unión o encadenamiento asociativo: correlaciones (tales como el fenómeno natural del trueno que ocurre con el relámpago).
4. Reorganización de la percepción: comprensión súbita (*insight*), (resolución de un problema).
5. Reorganización de la totalidad: *gestalt* (uso de todas las facilidades —físicas y mentales— para reorientar por medio del sentimiento, cognición, emociones, etcétera).
6. Canalización: canalizar hábitos de conducta consumatoria (satisfacción directa, no extingible, de una necesidad, por medio de un querer específico, si no están necesariamente involucrados símbolos).

Símbolos. La palabra símbolo significa esencialmente, para Murphy, cualquier estímulo que puede representar a otro estímulo. La importancia de los símbolos en la teoría de la personalidad de Murphy, se puede ver claramente en el siguiente resumen:

1. Las diferencias en la personalidad se deben en gran medida a las diferentes respuestas al mundo de los símbolos. La forma en que un hombre responde al mundo simbólico es lo que hace posible las diferencias individuales.
2. A medida que el ser humano adquiere un lenguaje, tal sistema está entonces totalmente controlado desde el punto de vista social y no tiene ninguna relación (sólo aquellos casos de patología del habla) con cualquier condición orgánica. Así ocurre en cada etapa de adquisición del lenguaje; en otras palabras, en el aprendizaje de símbolos.
3. Con frecuencia, en el campo de investigación, lo que pasa como condicionamiento de orden superior no es más que condicionamiento verbal de primer orden, o manipulación simbólica.
4. Aunque el hombre tiene un lenguaje y lo utiliza para esconder sus pensamientos, el hecho de tener un lenguaje y símbolos también le ayuda a liberar sus pensamientos y a convertirlos en acciones.
5. El mundo de los símbolos realmente proviene del de acción y regresa constantemente a un mundo de acción en el que el hombre con frecuencia hace algo físicamente, debido al uso de unos símbolos o al uso de otros.
6. Murphy piensa que en “el flujo del pensamiento”, este lenguaje interno es un método por medio del cual el hombre se manda señales a sí mismo.
7. El hombre vive, sueña, desea y planea en un mundo puramente simbólico.

8. Debido a que los símbolos son las causas internas de la acción, uno puede estudiar los sistemas de tensión de cualquier personalidad humana al estudiar el contenido simbólico de esa personalidad.
9. Un factor importante en el moldeamiento de cualquier personalidad humana y su organización para el futuro, puede ser la acción que es puramente simbólica. En esta forma, durante el *counseling*, en el trabajo clínico, en psicoterapia, mucho de lo que se realiza se hace en realidad a la acciones simbólicas del cliente.
10. Es posible que un indicador simbólico pueda establecer el escenario o crear un tipo de conducta que persistirá mucho tiempo después de que hayan sido eliminados o removidos los símbolos.
11. Murphy no piensa que los símbolos están restringidos únicamente al lenguaje. Vestidos, gestos, formas pictóricas de arte, etc., pueden clasificarse como símbolos. Sin embargo, el lenguaje es una de las claves más ricas con las que puede trabajar quien investigue acerca de la personalidad de un individuo.
12. A medida que se desarrolla el ser humano, las características individuales de sus patrones de lenguaje se vuelven muy estables. Esta es una forma de canalización, según Murphy. Los patrones de lenguaje están bastante establecidos y firmes, y son independientes de presiones externas.
13. Murphy considera como un área valiosa de investigación la relación entre los símbolos y los sistemas de valores. Cuando las canalizaciones del mundo simbólico se establecen en forma total, pueden llamarse *valores*; "el aspecto central acerca de los valores es que estos surgen de deseos definidos, de todos tipos..." (Murphy, 1947, pág. 272). La mayoría de los valores del individuo están "anclados profundamente dentro de la piel". Esta es la forma en que Murphy se refiere al inconsciente; considera valiosos los largos periodos de inmadurez, porque entre más largos sean, más plástico o fluido es el organismo. Entre más fluido sea el organismo, mayor el número de valores que puede formar. Los organismos que están *establecidos en o dados* a edades tempranas, son incapaces de reunir muchos más valores. El individuo que mantiene una mente abierta ganará amplitud o profundidad en su sistema de valores. El largo periodo de plasticidad o inmadurez es benéfico tanto para el individuo como para la sociedad. Sería difícil construir un sistema de valores en un ser humano, o que esa persona experimentara con tal sistema, si fuera a lograr un nivel de madurez que cerrara la posibilidad de alimentarse de valores posteriores. "Hay muchos valores, en parte porque toma mucho tiempo el crecer" (Murphy, 1947, pág. 284).
14. El mundo de los símbolos y el mundo de las actitudes también están comprometidos en esta teoría de la personalidad. Mientras que los valores surgen de deseos definidos dentro y fuera del sistema y son integrados por la personalidad, las actitudes son disposiciones reales hacia la acción o hacia el establecimiento de valores. La relación entre los símbolos y las actitudes es el resultado de un proceso largo y complejo. Igualmente complicada es la relación entre actitudes y valores. Las actitudes son motivadas. Son ajustes a situaciones reales y nos recuerdan los valores. Entre más de cerca observemos las actitudes, más difícil será encontrar una diferencia esencial entre éstas y los valores; aun son definidas por algunos como una expresión de

valor. Mientras Murphy cree que un valor es interno o está centrado internamente, una actitud expresa un valor por símbolos verbales. Las actitudes sociales son disparadas principalmente por estímulos simbólicos, y se expresan entonces en forma simbólica. La personalidad humana nunca tiene una actitud totalmente específica y por otro lado tampoco tiene una actitud totalmente general.

15. Cada personalidad tiene un sistema simbólico integrado dentro de sí misma. Por tanto, no es posible que un individuo dé una respuesta integrada al sistema simbólico de otro ser humano antes de la integración del suyo propio. En otras palabras, no es posible que un adulto responda al sistema simbólico de valores de un niño; de la honestidad o justicia en el juego, antes de que el pequeño haya creado o integrado dentro de sí mismo tal sistema.
16. Gran parte de la personalidad, tal y como la conocemos, se organiza con los símbolos que reconoce y ha integrado dentro de sí misma. Sin embargo, ningún sistema sobrepasa la sabiduría del cuerpo; es la integración de un mundo simbólico y de un mundo orgánico dentro del ser humano la que establece los límites a los que pueden aspirar los símbolos.
17. A pesar de las implicaciones de la afirmación anterior, es posible que una personalidad neurótica o psicótica viva casi absolutamente en un mundo simbólico, ignorando las demandas de alimento, vestido, habitación y cualesquiera necesidades orgánicas.

Self. Se puede dividir el material referente al concepto del *self* en tres categorías: la canalización de éste, el engrandecimiento y la defensa del mismo. El concepto del *self* juega un papel tan importante en la teoría de Murphy, que él piensa que mucho de lo que constituye la personalidad, o de su comportamiento cotidiano, está orientado hacia el *self* o determinado por este mismo.

La canalización del *self* empieza a temprana edad, cuando se centra en el cuerpo y en la boca. Al principio, el *self* crece a partir de un complejo de sentimientos indefinidos que existen en el primer nivel perceptual. Los sentimientos que tenemos de nosotros mismos, de la infancia en adelante, gradualmente llegan a aparecer o a formarse como resultado de un proceso de diferenciación que se lleva al cabo dentro del campo perceptual.

Nuestra tesis es entonces, que las actividades perceptuales y las actividades motoras son al principio totalmente carentes de *self*; que a medida que un objeto perceptual, el cuerpo, se define, otros objetos se relacionan a él en contexto; y en forma semejante, las respuestas motoras que al principio son más bien actividades digamos independientes, se convierten en hechos orientados a servir al *self*. Disposiciones inconscientes mantienen la autorreferencia de nuestras actividades y dichas disposiciones se han asociado al sentimiento del *self* por medio de un nexo de procesos asociativos semejantes a aquellos que operan en otra parte (Murphy, 1947, pág. 502).

La segunda de las consideraciones referentes al *self*, es un objeto percibido, sigue todas las leyes de la percepción. En sus esfuerzos para acrecentarse a sí mismo, depende de los procesos de identificación en una forma realmente activa. Este proceso incluye fuertes sentimientos de autismo. También involucradas en la emergencia del concepto del *self* están las actividades de la proyección e introyección. Murphy piensa que ocurra lo que ocurra, el *self* se vuelve el centro, el punto focal y el estándar de comparación de la realidad última. Esto lleva inevitablemente a hacer que el *self* tome su lugar como el valor supremo de cualquier personalidad humana, pues va de una sensación de darse cuenta del propio cuerpo, a una de prestigio y poder. Todo esto está diseñado para engrandecer al *self*. A medida que trata de acrecentarse a sí mismo, se vuelve menos un objeto puramente perceptual y se mueve con más rapidez hacia convertirse un sistema conceptual de rasgos.

Eventualmente, el *self* por medio de engrandecer su sistema de valores, alcanza el nivel de estructura yoica. Sin embargo, no depende tanto de quién es la persona como de lo que es, y del valor que tiene en la vida. Ya sea que el *self* sea un objeto físico directo como el cuerpo, o un tipo de abstracción, o esté organizado en forma suelta o bien estructurado, el aspecto de importancia primaria es el *yo*. Murphy adelanta cuatro hipótesis que son factores individuales en la determinación del sentimiento del *self*. La primera es que la educación, a fin de tener resistencia, sea que uno se considere un objeto físico o un sistema de gran abstracción. La segunda hipótesis es que uno tiende a usar en forma extensa símbolos verbales al tratar de integrar la propia imagen del *self*. La tercera, que uno se evalúa o se estima a sí mismo hasta el grado en el que la cultura en la que se vive promueve respeto para el *self*. La cuarta se relaciona con la aprobación de los padres: estamos inclinados a valorarnos o devaluarnos nosotros mismos de manera equivalente con la cantidad de aprobación que recibimos de nuestros padres. Entre más aprobación haya por parte de ellos, mayor será el valor puesto en el *self*.

Después de que el *self* ha evolucionado de un principio desorganizado, desintegrado, e intenta engrandecer su posición, aparecen las tendencias autodefensoras. Murphy piensa que no es posible alabarse o defenderse a uno mismo sin entrar en la defensa del *self* y en el engrandecimiento del *self* de otros. La defensa en sí misma, es un concepto primario en el estudio de la personalidad humana. El hombre no puede sentir más que ser el ser en el que todas las cosas de valor empiezan y terminan. En pocas palabras, todas las cosas llevan al *self*. Este centrarse en uno mismo no sólo engrandece al hombre sino le ayuda a defenderse, puesto que tiene la habilidad de canalizar sus sentimientos, y la canalización tiende a aumentar la rigidez con que se concibe a sí mismo y la rigidez del *self* en un lugar de la sociedad. En esta forma, el egocentrismo y el socio-centrismo son desarrollos naturales paralelos.

Sin embargo, el hombre tiene algunas dificultades en delinear dónde comienza el *self* y dónde termina, a medida que se engrandece y se defiende. En consecuencia, cuando la personalidad humana intenta identificarse con dos individuos, las canalizaciones que resultan se inclinan a crear dos o más *selves* divergentes, incompletos para una personalidad humana. Tales divergencias pueden, y en un sentido casi deben, llevar a una complicación neurótica o psicótica. Algo semejante a este desarrollo, son los grados de independencia del *self* del *no-self*. Aunque en los estados orgánicos tempranos el niño tiene alguna dificultad con este concepto, está en terreno bastante seguro, ya sea que el *self* termine en la piel o no lo haga. Sin embargo, después de un tiempo, la *simbolización* y *canalización* debida a la *identificación* con otros (padres y objetos yoicos) se vuelven borrosas. La delineación entre el *self* y el *no-self* se vuelve indiferenciada.

La personalidad socializada

El hombre se inicia como un ser biológico, y a medida que posteriormente integra su medio biológico y cultural, alcanza el tercer nivel, el de un ser humano socializado, en el que es capaz de vivir en armonía con otros seres humanos. Ya que sea que esto se llame cultura, sociedad o familia, es un paso necesario en el concepto total de la personalidad humana.

De acuerdo a Murphy, es imposible considerar la personalidad humana sin tomar en cuenta el proceso social en el que la personalidad opera. Enumeramos algunos de los aspectos que tal autor considera como componentes de la personalidad socializada:

1. Todas las personalidades son interdependientes, no es posible verlas como cosas independientes en un mundo social.
2. Sin embargo, las personalidades no son el único componente de un grupo o de la vida social. Uno debe considerar clima, temperatura, fertilidad de la tierra y la vida económica, que también ayudan a hacer la totalidad que llamamos cultura.
3. El hombre no es enteramente pasivo en su relación con las presiones de una vida grupal.
4. Es importante mantener en mente que cualquier individuo reacciona, pero no a la cultura total, sino a aspectos específicos de este fenómeno, que son reconocidos por su sistema perceptual.
5. En su tratamiento del mundo social del hombre, Murphy dice al respecto del determinismo económico (cualquier sistema de pensamiento en el que los rasgos principales de la vida social se deriven de la organización económica del grupo) que siente que, con frecuencia, es un área de estudio abandonada sobre todo en lo que se refiere a las personalida-

des. Hay tres formas en las que el determinismo económico puede usarse como una aproximación al estudio de la personalidad. Primero, la vida económica del hombre puede restringir sus actividades. Segundo, el determinismo económico puede dirigir con tanta fuerza la conducta humana como para afectar en alto grado al individuo y su personalidad. Tercero, el determinismo económico es una parte del ambiente total en el que el empleo, las oportunidades de éxito, y las posibilidades de lograr la superioridad sobre otros, están influidos o aun controlados. El determinismo económico significa tanto situación, es decir, fuentes o recursos disponibles, como instituciones, sean bancos, gremios, sindicatos, etcétera.

6. Murphy siente que los valores han sido subestimados en el estudio de la personalidad. Los valores añaden vitalidad y amor a las instituciones sociales. Estas instituciones son parte importante en la formación de las personalidades individuales y colectivas. Este autor divide los valores en relación con las instituciones en cuatro grupos: *a*) automantenimiento: agricultura, manufactura y forestación; *b*) autopropagación: matrimonio, familia, noviazgo; *c*) autogratificación: diversiones, artes culinarias, pintura, literatura y música, y *d*) autorregulación: policía, cortes de justicia, la Constitución, etc. Estos grupos de instituciones ayudan al flujo de la historia del hombre.

7. Los roles sociales tienen mucho valor en la formación de la personalidad: los papeles moldean la personalidad. Las dos bases más definidas para estos son la edad y el sexo. Las semejanzas entre los padres y los niños se deben en parte a que el pequeño lleva al cabo los roles aprendidos de sus padres. Murphy cree que los factores económicos influyen fuertemente en el aspecto personal que, a su vez, determina la aceptación o rechazo del rol por cualquier persona. Nuestro autor rechaza la rígida adherencia al relativismo cultural. (Todas las culturas están igualmente bien adaptadas a la naturaleza humana, o la naturaleza humana puede tomar cualquier forma con igual facilidad.) Él cree que el relativismo cultural niega y aún ignora las fuentes, bases biológicas comunes de la adaptación humana, aunque hay muchos desviados o inconformes en cualquier cultura.

En resumen, en nuestra tesis al respecto de los roles, hemos intentado demostrar: *a*) que la sociedad, con sus sistemas de valores, y con los valores de automantenimiento más o menos centrales en el patrón, no simplemente *moldean* a la gente, sino que requiere de ella la actuación de roles específicos de acuerdo con su lugar en el sistema; *b*) que no todos los roles son fácilmente aceptados, sino que muchos requieren tesón, e indiscutiblemente con frecuencia exigen grandes esfuerzos de los individuos; *c*) que una persona dada debe actuar varios diferentes roles (sexo, clase social, etc.) al mismo tiempo, y que su integración no es un aspecto obvio ni mecánico; *d*) que los roles no se derivan simplemente de obligaciones primarias, sino también en respuesta a los roles de otros (no

sólo hay melodía sino también contrapunto); e) que, en consecuencia, el individuo desarrolla *roles* balanceados o complementarios, en tal forma, que son complemento tanto para otros como para sí mismo, y f) que, por tanto, hay mucha distancia del determinismo económico más simple a una psicología realista de *roles*, basada en última instancia en el reconocimiento de los factores de automantenimiento (Murphy, 1947, página 794).

8. La familia, como un agente en la formación de la personalidad, actúa de mediador y medio canalizador de la cultura, porque es por los padres como se socializa la personalidad, y aprende las normas con las cuales debe operar. La familia como unidad, actúa como una pequeña sociedad o cultura única en la cual es más fácil que la personalidad socializada en proceso, use el ensayo y el error en su propia formulación.

9. Dada una situación cambiada que sea total y poderosa, es bastante probable que uno pueda cambiar *roles* y en consecuencia, pueda surgir en el sentido social una personalidad cambiada. El situacionismo puede continuar si determina diferencias entre personas, fundamentalmente los roles que deben actuar. El situacionismo tiene un fuerte efecto en la persona socializada, pues se aplica de manera principal a los cambios de personalidad cotidianos. La personalidad debe ser libre para seleccionar su propio ambiente y su propio contenido situacional; sólo en esta forma puede desenvolverse realmente.

10. Cuando las actitudes afectan a la conducta, lo pueden hacer en una forma dicotomizada. Podemos esperar una distribución normal de las actitudes, cuando se ven desde un ángulo impersonal o en forma cuantificada. Sin embargo, desde un punto de vista personal, las actitudes que involucran estrés o la toma de decisiones, afectan la forma de una distribución bimodal. Con esto se quiere decir que nos vemos forzados por medio de los *sets* o predisposiciones actitudinales, a estar a favor o en contra de algo. Por otro lado, al medir a un grupo y sus actitudes, podemos crear un continuo que vaya desde *sets* actitudinales muy bajos a muy altos, al respecto de cualquier fenómeno.

11. La sociedad moldea la personalidad mediante su presión específica en cuatro formas diferentes: a) El individuo es sensibilizado a los símbolos que la sociedad valora. Aun cuando no se dé cuenta de tales símbolos, éstos determinan su conducta. b) Debido a canalizaciones de naturaleza social y estructura estereotipada, el individuo es moldeado por aquello que la sociedad considera satisfactorio. En esta forma, sus satisfacciones se ven reforzadas y profundizadas por exposición competitiva. La ciencia, el arte y la música son todos ejemplos de este fenómeno. c) Pulsiones y necesidades tales como las preferencias en la alimentación, pueden en realidad determinar el nivel, cantidad y dirección del hambre en un ser humano. d) El tono sentimental predominante de un individuo depende en gran parte de los procesos culturales que influyen en el desarrollo de una criatura socializada.

Las *diferencias individuales* producidas por la cultura están implícitas en tres tipos:

1. *Cognoscitivas*: causadas por maneras o formas de explorar el mundo.
2. *Afectivas*: formas en las que cada individuo empieza a sentir su mundo.
3. *De impulso*: formas en que cada individuo es enseñado a actuar hacia el mundo que lo rodea en sus aspectos biológicos, orgánicos, geográficos, climáticos y sociales.

Las potencialidades humanas

Murphy delimita tres naturalezas humanas: *biológica* (el hombre se enfrenta a necesidades orgánicas intensas y difusas), *cultural* (el hombre se vuelve fijo y estandarizado) e *impulso creativo* (el hombre intenta que el impulso creativo lo haga entender el mundo en el que vive, y desde un marco de referencia filosófico, por qué está en este mundo).

Barreras frente a la realización. Si el hombre trata de alcanzar las potencialidades más completas de la vida, encontrará muchas barreras para lograrlo. En un sentido, la obra de 1958 de Murphy habla de uno de los problemas de la vida: ganar nuevos horizontes para combatir la rigidez de la sociedad actual.

La industrialización con su hincapié en la automatización y sincronización de partes, aumenta mucho la rigidez dentro de la sociedad.

Otra de las barreras en la realización del grandísimo potencial de la humanidad es el hecho de que gran cantidad de conducta está orientada desde afuera, en vez de desde dentro.

Otra barrera más la constituye no desear aceptar nuevas dimensiones en la sociedad y en la ciencia, como factores adicionales que lleven hacia una vida mejor. La inclinación del hombre es forzar las nuevas dimensiones a las formas de la vieja cultura. En ninguna forma ignora Murphy la fuerza de la posición conservadora; después de todo su concepto de canalización indica sus beneficios. Sin embargo, la adherencia completa a un marco de referencia estilizado y conservador, es destructiva porque no permite enfrentar los retos del cambio, y éste es inevitable.

Uno de los mayores problemas en la liberación del potencial humano es transferir el *fuego* del entusiasmo infantil a una creatividad estructurada y disciplinada. Con mucha frecuencia, esta *preciosa frescura* de respuestas, se detiene o distorsiona en el desarrollo posterior.

En la actualidad parece haber una triple crisis en el logro de las potencialidades humanas. En primer lugar, grandes sistemas de poder están encerrados en una lucha para ganar la superioridad o por lo menos, una posición favorable. Después, se han desarrollado y creado sistemas

sociales, políticos y económicos que controlan al hombre más de lo que el hombre los puede controlar. En tercer lugar, existe una incapacidad biológica en la estructura orgánica del individuo para enfrentarse a cambios futuros del ambiente. La ciencia médica ha logrado avances increíbles que han hecho que el hombre pueda vivir más tiempo, pero no necesariamente que se pueda ajustar a medios cambiantes.

A pesar de esta situación, Murphy ve posibilidades para aliviar o eliminar la crisis actual en su falla de poder realizar las potencialidades del hombre. Para una mayor información al respecto de este tópico, consúltese su obra *Human potentialities*, 1958.

Para contestar a la pregunta acerca de si se pueden realizar totalmente las naturalezas humanas, las cuales admite Murphy que están y estarán en conflicto la mayor parte del tiempo, el autor contesta en forma afirmativa, para lo cual expone cuatro razonamientos:

1. La herencia o el medio solos, son impotentes; por consecuencia, la interdependencia de estos dos factores puede llevar a una realización total de las tres naturalezas.

2. El hombre siempre ha sido un hermoso ejemplo de *radiación adaptativa*. No importa de dónde haya venido en el pasado, siempre ha sido capaz de cambiar, en respuesta a nuevos medios. Murphy no ve razón alguna por qué el hombre, dándosele tiempo suficiente, no pueda continuar cambiando y ajustándose a sus diferencias ambientales.

3. Otro aspecto favorable de la realización completa de las tres naturalezas del ser humano es que tanto la extrapolación (proyección en el futuro) y especialmente el surgimiento de nuevas habilidades, pueden trabajar a favor de la realización del hombre. Sin embargo, se deberá conocer mejor de lo que se conoce ahora la estructura subyacente de la conducta humana.

4. La última condición que da esperanza para la realización del hombre es una descentralización de los procedimientos democráticos para lograr un mejor control de los nuevos datos científicos. Lo que quiere decir que la investigación debería ser libre y no controlada por una autoridad central.

Las últimas barreras para la realización de las tres naturalezas humanas básicas del hombre son los límites que se encuentran entre el individuo y su medio; según Murphy, estos límites son tres:

1. Ha habido, hay, y siempre habrá, una barrera definida entre lo de adentro de la piel y lo de afuera; es decir, el *self* físico o biológico y todo lo que lo rodea.

2. El límite psicológico entre un ser humano y otro es inevitable, aunque no siempre puede ser así. A pesar del profundo e intenso cono-

cimiento que un ser humano puede tener de otro, nunca será posible un intercambio total de personalidades. No es posible estar completamente dentro del marco de referencia psicológico de otro ser humano.

3. El límite social entre la persona y su mundo, no es fácilmente definido y resulta más nebuloso que los límites de naturaleza física o psicológica.

Murphy sugiere cuatro pasos en la realización de la ciencia de las potencialidades humanas: *a) cuantitativo*, los atributos mensurables de la personalidad; *b) cualitativo*, cambios en la riqueza y nuevas dimensiones a medida que la personalidad se desarrolla; *c) adición-enfusión*, reconocimiento de nuevos elementos, y *d) configuracional*, recombinación y reorganización de lo conocido o familiar y lo recientemente conocido, en nuevas formas.

Murphy considera que hay dos principios negativos y tres positivos involucrados en el descubrimiento de las potencialidades individuales para la realización total de la naturaleza humana.

1. El primer principio es no proveer ninguna solución sencilla del conflicto a los seres humanos. Sobre la base de que la existencia homeostática lleva a nada o no lleva a un desarrollo futuro, Murphy cree que se debe evitar la existencia muerta y regalada.

2. Un segundo principio es evitar hacer hincapié en la competencia, misma que puede llevar a una profunda involucración del *yo* y, como consecuencia, hacernos ignorar las mejores vías de realización al subrayarse el valor de la victoria a toda costa.

3. El tercer principio es la necesidad de estudiar progresivamente experiencias humanas más ricas, en vez de seguir el estudio repetitivo del pasado.

4. El único camino a la realización del *self* es un esfuerzo activo por parte de todos los interesados. Aunque hay cabida para los esfuerzos reflexivos y pasivos, no se realizarán las naturalezas humanas del hombre, sino hasta que se intente alguna participación activa, aunque sea de la naturaleza del ensayo y el error.

5. Concluye con esta petición: "Expresar lo humanista del movimiento por medio de la integración fluida, sensitiva, en constante cambio, como un paso hacia una ulterior plenitud" (Murphy, 1958, pág. 322).

Bibliografía

MURPHY, G. y JENSEN, F., *Approaches to Personality*, Coward y McCann, Nueva York, 1932.

MURPHY, G., *General Psychology*, Harper y Row, Nueva York, 1933.

MURPHY, G., *Personality: A Biosocial Approach to its Origins and Structure*, Harper y Row, Nueva York, 1947.

MURPHY, G., *Introduction to Psychology*, Harper y Row, Nueva York, 1951.

MURPHY, G., *Human Potentialities*, Basic Books, Nueva York, 1958.

**Tercera
parte**

**Teorías
cognoscitivas
centralistas**

20

PIAGET

Jean Piaget nació en 1896 y desde pequeño mostró gran interés por la biología, particularmente como base del conocimiento. Esta especialización en biología influyó en sus conceptos del desarrollo de la mente.

Estudió psicología en Suiza y en la Universidad de la Sorbona en París. Mientras estuvo en París, trabajó con Benet en la estandarización de su prueba para niños. A pesar de que se dice que Piaget era un psicólogo infantil, él se categorizó como un genético epistemológico. El término de genética se refiere al génesis o modo de desarrollo, y epistemología a la teoría del conocimiento.

Mientras trabajó con Benet en su prueba, Piaget creó una técnica básica para el estudio del niño. Su abordaje del niño es conocido como método clínico y consiste en ponerle un problema para ver cómo lo resuelve. Si son niños que no han alcanzado la pubertad, la valoración constará de material concreto, es decir, que sea manipulable. Si el niño tiene tres o cuatro años, entonces se le formulan preguntas para observar el desarrollo de su lenguaje. Al adolescente se le hacen preguntas o se le exponen problemas verbalmente y siempre se le pregunta cómo obtuvo la solución.

El método de Piaget es diferente al de otros investigadores, pues no hay límite para él al hacerle preguntas al niño. Inicia con una o dos preguntas establecidas, y después hurga con otras para saber qué proceso del pensamiento lo llevó a la respuesta inicial. Piaget explica esta desviación de preguntas, al decir que los niños no comprenden de igual manera las mismas preguntas.

El método para conocer al niño consiste en observar las reacciones que le produce el medio que lo rodea. Después basándose en estas observaciones, se hace una hipótesis acerca de las estructuras mentales y biológicas que le llevaron a sustentar su reacción o respuesta. Finalmente, se encierra la hipótesis en un grupo de preguntas que se le formulan al niño, para que de este modo se revele su proceso de pensamiento y se compruebe la hipótesis.

Un paso muy importante para conocer a Piaget, es saber su definición de "conocimiento", porque su idea difiere de las creencias populares. Él no está de acuerdo con los que dicen que el conocimiento es un grupo de informaciones adquiridas o un estado de procesamiento de esa información. Saber o conocer algo significa actuar sobre ello con acciones, tanto físicas como mentales o ambas. Conforme el niño crece, gana experiencia con este conocimiento físico directo, madura internamente y puede con mayor facilidad dejar estas conductas de actividad física con el fin de conocer algo. Entonces, los niños se vuelven capaces de producir imágenes mentales y símbolos (palabras, figuras matemáticas) que representen objetos y sus relaciones. Por consiguiente, el conocimiento de los niños mayores va en aumento, al desarrollar mayor actividad mental. Piensan acerca de las cosas como objetos simbólicos y realizan acciones interiorizadas. Por tanto, para Piaget, el conocimiento es un proceso o un repertorio de acciones, en vez de un inventario de información archivada.

Piaget tampoco está de acuerdo con la idea común de percepción, esto es, con el modo como los objetos o eventos se graban en la mente del niño. En su opinión, el niño no toma en una fotografía la realidad objetiva, sino que percibe la fotografía que obtiene del mundo, de acuerdo a la condición de su mecanismo perceptual.

Si se toma la analogía de ver el mundo al través de un cristal, en el modelo de Piaget el niño no graba eventos a través de un cristal. Por el contrario, ve los eventos a través de lentes coloreados, afocados al presente y entintados por las experiencias pasadas del niño y por su estado de madurez interno. El modo como dos niños conocen (actúan sobre) el mismo objeto, no es igual; por los lentes de uno, existirá un enfoque diferente, mientras que por los del otro, la tinta será otra.

Si el conocimiento es el proceso de actuar, en vez de una colección de información, entonces: ¿qué es la memoria y cómo opera? Piaget está de acuerdo en que el pasado de una persona se puede guardar como recuerdos en la memoria y recobrarlos cuando se necesita. También piensa que la cantidad de recuerdos aumenta con la madurez y la experiencia. Pero no cree que el acto de recordar sea solamente la suma de las imágenes del pasado en la memoria, puestas en una caja consciente, como piezas de museo que pueden admirarse pasivamente en su condición original. Al contrario, recuperar vestigios del pasado es lo que él ha llamado "memoria activa", la cual es una "recitación interiorizada" o una "reconstrucción del pasado" (Piaget, 1946).

En el sistema de Piaget, el conocimiento es un proceso de acción física y/o mental en relación con objetos, imágenes y símbolos que los lentes de percepción del niño han encerrado dentro de un modelo que le es familiar. Los objetos son descubiertos en el mundo de la experiencia directa, mientras que las imágenes y los símbolos pueden derivarse

no sólo del mundo real, sino también de la memoria. "Todo el conocimiento está continuamente en curso de desarrollo y pasa de un grado de conocimiento menor a otro que es más completo y efectivo" (Piaget, 1972).

La idea de que el conocimiento del niño aumenta con la edad, no es nueva. Todos lo saben. Pero lo que no todos saben es cómo el conocimiento cambia, cuándo y por qué razones. Esto es lo que Piaget ha aportado. El propósito de todas las conductas, según Piaget, es procurar al organismo del niño adaptarse a su medio del modo más satisfactorio. Las técnicas de esta adaptación han sido llamadas por Piaget *esquemas* (*schemas* en francés y *scheme* en inglés).

Un esquema, o técnica de ajuste, puede ser biológico o mental, o ambos. En palabras de Piaget: "Un esquema es la estructura o la organización de acciones que son transferidas o generalizadas por la repetición en circunstancias similares o análogas" (Piaget e Inhelder, 1969).

Un esquema puede ser muy simple; tan simple como el modelo que evoca el niño para poner su dedo en la boca. O tan complejo que comprenda subesquemas físicos y mentales como los que se requieren para manejar su coche o resolver una ecuación cuadrática. Piaget se refiere a las estructuras individuales como esquemas. Son una especie de minisistemas que con la acción se generalizan a otros eventos.

Un esquema comprende también los estímulos que desencadenan los procesos mediadores y la conducta abierta que probablemente está organizada por ellos. Puede haber interacciones entre esquemas, es decir, pueden asimilarse entre sí. Un esquema es una unidad genérica de estructura, o dicho de otro modo, todo aquello que es repetible o generalizable es un esquema. Los esquemas siempre van acompañados de diferentes tonalidades de sentimientos. Cuando Piaget habla de esquemas afectivos, no se refiere a esquemas diferentes de las estructuras mentales, sino al aspecto afectivo de los esquemas que son de otro modo intelectuales.

Los esquemas del recién nacido son muy limitados en cuanto a número y constan sólo de sus reflejos. Conforme el tiempo pasa, otras actividades sensoriomotoras empiezan a desarrollarse. Así pues, durante el primer año de vida, pueden identificarse los esquemas intelectuales que se empiezan a desarrollar y que se multiplicarán enormemente en los años siguientes. En el desarrollo del niño en términos de esquemas, se verá cómo los adquiere y cómo se interrelacionan del modo más complejo.

¿Cómo se presenta el proceso de evolución de los esquemas? Para entender este proceso es necesario saber el significado de las palabras *asimilación* y *acomodación*.

Para ayudar a explicar estos temas, comparemos los esquemas con temas musicales o tonadas. Las tonadas son una organización de sonidos,

como los esquemas son organizaciones de actividades mentales y sensoriomotoras. Desde cualquier punto de vista, la adaptación del niño a su medio, para satisfacer sus necesidades, está acompañada de medios o esquemas. Su repertorio de esquemas, en cualquier momento, es como una colección de melodías que ya conoce. Cuando se enfrenta al problema de satisfacer sus necesidades, inspecciona el medio para percibir cómo la estructura aparente parece cuadrar armónicamente con el esquema actual. Es como si escuchara el sonido venir de sus alrededores, para determinar si cuadra o casi cuadra con la tonada que ya conoce. Cuando encuentra lo que considera un buen apareamiento, logra su adaptación.

Este proceso de aparear los estímulos del medio a los modelos mentales ya existentes, no es sólo cuestión de ingerir la realidad objetiva del mundo. Al contrario, el niño revive los eventos del mundo con el fin de adaptarlos al modelo de un esquema ya existente. Es como si el niño escuchara diferentes tonadas para decidir si determinado sonido corresponde a una melodía que le sea lo suficiente familiar como para ser realmente esa melodía. Entonces incluye o une ese sonido a su tonada familiar o esquema.

Piaget llama asimilación, al proceso de incorporar eventos del mundo, al aparear las características percibidas de estos eventos a los esquemas existentes.

Algunas veces la estructura percibida de los eventos no puede aparearse a los esquemas existentes, aunque se trate de hacerlo al adaptarse dicha estructura. Cuando esto sucede hay dos consecuencias que pueden resultar: la primera es que el evento no se asimile o se ignore; es como si una persona rechazara ciertos sonidos como ruidos significativos, en vez de reconocerlos como una tonada familiar. El encuentro con el medio simplemente no lo registra el niño. Es igual al padre que quiere enseñar a su hijo a dibujar con una perspectiva usual y al final se da cuenta de que el niño no pudo hacerlo pues no lo comprendió.

La segunda posible consecuencia de un pobre apareamiento entre el medio percibido y los esquemas existentes, no es un abierto rechazo sino una falta de satisfacción y esfuerzo continuo para lograr ese apareamiento. Estos esquemas, bajo la presión de realidades percibidas del medio, alternan su forma o se multiplican para acomodarse por la falta de un adecuado apareamiento. En efecto, una tonada del archivo de melodías del niño se revisa para ser una variación del tema original, una variación que se aparee mejor al sonido del mundo. Piaget usa el término de acomodación, para identificar este proceso de alterar los esquemas existentes para permitir la asimilación de los eventos que de otro modo serían incorporables. Ningún evento es perfectamente idéntico a los pasados eventos que se utilizaron para la formación de los esquemas, existe siempre un grado de disparidad de esos esquemas viejos con los eventos nuevos.

Pero esto está a cargo del equilibrio de la contraparte entre la asimilación y la acomodación que son las dos actividades innatas a las que Piaget llamó invariantes funcionales. La asimilación remodela la información que se recibe del exterior para incorporarse a los esquemas ya existentes, mientras que la acomodación revisa o añade a los esquemas las características reajustadas del medio que no pueden ser ignoradas o distorsionadas. Se produce la asimilación siempre que un organismo utiliza algo de su medio y se lo incorpora. La acomodación es la tendencia a ajustarse a un objeto nuevo; es decir, cambiar los propios esquemas de acción para acomodarlos a un objeto nuevo.

Acomodación y asimilación son denominadas invariantes funcionales, puesto que son características de todos los sistemas biológicos, prescindiendo de los distintos contenidos de estos sistemas. Sin embargo, no siempre están equilibrados entre sí.

Cada vez que el niño se acomoda a un acontecimiento o a un problema nuevo, su crecimiento intelectual va hacia la maduración como consecuencia de un cambio de ideas acerca del mundo y de la generación de un esquema más adaptativo. A esta adaptación se le conoce como equilibramiento. Al inicio, el niño trata de comprender una nueva experiencia, o evento nuevo, para lo cual usa viejas ideas y soluciones. Cuando esto no le da resultado, tiene que cambiar su comprensión del mundo, de tal manera que el evento nuevo esté en armonía con creencias anteriores.

La asimilación y el equilibramiento son procesos complementarios que tienen lugar simultáneamente. Es necesario equilibrarlos para adaptarse exitosamente al mundo. Según Piaget, el modo como el niño trata con el medio, o el mundo, tiende a un determinado equilibrio. El niño busca constantemente organizar percepciones y pensamientos en estructuras estables. Así, llegará el día en que su funcionamiento intelectual sea lo suficientemente maduro para ser capaz de una nueva manera de pensar acerca del viejo problema. En ese momento, el individuo pasará de una etapa de su desarrollo intelectual a la siguiente, la cual se caracterizará por observar y afrontar con mayor madurez los eventos.

A esta nueva manera de pensar acerca del viejo problema la conocemos como la revisión de estructuras establecidas, proceso que acarrea el cambio cualitativo y cuantitativo. Y al proceso mediante el cual se revisan las estructuras lo llamamos equilibración. En la teoría de Piaget, el equilibrio es dinámico. Debido a la importancia de los estadios en esta teoría, Piaget a menudo parece desinteresarse de los mecanismos de transición de uno a otro estadio; pero el concepto de equilibrio se ocupa precisamente de esas transiciones. El equilibrio no es el único factor del desarrollo intelectual de un niño, sino que en total son cinco: maduración, experiencia física, experiencia logicomatemática, transmisión social y equilibración.

1) *Maduración*. Piaget emplea específicamente el término para referirse a un plan genético que va desplegándose de manera gradual. Los efectos genéticos no son nunca vistos aisladamente; aunque bien merece la pena absorberlos de la corriente de la vida, cuando se persiguen fines analíticos. Así actuó Piaget y en sus escritos la maduración hace referencia a las influencias genéticas acerca del desarrollo.

2) *Experiencia física*. Existe un factor que actúa recíprocamente con los efectos genéticos, llamado experiencia física, y que el niño utiliza para separar las diferentes posibilidades de los objetos físicos. A esta experiencia se le llama física para diferenciarla de la logicomatemática; aunque, paradójicamente, supone la asimilación de las estructuras logicomatemáticas.

3) *Experiencia logicomatemática*. Resulta de la misma naturaleza de las acciones que el niño emprende acerca de los objetos que lo rodean. Cuando lo hace, éstos devuelven la acción, por así decirlo, y entonces se da la experiencia física. Pero existen otra clase de eventos que resultan de la elaboración de relaciones entre sus acciones y los objetos. Piaget cuenta que un niño de cuatro o cinco años de edad estaba en un patio y contaba piedras; las formó en fila y contó: uno, dos, tres, hasta llegar a diez; las contó de atrás para adelante y volvió a contar diez; las puso en círculo y las volvió a contar: diez. Lo que este niño comprendió, nada tiene que ver con las propiedades físicas de las piedras, sino con las relaciones existentes entre ellas. Lo que realizó exactamente fue una organización de sus actos con respecto a las piedras. El concepto de diez no es ninguna propiedad de las piedras, sino una construcción elaborada por la mente del niño. La experiencia es esa construcción y otras similares, y se le llama logicomatemática para distinguirla de la experiencia física.

4) *Trasmisión social*. El conocimiento que adquiere un niño de la experiencia física se inicia en los objetos físicos. En la experiencia logicomatemática el conocimiento se elabora a partir de las acciones en relación con los objetos.

En la trasmisión social proviene de las personas: o dicho de otra manera, la adquisición del conocimiento de otra persona se produce mediante la trasmisión social.

5) *Equilibración*. Éste en sí integra a los otros cuatro factores. En realidad es parte de ellos, hasta tal punto que es difícil concebir la equilibración como un factor separado de los demás. La unidad de conocimiento más importante para Piaget es la operación, la cual es una regla dinámica especial que se deriva de las acciones de los niños con los objetos y que conlleva el conocimiento de la capacidad de uno para invertir un estado de cosas en la acción o en el pensamiento. La capacidad de planear mentalmente una serie sucesiva de acciones y luego retroceder paso a paso hasta el inicio de la misma, es también una operación. Piaget

concede el desarrollo intelectual como un proceso continuo de organización y reorganización de estructuras, de modo que cada nueva estructura integre en sí misma la anterior. A pesar de que este proceso es continuo, sus resultados no lo son; además, resultan diferentes en su aspecto cualitativo a lo largo del tiempo. Por tal motivo, Piaget decidió dividir el curso total del desarrollo en unidades denominadas periodos y estadios. Debemos considerar que cada una de estas etapas del desarrollo se describe en función de lo mejor que el niño puede hacer en ese momento. Habrá conductas aprendidas previamente.

La teoría de Piaget supone que existe una serie sucesiva de etapas en el desarrollo cognoscitivo, por lo que postula la existencia de cuatro: 1) la sensoriomotora, de cero a dieciocho meses; 2) la preoperativa, de dieciocho meses a siete años; 3) la de las operaciones concretas, de los siete a los doce años, y 4) la de las operaciones formales, de los doce años en adelante. Las etapas son continuas, ya que cada una de ellas se levanta sobre la anterior y se deriva de ella.

Piaget piensa que ningún niño puede saltarse ninguna etapa, puesto que en cada una de ellas toma algo de las realizaciones de la anterior o anteriores.

Unidades del desarrollo de la inteligencia según Piaget

<i>Periodo sensoriomotor (6 estadios)</i>	<i>Tiempo</i>
Ejercicio de los esquemas sensomotores innatos.	0-1 mes
Reacciones circulares primarias.	1-4 meses
Reacciones circulares secundarias.	4-8 meses
Coordinación de los esquemas secundarios.	8-12 meses
Reacciones circulares terciarias.	12-18 meses
Invención de nuevos medios mediante combinaciones mentales.	18-24 meses
Periodo preoperacional.	2-7 años
Periodo de operaciones concretas.	7-12 años
Periodo de operaciones formales.	12-15 años

Por último, Piaget dice que el conocimiento se adquiere por medio de una relación activa con el mundo. El crecimiento cognoscitivo del niño es resultado de la utilización de las capacidades que maduran para relacionarse con las personas y los objetos.

Piaget ha adoptado un modelo biológico de crecimiento, pues aunque afirma que la maduración regula la aparición de las funciones cognoscitivas, no puede efectuarse ningún crecimiento intelectual sin un medio que le preste apoyo. El niño necesita la interacción con personas y objetos, a fin de sacar provecho de las nuevas aptitudes que la maduración hace posibles.

Cuadro 20.1. Periodos del desarrollo cognoscitivo según Piaget

<i>Periodo</i>	<i>Características generales</i>	<i>Resumen</i>
<i>Sensoriomotor (0-2 años)</i>		
Etapa 1 (0-1 mes)	Actividad refleja, chupar, agarrar, llorar.	El niño se mueve de una actividad sólo refleja a la de ver las relaciones de causa y efecto, poder usar la experimentación de ensayo y error, y pensar mediante acciones que se requieran para lograr las metas deseadas.
Etapa 2 (1-4 $\frac{1}{4}$ meses)	Primeros hábitos; seguir con los ojos el movimiento de los objetos; al comportamiento le falta "intención", pero es coordinado hasta cierto grado.	Se mueve de un egocentrismo completo a darse cuenta de que es un objeto entre otros en el espacio y que puede actuar sobre otros objetos deliberada e intencionalmente.
Etapa 3 (4 $\frac{1}{4}$ - 8 o 9 meses)	Coordinación ojo-mano; manipula todo lo que puede alcanzar; reproduce algunos sucesos.	Ahora está listo para aprender a operar en un campo simbólico y de representación, y no sólo sensoriomotor (hay que observar que esto no significa que el desarrollo sensoriomotor se detiene).
Etapa 4 (11 o 12 a 18 meses)	Experimentos; utiliza ensayo y error; repite operaciones para verificar resultados.	
Etapa 5 (18-24 meses)	Utiliza representación interna; piensa mediante soluciones sin "vacilar"; desarrolla una comprensión causa-efecto.	
<i>Operaciones concretas, categorías, relaciones y números (2-11 años)</i>		
Subperiodo A: representaciones preoperacionales (2-7 años)	Aparecen las funciones simbólicas; esto es, el lenguaje y los juegos simbólicos; se enfoca a elementos en una	Se vuelve posible el pensamiento simbólico; el niño puede pensar más allá de los sucesos

Cuadro 20.1 (continuación)

<i>Periodo</i>	<i>Características generales</i>	<i>Resumen</i>
Subperiodo B: operaciones concretas (7-11 años)	<p>secuencia, más que a estados o pasos sucesivos; no puede ejercitar la reversibilidad en el pensamiento o solucionar problemas que involucran la conservación de conceptos; es incapaz de descentralizar la exploración perceptual.</p>	<p>perceptuales y motores inmediatos. El lenguaje se desarrolla con rapidez, dando medios adicionales para manipular el pensamiento. Durante este periodo, el niño se apoya más en la información perceptual (cómo se ve algo, se siente y así sucesivamente) que en lo que sus conceptos de pensamiento le dicen que es verdad. En general, esto es una repetición del periodo sensoriomotor, excepto que se relaciona a las funciones simbólicas más que a las motoras.</p>
	<p>Desarrolla las operaciones lógicas (los procesos del pensamiento) que puede aplicar en problemas concretos; tiende a elegir una conclusión lógica cuando se le fuerza a escoger entre la entrada perceptual y lo que es lógicamente cierto; puede lograr transformaciones, utilizar conceptos de conservación, ejercitar</p>	<p>El niño logra un número de operaciones lógicas que forman la base para las operaciones formales. Éstas incluyen transformaciones, trastocamientos, conservación de conceptos y habilidades para seriar y clasificar. Puede usar el pensamiento lógico para resolver</p>

Cuadro 20.1 (continuación)

Periodo	Características generales	Resumen
	trastocamientos y descentralizar la exploración perceptual; logran habilidades para seriar y clasificar.	problemas relacionados con objetos y sucesos concretos y se vuelve cada vez más social y comunicativo.
<i>Operaciones formales (11-14 o 15 años)</i>		
	El rango de la aplicación del pensamiento se amplía e incluye la prueba de hipótesis y el razonamiento científico; las estructuras cognoscitivas se modifican por la asimilación y acomodación.	El individuo alcanza el potencial cognoscitivo más elevado. Es capaz de razonar mediante áreas de inquietud con las que tenga una familiaridad básica. (Observar que esto no indica que utiliza el pensamiento lógico en todas las actividades, sino que está presente el potencial para hacerlo). La habilidad para formular y probar hipótesis está presente, y todo lo que falta es lograr una base de información más amplia, mayor práctica en el uso de las habilidades cognoscitivas y una apreciación del realismo (cómo funciona en realidad el mundo, en oposición a lo que debería ser lógicamente).

21

VYGOTSKY

Lev Senienovich Vygotsky (1896-1934), psicólogo ruso, realizó sus primeras investigaciones como estudiante entre 1915 y 1922, centrándose en temas artísticos. En 1924 empezó sus trabajos acerca de la psicología del desarrollo, educación y psicopatología; su actividad fue muy productiva, hasta que murió de tuberculosis a la edad de 38 años.

Realizó una investigación acerca de las tesis marxistas-leninistas y concluyó que todas las actividades cognitivas fundamentales se formulan en la historia social y se basan las formas de producción del desarrollo sociohistórico.

En otras palabras y de acuerdo con su doctrina, las habilidades intelectuales o patrones de pensamiento que una persona muestra no son determinadas en forma primaria por factores innatos (inteligencia heredada o habilidades mentales), sino que son producto de las actividades practicadas en las instituciones sociales en donde el individuo crece.

Desde este punto de vista, la historia de la sociedad en la cual un niño crece y la historia de su desarrollo, en términos de sus experiencias en esa sociedad, son ambas de gran importancia para modelar los estilos que usará para pensar. Aún más, mucho del "pensamiento conceptual" se trasmite al niño por medio de palabras, por lo que el lenguaje es una herramienta esencial para decir cómo aprenderá a pensar el niño. Fue en la atmósfera de estas ideas que Vygotsky escribió su libro *Pensamiento y lenguaje*, poco antes de su muerte.

Tres características han marcado el trabajo de Vygotsky: el conocimiento profundo del trabajo de los psicólogos en Estados Unidos de Norteamérica y Europa, tanto de su época como de épocas anteriores; su considerable experiencia profesional con niños, y un gran ingenio en la creación de métodos para reunir e interpretar información.

Para entender la teoría psicológica del tiempo de Vygotsky, debemos recordar dos visiones contrarias del pensamiento humano que fueron prominentes a principios del siglo XX. La primera fue la visión tradicio-

nal de la mente, la cual se originó en la psicología de los siglos anteriores. Los psicólogos de finales del siglo XIX y principios del siglo XX estudiaron la mente y sus funciones por medio del método de introspección. El segundo movimiento fue en dirección opuesta al anterior, y representó el esfuerzo por ser científico y objetivo con respecto al estudio del hombre, como sucede en la biología, la química y la física, que son ciencias objetivas. En América, este movimiento se conoció como conductismo, y sus líderes propusieron que, para el adecuado estudio del hombre había que medir y grabar su comportamiento, observable de esa manera por los científicos.

Para Vygotsky no era confiable la introspección como una base metodológica segura en la cual se pudiera fundamentar la teoría psicológica científica; y para quienes rechazaron a los conductistas, él escribió que en esa psicología se ignora el problema del consciente, pues éste se bloquea al acceso de la investigación del comportamiento humano, por lo que se elimina de la psicología científica, lo cual provoca la retención de todo el dualismo (mente *vs* cuerpo) y el espiritualismo de la psicología subjetiva temprana. En su propia investigación, Vygotsky se dedicó a estudiar los procesos del pensamiento consciente, lo cual hizo por medio de una nueva creación de medidas objetivas que no dependían de la introspección para poder ser probadas.

Vygotsky decidió estudiar en forma particular la relación entre pensamiento y lenguaje. ¿Era el pensamiento idéntico al lenguaje, como los conductistas watsonianos proclamaban al decir que pensar es sólo hablar en silencio? ¿O era el pensamiento independiente del lenguaje, completo en sí mismo, como muchos introspeccionistas parecían creer, y el lenguaje solamente servía como la herramienta para comunicar pensamientos a los otros, del mismo modo que una cámara fotográfica es un instrumento para comunicar imágenes visuales sin alterar de ninguna manera la escena original? O una tercera posibilidad: ¿eran el pensamiento y el lenguaje funciones separadas que podían modificarse una a la otra? Para llegar a una respuesta, Vygotsky analizó gran cantidad de estudios de pensamiento y lenguaje hechos por psicólogos y antropólogos de numerosos países y además realizó sus propias investigaciones acerca del pensamiento y el lenguaje con niños, adolescentes y adultos de la Unión Soviética. Separó sus interpretaciones de estos ensayos en tres grupos de conclusiones acerca del desarrollo del niño: el primero concierne al desarrollo del pensamiento conceptual, el segundo al desarrollo del habla y el tercero a la conexión entre los dos anteriores.

En general, Vygotsky concluyó que el pensamiento del niño y el habla comienzan como funciones separadas, no necesariamente conectadas entre ellas, pues son como dos círculos que no se tocan. Uno representa el pensamiento no verbal; el otro, el habla no conceptual. Conforme el niño crece, los círculos se unen y se superponen; esto significa que el

niño empieza a adquirir conceptos que tienen etiquetas de palabras. Un "concepto" significa una abstracción, una idea que no representa un objeto particular, sino más bien una característica común compartida con diversos objetos.

Los dos círculos nunca se sobrepone completamente, pero la parte en común llega a ser prominente si el niño se desarrolla particularmente en un medio cultural elevado. En realidad, siempre queda algún pensamiento no verbal y algún habla no conceptual.

Vygotsky admitió que el modelo de su interacción no era aún perfectamente claro, pero dijo que:

El progreso en pensamiento y el progreso en el habla no son paralelos. Sus dos curvas de crecimiento se cruzan y se reencuentran. Pueden enderezarse y correr paralelas de lado a lado; aún unirse durante algún tiempo, pero se volverán a separar finalmente. Esto aplica a ambas la filogenia y la ontogenia.

Vygotsky no estuvo de acuerdo con los teóricos que decían que el niño, como resultado de una maduración interna, por sí mismo puede tener habilidades de pensamiento conceptual avanzado, distintos de las que le son enseñadas. Aun cuando admitió el rol necesario de la madurez interna en el desarrollo, Vygotsky creyó en la educación formal e informal del niño mediante el lenguaje, el cual tiene una fuerte influencia en el nivel del pensamiento conceptual que alcanza. Y al ampliar su punto de vista más allá del desarrollo del niño, sugirió que los pasos mediante los cuales el pensamiento y el lenguaje del niño evolucionan son semejantes a aquellos que han propiciado que la humanidad evolucionase durante milenios. Por lo tanto, si se estudia el desarrollo autogenético del niño, no solamente entenderemos su pensamiento y habla, sino que también nos servirá como el método más práctico para el estudio filogenético de las especies.

Los estudios de Vygotsky le permitieron concluir que el desarrollo del habla precede a las cuatro etapas gobernadas por las mismas leyes que regulan a otras operaciones mentales que utilizan signos, tales como contar y memorizar con la ayuda de utensilios mnemotécnicos. Él llamo a la primera de las cuatro etapas, primitiva o natural. El primer periodo, que representa el tiempo anterior a que el círculo del lenguaje cubre parcialmente al círculo del pensamiento consciente, comprende, según opinión de Vygotsky, desde el nacimiento hasta los dos años.

La etapa se caracteriza por las tres funciones del habla no intelectual. Primero, los sonidos que representan descarga emocional, como el llanto con el dolor o frustración o el arrullo y balbuceo satisfechos. Luego, en el segundo mes, aparecen estos mismos sonidos emocionales, pero con cierto significado, y se pueden interpretar ya como reacciones sociales hacia voces o apariencias de ciertas personas. Son sonidos de contacto

social, como la risa y una gran variedad de sonidos inarticulados. El tercero consiste en las primeras palabras, que son sustitutos de objetos y deseos, aprendidas por condicionamiento cuando los padres unen las palabras a los objetos, del mismo modo en que algunos animales son condicionados a reconocer palabras como etiquetas de las cosas.

La etapa primitiva termina alrededor de los dos años de edad y entonces comienza el segundo periodo, llamado de la psicología *naive*. Aquí el niño descubre que las palabras tienen una función simbólica y esto lo demuestra al preguntar el nombre de las cosas. Ya no hay un simple condicionamiento por el pensamiento conceptual o verbal. Para probar su hipótesis, Vygotsky planteaba problemas que debían ser resueltos por los niños durante el juego. Por ejemplo: perdería el lápiz cuando se le pidiera que dibujara algo, o escogería un papel muy chico o muy grande, según el caso, para dificultar la labor. Así, observaba que la cantidad de habla egocéntrica en estas ocasiones era el doble de cuando el niño no tenía que enfrentar estos problemas. Vygotsky interpretó esto como evidencia de que el habla egocéntrica no servía para liberarse de tensiones ni un acompañamiento expresivo de la actividad, sino una herramienta significativa del pensamiento en la búsqueda y la planeación de la solución del problema.

Vygotsky tampoco estaba de acuerdo en que el habla egocéntrica terminaba a los siete años. Al contrario, veía que el declinamiento del habla egocéntrica era la señal de la aparición de la cuarta etapa en su desarrollo jerárquico: la etapa de crecimiento, en la cual el niño aprende a manejar el lenguaje en forma de habla reauditorizada dentro de su cabeza, al pensar a la manera de memoria lógica y utilizar signos internos para resolver problemas. A partir de entonces, el individuo usará el lenguaje interno y el expresivo como herramientas en su pensamiento conceptual y verbal.

En resumen, el habla del niño se desarrolla a través de cuatro etapas, desde su nacimiento hasta la edad escolar (entre los siete y ocho años). El proceso se inicia de un modo no intelectual, o con habla sin pensamiento, y se desarrolla al pasar por la etapa *naive* y la del habla egocéntrica, hasta llegar al lenguaje interno, el cual está inexplicablemente entretrejado con el pensamiento conceptual.

Después de haber estudiado el desarrollo desde el punto de vista del habla, pasaremos al estudio del desarrollo desde el punto de vista del pensamiento.

El método de Vygotsky para estudiar el desarrollo del pensamiento conceptual involucra dos pasos: 1. la planeación de una prueba que pueda descubrir el proceso que sigue una persona cuando se enfrenta a la necesidad de crear un concepto, para administrarla al niño, al adolescente o al adulto; y 2. comparar la jerarquía del desarrollo descubierta en dicha prueba, con reportes de otros psicólogos que hayan seguido

longitudinalmente el crecimiento conceptual de un niño, en particular de un año a otro. El propósito es determinar, con pruebas cruzadas, las diferencias observadas en personas de diferentes edades que reflejen exactamente los cambios en el proceso del pensamiento que ocurren en el individuo conforme madura.

Para empezar, daremos una breve ojeada a los instrumentos de prueba que Vygotsky creó, ahora conocidos como los “dados de Vygotsky”, y que revelan algo de su ingeniosa investigación. Uno de los mayores problemas a que se enfrentan los niños en la formación de conceptos durante la prueba, es el proceso que deben seguir para encontrar conceptos que les generen situaciones que seguramente aún no conocen. Es necesario asegurarse de que han dominado el concepto y que no simplemente han memorizado una palabra que sugiere que conocen el concepto, cuando realmente no lo conocen.

Vygotsky resolvió este problema al construir un juego de 22 bloques de madera de diferentes colores, figuras, alturas y tamaños (*tamaño* significa el área horizontal). Estas características varían, de tal manera que ningún bloque es igual. En la superficie del fondo de cada bloque se encuentra escrita una de cuatro palabras sin sentido: *lag*, *bik*, *mur*, *cev*. *Lag* aparece en todos los bloques altos y grandes; *bik*, en los planos y grandes; *mur*, en los altos y pequeños, y *cev*, en los cortos y pequeños. Cada sesión de prueba empieza cuando el examinador tira los bloques, antes que el niño, en forma azarosa; después voltea un bloque de muestra y le enseña al niño la palabra del fondo. En seguida, le pide al niño que elija todos los bloques que piense que son iguales; es decir, los que tienen la misma palabra. Cuando el niño lo ha hecho, el examinador toma el bloque que está equivocado y se lo enseña al niño, mostrándole la palabra que es diferente. Luego le pide que intente de nuevo. Este procedimiento se repite una y otra vez, hasta que todos los resultados sean correctos.

La solución requiere que el niño reconozca que cada palabra representa un concepto compuesto por dos de las dimensiones del bloque; es decir, ambas: altura y tamaño. Y como en los bloques no hay ni una sola palabra del lenguaje normal que represente este concepto combinado, el niño no puede haberlo conocido o memorizado antes de la sesión de pruebas.

Durante las sesiones, el examinador observa las combinaciones que el niño hace cada vez y la naturaleza de cada una de ellas, la cual refleja la estrategia de pensamiento que el niño ha seguido.

El usar la prueba de los bloques con cientos de sujetos de diferentes edades, dio a Vygotsky la posibilidad de identificar una jerarquía de tres grandes etapas por las que el niño pasa para lograr un verdadero pensamiento conceptual entre los años preescolares y la mitad de la adolescencia. Dentro de cada una de las etapas, el niño atraviesa por una serie de subfases.

El pensamiento conceptual es, en realidad, un modo de organizar el medio, al abstraer y etiquetar ciertas cualidades compartidas por dos o más fenómenos. Los principales pasos que sigue el niño para organizar los fenómenos percibidos son: 1. encerrar cosas en grupos organizados, 2. poner cosas juntas en categorizaciones, y 3. conforme se acerca la pubertad, empieza a pensar en conceptos genuinos; pero, aun cuando el adolescente logra la habilidad de pensar conceptualmente, no abandona por completo las dos primeras formas de pensamiento, sino que simplemente disminuye su frecuencia y reaparecen en ciertas ocasiones.

Las subfases de las tres grandes etapas, basadas en las soluciones de niños y adolescentes de los problemas de bloques de Vygotsky, son las siguientes:

Etapas 1. El pensamiento en grupos desorganizados. Durante este periodo agrupa elementos y puede asignarles etiquetas, con base en que hay uniones por casualidades en la percepción del niño.

Subfase 1. a). Reagrupamiento por ensayo y error.

Subfase 1. b). Organización del campo visual.

Subfase 1. c). Grupos rearrreglados.

Etapas 2. Pensamiento en categorías. Los objetos individuales se unen en la mente del niño, no sólo por sus impresiones subjetivas, sino por medio de uniones que existen entre los objetos. Este es un paso que lo aleja del pensamiento egocéntrico y lo dirige a la objetividad. En una categoría, las uniones entre los componentes son hasta cierto grado concretos y factuales, en lugar de abstractos y lógicos. Cinco tipos de categorías se suceden, uno tras otro, durante esta etapa del pensamiento.

Subfase 2. a). Categorías asociativas, basadas en cualquier factor de unión que el niño percibe, como color, figura o cercanía de un objeto a otro.

Subfase 2. b). Colecciones, por categorías, que contienen cosas que se complementan, una a la otra, para hacer un todo. Éstas se agrupan por contraste, en vez de similitud.

Subfase 2. c). Categorías en cadena, que involucran un conjunto consecutivo de ítems individuales, con una unión significativa y necesaria entre un eslabón y el siguiente, como en el juego de dominó.

Subfase 2. d) Categorías difusas, que se dan en agrupamientos donde existe fluidez en el atributo que une los elementos individuales.

Subfase 2. e). Categorías de pseudoconcepto, que a primera vista aparentan agrupar con base en el pensamiento conceptual verdadero; pero cuando la etiqueta puesta por el niño es objetada por el examinador el menor muestra que es incapaz de racionalizar la condición de agrupamiento adecuadamente.

Vygotsky hizo una importante distinción entre pseudoconceptos y conceptos verdaderos: el verdadero pensamiento conceptual requiere que el niño espontáneamente agrupe objetos, basándose en las características abstractas que percibe, y no es simplemente aplicar etiquetas ya hechas que le enseñaron a usar con otros agrupamientos comunes.

Etapas 3. Pensamiento en conceptos. En el umbral de esta etapa final haremos una pausa para inspeccionar en dos caminos el desarrollo del pensamiento: síntesis y análisis, que ahora convergen para hacer posible el pensamiento conceptual.

El primer camino se establece mediante una secuencia de categorías, pues la principal función del pensamiento complejo es el agrupamiento o la síntesis de los fenómenos que tienen aspectos en común. El segundo camino lleva al pensamiento conceptual, al seguir el proceso de separar o analizar fenómenos para abstraer elementos de ellos. En la opinión de Vygotsky, estos dos procesos, unir y separar, surgen de diferentes fuentes en el desarrollo del niño.

Vygotsky localizó el principio de la abstracción en el punto donde el niño identifica modos por medio de los cuales los objetos son similares, en grado máximo, esto es, iguales en la mayor cantidad de maneras posibles.

En el siguiente paso de abstracción, el niño identifica características únicas para agrupar los objetos, por medio de seleccionar solamente bloques verdes o altos. Vygotsky llamó a la selección por característica única, conceptos potenciales.

El niño llega entonces al paso final del pensamiento conceptual, al hacer una nueva síntesis de sus agrupamientos abstraídos; una síntesis estable y convincente para su mente y que más tarde llega a ser su principal instrumento de pensamiento.

Durante este proceso de desarrollo mental, el lenguaje ha servido como una herramienta significativa para la actividad de pensamiento. La operación intelectual de formar conceptos, de acuerdo con Vygotsky: "es guiada por el uso de palabras como medio activo para centrar la atención, para abstraer ciertas cosas, sintetizándolas y simbolizándolas mediante un signo". Así pues, a través de los siglos se ha pensado que el lenguaje que emite una persona, tanto oral como escrito, sirve como una ventana por la cual se ven las operaciones de su mente.

22

BROWN

Brown, nacido en 1924, es en la Universidad Harvard un connotado psicólogo social, y su trabajo es considerado como altamente representativo del movimiento activo, por los estudiosos de la psicolingüística durante los últimos años. El movimiento revolucionario que influenció fuertemente a Brown en sus investigaciones, y a todos los teóricos modernos de la conducta del lenguaje, fue el que surgió a raíz de la publicación de *Estructuras sintácticas*, en 1957, libro escrito por Noam Chomsky, profesor de lingüística en el Instituto de Tecnología de Massachusetts. Antes de esta publicación, la mayoría de los análisis de las formas de las operaciones o enunciados estaba centrada en la gramática tradicional y en la relación entre sujetos, predicados, adjetivos, verbos, etc., y su alternación final. Pero Chomsky afirmó que este análisis no era muy útil para explicar cómo la gente pensaba al generar oraciones con el fin de expresar ciertos significados.

Para analizar toda clase de oraciones o enunciados, según su estructura superficial, Chomsky creó un conjunto de reglas mediante las cuales hipotetizó que las personas transforman estructuras profundas en una cadena de palabras que producen cuando expresan sus ideas. A ese conjunto de reglas se le conoce como gramática transformacional generativa. Desde 1960, la mayoría de los que hablan teorizado e investigado acerca de la adquisición del lenguaje asumieron que describir las características superficiales del habla del niño no es suficiente para explicar cómo y por qué aumenta la competencia del lenguaje.

En la actualidad, los teóricos del lenguaje buscan una explicación para la naturaleza de las estructuras profundas y la norma de las reglas por medio de las cuales el individuo genera la secuencia de palabras.

En los últimos años se han llevado al cabo muchas investigaciones empíricas del habla temprana del niño. Estas investigaciones se han hecho en muchas lenguas, y varias teorías en pugna se han propuesto para explicar lo que se ha observado.

Brown y sus colegas observaron el desarrollo de la gramática en tres niños, longitudinalmente, a partir del momento en que comenzaron a unir palabras. Adán era hijo de un pastor protestante, Eva era hija de un estudiante de posgrado y Sara de un oficinista. Cada mes se grabaron por lo menos dos horas del habla espontánea de los niños, cuando conversaban con sus madres.

Como existe gran diferencia entre los niños, en lo que respecta a la rapidez de su desarrollo, no se puede tomar la edad cronológica como un buen índice de nivel lingüístico. Para Brown, el mejor índice de desarrollo del lenguaje en la primera etapa de la vida es el tamaño medio de la emisión (TME). Se mide en *morfemas* o unidades mínimas de significado. Por ejemplo, las palabras *pide* y *gato* son morfemas, y también lo son las partes de las palabras que cargan significado, como las terminaciones (*gramemas*). Así, las palabras *pedido* y *gotas* contienen cada una de ellas dos morfemas. Cuando se inicia el habla, la mayoría de las emisiones son de dos morfemas: *nene camina* = 2 morfemas; *pelota* = 1 morfema; *misa, gato* = 2 morfemas; *da pelota nene* = 3 morfemas.

Brown estableció cinco etapas de desarrollo lingüístico temprano, las cuales se extienden desde el inicio de las producciones de TME = 1.75 a TME = 4. Este rango lo divide en las cinco etapas mencionadas y cada una tiene el siguiente promedio de TME :

<i>Etapas</i>	TME
I	1.75
II	2.25
III	2.75
IV	3.50
V	4.0

Se observaron variaciones del tamaño de la emisión en cualquiera de las etapas. Un niño produce algunas emisiones de un morfema (*coche*) y algunas de cuatro (*calcetines, niños*) o de cinco (*nenas, muñecas, cayeron*), por lo que el promedio de TME es de 2.2.

Las primeras oraciones de los niños son formas abreviadas o “telegráficas” de las oraciones de los adultos; por ejemplo, *¿dónde sombrero?*, *tira pelota*, y las constituyen primordialmente nombres, verbos y algunos adjetivos. Casi nunca usan preposiciones, ni conjunciones, ni artículos, ni verbos auxiliares, ni copulativos, ni inflexiones.

El adjetivo “telegráfico” califica bien al habla imitativa y espontánea del niño. Si se le pide a un niño de dos o tres años que repita una oración sencilla como “Puedo ver una vaca”, la respuesta suele ser “veo vaca” o “yo veo vaca”. Las palabras importantes se repiten y las otras se omiten, y el orden de las palabras de la muestra se mantiene. Esto denota que la

oración que usó de modelo se precisa por el niño como una construcción y no sólo como una simple lista de palabras. Casi todas las oraciones de los niños que utilizan dos palabras, en la primera etapa muestran un orden sistémico y correcto. Desde el principio, los niños de habla inglesa se ajustan a las reglas más sencillas de gramática y expresan las relaciones fundamentales.

Con el tiempo los niños empiezan con producciones más largas y sus oraciones se hacen cada vez más complejas. Por ejemplo, una oración corta formada por predicado y objeto, puede aumentarse si se añade un sujeto o un objeto; ejemplo: "pegó pelota ... Juan pegó pelota". Es como si el niño preparase un componente y luego lo conectara en una oración más compleja. Así parece que el niño analiza las oraciones y encuentra en ellas las unidades gramaticales principales. Vea la siguiente sucesión: "sienta ... Juan sienta ... Juan sienta silla". Se encuentra el sujeto "Juan", el predicado "sienta silla" y el verbo "sienta". Este enunciado de cuatro morfemas expresa varias relaciones gramaticales: quién ejecutó la acción, en qué consistió la acción y dónde tuvo lugar, y refleja la adquisición temprana por parte del niño, del ordenamiento regular de las palabras en inglés (este ejemplo es el mismo para el español). Estas primeras oraciones no son sólo cadenas de palabras, sino jerarquías de unidades organizadas de acuerdo con principios gramaticales. El niño aparentemente actúa siguiendo principios fundamentales y universales.

Con las oraciones telegráficas de la primera etapa, los niños expresan muchos significados. Sus intenciones se infieren del orden de las palabras y del contexto en el que aparecen las mismas. A esto es lo que Brown llamó "método de interpretación rica". Varios estudios acerca del habla temprana con niños de diferentes lenguas, demuestran que existe una sorprendente uniformidad en los diferentes niños y lenguas con respecto a las clases de significados expresados en sencillas frases de dos palabras, lo que indica que el desarrollo semántico está estrechamente relacionado con el desarrollo cognoscitivo general.

En esta etapa, muchas de las expresiones en cualquier lengua tienen un carácter imperativo o de orden, pues tienen como objeto inducir a alguien a que ejecute alguna acción. Las preguntas son aseveraciones con entonación interrogativa. El orden de las palabras en las preguntas del habla adulta (sujeto y verbo) aparece más tarde.

La segunda etapa del desarrollo, según Brown, abarca el intervalo que se extiende desde un TME de 2.25, o límite superior de la primera etapa, hasta un TME de 2.75. Los enunciados se vuelven más complejos y aparece en el habla espontánea una serie de palabras pequeñas y de terminaciones de palabras: como preposiciones *in* y *on* (*en* y *sobre*); el artículo *un*, de vez en cuando; formas del verbo *ser* (*es* o *son*); terminaciones de *plural* y de posesivo en los nombres, y algunas inflexiones para indicar tiempo verbal (progresivo *ing* y pasado *ed*).

Estas palabras e inflexiones nuevas, llamadas morfemas gramaticales, no se adquieren todas en forma simultánea; el uso que hace el niño de los morfemas mejora paulatinamente en el transcurso de dos a tres años. Sin embargo, después del uso formal de éstos, todavía no saben estilizar perfectamente sus oraciones. Puede haber un considerable espacio de tiempo entre la primera aparición de cualquier morfema en particular y el momento en que se le usa cada vez que sea gramaticalmente necesario, pues la ejecución no pasa bruscamente de la inexistencia total a la presencia constante.

Los niños difieren entre sí respecto de la velocidad con que adquieren estas formas, pero el orden de adquisición es notablemente uniforme.

No obstante, a pesar de la gran variedad de maneras en que se manifiesta cada morfema gramatical, se observa una notable constancia en su orden de adquisición.

Cabe mencionar que en los sujetos de Brown, las primeras preposiciones aprendidas y dominadas por todos ellos siempre fueron juntas *in* y *on* (*en* y *sobre*), que dan referencia a lugar. Esto sugiere una temprana comprensión de la distinción semántica entre las funciones de obtener objetos (*en*) y de ser soporte de los mismos (*on*). Se observa que se ha aprendido un principio o regla y que, una vez aprendido, se utiliza correctamente. No hay nada que pueda explicar el orden de adquisición de estos morfemas. Probablemente, éstas que se adquieren primero son las que usan con mayor frecuencia los padres y por consiguiente las más escuchadas por los niños. Como Brown tenía datos acerca del habla de los niños y sus padres, pudo probar su hipótesis; pero encontró que no había relación entre la frecuencia del uso de estos morfemas por los padres y el orden en que los niños los adquirían. Esto no significa necesariamente que la frecuencia del uso por los padres no contribuya al orden de adquisición de los morfemas por los niños, pues teóricamente este factor puede que haya tenido un efecto significativo en combinación con otros.

Entre otros factores posibles figura la prominencia perceptiva; es decir, si la forma tiene algunas cualidades perceptivas destacadas que llamen la atención, así como el valor semántico informativo; o dicho de otra manera, si la forma es realmente necesaria para comunicar un significado o una intención.

Otro gran logro en el estudio del desarrollo del lenguaje se produjo en la quinta etapa (TME = 4), a la que Eva llegó a los dos años de edad, Adán a los tres años y Sara a los tres 6/12.

Los niños empezaron a construir oraciones complejas, en las que dos o más oraciones simples quedaban unidas por la conjugación y/o al incluir una oración o pensamiento en otro, comúnmente como objeto del verbo; ejemplo: "te veo sentarte". Enunciados conjugados característicos fueron "tu trueno (los dedos) y el viene", "espero no le hice daño".

Oraciones complejas con las cláusulas qué, quién, dónde, cuándo, aparecieron también en estas fechas; entre ellas figuraron: “Sé dónde está” y “Marfa canta lo que me gusta oír”. Estas descripciones del sistema aparente de producción de los niños para emitir habla sensible, forman la base de la teoría de Brown.

La principal diferencia entre los niños en la adquisición de la gramática, es el paso gracias al cual llegan a una común secuencia de etapas. Al buscar la explicación de estas diferencias, Brown especuló acerca de la parte sustancial del problema que es lo que los psicólogos llaman *inteligencia general*. Él basó esta idea en su convicción de que la inteligencia puede razonablemente ser concebida como la medida por la cual los individuos construyen sistemas generales de teorías que comprenden grupos de datos a los que están expuestos.

23

KOHLBERG

Lawrence Kohlberg (1927), psicólogo de la Universidad de Harvard, ilustra otra fase del desarrollo cognitivo, con su teoría de cómo el niño, en el crecimiento, sostiene sus juicios morales. Es importante, antes de empezar a analizarla, conocer el significado de la palabra *moral*, la cual usaremos con frecuencia.

La palabra moral es solamente sucedánea del término valor. Hay muchos valores que no se consideran como morales; por ejemplo, los valores estéticos, los técnicos y los prudentes. Los juicios morales tienden a ser universales, inclusive consistentes, y basados en objetivos impersonales o ideales fundamentales.

De acuerdo con Kohlberg, un niño no emite un juicio moral cuando le aconseja a su compañero no hacer trampa en el examen; es tan sólo un juicio prudente o de prudencia, por lo que no es universal, ni se basa en objetivos impersonales ni en ideales fundamentales. Kohlberg y sus colaboradores se han interesado en el estudio de las bases de la conducta moral. Para investigar el desarrollo del pensamiento y el razonamiento morales presentaron, a niños de distintas edades y diferentes estratos sociales, una serie de dilemas morales, y les pidieron formular juicios acerca de los mismos y expresar las razones de sus juicios. Los niños evaluaron unas veces acciones incorrectas a las que acompañaron de recompensa, y otras veces acciones correctas a las que formularon con castigos. Por ejemplo, se presentaba un dilema cuando se les planteaba que un individuo pobre asaltaba una farmacia para robar un medicamento caro que podía salvar la vida de su esposa. Al niño se le preguntaba si había obrado bien el esposo, y si así fuera, por qué pensaba eso.

Un análisis cuidadoso de las respuestas individuales llevó a los investigadores a definir seis tipos de desarrollo agrupados en tres niveles morales. En el nivel más bajo de todos, el premoral, el niño estaba guiado por una orientación hacia el castigo y la obediencia (tipo 1), o por una ingenua clase de hedonismo (tipo 2). En un nivel intermedio, el de

la "moralidad de acatamiento a las reglas convencionales", la moralidad se consideraba como cuestión de conservar la aprobación de los demás y de mantener buenas relaciones con ellos, y era una "moralidad de buen-chico, buena-chica" (tipo 3), o apoyada en los preceptos de la autoridad (tipo 4). En el nivel más alto de todos, el de la "moralidad de los principios morales aceptados por uno mismo", el niño era capaz de entenderla en términos de obligaciones contractuales y de una ley aceptada democráticamente (tipo 5), o como una moralidad de los principios individuales de conciencia (tipo 6).

Las seis etapas de Kohlberg representan un avance desde los niveles bajos de decisión moral, en donde las decisiones morales están implicadas con otros juicios de valor, pues sus reglas cambian conforme alcanzan niveles más altos, en donde se separan los valores morales (justicia y reciprocidad) de los de cualquier otra clase y se utilizan principios universales aplicables a cualquier situación.

Kohlberg propone cuatro factores principales que interactúan para determinar qué tan alta es la jerarquía dentro de las seis etapas de cada persona, cómo será su progreso y cuándo alcanzará cada etapa. El primer factor, y el único con componente heredado o genético, es el nivel individual de razonamiento lógico como se identifica en el sistema de crecimiento cognitivo de Piaget. El segundo, otro factor personal que probablemente combina el elemento genético y el del medio, es el deseo del niño o motivación, al que se hace referencia como sus necesidades. Los dos factores restantes son totalmente producto del medio: 1. las oportunidades del niño de aprender roles sociales, y 2. la forma de justicia de las instituciones sociales, las cuales son familiares al niño.

Para Kohlberg estos descubrimientos corroboran la concepción general del desarrollo de la moralidad de Piaget, aun cuando difiere de la misma en algunos puntos específicos. En su obra encontró un considerable traslapamiento entre las diversas edades con respecto al uso de las seis etapas morales, aunque la frecuencia de las etapas más primitivas disminuía con la edad y la de los tipos más maduros aumentaba con ella. En comparación con la teoría de Piaget, los datos sugieren que los aspectos "naturales del desarrollo moral son continuos y constituyen una suerte de reacción en todo el cuerpo social, en vez de ser producto de una determinada etapa, un determinado concepto o un determinado tipo de relaciones sociales".

Evidentemente, el desarrollo de la conciencia madura requería una maduración cognoscitiva, así como cierto número de procesos psicológicos basados en el aprendizaje. Como señala Kohlberg con respecto a la clase de desarrollo cognoscitivo, el niño es incapaz de llevar al cabo el grado de pensamiento abstracto que se requiere para el desarrollo de normas generalizadas en contraposición al de prohibiciones concretas muy específicas. Tampoco será capaz de pasar de las normas rígidas y

absolutas a las normas más flexibles y relativas, en las que, por ejemplo, la intención del motivo, no el simple hecho mismo, es lo que se toma en cuenta para estimar la responsabilidad o determinar la culpa. Muchas funciones cognoscitivas desempeñan un papel en el desarrollo de la conciencia.

En la medida en que los niños crecen, desarrollan los conceptos de tiempo, satisfacciones futuras, consecuencias de lo bueno y lo malo, y de valores e ideales, se dan cuenta paulatinamente de las consecuencias de sus actos. Asimismo, su percepción de los sentimientos de los demás se vuelve también más aguda y comienza a darse cuenta de la necesidad lógica de que las personas cooperen unas con otras en interés de todos.

Sin embargo, el desarrollo de la conciencia dista de ser únicamente, o siquiera en forma primordial, una función de maduración cognoscitiva, aun cuando el desarrollo cognoscitivo del niño puede producir una mayor conciencia de los valores y las normas morales. La voluntad de ajustar la propia conducción a los mismos, dependerá de otros factores como la identificación con los padres y la probabilidad de experimentar sentimientos de culpa en razón de violaciones o dichas normas. Toda una variedad de estudios indica que el desarrollo de la conciencia se ve fomentado por la cordialidad y el amor de los padres, según queda manifestado por las reacciones internas de los niños a las infracciones, en forma de culpa o mediante la adopción de normas morales que se sienten obligados a mantener.

Esto parece ser razonable en función de dos mecanismos que, al parecer, intervienen en el desarrollo de la conciencia: la identificación y el miedo a la pérdida del amor o de la aprobación. Si un padre responsable es una figura cordial y amada, el niño se podrá identificar con ella y modelar su propia conducta de acuerdo con la misma, y es probable que lleve a cabo la adopción de las normas enseñadas por los padres (interiorización); pero hay que evitar que las violaciones de dichas normas se hagan dolorosas, pues esto trae como consecuencia la pérdida de la buena imagen de sí mismo. El segundo mecanismo probable tiene un carácter más negativo. Si el niño ha sido recompensado con la aprobación y amor de los padres, las infracciones de las normas de éstos pueden producir ansiedad, basada en el miedo a la desaprobación y a la suspensión del amor. La mayoría de los niños sienten ansiedad, al menos ante la idea de pérdida del amor de sus padres, y adquieren las normas de éstos, por lo menos en parte, a fin de mantener baja esa ansiedad y tenerla bajo control. Este proceso, por supuesto, supone que los padres, como agentes socializadores, han adquirido valor de recompensa por medio del afecto y los cuidados que han proporcionado. En otras palabras, el temor a la supresión del amor de los padres no servirá como motivación, si no hay amor que perder.

En la esfera del pensamiento lógico del niño, Kohlberg se identifica como discípulo de Piaget. Primero está convencido de que es natural que el niño pase por las etapas de desarrollo cognitivo identificadas por Piaget. También cree que el logro de una etapa cognitiva particular en el esquema de Piaget, es un prerrequisito necesario para el niño que alcanza una etapa particular de razonamiento moral.

Para sustentar este principio, Kohlberg administró tanto las tareas de pensamiento lógico de Piaget, como las pruebas de incidentes morales de él al mismo grupo de sujetos. Y descubrió que los niños que no han tenido éxito en una tarea de cierta etapa de Piaget, casi nunca muestran un nivel de razonamiento moral paralelo a las tareas de Piaget. En contraste, los niños en los niveles más altos de razonamiento moral pudieron casi siempre completar las tareas paralelas de las etapas de Piaget. En consecuencia, Kohlberg concluyó en que el tipo de pensamiento lógico jerárquico de Piaget origina los fundamentos necesarios para el tipo de razonamiento de decisiones morales. Este componente de pensamiento lógico es entonces el factor natural de crecimiento o madurez más poderoso que Kohlberg cree que determina el nivel de razonamiento moral del niño.

El desarrollo moral es usualmente visto como un aspecto de sociabilización; esto significa, el proceso mediante el cual el niño aprende a aceptar las expectativas de la cultura en la cual se desarrolla. En el caso de los valores morales, los niños no sólo aprenden a aceptarlos, sino también a interanализar estas posturas para aceptarlas como correctas y representativas de sus valores personales.

Kohlberg está de acuerdo con los psicólogos sociales, al proponer que el niño se socialice con el aprendizaje de los roles de las personas que lo rodean. Conforme el niño interactúa con otros, aprende a imaginarse en los zapatos del otro y a ver la vida desde la perspectiva de otros. Los niños también aprenden a verse a ellos mismos como son vistos por los otros. Por consiguiente la toma de valores, o la identificación y la empatía con otros, permiten al niño desarrollarse como un ser social efectivo.

Otros estudios hechos en grupos le demostraron a Kohlberg que el niño que es más popular o que participa con sus compañeros, está mucho más avanzado en sus juicios morales que los niños poco populares o poco participativos. Cuando menos, la parte que causa esta diferencia parece ser la oportunidad que se le da al niño en la toma de roles dentro de su familia.

Algunas personas han asumido que el más importante de los elementos hogareños que intervienen para el desarrollo de la moral, es una atmósfera cálida, plena de amor e identificación. Sin embargo, Kohlberg asienta que esto no lo es todo. Es posible que un nivel mínimo de calidez sea necesario en el contacto con otros para que el niño o el adolescente

se sienta un participante aceptado en su círculo social. Sin embargo, lo más importante es que el medio proporcione oportunidades de toma de roles y no sólo que el niño reciba el máximo de afecto en su grupo.

Otra variable que contribuye en el crecimiento del juicio moral, es la estructura justa de los grupos sociales o instituciones con las cuales el niño interactúa. Estas entidades sociales incluyen la familia, la pandilla del vecindario o los grupos de juego, la escuela, la iglesia, la comunidad, la Nación y los medios que proveen oportunidades de toma de roles como la televisión, la radio, los libros, las revistas y otros.

Kohlberg propone que los niños participantes en grupos sociales que operan con altos niveles de igualdad y reciprocidad pasarán a niveles altos de juicio moral, al contrario de aquellos otros cuya principal participación se dé en grupos que poseen más bajos niveles de estructuras justas.

Como puede observarse en esta teoría, el nivel dominante de juicio moral en un niño o en un joven generalmente es el resultado de la interacción de cuatro determinantes: su nivel de madurez lógico-cognitiva, sus deseos, sus oportunidades en la toma de roles y los modelos dominantes de justicia en el grupo social principal del que forma parte.

Una gran parte de científicos sociales, llamados por Kohlberg relativistas éticos, suponen que los principios morales varían de una cultura a otra y que no hay manera lógica de explicar estas diferencias entre culturas. Esta línea de pensamiento es fácilmente dirigida a la convicción de que los valores morales de una cultura son tan buenos como los de otra, siempre y cuando cada cultura tenga el mismo derecho a su sistema de valores propios como cualquier otra cultura lo tenga. Sin embargo, Kohlberg no es un relativista ético. Él afirma que el desarrollo moral no depende de las ideas de justicia que dominen en forma especial una sociedad, sino sostiene que las etapas de desarrollo que identificó son universales, integradas e invariantes.

A medida que avanza la adolescencia, la orientación hacia preocupaciones internas y hacia la propia conciencia del individuo pueden aumentar, pues el individuo quizá se oriente menos hacia los otros y más hacia sí mismo, pero todavía sin claros principios relacionales o universales. Aunque muchos adolescentes no van más allá de esta etapa, algunos llegan a alcanzar lo que para Kohlberg es la etapa suprema del razonamiento moral, en la cual se hace un esfuerzo por formular "principios éticos abstractos, que echan mano de la comprensividad lógica, la universalidad y la congruencia".

**Cuarta
parte**

**Teorías
nomotéticas
conductuales**

24

SKINNER

Durante las últimas dos décadas, Burrhus Frederick Skinner ha ejercido gran influencia sobre la psicología al reformar muchos puntos de vista tradicionales. Este científico es un conductista ardiente, convencido de la importancia del método objetivo, del rigor experimental, de la capacidad de la experimentación sofisticada y de la ciencia inductiva para resolver los problemas conductuales más complejos. Está listo y ansioso por aplicar sus conceptos y métodos a los principales problemas teóricos y prácticos de nuestro tiempo.

Un aspecto distintivo de Skinner es el disgusto que siente por la teorización formal y el rechazo de la aproximación hullaiana del aprendizaje, en términos de teoremas y postulados. Otro aspecto distintivo de su postura es la importancia que le da al estudio de respuestas que no son necesariamente provocadas por cualquier estímulo (operantes) sino que están fuertemente influidas por las consecuencias de las propias respuestas (reforzamiento). También es poco común su vívido interés en el estudio de sujetos aislados, en vez de la socorrida tendencia de estudiar grupos y establecer generalizaciones.

Continuemos refiriéndonos a estos aspectos distintivos. A pesar de su enorme influencia teórica, no ha sido sino hasta últimamente cuando Skinner ha cuestionado la contribución de la teoría al desarrollo científico y ha señalado que su propio trabajo ilustra un empirismo informado y sistemático que opera sin derivaciones teóricas. Se ha opuesto consistentemente a cualquier intento de llenar el hueco entre los sucesos observados con variables hipotéticas o inferidas. Su intención ha sido reunir datos conductuales y organizarlos en un marco de referencia sistemático de leyes conductuales sin ninguna "ficción explicativa" (1950-1956).

Se podrá notar que esta teoría debe tanto al laboratorio como cualquiera de las descritas en este libro. Los principios de Skinner se derivan de experimentación precisa. Demuestra más respeto por los datos

bien controlados que cualquier otro teórico. A pesar de su gran preocupación por la observación controlada, no se inhibe al generalizar sus descubrimientos experimentales y sus leyes, lo más ampliamente que se puede. En esta forma, el pichón y el laboratorio ofrecen un paradigma que puede ser extrapolado y extendido a una amplia variedad de organismos y situaciones.

En sus estudios de los *programas de reforzamiento*, Skinner ha hecho exactamente esto y ha logrado descubrimientos que tienen una regularidad y especificidad que rivalizan con la de cualquier científico físico. Ha demostrado que patrones particulares (programas) de reforzamiento generan características y cambios altamente replicables en la tasa de respuesta, tanto en las respuestas continuadas o sostenidas como en la extinción.

Difiere marcadamente del psicólogo experimental común en su preocupación por el sujeto individual. Sus resultados son reportados en forma típica en términos de registros individuales. No le basta que sus estudios produzcan resultados promedio que concuerden con las expectativas y observación futuras. La ley conductual o ecuación se debe aplicar a cada sujeto observado bajo condiciones apropiadas. El atender a la aplicabilidad individual de todos los descubrimientos o leyes es algo particularmente valioso en una disciplina donde el investigador con frecuencia, no va más allá de los datos del grupo para ver si hay muchos sujetos individuales, o quizá alguno, cuya conducta se conforme a las generalizaciones de grupo.

El hincapié puesto en las operantes, más que en las respondientes, constituye otro aspecto distintivo de su aproximación al estudio de la conducta. Skinner piensa que la psicología debería enfocar su atención hacia los sucesos conductuales simples antes de intentar comprender y predecir los complejos.

Consideraciones generales

La suposición de que la conducta está regida por leyes va implícita en toda investigación psicológica aunque muchas veces no resulte explícita y muchas de sus implicaciones permanezcan desconocidas. Skinner, como Freud, merece el reconocimiento por su constante interés en el orden de la conducta y, quizá más significativamente, por comunicar su creencia de este orden a una gran parte de la sociedad. Por medio de sus escritos y su refinada experimentación ha persuadido a muchos de que el principio del determinismo se aplica a los seres humanos y hace que surjan serias dudas al respecto de nuestra concepción del hombre como agente libre con ciertas metas en la vida. La conducta de un individuo es, en su totalidad, producto de su mundo objetivo, y puede ser comprendida sólo en tales términos.

La suposición de que toda la conducta está regida por leyes implica en forma clara la posibilidad del control conductual. Todo lo que se requiere es manipular aquellas condiciones que influyen o producen un cambio de la misma. Puede haber desacuerdo en lo que se refiere a si el control necesariamente implica comprensión o explicación; pero, en un nivel puramente práctico, Skinner prefiere usar el término control porque su significado es claro. Nuestro autor no está muy interesado en aquellos aspectos de la conducta que se resisten fuertemente al cambio; por ejemplo, los gobernados principalmente por la carga hereditaria. Los tipos de conducta que él estudia son aquellos que parecen más plásticos y para los cuales se puede suponer que es posible producir un cambio por medio de la manipulación de aquel tipo de variables ambientales que interactúan normalmente con la persona.

Ante la pregunta ¿cómo se puede lograr el control?, Skinner cree que la forma más apropiada de hacerlo es por medio de un *análisis funcional*, término que Skinner entiende como un análisis de la conducta expresada en relaciones causa-efecto, donde las causas pueden ser controladas, refiriéndose a estímulos, privaciones, etc. El análisis funcional busca únicamente establecer correlaciones entre variables dependientes, en vez de relaciones causales propiamente dichas.

Skinner argumenta en forma consistente que la mejor manera de estudiar la conducta es considerando en qué forma se relaciona con los sucesos antecedentes. Afirma también que en el análisis funcional de la conducta no es necesario hablar acerca de los mecanismos que operan dentro del organismo. Cree que la conducta puede ser explicada y controlada por medio de la manipulación del medio que contiene al organismo que se comporta, y que no hay necesidad de dividir al organismo o de hacer inferencias acerca de los sucesos que se llevan al cabo dentro del organismo.

La explicación de la conducta en términos de un suceso mental se da por lo general cuando se ignoran los hechos físicos importantes en la producción de la conducta.

Considera que la conducta puede ser predecible al seguir los efectos de una variable ambiental a lo largo de la secuencia total de los sucesos fisiológicos por los cuales es seguida. Sin embargo, subraya el hecho de que una ciencia de la conducta no necesariamente requiere un conocimiento de los procesos fisiológicos para poder ser viable; cree que aun cuando entendamos estos procesos el control de la conducta en la práctica se logrará al ejercer la manipulación de las variables independientes tradicionales que se encuentran fuera del organismo. Skinner no ve razón alguna por la cual no debemos tratar al organismo humano como si fuera una caja cerrada pero no vacía, con varias entradas y salidas, y este investigador piensa que dicho tratamiento producirá el control más eficiente de las salidas.

Skinner utiliza el término *teoría* para describir un sistema que relaciona un conjunto de observaciones a otro conjunto de observaciones, por medio de un grupo inferido de sucesos o construcciones que se describen en términos de otros que describen las observaciones, y que en sí mismos no son observables.

Ciertas suposiciones básicas, esenciales a cualquier actividad científica, se denominan algunas veces teorías. Que la naturaleza es ordenada más que caprichosa, constituye un ejemplo. Ciertas afirmaciones también son teorías simplemente en el grado en el que no devienen hechos todavía. Un científico puede adivinar el resultado de un experimento antes de que éste se lleve al cabo. La predicción y la afirmación posterior del resultado pueden estar compuestas por los mismos términos del mismo arreglo sintáctico; la diferencia será el grado de confianza. Ninguna afirmación empírica es totalmente no teórica en este sentido ya que la evidencia nunca es completa, y probablemente tampoco se hace una predicción totalmente sin evidencia. El término teoría no se referirá aquí a afirmaciones de estos tipos, sino más bien a cualquier explicación de un hecho observado que se refiera a sucesos que se efectúan en alguna otra parte, a otro nivel de observación, descrito en términos diferentes, y medido, si es que lo está, en dimensiones diferentes (1953, pág. 26).

Estructura de la personalidad

Skinner ha demostrado una gran indiferencia hacia las variables estructurales, y enfoca su atención principalmente hacia la conducta modificable. Consecuentemente, se interesa muy poco en las características conductuales que parecen relativamente estables. Su actitud es principalmente consecuencia del hincapié que hace en el control de la conducta. Se pueden lograr la predicción y la explicación si se conocen los aspectos duraderos y modificables de la personalidad. Pero el control se logra únicamente por medio de la modificación; implica que el medio puede ser variado a fin de que produzca diferentes patrones conductuales. Al hablar de los determinantes genéticos de la conducta, Skinner dice:

Aun cuando se puede demostrar que algún aspecto de la conducta se debe a la época del nacimiento, al tipo corporal o a la constitución genética, el hecho es de utilidad limitada. Claro que esto nos puede ayudar en la predicción de la conducta, pero es de poco valor en un análisis experimental o en el control práctico, puesto que tal condición no puede ser manipulada después de que el individuo haya sido concebido. Lo más que se puede decir es que el conocimiento del factor genético puede permitarnos hacer mejor uso de otras causas. Si sabemos que un individuo tiene ciertas limitaciones inherentes, podemos usar nuestras técnicas de control con más inteligencia, pero no podremos alterar el factor genético (Skinner, 1957, pág. 371).

Este investigador no afirma que todos los factores que determinan la conducta están en el medio; no dice que cada individuo sea maleable o impresionable en forma indefinida de acuerdo a las circunstancias. Skinner simplemente ignora la importancia práctica de la variabilidad biológica, porque, en una ciencia puramente conductual, esta variabilidad no puede ponerse fácilmente bajo control conductual.

Al seleccionar las variables de respuesta, Skinner parece principalmente preocupado con su simplicidad y su asociación regular o regida por las leyes de la variación ambiental. La principal clasificación de la conducta que Skinner ha sugerido es la distinción entre operantes y respondientes. La distinción implica principalmente la diferencia entre respuestas que son expresadas y aquellas que son emitidas. Como hemos visto, el foco de atención de Skinner está en la operante que es emitida en ausencia de cualquier estímulo. Por otro lado, una respondiente es producida por un estímulo conocido, y se puede ilustrar por medio del reflejo pupilar, donde tenemos una respuesta conocida y relativamente invariable asociada a un estímulo específico.

Dinámica de la personalidad

Skinner muestra sólo un ligero disgusto por los conceptos dinámicos o motivacionales. Reconoce que una persona no siempre exhibe la misma conducta en el mismo grado cuando se encuentra en una situación constante, y cree que el reconocimiento general de esto es la razón principal para el desarrollo del concepto de motivación entre los psicólogos. En tanto que la conducta tiende a ser altamente variable en algunas situaciones, se supone una fuerza interna para explicar esta variabilidad.

Skinner cree que aun cuando la conducta presente variabilidad, es innecesario y con frecuencia conducente al error postular una fuerza interna energizante, ya que cuando se hace esto, aún queda la cuestión de cómo es gobernada la intensidad de esta fuerza. Por ejemplo, uno se puede preguntar la causa del hambre de un niño. Se necesita una respuesta a esta pregunta pues sólo así podremos estimar la intensidad de la fuerza para que podamos predecir el vigor de la conducta asociada. Skinner señala que la respuesta satisfactoria debe involucrar en alguna etapa el descubrimiento de alguna variable ambiental a la que esté unida la fuerza interna; por ejemplo, el hambre está unida a la privación de alimento. Este psicólogo trata la variabilidad del vigor de una conducta en la misma forma que a cualquier otro aspecto de la conducta: como consecuencia causal directa de la variación en una variable independiente.

El argumento que acabamos de exponer nos puede hacer creer que aquellas variables que gobiernan los estados motivacionales o pulsionales de otros teóricos no tienen una posición especial en el sistema de Skinner. Esto es incorrecto, ya que cuentan con una propiedad especial,

que no es la de constituir causas internas de la conducta. Ciertas variables afectan la probabilidad de ocurrencia de grupos totales de patrones conductuales.

Existen términos que pueden ser tratados como pulsiones porque se utilizan para unir a un grupo de variables independientes con un grupo de variables dependientes. Estos términos pertenecen al área de la emoción, aunque Skinner no establece ninguna distinción real entre pulsiones y motivaciones, y utiliza estos términos indistintamente y justifica tal uso.

Skinner utiliza un conjunto de conceptos que pueden llamarse motivacionales o dinámicos. Estos, semejantes a términos motivacionales de otras teorías, se usan para explicar la variabilidad de la conducta en condiciones que en otra forma son constantes. Sin embargo, en el sistema de Skinner ocupan una categoría distinta porque relacionan grupos de respuestas con grupos de operaciones, no porque se igualen a estados energéticos, de propósito o de cualquier otra condición que los defina como antecedentes causales de la conducta.

Desarrollo de la personalidad

La mayor parte de la posición teórica de Skinner se refiere al cambio conductual, aprendizaje y modificación de conducta, por lo que se puede decir que sus hipótesis son relevantes para el estudio del desarrollo de la personalidad. Piensa que la comprensión de ésta se desarrolla si partimos de considerar el desarrollo conductual del organismo humano en continua interacción con el medio. Esta interacción ha sido el punto central de estudios experimentales cuidadosamente realizados.

Para poder comprender más claramente la explicación que se puede dar de la personalidad de un individuo en un determinado medio, desde el punto de vista skinneriano, será necesario revisar brevemente algunos de sus conceptos clave que presentamos a continuación.

Reforzamiento. Reforzar una conducta es simplemente llevar al cabo una manipulación que cambie la probabilidad de ocurrencia de un comportamiento en el futuro. “Un reforzador positivo es un estímulo que, añadido a una situación, fortalece la probabilidad de ocurrencia de una respuesta operante. Un reforzador negativo es un estímulo que cuando se elimina de una situación, fortalece la probabilidad de ocurrencia de una respuesta operante.” (Skinner, 1953a, pág. 79.)

La extinción es la disminución que ocurre en la respuesta cuando el reforzamiento que seguía a ésta ya no opera.

Skinner distingue entre dos clases de respuestas: respondientes y operantes. Llama respondiente a aquella que subraya el fuerte papel gestador jugado por el estímulo que la precede. Otra característica de esta situación es que el reforzador se manipula en asociación temporal

con el estímulo al que es condicionada la respuesta, mientras que la respuesta, si existe, aparece después. El condicionamiento se logra con más eficacia cuando el reforzador sigue al estímulo condicionado, independientemente de que haya ocurrido o no la respuesta.

Skinner acepta la existencia del condicionamiento clásico y su dependencia hacia el principio del reforzamiento, pero está menos interesado en él que en el otro tipo de aprendizaje, que también descansa en el principio del razonamiento, y que denominó *condicionamiento instrumental* u *operante*.

Muchos investigadores pensaron que todo el aprendizaje implicaba el proceso del condicionamiento clásico; pero Skinner se dio cuenta de que había muchas cosas que no encajaban dentro de este paradigma. Hay algunas respuestas que, a diferencia de las respondientes, no parecen estar asociadas a un estímulo elicitor claramente identificable —respuestas tales como pintar un cuadro, cruzar una calle, etc. Éstas parecen ser espontáneas y voluntarias. Otra propiedad de este tipo de respuestas, que también las distingue de la conducta respondiente, es que su frecuencia de ocurrencia cambia de acuerdo con el suceso que les sigue. Más específicamente, la fuerza de éstas aumenta cuando ocurre la respuesta y es seguida de reforzamiento. Esta peculiaridad de tal clase de respuestas da origen al uso que Skinner hace del término *operante*, que define a una respuesta que influye en el medio y lo cambia; dicho cambio en el medio afecta la ocurrencia subsecuente de la respuesta. Por lo tanto, en el condicionamiento operante, el reforzador no está asociado con un estímulo gestador como cuando se condicionan las respondientes; en lugar de esto, está asociado con las respuestas. Por otro lado, cuando una respuesta operante es condicionada, resulta esencial que el reforzador sea presentado después de la ocurrencia de la respuesta. Sólo en esta forma puede aumentar la frecuencia de la respuesta.

Skinner argumenta en forma persuasiva que la personalidad no es más que una colección de patrones de conducta, y que cuando nos preguntamos acerca del desarrollo de tal fenómeno, tan sólo nos interrogamos acerca del desarrollo de estos patrones de conducta. Skinner cree que podemos predecir, controlar y explicar dichos desarrollos si vemos cómo ha funcionado el principio del reforzamiento para producir la conducta actual de un individuo, como resultado del reforzamiento de respuestas previas.

Moldeamiento. Una conducta se moldea con el refuerzo de las aproximaciones sucesivas a la respuesta deseada.

Reforzamiento continuo. Es aquel que se da al sujeto inmediatamente después y cada una de las veces que ejecuta la respuesta específica en que nos interesamos.

Reforzamiento de intervalo. Se da cuando el hecho es contingente en un intervalo de tiempo; si el lapso no varía (por ejemplo cada 5 min

o cada 10 min), tenemos lo que se llama un *programa de reforzamiento de intervalo fijo*.

Si en vez de proporcionar reforzamiento seguimos un intervalo constante de tiempo, el investigador quiere reforzar de acuerdo a un *programa de intervalo variable o intermitente*, el reforzador puede encontrarse disponible a intervalos con un promedio de 5 min, por ejemplo, pero el lapso variará realmente al azar alrededor de este promedio. En esta forma, el sujeto responde con una tasa estable de respuestas; la mayoría de ellas no son reforzadas, pero las que sí lo son, sirven para mantener la tasa de respuesta total.

Un programa de reforzamiento también se puede establecer en forma tal que el número de recompensas obtenido por el sujeto dependa de su propia conducta (respuestas). Esto se llama *programa de reforzamiento de razón*. Aquí el reforzamiento está determinado sólo por el número de respuestas que han sido emitidas desde el último reforzamiento. Por ejemplo, se reforzará cada décima o vigésima respuesta. A este proceso de reforzamiento se le llama *programa de razón fija*. Quizá el número puede variar al azar, en forma tal que el reforzamiento se dé en promedio después de cada 5 respuestas, pero que en realidad estará distribuido al azar alrededor de este promedio. En algunos ensayos la recompensa seguirá a la segunda o tercera respuesta, mientras que en otros será después de 7 u 8. En este caso se llama *programa de razón variable*. El proceso de extinción es mucho más lento con programas de razón que con programas de intervalo. Entre menos frecuente sea el reforzamiento, más rápida resultará la tasa de respuesta. Un reforzamiento variable o intermitente hace que una respuesta aprendida sea más resistente a la extinción.

La importancia que tienen estos diferentes programas de reforzamiento consiste en que por un lado nos muestran correspondencias con muchas situaciones de aprendizaje de verdadero interés para el investigador o técnico de la personalidad, y por el otro, se relacionan con patrones particulares de adquisición y de extinción de respuesta en el momento del aprendizaje.

El tipo de condicionamiento en el que no hay relación causal entre la respuesta y el reforzador se denomina algunas veces *conducta supersticiosa*. Skinner piensa que en función de esto se explican muchas de las credulidades que tienen algunos hombres.

El hecho de que un reforzamiento azaroso que sigue a una respuesta sea suficiente para fortalecerla, por lo general no se reconoce, y como resultado, pueden surgir serias consecuencias, como en el caso del condicionamiento de algunos tipos de conducta anormal. Esto sucede muchas veces cuando los padres le ponen atención a un niño normal sólo cuando llora para llamar la atención, o busca que lo atiendan, en forma irritante o antisocial.

Reforzamiento secundario o condicionado. “Un estímulo que originalmente no es reforzador ... se puede volver reforzante por medio de la asociación repetida con uno de tal índole” (Keller y Schoenfeld, 1950, página 232). Es decir, por medio del condicionamiento, un estímulo adquiere el poder para condicionar. Se podrían resumir los aspectos del reforzamiento secundario en la siguiente forma:

- a) Un estímulo que ocasiona o acompaña a un reforzador adquiere en esa forma un valor de reforzador en sí mismo, y se puede llamar reforzamiento secundario, condicionado o derivado. Un reforzador secundario se puede extinguir cuando se aplica repetidamente a una respuesta para la cual no hay un reforzador primario final.
- b) Un reforzador secundario es positivo cuando el reforzador con el que esté correlacionado lo es también; y negativo, cuando el último es de esta misma clase.
- c) Una vez establecido, un reforzador secundario es independiente e inespecífico; no sólo fortalecerá la misma respuesta que produjo el reforzamiento original, sino también condicionará una respuesta nueva y no relacionada. También lo hará en presencia de un motivo diferente.
- d) Por medio de la generalización, varios estímulos, además del correlacionado con el reforzamiento, adquieren valor reforzante, positivo o negativo (Keller y Schoenfeld, 1950, pág. 260).

Skinner piensa que los reforzadores condicionados o secundarios son muy importantes en el control de la conducta humana. Es obvio que, por lo menos en las sociedades occidentales, no todas las acciones se mantienen con la presentación de reforzadores incondicionados o primarios, tales como alimento, agua y sexo. Mucha de la conducta humana descansa en el reforzamiento condicionado. El ejemplo más común de reforzador secundario es el dinero. El dinero es un buen ejemplo no únicamente porque no tiene un valor intrínseco en sí mismo, sino también porque es un reforzador condicionado generalizado. Ha sido unido a un gran número de reforzadores primarios o incondicionados diferentes y, en consecuencia, resulta reforzante bajo una gran variedad de pulsiones. El efecto extremadamente generalizado del dinero está basado en última instancia en el hecho de que va asociado con un gran número de otros reforzadores. Skinner utiliza los reforzadores condicionados para explicar el mantenimiento de muchas respuestas que ocurren como parte de nuestra conducta social, según veremos más adelante con detalle.

Generalización y discriminación de estímulos. Estos aspectos se pueden resumir de la siguiente manera:

- a) Las respuestas acumuladas en presencia de un estímulo positivo también surgen en presencia del estímulo negativo. Éste es el principio del condicionamiento inductivo o generalización.
- b) Las respuestas emitidas en presencia del estímulo negativo ya no están disponibles bajo el estímulo positivo. Éste es el principio de la extinción inductiva.
- c) El reforzamiento selectivo y la extinción aumentan el número de respuestas disponibles principalmente en presencia del estímulo positivo. Ésta es la mitad positiva del principio de discriminación.
- d) Las respuestas adquiridas en presencia del estímulo positivo pueden volverse menos disponibles bajo el estímulo negativo. Ésta es la mitad negativa del principio de discriminación: el rompimiento de la inducción (Skinner, 1938, pág. 229).

Estos fenómenos son importantes por varias razones: demuestran que una respuesta puede ser emitida en una situación que es ligeramente diferente de aquella en la que originalmente fue reforzada; demuestran que la fuerza de esa respuesta sufre algún decremento en tal situación cambiada; y si la situación es diferente, en buen grado, de la situación de entrenamiento, la respuesta no ocurre. Ninguna persona está exactamente en la misma situación dos veces. Sin embargo, una circunstancia en la vida real puede ser ligeramente diferente de otra y producir, posiblemente, el mismo reforzamiento para la misma respuesta. Por tanto, es adaptativo que la situación estímulo original se generalice a la nueva situación. Si los sujetos no presentaran generalización de estímulos, el aprendizaje nunca podría ser exhibido. Por otro lado, es totalmente inadaptativo que un sujeto generalice, completa y totalmente, de una situación a todas las otras. Circunstancias muy diferentes exigen diferentes respuestas conductuales. Si ocurriera una generalización de estímulos perfecta y el sujeto transfiriera una respuesta a todas las situaciones sin tomar en cuenta su semejanza con la circunstancia original, ocurrirían en forma constante una serie de respuestas inapropiadas. De hecho no habría aprendizaje ni razón alguna para suponer que una respuesta ocurriría en lugar de otra. Por eso es importante que la persona presente discriminación de estímulos.

Debemos notar que Skinner no define la generalización o discriminación de estímulos en términos de procesos perceptuales u otro tipo de procesos internos. Él define cada término en razón de medidas de respuesta en situaciones experimentales bien controladas. Hasta el grado en que la respuesta se mantiene en una situación nueva, se dice que hay algún grado de generalización de estímulos. Hasta el grado en que la respuesta disminuye o se debilita, se dice que hay discriminación de estímulos. El sujeto discrimina (no responde en presencia de un estímulo

nuevo) hasta el grado en que no puede generalizar (responde entonces al estímulo nuevo).

La mayoría de los aspectos de la personalidad se demuestran en un contexto social, y la conducta social es una característica muy importante del comportamiento humano en general. Consideraremos ahora la conducta social de los humanos para ver cómo utiliza Skinner los descubrimientos de su refinado trabajo experimental realizado con animales inferiores para llegar a ciertas conclusiones acerca del desarrollo de la personalidad en el hombre. Primero deberemos hacer notar que Skinner no cree que la conducta social sea especial o significativamente distinta de otra conducta. La conducta social se caracteriza únicamente por el hecho de que involucra interacciones entre dos o más personas. Aparte de esto, no se considera diferente de otro tipo de conducta, y Skinner piensa que los principios que determinan el desarrollo de la conducta en un medio rodeado de objetos mecánicos e inanimados también la determinan en un medio rodeado de objetos animados. En cada caso, el organismo en desarrollo interactúa con el medio, y como parte de esa interacción recibe retroalimentación que refuerza positiva o negativamente esa conducta o que la castiga. Quizá las respuestas sociales y los reforzadores apropiados a ellas sean algo más sutiles o difíciles de identificar que en el caso de conductas que ocurren en situaciones no sociales, pero esto en sí mismo no indica ninguna diferencia de principio importante entre los dos tipos de respuesta.

Sin embargo, un aspecto destacado de la conducta social, consiste en el hecho de que los reforzadores que una persona recibe dependen, por lo general de su *output* o salida conductual. La conducta social se refuerza con más frecuencia de acuerdo al principio de razón o proporción. Un niño es recompensado por permanecer callado, con dulces; o con un reforzador condicionado como el afecto o una sonrisa, y entre más callado permanezca, más reforzado será. En la sociedad adulta, uno es reforzado generalmente por ser cortés. Una sacudida de mano, o un saludo amistoso, ambos pueden producir en la misma forma el reforzamiento social que significa un gesto amistoso, que en algunos casos pueden llevar a un mejor desempeño del trabajo o quizá a un incremento en el estatus social.

Cuando hablamos de ciertos aspectos de la personalidad de un individuo en el contexto de la conducta social, por lo común nos referimos a tipos generales de conducta y no a respuestas específicas. Pero hasta ahora, al revisar el esquema skinneriano, sólo hemos considerado el desarrollo de respuestas particulares. Urge involucrar todo esto en la comprensión de una personalidad sumisa, ansiosa o agresiva.

Skinner argumentaría que los términos normalmente utilizados para describir rasgos de personalidad sólo tienen significado porque en última instancia se pueden reducir a la descripción de un rango de respuestas

específicas que tienden a asociarse a un cierto tipo de situación. Así, al determinar si una persona es socialmente dominante, notamos su conversación en un escenario de grupo, la observamos en interacción con una serie de individuos, averiguamos sus respuestas a una serie de ítemes o reactivos específicos que describan situaciones relevantes, y así sucesivamente, y llegamos a un juicio o clasificación total. Cada una de las respuestas particulares nos dice algo acerca de la dominancia de una persona. El hecho de que respuestas específicas tienden a estar asociadas a ciertas situaciones, depende probablemente de su reforzamiento selectivo por parte de un grupo. Una persona adquiere el rasgo general dominante porque algún grupo, quizá su familia, ha dado mucho valor a ciertas clases de respuesta, al reforzarlas.

Las respuestas también tienden a estar asociadas unas con otras en virtud de que son funcionalmente intercambiables. Una persona a quien conocemos por primera vez puede darnos la mano o un saludo verbal. En cualquier caso, se comporta en forma amistosa y es probable que cualquier respuesta que emita sea reforzada en la misma forma. En ocasiones previas, cada respuesta en este tipo de circunstancias pudo haber sido reforzada con la misma frecuencia. Debido a esto, puede ocurrir cada una de las respuestas en la ocasión actual, y la diferencia en sus estímulos controladores que hace que se emita una en vez de la otra, puede ser tan sutil que en la práctica la ocurrencia de una respuesta particular no se pueda predecir. En estos casos, se podría detectar la característica general de la conducta que esperamos que suceda.

Es interesante hacer notar que la misma situación no necesariamente produce el mismo tipo de conducta en diferentes individuos. Un ejemplo de esto sería una persona que quiere que le aumenten el sueldo en su trabajo. Un sujeto puede hacer la solicitud en forma agresiva; otro, de modo amistoso y aun obsequioso. Si pudiéramos ver la historia previa de la persona que reacciona agresivamente en la oficina de un superior, encontraríamos que tal conducta ha sido reforzada con más frecuencia en la historia de ese individuo, y probablemente ha sido reforzada en una gran variedad de situaciones. En el caso del otro individuo, la conducta agresiva probablemente fue castigada con consecuencias aversivas, y la conducta amistosa fue reforzada en forma positiva. En el grado en que las situaciones previas, generadoras de este tipo de conductas, se parezcan a la situación en que los empleados piden un aumento de salario, esperearemos que estas dos categorías diferentes y opuestas de conducta continúen presentándose. Por supuesto que en esta aproximación puede ser que sólo una de ellas funcione. La conducta de esta persona sería reforzada, mientras que la de la otra no. Sin embargo, la conducta del individuo no reforzado puede en realidad sufrir muy poco cambio como resultado de esto. La mayoría de la conducta fuera del laboratorio es reforzada sólo en forma intermitente, y como hemos visto, el reforzamiento

intermitente genera una conducta muy estable y persistente. Casi definitivamente, la historia del reforzamiento del individuo no reforzado en esta ocasión en nuestro ejemplo, fue de tipo intermitente, y la cantidad de extinción de esta clase de comportamiento como resultado de este no reforzamiento fue probablemente muy ligera. Quizá también estos dos individuos que piden un aumento de salario en otras circunstancias, en el caso de otro superior, por ejemplo, la aproximación no reforzada la vez anterior puede ser la venturosa en esta ocasión, y puede suceder entonces que se inviertan las contingencias del reforzamiento. Esto hace que surja otro factor complicado. Un individuo puede presentar mayor capacidad de discriminación que otro entre dos superiores diferentes y su conducta quizá eventualmente se ajuste en forma tal, que sea apropiada en diferentes situaciones, con mayor frecuencia. Podemos decir que esta persona tiene la habilidad de evaluar a la gente y ajustar su propia conducta de acuerdo a tal evaluación. En el sistema de Skinner, el proceso implicado en dicho caso es el de reforzamiento diferencial y discriminación.

No nos debe sorprender que un número de psicólogos clínicos hayan adoptado las actitudes básicas y la aproximación característica de Skinner pues han encontrado que este marco de referencia puede ser usado para comprender el desarrollo normal y también se puede aplicar al estudio y control de la conducta patológica. Se supone que la conducta anormal es igual que la normal en sus principios de desarrollo. Al establecer un programa para el tratamiento de la conducta anormal, Skinner marca en forma repetida que la meta es simplemente cambiar la conducta anormal por conducta normal, y esto se puede lograr por medio de la manipulación directa del comportamiento. Al referirse a la conducta anormal, Skinner no habla de la acción de deseos reprimidos, crisis de identificación, conflictos entre el yo y el superyó, u otras construcciones hipotéticas, las cuales etiquetaría como ficciones explicativas. Más bien, trata de modificar la conducta indeseable por medio de la manipulación del medio en una forma determinada por las técnicas de condicionamiento operante y respondiente.

Al hablar de la inmovilidad de un brazo (parálisis histérica) de un soldado que se encuentra en el frente de batalla, Skinner no se refiere a lo que este hombre piensa, siente o trata de hacer; tampoco menciona procesos conscientes, inconscientes o fisiológicos. En el análisis de este caso utiliza las leyes del condicionamiento respondiente (clásico) y operante y lo hace depender sólo de las operaciones observadas y de la conducta. No tiene que recurrir a variables que operan en otro nivel que no sea el conductual, ni a ningún otro de construcción hipotética.

El tipo de análisis de la conducta anormal, la curación de ésta por medio de psicoterapia, realizada por los skinnerianos, es el análisis y curación de los síntomas, en vez de las causas internas, mentales o fisio-

lógicas, que se hacen a un lado. Sólo tratan de los síntomas, repetimos. Tal terapia parece omitir las fuerzas subyacentes que ejercerían su influencia por medio de algún canal conductual. Sin embargo, cuando estas curaciones son inadecuadas, se debe a que el psicoterapeuta no ha comprendido en forma cabal los principios de la modificación de conducta, o que no ha revisado profundamente la historia del paciente, para determinar los antecedentes del comportamiento indeseable. De hecho, la evidencia existente al respecto de síntomas sustitutivos en estas condiciones, indica que la curación es poco probable.

Bibliografía

- KELLER, F. S. y SCHOENFELD, W. N., *Principles of Psychology*, Appleton-Century-Crofts, Nueva York, 1950.
- SKINNER, B. F., *The Behavior of Organisms*, Appleton-Century-Crofts, Nueva York, 1938.
- SKINNER, B. F., "Are Theories of Learning Necessary?", en *Psychol. Review*, núm. 57, 1950, págs. 193-216.
- SKINNER, B. F., *Science and Human Behavior*, Macmillan, Nueva York, 1953.
- SKINNER, B. F., "A Case History in Scientific Method", en *American Psychol.*, núm. 11, 1956, págs. 221-233.
- SKINNER, B. F., *Verbal Behavior*, Appleton-Century-Crofts, Nueva York, 1957.
- SKINNER, B. F., *Cumulative Record*, Appleton-Century-Crofts, Nueva York, 1961.
- SKINNER, B. F., *Contingencies of Reinforcement: A Theoretical Analysis*, Appleton-Century-Crofts, Nueva York, 1969.

25

GESELL

El estudio sistemático de grupos de niños comenzó a finales del siglo XIX. Uno de los precursores fue Stanley Hall, con la publicación, en 1891, de su estudio *The contents of Children's Minds on Entering School*. Hall estaba también convencido de que el estudio del desarrollo tenía una gran importancia para la comprensión de los seres humanos. Ideó y perfeccionó una técnica de investigación, la del cuestionario, integrada por una serie de preguntas y cuyo objeto es el obtener información acerca de la conducta, las actividades y los intereses de los niños. A este tipo de investigación se le llamó normativa y descriptiva, porque describía la normalidad en sentido de promedio. Y a los resultados resumidos de estos estudios se les llama normas descriptivas o normas de edad.

En cierto sentido, la obra de Hall, que prosiguió en el siglo XX, señala los principios del estudio sistemático del niño en Estados Unidos de Norteamérica. Según los estándares modernos, no se puede considerar equilibrada o altamente objetiva su obra. No obstante, el que haya utilizado grandes números de niños y tratado de determinar las relaciones entre las características de la personalidad, los problemas de adaptación y las experiencias antecedentes, constituyó un claro avance metodológico en relación con los anteriores enfoques filosóficos y biográficos.

El teórico que mejor ejemplifica según la norma descriptiva el desarrollo del niño en edad escolar, es Arnold Gesell, médico y psicólogo infantil, que estudió bajo la supervisión de Hall.

El propósito de Gesell era encuadrar con gran cuidado y atención las características de cada nivel de edad en las muchas facetas de la vida.

Otra manera de describir los avances de madurez es la teoría de las tareas del desarrollo. Esta teoría se originó entre 1930 y 1940, también en Estados Unidos de Norteamérica, con el movimiento progresivo de la educación. Al igual que Gesell, seguidores de esta corriente trataron de identificar pasos típicos en el desarrollo durante las diferentes edades y aspectos de la vida; pero a diferencia de Gesell, los seguidores de la teoría

de tareas del desarrollo no medían en forma sistemática, ni valoraban ni observaban al niño que era elegido como representante típico. Basaban sus etapas de desarrollo en datos obtenidos de diversas fuentes de información, como los estudios clínicos hechos por Gesell, investigaciones, observaciones de padres y maestros, ideas de sentido común del desarrollo y otras.

Además, ya que Gesell estaba más interesado en describir las semejanzas de los niños de la misma edad, los teóricos de las tareas del desarrollo estaban más interesados en especular en lo que el niño completaba durante cada edad sucesiva. Se eligió el término "tareas del desarrollo" para reflejar la convicción de los teóricos de que el crecimiento debe ser visto como la búsqueda del niño para lograr nuevas metas en cada nueva etapa del desarrollo.

En suma, Gesell trató de describir en qué son semejantes los niños; mientras que los seguidores de la teoría de tareas del desarrollo no sólo querían describir en qué eran semejantes durante cada etapa del desarrollo, sino que buscaban también el cómo inferir, de estas descripciones, la clase de metas que los niños perseguían, o las necesidades que provocaban la conducta de éstos.

La tradición de los estudios normativos-descriptivos, en los que Gesell jugó un papel muy importante, continúa muy activa hasta hoy; sin embargo, la cima de la teoría de las tareas del desarrollo se alcanzó en 1940, y este movimiento aún ejerce una influencia significativa en los currícula del desarrollo, tanto en escuelas como en los libros de texto acerca del desarrollo del niño.

Gesell se propuso la tarea de describir los cambios observables en el crecimiento y conducta del niño, desde el nacimiento hasta la adolescencia. A pesar de que su interés primordial era el desarrollo después del nacimiento, también llevó a cabo estudios de desarrollo prenatal. Dentro de los puntos que dominaron las investigaciones de Gesell, están los siguientes:

1. Un aspecto del desarrollo subrayado por Gesell.
2. La importancia de los determinantes genéticos.
3. Ciclos de conducta.
4. El modo de contabilizar las diferencias individuales.

El trabajo de Gesell consistió principalmente en estudiar a los niños de diferentes clases socioeconómicas que le llevaban a su clínica.

En su libro acerca del desarrollo del niño, no precisa la cantidad que abarcó en la muestra que utilizó como representativa. Para conjuntar sus estudios, Gesell y sus colaboradores crearon una especie de valoración, midieron procedimientos y técnicas de observación que les servirían para describir el estado preciso del niño en el amplio rango de las áreas de su

crecimiento. Su equipo de investigadores obtenía información del niño en la clínica; y entrevistaban a los padres, para saber el comportamiento del mismo en la casa. Estos datos les permitían describir los pasos o gradientes del desarrollo del niño típico en cada nivel de edad. El orden de los aspectos del desarrollo, por medio del cual Gesell identificaba los trazos de madurez y los gradientes del crecimiento, se categorizaron dentro de diez grandes áreas, con subdivisiones dentro de cada una de las categorías.

1. Características motoras.
 - a) Actividades corporales.
 - b) Ojos y manos.
2. Higiene personal.
 - a) Comer.
 - b) Dormir.
 - c) Eliminar.
 - d) Baño y vestido.
 - e) Salud y somatización.
 - f) Fuentes tensionales.
3. Expresión emocional.
 - a) Actitudes afectivas.
 - b) Llanto y conductas relacionadas.
 - c) Asertividad y coraje.
4. Miedos y sueños.
5. Sexo y sí mismo.
6. Relaciones interpersonales.
 - a) Madre-hijo.
 - b) Niño-niño.
 - c) Grupos de juego.
7. Juegos y pasatiempos.
 - a) Intereses generales.
 - b) Lectura
 - c) Música, radio y cine.

8. Vida escolar.
 - a) Ajuste escolar.
 - b) Comportamiento en el salón de clases.
 - c) Lectura.
 - d) Escritura.
 - e) Matemáticas.

9. Sentido ético.
 - a) Culpa y
 - b) Respuesta a la dirección, castigo y alabanza.
 - c) Responsabilidad a la razón.
 - d) Sentido de lo bueno y lo malo.
 - e) Verdad y propiedad.

10. Punto de vista filosófico.
 - a) Tiempo.
 - b) Espacio.
 - c) Lenguaje y pensamiento.
 - d) Guerra.
 - e) Muerte.
 - f) Deidad.

Una inspección de esta lista extensiva demuestra que Gesell adoptó un punto de vista multifacético del niño, en vez de concentrarse en uno o dos aspectos del crecimiento. Y las facetas que cubren los tópicos de las diferentes áreas del crecimiento fueron de importancia para padres y maestros, lo que ayudó a la popularidad de su libro hacia la década de los 50. Sin embargo, el cuerpo principal de los libros editados en la Clínica de Gesell estaba compuesto de características típicas y rasgos del crecimiento de cada edad, resumida en el perfil de conducta. Este catálogo del promedio de las características normales que se debían esperar en cada año del crecimiento del niño, podía informar a padres, maestros y pediatras.

Cualquier diferencia entre los niños de determinada edad, se describe sobre la base de dos o tres tipos de niños. Gesell ha considerado a la herencia como un aspecto muy importante en el desarrollo, lo cual es fácil de entender, puesto que recurre a la teoría de los estereotipos de William Sheldon, para contabilizar diferencias de personalidad en los niños.

En cuanto a la controversia de la herencia, Gesell es claramente pre-determinista. En su opinión, los cambios en la estructura y en la conducta del niño se deben principalmente al resultado de la herencia.

El grupo de Yale también identificó como mejor o como peor a cada año del desarrollo del niño. Y proponía que las fases peores y mejores aparecían en ciclos recurrentes y que eran esencialmente las mismas para todos o casi todos los niños. El término de etapa mejor se aplicaba a cada año en el que el niño parecía estar bien ajustado o en buen equilibrio, tanto con él mismo como con los que lo rodeaban. El término de etapa peor se daba a los años durante los cuales el niño no era feliz y se encontraba confundido con él mismo y con sus compañeros de su medio físico y social. Y cuando se veían en el niño características de la etapa peor, que estaban determinadas por factores internos de madurez, a los padres y maestros se les sugería armarse de paciencia y esperar a que ese tiempo pasara.

Este mismo grupo creó un cuadro para conocer a primera vista estas etapas.

Cuadro 25.1. Alternación de etapas de equilibrio y desequilibrio

<i>Etapas de la conducta infantil</i>				
<i>Primer ciclo</i>	<i>Segundo ciclo</i>	<i>Tercer ciclo</i>	<i>Características generales de la personalidad</i>	<i>Calidad de la edad</i>
Edad	Edad	Edad		
2	5	10	Suave, consolidado.	Mejor
2 6/12	5 6/12-6	11	Desequilibrado.	Peor
3	6 6/12	12	Balanceado.	Mejor
3 6/12	7	13	Interiorizado.	Peor
4	8	14	Vigoroso, expansivo.	Mejor
4 6/12	9	15	Interiorizado, exteriorizado, problemático-neurótico.	Peor
5	10	16	Suave, consolidado.	Mejor

26

TEORÍAS DEL APRENDIZAJE SOCIAL

INTRODUCCIÓN

Los partidarios de las teorías de aprendizaje social que centraron su atención en el desarrollo del niño, tales como Robert Sears, Sidney Bijou y su colega Donald Baer, Albert Bandura y sus asociados, y otros más, al igual que los seguidores del psicoanálisis y de la teoría cognoscitiva, han hecho conjeturas acerca de cómo los niños se parecen los unos a los otros y han analizado cómo el comportamiento de todos los seres humanos, así como el de los animales, está gobernado por leyes de aprendizaje, las cuales, aplicadas al estudio de los niños, demuestran que su desarrollo también obedece las leyes del aprendizaje. Bijou y Baer hicieron uso del modelo del condicionamiento operante para explicar el comportamiento de los niños y demostraron que una gran parte de ese comportamiento está bajo el control de los refuerzos del medio, y que se puede cambiar el comportamiento del niño al controlar el patrón de éstos. Sears expuso el desarrollo de la dependencia y de la agresión, sirviéndose de los principios del aprendizaje y de algunos conceptos del psicoanálisis para explicar, tanto los cambios de los tipos de agresión como las diferencias entre los niños en sus niveles de agresión o dependencia. Bandura hizo del aprendizaje por observación su instrumento básico, al argumentar que prácticamente todos los nuevos aprendizajes de los niños se deben a la observación que realizan de los demás.

Estas teorías divergentes están unidas por varios elementos; primero, todas ellas hacen uso de principios reconocidos del aprendizaje para explicar el comportamiento de los niños; segundo, aunque los teóricos consideran que las reglas del aprendizaje son las mismas para todos los niños, el centro de sus intereses lo constituye, a menudo, el uso de los principios del aprendizaje para explicar las “diferencias” entre los niños. Sears, por ejemplo, se interesó por las diferencias individuales, en cuanto a la agresión y a la dependencia. Hizo uso de los principios de la teoría

del aprendizaje para demostrar que tales diferencias pueden provenir de las variaciones de los refuerzos dados a los niños. Tercero, los partidarios de la teoría del aprendizaje que han hecho estudios acerca del niño, de manera general han insistido poco, a diferencia de Piaget y de Freud, en la importancia de las secuencias del desarrollo. Quienes sostienen la teoría del aprendizaje han insistido en que las reglas del aprendizaje permanecen inalterables a lo largo de la vida y que, aunque el comportamiento cambie, no hay secuencias fijas en dichos cambios. Por otra parte, Piaget y Freud sugirieron que las nuevas estructuras, las nuevas tácticas para tratar con el medio, se desarrollan en secuencias, como resultado de la interacción del niño con el medio, y que esas nuevas tácticas y estructuras afectan a todos los aprendizajes posteriores que el niño adquiere. Se ha expuesto esta divergencia de opiniones de una manera muy simple, pero ya observaremos variaciones complejas de este tema más adelante. Este desacuerdo es muy importante, y hasta hoy no ha sido resuelto.

La otra posible alternativa sería que el cambio del comportamiento del niño se debe al aprendizaje de nuevos comportamientos, fruto de experiencias específicamente vividas. Por ejemplo: la madre coloca una cuchara en la mano del niño, la mueve hacia la taza y luego la dirige a la boca del niño. Más tarde, le dice "¡bien!", cuando el niño logra colocar la cuchara en la boca, en vez de hacerlo en los oídos o en la cara. El niño será doblemente recompensado si se come los alimentos. Pero, ¿cómo realiza el aprendizaje?, ¿de qué manera influye el medio en el niño para que su comportamiento cambie?

Condicionamiento clásico

Pavlov fue el primero en identificar el proceso de aprendizaje denominado condicionamiento clásico. Para entenderlo, en vez de tomar los experimentos de Pavlov, daremos otro ejemplo tal vez más familiar: si se sopla aire a los ojos de una persona, ésta parpadeará automáticamente, pues no tiene control voluntario sobre el párpado; es una respuesta de reflejo al soplo de aire. Esto, en la terminología del condicionamiento clásico, se llama respuesta incondicionada al estímulo condicionado del soplo. Pero supongamos que se varía el procedimiento ligeramente: ahora, cada vez que se sopla aire a los ojos, se acompaña con un ruido y se repite varias veces esta combinación, hasta que en una de ellas se emite el sonido pero sin soplar a los ojos; entonces, la persona parpadeará, aunque no haya aire en sus ojos. Al combinar continuamente el sonido con el soplo, el reflejo fue provocado por el sonido solo. El reflejo no sufrió ningún cambio, pero ha creado otro estímulo que lo disparará.

Durante el desarrollo de un niño se presentan situaciones menos triviales de la misma naturaleza: si uno toca a un bebé en la mejilla, éste

se voltea a buscar lo que cree que es comida y comienza a chupar. En la experiencia normal de un niño, el contacto está generalmente acompañado de una serie de sonidos y de sensaciones, como los pasos de la madre que se acerca, la sensación de ser alzado, el contacto con el pecho de la madre, etc. Cada uno de estos estímulos se puede convertir en un nuevo "disparador" (un estímulo condicionado) de la búsqueda y la succión, y el niño empezará a buscar el pezón, mucho antes de que le toquen la mejilla. Con el tiempo, puede empezar a hacer movimientos de succión al ver la botella o el pecho, lo cual demuestra el proceso de anticipación.

El mismo género de proceso puede explicar el desarrollo de ciertos tipos de miedo en los niños. El ejemplo típico es un viejo experimento realizado por J. Watson, quien demostró cómo un niño, llamado Alberto, familiarizado con objetos de piel como conejos, perros, abrigos de piel o ratones blancos, pudo ser enseñado a sentir mucho miedo de ellos por medio del proceso de condicionamiento clásico. Al niño se le mostraba un ratón blanco y en el momento en que lo iba a coger, Watson hacía un ruido espantoso detrás de él. Naturalmente, el niño saltaba asustado y empezaba a llorar. Después de unas cuantas repeticiones, lo único que Watson tenía que hacer era mostrar a Alberto un ratón blanco para que el niño se asustara y empezara a llorar. Alberto aprendió a temer a los ratones blancos e igualmente a todo objeto peludo, lo que ilustra el proceso de generalización. Entre más se parecía un objeto a un ratón blanco, más miedo demostraba Alberto. De esta manera, Alberto había generalizado la reacción recién aprendida a toda una serie de diferentes objetos.

Podrían darse muchos ejemplos más acerca del papel que desempeña el condicionamiento clásico en las primeras fases del desarrollo del niño, pero es obvio que este tipo de aprendizaje no nos ayudará a explicar todos los cambios que notamos. En primer lugar, conviene comprender que el condicionamiento clásico no incluye el aprendizaje de una nueva respuesta. El niño no chupa mejor que antes, simplemente chupa en respuesta a una pista diferente. Si queremos entonces hallar la causa de los cambios de respuesta del niño, del progreso de sus habilidades y del desarrollo de nuevas destrezas o respuestas, tendremos que examinar otro tipo de aprendizaje.

Condicionamiento operante

El condicionamiento clásico es aprender a dar una respuesta previa a un estímulo nuevo. El condicionamiento operante, también llamado condicionamiento instrumental o simplemente aprendizaje, implica generalmente aprender a dar una respuesta nueva a un estímulo conocido. Un niño sentado en su silla alta y que come con las manos, posee un

sistema bien desarrollado: asocia todas las señales, tales como la silla alta, la mesa, y la comida, con comer con las manos. Los padres o los psicólogos querrán enseñarle un nuevo comportamiento, una nueva respuesta (en este caso, comer con una cuchara), de tal manera que todo el conjunto de estímulos se asocie con el hecho de comer con la cuchara. Este objetivo puede alcanzarse mediante un proceso de recompensa (reforzamiento) al niño, a medida que se acerque al comportamiento que se desea. Se podría, por ejemplo, poner la cuchara sobre la bandeja de la silla o en su propia mano y cuando el niño logre colocar la cuchara en la comida, se le recompensará de algún modo, ya sea elogiándolo (“muy bien”) o dándole un bocado de algo. Gradualmente se exige un mejor desempeño antes de recompensarlo. Con el tiempo el niño adquiere práctica en el manejo de la cuchara, hasta el punto de que comer con ella predomina totalmente sobre la práctica de comer con las manos.

Lo esencial del condicionamiento operante es que si después de dar la respuesta hay una consecuencia agradable (un refuerzo positivo), el niño tratará de repetir la misma respuesta ante una situación semejante. Si al niño le gusta que le digan “¡muy bien!” cuando logra comer con la cuchara, será muy factible que en la siguiente ocasión sea él mismo quien tome la cuchara apenas lo sienten en la silla. En cambio, si la respuesta del niño está acompañada por una consecuencia desagradable (un refuerzo negativo) como una palmada o palabras de enfado, quitándole la comida, será menos factible que el comportamiento que provocó esa reacción desagradable se repita en una misma circunstancia.

Los padres utilizan constantemente los principios del condicionamiento operante, ya sea que lo llamen así o no: elogian al niño cuando hace algo de su agrado y lo castigan cuando hace algo que les desagrada. Pero también de manera involuntaria, aplican mal el condicionamiento operante. Por ejemplo, muchos padres estiman que el comportamiento fascinante de los niños de un año y medio para llamar la atención es admirable, pero insoportable en los niños de tres. Por consiguiente, cuando un niño de tres años llega a la cocina donde su madre prepara la cena y dice: “mami, mami” repetidas veces, la madre no responde a sus primeras llamadas; pero a la tercera o cuarta vez, la madre irritada puede decir algo como “bueno, está bien, ¿qué quieres?”. Aunque la madre haya dicho esto en tono desagradable, no por eso ha dejado de prestarle atención, lo que representa para el niño un éxito que le sirve, a la vez, para repetir ese mismo comportamiento exigente. Tal vez se debería convencer a la madre de que no presta suficiente atención al niño y que, en vez de extinguir su comportamiento de exigencia de atención, está reforzándolo.

Por último, debemos aclarar otro aspecto de esta breve introducción acerca del condicionamiento operante, para no dar la impresión de que éste requiere siempre un agente exterior, como los padres o los profesos-

res, para reforzar al niño positiva o negativamente. En realidad no es indispensable, ya que el niño provoca por sí solo consecuencias positivas y negativas, las cuales tienen el mismo efecto en su comportamiento.

Si un niño, por ejemplo, juega con su hermanito y le quita un juguete, su acción se refuerza por el placer que obtiene al jugar con el nuevo juguete. Igual ocurre cuando un niño resulta lastimado como consecuencia de su acción (como caerse de un columpio o de un árbol); el dolor actúa, entonces, como refuerzo negativo. Los padres y los educadores pueden controlar ciertos refuerzos y, al hacer esto en forma sistemática, modificar de muchas maneras el comportamiento del niño; pero no todos los refuerzos están bajo el control de los adultos.

Aprendizaje por observación

El aprendizaje por medio del condicionamiento operante implica la existencia de un tipo de refuerzo; así, el niño estará inclinado a repetir la acción que ha sido recompensada en una u otra forma. Pero no todos los aprendizajes exigen recompensa, ya que el niño puede igualmente aprender un mundo de nuevos comportamientos con sólo observar actuar a otra persona. Así es también como un niño puede aprender a usar la cuchara: simplemente al mirar a alguien que lo hace; pero también puede aprender a tener respuestas agresivas, al ver actos de violencia en la televisión o a sus padres cuando reprenden agresivamente a sus hermanos o a él mismo. Ahora bien, el que el niño efectivamente imite o no el comportamiento observado, depende principalmente de la recompensa o del castigo que reciba. Pero el aprendizaje en sí puede tener lugar, y tiene lugar, simplemente por medio de la observación.

No todo el aprendizaje depende del condicionamiento. Muchas actividades humanas, en especial las respuestas complejas, se adquieren al observar las respuestas de otras personas y, llegada la ocasión, imitándolas. Bandura y seis colaboradores suyos han demostrado lo común que es el aprendizaje por observación en los niños. Han proporcionado, asimismo, mucha información en lo tocante a los factores que influyen en la probabilidad de que un sujeto imite posteriormente las respuestas que han adquirido mediante la observación.

En un experimento característico, un niño observa un modelo de la vida real o de una película, que puede ser un niño o un adulto, el cual ejecuta una serie de acciones (por ejemplo, golpear un muñeco inflado). Más tarde, se sujeta a prueba al niño para determinar el grado en que copia la conducta exhibida por el modelo. Después, la conducta del niño puede compararse con la de los sujetos control que no han demostrado la efectividad. Mediante tales técnicas se ha demostrado la efectividad del aprendizaje por observación, respecto a una amplia gama de conductas como las de pegar, ayudar y compartir. La tendencia a imitar es mejor

cuando el modelo es otro niño, que cuando es un animal de dibujos animados. Bandura distingue entre la adquisición de una capacidad de dar respuesta y la ejecución real de la respuesta. Y asevera que los procedimientos cognoscitivos desempeñan un papel destacado en la adquisición de nuevas pautas conceptuales por medio de la observación. Por lo tanto, el niño, al observar a otros, se forma una concepción de cómo se ejecutan las pautas de conductas nuevas y, en oportunidad posterior, esta concepción o construcción simbólica de las nuevas pautas de respuesta le sirve de guía para la acción o conducta.

El aprendizaje por observación y el aprendizaje por condicionamiento, lo mismo clásico que operante, a menudo se complementan entre sí.

TEORÍAS DE APRENDIZAJE SOCIAL

Algunos conductistas han encontrado útil distinguir entre E-R (estímulo-respuesta) y E-O-R (estímulo-organismo-respuesta). La designación E-R identifica a los conductistas que se centran en el estímulo observable y su respuesta, sin pensar en lo que podía pasar dentro de la persona en el E-R. En contraste, el símbolo E-O-R era usado por los conductistas que especulaban acerca de lo que ocurría en el organismo (O) para poder transformar un estímulo en una respuesta. Diferentes teóricos se refieren a la función del organismo de diferentes maneras. Algunos la llaman de "variables interventivas", otros le dicen "pensamiento" y otros más la denominan "procesamiento de la información".

En términos de estas distinciones, tanto Watson como Skinner pertenecen al campo del E-R. Sin embargo, muchos de los conductistas más modernos y mejor calificados son seguidores del E-O-R y pertenecen al subgrupo de los teóricos del aprendizaje social.

La teoría del aprendizaje social toma su nombre por el hincapié puesto en las variables sociales como determinantes de la conducta y de la personalidad. Esta teoría se propone corregir una sobredependencia del "conductismo temprano" y de la mayoría de sus principios, los cuales se derivan de los estudios del aprendizaje animal y del aprendizaje humano, basados en los experimentos de una persona. La corrección de este enfoque "temprano" es llevada al cabo por los teóricos del aprendizaje social, quienes basan la mayoría de sus principios en los estudios de la interacción de dos o más personas.

El movimiento del aprendizaje social ha buscado ofrecer una síntesis balanceada del "mentalismo", que actualmente es conocido en los círculos académicos como psicología cognitiva, y de los principios de la modificación del conductismo; así como también, un análisis de las influencias sociales en el desarrollo humano. Hilgard y Bower han llamado

a este movimiento “una destilación selectiva de lo que es probablemente una misma posición por medio de muchos eventos de importancia para cualquier teoría de aprendizaje y modificación de la conducta”.

Se incluyen las contribuciones más importantes a la teoría de aprendizaje social, de tres fuentes diferentes: Albert Bandura, Robert R. Sears y los esposos Howard y Tracy Kendler. Los modelos de desarrollo propuestos por estos teóricos son propiamente considerados como variantes del conductismo, porque cada teórico suscribe muchos de los principios básicos formulados por Skinner y otros grandes conductistas; pero cada uno de ellos sostiene ciertos principios que pueden considerarse como alteraciones o extensiones del condicionamiento operante. Por nuestra parte, nosotros nos enfocaremos solamente a las variaciones hechas al conductismo.

Así, primero estudiaremos las tesis de Bandura, quien por sus propuestas a la teoría del aprendizaje social es el más conocido, en relación con las tres versiones que consideramos aquí. Después seguiremos con Sears, cuyas contribuciones procedieron a las de Bandura, por lo cual siempre se relacionan con él. Y finalmente haremos una breve descripción de la investigación de los Kendler, referente a la transferencia del pensamiento perceptual al conceptual en la infancia temprana.

BANDURA

A pesar de que Albert Bandura (nacido en 1925), psicólogo de la Universidad de Stanford, comparte muchas convicciones básicas con casi todas las conductas, no está de acuerdo con los teóricos del tradicional E-R acerca del papel de la imitación en el desarrollo de la personalidad. Las áreas en las cuales la posición de Bandura difiere del conductismo radical de Skinner, son cuatro de particular importancia: 1. El modo como el niño adquiere una nueva conducta con la cual no ha tenido contacto antes — esta área es difícil de explicar por los skinnerianos. 2. Los pasos básicos involucrados en el proceso de aprendizaje de otros modelos. 3. El modo como las consecuencias (reforzamiento, castigo) influyen en futuras acciones. 4. El desarrollo de conductas complejas.

De acuerdo con el punto de vista E-R, un niño aprende el lenguaje al balbucear primero una variedad de sonidos y después al obtener recompensas de la gente que lo rodea, por algunos de estos sonidos, ya que son aproximaciones de las palabras que los adultos utilizan. Así cuando el niño comienza a decir “agú”, “pa”, o “ma” es recompensado con sonrisas y caricias pues el sonido ha sido producido en presencia de sus padres. Y cuando estos eventos ocurren, en algunas ocasiones el sonido es condicionado a los objetos que representan en el idioma de una cultura en particular.

Por lo tanto, esta coincidencia entre sonidos y objetos podría imputarse a los niños cuando adquieren ciertas palabras; pero Bandura encuentra inconcebible que este proceso fortuito produzca miles de palabras, la compleja sintaxis y la gramática que el niño ya maneja antes de entrar a la escuela.

En contraste con los otros teóricos quienes afirman que la mayor parte de lo que el niño aprende se deriva de la actividad de imitar o modelar lo que oyen o ven hacer a otras personas, Bandura utiliza la palabra "modelar" con otros términos, como "aprendizaje observacional" o "aprendizaje vicario", para explicar que el niño aumente su repertorio de acciones al ver o escuchar a otro realizar determinada conducta, en vez de hacerlo él personalmente. En resumen, algunos teóricos opinan que las acciones nuevas de los niños son espontáneas y atinan al azar, y cuando atinan aprenden en función de que son premiados; mientras que para Bandura, el niño aprende al observar. En algunos casos es un aprendizaje de un sólo intento, puesto que éste ha sido perfecto. En otros casos, el primer intento es sólo una aproximación de la acción deseada, por lo que requiere ser ajustado mediante intentos más refinados, antes de que el niño logre el nivel de conducta que se considere satisfactorio gracias a los agentes reforzadores de su medio.

Muchos teóricos comparten la importancia de la imitación, pero piensan que este proceso opera sólo cuando el intento del niño es directamente reforzado al reproducir la acción observada. Sin embargo, Bandura ha producido evidencias para mantener el principio de que el niño también aprende cuando el reforzador es vicario.

Algunas personas que han dedicado su tiempo a la atención de los niños, no creen que éstos imiten a otros para hacer un descubrimiento, sino que simplemente utilizan los principios de modelar para instruirse.

Más controvertido y menos obvio que la imitación es el papel del aprendizaje incidental, el cual ha sido tópico de debate entre los teóricos del aprendizaje social. La pregunta central, en este debate, es: ¿puede una persona aprender algo que ve o escucha si esto no satisface las necesidades que busca satisfacer o si no se le recompensa por esto? Muchos dicen que la respuesta es no y que la persona aprende solamente las cosas que encuentra satisfactorias para sus necesidades.

Por su parte, Bandura contesta afirmativamente a la pregunta y considera que así es, cuando menos en algunos casos, porque los niños que no buscan satisfacer ninguna necesidad aparente y que no son recompensados por un suceso ordinario, pueden aprender de la experiencia al guardar en su memoria los resultados de sus observaciones incidentales para usarlos, más tarde, en el momento oportuno.

En otras palabras, los teóricos del aprendizaje social asumen que, para cada situación dada, cada uno de nosotros tenemos una serie de reacciones posibles que podemos mostrar. Entonces, desde el punto de vista

del aprendizaje social, una conducta novedosa es el resultado de la combinación que hace el niño de diferentes segmentos de varias conductas que ha observado en otras personas, observación que incluye el testimonio directo de los eventos y los modos indirectos de ejemplos seguros como la lectura o el escuchar acerca de ideas y actitudes.

De acuerdo con Bandura, la razón principal por la que el niño aprende un modelo al ver o al oír, es que la información, que de este modo adquiere, le ayuda a decidir cómo la conducta observada le podrá ayudar o impedir la satisfacción de sus necesidades en alguna ocasión futura. La información es guardada en la memoria de un modo simbólico, como imágenes o símbolos verbales para futuras referencias. Este proceso de aprender de modelos se realiza de la siguiente manera:

- a) Poner atención
- b) Codificar para la memoria
- c) Mantener en la memoria
- d) Llevar al cabo actos motores
- e) Motivación

Cuando un niño observa un modelo, debe atender a las claves pertinentes del estímulo e ignorar los aspectos que no tienen importancia.

El segundo requerimiento es que el niño grabe exactamente en su memoria la imagen usual o el código semántico del acto que ha testificado. Sin el adecuado sistema de codificación, el niño fracasará al guardar lo que ha visto o escuchado. Bandura subraya que el uso de modelar es confinado principalmente por la imitación instantánea.

El tercer factor, que influye sobre la disposición del conocimiento, es el que se mantenga en la memoria. La memoria decae o desaparece con el tiempo; por lo tanto, mucho de lo que los niños aprenden con la observación de modelos se olvida.

El cuarto factor, que conlleva el éxito del aprendizaje de modelos, es reproducir exactamente las actividades motoras. No es suficiente observar y tener idea de las acciones para poder ejecutarlas, sino que es necesario aprender la conducta motora y sentirla muscularmente.

El quinto requerimiento en el proceso de aprendizaje por modelos es la motivación, ya que sin ella el sujeto no podrá aprender en forma adecuada ni llevar a cabo la plena satisfacción de sus necesidades. En la tradición conductista, esta función motivacional ha sido incrustada en el papel crucial de las consecuencias de la conducta.

De acuerdo con Skinner y la teoría de condicionamiento operante, en una situación de estímulo la persona tiene una serie de respuestas semejantes que puede ofrecer. La respuesta depende de la fuerza que tenga en comparación con las demás en el repertorio individual de respuestas, y esta fuerza depende de la frecuencia con que esta respuesta ha sido reforzada en el pasado del individuo en una situación semejante.

Sin embargo, Bandura no está de acuerdo en cómo las consecuencias influyen en conductas subsecuentes, y dice que los reforzadores sirven principalmente como una operación informativa y como motivaciones, y no como una respuesta mecánica reforzada. Por “informativo” Bandura quiere decir que las consecuencias, ya sean castigo o recompensa, le dicen al niño bajo qué circunstancias será inteligente tratar con una conducta en particular en el futuro.

Además, Bandura señala que el niño puede aprender si observa a otros o por medio de su propio comportamiento. Al observar a otros, obtiene la misma información que extraería de las consecuencias de su propia conducta, si está atento a los elementos significativos de la acción que observó.

Cuando Bandura habla del papel motivacional de las consecuencias, se refiere a que el niño probablemente tratará de aprender la conducta del modelo, si valora las consecuencias que la conducta aparenta producir.

En resumen, Bandura no cree que las consecuencias refuercen respuestas de manera automática ni que fortalezcan de inmediato la respuesta procedida por determinada consecuencia; sino que las ve como reguladoras de conductas futuras que gradúan la información individual acerca de probables consecuencias futuras y motivan la acción en un sentido, en vez de otro, para obtener el resultado que se busca.

En cuanto a la adquisición de conductas complejas, Bandura dice que los modelos de conducta se adquieren en segmentos grandes o en su totalidad, y no despacio como en un proceso gradual de reforzamiento diferente. Cuando sigue las demostraciones del modelo y las descripciones verbales de la conducta deseada, el sujeto generalmente reproduce más o menos la respuesta completa del patrón, a pesar de que ejecute no muy claramente la respuesta y en consecuencia no reciba reforzadores a lo largo del periodo de demostración.

Sin embargo, una vez que la nueva conducta ha sido entendida mediante la observación, la probabilidad de que esto se demuestre en la personalidad del niño depende del programa de premio y castigo.

Un aspecto final del aprendizaje por imitación en el sistema de Bandura es la naturaleza del modelo. Estudios experimentales sostienen que la lógica del culto al héroe puede desarrollarse de la siguiente manera:

1. El niño probablemente modelará su propia conducta después de ver actuar a las personas que para él tienen prestigio.
2. Los niños adoptarán patrones de conducta de modelos de su mismo sexo y no del contrario.
3. Los modelos que reciben recompensas como dinero, fama o nivel socioeconómico alto, son con frecuencia más copiados que aquellos que no las reciben.

4. Las personas castigadas por su conducta no tienden a ser imitadas.
5. Los niños son más influenciados por los modelos a los que perciben como sus similares en edad o nivel social, que por aquellos a los que consideran diferentes de ellos.

En síntesis, la imitación es vista por Bandura como un utensilio importante en el desarrollo social del niño; pero es mediante la observación de modelos que el niño añade nuevas opciones a su repertorio de posibles conductas. Además, los modelos ayudan al niño a decidir bajo qué circunstancias puede poner en práctica con más provecho estas nuevas opciones.

Para la perspectiva del aprendizaje social de Bandura, no se puede concebir el desarrollo del niño sino como un proceso:

a) en donde el niño expande gradualmente su repertorio de respuestas a acciones posibles, mediante la observación de otros y al testificar las acciones él mismo;

b) y en donde el niño use la información de las consecuencias observadas, para guiar futuras decisiones acerca de cuándo una respuesta será más apropiada que otra para satisfacer necesidades y esperar premios.

Al igual que Skinner, Bandura no divide el desarrollo en etapas, pero considera el proceso del desarrollo social y cognitivo como un constante incremento gradual de posibles respuestas para situaciones de estímulo, altamente diferenciadas.

SEARS

Entre 1945 y 1965, prominentes neoconductistas mostraron un interés interteoría para hacer un recuento de las ideas de Freud dentro de los términos conductistas.

Robert R. Sears (1908), profesor de las universidades de Yale, Iowa, Harvard y Stanford, dirigió varios proyectos de investigación importantes, cuyas metas eran investigar el papel que jugaban varios conceptos freudianos en el desarrollo del niño. La teoría completa de Sears es muy compleja; su estructura es digna de estudio igual que sus argumentos más fuertes que están dentro de un marco de aprendizaje social. Pero para el presente propósito consideraremos sólo el aspecto que ilustra la manera en que Sears ajusta el propósito freudiano dentro del modelo neoconductista del aprendizaje. Este aspecto es el del papel que asume el mecanismo de ajuste de la identificación en el desarrollo social del niño.

Como otros conductistas, Sears cree que las consecuencias de la conducta del niño determinan las características que éste va a adquirir

del medio. Sin embargo, Sears y muchos otros han observado que el niño llega a ser como sus padres, sin ser este hecho el resultado de una instrucción paternal consciente y consistente. Pero si los padres no refuerzan o castigan conductas para moldear las acciones de los niños en un patrón aceptable a la cultura, ¿cómo pueden entonces los niños adquirir esas conductas y esos rasgos? Una respuesta sería que los niños lo hacen espontáneamente por identificación; esto es, mediante el seguimiento del modelo o cuando la identificación se interpreta de acuerdo al paradigma E-O-R, ya que se puede asumir que la identificación es un proceso intermedio entre el estímulo y la respuesta que desde temprana edad le permite al niño aprender sin que los padres le tengan que enseñar, lo cual crea un mecanismo autorreforzador que compite con fuentes externas de reforzadores.

Para explicar la idea de que el niño se refuerza solo, al modelar su conducta de acuerdo con la de sus padres, Sears propone que el infante depende inicialmente de su madre, para casi todas las gratificaciones de sus necesidades. Más tarde, otras necesidades deben ser satisfechas por el padre y por otros miembros de la familia. Por lo tanto, el niño adquiere una relación dependiente de sus padres; pero conforme el niño madura, los ocupados padres tienen menos tiempo para satisfacer las necesidades del niño. Así, para suplir a sus padres por esta pérdida, el niño, mediante un proceso inexplicable, empieza a imitar a sus padres. Como resultado de este propio modelamiento, a partir de la persona de la que ha dependido para la satisfacción de sus necesidades, el niño encuentra que esta conducta imitativa le provee de algunas de las mismas satisfacciones o reforzadores provistos anteriormente por los padres; de este modo, la identificación o la imitación del padre lo transforma en un ser autorreforzador.

Una vez que Sears y sus colegas lograron asumir la identificación freudiana dentro del paradigma conductista, se derivaron una serie de hipótesis acerca de cómo diferentes clases de padres pueden afectar a sus hijos mediante el modelo que ellos proveen. Estas hipótesis fueron probadas por los estudios realizados con familias estadounidenses. Al final de su propia investigación, Sears concluyó en que su hipótesis era cuando menos apoyada de manera parcial por los datos. Sin embargo, muchas preguntas quedaron sin respuesta, por lo cual el equipo de psicólogos quedó en la posición típica del investigador al cierre de cualquier estudio: con la conclusión de que era necesaria más investigación.

LOS KENDLER

Durante más de dos décadas, el equipo formado por los esposos Howard H. Kendler (nacido en 1919) y Tracy S. Kendler (nacida en

1918) en la Universidad de California en Santa Bárbara, desarrolló una teoría acerca de cómo el niño aprende a distinguir similitudes y diferencias entre las cosas de su medio. El trabajo de los Kendler ilustra la manera en que los neoconductistas utilizan el método llamado hipotético deductivo para construir una teoría al formular hipótesis y después comprobándolas experimentalmente.

Los Kendler empezaron con algunos experimentos de aprendizaje discriminativo, que otros psicólogos condujeron y que llevaron a interpretaciones conflictivas sobre el cómo ocurre el aprendizaje. Pero los Kendler, durante varios años, llevaron también al cabo sus propios experimentos, para poder resolver ese conflicto y otros rompecabezas que continuamente surgían en sus estudios.

Antes de describir las conclusiones de los Kendler, examinaremos cuánto involucran los experimentos de discriminación. Un experimento típico requiere de sujetos, como ratas, monos, niños o estudiantes, para encontrar cuál de las dos opciones es la correcta. El problema, por ejemplo, puede involucrar a una rata blanca que tiene que decidir cuál de los dos callejones del laberinto la llevará hacia la comida, un callejón está marcado con un círculo negro y el otro con un círculo blanco. Por una sucesión de ensayos, durante varios días, la rata aprende que el callejón del círculo correcto está a la derecha o a la izquierda del otro.

Los problemas de discriminación pueden hacerse más complejos si se incluyen dos dimensiones dentro de los estímulos; por ejemplo, brillo y forma. En este caso, la rata debe aprender a distinguir el brillo (blanco) y/o la forma (un círculo en contraste con un cuadrado), situación que le permitirá discriminar entre el callejón de la comida y el que no la tiene.

El trabajo puede hacerse todavía más difícil cuando los sujetos han aprendido la respuesta bastante bien; entonces, el experimentador cambiará las reglas de juego para que la respuesta correcta sea al revés (transferencia opuesta), al cambiar de color el callejón de la comida, o transferir la respuesta a otra dimensión (transferencia extradimensional), o al cambiar la figura correcta, sin importar su color; y aún más difícil, al cambiar estas dos fórmulas.

Estos son los llamados aprendizajes discriminativos típicos. Los psicólogos han estudiado muchas facetas de estas situaciones, para lo cual han alterado las características de estímulo, han hecho transferencias de reglas y usado diferentes tipos de sujetos (ratas, palomas, changos, niños, estudiantes). Al observar el resultado de las manipulaciones, los neoconductistas han podido crear teorías que explican los fundamentos del aprendizaje discriminativo. A partir de sus teorías, los científicos pueden producir nuevas hipótesis y estimar (deducir) qué sucedería si conducen otro experimento, diseñado para probar un evento particular que permanezca sin resolverse. Los científicos argumentan que si sus teorías son correctas, podrán plantear otro tipo de tareas de discriminación para

que los sujetos respondan del modo previsto. Así, al llevar a la práctica sus nuevos experimentos, sabrán si sus predicciones son correctas y de este modo confirmarán sus teorías; en cambio, si los resultados están en desacuerdo con su expectativas, necesitarán reajustar sus teorías. Éste es el método hipotético-deductivo de los neoconductistas para construir una teoría.

El estudio de los Kendler merece un lugar especial entre los libros de desarrollo del niño, pues sus estudios se llevaron al cabo con niños y estudiantes, en vez de animales. Los niños recibían recompensas por discriminar correctamente entre tarjetas de formas, tamaño y colores diferentes, o fotografías de animales, vehículos y juguetes.

De sus experimentos, los Kendler concluyeron en que los niños muy pequeños aprenden a discriminar del mismo modo que los infrahumanos, como ratas, palomas y monos; mientras que los niños un poco mayores deducen sus conclusiones directamente de las características que ven en los estímulos, como el tamaño, la forma o el color. Más tarde, cuando llegan al jardín de niños o a los primeros años de la educación primaria, su discriminación empieza a ser mediada por conceptos. En términos generales, esto quiere decir que el niño desarrolla conceptos o símbolos mentales como mediadores, a los cuales manipula para tomar decisiones, en vez de reaccionar en forma directa a la discriminación del estímulo. Este mediador, o idea, puede ser tanto verbal (al etiquetar a los objetos: círculo, amarillo, pequeño), como no verbal. Los Kendler concluyeron, además, en que la habilidad para discriminar semejanzas y diferencias entre cosas en el mundo se desarrolla a lo largo de dos etapas importantes: la de la temprana reacción directa y la mediadora tardía. Estos descubrimientos son claramente paralelos a los realizados por Piaget y Vygotsky.

Teorías como la de los Kendler nunca se completan, pues son siempre tentativas estimadas de relaciones, que continuamente pasan por refinamientos y expansiones por medio de hipótesis y experimentos. Los Kendler siempre se han movido en diferentes y nuevas direcciones, por lo que recientemente investigaron la probable unión entre sus resultados y los estudios de Feschwind de neurología del cerebro. Esto es, rasgos de desarrollo del cerebro, desde especies inferiores hasta especies superiores (filogenia), y rasgos de la maduración del cerebro de un niño (ontogenia), paralelos a las etapas del aprendizaje discriminativo en el modelo mediador de desarrollo de los Kendler. Por lo tanto, parece posible dar una explicación neurológica razonable para los cambios de conducta que los Kendler observaron en el proceso cognitivo del niño.

HAVIGHURST

De acuerdo con la teoría de tareas del desarrollo, el proceso de la vida a la muerte consiste en un trabajo individual, de una etapa de desarrollo a otra, donde habrán de resolverse los problemas que se encuentran en cada una de ellas. Estos problemas, comunes a todos en una cultura particular, son las tareas de desarrollo de la vida. Si una persona triunfa en alcanzar la tarea que en cada época le corresponde, estará contenta y recibirá la aprobación de la sociedad.

Una de las tareas de desarrollo en la primera etapa de la vida, la infancia, es el aprendizaje del habla y de la marcha. Después, en la niñez temprana, el aprendizaje de las habilidades físicas necesarias para juegos comunes, la lectura, la escritura y las matemáticas. Mas tarde, durante la adolescencia, el lograr la independencia emocional con respecto a los padres y prepararse para una profesión.

La teoría de tareas del desarrollo no es producto del trabajo de un solo teórico. La idea principal descansa en el esquema de la identificación de tareas importantes. De 1930 a 1940 la desarrollaron los grupos de psicólogos más importantes de la Asociación de la Educación Progresista en Estados Unidos. La teoría fue subsecuentemente encerrada en la forma más extensiva y sistematizada por Robert J. Havighurst en su libro *Desarrollo Humano y Educación*, escrito en 1953.

Un punto de vista general de las características de la teoría se resumen en los siguientes tópicos:

- a) Características de las tareas.
- b) Duración de las tareas.

El término de tareas del desarrollo fue aparentemente acuñado en 1930 por los miembros de la Asociación de la Educación Progresista. Fue adoptado y popularizado por Havighurst hacia 1940-1950, quien dijo que al analizar la adolescencia se cometen muchos errores en la comprensión del uso de término "necesidades" como concepto central. Entonces pensó que el nuevo término "tareas del desarrollo" describía lo que los jóvenes trataban de hacer durante su crecimiento.

¿Cuáles son las tareas en las diferentes edades? ¿Cuántas existen? Havighurst afirma que la cantidad es arbitraria. Para especificarlas, depende tanto de la persona que las elige como de la sociedad particular de la que se habla. Algunas tareas aparecen principalmente con la naturaleza biológica humana y, por lo tanto, se encontrarán en todas las sociedades humanas. Su forma es, en esencia, la misma en todas las culturas. Otras tareas derivan de las características de los patrones de cualquier sociedad, y existen en formas diferentes sociedades diferentes, o se encuentran en algunas culturas, pero no en todas. Una tarea, como

aprender a caminar, que depende en principio de los factores de la genética que determinan el crecimiento, es en el fondo la misma en todas las sociedades, y aparece también más o menos al mismo tiempo en la vida del niño. En consecuencia, no se pueden dar listas de las tareas de desarrollo para todas las culturas. Estas tareas serán determinadas por cierto grado del sistema de valores personales de quienes las ordenan. Havighurst admite que la descripción de tareas que él produjo se basó en los valores democráticos de los norteamericanos de la clase media, y con algunas variaciones para las clases media y baja de los mismos.

No importa cómo se defina la etapa en términos de edades, pues las tareas en cada etapa parten de tres fuentes:

- 1) La estructura biológica del individuo.
- 2) La sociedad, en particular en la que el individuo vive.
- 3) Valores y aspiraciones personales del individuo.

Havighurst llama a estas bases del desarrollo: biológicas, culturales y psicológicas, respectivamente, y establece la diferencia entre dos grandes categorías de tareas: unas que aparecen sólo en un tiempo particular y deben completarse en ese momento, y las que son tareas continuas que deben completarse con el trabajo del individuo a lo largo de muchos años. A la primera categoría pertenecen aquellas como el aprender a caminar, el control de esfínteres de un modo aceptable y la elección de la vocación. A la segunda, las tareas de larga duración y las recurrentes, como el ser un ciudadano responsable y el aprendizaje de los roles femenino y masculino.

ABRAHAM H. MASLOW

Maslow nació en Brooklyn, Nueva York el primero de abril de 1908, estudió en la Universidad de Wisconsin. Formó parte de la Facultad de Brooklyn College durante catorce años y en 1951 se trasladó a la Brandeis University donde permaneció hasta 1969. Durante un año fue socio residente de la Laughlin Foundation, en Menlo Park, California, donde murió el 8 de junio de 1970 (Nordby y Hall, 1982).

Maslow es conocido mundialmente por sus trabajos acerca de la motivación humana; distinguió entre la motivación y la necesidad o el deseo. Las necesidades pueden ser de dos tipos, necesidades de déficit y necesidades de desarrollo o metanecesidades.

Las necesidades de déficit son las necesidades fisiológicas, las de seguridad, de afiliación y de afecto y las necesidades de aprecio que se dividen en dos, las que se refieren al amor propio, al respeto de sí y a la consideración propia, y las que se refieren al respeto por parte de otros:

reputación, posición, fama, gloria. Las necesidades de desarrollo están comprendidas en el concepto de autorrealización. Los motivos, a diferencia de las necesidades (que son la falta de algo) son deseos concientes, apremios percibidos hacia un objeto concreto. El objeto de esta distinción está en señalar la diferencia entre fines básicos y los medios específicos que se experimentan. Maslow considera que existe una jerarquía de necesidades, en donde las necesidades inferiores son más potentes que las superiores y asumen prioridad sobre ellas. Únicamente cuando todas las necesidades inferiores están atendidas, las inmediatamente superiores hacen aparición en la percepción y la persona se siente motivada a ocuparse de su satisfacción. Sólo cuando las necesidades inferiores han sido gratificadas puede la persona experimentar las necesidades de autorrealización.

Del libro póstumo en el cual estudió la amplitud potencial de la naturaleza humana, se extrae una síntesis de las conductas que llevan a la autorrealización, así como sus reflexiones acerca de un enfoque integral de la creatividad. Maslow señaló que sus estudios acerca de la autorrealización no pretendían ser una investigación científica y no se iniciaron como tal. En principio fueron un esfuerzo por comprender a dos profesores que admiraba profundamente: Ruth Benedict y Max Wertheimer. Maslow descubrió en ellos un patrón común y posteriormente trató de ver si éste se encontraba en otras personas que también admiraba y lo comprobó.

Maslow señala (1982) que después de publicar los resultados de sus investigaciones, quizás aparecieron otras seis, ocho o diez líneas de evidencia que apoyaban estos descubrimientos, no mediante la réplica, sino por medio de aproximaciones hechas desde distintos ángulos. Los hallazgos de Carl Rogers y los de sus estudiantes contribuyen a corroborar el síndrome. Bugental ofrece evidencias surgidas de la psicoterapia que confirman esto. Parte del trabajo con el LSD, algunos de los estudios relacionados con los efectos de la terapia positiva, algunos resultados de pruebas contribuyen a dar un apoyo corroborativo a este estudio, aunque no sea el apoyo de la réplica.

Considera muy especialmente los valores del ser, pues observó que las personas autorrealizantes están, sin excepción, involucradas en una causa exterior a su propio cuerpo, en algo externo a sí mismos. Están dedicadas a trabajar en algo, que es muypreciado por ellas; en algo llamado vocación en el viejo sentido, en el sentido sacerdotal. Algunos dedican su vida al derecho, otros a la justicia, otros a la belleza o a la verdad. Todos, de una manera u otra, dedican su vida a la búsqueda de lo que he llamado los valores del "ser", a los valores últimos que son intrínsecos y no pueden ser reducidos a otra cosa más fundamental. Existen cerca de catorce de estos valores del ser, incluidos la verdad, la belleza y la bondad de nuestros antepasados; la perfección, la sencillez,

la comprensión y varios más. Estos valores se describen en el apéndice del libro *Religions, Values, and Peak Experiences*.

Metanecesidades y metapatologías

La existencia de estos valores del ser agrega una serie de complicaciones a la estructura de la autorrealización. Estos valores funcionan como necesidades y han sido denominados metanecesidades. Su ausencia produce cierto tipo de patologías que aún no han sido descritas adecuadamente, pero a las que llama metapatologías la enfermedad del alma que se origina, por ejemplo, por vivir entre mentirosos y no confiar en nadie. También se necesitan metaconsejeros que ayuden con las enfermedades del alma que se originan de las metanecesidades no realizadas.

Autorealización

Maslow menciona ocho conductas que conducen a la autorrealización.

Primera. Autorrealización significa experimentar plena, vívida y personalmente, una total concentración y abstracción. Significa experimentar sin la autoconciencia del adolescente. En ese momento de experiencia, la persona es total y plenamente humana. La palabra clave para esto es “abandono”, y como dice Maslow “nuestros jóvenes experimentan muy poco este abandono y sí un exceso de autocontrol y autoconciencia”.

Segunda. Es la vida como un proceso de constante elección una tras otra. En cada punto hay la posibilidad de hacer una elección hacia el progreso o una elección regresiva. Puede haber un momento de vacilación, de inseguridad, de temor, pero al vencerlo, está del otro lado la elección hacia el desarrollo. La autorrealización es un proceso progresivo; significa hacer cada uno de las elecciones entre mentir y ser honestos, robar o no robar en un momento dado, y significa hacerla como una elección hacia el desarrollo. Esto es un avance hacia la autorrealización.

Tercera. Hablar acerca de la autorrealización implica que existe un yo por realizar. El ser humano no es una tabla rasa ni una masa de barro o plastilina. Es algo que ya está ahí, cuando menos como una especie de estructura “cartilaginosa”. Un ser humano es un temperamento, un balance bioquímico, etc. Existe un yo, y lo que en ocasiones lo he llamado “escuchar las voces de impulso” que significa permitir la salida de ese yo.

Cuarta. Ante la duda, ser honesto, en lugar de no serlo. Incluye la frase “ante la duda”, para que no haya necesidad de discutir demasiado acerca de la diplomacia. Con frecuencia, cuando estamos ante la duda, no somos sinceros. Buscar dentro de uno mismo muchas de las respuestas

implica tomar una responsabilidad. Ese es un gran paso hacia la autorrealización. Esta cuestión de la responsabilidad ha sido muy poco estudiada. Cada vez que uno asume responsabilidades hay una realización del yo.

Quinta. Hasta ahora hemos hablado de la experiencia sin la autoconciencia de tomar la alternativa del desarrollo en lugar de la del temor, de oír las voces del impulso, de ser sinceros y tomar responsabilidades. Todos estos son pasos hacia la autorrealización y todos garantizan elecciones para una vida mejor. La persona que haga cada una de estas pequeñas cosas cada vez que le llegue el momento de tomar una decisión, descubrirá que éstas aumentan su capacidad de elegir lo que es de manera intrínseca bueno para ella. Uno no puede elegir con sabiduría lo mejor para su propia vida a menos que se atreva a escucharse a sí mismo, a su propio yo, en cada momento de su vida, y a decir con toda calma “no”.

Sexta. La autorrealización no sólo es un estado final, sino también un proceso de realización de las propias potencialidades en cualquier momento y en cualquier grado. La autorrealización significa utilizar la propia inteligencia, no necesariamente hacer algo extraordinario, sino más bien pasar por un periodo de preparación difícil y exigente para poder realizar las propias posibilidades.

Séptima. Las experiencias cumbre son momentos pasajeros de autorrealización. Son momentos de éxtasis que no pueden comprarse, no pueden garantizarse e incluso no pueden buscarse. Uno debe ser, como lo escribió Lewis, “sorprendido por la dicha”, sin embargo, puede preparar las condiciones necesarias de tal manera que las experiencias cumbre sean más probables o puede, perversamente, establecer condiciones que las hagan menos probables. Desbaratar una ilusión, deshacerse de una idea falsa, saber que es aquello para lo que uno no es bueno, averiguar cuáles no son nuestras potencialidades, todo esto forma parte del descubrimiento de lo que uno realmente es. Prácticamente todos tenemos experiencias cumbre, pero no todos lo sabemos. Algunos hacen a un lado estas pequeñas experiencias místicas.

Octava. Descubrir quién es uno, qué es, qué le gusta, qué le disgusta, qué es bueno y malo para uno, hacia dónde se dirige y cuál es su misión —abrirse a uno mismo— significa la revelación de la psicopatología. Significa identificar las defensas, y una vez que éstas han sido identificadas, encontrar el valor para vencerlas. Esto es doloroso debido a que las defensas se edifican contra algo desagradable. Si algo nos ha enseñado la literatura psicoanalítica es que la represión no es una buena forma de resolver problemas.

Desacralización

Es necesario referirnos a uno de los mecanismos de defensa no mencionados en los libros de texto de psicología, aun cuando es importante

para algunos jóvenes de hoy en día. Es el mecanismo de defensa de la desacralización. Estos jóvenes desconfían de la posibilidad de los valores y de las virtudes. Ellos mismos se sienten defraudados o frustrados en su propia vida. La mayoría tienen, de hecho, padres aturdidos a quienes no les guardan mucho respeto, padres que están bastante confundidos acerca de los valores y quienes, con frecuencia, están sencillamente aterrados con sus hijos y nunca los castigan o les impiden hacer cosas que no están bien. Estos jóvenes han aprendido a reducir a la persona a un objeto, se niegan a ver lo que la persona podría ser, se niegan a ver sus valores en forma simbólica, se niegan a verla como un ser externo.

Resacralización

La resacralización significa la voluntad, una vez más, de ver a la persona "con el enfoque de la eternidad", como dice Spinoza, o verla desde la perspectiva cristiana unitaria del medioevo; es decir, significa ser capaz de ver lo sagrado, lo eterno, lo simbólico. Es ver a la mujer con una **M** mayúscula y todo lo que esto implica, incluso cuando se mira a una mujer en particular. Si reunimos todos estos puntos, vemos que la autorrealización no es cuestión de un gran momento; es cuestión de grados, de pequeñas ascensiones acumuladas una por una. Las personas seleccionadas como sujetos autorrealizantes, los que llenan nuestros criterios, avanzan al escuchar sus propias voces, al tomar responsabilidades, al ser honestos y al trabajar duro. Descubren quiénes son y qué son, no sólo en cuanto a su misión en la vida, sino también mediante trivialidades. Todo esto es también el verdadero yo. Descubren su propia naturaleza biológica y congénita, la cual es irreversible o difícil de cambiar.

Estos conceptos básicos incluyen, implican y están completamente de acuerdo con los conceptos básicos del sistema freudiano y de otros sistemas psicodinámicos. El hecho de que los aspectos inconscientes del yo son reprimidos y de que para el encuentro del verdadero yo se requiere la revelación de estos aspectos inconscientes, es un principio freudiano. La creencia de que la verdad ayuda a sanar, está implícita. Los requisitos son aprender a pasar por encima de nuestras represiones, a conocer el propio yo, a oír la voz del impulso, a descubrir la naturaleza triunfante y a alcanzar el conocimiento, el discernimiento y la verdad.

La creatividad

Menciona Maslow que el enigma que trata ahora de resolver le fue sugerido por la observación de que la persona creativa, en la fase inspiradora del furor creativo, pierde de vista su pasado y su futuro para vivir sólo el momento. Toda ella está allí, inmersa, fascinada y absorta en el presente, en la situación actual, en el aquí y en el ahora, en aquello que

trae entre manos. Esta habilidad de llegar a “perdersé en el presente” parece ser un *sine qua non* para la creatividad de cualquier tipo. Pero también ciertos prerrequisitos para la creatividad (en cualquier ámbito) tienen de alguna manera algo que ver con esta habilidad de volverse intemporal, desinteresado, de estar fuera del espacio, de la sociedad, de la historia. Este fenómeno de la creatividad es una versión diluida, más secular y más frecuente de la experiencia mística descrita tantas veces que ha llegado a convertirse en lo que Huxley llamó la filosofía perenne. En varias culturas y en diversas eras toma un colorido distinto; y aún así su esencia es siempre reconocible, siempre la misma. Sus investigaciones acerca de lo que llama experiencia cumbre, llamada por Margharita Laski éxtasis, muestran que estas experiencias son bastante naturalistas, fáciles de investigar y, lo que es ahora más importante, que tienen mucho que enseñarnos acerca de la creatividad y también como otros aspectos del funcionamiento total de los seres humanos cuando están en un proceso de realización con plenitud. Una característica importante de la experiencia cumbre es precisamente esta total fascinación con el asunto en el cual se está involucrado, este perdersé en el presente, este perdersé del tiempo y del lugar, y lo aprendido a partir del estudio de estas experiencias cumbre, puede transferirse en una forma bastante directa a la comprensión enriquecida de la experiencia del momento, de la actitud creativa. Ahora bien, ¿qué sucede en esos momentos?

Renuncia al pasado. La mejor manera de contemplar un problema presente es entregarse a él con todo lo que se tiene, analizarlo, estudiar su naturaleza y percibirlo dentro de sus interrelaciones intrínsecas, descubrir (en lugar de inventar) la respuesta al problema dentro del problema mismo.

Renuncia al futuro. Con frecuencia utilizamos el presente no para sus propios fines, sino como una preparación para el futuro. Si pudiéramos observar o escuchar de manera total, tendríamos que renunciar a esta especie de “preparación para el futuro”, pues consideramos al presente como un simple medio para un determinado futuro final (con lo cual, en consecuencia, devaluamos el presente). Y obviamente, esta especie de olvido del futuro es un prerrequisito para lograr un involucramiento total en el presente. Casi tan obvio como lo anterior es el hecho de que una buena manera de “olvidar” el futuro es no ser aprensivo respecto de él.

La inocencia. Ésta se refiere a una especie de “inocencia” de la percepción y de la conducta. A algo de lo que con frecuencia se atribuye a las personas altamente creativas. Las cuales han sido descritas en diversas formas como desnudas ante las situaciones, sin ninguna guía, sin expectativas *a priori* y ningún “debe ser así” o “tiene que ser así”; sin estilos, modas, dogmas, hábitos u otras imágenes en mente, de lo que es adecuado, normal o “correcto”, y como personas preparadas para recibir

cualquier cosa que suceda sin sorpresa, sin sufrir choque, sin indignación ni negación.

Estrechamiento de la consciencia. Aquí es muy importante la disminución de nuestra consciencia de otras personas, de los lazos que las unen a nosotros y de los que nos unen a ellas, de las obligaciones, los deberes, los temores, las esperanzas, etc. Llegamos a estar mucho más libres de las otras personas, lo cual significa a su vez que llegamos a ser mucho más nosotros mismos, nuestro verdadero yo (Horney), nuestra verdadera identidad.

La pérdida del yo. Olvido del yo, pérdida de la autoconsciencia. Cuando se está totalmente absorto en algo que no es uno mismo, se tiende a estar menos conscientes de uno mismo. Se es menos apto para autoobservarse como lo haría un espectador o un crítico. Al utilizar el lenguaje de la psicodinámica, disminuye la disociación normal entre el yo autoobservador y el yo que vive la experiencia, es decir, el yo se aproxima a ser en su totalidad el yo que experimenta. Esto a su vez significa una mayor unicidad e integración de la persona. Significa también menos crítica y corrección, menos evaluación, selección y rechazo, menos juicio y ponderación, menos disección y análisis de la experiencia.

La desaparición de los temores. Esto quiere decir que nuestros temores y ansiedades tienden también a desaparecer; al igual que nuestras depresiones, conflictos, ambivalencias, preocupaciones, problemas y hasta nuestros dolores físicos. Incluso, momentáneamente, nuestra psicosis y neurosis (es decir, si no han llegado al extremo de impedirnos llegar a estar profundamente interesados y absortos en el asunto en cuestión). Por ahora somos valientes y seguros, no tenemos temores, ansiedades, neurosis ni enfermedades.

La disminución de las defensas e inhibiciones. Nuestras inhibiciones también tienden a desaparecer. Así como también nuestra cautela, nuestras defensas (freudianas) y el control (frenos) respecto de nuestros impulsos y las defensas contra los peligros y amenazas.

La fuerza y el valor. La actitud creativa requiere tanto del valor como de la fuerza. La mayoría de los estudios acerca de las personas creativas nos reportan la presencia de diversas formas de valor: la obstinación, la independencia, la autosuficiencia, una especie de arrogancia, fuerza de carácter, fuerza del yo, etc; la aceptación social se convierte en una consideración secundaria. El temor y la debilidad impiden la creatividad o al menos la hacen menos probable.

La fuerza inhibidora de la conciencia (del yo). En cierto sentido la conciencia (sobre todo del yo) se inhibe de ciertas maneras y en ciertas ocasiones. A veces, es el lugar central de las dudas, los conflictos, los temores, etc. A veces estorba el funcionamiento pleno de la creatividad. En ocasiones es un inhibidor de la espontaneidad y de la expresión. Y más aún, también es verdad que cierta especie de autoconsciencia, autoob-

servación, autocrítica (es decir, del yo autoobservador) es necesario para la "creatividad secundaria".

Aceptación: la actitud positiva. En los momentos de abstracción y de autoolvido somos capaces de volvernos más "positivos" y menos negativos, lo cual podríamos llamar renuncia a la crítica (censura, selección, corrección, escepticismo, mejoramiento, duda, rechazo, juicio, evaluación). Es como decir que aceptamos. No rechazamos, desaprobamos o seleccionamos de una manera selectiva.

El no poner barreras al asunto que nos atrae significa que le permitimos que nos inunde, dé rienda suelta a su voluntad sobre nosotros, que siga su curso, que sea él mismo. Quizá, podemos incluso aprobar su manera de ser.

La confianza contra la desconfianza, el control y la oposición. Todos los sucesos anteriores implican una especie de confianza en el yo y en el mundo, lo cual permite una renuncia temporal a la restricción y a la oposición, a la volición y al control, a la adaptación y al esfuerzo conscientes. El permitirse a uno mismo estar determinado por la naturaleza intrínseca del asunto que le ocupa, necesariamente implica la relajación, la espera, la receptividad. El esfuerzo común por dirigir, dominar y controlar es opuesto a la verdadera aceptación de las condiciones, a la auténtica percepción del material (o del problema, o de la persona, etc.).

La receptividad taoísta. Tanto el taoísmo como la receptividad significan muchas cosas, todas muy importantes, pero también muy sutiles y difíciles de comunicar, excepto mediante figuras del lenguaje. Todos los atributos taoístas sutiles y delicados de la actitud creativa que se presentan a continuación, han sido descritos una y otra vez de diversas maneras por los múltiples autores que han tocado el tema de la creatividad. Sin embargo, todos están de acuerdo en que en la fase primaria o inspiradora de la creatividad, un cierto grado de receptividad, de no interferencia o de "dejar ser", es característico desde el punto de vista descriptivo y teórico y necesario en forma dinámica.

La integración del conocedor S (contra la disociación). La creación tiende a ser el acto de un hombre completo (ordinariamente) que está entonces más integrado, más unificado; es más de una sola pieza, se dirige hacia una sola dirección y está totalmente organizado al servicio del fascinante asunto. La creatividad es por tanto sistemática; es decir, es una cualidad total, o gestáltica, de toda la persona; no es algo agregado al organismo como una mano de pintura o como una infección bacteriana. Es lo contrario de la disociación. Esa totalidad momentánea está menos disociada (fragmentada) y es más una sola.

El permiso para sumergirse en el proceso primario. Parte del proceso de la integración de la persona es la recuperación de ciertos aspectos del inconsciente y del preconscious; en particular del proceso primario (o poético, metafórico, místico, primitivo, arcaico, infantil). El intelecto

consciente es tan exclusivamente analítico, racional, numérico, atomista y conceptual, que pierde una buena dosis de realidad, sobre todo dentro de nosotros mismos.

La percepción estética en lugar de la abstracción. La abstracción es más activa e interferente (menos taoísta) más de selección y rechazo que una actitud estética de saborear, disfrutar, apreciar y cuidar en una forma no interferente, ni controladora.

La espontaneidad absoluta. Si nos concentramos en el asunto que nos ocupa, fascinados por él y por sus propias cualidades, sin tener presente otras metas u objetivos, entonces es más fácil ser completamente espontáneo y funcionar plenamente, lo cual permite que nuestras capacidades emerjan de nuestro interior, sin esfuerzo, sin voluntad o control consciente, de una manera instintiva, automática, irreflexiva; ésta es la acción más completa, más organizada y con menos obstrucciones.

La máxima expresividad (de unicidad). La espontaneidad total es una garantía de expresión sincera de la naturaleza, estilo y unicidad de un organismo que funciona libremente. Ambas palabras, espontaneidad y expresividad, implican sinceridad, naturalidad, veracidad, ausencia de engaño, de imitación, etc., debido a que también implican una naturaleza no utilitaria de la conducta, una ausencia de "intento" voluntario, la ausencia de esfuerzo por controlar de interferencia la corriente de los impulsos y a la libre expresión "radiante" de lo más profundo de la persona.

La fusión de la persona con el mundo. Concluimos el tema con la fusión de la persona y su mundo, fusión que ha sido descrita como un hecho observable de creatividad, y a la que ahora podemos considerar como *sine qua non*. Esta red de interrelaciones nos puede ayudar a entender esta fusión más como un suceso natural que como algo misterioso, arcano y esotérico. Considero que incluso puede ser investigada si la entendemos como un isomorfismo, como un amoldamiento de cada uno hacia el otro, como un acoplamiento cada vez mejor, como una complementación o fundirse en uno solo.

La persona saludable, y sobre todo la persona saludable que crea, encuentra que ha logrado de alguna manera una fusión y una síntesis de los procesos primarios y de los secundarios; de lo consciente y lo inconsciente, del yo profundo y del yo consciente, y se las arregla para hacer esto de una manera agradable y fructífera.

Lo sucedido en esta fusión es que los procesos primarios y los secundarios participan uno del otro, cambian de carácter. Lo inconsciente deja de atemorizar. Esta es la persona que puede vivir con su inconsciente; puede vivir, digamos, con su puerilidad, su fantasía, su imaginación, su deseo de realizarse, su feminidad, su cualidad poética, su extravagancia. Es la persona que "puede regresar al servicio del yo". Esta es una regresión voluntaria. La persona que nos interesa es aquella que

en el momento en que se requiera tiene a su disposición esa capacidad de creatividad.

Maslow también señala que, cronológicamente el conocimiento acerca de los procesos primarios se derivó primero del estudio de los sueños, las fantasías y los procesos neuróticos y después de los procesos psicóticos y enfermos. Sólo poco a poco este conocimiento se ha liberado de sus tintes de patología, de irracionalidad, de inmadurez y de primitivismo en el mal sentido de la palabra. Sólo hasta hace poco hemos llegado a estar conscientes, completamente conscientes, según los estudios acerca de las personas saludables, del proceso creativo, del juego y de la percepción estética, del significado del amor saludable, del desarrollo y realización saludables, de la educación saludable, de que todo ser humano es tanto poeta como ingeniero, racional e irracional, niño y adulto, masculino y femenino y perteneciente tanto al mundo psíquico como al mundo de la naturaleza. En un lento proceso hemos aprendido lo que perdemos al tratar constantemente de ser única y puramente racionales, únicamente "científicos", únicamente lógicos, únicamente sensatos, únicamente prácticos, únicamente responsables. No es sino hasta ahora que hemos llegado a estar muy seguros de que la persona integrada, totalmente evolucionada y totalmente madura, debe alcanzar, de manera simultánea, los dos niveles.

Bibliografía

- DILAPPIO, N., *Teoría de la Personalidad*, Nueva Editorial Interamericana, México, 1976.
- NORDBY, V. y HALL, C., *Vida y conceptos de los psicólogos más importantes*, Trillas, México, 1982
- MASLOW, A., *Toward a psychology of being*, Van Nostrand, Princeton, N.J., 1968.
- MASLOW, A., *Motivation and personality*, Harper and Row, Nueva York, 1970.
- MASLOW, A., *The farther reaches of human nature*, Viking, Nueva York, 1972.
- MASLOW, A., *La amplitud potencial de la naturaleza humana*, Trillas, México, 1982.

27

TEORÍAS DE SISTEMAS

BERTALANFFY

Bertalanffy define la teoría general de sistemas como el conjunto de disciplinas que tratan de las propiedades y leyes generales de los "sistemas". Esta teoría intenta explicar los principios aplicables a los sistemas en general, sin importar la naturaleza de éstos, de sus componentes y de las relaciones o fuerzas entre ellas.

En relación con la teoría general de sistemas utilizada como medio para transferir los principios de unos campos a otros, Bertalanffy señala: "La existencia de leyes de análoga estructura en diferentes campos permite el empleo de modelos más sencillos o mejor conocidos, para fenómenos más complicados y menos tratables. De esta manera la teoría general de sistemas tiene que ser, metodológicamente, un importante medio para controlar y estimular la transferencia de principios de uno a otro campo".

Sin embargo, "existe el peligro de que la teoría general de sistemas desemboque en analogías sin sentido", por lo que Bertalanffy propone tres criterios para la existencia de isomorfismo en diferentes campos de la ciencia.

En la ciencia, el isomorfismo se refiere a que "el total de fenómenos observables exhibe una uniformidad estructural que se manifiesta por muestras isomorfas de orden en sus diferentes niveles o reinos".

En cuanto a la homología lógica, Bertalanffy menciona que "no sólo permite el isomorfismo en la ciencia sino que, como modelo conceptual, está en situación de dar instrucciones para la consideración correcta y eventual explicación de fenómenos. La teoría general de sistemas se ocupa de homologías lógicas. Esto puede expresarse así: si un objeto es un sistema, debe tener ciertas características de los sistemas, sin importar de qué sistema se trate".

Cuando se estudian los fenómenos desde un enfoque sistemático, los isomorfismos aparecen en ellos. A este respecto, Bertalanffy opina que

una: "Consecuencia de la existencia de propiedades generales es la aparición de similitudes estructurales o isomorfismo en diferentes campos. Hay correspondencia entre los principios que rigen el comportamiento de entidades que son intrínsecamente muy distintas. Esta correspondencia se debe a que las entidades consideradas pueden verse como sistemas, o sea, complejos de elementos en interacción".

Los isomorfismos descansan en la realidad y en nuestra cognición, por lo tanto, las leyes enunciadas en lenguaje ordinario, las expresiones matemáticas y los esquemas intelectuales diversos, servirían de muy poco si el mundo, es decir, la totalidad de acontecimientos observables, fuera tal que no le resultaran aplicables. La conformación de la realidad es tal que permite la aplicación de nuestras construcciones conceptuales, ya que el conjunto de las leyes científicas no representan más que abstracciones e idealizaciones que demuestran algunos aspectos de la realidad.

El isomorfismo entre terrenos diferentes se origina en la existencia de principios generales de sistemas. A la definición de sistemas como complejo de elementos en interacción, se continúan muchas propiedades descritas de leyes conocidas en diferentes campos de la ciencia. El paralelismo de concepciones generales y aun de leyes especiales entre diferentes campos, es resultado del hecho de que se ocupen de sistemas y de que ciertos principios generales se apliquen a sistemas, sin importar su naturaleza.

El isomorfismo es, ante todo, una homología lógica.

Se deben distinguir tres niveles en la descripción de fenómenos:

1. La analogía, semejanza o parecido, que es una igualdad superficial entre fenómenos que no se corresponden ni en factores causales ni en leyes pertinentes.
2. La homología lógica, que está presente cuando los factores causales difieren, pero las leyes respectivas son formalmente idénticas. Dichas homologías tienen gran importancia como modelos conceptuales en la ciencia.
3. La explicación, es decir, el enunciado de condiciones y leyes específicas que tienen validez para un objeto separado o para una clase de objetos.

Las analogías son científicamente inválidas. Sin embargo, las homologías con frecuencia proporcionan modelos valiosos. (La teoría general de sistemas sirve para discernir analogías y homologías, es decir, los parecidos sin sentido de los traslados significativos.)

La homología de características de sistemas no quiere decir reducción de un dominio a otro inferior; pero tampoco se trata de mera metáfora o analogía; es pues, una correspondencia formal originada en la

realidad, en la medida en que pueda considerarse formada de “sistemas” de cualquier índole.

Bertalanffy establece que “las ventajas de los modelos matemáticos, como son la no ambigüedad, posibilidad de deducción estricta, verificabilidad por datos observados, etc., son bien conocidas. No quiere esto decir que modelos formulados en lenguaje ordinario hayan de ser desdeñados o rechazados. Un modelo verbal es preferible a ninguno o a un modelo que, por poder ser formulado matemáticamente, es impuesto por la fuerza a la realidad y la falsifica”.

La teoría general de sistemas como marco de estudio de la familia.

Una manera de estudiar a la familia y sus características es dentro del marco de referencia de la teoría de los sistemas. Como sistema, la familia es una complejidad organizada formada por subsistemas en interacción mutua, el sistema familiar es más que sólo la suma de sus partes individuales.

Cuando la familia se estudia a partir de este enfoque, las características generales de los sistemas se aplican a ella.

Conceptos básicos de la teoría de los sistemas

Bertalanffy define a esta teoría como una “disciplina que trata de las propiedades y leyes generales de los sistemas”. El tema de esta teoría “es la formulación y derivación de aquellos principios que son válidos para los sistemas en general”.

Un sistema se define como un complejo de elementos interactuantes, con las características siguientes:

a) Totalidad. Un sistema no sólo se comporta como un simple conjunto de elementos independientes, sino como un todo inseparable y coherente. Su corolario, el principio de la no-sumatividad, proporciona una guía negativa para definir al sistema: el sistema no puede entenderse como la suma de sus partes. Esto es, que las propiedades y modos de acción de niveles más altos del sistema no son explicables por la suma de las propiedades y modos de acción de los componentes considerados por separado.

b) Límites. Todos los sistemas tienen límites, y éstos se refieren a aquella zona que divide a un subsistema de otro, cuya función es filtrar las entradas y salidas en el sistema.

c) Entradas y salidas. Los sistemas abiertos están en contacto permanente con su medio por la acción de sus entradas y salidas. La primera se

refiere a la energía, información, etc., absorbidas por el sistema; la segunda, a aquella energía, información que el sistema manda al exterior.

d) Retroalimentación. Quiere decir que de la salida de un sistema alguna cantidad es devuelta, como "información", a la entrada, de modo que regule ésta y así equilibre al sistema o lo guíe a la acción. Hay dos tipos de retroalimentación, la positiva y la negativa, en las dos, parte de la salida de un sistema vuelve a introducirse como información de dicha salida. La diferencia consiste en que en la negativa, esta información se utiliza para disminuir la desviación de la salida con respecto a una norma establecida. En tanto, en la positiva la información es empleada para amplificar la desviación de la salida. La retroalimentación es una forma de hablar de las propiedades de los sistemas para mantener estable un estado característico (negativo) y para la búsqueda y alcance de nuevos estados o metas (positiva).

e) Diferenciación, crecimiento. El sistema se desarrolla mediante procesos de diferenciación, es decir, desde una estabilidad relativa hasta una elaboración y diferenciación más complicada.

f) Equifinalidad. El sistema puede llegar al mismo estado final partiendo de distintas condiciones iniciales y pasando por diferentes caminos. Dicho de otro modo, el sistema puede tener resultados idénticos aun cuando tenga distintos orígenes, porque lo decisivo es la naturaleza de la organización.

Aplicaciones de la T. G. S. al estudio de la familia

La familia se ve como totalidad, donde ninguna parte o conducta es causa de otra, sino que están interconectadas de manera circular con las otras partes o conductas. La familia tiene la propiedad de mantener estable su organización, a pesar del constante intercambio de componentes con el exterior. La familia tiene también la propiedad de evolucionar de un estado de desarrollo a otro.

Ambos procesos hablan de una estabilidad morfoestasis y un cambio morfogénesis en la familia, es decir, del mantenimiento de un estado estable y de la modificación de su estructura básica, respectivamente.

La familia: un modelo de sistema abierto

Un sistema abierto es definido por Bertalanffy como "sistema que intercambia componentes con el medio circundante ("información", "energía", etc.) y exhibe importación y exportación, constitución y degradación de sus componentes materiales".

Todo organismo es un sistema vivo, es decir, un complejo dinámico de partes y procesos que están en mutua interacción. Los sistemas vivos

son sistemas abiertos, en cuanto son mantenidos en continuo intercambio de componentes.

Veamos algunas características de los sistemas vivos:

1. Los sistemas vivos. Bertalanffy denota que una característica de éstos es “la autorregulación del metabolismo y la conservación de componentes mediante el intercambio” y agrega, “en el sistema vivo hay innumerables procesos químicos y físicos organizados de tal manera que permiten al sistema persistir, crecer, desarrollarse, reproducirse, etcétera”.

Bertalanffy observa que “la vida no es mantenimiento o restauración de equilibrios sino más bien mantenimiento de desequilibrios. Alcanzar el equilibrio significa la muerte y la descomposición consiguiente. Psicológicamente, el comportamiento no sólo tiende a aflojar tensiones, sino que también las establece; si esto se detiene, el paciente es un cadáver mental en descomposición, lo mismo que el cuerpo cuando se pudre al interrumpirse las tensiones y las fuerzas que lo apartan del equilibrio. Si, luego de ser perturbada, la vida volviera a lo que se llama equilibrio homeostático, nunca habría progresado más allá de la amiba”.

Bertalanffy considera que la homeostasis “no es aplicable a regulaciones dinámicas, a procesos cuya meta no es la reducción de tensiones, y a procesos de crecimiento, desarrollo, creación, y otros similares. Además, la homeostasis es inapropiada como principio explicativo para las actividades humanas no utilitarias, que no sirven a las necesidades de conservación y supervivencia, como ocurre con tantas manifestaciones culturales”.

Por otro lado, los sistemas vivos no se rigen por la Segunda Ley de la Termodinámica. Esto es aclarado por Bertalanffy, “los procesos físicos obedecen al Segundo Principio de la termodinámica, que determina que vayan a una creciente entropía, es decir, hacia estados de mayor probabilidad, que son estados de equilibrio, de distribución uniforme y de desaparición de diferencias y de orden. Pero los sistemas vivos se comportan, al parecer, de forma completamente opuesta, ya que tienden a conservar un estado organizado de fantástica improbabilidad; se mantienen en estado de desequilibrio y hasta se desarrollan hacia estados más improbables, que aumentan la diferenciación y el orden”.

En resumen, la familia como sistema abierto atraviesa por diferentes etapas de un ciclo vital que van desde el periodo de galanteo hasta la vejez y la muerte.

Bibliografía

BERTALANFFY, L. VON, *Robots, hombres y mentes*, Guadarrama, Madrid, España, 1974.

BERTALANFFY, L. VON, *Teoría General de Sistemas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

WATZLAWICK, P., BEAVIN, J. H. y JACKSON, D. D., *Teoría de la Comunicación Humana*, Herder, Barcelona, 1983.

MINUCHIN

El modelo estructural de la familia

A partir de este modelo, la familia es vista como un grupo social natural, que determina las respuestas de sus miembros mediante estímulos desde su interior. Es decir, que la familia mediante su organización y estructura, filtra y califica la experiencia de sus miembros.

Como unidad social, la familia se enfrenta a una serie de tareas de desarrollo. Estas difieren de acuerdo a las diversas culturas, aunque sus raíces sean universales. Así, la familia debe enfrentar el reto de estos cambios y mantener su continuidad, y debe apoyar y motivar el crecimiento de sus miembros, mientras se adapta a una sociedad en transición. De este modo la familia tiene las siguientes funciones: la protección psicosocial de sus miembros, el acomodo a una cultura y la trasmisión de dicha cultura. La familia es el origen del desarrollo psicosocial de sus miembros, debe acomodarse a la sociedad y ofrecer cierta continuidad a la cultura. En forma complementaria, la sociedad creará estructuras extrafamiliares para adaptarse a las nuevas ideologías y a las nuevas realidades sociales y económicas.

Terapia familiar estructural

Es el grupo de teorías y técnicas que estudian al individuo en su contexto social. El fin de esta terapia es modificar la relación y estructura familiares. Su teoría está basada en el hecho de que el hombre no es un ser aislado, sino un miembro reactivo y activo de grupos sociales. Se pueden mencionar algunos de los axiomas de esta terapia:

1. La vida psíquica de un individuo no es solamente un proceso interno.
2. Al modificar la estructura familiar se facilita la producción de cambios en la conducta de los procesos psíquicos de los miembros que forman ese sistema.
3. Cuando un terapeuta trabaja, su conducta es incluida en el contexto, pues forma con la familia un nuevo sistema, terapéutico en este caso.

La finalidad de la terapia estructural es modificar el presente, no explorar e interpretar el pasado. El objetivo de sus intervenciones es el sistema familiar. El terapeuta se une a este sistema y utiliza a su persona para modificarlo. Una transformación en la estructura familiar permite cuando menos una posibilidad de cambio. El sistema familiar se organiza sobre la base del apoyo, regulación, alimentación y socialización de sus miembros. De este modo, el terapeuta se une a la familia con el fin de reparar o modificar su funcionamiento para que pueda desarrollar las tareas mencionadas con mayor eficacia, y además, como la familia posee propiedades de perpetuación, los procesos que el terapeuta comienza serán mantenidos en su ausencia por los mecanismos de autorregulación del sistema. Estos conceptos de estructura originan el fundamento de la terapia familiar.

La estructura familiar

La familia no se reduce a los aspectos biopsicodinámicos privativos de sus miembros, sino que éstos se relacionan según ciertas disposiciones que dominan sus transacciones. Estas disposiciones constituyen la estructura familiar; ésta se refiere especialmente al conjunto no visible de demandas funcionales que organizan los estilos con los que interactúan los miembros de la familia. Así, la familia es un sistema que trabaja por medio de pautas interaccionales. Las transacciones repetitivas fundan pautas acerca de qué manera, cuándo y con quién relacionarse y estas pautas también sirven de base al sistema y se mantienen a su vez, por dos sistemas de coacción; el primero se refiere a las reglas universales que regulan las organizaciones familiares, y la segunda implica las expectativas de los miembros de la familia. El origen de estas expectativas está desde hace muchos años dentro de negociaciones explícitas e implícitas entre sus miembros familiares, relacionadas de manera frecuente con los acontecimientos diarios.

La estructura familiar debe estar capacitada para adaptarse cuando cambian las circunstancias. La existencia continua de la familia como un sistema, es dependiente en gran medida a una gama suficiente de pautas; a el acceso a esas pautas transaccionales alternativas, y a la flexibilidad para movilizarlas cuando sea necesario hacerlo.

Los subsistemas familiares

El sistema familiar se diferencia y desempeña sus funciones mediante subsistemas, los cuales pueden estar formados por generación, sexo, interés o función, etc. Por ejemplo, un hombre puede ser hijo, sobrino, hermano, esposo, padre, y así sucesivamente. Los subsistemas están

divididos por límites y éstos están formados por las reglas que determinan quiénes participan y cómo.

La función de los límites es proteger la diferenciación del sistema. Todo subsistema familiar posee funciones específicas y plantea demandas especiales a sus miembros. Para que el funcionamiento familiar sea correcto, los límites entre los subsistemas deben estar claramente marcados. Veamos algunos de los subsistemas más importantes:

1. *El subsistema conyugal.* Se forma cuando dos adultos de diferente sexo se unen con la intención de formar una familia. Desempeña funciones vitales para el desarrollo de la familia. Para realizar estas tareas se requiere la complementariedad y la acomodación mutua, donde cada cónyuge apuntala la acción del otro en muchas áreas. Este subsistema puede volverse un refugio ante la presión externa y en el origen para el contacto con otros sistemas sociales. Fomenta el aprendizaje, la creatividad, y el crecimiento.

2. *El subsistema parental.* Al nacer el primer hijo se llega a un nuevo nivel de formación familiar. A medida que el niño crece, sus demandas para el desarrollo, tanto de la autonomía como de la orientación, imponen requerimientos al subsistema parental, el cual debe modificarse para satisfacerlas. Se espera que los padres comprendan las necesidades de sus hijos y les expliquen las reglas que imponen, pero es imposible que los padres protejan y guíen sin al mismo tiempo controlar y restringir. De igual manera, los hermanos no pueden crecer e individualizarse sin rechazar y atacar.

3. *El subsistema fraterno.* Es el primer contacto social en el que los niños desarrollan relaciones con sus iguales. De este modo aprenden a negociar, competir, cooperar. Cuando se relacionan con el mundo de sus iguales extrafamiliares, tratan de actuar de acuerdo con las normas del subsistema fraterno. Este subsistema debe protegerse con sus límites, es decir, los niños no deben tener ninguna interferencia de los adultos para que puedan ejercer su derecho a la privacidad, tener sus propios intereses y disponer de la libertad de cometer errores.

La familia funcional

La familia está sometida a la presión interna que se origina en la evolución de sus propios miembros y subsistemas, y a la presión externa que tiene su origen en las necesidades para acomodarse a las instituciones sociales significativas. Las respuestas a ambas presiones requieren una transformación constante de la posición de los miembros en sus relaciones, para que puedan crecer mientras que el sistema conserva su continuidad. La estructura de la familia corresponde a la de un sistema sociocultural abierto en proceso de transformación. De este modo, la

familia muestra un desarrollo al pasar por un cierto número de etapas que exigen una reestructuración. De esta manera, la familia se adapta a las circunstancias cambiantes de tal modo que mantiene su continuidad pero al mismo tiempo permite las reestructuraciones.

La familia en terapia

Los síntomas patológicos de uno o más de sus miembros es lo que lleva a la familia a recurrir a la terapia. Se puede considerar a los síntomas del paciente identificado como un medio para mantener el sistema. Entonces, una familia disfuncional es un sistema que ha respondido a las necesidades de cambio con el estereotipo de su funcionamiento. La selección de una persona como problema constituye un método simple para mantener una estructura familiar rígida e inadecuada.

El diagnóstico familiar

El terapeuta desarrolla un diagnóstico familiar basándose en sus experiencias y observaciones relacionadas con el proceso de unirse a la familia, este diagnóstico requiere que el terapeuta se entienda con la familia para formar un sistema terapéutico, seguido por la valoración de sus experiencias de la interacción de la familia en el presente. Dicha valoración se concentra en seis áreas fundamentales:

1. Considerar la estructura familiar, sus pautas, transaccional preferidas y las alternativas disponibles.
2. Evaluar la flexibilidad del sistema y su capacidad de elaboración y reestructuración, tal como se muestra al modificar las alianzas y coaliciones del sistema.
3. Examinar la resonancia del sistema y su sensibilidad ante las acciones individuales.
4. Examinar el contexto de la vida de la familia y analizar las fuentes de apoyo y de presión en la ecología familiar.
5. Examinar el periodo de desarrollo de la familia y su rendimiento en las tareas apropiadas en esa etapa.
6. Explorar la forma en que los síntomas del paciente identificado se utilizan para el mantenimiento de las pautas preferidas por la familia.

La reestructuración de la familia

Las operaciones de reestructuración son las intervenciones terapéuticas que una familia debe enfrentar en el intento de lograr algún cambio. En la reestructuración, el terapeuta crea escenarios, coreografías, aclara

temas, se usa a sí mismo, incorporándose a alianzas y coaliciones, al fortalecer o debilitar límites y enfrentar o apoyar las pautas transaccionales.

El cambio mediante la terapia, al igual que todos los cambios, se acompaña de cierta tensión, y el sistema terapéutico debe estar capacitado para manejar dichas circunstancias.

La evolución de los pacientes se debe a tres motivos: en primer lugar, se pregunta sobre su percepción de la realidad; en segundo, se les proporcionan alternativas posibles que les parezcan adecuadas y, en tercer lugar, una vez que se ensayaron las pautas transaccionales alternativas, se presentan nuevas relaciones que se refuerzan a ellas mismas.

Por último, en la terapia familiar ningún modelo de la familia es, de manera inherente, normal o anormal, disfuncional o funcional. La diferenciación de una familia depende de sus tradiciones o temperamento propio en relación con su propia composición, etapa de desarrollo y subcultura.

**Quinta
parte**

**Teorías
nomotéticas
personales**

28

INTRODUCCIÓN

Los autores que analizaremos en esta parte están enmarcados en el estudio de las teorías factorialistas.

TEORÍAS FACTORIALISTAS

La esencia de estas teorías es que por lo general poseen un conjunto de variables o factores cuidadosamente especificados que se toman como subyacentes y explicativos de la compleja conducta humana. Estas variables se han derivado en gran escala del estudio con muchos sujetos y al usar una gran cantidad de medidas que permiten una calificación rápida y sencilla. Se puede decir que las teorías que veremos en seguida derivan sus cualidades o aspectos únicos no de los consultorios de los terapeutas o del laboratorio animal, sino más bien de una técnica estadística particular: el análisis factorial.

Análisis factorial

Charles E. Spearman publica en 1904 su estudio *General intelligence, objectively determined and measured*, en el que expone su teoría de los dos factores de la inteligencia (capacidad humana). Spearman interpretó la correlación entre dos variables como una indicación de la existencia de un factor común, y un factor específico en cada variable. Las medidas de las habilidades mentales, en apariencia diferentes, presentan por lo general correlaciones entre ellas. Spearman concluyó que la prevalencia de las correlaciones positivas se debe a la presencia de una habilidad general común a todos los tipos de ejecución. Denominó a ésta *factor general G*, y se pensó que era la inteligencia (Boring 1950, Székely, 1960; Hall y Lindzey, 1965; Hilgard, 1962). Parecía ser natural analizar las habilidades en tres factores: lo que es común a ambos y lo que es

específico de cada uno. En 1912, Spearman y Hart desarrollan una técnica de matrices jerárquicas de coeficientes de correlación que separaría una gran variedad de ejecuciones en el *factor general* G y en varios factores específicos, s_1, s_2, s_n .

En 1916, Geoffrey S. Thompson señala que cuando se tienen más de dos ejecuciones, puede haber otras superposiciones además de G . Tres ejecuciones, por ejemplo, podrían tener: lo que es común a todas (G), lo que es común a cada par (R_1, R_2, R_3), y lo que es específico a cada una de las tres (S_1, S_2, S_3). Hubo una controversia entre la teoría de los dos factores y la teoría del grupo de factores (teoría muestral) como se le denominó, que parecía incompatible; hasta que Maxwell Garnett se propuso demostrar que la teoría de los dos factores era sólo el caso más simple de la hipótesis de los grupos de factores. En el año de 1927, Charles E. Spearman acepta la existencia y validez de ciertos otros factores comunes.

En la tercera década del presente siglo, el análisis factorial se desarrolló bajo el liderazgo de Thomson en Edimburgo, sir Cyril Burt en Londres y Thurstone en América (Fruchter, 1954).

En 1938, Thurstone, al utilizar el método del análisis factorial múltiple, define que existen siete habilidades mentales primarias (factores) que son: comprensión verbal (V), fluidez verbal (W), numérico (N), espacial (S), memoria asociativa (M), velocidad perceptual (P), e inducción o razonamiento general (R) (Cronbach, 1960; Anastasi, 1961).

Cyril Burt, en 1941, ofreció una descripción muy aceptada de los tipos de factores que se pueden derivar de la aplicación del análisis factorial. Este autor sugiere que existen factores generales y universales, que contribuyen a saturar todas las variables; hay también factores de grupo y particulares, que intervienen en más de una, pero no en todas las variables; existen además factores singulares o específicos, que contribuyen a la saturación (carga) de una sola de las variables; por último, existen factores accidentales o de error que aparecen en una sola administración de una sola medida, y que se atribuyen a fallas en la medición o a falta de control experimental.

El procedimiento del análisis factorial empieza con un conjunto de observaciones obtenidas de una muestra dada por medio de medidas a priori de variables básicas. Es un método para analizar este conjunto de observaciones con base en sus interrelaciones para determinar si las variaciones presentadas se pueden explicar en forma adecuada por un número menor de categorías básicas que aquellas con las que se inició la investigación. En esta forma, datos obtenidos con un gran número de medidas a priori pueden ser explicados en términos de un número menor de variables de referencia.

Esta técnica brinda un modelo matemático que se puede usar para describir ciertas áreas de la naturaleza. Se interrelaciona una serie de cali-

ficaciones de pruebas u otras medidas, para determinar el número de dimensiones que el espacio de la prueba ocupa y para identificar estas dimensiones en términos de rasgos u otros conceptos generales. Las interpretaciones se hacen al observar qué pruebas caen en una dimensión dada y al inferir lo que éstas tienen en común, qué está ausente de otras pruebas que no caen en la misma dimensión. Las pruebas se relacionan hasta el grado en que miden rasgos comunes. Si se observa y analiza el patrón de interrelaciones, se infiere la operación de uno o más rasgos u otras fuentes de variación subyacentes (Guilford, 1959; Cattell, 1957, 1965).

El análisis factorial intenta explicar desde el punto de vista estadístico las diferencias en rasgos existentes entre los individuos, más que la organización mental dentro de cualquier individuo. Debemos recordar que las interpretaciones que proporciona esta técnica son meramente tentativas.

Para realizar un análisis factorial, debemos partir de las siguientes suposiciones: primero, que una batería de variables interrelacionadas tienen factores comunes integradas a ellas y que las calificaciones de un individuo se pueden representar más económicamente, en términos de estos factores de referencia; y segundo, que la relación entre dos variables se puede explicar en función de la naturaleza y extensión de sus cargas factoriales comunes.

Los métodos factoriales más usados son: el método diagonal, el centroide, el de grupos múltiples y el de los ejes principales. Otros menos utilizados son el centroide por grupos, el de sumación (adición) simple y el de las semejanzas máximas.

Para una matriz de relaciones dada, cada uno de los métodos del análisis factorial localiza en forma arbitraria los ejes de referencia que van a determinar la carga de las variables. Para mover o cambiar la localización arbitraria de los ejes de referencia, determinada por el método de extracción, a una posición útil para la interpretación de los factores, y para establecer comparaciones con otros estudios, se giran los ejes. El objetivo principal de la *rotación* es obtener factores que tengan significado; en este caso, psicológico, que resulten tan consistentes de análisis a análisis (no variantes), como sea posible. La localización del marco de referencia depende de los propósitos y aproximación teórica del analista. Este aspecto del análisis factorial es el más difícil de enseñar y el más difícil de aprender porque requiere de antecedentes, comprensión súbita y habilidad considerables. Es decir, mientras que la técnica de la rotación es relativamente matemática y sencilla, el criterio para determinar hasta dónde se deben rotar los ejes depende bastante de la naturaleza de la interpretación de los datos y está basado en consideraciones teóricas y conceptuales. Algunas veces, la configuración de los vectores de las pruebas hacen que la localización de los ejes de referencia sea relativa-

mente obvia, dentro de ciertos límites; pero otras veces falla (Fruchter, 1954; Székely, 1960; Cattell, 1957; Cattell y Warburton, 1967).

Los ejes de referencia se pueden localizar en dos formas: una ortogonal (perpendicular) y otra oblicua, según cuáles sean los que mejor se ajusten a la configuración. Algunos investigadores prefieren la solución ortogonal siempre que sea justificable, por su mayor simplicidad y porque postula las variables de referencia como independientes.

Existen dos criterios que ayudan a determinar la localización de los ejes de referencia: el de la estructura simple y el del desarrollo positivo.

Los requisitos esenciales de la estructura simple son que cada variable contenga una combinación diferente de factores y que la localización de cada plano (o hiperplano) esté determinada por varios vectores-prueba (Cronbach, 1960; Székely, 1969).

El desarrollo múltiple se realiza cuando los ejes se pueden rotar en forma tal que todas las cargas sean positivas o valgan cero. En la práctica se toleran pequeñas cargas negativas. Este principio es especialmente útil en el área de las habilidades, cuyas medidas están por lo general relacionadas en forma positiva. Al tratar con rasgos temperamentales, ocurren cargas positivas y negativas y la restricción del desarrollo positivo no se aplica.

Cattell sugiere que se cumplan los siguientes criterios para determinar las *rotaciones* de los ejes: *a) rotación* para lograr un acuerdo con los descubrimientos clínicos y psicológicos generales; *b) rotación* para lograr un acuerdo con factores de análisis factoriales anteriores; *c) rotación* para pasar los ejes por el centro de los agrupamientos (*clusters*); *d) rotación* para estar de acuerdo con el establecimiento sucesivo de factores ortogonales; *e) rotación* para producir perfiles de carga (o de saturación) congruentes con las expectativas psicológicas generales, y *f) rotación* para producir perfiles proporcionales paralelos.

Uno de los métodos de *rotación* más convenientes es dibujar pares de ejes ortogonales y rotarlos en forma gráfica. Para obtener mediante este método una visión completa de la estructura en cualquier punto del proceso de *rotación*, precisa dibujar todas las posibles combinaciones de pares de ejes.

Otra forma de localizar los ejes de referencia es la oblicua: se llega a ésta cuando la configuración así lo pide. Hay varios métodos de *rotación oblicua*: el plano sencillo y el de la *rotación directa* a la estructura simple o primaria. En el primero, los hiperplanos y los ejes correspondientes se *rotan* (giran) uno a la vez. Se empieza con la variable que se sabe o espera que sea pura o esté bien saturada de un factor; se puede empezar también con cualquier prueba que no tenga una *comunalidad* muy baja. El segundo método resulta en la actualidad tan sólo de interés teórico, ya que es relativamente nuevo y aún no se han solucionado muchos problemas. Sin embargo, es un método que promete bastante. Es

apropiado para problemas en los que todas las cargas del primer factor centroide son altas y positivas.

La interpretación de los factores consiste en inferir qué tienen en común aquellas pruebas que ofrecen cargas altas en algún factor y que se encuentran en menor grado en pruebas con cargas moderadas y que están ausentes en pruebas con cargas cercanas a cero o con valor cero (Fruchter, 1954; Allen, 1965; Székely, 1960; Anastasi, 1961).

El análisis factorial ha encontrado aplicación en áreas tales como el estudio de respuestas condicionadas, el de la inteligencia, de la dinámica del aprendizaje en animales, de baterías de pruebas industriales y vocacionales; estudios de personalidad, de discriminación auditiva, de conducta de los votantes en las cortes de justicia; estudios clínicos, etcétera.

Los factores son construcciones hipotéticas o variables interventoras (Hilgard, 1962; Anastasi, 1961), que se pueden relacionar tanto al estímulo (reactivos de una prueba, situaciones, etc.) como a las respuestas (contestaciones de conducta de los examinados). Si se puede reconocer e identificar un factor en una amplia variedad de situaciones y condiciones, se piensa que respresenta una unidad funcional (Allen, 1965). Probablemente existe un gran número de factores transitorios que tienen una existencia temporal o limitada porque representan una influencia temporal o local (Cattell, 1965, 1957; Fruchter, 1954). El contenido factorial de una prueba deberá permanecer constante para una población dada cuando se analice con baterías sucesivas que tengan el mismo conjunto de factores. A medida que la selección de la población varía con la edad, entrenamiento y otras variables antecedentes, se esperan cambios en las cargas de los factores.

Las cargas de los factores tal vez se vean influenciadas por la selección de la muestra, antecedentes, entrenamiento, experiencia y disposición (*set*); tipo de coeficiente de correlación utilizado inicialmente; dependencia experimental y lineal; tiempo límite y forma de calificación.

Cattell ha señalado seis posibilidades para estudiar la correlación que existe en pruebas, personas y ocasiones y las ha denominado técnicas *P* y *O*, *Q* y *R*, y *S* y *T*. Estas denominaciones se refieren a los diseños experimentales por medio de los cuales se obtuvieron las interrelaciones.

Técnicas T y R. La técnica *R* es la correlación de pruebas administradas a una muestra de personas en una única ocasión. Indica el grado en que covarían las pruebas en una serie de personas en una sola ocasión. La técnica *Q* (introducida por Stevenson en 1935) indica cómo dos o más personas covarían durante una serie de pruebas administradas en una sola ocasión. Los factores derivados de esta técnica cargan a individuos y cada factor representa a una persona hipotética de un tipo dado.

Técnicas O y P. La técnica *P* consiste en relacionar un grupo de pruebas administradas en una serie de ocasiones a una sola persona. En esta técnica determinamos si cuando una batería es administrada repeti-

damente a una sola persona, algunas de las pruebas covarían en el tiempo. Las pruebas que midan los mismos factores en un individuo deberían variar a medida que el factor en el individuo varía con el tiempo. Esta aproximación es útil cuando se trata de variables dinámicas, como los rasgos de personalidad que fluctúan con el tiempo. La técnica *Q* trata de la correlación de ocasiones para una serie de pruebas en un individuo, e indica el grado hasta el que dos o más ocasiones varían sobre una serie de pruebas en una persona. Mediante este método debería ser posible agrupar las ocasiones por la forma en que influyen en la ejecución (determinar si condiciones u ocasiones diferentes afectan de forma sistemática la ejecución de una persona).

Técnicas S y T. La técnica *S* consiste en determinar el grado hasta el que dos o más individuos varían juntos sobre una serie de ocasiones o ensayos en una tarea. Es útil para determinar grupos homogéneos en relación a un rasgo dado sobre una serie de ocasiones. La técnica *T* indica cómo covarían dos o más ocasiones sobre una serie de individuos en una sola prueba. (El ejemplo más conocido de esta técnica es la determinación de la confiabilidad por medio del test-retest.)

Se considera que las técnicas *O*, *S* y *T* son posibilidades teóricas (Fruchter, 1954).

Ventajas y desventajas del análisis factorial. De manera favorable al análisis factorial encontramos las siguientes opiniones: *a*) en este método, el científico permite que las variables (independientes e irrelevantes) varíen en forma natural, y las relaciones que existan entre estas variables y la dependiente se obtengan por medio de un análisis estadístico (Cattell, 1957; Cattell, 1965); *b*) la variable dependiente se presenta con mayor validez, ya que no es una, sino un conjunto de ellas, que covarían como un factor (Cattell, 1957; Cattell, 1965); *c*) intenta aclarar las causas e influencias responsables de una correlación (Cattell, 1957); *d*) ofrece métodos precisos para manipular grandes cantidades de variables al mismo tiempo (Cronbach, 1960); *e*) ha reducido en forma importante las insensatas interpretaciones que resultan de suponer que cada prueba con diferente nombre mide diferentes cosas (Cronbach, 1960); *f*) es útil para determinar la validez de construcción de las pruebas (Cronbach, 1960; Anastasi, 1961); *g*) proporciona una base y metodología más rigurosa desde el punto de vista experimental (Székely, 1969); *h*) los términos con los que cada individuo se puede describir se reducen y simplifican sin pérdida de información (Anastasi, 1961; Cronbach, 1960; Guilford, 1959; Székely, 1969; Hall y Lindzey, 1965; Sarason, 1966); *i*) permite que el investigador agrupe en forma racional, los reactivos que van juntos (Sarason, 1966); y *j*) tiene un amplio campo de aplicación (Fruchter, 1954; Sarason, 1966).

Se considera que el análisis factorial adolece de lo siguiente: *a*) cuando se interpretan los factores interviene la subjetividad del investi-

gador en la misma forma que en otras áreas o tipos de investigación (Sarason, 1966; Cronbach, 1960; Anastasi, 1961; Allport, 1961; Hall y Lindzey, 1965); *b*) existen tantos criterios para determinar hasta donde *rotar* los ejes de referencia que, en última instancia, el significado de los factores lo acaba por determinar el investigador como mejor le parece y no el método en sí (Allen, 1965); *c*) los rasgos identificados por medio del análisis factorial son sencillamente expresiones de correlaciones entre medidas; no son entidades subyacentes o factores causales, sino categorías descriptivas (Anastasi, 1961); *d*) los significados de los factores cambian de tiempo en tiempo, a medida que se agregan nuevos factores y criterios (Cronbach, 1960); *e*) se obtiene del análisis factorial sólo aquello que se le dio; no se descubren cosas nuevas (Cronbach, 1960; Sarason, 1966; Allen, 1965; Hall y Lindzey, 1965); y *f*) existen tantos métodos de extracción de factores que ni los mismos factorialistas llegan a ponerse de acuerdo en los significados que tienen los factores, aun cuando lleven el mismo nombre (Allen, 1965).

Bibliografía

- ALLEN, R. M., *Variables in Personality Theory and Personality Testing: An Interpretation*, Charles C. Thomas Publisher, 1965.
- ALLPORT, G. W., *Psicología de la personalidad*, Paidós, Buenos Aires. Primera edición, 1961.
- ANASTASI, A., *Psychological Testing*, Macmillan (segunda edición), Nueva York, 1961.
- BORING, E. G., *A History of Experimental Psychology*, Appleton-Century Crofts, Nueva York (segunda edición), 1950.
- CATTELL, R. B., *Personality and Motivation Structure and Measurement*, World Book Co. Yonkers, Nueva York, 1957.
- CATTELL, R. B., *The Scientific Analysis of Personality*, Aldine Publishing Co., Chicago, 1965.
- CATTELL, R. B. y WARBURTON, F. W., *Objective Personality and Motivation Tests*, University of Illinois Press, Urbana, Chicago, 1967.
- CRONBACH, L. J., *Essentials of Psychological Testing*, Harper & Row, Nueva York, (segunda edición), 1960.
- FRUCHTER, L. J., *Introduction to Factor Analysis*, D. Van Nostrand Co. Inc., Princeton, Nueva Jersey, 1954.
- GUILFORD, J. P., *Personality*, McGraw-Hill, Nueva York, 1959.
- HALL, C. S. y LINDZEY, G., *Theories of Personality*, Wiley, Londres, 1965.
- HILGARD, E. C., *Introduction to Psychology*, Harcourt, Brace y World Inc. Nueva York (tercera edición), 1962.
- SARASON, I. G., *Personality: An Objective Approach*, Wiley, Nueva York, 1966.
- SPEARMAN, CHARLES, E., *General Intelligence, Objectively Determined and Measured, in The Abilities of Man*, Nueva York, Macmillan, 1927.
- SZÉKELY, B., *Los Tests*, vols. I, II, III, Kapelus, Buenos Aires (cuarta edición), 1969.

29

GUILFORD

Según Joy Paul Guilford, la personalidad va a ser el patrón único de rasgos de un individuo. Un rasgo es *cualquier aspecto distintivo y duradero en el que un individuo difiere de otros*. Los rasgos pueden ser de diferentes modalidades: somáticos (fisiológicos y morfológicos), actitudinales, temperamentales y motivacionales (intereses, aptitudes y necesidades). Tienen las siguientes características: se pueden medir o escalar; son consistentes en su posición relativa entre unos y otros; son durables y flexibles; universales; su generalidad puede ser mayor o menor en una persona; se organizan, desde el punto de vista de su fuerza, en fuertes y débiles; y desde el punto de vista de su organización, en patrones; algunos se relacionan entre sí, otros son independientes (rasgos primarios).

Para explicar la personalidad en función del concepto de rasgo es necesario, según Guilford, que este concepto cumpla con los siguientes requisitos: *a*) cada término (rasgo) debe representar una unidad demostrable en la personalidad; *b*) debe de ser exacto, y *c*) capaz de integrarse a una teoría general de la personalidad. Al respecto del número de rasgos que se requieran para explicar a la personalidad se debe recordar, según Guilford, lo siguiente: *a*) deben ser el menor número posible; *b*) deben abarcar en forma comprensiva a toda la personalidad, y *c*) un acuerdo al respecto de la lista de conceptos (rasgos) que se van a utilizar, es preciso.

Guilford considera que la manera de lograr que se cumpla lo antes anotado es buscar estos conceptos por medio del análisis factorial y cada factor que este método arroje se aceptará como la demostración de la existencia de un rasgo primario dentro de la personalidad. Los rasgos primarios se encuentran localizados dentro de tal jerarquía, entre aquellos que se hallan al nivel de los llamados de *tipo* y los que se encuentran al nivel de los llamados *hábitos*.

Guilford nos proporciona una amplia visión de la personalidad descrita en términos de dimensiones (rasgos) somáticas, de aptitud, temperamentales y motivacionales.

Para lograr esta amplia visión de la personalidad, Guilford hace hincapié en los descubrimientos del análisis factorial en la forma de rasgos primarios y síndromes. En muchas ocasiones va más allá de los rasgos primarios conocidos, para redondear el concepto de personalidad. No está en terreno muy seguro en la consideración de los *síndromes tipo*, debido a que la información al respecto de la organización de los rasgos es, por lo general, pobre. Para este propósito se requiere sacar de fuentes empíricas, lo que se pueda acerca de las interrelaciones de los rasgos primarios.

Guilford empieza por tratar el aspecto somático de la personalidad, que incluye las dimensiones morfológicas y fisiológicas.

Dimensiones somáticas

De este tipo de dimensiones, obtenidas de 32 análisis factoriales realizados con medidas morfológicas, se obtuvieron los siguientes rasgos: *a*) tamaño general de la cabeza, que incluye la longitud, anchura y profundidad de esta; *b*) largo del tronco; *c*) profundidad del tronco; *d*) anchura del tronco; *e*) largo general del cuerpo, y *f*) grosor muscular.

Dentro de las dimensiones somáticas, Guilford reporta únicamente cuatro rasgos fisiológicos en la forma de factores que han sido verificados en estudios sucesivos. Éstos son: *a*) dominio simpático contra parasimpático; *b*) tensión; *c*) funcionamiento tiroideo, y *d*) nivel de glucosa en la sangre.

Dentro de este conjunto de dimensiones, parece indicado conceptualizar un sistema jerárquico de dimensiones, con factores de primer orden que se refieren a medidas lineales de partes del cuerpo como la cabeza, tronco, pelvis, brazos, piernas y manos; con factores de segundo orden que se refieren a los tamaños generales de las mismas regiones, y como un factor de orden más alto que se refiere al tamaño total del cuerpo. Guilford propone que se desarrollen *síndromes tipo* del físico, sobre la base de estudios empíricos que impliquen interrelaciones de los factores que se encuentran en los niveles más bajos.

De los factores fisiológicos que se han encontrado, se han obtenido correlaciones bajas pero significativas entre los dos primeros factores (dominio simpático contra parasimpático y tensión) y las escalas de clasificación y calificaciones de inventarios para rasgos conductuales.

Dimensiones de aptitud

Guilford utiliza el término aptitud para referirse a las dimensiones subyacentes de las habilidades. El concepto *aptitud* sugiere que el individuo está preparado para ejecutar algo con algún nivel de excelencia (o sin él) o para aprender.

Al revisar las dimensiones de aptitud se notará que las habilidades primarias indicadas por el análisis factorial caen dentro de tres áreas: perceptual, psicomotora e intelectual.

Algunas de las dimensiones perceptuales tienen que ver con la sensibilidad de diferentes tipos dentro de cada modalidad sensorial. La sensibilidad puede ser en el sentido absoluto o en el sentido relativo. Las habilidades primarias que se relacionan con la atención se pueden colocar en la categoría perceptual basándonos en el hecho de que la atención es la preparación para la observación.

Dentro de las dimensiones de sensibilidad, tenemos los factores de sensibilidad visual, que incluyen sensibilidad al rojo, verde y azul. Los factores de sensibilidad auditiva que incluyen sensibilidad auditiva de baja, intermedia y alta frecuencia. Los factores de discriminación auditiva incluyen: discriminación tonal de volumen y el integral auditivo. Existen también los factores de sensibilidad cinestésica y el factor de atención.

Dentro de las dimensiones psicomotoras están: los factores de fuerza, que incluyen la fuerza general, la fuerza del tronco y la fuerza de las extremidades. Los factores de impulsión que incluyen: tiempo de reacción general, impulso de las extremidades, tamborileo y velocidad de articulación. Los factores de velocidad motriz que incluyen: velocidad del brazo, manos y dedos. Los factores de precisión estática que incluyen: balance estático y estabilidad del brazo. Los factores de precisión dinámica que se refieren a balance dinámico, puntería del brazo y de la mano. Los factores de coordinación que incluyen: coordinación general del cuerpo, destreza manual y digital. Los factores de flexibilidad que abarcan: flexibilidad del tronco y piernas.

Dimensiones intelectuales

El plan general de la estructura de la inteligencia se puede apreciar en la figura de la página siguiente (Guilford, 1959, pág. 360).

La primera división de los factores intelectuales se hace entre un pequeño grupo de habilidades de memoria y un grupo mayor de habilidades del pensamiento; estas últimas se dividen en tres categorías: habilidades cognoscitivas, productivas y evaluativas.

Las habilidades de la cognición están ligadas al descubrimiento de información y al redescubrimiento o reconocimiento de ésta. Las habilidades productivas se relacionan con la utilización de la información conocida, cuándo y dónde se requiera, algunas veces para producir o generar nueva información. Las habilidades evaluativas entran en juego cuando es necesario determinar si las cosas conocidas o producidas son adecuadas, correctas o apropiadas, o si de alguna otra manera reúnen ciertos requisitos. Los factores del pensamiento productivo se subdividen en

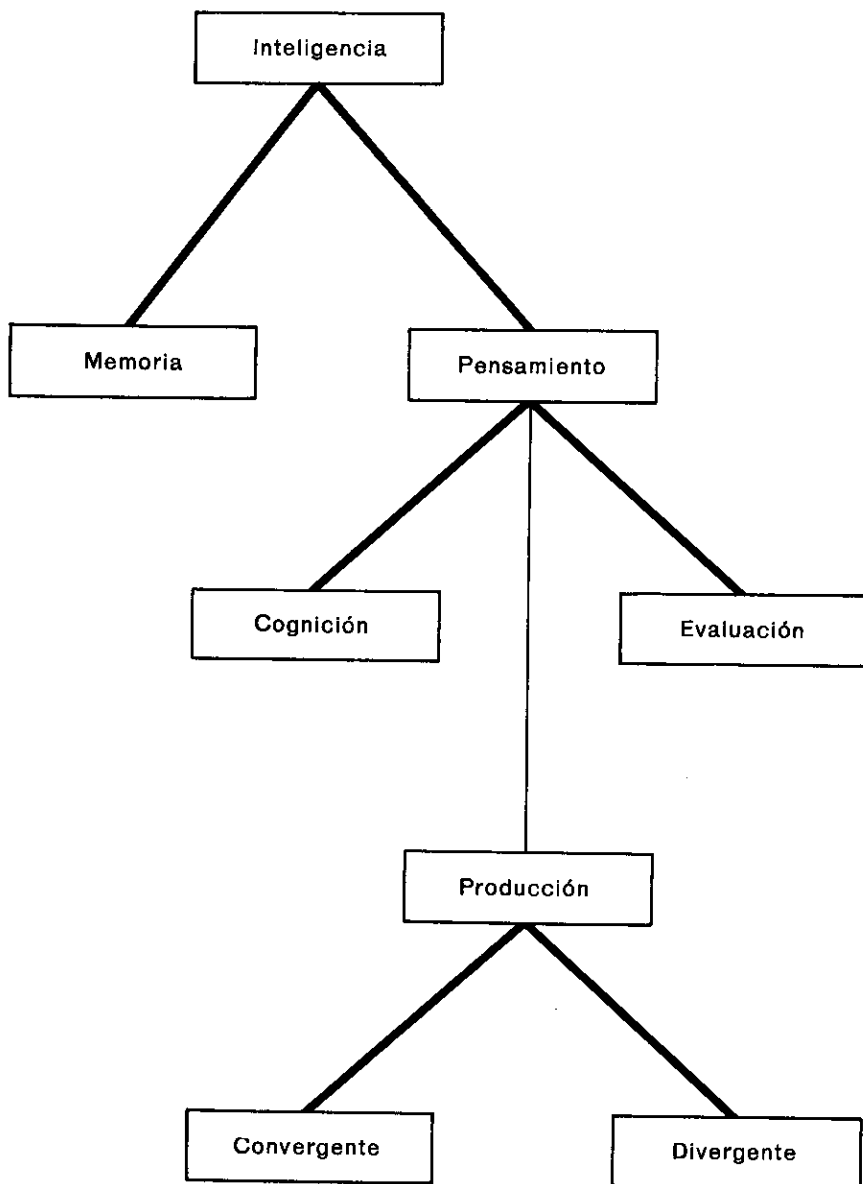


Figura 29.1

dos grupos: habilidades del pensamiento convergente y habilidades del pensamiento divergente. El pensamiento convergente se dirige hacia una respuesta correcta; esto es, hacia una respuesta determinada o convencional. El pensamiento divergente emerge en diferentes direcciones,

como por ejemplo en la búsqueda, cuando varía el curso de la conducta pensante.

Guilford ofrece dos principios para clasificar los factores: los subdivide de acuerdo al tipo de producto involucrado; luego, se refiere a los tipos de materiales o contenidos en relación con los cuales operan el pensamiento y la memoria. Existen, según este autor, tres clases de contenidos con los que se trabaja: figural (visual), semántico (material verbal significativo), y simbólico (letras, dígitos, sílabas o palabras en las que no interesa el significado).

Los factores de memoria representan la habilidad para memorizar, retener, o utilizar material aprendido en el reconocimiento o memoria, o cualquier combinación de estas habilidades.

Dentro de los factores de memoria de sustancia, tenemos: memoria visual, auditiva, inmediata e ideacional. Dentro de los factores de memoria asociativa: memoria de estímulos sin sentido, y de estímulos significativos. Dentro de los factores de memoria para sistemas: memoria de posiciones espaciales y de ordenación temporal.

Factores cognoscitivos

Las habilidades cognoscitivas primarias tienen que ver con la posesión de información y se clasifican, de acuerdo al tipo de información que se conoce, en unidades (de información), clases, relaciones, sistemas e implicaciones.

Entre los factores para conocer unidades están: cognición visual, auditiva, simbólica y comprensión verbal. Entre los factores para conocer clases tenemos la clasificación figural y semántica. Entre los factores para conocer relaciones están los siguientes: deducción de relaciones figurales, simbólicas y semánticas. Los factores para conocer patrones y sistemas son: orientación espacial, deducción de patrones simbólicos y razonamiento general. Dentro de los factores para conocer implicaciones están la previsión perceptual y conceptual.

Los factores del pensamiento convergente son varios: aquellos para producir nombres, entre los que están: nombrar objetos y conceptos. Factores para producir correlatos, entre éstos tenemos: deducción de correlatos simbólicos y semánticos. Existe un factor para la producción de un sistema, que es aquel de ordenación. Entre los factores para producir transformaciones están el de visualización, redefinición simbólica y semántica. Entre los factores para producir implicaciones únicas existen solamente dos: sustitución simbólica y facilidad numérica.

Los factores del pensamiento divergente son los siguientes: aquellos que involucran la producción de unidades, siendo el único encontrado hasta la fecha el de fluidez verbal o ideacional. Factores que involucran cambios espontáneos: flexibilidad semántica y figural espontáneas. Un

factor para producir correlatos que es el de fluidez asociativa; un factor que implica producción de sistemas, el de fluidez expresiva. Los factores que comprenden transformaciones divergentes, entre los que cuentan: flexibilidad figural y simbólica, adaptativa y originalidad. Factores que compilan implicaciones varias, el de elaboración.

Factores evaluativos

Dentro de éstos tenemos factores que involucran juicios de identidad como son: identificación figurativa y simbólica. Factores que involucran juicios de relaciones: evaluación, lógica y manipulación simbólica. Factores para enjuiciar en términos de consistencia sistemática: evaluación experiencia y juicio. Un factor que implica el enjuiciamiento de satisfacción de objetivos, que es el de sensibilidad a los problemas.

LAS DIMENSIONES DEL TEMPERAMENTO

Los rasgos temperamentales tienen que ver, según Guilford, con la manera en la que ocurren las acciones de un sujeto. En el organismo que se comporta no es posible separar por completo las aptitudes o el temperamento, de la motivación. En los motivos encontramos las razones para ejecutar un acto, o para ejecutarlo con diferentes grados de esfuerzo y, por tanto, de logro, y hasta cierto punto, los motivos proporcionan las razones para ejecutar acciones de una manera, a preferencia de otra.

Muchos de los análisis de rasgos temperamentales que se han hecho por medio de factorizaciones, están basados en respuestas a inventarios. Algunas veces las variables correlacionadas han sido reactivos únicos y otras veces, calificaciones de listas homogéneas de reactivos. Por tanto, la información básica proviene de los reportes que de sí mismos realizan los sujetos. Estas variables —calificaciones de reactivos y de inventarios— no están en la misma categoría que las autocalificaciones de rasgos, ya que los reactivos por lo general se refieren a hábitos, opiniones, gustos y disgustos más específicos.

Otra de las fuentes de los datos analizados en los rasgos temperamentales es la observación de la conducta por otros. Las observaciones se pueden registrar en diferentes formas. Algunas veces son como las clasificaciones de los rasgos, con algún grado de generalidad; otras, son clasificaciones de cualidades más específicas. Pueden ser síntomas que se reporten como presentes o ausentes, o pueden ser conductas abiertas presentes o ausentes.

Los factores temperamentales caen dentro de tres grupos principales de disposiciones, según las esferas de conducta a que se ajusten. Algunos de ellos parecen aplicarse a muchos tipos o a la conducta en general,

mientras que otros están más restringidos a aspectos emocionales, y otros a la conducta social. Por tanto, los factores temperamentales pueden ser: generales, emocionales y sociales, aunque por lo general son bipolares.

Factores de disposición general. Entre éstos tenemos los siguientes: confianza o sentimientos de inferioridad; estar alerta o estar desatento; impulsividad o deliberatividad; restricción contra *rathymia*; objetividad contra hipersensibilidad.

Factores de disposición emocional. Contento contra depresión; inmadurez contra madurez emocional; nerviosismo contra compostura; estabilidad contra disposición cicloide; postura o conciencia de sí mismo.

Factores de disposición social. Ascendencia contra timidez; socialización contra autosuficiencia; iniciativa social contra pasividad; amigabilidad u hostilidad; tolerancia contra espíritu crítico. Se han propuesto muchos otros rasgos temperamentales. Entre los que no han sido suficientemente comprobados o que se presentan en forma de síndromes están los siguientes: masculinidad contra femineidad, *tempo* personal, perseveración y oscilación.

Las dimensiones motivacionales de la personalidad

Incluyen aquellas dimensiones que tienen que ver más o menos directamente con la motivación. Bajo el término motivación se encuentran los *drives* o pulsiones biológicas que dependen de las necesidades orgánicas. Debido a que mediante la experiencia se desarrollan otras necesidades, Guilford postula la existencia de muchos tipos de condiciones valoradas, tales como orden, confort, logro y libertad. También hay clases de actividades valoradas, con lo que se quiere decir intereses vocacionales y no vocacionales. Condiciones motivantes más complejas son las que se proponen bajo el nombre de *actitudes*. Las necesidades, los intereses y las actitudes constituyen las categorías principales de las dimensiones motivacionales.

Dimensiones de necesidad

Éstas se pueden agrupar en cinco categorías principales: orgánicas, ambientales, de logro, de autodeterminación y sociales.

Las dimensiones de necesidades orgánicas, que se consideran condiciones orgánicas temporales, son las siguientes: hambre de sustancia, impulso sexual masculino (es masculino ya que ello sólo se ha encontrado en análisis factoriales de sujetos masculinos) y el de actividad general.

Los factores de necesidades ambientales, que se refieren a las condiciones ambientales deseadas por el individuo son los siguientes: necesidad de un ambiente confortable, meticulosidad y necesidad de atención.

Los factores de necesidad de logro son tres: ambición general, esfuerzo persistente y tolerancia.

Los factores de necesidad de autodeterminación son: necesidad de libertad, confianza en sí mismo o dependencia, conformidad cultural y honestidad.

Las necesidades sociales requieren de otros individuos en forma más o menos directa para su satisfacción; los motivos dentro de este grupo implican hacer algo con otros, para otros o a otros, y son los siguientes: gregarismo, benevolencia, necesidad de disciplina y agresividad.

Dimensiones de los intereses no vocacionales (o avocacionales)

Estos intereses se refieren a las cosas que a los seres humanos les gusta hacer o sienten satisfacción de hacer. El hincapié está puesto en el tipo de actividades que pueden ser gustadas o no, y que se agrupan en forma razonable bajo los diferentes factores. Guilford menciona primero las dimensiones de interés que tienen que ver más con actividades abiertas seleccionadas; sigue con un grupo que subraya ciertas propiedades de las actividades, después un conjunto que tiene que ver con la apreciación estética y, finalmente, un tanto que se refiere a diferentes tipos de pensamiento.

Los factores de interés en actividades abiertas son: gusto por la aventura o seguridad y gusto por las diversiones. Los factores de interés en actividades con ciertas propiedades como: gusto por la variedad y gusto por la precisión. Intereses de apreciación, que son: cultura general y apreciación estética. Factores humorísticos: humor devaluador, humor inmoral, de comprensión súbita, *insight*, de albures; humor sexual y de situaciones incongruentes. Entre los factores de interés en el pensamiento están: reflexión, pensamiento autista, riguroso, convergente o divergente.

Las dimensiones de intereses vocacionales se agrupan de acuerdo a las categorías socioeconómicas ya conocidas, y son los siguientes: factores de intereses a nivel profesional, que incluyen interés científico, expresión estética y bienestar social. Factores de interés comercial: interés en los negocios y de despacho. Factores de interés en actividades físicas, los cuales incluyen interés mecánico, en la vida al aire libre, en la aviación.

Parece que existen ciertos factores que también surgen de grupos de sexo femenino y son: interés en una carrera, interés doméstico y matemáticas.

Las dimensiones de las actitudes son de importancia primordial para la comprensión de la conducta social, ya que tienen implicaciones sociales persistentes y de largo alcance. La organización social y los procesos sociales dependen mucho de las actitudes de los individuos y están pro-

fundamente relacionados con la formación de esas actitudes. Las instituciones del gobierno, religiosas y de bienestar social, deben sus formas de ser a las actitudes humanas y éstas a su vez influyen las actitudes de los sujetos que entran en contacto con ellas. Entre los factores de actitud están: liberalidad o conservadurismo, religiosidad, humanitarismo, nacionalismo, reformismo o revolución.

En términos de la complejidad y generalidad, las actitudes primarias parecerían estar muy alto en la jerarquía de la estructura de la personalidad; sin embargo, se ha puesto poca atención en tratar de relacionarlas con otras dimensiones del temperamento y la motivación. Quizá cada una de las dimensiones de actitud pudiera explicarse en términos de combinaciones, con aquellas otras variables a las que se les ha agregado algo.

Las dimensiones de la patología

La experiencia en el diagnóstico de pacientes en las categorías nosológicas tradicionales, presenta un estado de cosas poco satisfactorio. La discriminación entre individuos normales y enfermos refleja grandes variaciones en los modelos de normalidad y patología. La clasificación de los pacientes en diferentes categorías, presenta considerable desacuerdo entre las personas que hacen los diagnósticos a excepción de las diferenciaciones más gruesas. Tal estado de cosas pide métodos más rigurosos de examen para las categorías tradicionales de la patología. La aproximación natural, según Guilford, es por medio del estudio de la concomitancia de síntomas, que significa hacer estudios interrelacionales de los síntomas. El análisis factorial ha arrojado muchas dimensiones tanto de la neurosis como de la psicosis, verificadas en sus diferentes grados de complejidad patológica.

En los niveles más altos de complejidad han sido apoyados los trastornos neuróticos tradicionales de la neurastenia, neurosis compulsiva y la histeria de conversión. A niveles más bajos de complejidad están otras dimensiones neuróticas, incluso la no adecuación neurótica, emotividad neurótica, ansiedad neurótica, hostilidad neurótica y conflicto sexual neurótico, más un par de desórdenes psicósomáticos de reacción cardiovascular y de reacción gastrointestinal.

Entre las variables psicóticas menos complejas existen tres que implican síntomas cognoscitivos principalmente: desorientación, hiperproyección y disposición paranoide. Existen cuatro variables que se refieren de manera principal a síntomas emocionales: hiperexcitabilidad, depresión psicótica, ansiedad psicótica e hiperirritabilidad. La catatonia es un desorden primordialmente psicomotor.

Las dimensiones psicóticas, algo más amplias en su comprensión, incluyen la disociación esquizofrénica y el deterioro. Síndromes aún más complejos corresponden bastante bien a las categorías tradicionales de

la patología —esquizofrenia paranoide, hebefrénica y catatónica—, las cuales combinan todas el síndrome de disociación esquizofrénica con otros síndromes de igual complejidad. Reconocidas también al nivel más alto de complejidad, están la manía y una variable bipolar denominada introyección o proyección.

Bibliografía

GUILFORD, J. P., *Personality*, McGraw-Hill, Nueva York, 1959.

30

EYSENCK

El trabajo de Hans Jurgen Eysenck se caracteriza por un duro desdén de las preconcepciones existentes y las convicciones concernientes a la personalidad, y por una buena disposición para estudiar la conducta en gran escala, con la aplicación de técnicas en áreas donde comúnmente no han sido aplicadas. Combina la tradicional excelencia de los psicólogos ingleses en el uso de técnicas cuantitativas con el interés en el estudio del fenómeno de la personalidad en un medio psiquiátrico. Este fenómeno, intento de síntesis del procedimiento de la psicometría, con el conocimiento del médico, representa un punto de vista valioso y distintivo. Eysenck ha mostrado preferencia por concepciones que son simples y relativamente operacionales. Está convencido de que en su amplio trayecto, la teoría y el experimento deben ir juntos, y que las teorías que llevan un exceso de términos no definidos deben desaparecer. Además, ha demostrado tener un sentido crítico muy desarrollado, el cual ha utilizado contra las teorías contemporáneas más fuertes y sus conclusiones empíricas. A todas estas cualidades agrega la capacidad para captar, asimilar y coordinar a un gran grupo de colaboradores y estudiantes capaces. El volumen de trabajo que él ha desplegado durante la última década resulta bastante impresionante, aun para los *estándares* americanos.

La base de lo que Eysenck ve en la psicología, se deriva de su convicción de que la medida es fundamental en todo avance científico. Cree que en psicología no estamos todavía seguros de qué deberíamos medir. Su concepción de cómo puede mejorar tal estado de cosas se revela en el siguiente texto:

Si nuestra máxima tarea es suministrar por lo menos una solución provisional al problema taxonómico en la investigación de la personalidad, entonces estamos involucrados automáticamente en el problema de encontrar dimensiones de personalidad apropiadas. Y como método para ayudarnos en esta solución, debemos volver al análisis factorial, porque a pesar de las ya conocidas dificul-

tades y debilidades de este método, no existe en el presente grado de nuestro conocimiento otro método que pudiera ayudarnos en nuestra búsqueda (1952, pág. 42).

Vemos con claridad al investigador que cree que la taxonomía o clasificación de la conducta es el primer paso crucial y que está convencido de que el análisis factorial es el instrumento más útil para conseguir este objetivo. Es cierto que Eysenck ha utilizado otras técnicas, tales como los análisis discriminativos o criteriosales (1955), pero observaremos que en su trabajo ha destacado más el uso del análisis factorial.

La estructura de la personalidad

La convicción de Eysenck de que la mayoría de las teorías de la personalidad están recargadas de variables complejas y no definidas, unida al uso del análisis factorial, ha producido un modelo de personalidad que se caracteriza por un pequeño número de dimensiones principales, las cuales están definidas con gran cuidado. Resumiremos su concepción general de la personalidad y luego regresaremos a las dimensiones específicas que él ha propuesto.

La naturaleza de la personalidad. El punto de vista principal de Eysenck acerca de la personalidad es bastante congruente con varias definiciones que ya conocemos y parece estar en particular de acuerdo con la definición de Allport. La personalidad se define como:

... la suma total de patrones conductuales, actuales y potenciales del organismo, determinados por la herencia y por el medio social; se origina y desarrolla a través de la interacción funcional de los cuatro sectores principales dentro de los cuales están organizados estos patrones de conducta: el sector cognoscitivo (inteligencia), el sector conativo (carácter), el sector afectivo (temperamento) y el sector somático (constitución) (1947, pág. 25).

Quizá el rasgo más notable de esta definición es la inclusión explícita del "sector somático". Este interés en lo constitucional se refleja en el trabajo empírico de Eysenck, en el cual este investigador ha utilizado con frecuencia la estructura de un individuo como variable de personalidad relevante.

En otras palabras, para Eysenck, la personalidad está compuesta por actos y disposiciones que se organizan en orden jerárquico en función de su importancia y generalidad. En el nivel más alto de generalidad tenemos los *tipos*. Define el concepto de *tipo* como "una constelación o síndrome de rasgos cuya existencia hemos observado". En el siguiente nivel están los *rasgos*, que no son sino la consistencia observada entre los hábitos o actos repetidos del sujeto. Después tenemos las *respuestas habituales* (recurrentes característicamente producidas por circunstancias

iguales o semejantes) y por último están las *respuestas específicas* (un acto conductual que ocurre y se observa una sola vez) (Hall y Lindzey, 1965).

Las respuestas específicas dejan de serlo cuando se repiten varias veces y forman entonces respuestas habituales; algunas de este último tipo se relacionan entre ellas y tienden a existir juntas en una misma persona, y forman lo que Eysenck llamó un rasgo; los rasgos a su vez se organizan en una estructura más general y forman los tipos.

Cada uno de estos conceptos tiene su contraparte en el proceso de extracción de factores en el análisis factorial. Los tipos corresponden al factor general; los rasgos, a los factores de grupo; las respuestas habituales, a los factores específicos; y las respuestas específicas corresponden al factor error.

La esfera cognoscitiva se encuentra organizada en forma semejante y consta de los siguientes elementos: la ideología, las actitudes, las opiniones habituales y las opiniones específicas.

Para Eysenck el rasgo debe definirse en forma operacional; o sea que debe ir acompañado por el procedimiento de medidas específicas utilizadas. Más allá de esto, el rasgo deriva su importancia inicial de su contribución a la identificación general de las dimensiones detalladas o tipos de personalidad y con su uso, destaca estos tipos. Como veremos, la delineación de tales tipos está acompañada de una descripción detallada. A pesar de su interés en el problema tipológico, Eysenck desea conceder importancia independiente al estudio de los rasgos, y sus propias investigaciones de la sugestionabilidad dan evidencia de esto. (Eysenck y Furneaux, 1945; Eysenck y Rees, 1945.)

Tipos de personalidad. Las investigaciones de Eysenck aspiran a lograr una meta: identificar dimensiones primarias de la personalidad, lo cual permitiría el establecimiento de una poderosa tipología única. Sus trabajos han seguido la dirección teórica de Kretschmer y Jung, produciendo resultados que mejoraron muchas de las fórmulas del segundo, mientras que, en opinión de algunos autores, faltan por confirmar predicciones derivadas de la teoría de Kretschmer.

Sus primeros estudios fueron realizados durante los años de la guerra, con un grupo de diez mil sujetos normales y neuróticos. Eysenck descubrió dos variables fundamentales. Empezó con el estudio de setecientos soldados neuróticos, que habían asistido al psiquiatra, y de los cuales poseía buena información de la historia de su vida. Las dimensiones primarias de la personalidad estudiadas por Eysenck por medio del análisis factorial utilizando una gran cantidad de medidas, tanto de cuestionarios, clasificaciones (*ratings*), medidas fisiológicas, pruebas objetivas, etc., son las siguientes: introversión-extraversión, normalidad-neuroticismo, normalidad-psicoticismo (Thompson, 1968). Al haber separado estas variables, Eysenck y sus colaboradores procedieron a ex-

plorarlas en un gran número de investigaciones subsecuentes para poder caracterizar las dimensiones en forma más precisa.

La primera variable representa un contraste bipolar entre introversión y extraversión. Considera que sus descubrimientos en esta área representan una confirmación esencial de las ideas teóricas de Carl Jung.

Al final de su programa de investigación, Eysenck proporcionó los siguientes informes descriptivos de la variable introversión-extraversión.

“... Encontramos que los (neuróticos) introvertidos presentan una tendencia a desarrollar ansiedad y síntomas de depresión; que se caracterizan por poseer tendencias obsesivas, irritabilidad y apatía, que sufren de labilidad del sistema nervioso autónomo. De acuerdo con los informes de los propios sujetos, sus sentimientos son heridos fácilmente, son conscientes de sí mismos, nerviosos, dados a sentimientos de inferioridad, taciturnos, sueñan despiertos, se mantienen al margen en situaciones sociales y sufren de insomnio. En la estructura de su cuerpo predomina el crecimiento vertical sobre el crecimiento horizontal; su esfuerzo en responder es pobre, y su actividad colino-estereáica es alta. La secreción salival es inhibida. Su inteligencia es comparativamente alta, su vocabulario excelente y tienden a ser persistentes. Son por lo general precisos pero lentos, sobresalen en trabajos minuciosos. Su nivel de aspiración es extraordinariamente alto, pero tienden a subestimar su propia ejecución. Son más bien rígidos y presentan poca variabilidad intrapersonal. Sus preferencias estéticas se inclinan hacia los cuadros serios de tipo antiguo. En la creación estética, producen diseños compactos, teniendo con frecuencia un tema concreto. Los cuentos de color no son de su agrado y en particular no les agradan los chistes sexuales. Su escritura es distintiva.” (Eysenck, 1947.)

“... En comparación, los (neuróticos) extravertidos presentan la tendencia a desarrollar síntomas de conversión histérica y una actitud histérica hacia sus síntomas. Tienen poca energía, intereses muy limitados, una historia laboral muy pobre y son hipocondriacos. De acuerdo con sus propios informes, se incomodan por su tartamudez, son propensos a los accidentes, con frecuencia se sienten enfermos y molestos por dolores y faltan al trabajo. En la estructura de su cuerpo predomina el crecimiento horizontal sobre el vertical. Su esfuerzo en responder es alto y su actividad colino-estereáica es baja. La secreción salival no es inhibida. Su inteligencia es comparativamente baja, su vocabulario es pobre y presentan excesiva falta de persistencia. Tienden a ser rápidos pero imprecisos, son malos para trabajos minuciosos (*tweezers tests*). Su nivel de aspiración es bajo, pero sobreestiman sus propias ejecuciones. No son muy rígidos y presentan gran variabilidad intrapersonal. Sus preferencias estéticas se inclinan hacia lo colorido, de tipo moderno. En creación estética producen diseños dispersos, teniendo con frecuencia temas o sujetos abstractos. Les gustan los chistes, principalmente de tonalidad sexual. Su escritura es distintiva.” (Eysenck, 1947.)

Si aceptamos la validez de la mayoría de las medidas de este autor, no habrá duda de que los dos tipos que ha aislado representan diferentes clases de personas; no sólo son demostrativamente diferentes estos dos

grupos, sino que la descripción objetiva que Eysenck ha proporcionado para el delineamiento de estos tipos es asombrosamente completa.

En contraste con muchos de sus predecesores, a quienes les bastaba hacer especulaciones referentes a tipos útiles, para después ilustrar sus especulaciones con ejemplos tomados para su propia conveniencia, Eysenck ha aportado un gran número de medidas objetivas que poseen significados psicológicos, y que pueden ser utilizadas para caracterizar sus tipos. Eysenck dice que estos esquemas corresponden en alguna forma a la anatomía mental freudiana en el sentido de que el *ello* parece dominar en el caso del extravertido, mientras que el *super ego* parece más fuerte en el caso del introvertido.

La tendencia introvertida en sujetos normales, produce la siguiente descripción:

“El típico introvertido es callado; una persona aislada, introspectiva, más aficionada a los libros que a otras personas; es reservado y distante, excepto con sus amigos íntimos. Tiende a planear de antemano, a desconfiar de sus impulsos momentáneos. No es dado a la excitación, toma las cosas de todos los días con la seriedad apropiada y le gusta una forma ordenada de vida. Mantiene sus sentimientos controlados de cerca, rara vez se comporta en forma agresiva, no pierde la cabeza con facilidad. Es confiable, un tanto cuanto pesimista y otorga mucho valor a las formas éticas.” (Eysenck y Rachman, 1965.)

En sujetos normales, las características del extrovertido típico son:

“... Sociable, le gustan las fiestas, tiene muchos amigos, necesita tener gente con quien hablar y no le gusta leer o estudiar solo. Busca excitación, se arriesga, con frecuencia se inmiscuye en cosas ajenas, actúa bajo la situación del momento y es, por lo general, un individuo impulsivo. Le agrada hacerle bromas a la gente, siempre tiene lista una respuesta, y por lo general le gusta el cambio; es descuidado, comodino, optimista y le gusta ‘reírse y estar contento’. Prefiere mantenerse de arriba abajo y haciendo cosas; tiende a ser agresivo y pierde la compostura con facilidad y rapidez; no puede mantener sus sentimientos controlados y no siempre es una persona confiable.” (Eysenck y Rachman, 1965.)

Estas descripciones parecen caricaturas, pues describen a los sujetos como casos perfectamente típicos de cada una de las polaridades de la dimensión; pero, como sabemos, pocas personas pertenecen a estos extremos; la mayoría de la gente cae en el centro de este continuo.

El mismo programa de estudios que llevó a una detallada descripción del introvertido y el extravertido produjo un perfil para el individuo con una alta calificación en la dimensión neuroticidad. Eysenck sintetizó estos resultados de la siguiente manera:

Las personas que tienen una alta calificación en la dimensión neuroticidad, asentó, presentan las siguientes características: “... El soldado neurótico

promedio es una persona defectuosa en cuerpo y mente; por debajo del término medio en inteligencia, voluntad, control emocional, agudeza sensorial y capacidad para ejercer influencia sobre sí mismo. Es sugestionable, le falta persistencia; es lento en pensamiento y acción, poco sociable, y tiende a reprimir hechos desagradables.” (Eysenck, 1947.)

Los sujetos normales, aquellas personas que pertenecen al polo común del continuo normalidad-neuroticidad, presentan estabilidad emocional, se excitan con dificultad, son calmados, de temperamento “parejo”, descuidados y confiables. (Eysenck y Rachman, 1965.) Eysenck indica que probablemente los factores hereditarios juegan algún papel en el desarrollo de este tipo, pero es franco al confesar que los descubrimientos experimentales de esta serie de estudios no llegan a una conclusión firme al respecto. Sugiere también, que así como la inteligencia puede ser considerada un factor general en el área cognitiva, y la introversión-extraversión un factor general en el área emocional, asimismo, el neuroticismo puede ser tomado como factor general en el área de la motivación y esfuerzo. Cree, además que, por lo menos en parte, el neuroticismo puede considerarse defecto de la capacidad del individuo para persistir en la conducta motivada.

Recientemente (1955) Eysenck desarrolló una teoría de la ansiedad e histeria, en la que hace una comparación del trabajo de Pavlov y Hull, y llega a algunas predicciones específicas respecto a las variables de introversión-extraversión y neuroticismo.

Se encontró por medio de esta teoría, que la facilidad con la que se pueden desarrollar respuestas condicionadas en sujetos humanos y la resistencia a la extinción de estas respuestas está relacionada con la variable de introversión-extraversión, pero no con la variable de neuroticismo. También se confirmaron predicciones derivadas de la teoría respecto del funcionamiento de muchas otras situaciones experimentales. Estos estudios revelan el interés de Eysenck en examinar las dimensiones que ha establecido y también sugieren su intención de incluirlas dentro de una estructura teórica general.

En un programa subsecuente de investigación (1952), Eysenck realizó numerosos estudios para lo cual utilizó tanto sujetos normales como enfermos mentales. Estos trabajos se extendieron hasta tres dimensiones fundamentales, llegando a definir tipos de personalidad. La nueva variable descubierta, psicoticismo, describe al individuo en los siguientes términos:

Aquel que califica alto en la dimensión psicoticismo, presenta las siguientes características: “... tiene menor fluidez verbal, su rendimiento en sumas continuas es pobre, aun en la tarea de seguir un dibujo cuya imagen está reflejada en un espejo. Presenta menos oscilación en la reversión de una prueba de perspectiva, es más lento en el trazo con estilete, más indeciso al respecto de las actitu-

des sociales, presenta una concentración más pobre, tiene peor memoria, tiende a hacer movimientos más grandes y a sobrestimar distancias y calificaciones; a leer con más lentitud, a tamborilear más lentamente y a exhibir niveles de aspiración menos adaptados a la realidad.” (Eysenck, 1947.)

Eysenck señala que las diferencias entre psicóticos y sujetos normales no pueden ser atribuidas sólo por las tendencias al mal funcionamiento en todas las áreas en el grupo de los psicóticos, en comparación con los sujetos normales, porque hubo muchas pruebas donde no se registró ninguna diferencia en el funcionamiento entre el grupo psicótico y el normal.

Hemos hecho notar que mucho del singular trabajo de Eysenck se deriva de su capacidad para aplicar métodos en donde no se han utilizado, y más aún, a la notable energía y orden con los que se ha aproximado a los problemas de mayor interés para él. Probablemente la contribución en verdad original que ha hecho en lo referente a métodos de investigación es lo que él denomina análisis criterial.

Ya nos hemos referido al interés de Eysenck en la combinación de métodos psicométricos con los problemas y procedimientos de clínica. Incluida en esta convicción, está la creencia de aquellos que han usado el análisis factorial al contar con medidas de clasificación del comportamiento con resultados basados en datos “subjetivos”. Por otro lado, Eysenck cree que las personas que han usado medidas experimentales del comportamiento, han observado muy poco del organismo total que pudieran comprender. Propone el uso de medidas experimentales junto con el análisis factorial para prevenir los peligros de la subjetividad y evitar la estrechez del experimentalista. Sin embargo, Eysenck se da a conocer como atomista, y está firmemente convencido de la importancia esencial de obtener una medida dimensional clara y objetiva del comportamiento humano. Insiste en que el investigador debe utilizar una amplia variedad de datos si tiene la intención de aprender a fondo algo acerca de la personalidad.

Trabajar en el campo de la personalidad no debe limitarse a un pequeño sector; debe abarcar el fenómeno en todos sus aspectos. La doctrina de la *personalidad total* parece estar justificada por completo cuando declara que los aspectos parciales son factibles de llevar a un entendimiento del fenómeno de una manera total.

Las investigaciones deberían estar ampliamente apoyadas, incluyendo valoraciones, valoraciones propias, pruebas objetivas de conducta, estimaciones autónomas, físicas y otras medidas fisiológicas, biográficas y de información histórica, y sin duda todos y cada uno de los tipos de información objetiva y factorial, que puedan ser usados para apoyar y refutar las hipótesis investigadas (1953, página 319).

El método del análisis criterial

Eysenck considera el método del análisis criterial como una combinación de pruebas de proposición; es decir, la unión del método hipotético deductivo con la técnica del análisis factorial. Como señala, muchos críticos del análisis factorial han objetado la larga descripción de la técnica utilizada, y han sostenido que tal proceso propicia cierta arbitrariedad para determinar qué factores derivarán de una matriz de correlaciones dada.

De acuerdo con el procedimiento de Eysenck, el investigador debe empezar con una proposición que se refiera a un fundamento, variable específica o factor, y entonces proceder a conseguir un conjunto de medidas o pruebas que probablemente se relacionan con este factor fundamental. Se deben procurar estas medidas para dos grupos, que estén contrastados en el grado en el que posean esta variable. En otras palabras, el investigador no solamente debe tener múltiples medidas en un número de sujetos en la forma convencional, sino también tener grupos criterios, que posean en forma discriminada diferentes grados de la hipótesis o variable en cuestión. Cada grupo de pruebas individuales se correlaciona entre los dos grupos, para tener una medida de cada prueba que indique qué tanto se asocia cada una a la distinción implicada en el grupo criterial; esto es, qué tan sensible es la prueba a esta variable particular.

Es imposible dar una imagen detallada de los pasos siguientes sin comprender el procedimiento de computación del análisis criterial. Sin embargo, la idea que apoya estos pasos es bastante simple: *mientras que* antes había un número de factores diferentes que podían haber sido seleccionados, ahora hay un factor singular para ser aislado de tal forma que la contribución de las pruebas individuales del factor escogido corresponda al grado de correlación entre estas. En otras palabras, los grupos criterios imponen una restricción definida acerca del análisis factorial e implican que el último factor derivado se inclinará más excesivamente hacia esas pruebas que discriminen más efectivamente entre los grupos criterio.

Cualquiera que sea la técnica empleada, este refinado y complicado análisis factorial posee la singular virtud de forzarse sobre la consideración anticipada del problema del investigador y da cuando menos, una conceptualización tentativa de la naturaleza de la variable que él se propone investigar.

Al establecer a su satisfacción la existencia de la dimensión neurótica como factor principal y al fundamentar su acción en una amplia variedad de diferentes pruebas de personalidad y *ratings* de personalidad, Eysenck (1952) y sus colaboradores se lanzaron a buscar o inventar un medio para la medida exacta cuantitativa de esta dimensión. Dicho trabajo pre-

senta el primer reporte detallado de la aplicación del método del análisis criterial.

Los investigadores comenzaron por escoger un grupo normal y otro neurótico a quienes se propusieron administrar, de acuerdo con el método de análisis criterial, un gran número de medidas que se creían relacionadas con variables fundamentales de neuroticidad. El grupo normal lo integraban 207 soldados que habían cumplido por lo menos 6 meses de servicio y cuya inteligencia era cuando menos normal.

El grupo neurótico estaba compuesto por 215 soldados que habían sido dados de baja en el ejército por motivos psiquiátricos. Los dos grupos parecían relativamente parejos en todas las variables, excepto en inteligencia, en la cual el grupo normal era significativamente superior. Eysenck trata de tomar en consideración este factor en su interpretación de los hallazgos de este estudio.

Durante un periodo de dos días, los sujetos fueron sometidos a un gran número de pruebas, que arrojaron más de setenta medidas de personalidad individual, las cuales tuvieron todas, al parecer, alguna relación con la variable fundamental del neuroticismo. Cada medida se examinó, en cuanto a su capacidad para diferenciar entre el grupo normal y el neurótico. Como resultado de este análisis se encontró que una serie de medidas de los cuestionarios diferían de manera muy significativa entre el grupo normal y el neurótico, así como también un gran número de medidas derivadas de *pruebas de comportamiento objetivo*; pero un grupo de medidas basadas en movimientos expresivos fallaron por completo en diferenciar al grupo normal del neurótico. Dos medidas basadas en una prueba proyectiva (Rorschach) diferenciaron con éxito a los dos grupos.

Al completar esta forma de análisis para 76 medidas individuales, los investigadores escogieron 28 medidas para someterlas a un análisis factorial. Estas medidas estaban interrelacionadas y la matriz resultante de las correlaciones fue sometida a análisis factorial, con el factor primordial derivado de tal modo que llevaba al máximo la contribución (carga o saturación) de las pruebas que fueron más efectivas en diferenciar entre los grupos normal y neurótico. De hecho, este factor se determina al escoger el factor que tiene la más alta correlación o cantidad de saturación de las medidas individuales sobre el mismo y el grado de correlación entre estas medidas y los grupos criterio. La correlación entre las saturaciones del factor extraído y las correlaciones con los grupos criterios es 0.40, lo cual es considerado por Eysenck como evidencia de la verdadera existencia de la variable subyacente de neuroticismo. Se muestra convencido de que esta correlación hubiera sido mucho más alta, de no ser por la infortunada incapacidad de controlar la inteligencia, que en este caso penetró y contaminó la medida del neuroticismo.

Después de realizar una serie de operaciones adicionales a partir de estos datos, lo cual incluye una correlación múltiple entre medidas esco-

gidas y el factor extraído, llega a la siguiente conclusión general:

“Parece razonable, concluir que la batería de pruebas aquí agrupadas tiene una validez aproximada de 0.80 más o menos.”

Más tarde se mostrará que una batería similar tiene un índice de confiabilidad de al menos 0.85 y probablemente sobrepase 0.90. Estas cantidades apoyan el argumento, adelantado en la obra *Dimensiones de la personalidad*, donde afirma que en el neuroticismo tratamos con un factor de personalidad que puede ser medido con tanta confianza y tan válidamente como la inteligencia.

Después de haber alcanzado esta alentadora conclusión para reforzar su argumento, Eysenck llega a resultados similares en un estudio llevado al cabo con niños normales y neuróticos por Himmelweit y Petrie (1951), y luego reporta un estudio (Eysenck y Prell, 1951) designado para probar la hipótesis de que la dimensión neurótica está, al menos en parte, determinada por factores genéticos o constitucionales. Tal estudio también se basa en el hecho de que el análisis factorial es el principal método de análisis y lleva a Eysenck a la siguiente conclusión:

“Hemos mostrado que gemelos idénticos muestran una correlación de sólo 0.817 en neuroticismo, mientras que gemelos fraternos muestran una correlación de sólo 0.217. De esto se resumió que las diferencias individuales con respecto al neuroticismo, estabilidad, integración, o como deseamos llamar a este rasgo o factor, están determinadas en un grado muy intenso por la herencia, y mucho menos marcado por el medio. Esta conclusión, por supuesto, es aplicable sólo al tipo general del medio de donde provinieron todos nuestros gemelos, y puede no ser aplicable bajo condiciones de variación más extrema en el ambiente, como la que puede obtenerse en otras culturas.” (1952, pág. 180.)

Bibliografía

- EYSENCK, H. J., *Dimensions of Personality*, Londres, Routledge, 1947.
 EYSENCK, H. J., *The Scientific Study of Personality*, Routledge y Kegan Paul, Londres, 1952.
 EYSENCK, H. J., *The Structure of Personality*, Wiley, Nueva York, 1953.
 EYSENCK, H. J., “Psychiatric diagnosis as a psychological and statistical problem”, en *Psychol. Rev.*, núm. 1, págs. 3-17. 1955.
 EYSENCK, H. J. y FURNEAUX, W. D., “Primary and Secondary Suggestibility; an experimental and statistical study”, en *J. exp. Psychol.*, núm. 35, 1945, págs. 485-503.
 EYSENCK, H. J. y PRELL, D. B., The Inheritance of Neuroticism: An Experimental Study. *J. Ment. Sci.*, núm. 97, 1951, págs. 441-465.

- EYSENCK, H. J. y RACHMAN, S., "Dimensions of Personality", en Semeonoff, B., *Personality Assessment*, Penguin Books, Londres, 1966.
- EYSENCK, H. J. y RESS, W. L., A factorial study of some morphological an psychological aspects of human constitution, en *J. Ment. Sci.*, págs. 8-21, 1945.
- HALL, C. S. y LINDZEY, G., *Theories of Personality*, Wiley, Londres, 1965.
- THOMPSON, R., *The Pelican History of Psychology*, Penguin Books, Londres, 1968.

31

CATTELL

La labor de Raymond B. Cattell, clasificada por algunos (Hilgard, 1962; Guilford, 1959) como teoría de los rasgos y membretada por otros (Hall y Lindzey, 1965; Sarason, 1965; Allen, 1965) como factorialista, se puede resumir en la siguiente forma:

Define la personalidad como “aquello que permite la predicción de lo que una persona va a hacer en una situación dada” (Cattell, 1965; Hall y Lindzey, 1965; Cattell, 1957; Cattell y Warburton, 1967; Cattell, 1950 en Crow y Crow, 1964). La personalidad se refiere y se deduce de todas las relaciones humanas entre el organismo y su medio (Allen, 1965), sin dejar de tomar en cuenta tanto actos abiertos (*overt*) como cubiertos (*covert*) (Allen, 1965; Hall y Lindzey, 1965; Cattell y Warburton, 1967; Cattell, 1950, en Crow y Crow, 1964).

Uno de los conceptos más importantes para Cattell es el de rasgos, que en diversas obras ha definido como “estructuras mentales”, una inferencia que se hace de la conducta observada para explicar su regularidad o consistencia (Hall y Lindzey, 1965; Cattell, 1950 en Crow y Crow, 1964); son *unidades funcionales* que se manifiestan en la covariación de la conducta (Allen, 1965); los identifica con los factores o agrupamientos resultantes del análisis factorial (Guilford, 1959; Allen, 1965; Hilgard, 1962).

Los rasgos pueden ser comunes y únicos (Cattell, 1965; Hall y Lindzey, 1965; Guilford, 1959; Allen, 1965; Sarason, 1966; Thompson, 1968; Cattell, 1950 en Crow y Crow, 1964). Los rasgos comunes son aquellos de los que participan todos o casi todos los individuos que han tenido un medio social semejante (Cattell, 1965; Hall y Lindzey, 1965; Cattell, 1957; Guilford, 1959). Los únicos son aquellos que se aplican sólo a un individuo particular (Cattell, 1965; Hall y Lindzey, 1965; Cattell, 1957).

También distingue entre rasgos-fuente (factores) y rasgos superficiales (agrupamientos) (Hall y Lindzey, 1965; Cattell, 1957; Guilford, 1959;

Semeonoff, 1966; Cattell, 1950 en Crow y Crow, 1964; Thompson, 1968; Hilgard, 1962). Los rasgos-fuente son aquellos que son la causa que subyace a las correlaciones observadas entre diversas variables; son una variable o dimensión importante responsable de una parte sustancial de la variancia en el campo de fenómenos en el que estamos interesados (Cattell, 1957); operan como una fuente subyacente de la conducta observada (Cattell, 1965); representan a las variables subyacentes que intervienen en la determinación de las manifestaciones múltiples (Hall y Lindzey, 1965); podemos decir que el rasgo-fuente es el genotipo del cual el factor resulta el fenotipo (Cattell, 1957). Los rasgos superficiales son variables que se unen por razón de superposición de varias influencias (Cattell, 1965); conexiones percibidas en la superficie (Cattell, 1957); variables que se parecen o van juntas (Hilgard, 1962; Hall y Lindzey, 1965).

Cualquier rasgo puede ser algo físico, fisiológico, psicológico o sociológico (Cattell, 1957); producido y moldeado por la herencia, constitución, algo congénito o innato y el medio, o por una mezcla de todo esto (Cattell, 1957; Hall y Lindzey, 1965; Cattell, 1965; Hilgard, 1962).

Los rasgos se pueden dividir en términos de la modalidad por medio de la cual se expresan en (Cattell, 1965; Hall y Lindzey, 1965): habilidades, rasgos temperamentales y rasgos dinámicos. Una habilidad se demuestra en la forma de responder ante la complejidad de una situación cuando un individuo conoce la meta que quiere alcanzar (Cattell, 1965); se refiere a la efectividad con que un individuo alcanza una meta (Hall y Lindzey).

Un rasgo temperamental o general de personalidad es, por lo general, estilístico, en el sentido de que tiene que ver con el tiempo, forma, persistencia, etc., con que se realiza un acto (Cattell, 1965); es aquel que se refiere a los aspectos constitucionales de la respuesta, tales como velocidad, energía o reactividad emocional (Hall y Lindzey, 1965).

Un rasgo dinámico tiene que ver con las motivaciones e intereses (Cattell, 1965); es aquel que se refiere al hecho de situar al individuo listo para la acción en la consecución de una cierta meta (Hall y Lindzey, 1965). Cualquier acto conductual expresa algo de cada una de las tres modalidades.

Los rasgos-fuente han sido derivados empíricamente de la siguiente forma: existen tres medios principales para la observación y medición de la personalidad (Cattell, 1957; Cattell, 1965; Hall y Lindzey, 1965):

a) El registro de vida (*L*), que consiste en observaciones de inteligencia súbita (*insight*) y registra frecuencias de actos conductuales, al clasificar a un grupo de personas en unas variables determinadas (*rating*) o al encasillar a los sujetos en determinadas variables (*ranking*). b) Cuestionarios (*Q*), que ofrecen las variables de los *interiores mentales*; son introspectivos; se pueden considerar como autoclasificaciones (*self-*

ratings). c) Pruebas objetivas (*T*), que consisten en las observaciones y registros de respuestas que el sujeto realiza ante una situación definida especialmente creada; se mide la respuesta en forma que el individuo no se entere, o con referencia a un significado que aquel desconoce.

Cattell empieza su investigación con aquellos factores existentes en el campo *L*, y de aquí construye pruebas (*Q* y *T*) en función de la luz que generan las hipótesis surgidas de la estructura encontrada en este medio (*L*) directamente.

Es deseable, desde el punto de vista científico, empezar con algún concepto significativo y práctico de la personalidad total, y hacer la primera factorización por medio de esto con el mayor número de variables posible. Después de que se han descubierto las dimensiones primarias, se hacen estudios más intensivos acerca de los patrones particulares de las variables indicadas en los factores individuales, usando un conjunto más limitado de variables diseñadas para extender y llenar el significado del patrón.

La primera fuente para llegar al *reino total* de los rasgos de la personalidad se encuentra en el lenguaje (4 500 palabras inglesas que se usan para describir rasgos de personalidad). Las *áreas de los rasgos* pueden demarcarse localizando primero cada uno apenas diferente de otro como un punto a una distancia estándar del siguiente punto (o rasgo).

Suponiendo que se pudiera construir una población completa de rasgos incluyendo todos aquellos apenas diferentes, sería posible representar a esta población como puntos igualmente espaciados en una esfera multidimensional. De esta esfera, por medio del análisis factorial, se obtienen las dimensiones primarias.

Las primeras 4 500 palabras de Allport y Odbert se redujeron a 171 debido a que las restantes eran sinónimos de otras. Después se procedió a interrelacionar las clasificaciones de los sujetos de una población normal en estos 171 elementos, y se determinaron las series naturales que se encontraron. De aquí surgieron 36 agrupamientos. Estos, más otras 4 o 6 variables importantes, produjeron lo que Cattell denomina la *esfera estandarizada reducida de la personalidad*, formada por 36 a 42 agrupamientos.

Se checó la existencia de estas variables en diferentes estudios y medios de observación. Para aceptarse como existentes, debieron aparecer en por lo menos 4 o 6 estudios diferentes, y correlacionar en forma alta con las *variables marcadoras* (Cattell, 1957).

Se le dio a cada variable una descripción bipolar, ya que Cattell considera que estos rasgos son continuos y escalables (Guilford, 1959). No siempre un polo es opuesto al otro; esto se debe a la ausencia de opuestos exactos y a que algunas veces, sólo cuando se usan varias palabras, se puede dar el significado adecuado al factor estudiado.

Los factores o rasgos obtenidos en los estudios hechos con registros de vida (datos *L*) son los que a continuación enlistaremos y aparecen

en orden decreciente, dependiendo del tamaño de la varianza total en las respuestas de los individuos en quienes se realizaron estos estudios (Cattell, 1957).

Factor A) Ciclotimia-esquizotimia. Este factor presenta en su polo positivo las siguientes características: plácido; adaptable; atento con las personas, generoso; en el polo negativo se ofrecen las siguientes: obstructivo; criticón; inflexible, rígido; frío, indiferente; cerrado, ansioso, lleno de secretos; reservado.

Este factor se encuentra ampliamente determinado por la herencia; es de tendencia temperamental; se parece a la introversión-extraversión de Jung y Kretschmer; es igual en hombres y mujeres; no es tan importante en los niños. Cattell cree que representa un carácter temperamental en todas las manifestaciones dinámicas, presentándose en forma de un esfuerzo mayor inflexible y sostenido.

Factor B) Inteligencia. Presenta en su polo positivo las siguientes características: inteligente; pensativo, culto; perseverante, concienzudo; listo, asertivo. En el polo negativo: no inteligente; irreflexivo; deja las cosas a medias, no concienzudo; aburrido, sumiso.

Deben existir considerables diferencias en el patrón intelectual de este factor en diferentes culturas; y Cattell piensa que éste es la habilidad generalizada para deducir relaciones y correlatos.

Factor C) Fuerza del yo-propensión a la neuroticidad. Se caracteriza en su polo positivo porque el sujeto que califica alto hacia este polo muestra las siguientes características: emocionalmente estable; libre de síntomas neuróticos; no hipocondriaco; realista acerca de la vida. En su polo negativo, se presenta como: emotivo, insatisfecho; ofrece variedad de síntomas neuróticos; hipocondriaco, quejumbroso; evasivo, inmaduro, autista.

Este factor está determinado principalmente por el medio; Cattell cree que representa la capacidad para expresar la energía emocional disponible a lo largo de canales integrados, en contra de su expresión mediante canales no integrados.

Factor D) Excitabilidad-inseguridad. Este factor, en su polo positivo, se caracteriza porque el sujeto que califica alto es: demandante, impaciente; acaparador de atención, exhibicionista; excitable, hiperactivo; muestra propensión a los celos; *autoasertivo*, egoísta. En su polo negativo sería: emocionalmente maduro; autosuficiente; deliberado; no dado a los celos; autocrítico. Este factor representa para Cattell una excitabilidad general, probablemente neurofisiológica.

Factor E) Dominación-sumisión. Se puede describir este factor en su polo positivo en la siguiente forma: *autoasertivo*, confidente; jactancioso, presuntuoso; agresivo, belicoso; extrapunitivo; vigoroso, fuerte. Y en el negativo: sumiso, inseguro; modesto, retraído; complaciente; no punitivo, intrapunitivo; manso, dulce, callado.

La varianza de este factor es mayor en niños y adolescentes que en adultos; en esa edad afecta más a la personalidad y está fuertemente asociado con la *fuerza del yo*. Cattell piensa que es un amplio rasgo disposicional; una fuerza temperamental general, asociada a condiciones fisiológicas, pero modificable, en parte, por la experiencia.

Factor F) Ligereza-lentitud. Este factor representa en su polo positivo a una persona: jovial, alegre; sociable, responsable, enérgica, rápida en sus movimientos; humorística, ingeniosa. En el negativo: depresivo, pesimista; apartado, retraído; subyugado, lánguido; aburrido, flemático. Este factor ocupa el sexto lugar en los adultos, pero en los niños y adolescentes parece ser el único factor cuya varianza es la mayor en la personalidad. La ligereza declina gradualmente entre los 20 y 30 años, y persiste en el ínterin, sólo que ya no tan pronunciada. Se encuentra determinada por el medio.

Los siguientes factores aparecieron sólo en 3 o 4 factorizaciones.

Factor G) Fuerza del superyó. Este factor se describe en su polo positivo como sigue: perseverante, determinado; responsable; ordenado en forma constante; concienzudo. Y en el negativo: indolente, antojadizo; frívolo, inmaduro, relajado, displicente, descuidado. Este factor no presenta diferencias entre los sexos, está influido de manera principal por el medio. Cattell lo interpreta como el superyó, pero indica que se debe tomar en cuenta *a)* la ausencia de una fuerte referencia de culpa; *b)* la cualidad burguesa o filistea de las virtudes, y *c)* la ausencia de cariño o afecto temprano (reportado) para los padres y la sensación de que ellos fueron severos.

Factor H) Parmia-threctia. Este factor describe a una persona que puntúa en el polo positivo como sigue: aventurero, le gusta conocer gente; demuestra fuerte interés en el sexo opuesto; gregario, genial, responsable; amable, amistoso; franco. Y en el negativo: tímido, retraído; poco interés en el sexo opuesto; indiferente, frío, contenido; duro, hostil, lleno de secretos. Este factor es igual para hombres y mujeres y es el que está determinado por la herencia con mayor fuerza.

Factor I) Premsia-harria. Este factor, en su polo positivo presenta las siguientes características: demandante, impaciente; dependiente, inmaduro; amable, gentil; estéticamente fastidioso; introspectivo, imaginativo; intuitivo, sensiblemente imaginativo. Y en el negativo: emocionalmente maduro; orientado hacia la independencia; duro; falta de sentimiento artístico; no afectado por *ilusiones*; práctico, lógico. Este factor se asocia con la femineidad; se encuentra fuertemente determinado por el ambiente, es el factor con mayor determinación ambiental que existe, por lo que se deben de encontrar marcadas diferencias culturales entre este patrón y el que se reporte en otras factorizaciones. La tendencia *Premsia* deberá de ser más alta en las familias de clase media y en las culturas más antiguas y urbanizadas.

Factor J) Coastenia. Presenta las siguientes características en su polo positivo: actúa individualmente; obstructivo en forma pasiva y pedante; lento para tomar decisiones; inactivo, manso, callado; fatigado neurasténica y neuróticamente. Y en el negativo: va con el grupo; coopera en las empresas; decisivo en su pensamiento; activo, *asertivo*; vigoroso.

Cattell piensa que es un patrón de rebelión frustrada, enraizado en un temperamento tenaz, inhibido y en un medio cuya circunstancia representa una fuerte presión cultural.

Factor K) Comencion-abcultion. Este factor, en su polo positivo el sujeto que califica aquí es: intereses intelectuales, analíticos; pulido, equilibrado, sosegado; inmune; tiende hacia la independencia; concienzudo, idealista. Y en el negativo: irreflexivo, cerrado; torpe, socialmente inepto; se avergüenza fácilmente en sociedad; va con el grupo; falto de sentido de cualquier deber social, así como de intereses estéticos; crudo. Cattell supone que este factor representa la prontitud para aceptar el patrón cultural y sus mejores valores.

Factor L) Propensión-relajación interna. En su polo positivo describe personalidades que son de tipo suspicaz; celosas; autosuficientes, retraídas. Y en el negativo: confiadas, comprensivas; sosegadas, en situaciones sociales se sienten como si estuvieran en casa.

Factor M) Autia-praxernia. En su polo positivo representa un tipo no convencional, excéntrico; estéticamente fastidioso; sensiblemente imaginativo; *es su propia ley*, no se puede depender de él; plácido, complaciente, absorto. En su polo negativo: convencional; no interesado en el arte; práctico y lógico; concienzudo; preocupado, ansioso, alerta. Cattell sostiene que este factor es la capacidad temperamental para disociar.

Factor N) Susplicacia-naiveté. Este factor, tiene en su polo positivo las siguientes características: pulido, socialmente habilidoso; mente exacta; frío, indiferente; estéticamente fastidioso. En el negativo: inepto, socialmente torpe; mentalidad sentimental y vaga; busca buena compañía, le falta independencia en sus gustos. Se parece a *K*, correlaciona positivamente con *B*, con dominancia y con astenia, y negativamente con *M*.

Factor O) Propensión a la culpa-confianza. Este factor representa en su polo positivo lo siguiente: preocupado; solitario; suspicaz; sensible; desalentado. Y en el negativo: confía en sí mismo; autosuficiente; acepta todo; rudo; lleno de brío. Este factor es básicamente un rasgo disposicional.

Veamos ahora lo que se refiere a los datos *Q*. Se considera que son aquel tipo de evidencia, ya sea de una prueba o entrevista, en la que el individuo de manera deliberada intenta hacer una autoevaluación, en espera de que sus respuestas sean aceptadas en su significado convencio-

nal. Se distinguen entre este tipo de datos, dos diferentes; Q y Q' ; ambos son sensibles a la distorsión debido a la situación motivacional actuante y a los niveles propios de la inteligencia súbita individual. Se incluyen en este tipo de datos, aquellos obtenidos por medio de cuestionarios, inventarios, conjuntos de opiniones, inventarios autobiográficos y listas de intereses.

Los datos Q' son aquellos en que se aceptan las afirmaciones del sujeto y de su conciencia; nos proporcionan evidencia no conductual, introspectiva; los patrones de tales datos se denominan mejor con el nombre de *interiores mentales* (factores de la visión que una persona tiene de sí misma).

Los datos Q son aquellas respuestas que no se aceptan como realmente descriptivas de la personalidad, intereses o actitudes del individuo o de su conciencia; no dependemos del significado convencional de las palabras, cuyo significado real en referencia con la conducta mencionada en palabras, se debe determinar por medio de experimentos con criterios que representan ésta y otras conductas.

En general los datos Q presentan los siguientes problemas que hacen que, hasta cierto punto, sean poco válidos: distorsiones motivacionales y de la percepción de sí mismo; patrones de respuestas (*response sets*), fatiga y aburrimiento, respuestas socialmente aceptables y represión.

Veamos ahora cómo construye Cattell sus pruebas. Define una prueba como una situación estímulo, concertada, artificial y estandarizada, con sus reglas para la calificación de respuestas, en que el sujeto conoce la clase general de réplicas que tiene que dar, y que puede ser transportada a diferentes grupos de sujetos (Cattell, 1957 y 1965).

El 16PF (la primera prueba que creó Cattell, llamada *Dieciséis factores de personalidad*) fue creado en 1946, cuando se planeaba la muestra de la esfera de la personalidad por medio de una serie de transconfirmaciones (aquellas de factores mediante diferentes formas de observación y medición) por medio de factorizaciones. Se usó en éstas el método de definición de factores de la estructura simple (oblicua) con la obtención del peso o carga factorial para cada afirmación.

Se hicieron varios cientos de afirmaciones o preguntas (ítemes) que cubrían las 171 variables de la esfera de la personalidad encontrada en el medio L ; se aumentaron unos, y otros se abandonaron. Se usaron los factores obtenidos de los datos L , más áreas de *intereses*, dimensiones temperamentales y dos *variables* marcadoras para cada uno de los 22 factores.

Se abarcó mucho; se usaron 80 reactivos que se aplicaron a 370 hombres y mujeres de 20 años promedio; se factorializaron los resultados y se obtuvieron 19 factores, cada uno de ellos con una estructura simple significativa más allá del nivel 0.001. Se verificaron 12 de los factores; se encontró que 2 o 3 factores de interés o valor (Strong y Allport-Vernon)

eran de personalidad; los últimos de los 22 considerados eran repeticiones de los anteriores o bien no existían.

Se consideró que 4 de los 19 factores tenían varianzas demasiado pequeñas como para definirlos; pero los 15 restantes, enriquecidos por reactivos que ya se sabía que estaban cargados del factor, junto con un decimosexto factor (inteligencia) formaron el 16PF.

Después de esto, se buscó la estructura de la personalidad a diferentes niveles de edad, con evidencia independiente en cada nivel. También se estudiaron los cambios del desarrollo en el patrón de los factores individuales, estableciendo la continuidad identificada usando grupos de edad intermedia probando las escalas inmediatamente inferiores y superiores. Hasta ahora se han obtenido datos *Q* para cinco edades clave: adultos jóvenes (20-24 años), adolescentes (12-18 años), niños (8-12 años), niños pequeños (6-8 años) e infantes (4-5 años) (Cattell, 1957; Cattell, 1965).

La prueba para los adolescentes se construyó en la siguiente forma: se empezó con 295 preguntas (ítems), sacadas de los factores de los adultos, pero expresadas a un nivel verbal más simple y también de los factores derivados de las clasificaciones (*ratings*) del concepto de la esfera de la personalidad infantil. Se aplicaron a 333 niños y niñas de 10 a 15 años. Se obtuvieron 15 factores con estructuras simples altamente significativas, de los cuales escogieron 11 (12 con inteligencia) para la primera versión del *HSPQ* (*Junior-Senior High School personality questionnaire*).

Se aplicó después el 16PF y el *HSPQ* a un grupo de sujetos de 16 años de edad y se encontró que, por lo general, los mismos factores persisten antes y después de la adolescencia, y que algunos factores de los adultos aparentemente desaparecen, ya sea perdiendo la mayor parte de su varianza o uniéndose a otro factor.

Se considera, por lo general, que 10 reactivos son los mínimos requeridos para cualquier escala factorial. Como las matrices originales para llegar a las dimensiones primarias quedarían muy grandes, se factorializan los reactivos en *parcelas* (reunión de reactivos homogéneos). Se determina el peso factorial de cada reactivo, se agrupan al tomar los reactivos con cargas más altas en el factor, y se busca evitar aquellos reactivos que también tienen carga en otros factores. La selección final de reactivos se hace con base en lo siguiente: *a*) se balancean los reactivos en lo que se refiere a las respuestas *sí* y *no* que contribuyen en forma positiva a la calificación del factor; y *b*) se produce un equilibrio de las variables supresoras. Se termina el proceso con un 10 o 20% más de reactivos por factor que los esencialmente necesarios. Éstos se examinan mediante la *normalización* de la distribución de los puntajes crudos —se requiere que en una población típica, dichos puntajes se distribuyan desde el *cero* hasta *n*, y que la distribución se centre aproximadamente en $n/2$.

Se arreglan los reactivos en orden cíclico (uno de cada factor); se determinan sus confiabilidades, por lo general con el método de *split and half*; se estandarizan con *stanines*, deciles, y preferentemente con *stens*. Después se comienzan las validaciones externas (Cattell, 1957).

Para cada nivel de edades, nuestro autor ha creado una prueba-cuestionario, con varias formas paralelas cada una. Parece ser que a medida que bajamos en el nivel cronológico, la estructura de la personalidad, sin dejar de ser compleja, sufre algunos cambios; se pierden o aparecen nuevos factores. Actualmente cuenta Cattell, además de con el *16PF* y el *HSPQ*, con pruebas parecidas desarrolladas de éstas y del concepto de la esfera de la personalidad que se tenga para cada nivel cronológico partiendo de los datos *L*, que son: el *Children personality questionnaire (CPQ)* y el *Early school personality questionnaire (ESPQ)*. Estos últimos no se han investigado lo suficientemente aún, pero parece que sí funcionan.

Los factores arrojados por los análisis factoriales realizados con los datos *Q*, fueron los siguientes (Cattell, 1957):

Factor A) Ciclotimia-esquizotimia. La determinación hereditaria de este factor es apreciable; se relaciona con la constitución corporal; es significativamente más alto en las mujeres que en los hombres; presenta marcadas diferencias dependiendo de las ocupaciones de los sujetos; no es muy estable.

Factor C) Fuerza del yo-emocionalidad general. Este factor está determinado en igual forma por la herencia y por el medio; se puede pensar que es una incapacidad (parcialmente congénita) para integrar impulsos, y expresarlos en forma apropiada, así como para controlar hábitos. Nos habla de una integración emocional. Presenta un rápido aumento en la última parte de la adolescencia y no es muy estable.

Factor D) Excitabilidad. Este factor se encuentra con mayor frecuencia en niños, tiene una apreciable influencia hereditaria y se puede afirmar que representa una inmadurez conductual.

Factor E) Dominación. A este factor se le conoce como disposición dinámica; tiene una determinación esencialmente constitucional aunque el medio lo puede modificar bastante; varía bastante de hombres a mujeres.

Cattell piensa que es una pulsión *asertiva*, un rasgo temperamental fisiológicamente enraizado modificado por experiencias reforzadoras o por el castigo. No es muy estable.

Factor F) Ligereza-lentitud. Es el más grande en los niños, aunque posiblemente no haya sido lo suficientemente separado de *A*; hay una completa preponderancia ambiental en su determinación. El nivel de este rasgo refleja en gran parte el nivel de inhibición impuesto sobre el individuo durante su educación. La persona *pausada*, o *lenta*, ha adquirido hábitos renunciativos y de rodeos más largos para la satisfacción de

sus necesidades. La *lentitud* representa una privación de afecto, y castigo mayores. Disminuye con la edad.

Factor G) Fuerza del superyó. Parece un factor semejante, pero de varianza muy pequeña en niños. El sentimiento de culpa no se presenta por sí mismo como lo sugiere la clínica, aunque la ferocidad en la sinceridad moral demuestra que la culpa se encuentra inmediatamente abajo de la superficie. La hipótesis de Cattell es que este factor representa los valores morales. Este rasgo es bastante estable durante unos 20 años.

Factor H) Parmia-threctia. Este factor es el que tiene el mayor grado de determinación hereditaria. Cattell dice que representa al temperamento que no se puede inhibir y que se puede concebir en forma específica como enraizado en una *inmunidad parasimpática* frente a la estimulación amenazante. Aumenta durante la última etapa de la adolescencia en forma rápida y permanece después en un estado de estabilidad durante 20 años.

Factor I) Premsia-harria. Este factor contribuye más a la varianza total de la personalidad en los niños, que en los adultos; tiene una determinación altamente ambiental con una influencia predominante de la atmósfera familiar general. Su nivel es principalmente una expresión del grado de sobreprotección o indulgencia expresado y ejercido por los padres.

Factor J) Coasteria-zeppia. Este factor no ha sido bien demostrado en adultos, pero sí en los niños. Parece ser de origen ambiental. Cattell calcula que este factor representa el gusto por la cultura y un razonamiento impersonal relacionado con ella.

Factor L) Propensión-relajación interna. Cattell piensa lo siguiente de este factor: es una especie de *asertividad* combinada con sensibilidad; posiblemente asociado con una actitud narcisista. La tensión interna es una sensibilidad susceptible a la ansiedad, combinada con reacciones proyectivas y defensas agresivas. Disminuye rápidamente durante la parte final de la adolescencia.

Factor M) Autia-praxernia. Este factor no se encuentra en los niños; puede considerarse como de origen temperamental y Cattell cree que es la atención a las visiones políticas y sociales.

Factor N) Suspiciacia-naiveté. Este factor no se encuentra en niños. Cattell razona lo siguiente:

a) *N* representa la rapidez temperamental, una capacidad para estar alerta y apresurarnos, pareciéndose esto a la inteligencia en la velocidad para percibir estímulos, pero que provoca en el sujeto un cansancio prematuro.

b) Representa el producto de un medio competitivo, sofisticado, con metas prácticas, y produce un sentimiento altamente desarrollado de *aserción*, sentimiento de sí mismo y al propio tiempo hace hincapié en organismo y presenta una impaciencia hacia aquellos que son demasiado

“humanos”. Este factor se conserva en forma más o menos estable durante 20 años.

Factor O) Propensión a la culpa-confianza. En los niños sólo se ha encontrado ligeramente separado de C); es producto de una situación ambiental en la que impera un fuerte afecto para el pequeño, acompañado por un hogar moralmente fuerte, y que permite que los valores morales y obligaciones estén fuertemente implantados. Disminuye en forma más o menos rápida durante la última etapa de la adolescencia.

Los siguientes factores aparecen únicamente en los datos Q, es decir, en las investigaciones hechas con cuestionarios. No han aparecido en ningún otro medio de observación de la personalidad.

Factor Q₁) Radicalismo-conservatismo. Este factor no se encuentra en los niños. Cattell piensa que representa un grupo más amplio que el mero conjunto de creencias intelectuales.

Factor Q₂) Autosuficiencia. Existe en los niños, aunque no se ha confirmado ni aparejado en forma adecuada todavía. Se piensa que es una madurez en el razonamiento y quizá en la emoción que comienza en la primera infancia; parece razonable esperar que esta *introversión en el pensamiento* es un patrón perpetuado en una tradición familiar, pero quizá requiere estabilidad emocional heredada para que se desarrolle con éxito.

Factor Q₃) Sentimiento de autocontrol. Representa este factor el grado hasta el que una persona es capaz de lograr desde el ángulo conductual el sentimiento de sí mismo que prescribe la sociedad. Representa la fuerza de la inversión dinámica y el nivel de aspiración logrado en la opinión de sí mismo. Aumenta rápidamente durante la última parte de la adolescencia.

Factor Q₄) Tensión érgica, demanda del ello, o presión del conflicto. Este factor aparece ya claramente a los 11 años. La herencia juega una parte importante en su determinación. En forma psicoanalítica se concibe como la presión del *id*. Cattell opina que representa las demandas del *id* rechazadas, la presión y el conflicto, o la tensión *érgica* total. En vista de sus asociaciones genéticas, se le debe conceder algún papel en la constitución. Disminuye durante la última parte de la adolescencia.

Factor Q₅) Tendencia a la fantasía. Este patrón presenta las siguientes características: sueña despierto, con frecuencia se siente solo aun cuando esté con otras personas; tiene ataques de ansiedad, encuentra los libros más divertidos que las personas, etc. Este factor todavía no se ha reportado en niños. Se parece mucho al factor O.

Factor Q₆ o P) Tendencia psicótica. Este factor existe en el medio Q principalmente como resultado de las correlaciones de 7 escalas del *MMPI*: esquizofrenia, psicastenia, introversión social, desviación psicopática; hipomanía; factor de corrección (K); hipocondria, y habilidades mentales primarias. Parece ser un rasgo de síntomas realmente psicóticos.

Factor Q_7) Conciencia de sí mismo en público. Se siente avergonzado cuando llega a una asamblea en la que los demás ya están sentados; se le hace difícil hablar en público; se siente consciente de sí mismo cuando recita; le es difícil pensar en la respuesta apropiada que debe dar en público.

Factor Q_8) Intereses extravertidos alertas. Por lo general se mantiene al tanto de las cosas que suceden a su alrededor, es más atento que el promedio en la atmósfera circundante (Cattell, 1957).

En el medio T , el de las pruebas objetivas, también se han realizado investigaciones para tratar de encontrar los factores o rasgos existentes de personalidad.

Para Cattell, el ideal es llegar a tener un método de pruebas objetivas para medir la personalidad. Define la prueba objetiva como una situación portátil, reproducible en forma exacta, con una forma prescrita exacta de calificar las respuestas, de las cuales el sujeto no está informado. En estas pruebas el individuo no sabe en realidad qué aspecto de su conducta es el que es medido.

En este medio se encontraron 18 factores, de los cuales los primeros doce han sido confirmados como patrones invariables, y los otros seis han sido menos confirmados. Son los siguientes (Cattell, 1957):

Factor T_{16}) Asertividad hárrica. Representa una expresión de sí mismo en forma rápida, determinada, acompañada de una acción afectiva. El patrón de este factor permanece invariable de los 9 a los 15 años. Está muy determinado por el medio y se relaciona en forma considerable con el factor I del medio Q .

Factor T_{17}) Inhibición. Éste representa una dimensión general; es una forma de conducta o restricción de conducta que aumenta rápidamente de los nueve a los catorce años, y también se incrementa, con la educación. Se encuentra sustancialmente determinado por la herencia.

Factor T_{18}) Vivacidad hipomaniaca. Este factor representa una vivacidad general con características hipomaniacas de alta reactividad, destreza, habilidad y cierta destreza para la vida social.

Factor T_{19}) Practicalidad crítica. Este factor representa compulsividad, criticismo, preocupación por la exactitud y por las normas.

Factor T_{20}) Comencion-abcultion. Representa la prestancia para aceptar la cultura y sus demandas; es probablemente el mismo que el factor K del medio L . Este rasgo se incrementa en forma estable con el aumento de la edad.

Factor T_{21}) Exuberancia. Tiene una varianza más grande en los niños que en los adultos; correlaciona altamente con el factor F de los datos Q . Representa la energía e impetuosidad presentes en la gente que tiene éxito en la vida.

Factor T_{22}) Corticalertia. Se encuentra sustancialmente determinado por el medio; aumenta rápidamente entre la edad de 9 a 15 años.

Podemos decir que es un rasgo o estado de alta velocidad (*estado de alerta*) cortical general.

Factor T₂₃) Reservas neurales-neuroticidad. Este factor representa un estado de cansancio, parecido a un producto neuroendocrino de estrés emocional y mental.

Factor T₂₄) Ansiedad. Tiene una correlación sustancial potencialmente perfecta, con el de segundo orden de ansiedad, encontrado entre los factores primarios de los datos *Q*.

Factor T₂₅) Realismo-tendencia psicótica. Presenta, en la dirección del psicoticismo, una disminución en la exactitud de respuesta por unidad de tiempo al mundo externo y también en la percepción, exactitud motora, deducción de relaciones lógicas, etcétera.

Factor T₂₆) Sentimiento de autocontrol. Representa la fuerza del sentimiento de sí mismo. Muestra un agudo crecimiento durante la niñez y un desarrollo bastante acelerado durante la primera etapa de la adolescencia.

Factor T₂₇) Apatía. Es una condición temperamental o dinámica de indolencia junto con una carencia de normas internas.

Factor T₂₈) Astenia. Éste combina aspectos de autoridad, sumisión y susceptibilidad esencial a la presión del grupo, junto con una preocupación personal. Su fuerza está ambientalmente determinada y depende en alto grado del trato familiar. Declina normalmente entre los 9 y los 15 años.

Factor T₂₉) Sobrerresponsividad inmediata. El sujeto en este factor, responde sólo a consideraciones inmediatas olvidando cosas remotas.

Factor T₃₀) Independencia. Representa un darse cuenta de hechos desagradables independientemente de la presión social; respetar a la autoridad sin ser sugestionado por la misma.

Factor T₃₁) Realismo prudente. Este factor no es más que la prudencia común.

Factor T₃₂) Extraversión-introversión. Es un rasgo superficial y se relaciona con los factores primarios que forman el factor de segundo orden del mismo nombre en los datos *Q*.

Factor T₃₃) Pesimismo. Representa, como su nombre lo indica, un derrotismo, una lentitud para interesarse por las nuevas teorías; inhibición, compulsividad y un logro intelectual avanzado (Cattell, 1957).

Como hemos visto, la esencia de la definición de cada rasgo es una lista de medidas o reactivos (medios *L* y *Q*) o una abstracción (medio *T*) de aquello que está más cargado por el factor; es decir, de los reactivos o medidas con los que más contribuyó el factor (Cattell, 1957; Cattell, 1965).

Los rasgos superficiales también se derivan empíricamente. Cattell llegó a la conclusión, mediante las investigaciones realizadas, de que existen 50 o 60 agrupamientos de rasgos que se pueden considerar como

superficiales. Aquí se usó otro método estadístico para la derivación de los factores: el análisis de hacinamientos (inspección de los agrupamientos indicados por métodos correlacionales simples). Se consideró que representaban un rasgo superficial único aquellas variables que parecía que covariaban o que variaban juntas. Estos rasgos superficiales se podían reducir a aproximadamente 20 sectores, reuniendo a aquellos que tenían algo en común. Como ejemplos de éstos tenemos los siguientes: altruismo-integridad y deshonestidad, no poder confiar en él; infantil, demandante, centrado en sí mismo y emocionalmente maduro, tolerante de la frustración; caballeroso, disciplinado y tonto, falta extravertida de voluntad; *aserción* social ruda, exhibiciones y obediencia a la autoridad, modestia (Hall y Lindzey, 1965).

Cattell continuó sus investigaciones con el propósito de descubrir en qué forma covarían, si es que lo hacen, los rasgos primarios encontrados; y para esto, factorializa las correlaciones de los primarios, para llegar a lo que llama rasgos secundarios o de segundo orden. Éstos son organizadores típicos de los factores primarios, así como éstos lo son de las secciones específicas de conducta. Los factores de segundo orden son naturalmente más amplios en su influencia que los primarios. Son los siguientes (Cattell, 1957 y 1965):

*Factor I**

Extraversión-introversión

Datos *L*

F Apresurado (ligereza)
M Autía
E Dominación
A Ciclotimia
H *Parmia*

Datos *Q*

M Autía
F Apresurado (ligereza)
A Ciclotimia
H *Parmia*

*Q*₁ (-) Conservadurismo
*Q*₂ (-) Falta de autosuficiencia

(*Nota.* Los factores anotados abajo de la línea son aquellos que no se repiten, porque no fueron medidos en ambas investigaciones. Los factores de segundo orden se extrajeron de los medios *L* y *Q*.)

La idea clínica junguiana original de extraversión, y su significado popular, tienen una base subyacente de realidad en la medición derivada

* Tomados de Cattell, 1957.

del tratamiento estadístico de las respuestas de clasificaciones (*ratings*) y de cuestionarios en esta factorización. Según ésta vemos que los extravertidos son sociables, optimistas y habladores, dependientes del grupo, un poco gruesos, confiables y adaptables. El introvertido es tímido, no muy encariñado con las masas de gente, individualista, un poco rígido y suspicaz. El patrón del factor de primer orden de las pruebas objetivas es lo mismo que el patrón del rasgo de segundo orden del medio *Q*.

Factor II

Ansiedad-integración

Datos <i>L</i>	Datos <i>Q</i>
<i>C</i> (-) Falta de fuerza del <i>yo</i>	<i>L</i> (+) <i>Propensión</i>
<i>L</i> (+) <i>Propensión</i>	<i>C</i> (-) Falta de fuerza del <i>yo</i>
<i>E</i> (-) Sumisión	<i>H</i> (-) <i>Therectia</i>
<i>H</i> (-) <i>Therectia</i>	<i>F</i> <i>Apresurado</i> (ligereza)
<i>F</i> <i>Apresurado</i> (ligereza)	
<i>B</i> (-) Falta de inteligencia	<i>Q</i> ₃ (-) Falta de control de voluntad
<i>K</i> (-) <i>Abcultion</i>	<i>O</i> Timidez (propensión a la culpa)
	<i>Q</i> ₄ Conflicto o presión del <i>ello</i>

Un hecho interesante descubierto aquí, es aquel que confirma en forma asombrosa la teoría psicoanalítica al afirmar que la ansiedad es causada en parte por las tensiones de pulsión no descargadas, *Q*₄, y en parte por la debilidad de la estructura del *yo*, *C* (-), que causa una pulsión explosiva interna que se siente como una amenaza, cosa que no sucedería si el *yo* fuese fuerte.

Factor III

Sensibilidad

Datos <i>L</i>	Datos <i>Q</i>
<i>L</i> <i>Propensión</i>	<i>A</i> (-) Esquizotimia
<i>I</i> <i>Premisa</i>	<i>I</i> <i>Premisa</i>
<i>A</i> (-) Esquizotimia	<i>N</i> (-) Falta de suspicacia
<i>N</i> (-) Falta de suspicacia	
<i>B</i> (-) Inteligencia baja	<i>Q</i> ₃ (-) Falta de control de voluntad

Hasta ahora, el título dado al factor va tan lejos como debiera, en la interpretación de esta tendencia sensible a la fantasía y la falta de control de la voluntad y fuerza del yo.

*Factor IV***Éxito continuo-madurez por medio de frustración**

Datos <i>L</i>		Datos <i>Q</i>	
<i>N</i>	Susplicacia	<i>E</i>	Dominación
<i>C</i> (-)	<i>Superyó</i> débil	<i>N</i>	Susplicacia
<i>E</i>	Dominación	<i>C</i> (-)	<i>Superyó</i> débil
<i>F</i>	<i>Apresurado</i> (ligereza)	<i>F</i>	<i>Apresurado</i> (ligereza)

<i>D</i>	Excitable	<i>Q₁</i>	Radical
----------	-----------	----------------------	---------

Nuestra interpretación, demasiado incipiente es que este rasgo resulta de un curso de éxitos personales continuos y fáciles, basados ya sea en otras dotes o en un comienzo afortunado.

*Factor V***Adaptabilidad constitutiva**Sólo datos *L*

<i>H</i>	<i>Parmia</i>
<i>J</i>	<i>Coastenia</i>
<i>B</i>	Inteligencia
<i>M</i> (-)	<i>Praxernia</i>
<i>F</i> (-)	<i>Pausado</i> (lentitud)

No se puede interpretar más allá de lo que su nombre indica; pero es uno de los factores más grandes y de buena estructura simple.

*Factor VI***Disposición catatónica**Sólo datos *L*

<i>D</i>	Excitabilidad
<i>A</i> (-)	Esquizotimia
<i>C</i> (-)	<i>Fuerza del yo</i> , débil

La combinación de la esquizotimia con la gran excitabilidad sugiere que en este caso se trata de una predisposición constitucional catatónica: se propone esta interpretación ya que otros autores han encontrado esto en familias esquizofrénicas, y Cattell ha observado que el segundo factor más alto en lo que se refiere a determinación hereditaria, es el A.

Cattell afirma que los reactivos de los cuestionarios, al ser traducidos a otros idiomas, se correlacionan y analizan, y surgen los mismos o semejantes rasgos-fuente generales; le sugiere que se trata con rasgos básicos de importancia humana general. Los mismos rasgos-fuente principales pueden reconocerse y medirse mediante técnicas semejantes. Para comprobar esto, se han realizado transfactorizaciones entre los medios, intentando identificar los factores encontrados en un medio con los que se supone son los mismos, de otros medios. Las corroboraciones intermedios encontradas se pueden resumir en el cuadro 31.1.

Cuadro 31.1 Rasgos-fuente aparejados a través de dos o tres medios

Aparejamiento de un orden a otro (Cattell, 1957, pág. 326)

Datos <i>L</i>	Datos <i>Q</i>	Datos <i>T</i>
2º orden ansiedad: <i>C</i> (-), <i>L</i> (-), <i>H</i> , etcétera	2º orden ansiedad: <i>C</i> (-), <i>L</i> , <i>Q</i> ₃ (-), <i>Q</i> ₄ , etc.	Ansiedad
2º orden extraversión: <i>F</i> , <i>E</i> , <i>M</i> , <i>A</i> , etc.	2º orden extraversión: <i>F.M.A.</i> , <i>Q</i> ₂ (-), etc..	Extraversión

Aparejamiento directo entre los primarios

Datos <i>L</i> (Clasificaciones de conducta)	Datos <i>Q</i> (Cuestionarios)	Datos <i>T</i> (Pruebas objetivas)
<i>A</i>) Cicloesquizotimia	<i>A</i>) Cicloesquizotimia	Ninguno
<i>B</i>) Inteligencia	<i>B</i>) Inteligencia medida con el 16PF	Inteligencia
<i>C</i>) Fuerza del yo	<i>C</i>) Fuerza del yo	Reservas neurales
<i>D</i>) Dominación	<i>D</i>) Dominación	Ninguno
<i>F</i>) <i>Apresur.</i> (lig.)	<i>F</i>) <i>Apresur.</i> (lig.)	Ninguno
<i>G</i>) <i>Superyó</i>	<i>G</i>) <i>Superyó</i>	Practicalidad crítica
<i>H</i>) <i>Parmia</i>	<i>H</i>) <i>Parmia</i>	Falta de inhibición y exuberancia

Cuadro 31.1 (continuación)

<i>I) Premsia</i>	<i>I) Premsia</i>	Falta de <i>asertividad</i>
<i>J) Coastenia</i>	<i>J) Coastenia</i>	<i>Astenia</i>
<i>K) Comención</i>	<i>K) Voluntad</i>	<i>Comención</i>
<i>L) Propensión</i>	<i>L) Propensión</i>	Ausencia de <i>corticalertia</i>
<i>M) Alaxia</i>	<i>M) Alaxia</i>	Nuevos factores de Rosenthal*
<i>N) Suspiciacia</i>	<i>N) Suspiciacia</i>	Viveza hipomaniaca
<i>O) Timidez</i>	<i>O) Timidez</i>	Ausencia de <i>corticalertia</i>
Ninguno	<i>Q₃</i> / Control de la voluntad	Inhibición

* Faltan la segunda y tercera confirmación.

Que entre 18 o más factores, sólo seis fallen en identificarse entre los datos *L* y *Q*, indica que estamos cubriendo esencialmente los mismos reinos en los diferentes medios.

INVESTIGACIÓN DE LA ESTRUCTURA MOTIVACIONAL

Las ideas base que llevaron a Cattell a realizar sus investigaciones en el campo de la motivación, fueron las siguientes: 1) El hombre hereda ciertas pulsiones básicas, parecidas a aquellas de los mamíferos superiores, que proveen los resortes principales originales, para la acción. 2) Ciertos conjuntos de hábitos y actitudes se aprenden a través de la influencia de escuela y sociedad, en forma tan coordinada, que podemos reconocer un número de estructuras unitarias integradas (agregados de actitudes o sentimientos). 3) Un segmento sustancial de la motivación es inconsciente. 4) Surge por aprendizaje, un *yo* o sentimiento del *self* que gana control sobre los simples impulsos reactivos de las pulsiones básicas y el sujeto trata de integrarlos en expresiones legítimas y socialmente aceptables (Cattell, 1957).

5) El conflicto ocurre entre diferentes estructuras dinámicas, entre el *yo* y el *ello*, entre el *yo* y el *superyó*. 6) La mayoría de la conducta clínica neurótica surge de desbalances entre los poderes ejercidos a través de estas estructuras y de los conflictos resultantes (Cattell, 1965).

Para este autor, un motivo es algo que existe aquí y ahora en el momento de actuar. Toda conducta es motivada (Cattell, 1957 y 1965).

Para medir y encontrar los factores motivacionales, Cattell razonó lo siguiente: primero se tienen que hacer estudios de actividades secuenciales para localizar *metas* o *incentivos finales*, reconocidos como puntos, en los que largos patrones de actividad prolongada cesan, digamos, repentinamente. Además, se deberán correlacionar diferencias en la medida de la intensidad de la respuesta consumatoria en varios aspectos. Si tomamos esto en consideración, se empezó propiamente como sigue (Cattell, 1957 y 1965):

a) Se acumularon las pruebas inventadas, que produjeran correlaciones significativas con los criterios de motivación más realistas, principalmente, con aquellos de tiempo y dinero gastados en los intereses.

b) Se mezclaron cuidadosamente estas pruebas con una gran variedad de testimonios que representan la concepción y práctica de la medición de la motivación según varios psicólogos.

Se crearon además pruebas basadas en las siguientes premisas:

1. Donde existe mucho interés hay una gran adquisición de conocimientos (información) y habilidades motoras en el área referida.

2. Al utilizar material nuevo, la memoria es selectiva para los tópicos de interés.

3. La inhibición retroactiva de material neutral, será mayor cuanto mayor sea el interés por el material interventor.

4. Los efectos de la reminiscencia serán mayores cuando existan intereses persistentes. También se usaron pruebas de fluidez ideacional, reactividad autónoma, proyectivas (*misperceptivas*), tiempo necesario para completar tareas interesantes y no interesantes, tensión creada por tareas inconclusas, funciones de la tensión muscular, presión de la escritura, cambio del umbral sensorial con el aumento del interés, efecto de las diferencias del interés sobre las capacidades integradoras de la percepción, y fuerza del interés en relación a la cantidad de perseverancia mostrada en la conducta exploratoria preconsumatoria. Además de todo esto, se incluyó un *cuestionario clásico* (pares comparados), que sólo afectó a una cuarta parte de la varianza total.

c) Se tomó una pequeña muestra de actitudes que se refieren al trabajo o profesión principal; un interés respetable en un pasatiempo; un interés de más o menos poca reputación, supuestamente no muy conectado con el *yo*, una actitud con raíces inconscientes relativamente fuertes, y otra con un marcado componente moral.

Se aplicaron estas pruebas a 374 hombres, y se realizaron seis análisis factoriales superpuestos. Se necesitaron cinco (y posiblemente dos más)

factores para explicar la covariación de estas manifestaciones motivacionales. Estos factores resultaron tener un adecuado significado psicológico como fuentes independientes de motivación. Es cierto que se correlacionan entre sí, y que una factorización de segundo orden los reduce casi a dos fuentes principales, como veremos a continuación.

Cuidadosas evaluaciones llevaron a Cattell a explicar psicoanalíticamente los factores experimentalmente establecidos, que son los siguientes (Cattell, 1957, 1965):

Factor Alfa. * *El componente del ello en los intereses.* Este factor se caracteriza por autismo, decisiones rápidas en pro o en contra, rapidez para captar estímulos indicadores (*cues*), y fluidez en la utilización de medios y fines para llegar a la meta deseada. Fluidez en la racionalización, y otras defensas en contra de la interferencia que puedan presentar la moral o la realidad en la realización de los deseos. Este factor no presentó asociaciones fisiológicas. Corresponde claramente a un componente de interés parecido al concepto psicoanalítico del *ello*, y se le puede considerar como la parte consciente de este mismo.

Factor Beta. *El yo realizado.* Presenta un alto contenido informativo referente a la acción contemplada; también muestra habilidades perceptuales, buena capacidad para aprender los intereses de la actividad, interés por metas lejanas pero realistas y un mayor *esfuerzo en la expectativa*. Hay una ausencia total de fluidez de caminos, medios, fines, justificaciones y defensas. Cattell opina que representa el hábito de largos rodeos en los intereses adquiridos mediante la necesidad y del deber, que es totalmente consciente y está bien integrado con los hábitos diarios del *self*. Corresponde al concepto psicoanalítico de las fuerzas del *yo*; es decir, lo que es para nosotros el conjunto de hábitos adquiridos bajo las restricciones del *superyó* y las pruebas de la realidad.

Factor Gamma. *Self ideal o superyó.* Se caracteriza por autismo, fantasía, alguna preferencia consciente, decisiones rápidas en el tiempo para la realización de una actividad, junto con una ausencia total de información acerca de la actividad. Tiende a tener asociaciones específicas con el autismo, la fantasía, y con asociaciones de memorias ya pasadas, lo que también indica un comportamiento interno, autosostenido, como el que pudiera venir de huellas nemónicas conectadas con el *superyó*. Pero este factor no encaja debidamente con el *superyó* psicoanalítico, sino más bien con algún derivado, como podría ser el *self ideal* o las demandas del *superyó* aún no satisfechas por el *yo*.

Factor Delta. *Interés fisiológico, inconsciente.* Éste podría ser una representación inmediata de una pulsión "érgica" de rodeo corto, captada aquí a un nivel fisiológico. Es un interés o motivación principalmente fisiológico, y se podría comparar con el *ello* inconsciente.

*Tomados de Cattell, 1957.

Factor Épsilon. Complejos reprimidos. La buena memoria inicial y aquella de metas reforzantes sugieren la acción de un motivo *érgico* que yace en el complejo mismo, mientras que la carga negativa en reminiscencia sugiere la acción de un censor. El interés en este factor es emocionalmente turbador y conflictivo. La hipótesis de Cattell sugiere que este componente de interés surge de los complejos reprimidos con éxito; este rasgo primario, cae dentro del mismo factor de segundo orden que el *ello*.

Cattell piensa, además, que los motivos tienen cinco componentes motivacionales principales (que acabamos de ver), y que por tanto se les deben de dar cinco calificaciones, una a cada uno, para poder determinar la fuerza, tipo, orientación, etc., del motivo actuante.

Mediante la factorización de los componentes motivacionales de primer orden, este teórico llevó a los componentes motivacionales de segundo orden los dos siguientes: el componente del interés integrado y el componente del interés desintegrado (Cattell, 1957 y 1965; Lindzey, 1964).

El primero tiene que ver con las organizaciones de hábitos que se refieren a la organización hacia la realidad y el reconocimiento moral. Incluye este factor de segundo orden a los primarios beta y gamma.

El segundo agrupa a los factores primarios que tienen en común cualidades de deseos no integrados, deseos no probados y aspiraciones. El aspecto más común de estos componentes es el de una falta de integración con el *self*, más que inconsciencia. Incluye a los factores primarios *alfa*, *épsilon* y *delta*.

Se notará que Cattell hace hincapié más en el aspecto integrado, en oposición al impulsivo o desintegrado, que en el de consciente e inconsciente. Debido a la existencia de factores de segundo orden, la medición de la motivación se podría representar con sólo dos calificaciones, las obtenidas en estos factores; pero Cattell prefiere que se utilicen cinco calificaciones, las de los factores de primer orden.

INVESTIGACIÓN DE LA ESTRUCTURA DINÁMICA

Para Cattell (1957 y 1965) una actitud es una estructura que se infiere de la aparición repetida de respuestas conductuales de cierto tipo; o sea, la tendencia a actuar en una forma particular ante una situación dada. Las relaciones estímulo-respuesta se organizan en jerarquías. Lo que comúnmente llamamos actitud es una respuesta a una situación que implica muchas respuestas motoras específicas a situaciones particulares, dentro de la situación mayor. Lo que identifica a las subreacciones, es

que contribuyen a un propósito o reacción única total, y lo que une a las situaciones subestímulo, es que se perciben como partes del significado total de la situación mayor. Esto se puede esquematizar en la siguiente forma:

“En estas circunstancias → Yo → deseo intensamente hacer esto con esto”
 (situación-estímulo) (organismo) (interés-necesidad, (meta específica) (objeto
 de cierta intensidad) (curso de acción) (usado
 en la acción).

En esta forma, para un individuo dado en una situación dada, la definición de una actitud requiere datos que cubran la naturaleza del curso de acción, la intensidad en el interés del curso de acción, y el objeto involucrado en la acción. El interés se va a medir como la reactividad (umbral y frecuencia) a un estímulo (simbólicamente referido como una meta).

Para descubrir los factores o rasgos dinámicos, Cattell realizó análisis factoriales de una multitud de medidas de actitudes que pudo encontrar, aplicando estas pruebas a una muestra de adultos jóvenes. Encontró así, dos tipos de factores: los *ergios* y los *engramas*.

Un *ergio* es una disposición psicofísica innata, que permite que su poseedor adquiera reactividad (atención, reconocimiento, respuesta) ante cierta clase de objetos más rápidamente que ante otros, para sentir una emoción específica común a cada clase de objetos, e iniciar varios cursos de acción (equivalentes) que cesan más completamente ante ciertas actividades-meta consumatorias, comunes y definidas, que ante cualesquiera otras (Cattell, 1957). Nos referimos al *ergio* como factor esencial, y al patrón real, observable, fenomenológico del patrón esencial *ergio*, se le denomina *metaergio* (Hall y Lindzey, 1965).

El *engrama* es cualquier estructura que surge de la experiencia (aprendizaje), y persiste en una forma u otra como huella nemónica (Cattell, 1957). Entre los *engramas* tenemos los sentimientos, los complejos, los hábitos, las actitudes, etc. Éstos deben presentar sólo de cuando en cuando un grado de identidad cultural. El *sentimiento*, es un concepto importante para Cattell en esta parte de su teoría, y lo describe en la siguiente forma: estructura, rasgo dinámico importante, adquirido; origina que su poseedor ponga atención a ciertos objetos o clases de objetos, y que sienta y reaccione en cierta forma ante ellos (1950); colección de actitudes organizadas alrededor de un objeto único (1957); patrones reactivos comunes de los que la mayoría de la gente participa (1965).

Los *ergios* se pueden considerar pulsiones, ya que según McDougall, reúnen las características de éstas, proclividad espontánea a atender ciertos objetos y situaciones considerándolas más importantes que otras;

los acompaña una emoción característica que es bastante específica la pulsión y su acción, y poseen al final una meta particular.

Los sentimientos reúnen actividades con varias raíces *érgicas* diferentes y varias metas. Sin embargo, tienen una sola fuente de aprendizaje, las experiencias repetidas de conducta reforzante que afectan simultáneamente a una amplia variedad de actitudes.

Parece que el *sentimiento* pidió prestada su energía a los *ergios*, pero su forma y origen se debe enteramente a la impresión causada por el patrón de aprendizaje cultural (Cattell, 1957). Su cualidad pulsional es el resultado de la influencia conjunta de las energías pulsionales prestadas de varios *ergios*. El sentimiento constituye una fuente de energía e interés existente, pero sólo acompaña a la energía derivada básicamente de los *ergios*. Es una estructura dinámica (como los *ergios*), pero a diferencia de éstos, se puede desintegrar y aun desaparecer (Cattell, 1965).

Los análisis factoriales realizados en estas investigaciones arrojan siete estructuras claramente definidas, cuyo análisis representa los "ergios", y son los siguientes: sexo, gregarismo, protección paternal, exploración (curiosidad), escape (temor, necesidad de seguridad), *autoaserción*, y sexo narcisista (o *superyó* invertido). Los patrones medios se presentan a continuación, eliminando las descripciones que tienen cargas factoriales ya muy pequeñas. (Cattell, 1957 y 1965.)

Ergio sexo. * Actitudes que lo definen: quiero enamorarme de una mujer hermosa; quiero satisfacer mis necesidades sexuales; me gusta la atracción sexual en una mujer; me gusta ver una buena película de cuando en cuando; me gusta una novela con interés amoroso y una heroína arrebatadora, etcétera.

Gregarismo. Actitudes que lo definen: me gusta tomar parte activa en deportes y atletismo; preferiría pasar el tiempo libre con gente a pasarlo solo; me gusta observar y hablar de eventos atléticos; disfruto del espíritu de camaradería de mis colegas; me gustan los juegos sociales y los de salón, etcétera.

Protección paternal. Actitudes que lo definen: me gusta ayudar a los desafortunados, dondequiera que estén; quiero asegurar la mejor educación posible para mis hijos; quiero que a mis padres nunca les falten las comodidades de una vida confortable; quiero evitarle a mi mujer trabajo innecesario; quiero que se reduzca para todos, el peligro de muerte por accidente o enfermedad, etcétera.

Exploración (curiosidad). Actitudes que lo definen: me gusta leer libros, periódicos y revistas; quiero escuchar música; quiero saber más de la ciencia; me gusta satisfacer mi curiosidad acerca de todo lo que ocurre en mi vecindad; quiero ver más pinturas y esculturas, etcétera.

Escape (temor, necesidad de seguridad). Actitudes que lo definen: quiero que mi país tenga más protección contra el terror de la bomba ató-

* Tomados de Cattell, 1957.

mica; quiero ver atacado y destruido cualquier poder militar que nos amenace activamente; quiero ver que se reduzca el peligro de muerte por accidente o enfermedad; quiero ver castigados a los responsables de la inflación; no quiero ser nunca un enfermo mental en un hospital psiquiátrico, etcétera.

Autoaserción. Actitudes que lo definen: quiero estar elegantemente vestido, con una apariencia personal que demande admiración; quiero que me aumenten el salario; quiero ser de primera clase en mi trabajo, excediendo a mis colegas; quiero pertenecer a un buen club, o ser miembro de un equipo; quiero mantener una buena reputación con aquellos que me pueden ayudar en mi carrera, etcétera.

Sexo narcisista o superyó invertido. Actitudes que lo definen: quiero fumar mucho; quiero disfrutar de la bebida de cuando en cuando; quiero disfrutar de mi propia compañía, pensamientos y ensueños; quiero gastar en comidas realmente finas, en dulces y refinamientos; quiero más tiempo para disfrutar de descanso y para dormir hasta más tarde en las mañanas, etcétera.

Entre las estructuras del sentimiento, encontramos cinco: sentimiento a la profesión, a los juegos y deportes; el religioso, el mecánico y aquel de sí mismo. Los patrones medios de estos factores (Cattell, 1957 y 1965) se presentan a continuación:

*Sentimiento a la profesión (fuerza aérea).** Actitudes que definen: quiero hacer mi carrera en la fuerza aérea; me gusta la excitación y la aventura del combate aéreo; quiero obtener educación técnica como la que imparte la fuerza aérea; disfruto en mandar a otros hombres y de arrogarme las responsabilidades de un líder (dirigente) militar; no quiero tomar más tiempo para disfrutar del descanso y para dormir hasta ya tarde por las mañanas, etcétera.

Sentimiento a juegos y deportes. Actitudes que lo definen: me gusta ver y hablar de eventos atléticos; no me gusta hacer trabajos manuales en madera, metal, barro; no me agrada pintar, etc; me gusta tomar parte activa en deportes y atletismo; me gusta pelear, principalmente si mis derechos se encuentran involucrados; disfruto los viajes, la cacería y la pesca, etcétera.

Sentimiento religioso. Actitudes que lo definen: quiero sentir que estoy en contacto con Dios o con algún principio en el universo que dé significado y ayuda a mis luchas; quiero ver organizadas las normas de la religión; mantenidas o aumentadas a lo largo de nuestras vidas; deseo tener el consejo de mis padres y poner atención a su interés en la planeación de mis asuntos; quiero, además, que nunca les falten las comodidades

*De la fuerza aérea, porque fueron miembros de ella a quienes se estudió para la derivación de este factor; Cattell piensa que existe un sentimiento similar para todas las profesiones.

de una vida confortable; quiero que no se permita el control de la natalidad en lo absoluto, etcétera.

Sentimiento por lo mecánico o por lo material. Actitudes que lo definen: disfruto de un buen carro o motocicleta, por sí mismos; me gusta manejar cosas mecánicas —aparatos, motores, etc.—; disfruto en comprar y vender cosas y al tratar de obtener ganancias en los negocios; no quiero tener el consejo de mis padres ni atender sus deseos al planear mis asuntos; me gusta poseer una casa y tener cosas que pueda llamar mías; me gusta estar alto, en un aeroplano, etcétera.

Sentimiento del self. Actitudes que lo definen: me gusta tener un buen control sobre todos mis procesos mentales —mi memoria, pulsiones y conducta general—; no quiero hacer algo que perjudique mi sentido de autorrespeto; quiero ser de primera clase en mi trabajo; quiero tomar parte en actividades civiles en la comunidad en que vivo, mantener una reputación de honestidad y altos principios entre mis amigos, etcétera.

Esta estructura está supeditada a la mayoría de las satisfacciones *érgicas* y de sentimiento del individuo. Nos explica Cattell que tal sentimiento representa la habilidad para contemplar el *self* físico y social, por medio del cual la satisfacción de cualquier deseo se supedita en parte a un sentimiento de bienestar del *self* total.

Este sentimiento se convierte, debido a dichas contribuciones, en el más poderoso del *encaje*, que controla, hasta cierto grado, a todos los demás (Cattell, 1950).

La principal influencia organizadora ejercida sobre los rasgos dinámicos en su compleja interacción, es el *self* estructural; más precisamente, el *self* derivado o el sentimiento del yo (Hall y Lindzey, 1965).

Existe también un *self* ideal y un *self* real. Ambos dependen del progreso de autoobservación. El *self real* es el individuo como debe aceptarse en sus momentos más racionales; y el *self ideal* es el sujeto como le gustaría verse a sí mismo (Hall y Lindzey, 1965). Es éste un sistema de actitudes cuya satisfacción constituye la preservación del estatus físico, social y moral del *self* (Cattell, 1965).

Los rasgos dinámicos no son tan estables como aquellos de personalidad y habilidades. La fuerza de los sentimientos varía en función del aprendizaje, decadencia, tiempo y circunstancia. Nuestros niveles de tensión *érgica* están en continuo cambio debido a la estimulación general del medio y a la cantidad de reforzamiento de metas que reciben generalmente (Cattell, 1957). Estos niveles son susceptibles a la privación fisiológica y están determinados parcialmente por la historia más remota de esa pulsión (Cattell, 1965).

En este medio también existen rasgos de segundo orden, y son los siguientes (Cattell, 1957):

Factor 1. Dimensión de supresión érgica —expresión érgica: se puede interpretar como la inhibición cultural general.

- Factor 2. Expresa la oposición de los intereses deportivos contra los mecánicos; se encuentra alguna relación entre el deporte y el ergio autoasertivo, y entre el interés mecánico y el ergio curiosidad.*
- Factor 3. Factor temperamental premisa.*
- Factor 4. Sentimientos y ergios centrados en la carrera.*
- Factor 5. Oposición érgica entre el gregarismo y la búsqueda de descanso por un lado, contra la curiosidad y posiblemente autoaserción por el otro.*
- Factor 6. Relación entre la fuerza de la pulsión temor y el grado del desarrollo del sentimiento del self.*

Lo que ahora interesa a los psicólogos es ver cómo se relacionan los sentimientos y *ergios* con los factores de personalidad. Un estudio realizado (Cattell, 1957, pág. 527) indica que existen relaciones significativas entre el temperamento y la disposición en la dirección esperada, pero no constituyen identidades totales.

El concepto de subsidiación y el encaje dinámico

La observación en la clínica, la experiencia (aprendizaje), y la vida diaria, nos indican que la conducta se moldea mediante un conjunto de submetas. Todas las actitudes se pueden percibir como cadenas de *subsidiaciones* (quiere decir, según Murray, que cualquier actitud general —un curso habitual de acción— tiene otra actitud que la lleva allí) (Hall y Lindzey, 1965). El desarrollo de los cursos de acción correspondientes a la submeta y de la relación subsidiaria, surge porque en la compleja frustración que es nuestra cultura, la persona encuentra con frecuencia que el curso inicial de acción, que se creía suficiente para responder a la situación *x* y llegar a la meta *y*, ya no sirve. Entonces el sujeto tiene que aprender primero a realizar la situación *z* como una submeta en sí necesaria (Cattell, 1957). Dos o más actitudes pueden con frecuencia ser subsidiarias de la misma submeta. Todos los cursos de acción tienen su fin en metas instintivas o de pulsión. Después de que se logra una meta, ya no hay necesidad de más actividades. Por otro lado, la educación y las complicaciones de la cultura hacen que el *encaje* se extienda constantemente hacia la izquierda. Esto aumenta el esfuerzo o presión que tiene el sujeto cuando se produce el rodeo que tiene que realizar para llegar a la meta (Cattell, 1957 y 1965).

Esquema del *encaje* dinámico*

Nivel de intereses Origen →	Nivel actitudinal del curso de acción →	Nivel sentimental Meta	Nivel <i>érgico</i>
-----------------------------------	---	------------------------------	------------------------

*Hall y Lindzey, 1965.

Si seguimos un curso de acción desde la meta (porción proximal) hacia la cual conduce hasta su origen (porción distal), encontramos varias submetas y varios aspectos motivantes actuando sobre él (Hall y Lindzey, 1965).

El curso de acción que un individuo sigue en sus intentos para satisfacer una pulsión *érgica* no es siempre directo. Cattell se refiere al proceso mediante el cual una ruta directa a la meta se deja a un lado por una menos directa, como el de rodeo largo. La mayoría de las formas derivadas de la motivación representan rodeos largos, y son consecuencia de las barreras y frustraciones que interfieren con los medios directos, innatamente preferidos, para llegar a la meta. Existe una tendencia en el organismo a conservarse sin cambios en los cursos de acción preferidos, esta tendencia se denomina *rigidez de disposición*, y se supone que varía de un rasgo a otro y de un individuo a otro (Hall y Lindzey, 1965).

A este conjunto de intereses, actitudes, sentimientos y *ergios* con sus diferentes cursos de acción, submetas, etc., le llamó Cattell *encaje dinámico*, y es una representación gráfica del repertorio conductual de los individuos (Cattell, 1957 y 1965; Hall y Lindzey, 1957).

El problema principal de la dinámica de la personalidad, es determinar las fuerzas del interés en los varios cursos de acción a lo largo de estos circuitos que forman el *encaje dinámico*.

La ecuación específica

La tarea de la investigación factorial ha sido definida como sigue: *a*) encontrar patrones no variantes que correspondan a unidades psicológicas, y ofrecer medios para llegar a un significado psicológico; *b*) definir la personalidad de cada individuo valorando las variables en función de sus pesos descubiertos, para darle una calificación de factor y, eventualmente, un perfil de todos los factores; *c*) combinar los efectos psicológicos de los factores en una *ecuación específica*, que estime lo que el individuo hará en cada una de un gran número de situaciones estímulo (Cattell, 1957).

Ecuación específica

$$P_{ij} = S_{1i}T_{1j} + S_{2j}T_{2i} \dots \dots \dots S_{ni}T_{ni} + S_jT_{ji}$$

donde:

P = conducta del individuo (*i*) en una situación particular (*j*).

S = índices situacionales (pesos factoriales de los rasgos).

T = calificación en el rasgo o factor que el sujeto haya obtenido en una prueba (Cattell, 1965; Hall y Lindzey, 1965).

Esta ecuación significa que la conducta o magnitud de la respuesta (P) está definida por la situación estímulo (j) para el individuo (i), y es igual a la suma de las calificaciones que el sujeto obtiene en los rasgos-fuente (T), cada uno multiplicado por el peso o carga del factor experimentalmente obtenido (S), para la variable P_j en esos factores. Las cargas de los factores (S), se definen mejor desde el punto de vista psicológico, como índices situacionales; es decir, establecen el grado en el que varios rasgos-fuente se encuentran estimulados y se ponen en acción debido a la situación-estímulo (j) a la que se hace la respuesta (P) (Cattell, 1957 y 1965; Hall y Lindzey, 1965).

El significado psicológico de la ecuación específica se puede delinear de la siguiente manera: 1) Se puede alcanzar el mismo grado o magnitud de respuesta por medio de diferentes combinaciones de los factores de personalidad. 2) La forma matemática en que se combinan los factores corresponde a la forma psicológica en que lo hacen. 3) Los factores que se combinan están por lo general en diferentes unidades, en el sentido científico, pero estadísticamente todos están en calificaciones estándar. 4) Representa a una personalidad, que actúa como una integración total en una situación dada. 5) Se pueden analizar los componentes de error que se presentan en la medición (error de muestreo, de medida; la fluctuación funcional o factores específicos espurios) y agregarse a la ecuación para tomarse en cuenta. 6) En este modelo de la estructura de la personalidad, se supone que los efectos de los diversos rasgos se combinan aditivamente. 7) Hay rasgos que son más poderosos o fuertes que otros (tienen una varianza mayor) para diferentes personas y en diferentes culturas, y esto también se obtiene mediante esta ecuación.

También se puede calcular la tensión de los *ergios* del individuo en un momento dado. La tensión érgica es función de la situación estímulo ($S + k$), multiplicada por la fuerza de la necesidad y el grado de satisfacción recibida intermitentemente. La ecuación es la siguiente (Cattell, 1957):

$$E = S + k [C + H (P - aG) - bC]$$

donde:

$S + k$ = situación estímulo.

a = fuerza de la pulsión: la fuerza natural de la pulsión del individuo en esta etapa de su vida sin tener en cuenta la esti-

mulación actual, o las condiciones gratificantes, sino sólo el componente de la condición fisiológica normal.

b = fuerza de la necesidad: la fuerza de la necesidad en ese momento, sólo como inherente a la persona y a la gratificación común, pero aparte de la estimulación.

c = nivel de tensión *érgica* total: representa el resultado final debido a la acción combinada de la fuerza de la necesidad y el nivel estimulación.

Una *ecuación específica* más completa que nos puede ayudar a determinar la respuesta que ejecutará un sujeto en una situación dada, deberá tener en cuenta, no sólo los rasgos de personalidad general (T), sino también las habilidades, los niveles de tensión *érgica* (E), los sentimientos del sujeto en ese momento, el *rol* o *roles* que entren en juego, y los estados temporales por los que está pasando tal individuo. Siendo así, nuestra ecuación específica quedaría (Cattell, 1957):

$$P_j = S_{ja}A \dots + S_{jtr}T \dots + S_{je}E \dots + S_{jm}M \dots + S_{jr}R \dots + S_{jg}S$$

donde:

A = rasgos-fuente de habilidad; qué tan *bien* se hace algo

T = rasgos temperamentales: el estilo de conducta

E = pulsiones *érgicas* (primer tipo de rasgos dinámicos)

M = sentimientos (segundo tipo de rasgos dinámicos)

R = rasgos-*rol* (tercer tipo de rasgos dinámicos)

S = estados temporales y otros estados modulatorios.

Cabe mencionar que todas estas ecuaciones son sólo modelos teóricos; sería difícil usarlos en la práctica.

El desarrollo de la personalidad

Para Cattell el proceso de desarrollo consiste principalmente en la modificación de los *ergios*, la elaboración de *metaergios* y la organización de una estructura del *self*. La facilidad y extensión o grado con que se lleva al cabo este tipo de modificación y crecimiento es función de la inteligencia, cantidad de rigidez de disposición, fuerza de la memoria y, principalmente, función del proceso de aprendizaje (Hall y Lindzey, 1965).

Para Cattell, las tres formas de aprendizaje que actúan en el desarrollo de la personalidad son: condicionamiento clásico, aprendizaje de reforzamientos de caminos-meta y aprendizaje integrativo (1965).

No podemos esperar que el condicionamiento clásico pueda explicar todo el aprendizaje en la personalidad, pero debemos recordar que cuando el estímulo incondicionado y el condicionado se asocian en forma intermitente, el aprendizaje dura más. Muchas de nuestras respuestas de personalidad se aprenden en base a esta probabilidad, pero rara vez nos damos cuenta de esto. El papel del condicionamiento clásico es probablemente muy importante en el aprendizaje inconsciente, y ciertamente juega un papel importante en algunas fobias y asociaciones emocionales muy poderosas (Miller y Dollard, 1965; Bandura y Walters, 1967).

Por aprendizaje de caminos-meta entendemos aquel de conducta nueva para alcanzar una meta antigua, tal como se presenta ya sea en un *ergio* o en un sentimiento.

Mucho del aprendizaje en la personalidad ocurre debido a la ley del efecto (Hilgard, 1961). Una actitud no se implanta en forma directa, sino demostrando cómo se supedita a un sentimiento ya existente. Esto se logra cuando una nueva actitud se ve reforzada al lograr la meta deseada.

Alguna parte del aprendizaje en la personalidad es totalmente racional; otra parte es la más o menos consciente imitación de alguna(s) persona(s) admirada(s); otra parte aun, es inconsciente (nos comportamos al azar y parece que se refuerza en forma bastante consistente sólo cierta parte, cierto tipo, de esta conducta, aparentemente sin ninguna razón obvia).

La ley del efecto es el principio más adecuado para comprender gran parte del desarrollo de la personalidad (Cattell, 1965; Hilgard, 1961).

El aprendizaje se debe considerar también en relación con la totalidad de las satisfacciones de las pulsiones del organismo, no sólo en términos de la satisfacción de caminos-meta o metas *érgicas* únicas. El aprendizaje integrativo es el productor esencial de los sentimientos generales y del sentimiento del *self* (principalmente de este último); el aprendizaje de ensayo y error juega también un papel importante.

Encontramos que la personalidad presenta las siguientes características, durante los primeros años de vida: *a*) su estructura (fuera del reino dinámico) no es en ningún sentido radicalmente más sencilla en la infancia que en la edad madura. Se han encontrado de 12 a 20 factores en cada uno de los tres medios (*L*, *Q*, *T*) en la infancia; *b*) existen todas las indicaciones de que las principales dimensiones encontradas, son las mismas. Sólo en algunos casos no se ha encontrado algún factor en la infancia, y que sí existe en las poblaciones adultas (ejemplo, *factor N*); *c*) hay algunas diferencias sistemáticas en el patrón de carga cuando éste es estudiado transversalmente, en diferentes edades. Por ejemplo: la debilidad del yo (*C -*), presenta más sintomatología neurótica en los adultos, y más desórdenes conductuales en la infancia. El patrón de dominación (*E +*), presenta más reserva, logro y dominio en las habilidades

sociales en adultos, y más *parlanchismo*, desagrado por la escuela desobediencia y desafío a la autoridad en los niños. *Autia* ($M +$), presenta menos cinismo bohemio y más originalidad lírica en los niños; *d*) desde el punto de vista técnico se nota que la estructura simple en los factores de las respuestas a los cuestionarios es más pobre a medida que los sujetos son más jóvenes. No resultan tan consistentes en sus respuestas, o tan claros en la concepción que tienen de ellos mismos (Cattell, 1957).

Ajuste, adaptación e integración de la personalidad y el medio

Un rasgo no es algo que exista en la persona, sino es un concepto y una medida derivados de sus relaciones con su medio, aunque se le adjudica al sujeto. Los rasgos conductuales son las negociaciones o compromisos necesarios entre las urgencias fisiológicas del organismo por un lado, y las demandas físicas y sociales por otro (Cattell, 1965).

El ajuste describe la calidad de los arreglos internos por medio de los cuales se mantiene la adaptación; significa también, el estar libre de presiones, conflictos y represiones, hasta donde sea posible, a lo largo de la estructura dinámica (Cattell, 1957). Ajuste es el grado en el que el individuo logra la expresión satisfactoria de su naturaleza dada (Cattell, 1965).

Adaptación. Se entiende por tal el hecho de que un individuo y una comunidad con hábitos semejantes tengan un promedio de supervivencia arriba del normal (Cattell, 1957). También es el grado en el que la conducta del individuo le ayuda a sobrevivir y a tener éxito (Cattell, 1965).

Integración. Es el grado hasta el cual una persona no deshace con la mano izquierda lo que hizo con la derecha; el nivel hasta el cual todas las pulsiones érgicas y las expresiones conductuales se encuentran coordinadas hacia una meta única (Cattell, 1957); la coherencia de propósitos en una meta vital única (Cattell, 1965). Este concepto es muy difícil de medir, porque lo que interfiere con la integración depende de los valores individuales.

Conflicto. Su esencia es la falla para expresar una tensión érgica cuando la frustración no se debe a la privación externa inmediata, sino que está causada por fuerzas inhibitorias internas (atención, emoción, acción). Puede surgir (Cattell, 1957) debido a un conflicto perceptual, una confusión perceptual, un conflicto de medios, o a un conflicto de metas.

Los cruces dinámicos o quiasmas, en el análisis del proceso de ajuste

El análisis del proceso de ajuste considera todas las alternativas posibles del *aprendizaje emocional* de ensayo y error, obteniéndose un es-

quema de *cruces dinámicos*. En la figura 31.1, al pie de la página, se observan todas las alternativas posibles.

El primer *cruce dinámico* ocurre cuando el individuo realiza un intento inicial para asegurar la satisfacción de un *ergio* dado. Existen cuatro alternativas que pueden seguir a la instigación de un *ergio*. *Primera*, el individuo puede asegurar su gratificación como resultado del patrón de conducta determinado en forma innata. *Segunda*, el individuo puede no asegurar la gratificación debido a la ineffectividad de los patrones de respuesta motora y perceptual innatos, en vista de los factores ambientales particulares presentes. *Tercera*, el patrón *érgico* se puede modificar o supeditar a otro *ergio*. *Cuarta*, el individuo puede no llegar a la meta debido a la operación de una barrera, aunque por otro lado, el camino a la meta es apropiado y está claramente definido. En este punto de la frustración ocurrida debido a la existencia de la barrera, surge el segundo cruce dinámico. Los caminos abiertos al individuo en este punto son: un aumento en la actividad, que lleva a la gratificación, la aparición de rabia que hace que la conducta logre sobreponerse a la barrera, o rabia que resulta ser poco efectiva en vista de la existencia de la misma barrera. Las dos primeras respuestas completan la secuencia conductual y no necesitan mayor explicación; pero la tercera respuesta forma el tercer cruce

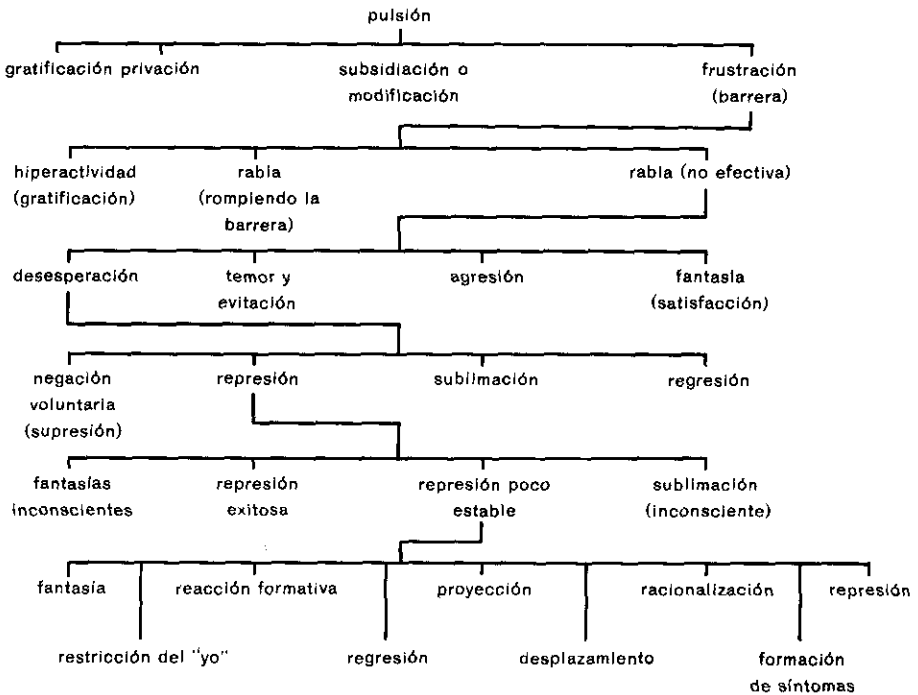


Figura 31.1

(Cattell, 1965)

dinámico. En este nivel, surgen cuatro caminos a escoger: desesperarse y dejarlo por la paz, temor y evitación, pugnacidad persistente no efectiva (agresión), y satisfacción por medio de la fantasía. Si el sujeto continúa sus respuestas según las maneras implicadas por la segunda y tercera alternativas, eventualmente ya sea que escape del campo o llegue a la meta, debe de regresar al primer camino a intentar negar la fuente de estimulación (Hall y Lindzey, 1965).

El cuarto cruce dinámico se refiere a dejar por la paz al *ergio*, y con este paso nos alejamos de los ajustes que son principalmente externos y visibles al observador y nos adentramos en aquellos que son principalmente internos y sólo inferidos. Cattell considera que la ansiedad es el factor clave en la negación o sea en renunciar al *ergio* y, además el desarrollo de esta ansiedad está íntimamente conectado con las respuestas de temor que caracterizan al segundo camino del tercer cruce dinámico. En vista de esta necesidad ansiosa de abandonar la tendencia *érgica*, el sujeto tiene cuatro caminos abiertos ante él: puede responder, suprimiendo el *ergio*; es decir, negándolo voluntariamente y rehusándose a actuar ante las pulsiones relevantes. En segundo lugar, puede intentar reprimirlo. Tercero, puede sublimar el *ergio* en forma consciente; es decir, puede establecer un sustituto aceptable dándose cuenta de lo que hace. Cuarto, puede regresar a la conducta persistente no adaptiva o recurrir a la delincuencia o alguna otra meta sustituta socialmente no aceptable. De estas alternativas, es la del intento de represión la que llama nuestra atención y representa el quinto cruce dinámico. Se le presentan al individuo, en este punto, cuatro respuestas alternativas: puede recurrir a fantasías inconscientes, que de cuando en cuando se vuelven conscientes; después, existe la posibilidad de una represión exitosa, en cuyo caso las pulsiones *érgicas* se mantienen de manera confiable a un nivel inconsciente. Tercero, puede existir una represión poco estable, en cuyo caso el *ergio* se mantiene en forma precaria a nivel inconsciente. Cuarto, cuenta la posibilidad de una sublimación inconsciente e involuntaria (Hall y Lindzey, 1965).

El sexto cruce dinámico se presenta en el estado de represión inestable. Aquí no se mantiene con éxito la represión y el individuo puede recurrir a maniobras defensivas adicionales. En estas circunstancias, Cattell sugiere que existen un total de diez caminos diferentes abiertos ante el sujeto; éstos corresponden en forma burda a los mecanismos de defensa según han sido descritos por los teóricos psicoanalíticos, y son: fantasía, formación reactiva, proyección, racionalización, restricción del *yo*, otros mecanismos de defensa, desplazamiento con formación de síntomas, y otras formaciones de síntomas. Raymond B. Cattell considera en su teoría que los siete primeros mecanismos de defensa representan respuestas cuya manera de ser va determinada por el *yo*, y los últimos tres representan respuestas determinadas por el *ello*.

En el sistema de Cattell, los seis cruces dinámicos junto con los conceptos psicoanalíticos del *yo*, *superyó* y *ello*, se usan para representar tanto el desarrollo del camino normal, como la manera en que se desarrollan las formas desviadas de conducta; por ejemplo, la neurosis y la psicosis (Hall y Lindzey, 1965).

Bibliografía

- ALLEN, R. M., *Variables in personality theory and personality testing; an interpretation*, Charles C. Thomas Publisher, 1965.
- BANDURA, A. y WALTERS, R. H., *Social learning and personality development*, Holt, Rinehart Winston, Nueva York, 1967.
- CATTELL, R. B., Measurement of Source traits, en Crow, L. D. y Crow, A., *Readings in psychology*, Barnes & Noble Inc., Nueva York, 1964.
- CATTELL, R. B., *Personality and motivation: structure and measurement*, World Book Co., Yonkers, Nueva York, 1957.
- CATTELL, R. B., *The scientific analysis of personality*, Aldine Publishing Co., Chicago, 1965.
- CATTELL, R. B. y WARBURTON, F. W., *Objective personality and motivation tests*, University of Illinois Press, Urbana, Chicago, 1967.
- CROW, L. D. y CROW, A., *Readings in psychology*, Barnes y Noble, Nueva York, 1964.
- GUILFORD, J. P., *Personality*, McGraw-Hill, Nueva York, 1959.
- HALL, C. S. y LINDZEY, G., *Theories of personality*, Wiley, Londres, 1965.
- HILGARD, E. R., *Teorías del aprendizaje*, Fondo de Cultura Económica, México (primera edición en español), 1961.
- HILGARD, E. R., *Introduction to psychology*, Harcourt, Brace y World, Nueva York, (tercera edición), 1962.
- LINDZEY, G., *Assessment of human motives*, Holt, Rinehart y Winston, Nueva York, 1964.
- MILLER, N. y DOLLARD, J., *Personality and psychotherapy*, McGraw-Hill, Nueva York, 1965.
- REIDL, L., *Estudio preliminar a la estandarización de la prueba "Jr.-Sr. High School Personality Questionnaire" del doctor Raymond B. Cattell en un grupo de adolescentes*, tesis de licenciatura en psicología, UNAM, febrero de 1969.
- SARASON, I. G., *Contemporary research in personality*, D. Van Nostrand, Princeton, Nueva Jersey, 1965.
- SARASON, I. G., *Personality: an objective approach*, Wiley, Nueva York, 1966.
- SEMEONOFF, B., *Personality assessment*, Penguin Books, Londres, 1966.
- THOMPSON, R., *The pelican history of psychology*, Penguin Books, Londres, 1968.

**Sexta
parte**

**Teorías
culturales de
la personalidad**

32

KARDINER, DEVEREAUX, MORENO

KARDINER

Abraham Kardiner postuló la existencia de una “estructura básica de la personalidad” típica de los miembros de una determinada sociedad. Las instituciones primarias serían las responsables de la formación de esta estructura básica de la personalidad. Define la institución primaria como “la que sea más antigua, más estable, y tenga menos probabilidades de ser intervenida por las vicisitudes del clima o la economía” (1956).

Confeccionó una lista de instituciones primarias, aunque no la consideraba definitiva, pues afirmaba que era probable hubiera variaciones entre unas sociedades y otras. Su investigación se centró en la organización familiar, la formación en el grupo, costumbres alimentarias (sobre todo con relación al destete), cuidado y negligencia de los niños, educación sexual y modos de subsistencia. De los seminarios de Kardiner surgió la denominación de “cultura de la personalidad”.

Kardiner (1968; 1956) aportó a la antropología el marco conceptual psicoanalítico. Su intento era “forjar una técnica” para conseguir la síntesis entre los conceptos psicoanalíticos y los conocimientos de la antropología cultural en los estudios etnológicos acerca de las culturas aborígenes del mundo. Aunque define sus esfuerzos como exploratorios y no concluyentes, ofrece más bien un método que unos resultados teóricos definitivos en relación con las diferencias culturales de la personalidad.

Por otra parte, Kardiner aporta el concepto de “estructura de base”, que se corresponde con la definición cultural del yo. Ralph Linton explica cómo este autor utiliza dicho concepto derivado de la estructura de la personalidad básica.

La estructura de la personalidad básica, tal como el término se utiliza en este lugar, representa la constelación de las características personales que resul-

tasen congruentes con la gama total de las instituciones comprendidas dentro de una cultura determinada. Se le ha deducido del estudio del contenido y organización de la cultura y es, por consiguiente, una abstracción del mismo orden que la propia cultura. Hasta dónde esta estructura de la personalidad básica representa un denominador común de las personalidades de los individuos que participan en la cultura, constituye un punto que sólo puede determinarse mediante el estudio efectivo de series de individuos pertenecientes a varias sociedades. El estudio de las estructuras básicas de la personalidad para diferentes sociedades ha contribuido a un interés continuo de los estudios antropológicos de cultura y personalidad. (Kardiner, 1968.)

Sus técnicas psicodinámicas de análisis dieron la pauta para los posteriores estudios de la "personalidad básica" en los trabajos acerca de la cultura a distancia.

A continuación, veamos la esquematización que Kardiner hace de los diferentes conceptos. De la teoría de la libido de Freud toma la relación entre la estructura psicológica y el aparato psicobiológico (Kardiner, 1974). Luego, demuestra la relación psicodinámica existente entre la naturaleza y la socialización, en un esquema operacional (Kardiner 1974). Asimismo, define la personalidad básica como una estructura del yo derivada del efecto de ciertas prácticas en el individuo en desarrollo, lo cual es una base adecuada que permite predecir el tipo del ser humano que resultará de las influencias culturales.

Considera que el concepto de personalidad básica es un mero inventario de características sin valor operacional (Kardiner, 1974). A continuación, demuestra cómo una institución básica, por medio de sus efectos en la personalidad, influyen en todos los sistemas secundarios.

DEVEREAUX

Devereaux psicoanalista freudiano francés, piensa que desde hace tiempo todas las ciencias sociales, tratan de convertirse en ciencias exactas, primero con el discernimiento de su posibilidad y naturaleza, y después por el análisis y la medición de magnitud del error probable inherente al proceso mismo de observación y medición; por ejemplo: la distorsión cromática y otros tipos de errores que se producen en la misma lente microscópica, u otros semejantes. Esta misma disciplina epistemológica refinada se ha dado también en la metafísica y en la ciencia, con el cambio revolucionario de la filosofía sintética de la historia a la moderna analítica, y nos ha dado una filosofía con una clave nueva. Las autonombradas ciencias sociales, en busca del prestigio de las ciencias exactas, siguen solamente el modelo mecanicista newtoniano del siglo XVII, tal como entonces lo hizo la física del siglo XVII, como si Eins-

tein y Heisenberg no hubiera revolucionado la física en ese intervalo de tres siglos.

Devereaux señala cómo los científicos de lo social, fatuamente manipulativos, "experimentales", no han tenido la humildad ni el ingenio suficientes para reconocer que introducen en sus máquinas de la verdad datos contaminados de muchas maneras por el hombre; y, a pesar de una metodología obsesivamente exacta, están, por ello, en la circunstancia de redescubrir de manera tortuosa, laboriosa y, sobre todo, inconsciente, el folklore local contemporáneo de nuestra sociedad.

El presunto analista, si quiere observar a los demás con alguna corrección, tiene que penetrar, primero, arduamente en sí mismo, mediante el análisis de las deformaciones que las observaciones producen dentro de su persona, como observador.

Para el hombre, estudiar a otro hombre no es tan fácil como parece, porque él también ocupa un universo relativista en un espacio psicológico. Devereaux, en el examen de la contratransferencia subjetiva, afirma que ésta es una exigencia molesta, difícil y muy desagradable, en tanto que, por otra parte, la investigación científica y social, por sí sola, podría ser una agradable complacencia, una gratificante teología del hombre, que lo descubriría como lo deseáramos precognitivamente. Devereaux ha planteado la alarmante posibilidad de que la etnografía de campo, y con ella toda la ciencia social tal y como se practica en la actualidad, no fuera más que una autobiografía del que la realiza. Ahí donde el antropólogo pudiera suponer que penetra en un campo, cabalmente exento de ideas, motivaciones, teorías o culturas apercitivas propias, nos vemos ahora obligados a disentir en cuanto él es, al mismo tiempo, *sapiens* y portador de cultura, así como por la posibilidad de que su simple ciencia, si no está disciplinada por la conciencia de la contratransferencia, no sea sino su propia proyección.

Devereaux ubica como aspecto central de sus postulados, al proceso contrasferencial del grupo, como visión de lo que sucede dentro del campo social, y propone un estudio de lo psicosocial basado en la contratransferencia como forma de evitar proyecciones y errores. Piensa que el complejo de Edipo tiene un valor universal y mide la propia cultura, y lo considera una forma de comportamiento característico del *homo sapiens*. Defiende, contra Malinowski y otros, la tesis de la unidad psíquica de la humanidad, y en cuanto psicoanalista se propone interpretar la cultura como manifestación de fenómenos psíquicos. Sin embargo, debido a que la ciencia de la cultura es la etnología, Devereaux considera que la cultura, desde un sentido universal, es representativa de todas las culturas.

Uno de los factores más importantes de la obra de Devereaux es su estudio de los fenómenos psicopatológicos en distintos contextos (1973), donde postula una personalidad étnica que involucraría

aquellos aspectos del inconsciente que caracterizan un grupo étnico o que sus individuos tienen en común, mientras que los demás pertenecerían a la personalidad idiosincrásica del individuo. En su análisis de los mecanismos de defensa, distingue entre los meramente psicológicos, por ejemplo, la proyección y los materiales, y los culturales, que los refuerzan y permiten su actualización; en este sentido, considera los mitos como medio de defensa, debido a que proporcionan una especie de "cámara fría" impersonal en la que los fantasmas individuales suscitados por los conflictos interiores pueden ser "depositados". Asimismo, los ritos y costumbres importantes de la experiencia cultural, como la circuncisión o la exposición de los ancianos a los elementos, representarían los conflictos infantiles reprimidos. Otra idea de Devereaux procede de la aplicación del concepto de contratransferencia a la etnología, al analizar en qué medida el enfoque del etnólogo refleja su propia problemática neurótica.

MORENO

Según José Luis Moreno, el hombre estructura su yo por medio de sus roles. En consecuencia esta estructuración desde los roles psicósomáticos, en los que se apoyan los roles originarios o fundantes y los sociales, cumple un proceso que pasa por sucesivos estadios, los cuales como en una imbricada red, se suceden o superponen en el tiempo hasta llegar a la estructuración definitiva de la personalidad, que surgirá del equilibrio entre todos los roles.

El conjunto de roles que estructuran a la persona conforma su átomo cultural. Este átomo cultural sufre diferentes viscosidades hasta lograr la estructuración total. Pasa así de lo que denominamos átomo cultural primigenio, que corresponde a la matriz de identidad dentro de la cual se desarrollan los roles psicósomáticos, al átomo cultural originario, perteneciente a la matriz familiar donde se desarrollan los roles fundantes, para alcanzar el átomo cultural social, correspondiente a la matriz social en la que se desarrollarán los roles derivados o sociales.

Estos tres átomos culturales (primigenio, originario y social) confluyen en un conjunto total o átomo cultural individual, en el que uno es partícipe del otro.

Los átomos culturales se desarrollan en el intercambio constante del juego de roles con roles complementarios ejercidos en el mundo circundante por aquellos otros significativos que han estado presentes en el proceso de evolución.

Numerosos actos creativos conforman el desarrollo. Para Moreno, el pasaje de la vida intrauterina a la vida autónoma es el primer acto creativo, la primera elección espontánea entre la vida y la muerte.

Este acto creativo y fundante es el primero de una sucesión que se dará en el transcurso de la vida, no en el vacío sino en unión y con la ayuda del otro.

A cada etapa de desarrollo del átomo cultural le pertenece un átomo social real constituido por los individuos que desempeñan los roles complementarios necesarios.

Estos sucesivos átomos sociales reales van a instituirse en el átomo social perceptual, mediante el cual el individuo establece sus vínculos y se relaciona con sus semejantes.

Para alcanzar sus fines terapéuticos, el psicodrama debe actuar en este átomo social perceptual, a fin de lograr la modificación y enriquecimiento de los roles actuales integrantes del átomo cultural. El átomo cultural primigenio tiene su correspondencia con la etapa de la matriz de identidad.

Para Moreno la matriz es un lugar de aconteceres en continua modificación y cambio, un *locus*. En la matriz de identidad comienzan a desarrollarse los roles psicosomáticos con la finalidad última de la diferenciación.

A partir del acto creador del nacimiento que modifica una estructura de funcionamiento corporal, el niño dependiente por completo debe recurrir a todo su caudal de espontaneidad para estructurar sus roles psicosomáticos en relación directa con cada función fisiológica.

El crecimiento es una larga sucesión de actos creadores que llevan hacia la independencia. Cuando un niño respira por primera vez instituye mediante este acto creador un nuevo modo de ser, se modifica para adecuarse a su medio.

En el acto fundante de su primera respiración surge el rol psicosomático de respirador y la actitud básica de posibilidad de cambio.

Al desarrollar en las cinco etapas descritas por Moreno el rol de ingeridor, en directa relación con el de defecador — tan imbricado con el anterior que constituyen un solo rol inseparable—, el niño experimenta con las actitudes básicas de recepción y entrega y sus derivadas: aceptación-rechazo, complementación-oposición, conexión-aislamiento. las actitudes básicas de recepción y entrega y sus derivadas: aceptación-rechazo, complementación-oposición, conexión-aislamiento.

Los límites y posibilidades de descubrimiento del otro los adquiere por medio de su rol contactador alimentado por las sensaciones de su piel, de su aprehensión táctil, etc., que le informan de la presencia o ausencia de los que lo rodean. De la estructuración de este rol surgirá la actitud de ternura-violenta con todos sus derivados en el nivel afectivo.

El rol de perceptor cenestésico será fundamental para el reconocimiento de las propias reacciones frente a diversas situaciones, en especial las de temor y protección.

El rol kinésico le permitirá experimentar su independencia, en prin-

cipio con los movimientos musculares faciales más pequeños hasta llegar a la deambulación.

Los roles psicosomáticos sensoriales lo insertarán en el mundo. El rol de visor le descubre el espacio, el que lo rodea y el que lo separa del otro. Este rol complementa al de ingeridor y junto con él siguen las cinco etapas evolutivas.

Los roles de auditor, olfateador y degustador son aproximaciones diferentes. Con ellos el mundo penetra en el ser humano y le proporciona elementos que él debe codificar desde sí.

En algunos roles coinciden en el tiempo el acto fundante que corresponde a su emergencia y el desarrollo total del rol (por ejemplo, el rol respirador).

En otros, hay mayor distancia entre el acto fundante de su constitución y el pleno desarrollo (por ejemplo, el rol ingesto-defecador). Los restantes se instituyen, en definitiva, tras una larga búsqueda al consolidarse el desarrollo del átomo cultural.

Es decir, los roles comienzan a instituirse en actos fundantes en la matriz de identidad y completan su desarrollo en las matrices subsiguientes.

La madre y el hijo, como un todo inseparable, constituyen la matriz de identidad en que los dos se funden en una unidad (por ejemplo, en el amamantamiento intervienen el pecho de la madre y la boca del hijo, pero el acto se realiza como una unidad). Este vínculo físico posibilita la función y a la vez los actos fundantes de los roles psicosomáticos y constituye lo que denominamos *la zona*.

En esta matriz de identidad se instituye el átomo cultural primigenio. Los roles maternos que provienen el átomo social real — formado por la madre y quienes la rodean — ofrecen la complementariedad necesaria para el desenvolvimiento de los roles que van a conformarlo. Se estructura cuando los roles psicosomáticos, sostenidos y complementados por el yo auxiliar perteneciente al átomo social real, emergen y comienzan su desarrollo.

En la estructura indiferenciada formada por la madre y el hijo, el padre desempeña una importante función de apoyo. La función directa de su rol, incipiente hasta aquí, actuará de manera preponderante en el átomo cultural originario.

El átomo cultural originario pertenece a la matriz familiar. En esa matriz se estructuran los roles que denominamos fundantes u originarios: hijo, padre, madre.

Estos roles van a desarrollarse ayudados por dos elementos insustituibles: las actitudes básicas adquiridas durante el establecimiento del átomo cultural primigenio y la estructura del átomo social real formado por la familia, en especial el padre y la madre.

Dentro de la matriz, que les brinda continente, se establece entre ambos elementos un interjuego en el desempeño de los roles. El con-

cepto de zona, vínculo físico en la matriz de identidad, se traslada a las relaciones y vínculos afectivos en la matriz familiar.

El proceso de desarrollo del rol de hijo comienza con los roles psicosomáticos. Al advertir el niño que es su madre quien lo complementa, comienza a fundarse. En este momento descubre la existencia del otro, de lo mediato y en consecuencia de la capacidad de imaginar, que será la base de pensar. Reconoce la existencia del padre y la madre, diferentes de él, y más tarde a sí mismo en el espejo.

En este rol no podemos hablar de un solo acto fundante sino de sucesivos y constantes actos fundantes en los que el niño se crea a sí mismo, siempre en relación con sus progenitores.

Si las actitudes de éstos son congruentes y continuas, el desarrollo del rol de hijo será espontáneo y creativo. Descubrirá el perfil de los roles complementarios de padre y madre y aprenderá su desempeño para luego invertir roles con ellos y poder actuarlos en relación con otro que será quien tome su propio rol de hijo.

Un rol originario recibe numerosos estímulos para formarse. La coherencia de las actitudes básicas de los que desempeñan los roles complementarios es fundamental. Permanecerá como un *continuum* en la experiencia, uniéndola a la del átomo cultural primigenio. Las actitudes básicas adquiridas en la matriz de identidad permitirán ahora la asunción correcta de los nuevos roles que se desarrollarán en la matriz familiar continente.

Si por el contrario, las actitudes de los que desempeñan los roles complementarios son deformadas y/o contradictorias, habrá en el niño dificultad para ubicarse a sí mismo, para reconocer a los que lo rodean y la percepción de los roles complementarios sufrirá una deformación. El resultado será una distorsión en la estructuración de sus propios roles, en su átomo cultural y en su proceso.

La matriz familiar continente refuerza todas las actitudes básicas al tiempo que las mantiene y sostiene para permitir su despliegue. Una matriz familiar adecuada puede suplementar las carencias de una matriz de identidad poco continente y completar la formación de actitudes básicas correctas durante el proceso de desarrollo de los roles originarios. Si ambas matrices sufren las mismas carencias y dificultades, los roles psicosomáticos y los roles originarios resultarán profundamente dañados.

En el caso de una matriz de identidad correcta que se continúa en una matriz familiar defectuosa o viceversa, será en la matriz social donde entrará la psicoterapia y corregirá la malformación de los roles originarios. La combinación armoniosa de las tres matrices genera la emergencia de roles que posibilitan al individuo el manejo adecuado de sus diversas situaciones existenciales.

Denominamos a este átomo *originario o fundante* porque a partir de él quedan inscritas las pautas de conducta de la personalidad individual.

Según Moreno, el rol es una unidad cultural de conducta. Los roles desarrollados en la matriz familiar, que pertenecen al átomo cultural originario, son las unidades de conducta que en correspondencia con la cultura familiar, brindada por el átomo social real constituido por la familia, otorgan al individuo su inserción en la matriz social de manera única, original y propia.

El átomo cultural social pertenece a la matriz social. Está conformado por los roles sociales o derivados. Algunos de ellos completan las tres etapas del desarrollo y el aprendizaje, la asunción y la creación del rol; otros se detienen en un semidesarrollo y los que permanecen en un estado potencial necesitan de un estímulo para aflorar.

El surgimiento y posterior desarrollo de los roles sociales se da con base en el juego e intercambio que establecen con sus complementarios ejercidos por otros significativos de su mundo. El proceso se apoya en los átomos primigenio y originario ya constituidos, enriquecidos al formarse los roles sociales a los cuales proporcionan su estructura.

El átomo cultural social está sujeto a innumerables modificaciones que pueden acrecentarlo o empobrecerlo, según sea la conformación de los átomos sociales con los cuales entre en contacto.

La integración en los sucesivos átomos sociales reales dependerá del propio átomo cultural y del propio y particular modo de haberse vinculado en las matrices anteriores, donde intervienen las actitudes básicas en vigencia, los roles originarios funcionantes y todos aquellos adquiridos hasta el momento.

El átomo cultural individual es el conjunto formado por los tres átomos culturales descritos, resultado de la mutua integración y un todo donde se imbrican como piezas de un mismo cuerpo.

El trabajo psicodramático establece contacto mediante cualquiera de los átomos mencionados y entran en juego todos o alguno de los diferentes roles considerados.

El átomo social perceptual es la percepción del conjunto de significativos que han poblado el mundo de relación de un individuo. Se estructura con base en las percepciones y vivencias de cada uno de sus átomos sociales reales.

Los átomos culturales (primigenio, etc.) basan su estructura en los roles desempeñados en forma complementaria por los constituyentes del átomo social real de cada matriz y en la posibilidad de intercambio. Dentro de la matriz de identidad, al átomo cultural primigenio corresponde un átomo social real, cuyo principal integrante es la madre, yo-auxiliar fundamental, o quienes de una manera totalmente accidental cumplan esa función.

De la continencia de esta matriz, de las posibilidades *tele* del niño y del yo-auxiliar —la madre— dependerá el que ésta sea percibida por el niño en forma correcta, o en forma parcial, distorsionada. De acuerdo

con este proceso *tele*, el átomo social perceptual se alejará o aproximará al átomo social real.

El grupo terapéutico forma un átomo social real para cada uno de sus integrantes. Los fenómenos que ocurren en él, en cuanto a roles y vínculos, constituyen un proceso en el tiempo en constante evolución, donde un rol caldea el surgimiento de otro y un vínculo modifica la estructura total. Pero, sobre todo, crea la oportunidad de modificar junto con el aquí y ahora, el largo proceso que hemos explicado mediante el trabajo acerca de los vínculos establecidos, en un nivel grupal o sociodramático o en el nivel personal o psicodramático.

33

CÉSARMAN*

Sabemos que no somos personas desprotegidas en el vacío ni estamos desvinculados de las cosas que nos rodean, incluido el mismo vacío; no pensamos que las cosas carezcan de significado en nuestra existencia o que no tengan la importancia necesaria para ser consideradas como motivo de investigación psicoanalítica. Ni siquiera los sueños suceden en el vacío, desvinculados del paisaje o de la escenografía. Las cosas que nos rodean son significativas, desde el paisaje y sus gratificantes, hasta el escenario, construido por nosotros, y su utilería. El significado del simbolismo o la comprensión de mecanismos de defensa como el desplazamiento, han sido útiles para interpretar las cosas como objetos: leche-pecho, tierra-madre, caja-vagina, cuchillo-pene, pero no suficientes, pues excluyen de cualquier trabajo de investigación las representaciones psicológicas de las cosas.

Así como no vemos a las personas desnudas flotar en el vacío, del mismo modo, sus representaciones, sus imágenes en nuestro universo psíquico tampoco flotan en el vacío. La organización del espacio, del tiempo, del escenario y de la utilería corresponden a representaciones psicológicas complejas. Las estructuras de nuestro aparato psíquico están diseñadas para recibir las impresiones necesarias del mundo externo y colocarlas en un orden específico y jerarquizado. El entrecruzamiento ordenado de nuestros recuerdos nos permite orientarnos en el complejo laberinto del espacio, del tiempo, de las cosas, de la naturaleza, del escenario, y de la utilería.

* En este capítulo se presenta de manera sintética el resultado de investigaciones acerca de la inclusión de nuestra relación con las cosas. Para este propósito, el doctor Fernando Césarman ha utilizado el esquema psicoanalítico, el cual permite comprender tanto el destino intrapsíquico de las cosas como el de las representaciones situadas en el yo, así como su imagen inconsciente donde, desde la necesidad, emerge lo biológico.

LOS OBJETOS Y LAS COSAS

La utilización del término objeto para referirnos a las personas como objetos del impulso, nos obliga, por claridad, a utilizar el término cosa para referirnos al recipiente de la necesidad. En el lenguaje popular, los objetos se refieren a lo no-humano, en psicoanálisis son precisamente lo humano, los recipientes de los deseos sexuales. Por costumbre se debe utilizar el término objeto para referirnos a la meta del deseo, y dejar el término cosa como la meta de las necesidades. El objeto es para el deseo lo que las cosas para las necesidades.

LAS COSAS Y EL INCONSCIENTE

De acuerdo con nuestros conocimientos, en el ello no existe el concepto de tiempo, no se registra ni el principio de la vida ni la idea de muerte, el tiempo es infinito, propiedad gracias a la cual descubrimos de manera simultánea, al penetrar la represión, sucesos que acontecieron con años de diferencia; esta es una sorpresa que nos dan los sueños, los actos fallidos, algunas fantasías y, desde luego, también las manifestaciones psicóticas. Como no existe tiempo, tampoco existe espacio, éste se considera sin límites y sin dirección; en el inconsciente, la aguja de una brújula no apuntaría hacia dirección alguna, pues es un marco en el que no existen ni tiempo ni espacio, el panorama no se puede comprender sin la estructura y los conocimientos del yo. En ese sitio donde no existen reglas ni valores, ni bien ni mal, ni adelante ni atrás, donde no se conocen ni los conceptos armoniosos, ni existen los opuestos ni las contradicciones, donde no hay orden pero tampoco se detecta el caos. Podemos suponer que, en el territorio del inconsciente, el concepto de lo humano y de lo inanimado conviven juntos.

Como consecuencia de nuestro origen inorgánico, almacenamos en el inconsciente imágenes de los elementos de los que somos descendientes. Estas imágenes se suman y le dan sentido a los elementos inorgánicos de los que aún dependemos; responden a las necesidades de autoconservación.

Es posible que el recuerdo de nuestro origen inorgánico y las pulsiones hacia el paisaje natural donde el hombre ha existido desde su origen unicelular, estén entrelazadas con las impresiones de los conceptos de familia, los humanos, la madre y la sexualidad; ésta última se depositará en algún sitio de los cromosomas para dar continuidad a la especie, de la que carece el individuo. La sexualidad, trasmisora de la vida, se entrelaza con los elementos ancestrales en los que se sustenta el individuo.

Es sorprendente la enorme represión hacia nuestro origen inorgánico. La resistencia a tratar a la psicología de las cosas como parte del

psicoanálisis se debe precisamente a esta obviedad, el terror del pensamiento que nos inspira nuestro origen está en los mismos elementos químicos que ahora utilizamos para nuestra existencia; en última instancia somos carbono, oxígeno, nitrógeno, azufre y calcio. Ese es nuestro origen y esos son los elementos de los que aún dependemos para nuestra existencia.

EL SUPERYÓ Y LA REALIDAD

Al intentar colocar en algún sitio de nuestro aparato psíquico el deseo de mejorar nuestras condiciones externas, de convertir el medio externo probable en el medio externo anhelable, no habría mejor lugar que el superyó, en donde además del impulso de transformar la realidad, se encuentra la imagen, el retrato, la película interna de cómo deseamos transformar la realidad. Los aspectos de la realidad en el superyó nos impulsan a buscar el mejor sitio posible donde existir, ya sea emigrando a nuevos paisajes o con intentos de adaptación básicamente aloplásticos que cambien las condiciones de la escenografía actual. Nuestra historia contiene la búsqueda de mejores paisajes, de la transformación del escenario; la existencia, en la estructura del superyó de un impulso que nos obliga y nos ordena ir hacia la continua exploración de un sitio utópico que se acerque a la imagen del Jardín del Edén. Como si la imagen del paraíso, tal y como se describe, fuese la meta de todos los humanos, un paraíso incondicional, sin el peligro de las serpientes, de las manzanas, y mucho menos los aspectos persecutorios del conocimiento. Esta búsqueda del entorno ideal responde a una tendencia a buscar la realidad externa anhelable. Dentro del esquema de existencia de estructuras narcisistas, la búsqueda del escenario ideal se formaría como una de las metas tempranas.

Claro que cabe pensar que esta búsqueda en el futuro no es sino el recuerdo de condiciones ya experimentadas. Así, el concepto de paraíso almacenado en nuestro pensamiento como una representación del sitio donde están los ideales, señala el camino de nuestros actos. El paraíso se ha interpretado como una regresión a estados primitivos, épocas en las que el hombre vivía en perfecta armonía con su entorno. Es posible deducir que este periodo corresponde a nuestra existencia intrauterina o, llevado a etapas más primitivas, podemos pensar en recuerdos arcaicos del equilibrio entre organismos vivos primitivos y los elementos de la naturaleza (ecosistemas primarios). Como si la tendencia a buscar el máximo equilibrio, gracias a la transformación del medio, nos llevase precisamente a la situación inversa de entropía.

Cerca del territorio del superyó subyace la percepción que forma parte de los procesos secundarios y el principio de realidad que nos permite

organizar el conocimiento de las cosas de acuerdo con nuestras necesidades, y elaborar un concepto de constancia de la realidad que nos permita el seguro desplazamiento e intercambio con las cosas. Las cosas ya conocidas, esperables y confiables son las que recordamos, aquellas que poseen una clara representación en nuestro mapa psíquico. El laberinto de la realidad, al ser conocido, desde sus aspectos manifiestos hasta sus secretos más íntimos mediante las funciones que integran el pensamiento científico, con el que hemos llegado a disecar el átomo y los genes y hemos comprendido vastas regiones del universo, tiene una clara representación mental. Sin embargo, ni en el concepto de constancia de realidad ni en el de medio externo anhelado se ha utilizado la valoración de la realidad como un objeto total, con sus gratificantes y limitaciones. La visión de la realidad como un sitio utilizable, donde no existen límites de espacio ni de gratificantes, es el que nos permite, irracionalmente, amenazar los ecosistemas, ya sea mediante su uso inadecuado o con la amenaza de armamentos ecocidas.

LAS COSAS EN EL YO

En el yo más primitivo existen las estructuras para entender nuestra relación con la naturaleza no modificada. Nos relacionamos espontáneamente con los gratificantes básicos como el aire, el agua, la leche, la temperatura, las texturas, la humedad, y muy pronto empezamos a comprender el concepto de tiempo, cuando aprendemos el concepto de demora, y junto con el de tiempo aprendemos el concepto de espacio. En el inconsciente no existe la distinción entre tiempo y espacio, en el yo estas ideas se estructuran y son las directrices que componen el yo-naturaleza en su forma original: el paisaje, el paraíso. Posiblemente no exista la idea de paraíso en el inconsciente, es en los estratos más primitivos de la formación del superyó donde se localiza. La posibilidad de armonía con el entorno se encuentra en la existencia del yo-naturaleza.

El yo-naturaleza, además de estructurar los conceptos de tiempo y espacio, coloca los recuerdos que se establecerán como forma de introyectos de todas las cosas que gratifiquen sus necesidades o aquellas que por su naturaleza son nocivas y de las que tendremos que defendernos. En el yo introyectamos, junto con las representaciones de los objetos, las representaciones de las cosas, y es así como tenemos a la madre como objeto del deseo y a la leche como recipiente de la necesidad. En el pensamiento del niño (y posteriormente del adulto) el deseo y la necesidad pueden expresarse entretreídos, como si transitaran por un mismo cable, pero en su origen corresponde a dos representaciones distintas, una que se origina en el inconsciente, parte de los impulsos libidinales, y otra que se origina en los estratos más orgánicos, que se organiza en el yo y

responde a una necesidad. La tendencia a comer, por ejemplo, en la medida que es un llamado orgánico, iniciado en el metabolismo celular, tiene sus raíces en los estratos más profundos y arcaicos del organismo.

Además, esta representación de la madre y de la leche nutritiva la podemos colocar casi paralela con las de la madre y la leche mala, la madre que abandona o lastima y la leche que no llega en el momento de la necesidad o carece de las características necesarias. Las variantes son múltiples. En su manifestación patológica se encuentran la obesidad y la anorexia nervosa, al igual que las distintas variantes de las adicciones, tales como el alcoholismo, el tabaquismo y las drogas.

Es en la representación muy primaria del yo-naturaleza, a la que me he referido como "paisaje interior", en donde se sumarán las cosas, en su estado primario o modificadas por otras funciones del propio yo; a este medio que se coloca sobre el paisaje lo he llamado "escenario interior", así, el bebé no va a introyectar la imagen de una cueva, sino que de inmediato adquirirá la representación de un cuarto, y todos los objetos que en éste existen se recordarán y formarán parte de las representaciones de las cosas.

Podemos imaginar, en la complejidad de las representaciones que existen en el yo introyectadas mediante la experiencia directa, aquellas representaciones aprendidas y las que se obtienen como producto de la capacidad del pensamiento deductivo. Todas las representaciones de las cosas que están en el escenario interior se encuentran estrechamente vinculadas con las representaciones objetales y son utilizadas para la expresión de las fantasías inconscientes.

A los psicoanalistas nos es familiar la simbología de las representaciones objetales manifiestas en la forma de cosas. Nos parece muy sencillo el deducir de un sueño en el que aparece una cobija, que en realidad soñamos con la madre; puede ser cierto pero además podemos soñar con la cobija, y la necesidad de protección se puede expresar aún más allá del deseo por la madre como objeto protector. La representación de la cobija puede ser tan importante que se ha estudiado casi como el prototipo del objeto intermedio o transicional, aquel que nos permitirá diferenciarnos de la madre y al mismo tiempo permanecer con ella. Pero la representación de la cobija en el yo no ocupa el mismo espacio que la representación de la madre, es lógico pensar que existen entre las dos conexiones muy estrechas. El espacio psíquico que le podemos atribuir al objeto transicional es el que se encuentra en representaciones secundarias que funden la imagen parcial de la madre con la imagen de la cobija y que queda colocada en un espacio que está entre las representaciones vinculado con conexiones claras a las representaciones fundamentales de objetos y cosas.

MANIFESTACIÓN DE LAS COSAS EN LA PATOLOGÍA

En casi todos los síntomas neuróticos y psicóticos, las cosas están involucradas con los objetos, las fobias se vinculan con el paisaje y sus elementos, y con la escenográfica y su utilería. Lo mismo sucede con las obsesiones y compulsiones, y desde luego con la sintomatología psicótica.

Es posible que en el autismo, el deseo se desvíe hacia las representaciones de las cosas, como una distorsión de la energía libidinal. Como si la energía se hubiese cruzado, y así, la que debiera estar ligada al objeto se liga a las cosas.

La patología del autismo, del fetichismo y de aquellas neurosis en las que están involucradas las representaciones de las cosas, sugiere que éstas vienen al auxilio de un conflicto objetal. Cuando el deseo no se puede depositar en el objeto de su destino, la cosa que se considera más representativa del objeto será la seleccionada para la formación del síntoma. El temor a los vidrios y a la suciedad puede esconder diversas formas de impulsos no aceptados.

IMAGEN CORPORAL

La imagen corporal, que posee representaciones propias relacionadas con el concepto de mismidad, en el área del *self*, también está ligada a las representaciones de las cosas. Es indudable que las cosas acompañan a las representaciones objetales en todas las necesidades y manifestaciones narcisistas y de autoconservación. Esto sucede a tal grado que podemos considerar a la representación de la imagen corporal y a la percepción de la mismidad como contenidos en la imagen del paisaje y en el escenario interior, y aún más allá de la representación de las cosas y de la imagen corporal, están al servicio de la gratificación del deseo y del posible encuentro de su finalidad, el objeto.

Otro ejemplo de gran claridad que también se debe elaborar más para poder entender la estructura de las representaciones en el yo, es el fetichismo. En éste vemos con gran claridad cómo el deseo sexual se expresa hacia las cosas que representan al objeto, pero no se dirigen en realidad al objeto, sino a una cosa. Unas pantaletas pueden representar a la madre, pero no son la madre, ni siquiera otra mujer. Las pantaletas tienen su propia representación, con sus propias asociaciones, y ésta está cargada con su propia energía derivada de la necesidad.

EL HOMBRE COSIFICADO

El hombre cosificado, tan frecuente en nuestro tiempo y con rasgos tan parecidos a la patología autista, es un claro ejemplo del depósito de energía en las cosas que se encuentran en el paisaje interior a expensas de no darle importancia a los objetos del deseo, como si las necesidades ocultaran el deseo o éste se encontrase inhibido para darle expresión a las representaciones de las cosas.

La patología del hombre cosificado parece ser la continuación de alguna forma de autismo infantil, en la que se reconoce a los objetos como distantes, desechables y poco significativos, utilizables como cosas para gratificar necesidades. Las cosas se manejan como gratificantes estables y valiosos. La patología del narcisismo enseña que la energía no se deposita solamente en la representación de la mismidad, sino en la representación de cosas valoradas, las cuales son importantes para el mismo narcisismo. Entendida en términos muy simples, la carencia del objeto infantil o la incapacidad de vincularse al objeto obligan a la energía del deseo a invertirse en las cosas. Las cosas se convierten, así en depositarias de la energía destinada a los objetos, lo cual contribuye, en consecuencia, a la economía psíquica.

JERARQUIZACIÓN DE LAS NECESIDADES

La selección de las cosas dentro del paisaje no responde a una conducta caprichosa, sino que representa la jerarquización de las representaciones. La comida observada globalmente sirve para apaciguar el hambre, pero cierto tipo de comida, a la cual nos acostumbramos desde pequeños, sabores que asociamos a diversas experiencias, se vuelven atractivos en forma particular (o en caso contrario repulsivos). Es posible la asociación temprana de un sabor con la madre, sin embargo, a medida que pasa el tiempo este sabor se puede disociar del deseo y quedar como simple necesidad, seguramente asociada a otras necesidades o a otros deseos.

Desde que el hombre aprende a modificar el medio para gratificar sus necesidades, desde que descubre cómo controlar voluntariamente el fuego, o cómo fabricar armas, hasta la actualidad, cuando visualizamos la cima de la Revolución Industrial con la fabricación de materiales gracias a la manipulación del átomo y a la fabricación de superconductores para controlar la energía sin exponerla a desperdicio; la manipulación genética, y la llamada conquista del espacio, entre otros logros, la expansión del escenario interior ha sido sorprendente, como si el yo de los científicos o el yo grupal de las comunidades tecnológicas estuviesen muy desarrollados. El escenario de la humanidad actual nos permite ob-

servar simultáneamente la existencia del hombre primitivo en total contacto con la naturaleza, mediante las representaciones más primitivas del paisaje interior hasta los estratos más desarrollados del escenario interior; desde aquella parte de la población que se muere de hambre como demostración de lo más primitivo de la desarmonía del hombre con la naturaleza, hasta la gran sofisticación de los trasplantes de órganos para poder prolongar la vida y continuar aferrados a nuestra condición biológica y en contacto con la naturaleza de la que formamos parte.

34

DÍAZ-GUERRERO. LA TEORÍA DEL ECOSISTEMA HUMANO*

INTRODUCCIÓN

En su libro *Interpreting Personality Theories*, Bischof (1970) dice: "En general, gran parte de las concepciones acerca de la teoría de la personalidad se mueven alrededor de motivos que explican la conducta del hombre". Es precisamente esta obsesión con él o los porqués de la conducta humana, entretrejida con un error histórico y persistente, lo que, en mi opinión, ha tenido que ver con la incapacidad de desarrollar una teoría adecuada, verdaderamente comprensiva, de la personalidad y del comportamiento humanos.

Ese error histórico y persistente se puede resumir en pocas palabras. Los personólogos, desde Freud, han tratado de encontrar el porqué de la conducta humana *dentro* del individuo. Unos, como Freud, en su urdimbre biopsíquica; otros, como Jung, en la trama biopsicogenética racial; otros más, como Karen Horney y Sullivan, en el entretrejimiento de las relaciones interpersonales del individuo, particularmente dentro de la familia. Toda una pléyade impresionante de distinguidos psicólogos, Rogers, Maslow, Goldstein, McClelland, Lecky, Snigg y Combs, Moustakas, etc., conocidos como los psicólogos del yo (*self psychologists*), han querido ver el porqué fundamental de la conducta humana en el concepto que los individuos se forman de su propio yo, en la estructuración de este yo, y en la búsqueda de la actualización de sus potencialidades. Otros, como Fromm y Karen Horney entrevieron la posibilidad de que la sociedad interviniera en algún aspecto y mezclaron conceptos psicodinámicos y sociológicos. Ni siquiera los grandes y rigurosamente empíricos psicólogos estadísticos tales como Eysenck y Cattell, han logrado superar el error histórico de todos los personólogos. El porqué, la explicación de toda la conducta humana deberá encontrarse ya no en el individuo

* El presente texto fue escrito especialmente para esta edición por el doctor Rogelio Díaz-Guerrero.

aislado, sino en aquellas características de las que todos los individuos participen por término medio. Así, en su *Estudio científico de la personalidad*, Eysenck (1959) llega a las tres dimensiones primarias de la misma, que son: *a)* la introversión, o del superyó y la extraversión, o del ello; *b)* la del neuroticismo-no neuroticismo; y *c)* la del psicoticismo-no psicoticismo. De este modo, una personalidad resulta ser de una u otra forma de acuerdo con el grado hasta el cual se posean las características de esas escalas bipolares, es decir, qué tan extrovertido o qué tan introvertido se es, qué tan neurótico o qué tan no neurótico se es, y qué tanto de psicoticismo o de no psicoticismo se padece. Eysenck parece pensar que la personalidad, definida por estas dimensiones, se fundamenta en bases biológicas neurales. En este caso se postulan tres facetas de la personalidad, que se pueden estudiar genuinamente dentro de cada cultura para determinar su grado de existencia y su varianza específica, así como sus relaciones con las determinantes áreas autóctonas de la personalidad.

Teorías intraindividuales	{ Freud (Psicoanálisis) Jung Horney y Sullivan Rogers, Maslow, Fromm, Goldstein, McClelland, Allport...	Motivación inconsciente
		Inconsciente colectivo
		Relaciones interpersonales
		Concepto, estructura y actualización de las potencialidades del yo, etcétera
Teoría historicobiopsico-sociocultural del comportamiento humano	{ Díaz-Guerrero	Circunstancia históricosociocultural en la que ha nacido y se ha desarrollado el individuo

Figura 34. 1. Teorías intraindividuales vs. teoría del ecosistema

El gran error histórico consiste, sencillamente, en el hecho de que el porqué de la conducta de los seres humanos, o cuando menos la parte más importante del porqué de ésta, no se encuentra ni en su constitución biológica ni en su constitución psíquica. El porqué de la conducta de los seres humanos debe buscarse, de manera fundamental, en la circunstancia historicosociocultural en la que han nacido y en la cual se han desarrollado.

Pero, ¿por qué se ha cometido históricamente este error, y por qué su persistencia? En otro ensayo (Díaz-Guerrero, 1972), se trata más

extensamente este punto; digamos aquí que esto depende, en forma básica, según mi opinión, del egocentrismo, una característica humana cuasi universal. Es la misma característica que hizo de la Tierra el centro del Universo y que necesitó de la metodología científica y de un Copérnico para superarla. Los psicólogos personólogos, como los seres humanos antes de Copérnico, ven al sol que sale en el oriente y se pone en el poniente como si girara alrededor de nuestro propio yo, todavía lleno de orgullo. Dicho en términos sencillos, como se observa en la figura 34.2, las teorías intraindividuales sostienen que el ecosistema humano se explica a partir del individuo, mientras que la teoría histórica biopsico-sociocultural o del ecosistema humano, considera que el individuo se explica a partir de un conocimiento detallado del ecosistema humano en el que nace y crece.

Teorías intraindividuales	El ecosistema se explica a partir del individuo
Teoría historicobiopsico-sociocultural	El individuo se explica a partir del ecosistema

Figura 34.2.

LOS CÓMOS Y LOS PORQUÉS EN LAS TEORÍAS DEL COMPORTAMIENTO HUMANO

¿Qué hubiese sucedido si a lo largo del desarrollo histórico de la psicología como ciencia se hubiese considerado la meta fundamental de esta disciplina consistía en estudiar el cómo de las funciones psíquicas, y bajo este criterio exclusivo desarrollar las teorías correspondientes, desentendiéndose de la búsqueda de los porqués? Supongamos que un gran hombre, poco después de Wundt, hubiese definido así a la psicología: “La psicología es la ciencia de las funciones psíquicas. Su interés único es el de determinar *cómo* se realizan estas funciones psíquicas”. Una ciencia así habría sido exactamente como la fisiología, en la cual se estudia al estómago y sus funciones en la digestión, al pulmón y sus funciones en la respiración, al riñón y sus funciones en la excreción; sin preguntar jamás por qué el riñón desempeña esas funciones o por qué las tiene así el estómago, etc. Aquí el porqué es interesante sólo cuando las funciones dejan de hacerse “fisiológicamente”, es decir, “normalmente”, y entonces se pregunta: ¿por qué el estómago no produce ácido clorhídrico? o, ¿por qué lo produce en exceso y no produce sustancias protectoras de la mucosa y como resultado se crea la úlcera gástrica?, etc. En realidad, el área de la psicología como ciencia auténtica, debió haber sido *originalmente* el atender sólo a cómo se realizan las funciones del

psiquismo humano, es decir, cómo aprendemos, cómo pensamos, cómo funciona la memoria, cómo percibimos, cómo nos emocionamos, etc.; y las preguntas que implicasen los porqués dentro de esta rigurosa disciplina debieron haber sido: ¿por qué un sujeto no aprende como los demás? ¿por qué la percepción de uno es tan extraordinariamente distinta de la percepción de otro?, etc. También hubiesen sido perfectas las preguntas siguientes: ¿cómo se podrá mejorar la eficiencia del aprendizaje?, ¿de la memoria?, etc. Estas últimas interrogantes las empezaron a plantear los funcionalistas: Dewey, Angell y Carr, pero ha sido Skinner quien sistematizó en forma amplia las maneras de mejorar la eficiencia de ciertas funciones psíquicas. El apelativo “ingenieros del comportamiento” no está mal usado cuando se refiere a los skinnerianos. Ellos, como se sabe, señalaron que era mejor no tener una teoría. Parte de lo que quisieron decir, pienso, es que no les interesan los porqués, que ellos podrán ayudar, a quien lo pida, a realizar con más eficacia cualquier comportamiento que desee mejorar. El problema ético queda en las manos y a discreción del cliente: si un sacerdote quiere enseñar catecismo con más eficiencia, contratará al ingeniero del comportamiento y éste le dirá cómo hacerlo. También lo harán para el matemático o el médico que quieran enseñar mejor sus disciplinas, etcétera.

Si así hubiera sucedido, es probable que el número de confusiones y de problemas habría sido menor. Sin embargo, y en esto la influencia de Freud fue preponderante, la pregunta del porqué de la conducta humana, al introducirse dentro de las limitaciones de una ciencia que estudiaba o debería estudiar *exclusivamente* los modos o maneras del funcionamiento psíquico, tenía que provocar tremendas confusiones que no podían ser resueltas hasta que no se llegase al convencimiento de que las preguntas relativas al porqué no pueden ser respondidas de manera exclusiva por las variables psicológicas y biológicas; sino que debe hacer intervenir un gran número de otras variables: históricas, culturales, sociales, económicas, políticas, etc., es decir, el total del ecosistema humano tanto en sus aspectos geográficos como en los históricos y biopsicosociopoliticoculturales.

EL CONCEPTO DEL ECOSISTEMA HUMANO

El enfoque ecológico en las ciencias sociales postula que la sociedad y las comunidades humanas son un sistema complejo de interdependencias análogo al ecosistema natural en biología. Los biólogos, a diferencia de los científicos sociales, han logrado operacionalizar y cuantificar un buen número de los aspectos críticos del ecosistema natural.

El concepto de ecosistema se desarrolló para ayudar a los ecólogos en la explicación de la permanencia o los cambios en el tamaño, mezcla, dis-

tribución espacial y comportamiento de poblaciones subhumanas en un área geográfica dada. Resultaba claro, por ejemplo, que una mezcla única, o comunidad particular de plantas y animales eran características casi constantes de ecosistemas con cualidades semejantes. Los ingredientes del ecosistema que, por ejemplo, determinan el tipo de plantas que pululan allí, son llamados elementos “abióticos”. El agua, minerales, luz solar y composición orgánica del suelo, son componentes de estos elementos abióticos. Las plantas y la vida animal de un ecosistema constituyen los elementos “bióticos”. En todo ecosistema hay relaciones complejas no sólo entre los elementos bióticos y abióticos, sino entre los bióticos. Ciertos animales grandes se comen a los chicos. Grandes y chicos, comen insectos, los insectos devoran otros insectos o plantas. Al morir animales y plantas se descomponen. A causa de esto y de sus excreciones, fertilizan otras plantas, etc. A estas relaciones de nutrición se les llama: organizaciones tróficas. Así, los biólogos definen al ecosistema como un conjunto formado por la interacción de los organismos vivos entre sí y con los factores físicos y químicos de su medio.

Ralph Catalano (1979), en *Ciencias de la salud*, y Urie Bronfenbrenner (1977, 1979) en *Psicología*, han realizado importantes esfuerzos por deslindar y contribuir a operacionalizar aspectos interesantes de lo que aquí llamaremos el ecosistema humano. El primero, al partir de los esfuerzos de la Escuela de Sociología de Chicago, es decir, de la analogía entre las metrópolis y el ecosistema natural y las proposiciones espaciales que relacionan las áreas de la ciudad a sistemas de producción y distribución de bienes (organizaciones tróficas), muestra la clara relación de áreas de la ciudad con tasas de enfermedad y delincuencia, Bronfenbrenner, por su parte, ofrece una clara taxonomía, acerca de los ingredientes del ecosistema psicosocial.

El presente enfoque, el del ecosistema humano fundado en variables históricas biopsicosocioeconomicopoliticoculturales (Díaz-Guerrero, 1979, 1981), intenta ser interdisciplinario. En un reciente esfuerzo (Díaz-Guerrero, 1986), las medidas que se desarrollaron procuraron operacionalizar aspectos psíquicos, en analogía con los bióticos y aspectos apsiíquicos, en analogía con los abióticos. Allí por ejemplo, se muestran las relaciones que existen entre el ecosistema psicosocioeconómico-cultural y la calidad de la vida. En otros estudios el ecosistema cultural humano ha sido relacionado con aspectos cognitivos, de la personalidad y sociales del desarrollo humano individual (Díaz-Guerrero, 1984; Díaz-Guerrero y Castillo Vales, 1981) y en otros más se ha tratado de relacionarlo con la evolución de los sistemas sociales (1979, 1981).

La figura 34.3 muestra a las disciplinas en las que habrá que operacionalizar las variables pertinentes para obtener una más completa explicación y, tarde o temprano, una predicción del comportamiento humano. Como se observa, dentro del ecosistema humano general habrá

que distinguir el nicho que nos interese en un momento dado. Allí quedan ilustrados, como ejemplos, los nichos del trabajo, la familia, la escuela, la iglesia, el hospital, etc. Es precisamente la concepción de un ecosistema humano, y de considerar a la psicología como el estudio del comportamiento de los organismos en íntima relación con su ecosistema, que ha permitido el desarrollo pionero de una nueva disciplina, la etnopsicología, en México (Díaz-Guerrero, 1986b).

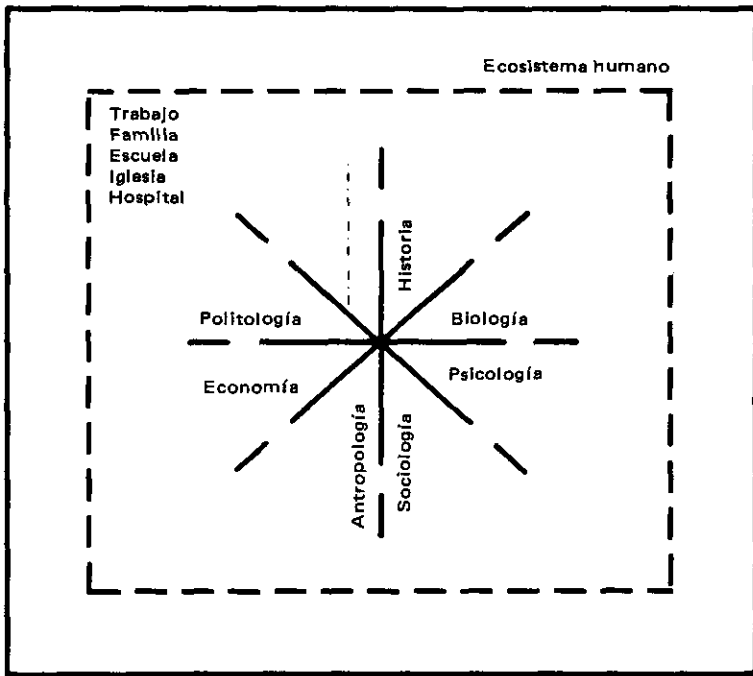


Figura 34.3. El ecosistema humano. (Las figuras de este trabajo fueron sugeridas por el psicólogo Felipe Ahumada Vasconcelos.)

LA DIALÉCTICA INDIVIDUO-CULTURA

Central al ecosistema humano es la cultura. Los términos cultura y/o cultura tradicional, que dentro de esta teoría representan algo así como lo que Hegel llamaría la tesis, son fenómenos complejos. La cultura tradicional en la que nacemos y crecemos es, a su vez, función de la historia de cada cultura; la comprendemos como un gigantesco sistema de información desarrollado en las vicisitudes históricas por las que los

individuos, los grupos sociales y la sociedad entera, han tenido que pasar y, naturalmente, incluye información respecto de variables de tipo sociológico, es decir, estructurales, como son las instituciones y los grupos desde la familia hasta el gobierno de una nación, e incluye también variables de tipo económico. Así, la cultura tradicional es la médula del ecosistema de los seres humanos. Ésta se expresa, y la medimos, fundamentalmente por medio de afirmaciones ideales a las que denominamos premisas históricosocioculturales (P.H.S.Cs. Díaz-Guerrero, 1967, 1972*b*, 1973, 1977*a*, 1982; 1986*c*). Estas premisas establecen, en su forma más absoluta, como las ideas de Platón, cómo deberán conducirse los individuos de una cultura dada.

En estudios previos (Díaz-Guerrero, 1986*b*; Díaz-Guerrero y Emmitte, 1986, etc.) se ha mostrado que el desarrollo de la personalidad, del estilo de confrontación que utilizamos para arrostrar problemas, el desarrollo tanto de las capacidades intelectuales como del estilo cognoscitivo que utilizamos como estrategia para cernir la información, la vocación que despleguemos y hasta la moral y el grado de normalidad o anormalidad que alcance nuestra personalidad, son funciones básicas de la cultura en que nacimos, de las personalidades de los trasmisores de esta cultura y de los métodos que se hayan utilizado en nuestra socialización con el fin de contrarrestar a las fuerzas contraculturales.

Hasta donde la teoría y los datos permiten afirmar, las más poderosas fuerzas contraculturales son las diversas reacciones individuales, o la rebelión biológica y psicológica (aquí caben los impulsos o motivos estrictamente individuales como la sexualidad o la búsqueda del poder) hacia la P.H.S.Cs. aceptadas en un ecosistema. Otras fuerzas contraculturales, las cuales, por lo general actúan contra las tradiciones, son los movimientos de las juventudes, la sima intergeneracional, la ciencia y la tecnología, la educación liberal, la modernización, la urbanización, la movilidad social, las migraciones, los medios masivos de comunicación y, ocasionalmente, revoluciones políticas y religiosas. Todas éstas, tanto como la rebelión individual, que es probablemente la más importante, tienden a provocar cambios en el sistema social. Las fuerzas contraculturales son, pues, la antítesis. La dialéctica individuo-cultura o cultura-contracultura es fundamental para comprender el desarrollo humano y la evolución de los sistemas sociales.

Como se ha visto anteriormente, el concepto de cultura-contracultura es más amplio e incluye al de la dialéctica individuo-cultura. Sin embargo, en psicología clínica, esta última dialéctica es la más importante. En la figura 34. 4 se ilustra cómo el individuo biopsíquico, a partir de sus premisas personales (y éstas incluyen a todas las disposiciones que por motivación biopsíquica llega a tener el individuo), las premisas interpersonales, las económicas, las políticas, etc., se enfrenta durante su desarrollo con las premisas históricosocioculturales con las cuales lo han

socializado, mediante distintos métodos, sus padres. En esta teoría la personalidad individual es el hito en donde se avienen las fuerzas culturales y las contraculturales.

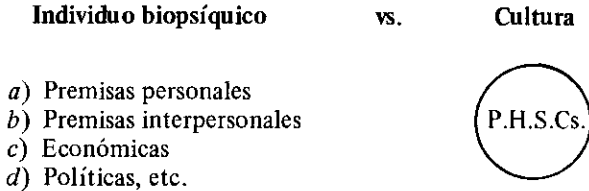


Figura 34.4. La dialéctica individuo-cultura

LA ETNOPSICOLOGÍA

Como se indicó antes, una consecuencia ineludible del pensar ecosistémico en psicología es que la psicología de la personalidad tiene que ser autóctona. Las dimensiones fundamentales de la personalidad del mexicano tendrán que determinarse en México mediante estudios con sujetos mexicanos. Todo parece indicar que México se anticipó a las demás naciones al fundar una etnopsicología científica. Ya fueron enumerados en un estudio (Díaz-Guerrero, 1986*b*) una serie de postulados y una serie de metas que deberá perseguir una etnopsicología de tipo riguroso. Además de las trece dimensiones socioculturales de la personalidad que he descubierto y a las que luego me referiré, otros psicólogos sociales (La Rosa, 1986; Vigano, La Rosa, 1986; Díaz-Loving, et al, 1981, 1984; Andrade Palos y Pick de Weiss, 1986; Girardi, et al, 1986; Bejar Navarro y Cappello, 1986; etc.) han venido descubriendo dimensiones típicas de la personalidad de los mexicanos. Una dimensión se puede considerar autóctona no sólo si su conceptualización es idiosincrática o diferente de una dimensión nombrada con el mismo nombre en otra cultura, sino también cuando su conceptualización es semejante a una dimensión “universal” y muestra una significativa varianza diferente de la que se encuentra en otras culturas.

Si bien se ha admitido que hay maneras distintas de acercarse a la medición del ecosistema y de la cultura a las utilizadas por este autor, se ha sostenido que la parte más importante de lo cultural es lo que llamamos las premisas historicosocioculturales (Díaz-Guerrero, 1967, 1967*b*, 1972*b*, 1973, 1976, 1977, 1982, 1986*c*; Díaz-Guerrero e Iscoe, 1984). Una premisa sociocultural o P.H.S.C. es: *a*) una afirmación culturalmente significativa respaldada por una mayoría operacionalmente definida de los sujetos de un grupo o cultura dadas, y *b*) es también, en forma particular, una afirmación que será respaldada diferencialmente

mediante las culturas, ya sea conforme a la media aritmética o la desviación estándar.

En la investigación descubrimos que algunas de las P.H.S.Cs. eran prescriptivas, tal como: “La madre es el ser más querido que existe”, o “Una mujer debería ser virgen hasta que se case”, mientras que otras implicaban claramente un juego psicodinámico con el medio, es decir, incorporaban el estilo de confrontación prevalente en la cultura dada. En este contexto, el estilo de confrontación sólo podría ser automodificador o autoafirmativo. En el primer caso, el individuo se adapta a las demandas del ecosistema, en el segundo trata de modificar el ecosistema (Díaz-Guerrero, 1967, 1967*b*). A fin de resumir una larga historia (Díaz-Guerrero 1972*b*, 1973, 1982, 1986*c*), a partir de un gran número de P.H.S.Cs. que fueron aplicadas a diferentes tipos de poblaciones, fueron extraídas trece escalas factoriales. Puesto que se descubrió que muchas de estas P.H.S.Cs. eran respaldadas por una mayoría de los individuos en varias muestras independientes, resultó simple postular que unas representaban creencias tradicionales y otras maneras de confrontación de los mexicanos, e incorporaban un aspecto significativo de la sociocultura mexicana (ver figura 34. 5).

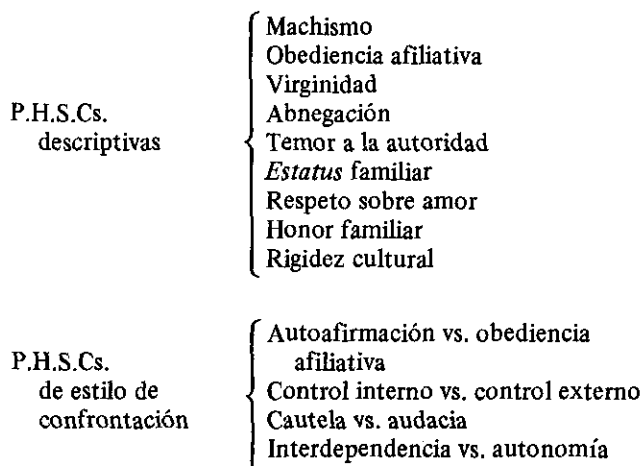


Figura 34.5. Las trece dimensiones factoriales de P.H.S.Cs. (Para una definición de estos factores y conocer las escalas que las miden véanse Díaz-Guerrero e Iscoe, 1984 y Díaz-Guerrero, 1986*c*.)

Ya con estas medidas a la mano, fue fácil teorizar que la calificación de un mexicano en estas escalas factoriales representaba su posición cultural dentro de la dialéctica cultura-contracultura. Es decir, qué tan tradicionalmente mexicano sería o qué tanto se habría rebelado, y por lo tanto individualizado, de su cultura.

Un buen número de distintos estudios, tanto con las premisas socio-culturales prescriptivas —que se incorporan en un inventario de la familia mexicana (Díaz-Guerrero, 1972*b*, 1982, 1986*c*)— como con premisas de estilo de confrontación que crearon el cuestionario de la *Filosofía de vida* (Díaz-Guerrero, 1973, 1976; Díaz-Guerrero e Iscoe, 1984), proporcionaron el material del que se derivó el primer estudio realizado para determinar los tipos mexicanos.

Obediente afiliativo
 Rebelde afirmativo
 Control externo pasivo
 Control interno activo
 Cauteloso
 Audaz
 Interdependiente
 Autónomo

De los ocho tipos hasta ahora descubiertos, cuatro son los más frecuentes y los que ahora, a grandes rasgos, describiremos (una amplia presentación se encuentra en Díaz-Guerrero, 1982*b*). El mexicano afiliativo obediente, el mexicano activamente autoafirmativo o rebelde, el mexicano con control interno activo o íntegro, y el mexicano de control externo pasivo o corrupto.

Si tomamos en cuenta a toda la República, el mexicano más frecuente es el obediente afiliativo. La gran mayoría de los mexicanos son obedientes, afectuosos y complacientes hasta los 12 años de edad. Esto es lo normal en nuestra cultura. Niños pertenecientes a este tipo muestran señales de salud emocional e intelectual. Sin embargo, si hacia los 15 años todavía son igualmente obedientes, mostrarán un retraso en varios aspectos intelectuales respecto de sus coetáneos; sus madres empiezan a pensar que sus hijos no lograrán mucho y se acentúan los aspectos de pasividad e interdependencia con los padres. A los 18 años estos niños muestran más síntomas de pasividad y dependencia de los padres y de la sociedad; son de buenas maneras, piensan que es mejor saber obedecer que saber mandar, etc. Estos sujetos funcionarán bien dentro de la sociedad, si tienen el apoyo de sus familiares y no llegan a enfrentarse solos a los duros problemas de la vida.

El tipo de mexicano activamente autoafirmativo, el rebelde a la cultura, es frecuente entre los jóvenes que van a la secundaria, preparatoria y normales, y son éstos, generalmente, quienes realizan estudios superiores; es más frecuente encontrarlos en las clases media y alta que en las clases bajas. Este tipo se caracteriza por ser, ya desde los 12 años, mucho menos obediente que sus coetáneos ante las órdenes de sus padres y maestros; su desarrollo intelectual y su habilidad para la lectura

es mayor que la de sus coetáneos, pero su relación con sus padres es difícil. Muchos de estos niños son considerados ingobernables por sus padres; además, son más agresivos, dominantes e impulsivos que sus coetáneos y sufren algo más de ansiedad que ellos. A los 15 y 18 años aún son muy rebeldes ante la autoridad y sobrepasan a sus coetáneos en capacidad intelectual y habilidad de lectura. Son, a menudo, los líderes, estudiantiles. La tendencia es que se inicien honradamente en estas lides pero no son inmunes al medio social machista y frecuentemente violento y corrupto de las secundarias y preparatorias. Muchos de los profesores de enseñanza media y superior poseen, probablemente, este tipo de personalidad, así como muchos políticos. Estos sujetos irán más fácilmente a las actividades estatales que a las privadas; los tipos extremos se convertirán en políticos radicales de izquierda y aún en anarquistas o guerrilleros, y hasta en delincuentes comunes.

El tipo de mexicano con control interno activo, el íntegro, es menos frecuente que los anteriores; parece colmar dentro de sí todas las cualidades de la cultura mexicana, y puede ser obediente, afectuoso y complaciente cuando esto sea lo adecuado, pero rebelde si es necesario. Lo más interesante es que todo indica que este tipo se da con la misma frecuencia en las clases altas, medias y bajas, y que sucede lo mismo en mujeres que en hombres. Ya a los 12 años, estos sujetos presentan las características que la sociocultura mexicana considera ideales: son afectuosos con todos, complacientes y corteses con padres, maestros y adultos, menos agresivos e impulsivos que sus coetáneos, más ordenados, disciplinados, limpios, metódicos y reflexivos. Estos niños son optimistas acerca de la capacidad del hombre para resolver los problemas del mundo, piensan que las metas se alcanzan mediante el estudio y el trabajo, están en contra de los compadrazgos y cualquier forma de corrupción social, etc. Son, además, más inteligentes, leen más rápido y con mayor comprensión que sus coetáneos, son aplicados y buenos estudiantes. Reúnen, en suma, lo mejor de la sociocultura mexicana y se rebelan a sus defectos, son las perlas negras de la cultura mexicana.

El medio social machista y con frecuencia delincuente y corrupto de secundarias y preparatorias, es particularmente difícil para este tipo de mexicano. Algunos se convierten en los pocos líderes estudiantiles íntegros, pero la mayoría se aísla de los grupos y se convierten en buenos estudiantes. Este tipo de individuos al llegar a la etapa adulta forman nuestros mejores profesionales, catedráticos, científicos, empresarios y políticos.

El tipo de control externo pasivo es la cara opuesta de la medalla: es el individuo pasivo, pesimista, fatalista, siempre dispuesto a venderse al mejor postor; es obediente por conveniencia y por carácter, ¿sería el tipo servil descrito por Octavio Paz? Se desarrolla en el medio machista, violento y corrupto de muchas secundarias y preparatorias y es el

que, probablemente, ha hecho que los mexicanos, en general, piensen que toda política es política corrupta.

Lo importante de esta caracterología, es que por fin se demuestra que existen varios tipos diferentes de mexicanos, que son resultado de los diversos grados de aceptación o rebelión ante la misma historiosociocultura mexicana y de los cuales, obviamente, los escritores de argumentos para el cine, las fotonovelas y la televisión han abusado al presentar con demasiada frecuencia los tipos más negativos de la caracterología mexicana. El mexicano íntegro y el rebelde ante la cultura también existen, lo mismo que quien es pasivo y complaciente en exceso, pero no necesariamente corrupto y mucho menos violento.

Por último, es primordial destacar que si bien la dinámica de muchos de los motivos biopsíquicos individuales han sido descritos en forma interesante por las diversas psicologías de los personólogos europeos y estadounidenses, la mayor parte de la motivación en México tiene que ser, o bien derivada de las premisas socioculturales, o bien en rebeldía de las premisas socioculturales mexicanas. Se necesita continuar los estudios en las dimensiones idiosincráticas de la personalidad de los mexicanos si se le quiere comprender mejor.

Bibliografía

- ANDRADE PALOS, P. y PICK de WEISS, S., (1986), "Una escala de autoconcepto para niños", en AMEPSO (Comp.), en *La Psicología Social en México*, Vol. 1, Asociación Mexicana de Psicología Social, México, 1986, págs. 517-522.
- BÉJAR NAVARRO, R. y CAPPELLO, H. M., *Sobre la identidad y el carácter nacionales. Un programa de investigación a mediano plazo*. Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, México, 1986.
- BISCHOF, L. J., *Interpretación de las teorías de la personalidad*, Trillas, México, 1974.
- BRONFENBRENER, U., "Toward an experimental ecology of human development", *American Psychologist*, núm. 32, 1977, págs. 518-531.
- BRONFENBRENER, U., "American research on the development of children in their environment", en *Report/Studies ChR2, Division for the Study of Development*, UNESCO, París, 1979.
- CATALANO, R., *Health, behavior and the community. An ecological perspective*, Pergamon Press, Nueva York, 1979.
- DÍAZ-GUERRERO, R., "Sociocultural premises attitudes and cross-cultural research", en *International Journal of Psychology*, núm. 2, 1967a, págs. 79-81.
- DÍAZ-GUERRERO, R., "The active and the passive syndromes", en *Revista Interamericana de Psicología*, núm. 1 (4), 1967b, págs. 263-272.
- DÍAZ-GUERRERO, R., *Hacia una teoría histórico-bio-psico-socio-cultural del comportamiento humano*, Trillas, México, 1972.
- DÍAZ-GUERRERO, R., "Una escala factorial de premisas histórico-socioculturales de la familia mexicana", en *Revista Interamericana de Psicología*, núm. 6, 1972, págs. 235-244.

- DÍAZ-GUERRERO, R., "Interpreting coping styles across nations from sex and social class differences", en *International Journal of Psychology*, núm. 8 (3), 1973, págs. 193-203.
- DÍAZ-GUERRERO, R., *Hacia una psicología social del Tercer Mundo*, UNAM, México, 1976.
- DÍAZ-GUERRERO, R., "A mexican psychology", en *American Psychologist*, núm. 11, 1977, págs. 934-944.
- DÍAZ-GUERRERO, R., "Origines de la personnalité humaine et des systemes sociaux", en *Revue de Psychologie Appliquée*, núm. 29 (2), 1979, págs. 139-152.
- DÍAZ-GUERRERO, R., "El enfoque cultura-contracultura del desarrollo humano y social: El caso de las madres en cuatro subculturas mexicanas", en *Revista de la Asociación Latinoamericana de Psicología Social*, núm. 1 (1), 1981, págs. 75-92.
- DÍAZ-GUERRERO, R., "The psychology of the historic-sociocultural premise", I, *Spanish Language Psychology*, núm. 2, 1982a, págs. 383-410.
- DÍAZ-GUERRERO, R., "Tipos mexicanos", en *Psicología del Mexicano*, Trillas, México, 1982b.
- DÍAZ-GUERRERO, R., "La Psicología de los mexicanos. Un paradigma", en *Revista Mexicana de Psicología*, núm. 1 (2), 1984, págs. 95-104.
- DÍAZ-GUERRERO, R., *El ecosistema sociocultural y la calidad de la vida*, Trillas, México, 1986.
- DÍAZ-GUERRERO, R., "Una etnopsicología mexicana", en *Revista de Psicología Social y Personalidad*, núm. 2 (2), 1986a, págs. 1-22.
- DÍAZ-GUERRERO, R., "Historio-sociocultura y personalidad. Definición y características de los factores de la familia mexicana", en *Revista de Psicología Social y Personalidad*, núm. 2 (1), 1986b, págs. 15-42.
- DÍAZ-GUERRERO, R. y CASTILLO VALES, V. M., "El enfoque cultura-contracultura y el desarrollo cognitivo y de la personalidad en escolares yucatecos", en *Enseñanza e Investigación en Psicología*, núm. 8 (1), 1981, págs. 5-25.
- DÍAZ-GUERRERO, R. e ISCOE, I., "El impacto de la cultura iberoamericana tradicional y del estrés económico sobre la salud mental y física. Instrumentación y potencial para la investigación transcultural, I", *Revista Latinoamericana de Psicología*, núm. 16 (2), 1984, págs. 167-211.
- DÍAZ-GUERRERO, R. y EMMITE, P. L., *Innovaciones en educación. Un análisis de sistemas de habilidades básicas en la educación*, UNAM, México, 1986.
- DÍAZ-LOVING, R., DÍAZ-GUERRERO, R., HELMREICH, R. L. y SPENCE, J. T., "Comparación y análisis psicométrico de una medida de rasgos masculinos (instrumentales) y femeninos (expresivos)", en *Revista de la Asociación Latinoamericana de Psicología Social*, núm. 1 (1), 1981, págs. 3-38.
- DÍAZ-LOVING, R., y ANDRADE PALOS, P., "Una escala de locus de control para niños mexicanos", en *Interamerican Journal of Psychology*, núm. 18 (1-2), 1984, págs. 21-33.
- EYSENCK, H. J., *Estudio científico de la personalidad*, Buenos Aires, Paidós, 1959.
- GIRARDI, C., DÍAZ-LOVING, R., y ANDRADE PALOS, P., "Incapacidad aprendida en estudiantes universitarios", en AMEPSO (Comp.), *La psicología social en México*, vol. 1, México, 1986, págs. 327-331.

35

CUELI

La construcción de modelos se basa, de manera fundamental, en la analogía que, desde el punto de vista lógico, es un proceso de razonamiento estructurado a partir de casos paralelos; esto es, casos que tienen en común características relevantes. Esto último es el punto de partida para lograr una aproximación metodológica que nos permita enfrentar un fenómeno complejo y en transformación constante.

Cuando se construye un modelo teórico para explicar un fenómeno determinado, sucede que si las relaciones supuestas en el modelo son observables en el fenómeno real, entonces, y sólo de esa manera, la analogía es válida y podemos referirnos a una igualdad de isomorfismo entre el sistema real y el sistema constituido por el modelo.

En el modelo de Cueli, las observaciones acerca de la conducta de un grupo de personas se ajustan a las proposiciones del modelo psicoanalítico (Rapaport, 1950, 1951, 1957), del que se derivarán las aproximaciones hacia una teoría general de los marginados.

Consideremos a una persona como un sistema dado, P , que incluye todas las líneas de comportamiento, con los estados que las define y las variables que las constituyen. Podremos observar que, ante un conjunto de estímulos E , este sistema presenta un conjunto de cambios de estado y , en forma simultánea, un conjunto de respuestas R (figura 35.1).



Figura 35.1

Uno de los estímulos posibles lo constituye, dentro del marco de referencias psicoanalítico, la intervención del terapeuta, T , que hace las

veces de observador o investigador de los estados internos del sistema P por medio de sus respuestas, R , consideradas como tales cualquier manifestación conductual, en el entendimiento de que incluso el silencio y la inmovilidad constituyen respuestas, en un momento dado.

En forma similar, consideremos un sistema C , constituido por el conjunto de líneas de comportamiento, estados y variables de la comunidad en estudio. Asimismo, consideremos la acción de un conjunto de estímulos, E^1 , que producirán cambios de estado en el sistema C , manifestados como R^1 . En este caso, a semejanza de lo que ocurre con el sistema P , un conjunto posible de estímulos es un grupo de investigadores, I , presentes en la comunidad (figura 35.1).

Hasta este momento no se justifica una afirmación apriorística de que un individuo aislado y una comunidad en conjunto se comporten de una manera idéntica. Todo lo que se puede afirmar hasta ahora, de acuerdo con Wiener, es que: el grado de integración de la vida de una comunidad puede muy bien aproximarse al nivel mostrado en la conducta de un individuo aislado, aunque el individuo posea un sistema nervioso fijo, con relaciones topográficas permanentes entre los elementos y conexiones también permanentes, mientras que la comunidad está formada por individuos con relaciones cambiantes en espacio y tiempo y sin conexiones físicas permanentes e inseparables.

En relación con los sistemas analizados, observemos que en el caso del sistema P , el conjunto E de estímulos es producido por otro sistema, T , el terapeuta, quien a su vez es estimulado por las respuestas del sistema P , cerrándose así un proceso que podríamos considerar como de retroalimentación (figura 35.2). De la misma manera, como podrá observarse, ocurre con los sistemas C e I .

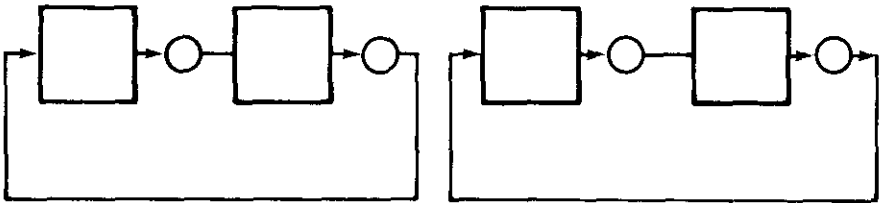


Figura 35.2

En nuestra investigación se han utilizado técnicas indiscutiblemente psicológicas para la obtención de las variables relevantes con las que se definirán los estados y las líneas de comportamiento de una comunidad. Como se observará, el diseño técnico implica el manejo de factores específicos de la vida mental, en este caso las fantasías y las vivencias del investigador, mismas que constituyen los estados internos del sistema I ,

y que se ven regulados por los estímulos provenientes del sistema C , los cuales se eslabonan continuamente con éste en la forma de intervenciones activas que constituyen los estímulos que cambiarán los estados internos de la comunidad.

Los modelos, a partir de una conceptualización psicoanalítica constituyen un marco referencial para el manejo técnico y la interpretación teórica de la relación entre los sistemas C e I .

La selección de variables relevantes de nuestro sistema, por tanto, se hizo con base en las expectativas teóricas propuestas en el modelo; es decir, que los conjuntos E y E^1 y los conjuntos R y R^1 son los isomorfos, con lo cual se cumple el propósito de lograr la ampliación del modelo psicoanalítico al conocimiento de lo social.

Como hemos dicho, para poder encontrar una relación de isomorfismo entre dos conjuntos de variables, es necesario establecer previamente las variables relevantes análogas pertenecientes a cada uno de los sistemas y, después, determinar si manifiestan un comportamiento análogo. Para nuestros propósitos, los valores que se asigna a las variables son cualitativos, es decir, son valores binarios lógicos, como es el caso de la presencia o ausencia de la variable en cuestión.

La comunidad, como sistema con cierta línea de comportamiento también presenta tensiones frente a estados carenciales, sobre todo en comunidades marginadas, donde las carencias recorren todo el continuo, desde el extremo de las carencias físicas, como lo son la falta de servicios, habitación adecuada, seguridad, etc., hasta el extremo de las carencias psicológicas, como son los altos índices de mortalidad infantil, abortos ilegales, muertes por accidente u homicidio.

En estos grupos humanos, el nivel de carencias en todos los aspectos es tal que, a diferencia de lo que sucede en la persona, en la que la carencia se manifiesta con la búsqueda para descargar la tensión en forma de ideaciones, fantasías y sueños —gobernados todos por el proceso primario del pensamiento—, en la comunidad, la descarga se manifiesta de manera directa, sin dar cabida a la demora, y presentándose en forma de conducta o actuación, por lo general en el nivel motriz, lo cual puede llegar a entorpecer el adecuado funcionamiento de la comunidad marginada dentro de lo que nosotros consideramos la realidad.

Pero para quienes nos dedicamos a trabajar con estos grupos, el principio de realidad se da, precisamente, por estas actuaciones motoras descargadoras de tensión, que no tienen posibilidad de demora, y menos de funcionar con un pensamiento del tipo regido por el proceso secundario, por lo que, como consecuencia, el contacto que se establece entre los integrantes que forman este grupo humano es del nivel más primitivo, es decir, cutáneo.

Cuando estos investigadores se enfrentan a la comunidad, emiten con su sola presencia en ella, una serie de estímulos que la afectarán. La

comunidad responderá a su presencia con ciertas conductas que, en realidad, son actuaciones de sus carencias.

El proceso de concientizar los afectos que aparecen en el investigador se lleva a cabo en una sesión de grupo, que llamamos de supervisión. En esta sesión, el grupo de investigadores concientiza los afectos despertados en cada uno de ellos y los efectos que éstos pudieran haber tenido sobre su conducta en la comunidad, con lo cual se espera que la modificarán en la siguiente visita a la localidad estudiada. Esta modificación de conducta de los investigadores en la comunidad afectará, a su vez, la conducta de ésta, lo cual producirá respuestas que confrontarán a los investigadores con sus propias carencias y que percibirán entre los miembros de la comunidad. Este circuito se cierra una y otra vez durante el transcurso de la investigación, en forma de retroalimentación como quedó explicado antes.

En este caso también se establecen controles referentes, a la duración de la investigación, el horario de visita a la comunidad y el lugar donde se realiza la exploración. El objeto es situar a la comunidad y a los investigadores dentro de un marco de referencia realista que posibilite el manejo adecuado de la revivificación de las situaciones de abandono y de la angustia de separación concomitante.

Los marginados estudiados no poseen un desarrollo cognoscitivo; no manifiestan aprendizaje de símbolos, ni anticipación de conductas, ni manejo de horarios, ni del tiempo, ni de los espacios y lugares y menos de los escenarios; todo lo cual es indispensable para que un grupo se integre y pueda manejar tareas organizadas, como aquéllas típicas del sujeto urbano. Esta limitación se pudo apreciar en la dificultad inicial para establecer un horario y un lugar estable donde llevar a cabo las reuniones, base de la relación grupal.

El marginal, en su situación traumática desorganizante, tiende a recurrir una y otra vez a las pautas culturales. Esta vinculación tiene que ser personal; incluye no sólo dar y recibir, sino estar, como parte de un proceso de constancia objetal.

Los marginales que se excluyen manifiestan, con respecto al grupo terapéutico, acciones inexplicables debidas a su limitada información. Es necesario destacar de qué manera la escasez de modelos de referencia ocasiona en el marginal que sus valores sean tergiversados e irreales, con base en el nivel prestigioso que posee el grupo terapéutico para él. De acuerdo con lo que se ha encontrado en el estudio, al aceptar las cargas hostiles y depresivas del marginal, los miembros del grupo terapéutico sufren rápidamente un proceso regresivo. Es ahí donde se inicia el establecimiento de la relación.

Los elementos (procesos primarios) de los marginados que surgen en el grupo y que son excluyentes, son la madre invisible que los separa. El grupo terapéutico frustra los intentos de desintegración del marginal

cuando aparece en éste una fuerte disminución de la autoestima, al permitirle expresar sus carencias, incluida la repetición de la situación traumática en la elaboración, una y otra vez, de la pérdida y del impedimento para el desarrollo de las funciones intelectuales, así como de las funciones agresivas y de escape.

Cuando la intensidad de una situación traumática es muy penetrante, la persona se queda fija en esa pérdida, y no puede reconocer ni percibir nada del exterior que no esté relacionado con el objeto perdido. Al ocurrir lo anterior se altera el mecanismo perceptual, el cual se vuelve limitado e impide la integración al trabajo. No puede esperarse que los niños, hijos de los miembros del grupo marginal, puedan tener un desarrollo adecuado, puesto que experimentan las mismas privaciones respecto del trato que reciben de sus padres, ya que éstos, a su vez, los abandonan, generándose así la amplia gama de la situación marginal. Es evidente que el grupo marginal no tiene una constancia de objetos esenciales para poder captar la realidad, y este es el punto en el que la metodología que propongo asiste a la comunidad, al margen de que las personas se alejen o a la larga se incorporen: el prestarles un yo genera una retroalimentación que acaba por atraer al grupo, cohesionarlo y, finalmente, por modificar a la comunidad. Al mismo tiempo, el grupo terapéutico es incluido por el marginal y confrontado con sus propias carencias.

Las manifestaciones patológicas que se encuentran en este grupo son, obviamente, alteraciones del pensamiento y de la percepción pretemporal, así como fuertes tendencias paranoicas, expresadas de manera fundamental en la desconfianza. Estas manifestaciones aparecen durante todo el desarrollo del trabajo con el grupo, y hasta el final; así como también las actitudes francamente hostiles.

El desconcierto en el tiempo existe en todos los miembros del grupo marginal y crea problemas en el establecimiento del proceso terapéutico, así como también la desorientación en el espacio, el cual impide reconocer los lugares de la ciudad, asistir a oficinas burocráticas y reunir todos los elementos necesarios para organizarse.

De acuerdo con lo observado se puede afirmar que a mayor exclusión de la cultura corresponde una más fuerte presentación de los síntomas y un mayor proceso traumático; es decir, la influencia será de mayor o menor intensidad en función de la persona y de sus defensas.

La carencia, también presente, además de generar incapacidad para el control y para la tolerancia a la demora, impide expresar esta depresión, la cual propicia, por una parte, que la situación traumática se repita y, por otra, que se condicionen la escasa capacidad de autocontrol de los impulsos y la pobre actividad de tipo reflexivo y de desarrollo de los procesos acumulativos. En la medida en que la atención se concentra en las pérdidas, es difícil que se pueda percibir alguna otra cosa, por lo

cual, el grupo no puede aprender a integrar y comunicar su capacidad de estar triste. Esta imposibilidad para la verbalización impide la elaboración de los procesos depresivos.

El grupo marginal tiene dificultades para consolidarse, porque el mundo de sus miembros es anárquico, individual y sin ninguna posibilidad de unión; de hecho, cohesionarlos es una función del grupo terapéutico. Los miembros del grupo marginal pasan mucho tiempo esquivando el trato con el grupo terapéutico, y siempre creen que hay "gato encerrado"; esta actitud, además de sustentarse en la desconfianza básica, se refuerza por las experiencias anteriores.

La oportunidad de ejercitar y aplicar el pensamiento abstracto relacional es casi nula para los marginales, y con ella la posibilidad de simbolizar. En cambio, la violencia, el golpe y el ritual desempeñan un papel definitivo en el grupo; los conflictos no tienen fin: todos quieren mandar; nadie quiere someterse ni aceptar responsabilidad, y hay un desarrollo fallido de los temas, que nunca concluyen; cuando éstos se terminan es por medio de la riña.

La intensidad de los sonidos con frecuencia desplaza al contenido del tema; es decir, lo que resulta importante es el grito y el quién grita más. Las acciones acompañan a la comunicación verbal: todas las formas de gesticulación, el tocarse o tocar, las expresiones adjetivales, se observan siempre en el grupo, al igual que en todos los grupos con los que hemos trabajado. De hecho, existe un constante contacto corporal entre ellos, propiciado por el tipo de relación que produce el hacinamiento habitacional.

El efecto de estas interacciones es multiplicar el ruido de las transacciones preverbales, lo cual provoca que la comunicación verbal deje de tener sentido. Las personas del grupo no esperan a que quien habla termine de expresarse; constantemente interrumpen, empujados por sus presiones internas, a veces alrededor del mismo tema pero, con mayor frecuencia, introducen ideas irrelevantes.

Una de las características del grupo marginal, cuando se empieza a formar, es la ausencia de cohesión entre sus miembros. Es difícil lograr que establezcan relaciones entre ellos, porque nunca han aprendido a hacerlo. Lo anterior reproduce lo que han observado en sus familias: no hay comunicación con los vecinos, sólo la realizan ocasionalmente, pero rara vez en forma horizontal. El padre sustituido casi no habla con la madre; en cambio, la mayor parte de la plática sostenida por los miembros de la familia es con la madre.

En estas condiciones, los afectos se comunican casi siempre por canales preverbales: el timbre, la intensidad y el tiempo de los mensajes verbales y los modificadores cinestéticos, la gesticulación, las risas y otros ruidos vocales. Los marginales hablan poco entre sí acerca de sus sentimientos y casi no comentan respecto de los sentimientos de los

otros; la falta de reactividad selectiva, por parte de unos y otros, sugiere que reaccionan a sus propios impulsos internos más que a la conducta de los demás elementos.

Alcanzar los ideales del mundo de la ciudad depende de que se tengan recompensas reales y excesivas, presentes y futuras; situación que queda fuera del alcance del grupo marginal. Por ello, su expectativa radica en tener un empleo el cual, además de significar la posibilidad de cobrar un salario de manera constante, también sea controlable.

Las experiencias caóticas, producto de las situaciones traumáticas que lo inundan, llevan al marginal a tratar de volcar sus impulsos en acciones que el mismo sistema frena. A su vez, estas acciones están disgregadas, desestructuradas y desorganizadas, lo cual determina que el sistema las detenga.

Las gesticulaciones en el grupo marginal tienen significados simbólicos diferentes de los propios del grupo terapéutico. En relación con el grito, éste anula los matices del lenguaje para quedar simplemente en un grito. La capacidad de diálogo interno, en su calidad de autoobservación, prácticamente se nulifica y el sujeto queda expuesto por completo a la manipulación externa; todo ello implica un deterioro en la aptitud de crítica y, por tanto, de su propia visión personal y de relación con los objetos y con ellos mismos.

En el grupo marginal se manejaba un restringido código de lenguaje; éste no es apropiado para sus necesidades ni para el aprendizaje, y tampoco funciona adecuadamente en los intentos de socializar con el sistema dominante, porque no facilita una elaboración oral de significados, ni permite la verbalización de la intención, de las creencias o de las motivaciones; su manifestación se reduce a relaciones meramente concretas y simples.

Otro aspecto esencial en los marginales es su falta de permanencia y su impredecibilidad, casi siempre reforzadas por las circunstancias externas y nunca por la consistencia interna de los miembros. Por medio de estos factores es fácil detectar las características del proceso familiar de los miembros del grupo, que se repiten en el proceso de integración de éste: para ninguno existía la sensación de tener un lugar dentro del grupo.

Para el grupo marginal, el grupo terapéutico, al cual siente que nunca podrá pertenecer, posee valores que mantiene o defiende y que destacan su propio estado inferior, al reducir su ya de por sí bajo amor propio. En el transcurso del tiempo se añaden una serie de símbolos verbales, corporales y culturales muy limitados y una actitud social cada vez más desconfiada, con apariencias y modales diferentes. Es comprensible que se puedan esperar decepciones y fracasos en la mutua confianza y en la capacidad para formar conceptos, sobre todo en lo concerniente a las relaciones interpersonales.

Un problema importante en el establecimiento de la relación entre grupos, es el de la comunicación. El hecho de no compartir los símbolos y las experiencias importantes contribuye a la formación de una relación vertical y al empobrecimiento cultural del grupo marginal. Por eso es importante que el grupo terapéutico sea capaz de deshacerse de sus modales y de ponerse en los zapatos del grupo marginal, pues, en la medida en que lo haga, podrá establecerse el proceso de la comunicación; de hecho, no existe otra posibilidad de lograrlo. Es en ese nivel en el que el grupo terapéutico recibe la influencia de lo que es, en realidad, la situación traumática, y en el que revive dolorosamente sus carencias. La diferencia es que un grupo tiene defensas débiles y el otro las tiene fuertes y mantiene un yo observacional y el juicio y el criterio alertas.

Los símbolos culturales del grupo terapéutico adquieren una importancia aumentada o tergiversada, debido a la situación traumática del grupo de referencia; y aquél se ve obligado, durante el transcurso del trabajo, a usar la más simple gramática, así como a adoptar las formas del lenguaje corporal que, según hemos encontrado en cada una de las investigaciones realizadas, varían, desde las diferentes maneras de tocarse, pegarse, pelearse, moverse, e incapacidad para resolverlas, tanto porque sus pensamientos son confusos y sus pensamientos y sentimientos están disociados, como por su ineptitud para el acercamiento mediante la comunicación verbal, su disipación de la conducta, o su incapacidad de posponer respuestas.

El grupo marginal, al entrar en contacto con el exterior, tiene que intuir desde el conflicto, o, en su lugar, establecer y usar una relación con gentes del sistema dominante que le son necesarias para tener elementos que sepan socializar y realizar la comunicación con el exterior. Ésta le es muy difícil al marginal, porque no tiene la capacidad de registrar un diálogo, lo cual tiene que ver con percibir la indicación de que la otra persona ha escuchado y de que está de acuerdo, o no, con lo expresado. Al grupo marginal le es imposible llegar a una conclusión acerca de ningún tema: los indicadores de cierre o terminación de la conversación nunca son compartidos por los otros y la relación puede hacerse interminable. De hecho, la única comunicación vuelve a ser la preverbal, con niveles de sensaciones muy primitivos, como parte de la situación traumática. Por esta razón, los contactos con el exterior se realizan con la estructura yóica del grupo terapéutico, que sí penetra y socializa con el exterior.

**Séptima
parte**

Conclusión

36

FUTURO DE LAS TEORÍAS DE LA PERSONALIDAD

Las teorías de la personalidad son producto del pensamiento del hombre; no existen en la naturaleza como existen los átomos. El hombre formula teorías de la personalidad al tratar de explicar la conducta de sus congéneres, y en particular las razones que subyacen en las acciones que las personas realizan. En la misma forma que existe el átomo y hay teorías que se refieren a las razones de su conducta, existen los seres humanos y hay teorías que se refieren a las razones de su conducta.

Aunque resulte extraño, la gente parece estar más tranquila cuando una teoría o una ley es identificada con el nombre del autor que la originó o con el del líder exponente principal de la misma, si es que sus orígenes son confusos o están perdidos en la antigüedad. Así, los nombres de los diferentes autores se asocian a una posición teórica. Podemos encontrar ejemplo de esto en las teorías del aprendizaje (teoría del reforzamiento: Skinner); en la inteligencia (teoría bifactorial: Spearman); en las leyes físicas (leyes de la gravitación: Newton) y en las creencias religiosas (cristianismo, budismo, etc.). Así, al asociar el nombre de una persona con una teoría, también se mantiene en lo referente a la personalidad.

Las teorías pueden ser estudiadas de diferentes formas, tal como señalamos en la introducción; puede uno organizarlas desde el ángulo histórico, eurístico, jerárquico, homogéneo, geográfico o simplemente al azar. La organización de las teorías que estudiamos en este libro es sólo el resultado de la intención de los autores; si no existe ninguna distorsión que modifique una idea, entonces la organización de éstas, desde cualquier punto de vista, vale la pena.

El fin primordial del presente trabajo es enseñar a otros los fundamentos de las teorías ya existentes, en forma tal, que pudieran crear sus propias teorías, más que tratar de agregar otra hipótesis al conjunto ya existente.

Algunos autores se han preguntado el porqué no escribir un libro que presente una teoría de la personalidad general, amplia, abierta e, incluso

ve, en forma tal que incorpore lo mejor de todas ellas. Consideramos que una teoría general es prematura al presente, debido a las siguientes razones: *a*) haría que se desalentara la investigación exploratoria; *b*) con toda probabilidad haría hincapié en la medición cuantitativa a expensas del análisis cualitativo; *c*) supondría que la ciencia se desarrolla a lo largo de líneas deductivas lógicas, excluyendo cualquiera otra de las muchas fuentes de desarrollo y de tipo de pensamiento, y *d*) resulta muy difícil concentrar todos los conceptos, y aclarar aquellos que todavía son vagos, en el proceso del desarrollo de una teoría general. Sin embargo, debemos aclarar que lo ideal es que la teoría de la personalidad pueda ser considerada como en proceso de desarrollo. Según esta consideración, intentamos presentar a los estudiosos una serie de autores, por medio de exponer sus puntos de vista más importantes, sus orientaciones más características, a fin de que al analizarlos puedan conocerlos, entenderlos y discutirlos.

Como hemos visto, las diferentes teorías varían profundamente en cuanto a su aplicabilidad a los grupos de referencia a los que se dedican. Los diferentes determinantes del rango de aplicabilidad de un sistema dado, podría decirse que son: *a*) la naturaleza de la aproximación; *b*) la naturaleza de la teoría de la personalidad subyacente, y *c*) el grado hasta donde un sistema dado haya sido trabajado conceptual, pragmática y experimentalmente, de acuerdo a un tipo dado de individuos con preferencia a otro.

Un sistema deberá proporcionarnos una comprensión más amplia de la persona como tal; de sus necesidades motivacionales subyacentes a su problemática principal, o de los lazos etiológicos que organizan su historia clínica. Deberá también descubrir la unicidad idiosincrática de cada individuo, sus necesidades motivacionales distintivas y características, sus rasgos-fuente, sus pulsiones, sus dimensiones y la heterogeneidad de ejecuciones. Indudablemente, dicho sistema deberá estar enfocado en forma tal, que cada persona pueda ser enfrentada con un problema experimental nuevo o un ser humano único.

Un sistema deberá definirse a sí mismo en forma clara. Su meta puede ser predecir el éxito en una psicoterapia, o tratar de comprobar los diferentes tipos de neurosis; pero en cualquier caso, su uso, meta o propósito se deberá identificar en forma específica.

Tal sistema deberá proporcionar idea de lo que es el cambio psicológico y ofrecer un programa que se dirija hacia el logro de una acción o cambio terapéutico. Puede quizá dar una predicción respecto al éxito o fracaso en alguna tarea, o proporcionar un conjunto comprensivo de avenidas por medio de las cuales se logren metas terapéuticas o de cambio, en cualquier punto de vista; deberá definir su propio grupo de referencia, rango de conveniencia o aplicabilidad; deberá, por fin, tener en cuenta todos los descubrimientos experimentales relevantes.

La clasificación psicodiagnóstica convencional de las teorías de la personalidad está basada en el modelo kraepeliniano psiquiátrico. Concepciones y modelos más recientes exigen ser clasificados de acuerdo a aproximaciones diferentes y nuevas. Sistemas vanguardistas de clasificación, reflejarán y expresarán cambios en la teoría y el modelo de la personalidad.

Cada día resulta mayor el reconocimiento al hecho de que la situación psicológica es muy importante, ya que ésta constituye un determinante de la conducta de la personalidad. Las teorías al respecto incorporan el concepto situacional como una variable central. Cuando la teoría subyacente incluye a la situación como un determinante trascendental, el sistema de clasificación asociado incorpora en su taxonomía el papel de la situación cambiante única.

Algunas concepciones de la personalidad le dan mucha importancia a la relación entre el individuo y otras personas, a la interacción, la transacción o la relación contractual. Si la conducta de la personalidad se considera como una función de esta relación interaccional, el sistema derivado se construye alrededor de diferentes clases de relaciones interaccionales (ejemplo, Sullivan).

Algunas teorías contemporáneas de la personalidad, ofrecen nuevos conjuntos de variables para plantear la organización estructural de ésta. Conjuntos de conductas condicionadas (Skinner, Miller y Dollard), conjuntos de motivos y pulsiones (Murray), conjuntos de habilidades y rasgos-fuente (Guilford, Allport y Cattell) y conjuntos de necesidades motivacionales. Tales grupos toman el lugar de las piedras estructurales del modelo psiquiátrico tradicional. Los sistemas contemporáneos reflejan, pues, estos nuevos componentes estructurales de la personalidad.

La conducta puede ser entendida como dirigida hacia metas, y motivada por necesidades (ejemplo, Adler). Estas urgencias motivacionales engendran conductas que expresan un estado dado de integración entre las pulsiones básicas, y plantean la existencia de algunas necesidades más vitales. Un modelo de personalidad caracterizado por la direccionalidad hacia metas y necesidades motivacionales, requerirá un sistema de clasificación con parámetros apropiados, y podrá construirse en forma explícita alrededor de un concepto central de homeostasis, en el que la motivación se relacione con el trastorno de dicho estado homeostático. El sistema asociado a este modelo tendrá que utilizar dimensiones y categorías basadas en ese tipo de estados.

El sistema convencional de diagnóstico psiquiátrico utiliza conjuntos de entidades de enfermedad. Cada categoría es una enfermedad mental. La tendencia actual en las aproximaciones hacia la clasificación de la personalidad ha rechazado, en algunos casos, esta clase de conceptualizaciones. Las nuevas aproximaciones están basadas en modelos de

personalidad que proporcionan un conjunto de dimensiones a lo largo de las cuales pueden variar los individuos. Una persona puede ser "ubicada" dentro de los diferentes puntos del amplio conjunto de dimensiones de personalidad postuladas; aunque el número y naturaleza de estas medidas difieran en los nuevos sistemas, ellas se han convertido en una característica identificadora de la corriente actual.

Los viejos conceptos *introversión* y *extraversión* adquieren nuevos significados en algunas de las teorías conductuales contemporáneas. Estos términos son significativos como determinantes de la naturaleza y grado de la condicionalidad (Eysenck). De acuerdo con esto, los sistemas que se basen en la condicionabilidad de los sujetos deben organizarse alrededor de estos dos conceptos centrales.

Algunas aproximaciones, centran a los individuos en base a un *self* consciente, que siente y piensa; que posee varios grados de autorrealización o integración (ejemplos, Adler, Kohut). La utilización de ese concepto central pide una expresión significativa en el sistema asociado al mismo.

Los puntos de vista teóricos de una nueva aproximación que va más allá del modelo psiquiátrico de la personalidad, apoyan la suposición de que existe un lado positivo de la personalidad; es decir, un potencial de salud mental. De acuerdo con esto, las clasificaciones convencionales deberán reorganizarse junto con una serie de categorías adicionales que reflejen aquellas del potencial de salud mental.

Las conceptualizaciones psicoanalíticas se han incrementado y también han sido restringidas por el sistema del diagnóstico psiquiátrico actual. Algunas aproximaciones se han separado severamente del psicoanálisis, lo cual ha provocado que éste se aleje de premisas neurofisiológicas innecesarias (Fairbairn).

En otro extremo, otra aproximación de la personalidad, como pudieran ser en algunos casos los postulados de Eysenck, se apoyan explícitamente en consideraciones neurofisiológicas con interés especial en las diferencias heredadas en el sistema reticular ascendente activador, la corteza, y el cerebro visceral. Es de esperarse que tal teoría de la personalidad haga surgir un sistema de clasificación que refleje los contornos de su fundamentación específica.

Otra aproximación parte de la teoría de los rasgos; por ejemplo, la de Cattell. La anormalidad se referirá a las desviaciones en los rasgos comunes. Estos rasgos y patrones de rasgos ofrecen la base para nuevas categorías.

La incesante emergencia de modelos y teorías hace que se requieran nuevas aproximaciones a la clasificación de la personalidad. No es posible pensar que una sola categorización o un solo sistema de categorías convencionales pueda servir o reflejar todas las recientes tendencias en los nuevos modelos, teorías y conceptualizaciones de la personalidad.

Si quisiéramos avizorar el futuro en el campo de la personalidad, y de la clasificación de sus teorías de tipo diagnóstico, tendríamos lo siguiente.

La psicología, la psiquiatría y disciplinas relacionadas han funcionado hasta hoy, esencialmente, sobre un sistema de diagnóstico. Aunque tal sistema lucha por mantener su aceptación universal, el acontecer parece prometer el receso de este único y gran viejo sistema. Esto nos lo sugieren las siguientes razones:

1. *La urgencia de sistemas funcionales específicos.* La necesidad futura es la de una serie separada de sistemas, cada uno de los cuales analice una función específica. Hay proclividad a alejarse de las modalidades terapéuticas, buenas para todos los propósitos, y acercarse hacia conjuntos de programas definidos que requieran sus propios sistemas funcionales. Existe en la actualidad la tendencia a aumentar la diferenciación. Así, el futuro puede buscar sistemas específicos para la función de evaluar el grado de propiedad de un tratamiento existencial a largo plazo; sistemas separados para la eficacia de ciertas termoterapias específicas para adultos; sistemas distintivos para la programación terapéutica de personas en crisis o en situaciones de emergencia. Probablemente existirán sistemas separados para las funciones concretas de predicción del éxito en varios tipos de programas de entrenamiento y todos utilizarán sus propios conjuntos funcionales de parámetros y dimensiones de la personalidad. La programación del cambio de la comunidad requerirá un sistema basado en las ahora emergentes teorías sociopsicológicas más que en la antigua aproximación psiquiátrica kraepeliniana. Programas de autorrealización, crecimiento y desarrollo, y de modificación de conducta constructiva, harán un sistema de reclasificación que sea lo suficientemente capaz de reflejar y evaluar el potencial individual y los caminos diferentes del cambio.

2. *El poder cada vez mayor de los sistemas estructurales.* El futuro verá la formación de una alianza entre este tipo de sistemas y las técnicas estadísticas tales como el análisis factorial. Con esta coalición se podrá explorar las profundidades de las estructuras de las variedades de la personalidad y sus clasificaciones y sus dimensiones, desde la homosexualidad hasta los niños autistas, desde el alcoholismo hasta los adolescentes encarcelados. Esto nos llevará con toda probabilidad a la posición de los sistemas múltiples.

3. *El desarrollo de teorías comprensivas de la personalidad.* El porvenir verá el desarrollo de un número de teorías de la personalidad muy comprensivas. Estas no solamente encontrarán la nomenclatura convencional poco adecuada, sino presentarán además sus propios sistemas comprensivos en forma tal, que el futuro incluye la posibilidad distintiva de sistemas múltiples.

Las tendencias actuales auguran dos cambios principales en el sistema de diagnóstico psiquiátrico convencional:

a) *Reorganización estructural.* Una de las futuras direcciones retendrá el marco de referencia teórico, esquelético, del sistema psiquiátrico kraepeliniano, mientras que aproximaciones de computadora y de análisis factorial aumentarán, redondearán y conformarán en una manera más adecuada la sistematización total. Los resultados incluirán reorganizaciones estructurales gruesas tanto en *amplitud* como en *profundidad*, para que una categoría dada (tal como la reacción de la ansiedad, la esquizofrenia o la paranoia) se reorganicen en términos de dimensiones estadísticas y clínicamente más apropiadas. Además de estos cambios en profundidad, los cambios en amplitud ocurrirán por medio de las rúbricas o tópicos principales, en forma tal que aun dichas categorías conceptuales principales, como neurosis y psicosis, sean asimiladas a clasificaciones nuevas principales, basadas en dimensiones y tipos metodológicamente derivados.

b) Disolución de la conceptualización psiquiátrica convencional: el sistema psiquiátrico convencional actual descansa en una coalición fraccionada de las teorías de la personalidad que tienen suposiciones básicas internamente inconsistentes. En la actualidad, las teorías psicoanalíticas se desarrollan en una dirección, mientras que las conceptualizaciones neurofisiológicas proceden a lo largo de otra. La psiquiatría existencial, la psicología del yo (Hartmann) la modificación de conducta (Skinner), la psicología experiencial, la psiquiatría social y otros desarrollos de la personalidad, amenazan a la psiquiatría kraepeliniana. El futuro muy bien podrá ver el vigoroso desarrollo de varias teorías de la personalidad, psicológicas y psiquiátricas, y de sistemas de clasificación asociados, que surjan de este cambio de dirección en las conceptualizaciones de las teorías al respecto.

Con base en las actuales tendencias, el futuro plantea la posibilidad de por lo menos dos sistemas de clasificación, comprehensivos, asociados con dos sensatas teorías de la personalidad:

a) *El sistema de clasificación biopsicológico* (Murray): derivará de una teoría de la personalidad biopsicológica en que tanto factores como procesos se fundamenten en bases biológicas, neurológicas y fisiológicas. Los roles centrales en este sistema serán mantenidos por las diferencias hereditarias, respuestas automáticas, sistema reticular activador, características constitucionales en la corteza; este sistema incorporará dimensiones de personalidad biopsicológica, y representará una tipología comprensiva basada en sus fundamentos de la personalidad biológica, neurológica y fisiológica.

b) *Un sistema de clasificación psicológico*: éste emergerá de una teoría psicológica de la personalidad, en la cual la estructura básica fundamental resida en y se derive de procesos psicológicos, variables y propiedades, sin ninguna suposición de un sustrato compuesto de algún otro tipo de procesos, variables o propiedades (biológicas, genéticas, fisiológicas o constitucionales). Incluirá conceptos básicos de integración, homeostasis y autorrealización. Las piedras angulares para la construcción de la personalidad serán proporcionadas por las motivaciones, las pulsiones y las necesidades. Se hará hincapié en el rol del campo situacional cambiante único, lo cual incluye el perímetro contextual que rodea al individuo y al clínico.

También surgirá un número de sistemas funcionales dirigidos hacia tareas, propósitos y trabajos específicos. Estos sistemas funcionales más pequeños, serán altamente utilitarios, con grupos de referencia bien definidos.

Cada aproximación que surja de la psicoterapia individual, estará acompañada por su propio sistema de clasificación diseñado para evaluar candidatos, comprender a la persona y servir como guía para plantear la programación de un tratamiento. La psicología adleriana, el aprendizaje social, la psicoanalítica, la modificación de conducta, las psicoterapias motivacionales y experienciales, estarán equipadas con sus propios y adecuados sistemas de clasificación.

La presente tendencia sugiere un futuro vigoroso para tales sistemas funcionales, que evaluarán la capacidad para someterse a un cambio de personalidad positivo, una autorrealización, una modificación de conducta constructiva, crecimiento y desarrollo, todo esto en dirección de un funcionamiento óptimo.

El futuro también promete un cambio distintivo en la significación social dentro de las construcciones de clasificación. En lugar de una única categoría para un individuo (es paranoico, es maniacodepresivo, etc.), el sujeto será descrito como si cayera en diversos puntos a lo largo de una serie de dimensiones. Más importante aún, sin embargo, es que toda el aura psiquiátrica de enfermedades estará reemplazada por un conjunto de tipos, categorías y dimensiones no mórbidos. Las etiquetas psicológicas volverán a tener un aura humanística, sólo por liberarse de las connotaciones de enfermedad psiquiátrica.

Actualmente los marbetes convencionales se refieren a los pacientes desde el punto de vista psiquiátrico, especialmente aquellas para enfermos mentales. En lo futuro, las clasificaciones de la personalidad se aplicarán a cualquiera y a todos los tipos de grupos, al eliminar la sensación mórbida del tradicional hospital para enfermos mentales implicado actualmente en ellas. Los propósitos de esos sistemas de clasificación no se confinarán al tratamiento de enfermedades mentales; en vez de esto, las clasificaciones de la personalidad cubrirán una multitud de funciones,

muchas de las cuales no tendrán la menor o más remota connotación de enfermedad.

Resultará evidente para cualquier lector de este libro, que las teorías de la personalidad han de llegar a ser cada vez más importantes en el campo de la psicología. Aunque muchos autores concuerdan en que éstas constituyen el problema medular de tal ciencia, por nuestra parte predecimos que, de menos, dos acontecimientos son ciertos en el devenir de esta disciplina: las teorías de la personalidad sufrirán cambios y parece inevitable que dentro de tan meritoria investigación seguirán cometándose errores y que tales errores serán corregidos.

BIBLIOGRAFÍA

- Adler, A., *The neurotic constitution*, Moffat, Nueva York, 1917.
- Adler, A., *Practice and theory of individual psychology*, Harcourt, Brace y World, Nueva York, 1927.
- Adler, A., *Problems of neurosis*, Routledge, Londres, 1929.
- Adler, A., *The Pattern of life*, Holt, Rinehart y Winston, Nueva York, 1930.
- Alexander, F., "The relation of Structural and Instinctual Conflicts", en *Psychoanal. Quart.*, núm. 2, 1933.
- Alexander, F., French, T. W., y cols., *Psychoanalytic therapy: principles and application*, Ronald Press, Nueva York, 1946.
- Alonso, A., *Sexo, trabajo y marginalidad urbana*, Proal, México, 1981.
- Alveano, J., "Los parámetros en Psicocomunidad", en Biro, C. E., Cueli, J. y Lartigue, T., *Tres comunidades en busca de identidad*, Alhambra, México, 1981.
- Allen, R. M., *Variables in Personality Theory and Personality Testing. An Interpretation*, Charles C. Thomas Publisher, 1965.
- Allport, G., *Personality*, Holt, Nueva York, 1937.
- Allport, G. W., *Psicología de la personalidad*, Paidós, Buenos Aires, 1961.
- Allport, F. H., *Theories of perception and the concept of structure*, Wiley, Nueva York, 1965.
- Anastasi, A., *Psychological Testing*, Macmillan, Nueva York, 1961.
- Andrade Palos, P. y Pick de Weiss, S., "Una escala de autoconcepto para niños", en *AMEPSO comp.*, 1986, págs. 517-522.
- Andrade Palos, P. y Pick de Weiss, S., *La Psicología Social en México*, núm. 1, Asociación Mexicana de Psicología Social, México, 1986.
- Arlow, J. A. & Brenner, C., *Psychoanalytic concepts and the structural theory*, International Universities Press, Nueva York, 1964.
- Bandura, A. y Walters, R. H., *Social learning and personality development*, Holt, Rinehart Winston, Nueva York, 1967.
- Barabak, Levy, Mostalac y Anistrón, "Evaluación de una experiencia de aprendizaje en psicocomunidad", en Biro, C. E., Cueli, J. y Lartigue, T., *Tres comunidades en busca de identidad*, Alhambra, México, 1981.
- Béjar Navarro, R. y Cappello, H. M., *Sobre la identidad y el carácter nacionales. Un programa de investigación a mediano plazo*, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, México, 1986.

- Bertalanffy, L. Von, *Robots, hombres y mentes*, Guadarrama, Madrid, España, 1974.
- Bertalanffy, L. Von, *Teoría general de sistemas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.
- Bibring, E., "The development and problems of the theory of instincts", en *Int. J. Psychoanal.*, núm. 22, 1941.
- Bion, W. R., *Attention and interpretation: a scientific approach to insight in psychoanalysis and groups*, Basic Books, Nueva York, 1970.
- Biro, C. E., *Aparatos y sistemas*, Diógenes, México, 1974.
- Biro, C. E., *Biopsicología social*, transcripción del seminario impartido en el Departamento de Psicología, Universidad Iberoamericana, México, 1975.
- Biro, C. E., "La universidad popular y efímera", en *DIDAC*, Boletín del Centro de Didáctica (UIA), 1979.
- Biro, C. E., *No todos los pobres son iguales*, Diógenes, México, 1980.
- Biro, C. E., "Psicocomunidad. Contradicciones y efemérides", en Biro, C. E., Lartigue, T. y Cueli, J., *Tres comunidades en busca de identidad*, Alhambra, México, 1981.
- Biro, C. y Cueli, J., "El cuarto mandamiento", en *Los diez mandamientos y el psicoanálisis*, Diógenes, México, 1978.
- Biro, C. E., Cueli, J. y Lartigue, T., *Tres comunidades en busca de identidad*, Alhambra, México, 1981.
- Bischof, L. F., *Interpreting personality theories*, Harper y Row, Nueva York, 1964.
- Bloom, B., *Características humanas y aprendizaje escolar*, Voluntad, Colombia, 1977.
- Blum, H. P., "The borderline childhood of the wolf man", en *Internat. J. of Psychoanal.*, 1974.
- Blum, H. P., "The prototype of preoedipal reconstruction", en *Internat. J. of Psychoanal.*, 1977 a.
- Blum, H. P., "Symbolic processes and symbol formation", en *International Journal of Psychoanal.*, presentado en el Congreso Internacional en Jerusalem, Julio, 1977 b.
- Blum, H. P., "The curative and creative aspects of insight", en *Internat. J. of Psychoanal.*, 1979.
- Boring, E. G., *A history of experimental psychology*, Appleton-Century Crofts, Nueva York, Segunda edición, 1950.
- Bowlby, A., "Separation anxiety", en *Internat. J. of Psychoanal.*, 1960.
- Brener, Ch., *Elementos fundamentales de psicoanálisis*, Libros Básicos, Buenos Aires, 1958.
- Brenner, C., "Some observations on depression, on nosology, on affects and on mourning", inédito.
- Breuer, J. y Freud, S. *Studies in hysteria*, Int. Univ. Press, 1895.
- Brody, E., "Contraceptive behavior and the culture motherhood in Jamaica", en *73 Conv. American Anthropological*, 1974.
- Bronfenbrenner, U., "Toward an experimental ecology of human development", *American Psychologist*, núm. 32, 1977, págs. 518-531.
- Bronfenbrenner, U., (1979), "American research on the development of children in their environment", en *Report/Studies ChR2, Division for the Study of Development*. UNESCO, París, 1979.

- Brown, C., *Manchild in the promised land*, Macmillan, Nueva York, 1965.
- Burt, E. A., *The metaphysical foundations of modern physical science*, Doubleday, Nueva York, 1932.
- Calderón, G., *Salud mental comunitaria: un enfoque de la psiquiatría*, Trillas, México, 1981.
- Cantú, P. R., "Algunas implicaciones pedagógicas en psicocomunidad", en Biro, C. E., Cueli, J. y Lartigue, T., *Tres comunidades en busca de identidad*, Alhambra, México, 1981.
- Caruso, I., *La separación de los amantes*, Siglo XXI, México, 1984.
- Caruso, I., *Psicoanálisis, marxismo y utopía*, Siglo XXI, México, 1984.
- Caruso, I., *Narcisismo y socialización, Fundamentos psicogenéticos de la conducta social*, Siglo XXI, México, segunda edición, 1984.
- Cassirer, E., *Substance and function and Einstein's theory of relativity*, Dover, Nueva York, 1953.
- Castells, M., *La cuestión urbana*, Siglo XXI, Madrid, 1974.
- Catalano, R., *Health, behavior and the community. An ecological perspective*, Pergamon Press, Nueva York, 1979.
- Cattell, R. B., *Personality and motivation structure and measurement*, World Book Co. Yonkers, Nueva York, 1957.
- Cattell, R. B., "Measurement of source traits", en Crow, L. D. y Crow, A., *Readings in Psychology*, Barnes & Noble Inc., Nueva York, 1964.
- Cattell, R. B., *The scientific analysis of personality*, Aldine Publishing Co., Chicago, 1965.
- Cattell, R. B. y Warburton, F. W., *Objective personality and motivation tests*, University of Illinois Press, Urbana, Chicago, 1967.
- Clark, G., *Dark ghetto. Dilemmas of social power*, Harper and Row, Nueva York, 1965.
- Coles, R., *La evolución de la obra de Eric Erikson*, Fondo de Cultura Económica, México, 1970.
- Cronbach, L. J., *Essentials of psychological testing*, Harper & Row, Nueva York, Segunda edición, 1960.
- Crovara, J., "El proceso de crecimiento de un grupo de jóvenes en un centro de reflexión universitaria", Tesis de maestría en desarrollo humano, Universidad Iberoamericana, México, 1979.
- Crow, L. D. y Crow, A., *Readings in Psychology*, Barnes y Noble, Nueva York, 1964.
- Cueli, J., "Algunos aspectos técnicos en el manejo del huérfano temprano", en *Cuadernos de Psicoanálisis*, 2 (3) (4), 1966, págs. 109-113.
- Cueli, J., "De la percepción a la expresión motriz", *Cuadernos de Psicoanálisis*, núms. 2 (3) (4) 1968, págs. 161-171.
- Cueli, J., "Psicocomunidad", en *Enseñanza e investigación en psicología*, 2 (3), 1976.
- Cueli, J., *Aspectos psicológicos de la relación médico-paciente*, Publicaciones del Instituto Syntex, México, 1977 a.
- Cueli, J., "Enfoques no convencionales en siquiatria", *Neurología, neurocirugía y siquiatria*, 20 (2), 1977b.
- Cueli, J., "Simbología y marginalidad", en *Enseñanza e Investigación en Psicología*, núm. 4 (8), 1978 a.

- Cueli, J., "Simbología y marginalidad", en *Enseñanza e Investigación en Psicología*, núm. 2, 1978 b.
- Cueli, J., "Las identidades del marginado", en *Uno más Uno*, 2 de diciembre, 1979.
- Cueli, J., *Dinámica psicosocial del marginado, I*, Alhambra, México, 1980 a.
- Cueli, J., "Sobre psicocomunidad", en *Revista Mexicana de Psicología y Psiquiatría*, número especial, 1980 b.
- Cueli, J., *Neza y anexas*, Diógenes, México, 1985.
- Cueli, J. y Lartigue, T., "Neurosis traumáticas", en *Revista Mexicana de Psicología*, núm. 2 (1), 1985.
- Cueli, J., "Editoriales periodísticos", *La Jornada*, 1985-1986.
- Chagoya, L. y Guttman, C., "Guía para evaluar el funcionamiento de la familia" (adaptación de la Guía familiar de N. Epstein), inédito.
- Chardon, M. C., "Descripción del nivel de desarrollo de un grupo de familias de Ciudad Nezahualcóyotl", en Biro, C. E., Cueli, J. y Lartigue, T., *Tres comunidades en busca de identidad*, Alhambra, México, 1981a.
- Chardon, M. C. y Pintos, E., "Aportaciones técnicas para el manejo de la tutoría en Ciudad Nezahualcóyotl y Tlatelolco", en Biro, C. E., Cueli, J. y Lartigue, T., *Tres comunidades en busca de identidad*, Alhambra, México, 1981b.
- Davis, M., Wallbridge, D., *Boundary and space, an introduction to work of D. W. Winnicott*, Brunner, Mazel, Nueva York, 1981.
- Deutsch, H., *Psychology of women*, Grune & Straton, Nueva York, 1944.
- Devereaux, G., *De la ansiedad al método en las ciencias sociales*, Siglo XXI, México, 1976a.
- Devereaux, G., *Etnopsiquiatría*, Amorrortu, Madrid, 1976 b.
- Díaz-Guerrero, R., "Sociocultural premises attitudes and cross-cultural research", *International Journal of Psychology*, núm. 2, 1967a, págs. 79-81.
- Díaz-Guerrero, R., "The active and the passive syndromes", *Revista Interamericana de Psicología*, núm. 1, (4), 1967 b, págs. 263-272.
- Díaz-Guerrero, R., *Hacia una teoría histórico-bio-psico-socio-cultural del comportamiento humano*, Trillas, México, 1972 a.
- Díaz-Guerrero, R., "Una escala factorial de premisas histórico-socioculturales de la familia mexicana", *Revista Interamericana de Psicología*, núm. 6, 1972 b, págs. 235-244.
- Díaz-Guerrero, R., "Interpreting coping styles across nations from sex and social class differences", *International Journal of Psychology*, núm. 8 (3), 1973, págs. 193-203.
- Díaz-Guerrero, R., *Hacia una psicología social del tercer mundo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1976.
- Díaz-Guerrero, R., "A mexican psychology", *American Psychologist*, núm. 11, 1977, págs. 934-944.
- Díaz-Guerrero, R., "Origines de la personnalité humaine et des systemes sociaux", *Revue de Psychologie Appliquée*, núm. 29 (2), 1979, págs. 139-152.
- Díaz-Guerrero, R., "El enfoque cultura-contracultura del desarrollo humano y social: El caso de las madres en cuatro subculturas mexicanas", *Revista de la Asociación Latinoamericana de Psicología Social*, núm. 1 (1), 1981, págs. 75-92.
- Díaz-Guerrero, R., "The psychology of the historic-sociocultural premise, I, *Spanish Language Psychology*, núm. 2, 1982 a, págs. 383-410.

- Díaz-Guerrero, R., "Tipos mexicanos", capítulo 1, en: *Psicología del mexicano*, Trillas, México, 1982 b.
- Díaz-Guerrero, R., "La psicología de los mexicanos. Un paradigma". *Revista Mexicana de Psicología*, núm. 1 (2), 1984, págs. 95-104.
- Díaz-Guerrero, R., *El ecosistema sociocultural y la calidad de vida*, Trillas, México, 1986 a.
- Díaz-Guerrero, R., "Una etnopsicología mexicana", *Revista de Psicología Social y Personalidad*, núm. 2 (2), 1986 b, págs. 1-22,
- Díaz-Guerrero, R. e Iscoe, I., "El impacto de la cultura iberoamericana tradicional y del estrés económico sobre la salud mental y física. Instrumentación y potencial para la investigación transcultural", I, *Revista Latinoamericana de Psicología*, núm. 16 (2), 1984, págs. 167-211.
- Díaz-Guerrero, R. y Castillo Vales, V. M., "El enfoque cultura-contracultura y el desarrollo cognitivo y de la personalidad en escolares yucatecos", *Enseñanza e Investigación en Psicología*, núm. 8 (1), 1981, págs. 5-25.
- Díaz-Guerrero, R. y Emmite, P. L., "*Innovaciones en educación. Un análisis de sistemas de habilidades básicas en la educación*", Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1986.
- Díaz-Loving, R. y Andrade Palos, P., "Una escala de locus de control para niños mexicanos", *Interamerican Journal of Psychology*, núm. 18 (1-2), 1984, págs. 21-33.
- Díaz-Loving, R., Díaz-Guerrero, R., Helmreich, R. L. y Spence, J. T., "Comparación y análisis psicométrico de una medida de rasgos masculinos (instrumentales) y femeninos (expresivos)", *Revista de la Asociación Latinoamericana de Psicología Social*, núm. 1 (1), 1981, págs. 3-38.
- Dilappio, N., *Teoría de la personalidad*, Nueva Editorial Interamericana, México, 1976.
- Dollard, J. y Miller, N., *Personality and psychotherapy; an analysis in terms of learning, thinking and culture*, McGraw Hill, Nueva York, 1950.
- Erikson, E. H. (dir), *Youth, change and challenge*, Basic Books, 1963.
- Erikson, E. H., *Infancia y sociedad*, Hormé, Buenos Aires, segunda edición, 1966.
- Escalona, S. K., "Some determinants of individual differences", en *Transactions of the New York Academy of Science*, 2nd. series, 1965.
- Eysenck, H. J., *Dimensions of personality*, Londres, Routledge, 1947.
- Eysenck, H. J., *The scientific study of personality*, Routledge y Kegan Paul, Londres, 1952.
- Eysenck, H. J., *The structure of personality*, Wiley, Nueva York, 1953.
- Eysenck, H. J., "Psychiatric, diagnosis as a psychological and statistical problem", *Psychol. Rev.*, núm. 1, 1955, págs. 3-17.
- Eysenck, H. J., y Furneaux, W. D., "Primary and secondary suggestibility; an experimental and statistical study", *J. exp. Psychol.*, núm. 35, 1945, págs. 485-503.
- Eysenck, H. J., y Prell, D. B., "The inheritance of neuroticism: an experimental study", *J. Ment. Sci.*, núm. 97, 1951, págs. 441-465.
- Eysenck, H. J. y Rachman, S., "Dimensions of personality", en Semeonott, B., *Personality assessment*, Penguin Books, Londres, 1966.
- Eysenck, H. J. y Rees, W. L., "A factorial study of some morphological and psychological aspects of human constitution", *J. Ment. Sci.*, núm. 91, 1945, págs. 8-21.

- Fairbairn, W. R., *Estudio psicoanalítico de la personalidad*, Hormé, Buenos Aires, 1962.
- Fairbairn, W. R., *Desarrollo en psicoanálisis*, Hormé, Buenos Aires, 1964.
- Fenichel, O., *Problems of psychoanalytic technique*, Psychoanalytic Quarterly, Inc., Nueva York, 1941a.
- Fenichel, O., "The ego and the affects", en *Collected Papers*, 2nd. Series, Norton, Nueva York, 1941b.
- Fenichel, O., *The psychoanalytic theory of neurosis*, Norton, Nueva York, 1945.
- Fenichel, O., "The economic function of screen memories", en *Collected Papers*, 1st. Series, Norton, Nueva York, 1951.
- Fenichel O., "The symbolic equation: girl = phallus", en *Collected Papers*, 2nd Series, Norton, Nueva York, 1954.
- Ferenczy, S. y Rank, O., *The development of psychoanalysis*, Dover, Nueva York, 1956.
- Freud, S., *New introductory lectures on psychoanalysis*, Norton, Nueva York, 1933.
- Freud, A., *The ego and the mechanisms of defense*, Inter. Univ. Press, Nueva York, 1946.
- Freud, S., *El yo y el ello*, Obras completas, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.
- Freud, S., *La interpretación de los sueños*, Obras completas, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948b.
- Freud, S., *Más allá del principio del placer*, Obras completas, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.
- Freud, S., Obras completas, vols. I, II y III, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948-1953.
- Freud, S., *Psicopatología de la vida cotidiana*, Obras completas, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.
- Freud, S., *An outline of psychoanalysis*, Norton, Nueva York, 1949.
- Freud, S., *On narcissism: an introduction*, standard edition, 14. Standard edition of the complete psychological works, 24 vols., Traducción y edición de James Strachey, Hogarth Press, Londres, 1953.
- Freud, S., *Proyecto de una psicología para neurólogos*, Obras completas, vol. III, Biblioteca Nueva, Madrid, 1953.
- Freud, S., *Three essays on the theory of sexuality*, standard edition, Hogarth Press, Londres, 1953.
- Freud, S., *Contributions to a discussion on masturbation*, standard edition, Hogarth Press, Londres, 1958.
- Freud, S., *Beyond the pleasure principle*, standard edition, Hogarth Press, Londres, 1959a.
- Freud, S., *Fragment of an analysis of a case of hysteria*, standard edition, Hogarth Press, Londres, 1959b.
- Freud, S., *Hysterical phantasies and their relation to bisexuality*, standard edition, Hogarth Press, Londres, 1959c.
- Freud, S., *Instincts and their vicissitudes*, standard edition, Hogarth Press, Londres, 1959d.
- Freud, S., *On beginning the treatment*, standard edition, Hogarth Press, Londres, 1959e.
- Freud, S., *On the sexual theories of children*, standard edition, Hogarth Press, Londres, 1959f.

- Freud, S., *Remembering, repeating and working-through*, standard edition, Hogarth Press, Londres, 1959g.
- Freud, S., *The dynamics of transference*, standard edition, Hogarth Press, Londres, 1959h.
- Freud, S., *The ego and the id*, standard edition, Hogarth Press, Londres, 1959i.
- Freud, S., *The interpretation of dreams*, standard edition, 4 y 5, Hogarth Press, Londres, 1959j.
- Freud, S., *On narcissism*, standard edition, Hogarth Press, Londres, 1961.
- Freud, S., *Screen memories*, standard edition, Hogarth Press, Londres, 1962.
- Freud, S., *Normality and pathology in childhood*, International Universities Press, Nueva York, 1965.
- Fromm, E., *Social character in a mexican village*, Prentice Hall International, Englewood Cliffs, N. J., 1970.
- Fruchter, L. J., *Introduction to Factor Analysis*, D. Van Nostrand Co. Inc., Princeton, Nueva Jersey, 1954.
- Girardi, C., Díaz-Loving, R. y Andrade Palos, P., "Incapacidad aprendida en estudiantes universitarios", en AMEPSO (Comp.), págs. 327-331, *La Psicología Social en México*, vol. 1, Asociación Mexicana de Psicología Social, México, 1986.
- Goldberg, A. I., "On the prognosis and treatment of narcissism", en *Internat. J. of Psychoanal.*, 1974.
- Gómez del Campo, "Programa de especialización en psicología de la comunidad", Tesis de Maestría en Psicología, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Oriente, 1978.
- González, C. P., *La democracia en México*, ERA, México, 1965.
- González, Ch., "Psicología de grupo", en *Neurología, neurocirugía y siquiatria* 16 (2), 1975.
- González, S. M., "La tutoría y la supervisión. Agentes de cambio", en Biro, C. E., Cueli, J. y Lartigue, T., *Tres comunidades en busca de identidad*, Alhambra, México, 1981.
- Greenacre, P., "Anatomical structure and super ego development", en *Trauma, growth and personality*, International Universities Press, Nueva York, 1969a.
- Greenacre, P., "The predisposition to anxiety", primera y segunda partes, en *Trauma, growth and personality*, International Universities Press, Nueva York, 1969b.
- Greenacre, P., "Urination and weeping", en *Trauma, growth and personality*, International Universities Press, Nueva York, 1969c.
- Greenson, R., "Contribution to discussion of the psychoanalytic situation", en *Psychoanalysis in the Americas*, International Universities Press, Nueva York, 1966a.
- Greenson, R., "The enigma of modern woman", *Bull. Philadelphia Assn. Psychoanal.*, International Universities Press, Nueva York, 1966b.
- Greenson, R., *The technique and practice of psychoanalysis*, International Universities Press, Nueva York, 1967.
- Greenson, R., "The working alliance and the transference neurosis", en *Explorations in psychoanalysis*, International Universities Press, Nueva York, 1978.
- Grimber, L., *Identidad y cambio*, Paidós, Buenos Aires, 1982.
- Grimber, L. y Larger, M., *Psicoterapia de grupo*, Paidós, Buenos Aires, 1969.
- Guilford, J. P., *Personality*, McGraw-Hill, Nueva York, 1959.
- Hall, C. S. y Lindzey, G., *Theories of personality*, Wiley, Londres, 1965.

- Harari, R., *Teoría y técnica psicológica de comunidades marginales*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1974.
- Harre, R., *El ser social*, Alianza, Madrid, 1985.
- Hartmann, H., *Ensayos sobre la psicología del yo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1949.
- Hartmann, H., *Ego psychology and the problem of adaptation*, International Universities Press, Nueva York, 1958.
- Hartmann, H., *Essays on ego psychology*, International Universities Press, Nueva York, 1964a.
- Hartmann, H., "Contribution to the metapsychology of schizophrenia", en *Hartmann*, 1964b.
- Hartmann, H., "On rational and irrational action", en *Hartmann*, 1964c.
- Hartmann, H., "Technical implications of ego psychology", en *Hartmann*, 1964d.
- Hartmann, H., "The mutual influences in the development of ego and id", en *Hartmann*, 1964e.
- Heller, K., *Psychology and community change*, Dorsey Press, Illinois, 1977.
- Hilgard, E. R., *Teorías del aprendizaje*, Fondo de Cultura Económica, México, primera edición en español, 1961.
- Hilgard, E. R., *Introduction to psychology*, Harcourt, Brace y World, Nueva York, tercera edición, 1962.
- Holsti, O. R., "Content analysis", University of British Columbia en colaboración con K. Loomba, Robert C. North, en *Handbook of social sciences. Psychology*, 1977, cap. 16.
- Horney, K., *Neurotic personality of our times*, Norton, Nueva York, 1937.
- Horney, K., *New ways in psychoanalysis*, Norton, Nueva York, 1939.
- Horney, K., *Our inner conflicts*, Norton, Nueva York, 1950.
- Horney, K., *Neurosis and human growth*, Norton, Nueva York, 1950.
- Jacobson, E., "The self and the object world", en *The psychoanalytic study of the child*, núm. 9, 1954, págs. 75-127.
- Jacobson, E., *The self and de object world*, International Universities Press, Nueva York, 1964.
- Jung, C. G., *The collected works of Carl C. Jung*, Bollingen Series, H. Read, McFordham y G. Adler (dirs.), vols. I, II, III, IV, V, VII, VIII, IX, XI, XII, XVI, XVII, Panther Press, Suiza, 1953-1954.
- Kadner., *The pshychological frontier of society*, Columbia Press, Nueva York, 1946.
- Keller, F. S. y Schoenfeld, W. N., *Principles of psychology*, Appleton-Century-Crofts, Nueva York, 1950.
- Kelly, G., *The psychology of personal constructs*, Norton, Nueva York, 1955.
- Kenberg, O., "The therapy of patients with borderline personality organization", *Internat. J. of psychoanal.*, 1968.
- Kenberg, O., "Factors in the psychoanalytic treatment of narcissistic personalities", en *Internat. J. of psychoanal.*, 1970.
- Kenberg, O., "Contrasting viewpoints regarding the nature and psychoanalytic treatment of narcissistic personalities: a preliminary communication", en *Internat. J. of psychoanal.*, 1974.
- Kenberg, O., *Borderline conditions and pathological narcissism*, Jason Aronson, Nueva York, 1975.

- Kenberg, O., *Object relations theory and clinical psychoanalysis*, Jason Aronson, Nueva York, 1976a.
- Kenberg, O., "Technical considerations in the treatment of borderline personality organization", en *Internat. J. of psychoanal.*, 1976b.
- Kenberg, O., *Internal world and external reality*, Jason Aronson, Nueva York, 1980.
- Kenberg, O., *Severe personality disorders, psychotherapeutic strategies*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1984.
- Kestenbergh, J. S., "The role of movement patterns in development, I. Rhythms of movement; III. The control of shape", *Psychoanal. Quart.*, 1965-1967.
- Klein, M., *Envidia y gratitud*, Nova, Buenos Aires, 1960.
- Klein, M., *Las emociones básicas del hombre*, Asoc. Psicoanalítica Argentina, Buenos Aires, 1960.
- Klein, M., *Relato del psicoanálisis de un niño*, Paidós, Buenos Aires, 1961.
- Klein, M., *Our adult world, and other essays*, Heinemann, Londres, Basic Books, Nueva York, 1963.
- Klein, M., *Contribuciones al psicoanálisis*, Hormé, Buenos Aires, 1964a.
- Klein, M., *El psicoanálisis de niños*, Hormé, Buenos Aires, 1964b, 2a. edición.
- Kohler, W., *Gestalt psychology*, Norton, Nueva York, 1959.
- Kohut, H., *The analysis of the self*, International Universities Press, Nueva York, 1971.
- Kohut, H., "Thoughts in narcissism and narcissistic rage", *Psychoanal. Study Child*, 1972.
- Kohut, H., "Psychoanalysis in a troubled world", en *The Annual Psychoanalysis*, vol. 1, Quadrangle, the New York Times Book Co., Nueva York, 1973.
- Kohut, H., *The restoration of the self*, International Universities Press, Nueva York, 1977.
- Kohut, H., "Creativeness, charisma, group psychology: reflections on the self-analysis of Freud", en *The search for the self*, International Universities Press, Nueva York, 1978.
- Kohut, H., "The two analysis of Mr. "Z", *Int. J. of Psycho.*, núm. 60, 1979, págs. 13-27.
- Kohut, H., *How does analysis cure?*, Goldberg y Stepansky (eds.), The University of Chicago Press, Chicago, 1984.
- Krech, P., *Theory and problems of social psychology*, McG-Hill, Nueva York, 1948.
- Kris, E., *Psychoanalytic explorations in art*, International Universities Press, Nueva York, 1952.
- Kubler-Ross, E., *On death and dying*, Macmillan Publishing Co., Nueva York, 1976.
- Lafarga, J. y Gómez del Campo, *Desarrollo del potencial humano*, vols. 1, 2, y 3, Trillas, México, 1978-1986.
- Lafarga, J. y Gómez del Campo, "Muere Carl R. Rogers, uno de los psicólogos más destacados de este siglo", en *Revista Mexicana de Psicología*, núm 3, (2), 1986, págs. 107-108.
- Lampl-de Groot, J., "The evolution of the Oedipus complex in women", en *Internat. J. of Psychoanal.*
- Lartigue, T., "Aprendizaje en psicocomunidad. Formación de tutores y supervisores de trabajo en comunidad", *DIDAC*, Boletín del Centro Didáctico (UIA), Serie Roja 7, 1979a págs. 142-156.

- Lartigue, T., "Integración y estudio de la familia", en *El niño y la familia*. 1979b págs. 201-203.
- Lartigue, T., "La pareja terapéutica en el método de psicocomunidad", Trabajo presentado en el II Congreso Mexicano de Psicología, México, julio, 1979c.
- Lartigue, T., *Biopsicología social*, Alhambra, México, 1980.
- Lartigue, T., "Una aproximación al estado actual de la salud mental en México", *Revista Mexicana de Psicología*, núm. 41 (1), 1985, pág. 127.
- Lartigue, T. y Michaca, P., "Entrenamiento para supervisores de trabajo en comunidad", en *Enseñanza e investigación en psicología*, núm. 2 (1), 1976, págs. 15-18.
- Lartigue, Chardon, Harsch y Goyenechea, "Descripción del proceso de un grupo de alumnos a través de sus fantasías en psicocomunidad", en Biro, C. E., Cueli, J. y Lartigue, T., *Tres comunidades en busca de identidad*, Alhambra, México, 1981a.
- Lartigue, T. y Rodríguez, M. J., "Planteamiento de una experiencia en psicocomunidad", en Biro, C. E., Cueli, J. y Lartigue, T., *Tres comunidades en busca de identidad*, Alhambra, México, 1981b.
- Leñero, L., "Relaciones familiares y la crisis del modelo nuclear conyugal en países latinos", en *El niño y la familia*, 1982, págs. 133-175.
- Lewin, K., *Principles of topological psychology*, McGraw-Hill, Nueva York, 1936.
- Lewin, K., *Field theory in social science; selected theoretical papers*, D. Cartwright (dir.), Harper y Row, Nueva York, 1936a.
- Lewin, K., *A dynamic theory of personality*, McGraw-Hill, Nueva York, 1935.
- Lewis, O., *The children of Sánchez*, Random House, Nueva York, 1961.
- Lindzey, G., *Assessment of human motives*, Holt, Rinehart y Winston, Nueva York, 1964.
- Loewenstein, R. M., "Conflict and autonomous ego development during the phallic phase", *The psychoanalytic study of the child*, International Universities Press, Nueva York, 1950.
- Lomnitz, L., *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo XXI, México, 1975.
- Mahler, M. S., "A study of the separation-individuation process: and its possible application to borderline phenomena in the psychoanalytic situation", en *The Psychoanalytic Study of the Child*, Quadrangle Books, Nueva York, 1971.
- Mahler, M. S., "Separation-individuation and object constancy", *J. of Amer. Psychoanal. Assn.*, 1975.
- Mahler, M. S., *Selected papers of Margaret S. Mahler*, Jason Aronson, Nueva York, 1979.
- Mahler, M. y Furer, M., *On human symbiosis and the vicissitudes of individuation*, International Universities Press, Nueva York, 1968.
- Mahler, M. S., Kernberg, F., Otto, et al, *Diez años de psicoanálisis en los Estados Unidos (1973-1982)*, Alianza Universidad, Madrid, 1983.
- Mahler, M. S., Pine, F. y Bergman, A., *The psychological birth of the human infant: symbiosis and individuation*, Basic Books, Nueva York, 1975.
- Maslow, A., *Toward a psychology of being*, Van Nostrand, Princeton, N. J., 1968.
- Maslow, A., *Motivación and personality*, Harper and Row, Nueva York, 1970.
- Maslow, A., *The farther reaches of human nature*, Viking, Nueva York, 1972.
- Maslow, A., *La amplitud potencial de la naturaleza humana*, Trillas, México, 1982.
- Masters, W. y Johnson, V., *Human Sexual Response*, Little Brown, Boston, 1966.
- May, R., *Man's search for himself*, Dell Publishing Co. Nueva York, 1953.

- May, R., *Love and Well*, W. Morton & Company Inc., Nueva York, 1969.
- May, R., *Existencial Psychology*, Random House, Nueva York, 1969.
- May, R., *Power and Innocence. A Search for the Sources of Violence*, Dell Publishing Co., Nueva York, 1972.
- May, R., *La psicología y el dilema del hombre*, Gedisa, Buenos Aires, 1985.
- McClelland, D. F., *Personality*, Holt, Rinehart y Winston, Inc., Nueva York, 1967.
- Mead, M., *Adolescencia y cultura en Samoa*, Paidós, Buenos Aires, 1972.
- Mendel, G., *La rebeldía contra el padre*, Península, París, 1968.
- Mendel, G., *La crisis de generaciones*, Península, París, 1979.
- Meneses, E., "Un perfil del maestro universitario", *DIDAC*, Boletín del Centro de Didáctica de la UIA, México, 1978.
- Meneses, E., *La Universidad Iberoamericana en el contexto de la educación superior contemporánea*, UIA, México, 1979.
- Mehrabian, A., *An Analysis of Personality Theories*, Prentice Hall, Nueva Jersey, 1968.
- Menninger K. A., *Man against himself*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1938.
- Menninger, K. A. y Holzman, P. S., *Theory of psychoanalytic technique*, Basic Books, Nueva York, 1972.
- Michaca, P., "Consideraciones teóricas acerca del manejo de las sesiones de supervisión", en *Enseñanza e investigación en psicología III*, 1977.
- Miller, N., Experimental studies of conflict, en J. Mc. V. Hunt (dir.), *Personality and the Behavior Disorders*, vol. I, Ronald, Nueva York, 1944, págs. 431-465.
- Miller, N. y Dollard, J., *Social Learning and Imitation*, Yale University Press, Nueva Haven, 1941.
- Miller, N. y Dollard, J., *Personality and Psychotherapy*, McGraw-Hill, Nueva York, 1965.
- Miller, S., "The american lower class", *A typological, soc. disapproach*, 1984.
- Miller, S., "The american lower class", *A typological, soc. disapproach*, 1984.
- Minuchin, S., *Families of the slums*, Basic Books, Nueva York, 1984.
- Misterlich, A. y M., *Los fundamentos del comportamiento colectivo*, Alianza Editorial, Madrid, 1984.
- Müller-Braunschweig, K., "Desexualization and identification", *Psychoanal Rev*, núm 13, 1926.
- Murphy, G. y Jensen, F., *Approaches to personality*, Coward-McCann, Nueva York, 1932.
- Murphy, G., *General Psychology*, Harper y Row, Nueva York, 1933.
- Murphy, G., *Personality: A biosocial approach to its origins and structure*, Harper y Row, Nueva York, 1947.
- Murphy, G., *Introduction to psychology*, Harper y Row, Nueva York, 1951.
- Murphy, G., *Human potentialities*, Basic Books, Nueva York, 1958.
- Murray, H. A. y colaboradores, *Explorations in personality*, Oxford Press, Nueva York, 1938.
- Murray, H. A., "Toward a classification of interactions", en Parsons y Skils (dirs.) *Toward a general theory of action*, Harvard Univ. Press, Cambridge, Mass., 1951.
- Murray, H. A., "Preparation for the scaffold of a comprehensive system", en Koch, S. (dirs.) *Psychology: a study of science*, McGraw-Hill, Nueva York, 1959.

- Murray, H. A. y Kluckhohn, C., *Personality in nature, science and culture*, Knopf, Nueva York, 1953.
- Murray, H. A., "Some basic psychological assumptions and conceptions", *Dialéctica*, núm. 5, 1956, págs. 266-292.
- Murray, H. A., "Components of an evolving personological system", en Sills, D. L. (dir.), *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Macmillan & Free Press, Nueva York, núm. 12, 1968, págs. 5-13.
- Nordby, V. y Hall, C., *Vida y conceptos de los psicólogos más importantes*, Trillas, México, 1982.
- Nunberg, H., *Principles of psychoanalysis*, Int. Univ. Press, Nueva York, 1955.
- Nunberg, H., (1939) *Ego strength and ego weakness*, en *Practice and theory of psychoanalysis*, Int. Univ. Press, Nueva York, 1960.
- Palacios, A., *La dialéctica en psicoanálisis*, Prensa Médica Mexicana, México, 1975 a.
- Palacios, S., *Técnica en grupo*, Prensa Médica Mexicana, México, 1975 b.
- Paz, O., *Posdata*, Siglo XXI, México, 1970.
- Paz, O., *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973.
- Pepper, S. C., *World hypothesis*, Univ. of Calif. Press, Berkeley, 1942.
- Piaget, J., *Play, dreams, and imitation in childhood*, Norton, Nueva York, 1951.
- Piaget, J., *Psychology of intelligence*, Littlefield, Adam, Paterson (eds.), Nueva Jersey, 1960.
- Piaget, J., "The states of the intellectual development of the child", *Bull. Menninger Clinic*, 1962.
- Pintos, E., "Descripción del nivel de desarrollo de un grupo de familias en Tlatelolco", en Biro, C. E., Cueli, J. y Lartigue, T., *Tres comunidades en busca de identidad*, Alhambra, México, 1981.
- Puijano, A., *Redefinición de la dependencia y proceso de marginalización en Latinoamérica en populismo, marginalización y dependencia*, EDUCA, Costa Rica, 1973.
- Rage, E., "El método democrático en la interacción educativa", en Biro, C. E., Cueli, J. y Lartigue, T., *Tres comunidades en busca de identidad*, Alhambra, México, 1981.
- Ramírez, S., *Infancia es destino*, Siglo XXI, México, 1975.
- Rangell, L., "Similarities and differences between psychoanalysis and dynamic psychotherapy", en *Internat. J. of Psychoanal.*, 1954.
- Rangell, L., "On the psychoanalytic theory of anxiety: a statement of a unitary theory", en *Internat. J. of Psychoanal.*, 1955.
- Rangell, L., "The scope of intrapsychic conflict: microscopic and macroscopic considerations", *The psychoanalytic study of the child*, International Universities Press, Nueva York, 1963.
- Rapaport, D., *Collected papers*, Boston Press, Boston, 1949.
- Rapaport, D., "The structure of psychoanalytic theory", *Psychol. Issues*, vol. II, núm. 2, International Universities Press, Nueva York, 1960.
- Reidl, L. *Estudio preliminar a la estandarización de la prueba "Jr.-Sr. High School Personality Questionnaire" del doctor Raymond B. Cattell en un grupo de adolescentes*, Tesis profesional de licenciatura en psicología, UNAM, febrero, 1969.
- Rogers, C., *Counseling and psychotherapy*, University of Chicago Press, Chicago, 1954 a.

- Rogers, C. y Dymond, R., *Psychotherapy and personality change*, University of Chicago Press, Chicago, 1954 b.
- Rogers, C., *Psicoterapia centrada en el cliente*, Paidós, Buenos Aires.
- Rogers, C., *El proceso de convertirse en persona*, Paidós, Buenos Aires.
- Rogers, C., *El poder de la persona*, El Manual Moderno, México, 1979.
- Rogers, C., *Terapia, personalidad y relaciones interpersonales*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1985.
- Rogers, C., *A Way of being*, Houghton Mifflin Co. Boston, 1980.
- Sarason, I. G., *Contemporary research in personality*, D. Van Nostrand, Princeton, Nueva Jersey, 1965.
- Sarason, I. G., *Personality, an objective approach*, Wiley, Nueva York, 1966.
- Segal, H., *Introducción a la obra de Melanie Klein*, Paidós, Buenos Aires, 1965.
- Semeonoff, B., *Personality assessment*, Penguin Books, Londres, 1966.
- Shontz, F. C., *Research methods in personality*, Appleton-Century Crofts, Nueva York, 1965.
- Simon, H. A. y Newell, A., "The uses and limitations of models", en M. H. Marx (director), *Theories in Contemporary Psychology*, Macmillan, Nueva York, 1963, págs. 89-104.
- Skinner, B. F., *The behavior of organisms*, Appleton-Century-Crofts, Nueva York, 1938.
- Skinner, B. F., "Are theories of learning necessary?" *Psychol. Review*, núm. 57, 1950, págs. 193-216.
- Skinner, B. F., *Science and human behavior*, Macmillan, Nueva York, 1953.
- Skinner, B. F., "A case history in scientific method", *American Psychol.*, núm. 11, 1956, págs. 221-233.
- Skinner, B. F., *Verbal behavior.*, Appleton-Century-Crofts, Nueva York, 1957.
- Skinner, B. F., *Comulative record*, Appleton-Century-Crofts., Nueva York, 1961.
- Skinner, B. F., *Contingencies of reinforcements, a theoretical analysis*, Appleton-Century-Crofts, Nueva York, 1969.
- Spearman, Charles, E., "General intelligence, objectively determined and measured", en *The abilities of man*, Nueva York, Macmillan, 1927.
- Spitz, R. A., *A genetic field theory of ego formation*, International University Press, Nueva York, 1959.
- Spitz, R. A., *The early year of life*, International University Press, Nueva York, 1965.
- Sullivan, H. S., *Conceptions of modern psychiatry*, Norton, Nueva York, 1953.
- Sullivan, H. S., *The Interpersonal theory of psychiatry*, Norton, Nueva York, 1953.
- Sullivan, H. S., *La entrevista psiquiátrica*, Psique, Buenos Aires, 1964.
- Székely, B., *Los tests*, vols. I, II, III, Kápelusz, Buenos Aires, cuarta edición, 1969.
- Thomas, R. M., *Comparing theories of child development*, Wadsworth Publishing Co., California, 1979.
- Thompson, R., *The pelican history of psychology*, Penguin Books, Londres, 1968.
- Watzlawick, P., Beavin, J. H. y Jackson, D. D., *Teoría de la comunicación humana*, Herder, Barcelona, 1983.
- Whittaker, D. O., *Psicología*, Ed. Interamericana, S. A. México, 1968.
- Winnicott, D. W., "Transitional objects and transitional Phenomena en *Playing and Reality*", Basic Books, Nueva York, 1971.

ÍNDICE

ONOMÁSTICO

- Adler, A., 7, 23, 95-104, 141, 293, 301, 603-604
Alexander, F., 166
Allen, R., 33, 199, 501, 503, 525
Allers, R., 301
Allport, F., 8, 33-34, 159, 515
Allport, G., 288-298, 315, 527, 531, 603
Anastasi, A., 498, 501-503
Andrade, P., 585
Aquino, T. de, 16
Aristóteles, 24
- Baer, D., 460
Balint, M., 203, 229-231
Bandura, A., 460, 464, 470, 554
Bejar, R., 585
Benedeck, T., 176
Benedict, R., 476
Bergman, A., 244
Bertalanffy, L., 485, 487-489
Bibring, E., 167
Binswanger, L., 302
Bion, W., 203, 214-215
Bischof, L., 8, 578
Boring, E., 497
Boss, M., 302
Brener, Ch., 7
Breuer, J., 87, 89
Brown, C., 9, 428-432
Burt, C., 498
Burt, E., 24
- Calvino, J., 15
- Cappello, H., 585
Caruso, I., 8, 305-310
Cassirer, E., 24
Catalano, R., 582
Cattell, R., 9, 499-502, 525-538, 541-555, 557-558, 578, 603-604
Copérnico, N., 39
Cronbach, L., 498, 500, 502-503
Cueli, J., 9, 591
- Charcot, J., 40, 87
Chomsky, N., 428
- Darwin, Ch., 39, 381
Davies, M., 235
Deutsch, H., 160
Devereaux, G., 9, 562-563
Díaz-Guerrero, R., 9, 578-579, 582-587
Díaz-Loving, R., 585
Dollard, J., 8, 341-346, 348, 350-355, 358, 554, 603
- Einstein, A., 562
Emmite, P., 584
Erikson, E., 8, 173-176, 199, 309
Esquilo, 23
Eurípides, 23
Eysenck, H., 9, 34, 514-523, 578-579, 603
- Fairbairn, W., 8, 203, 224-228, 248, 604
Fenichel, O., 237, 253
Frankl, V., 8, 301, 304

- Freud, A., 130-131, 154-155, 159-160, 201-203
 Freud, E., 203
 Freud, S., 7-8, 22-23, 39-51, 53-56, 58-67, 69, 71-80, 82-93, 95, 107, 124, 130, 132, 141, 151, 153-158, 160-168, 170, 173-175, 190, 193, 195, 200-202, 205-207, 212, 228, 238, 246, 248, 256-257, 261, 289, 301, 305, 307, 309, 352, 358, 373-374, 379, 461, 470, 562, 578, 581
 Fries, M., 158
 Fromm, E., 8, 148-152, 578
 Fruchter, L., 498, 500-501
 Furneaux, W., 516

 Garnett, M., 498
 Gesell, A., 9, 455-458
 Girardi, C., 585
 Glover, E., 155, 161
 Gómez, J., 263
 Guilford, J., 499, 502, 504, 506, 508-512, 525, 527, 603
 Guntrip, H., 203

 Hall, C., 9, 34, 288, 455, 497, 502, 516, 525-526, 538, 546, 549-553, 557
 Hartmann, H., 8, 153, 155-157, 159-161, 163, 166-167, 201, 236, 238, 244, 247
 Hartmann, N., 301
 Havighurst, R., 474-475
 Hegel, F., 583
 Heidegger, M., 301-302
 Hendrick, I., 155, 158, 186
 Hilgard, E., 288, 465, 497, 501, 525-526, 554
 Horney, K., 8, 141-147, 481, 578

 Iscoe, I., 585, 587
 Issac, S., 203

 Jacobson, E., 8, 236-239, 248, 391
 Jahoda, M., 174
 Jaspers, K., 301, 303
 Jones, E., 202
 Jung, C., 7, 23, 107, 109-129, 132, 293, 301, 516-517, 528, 578

 Kardiner, A., 9, 561-562
 Kelly, G., 32
 Kenberg, O., 8, 72, 228, 247-253, 255
 Kendler, H., 466, 471-473
 Kendler, T., 466, 471-473
 Kernberg, P., 244
 Klein, M., 8, 202-208, 212, 215, 221, 224, 229, 248, 308
 Kluckhohn, C., 361, 383
 Knox, J., 15
 Kohlberg, L., 9, 433-434, 436-437
 Kohler, W., 24
 Kohut, H., 8, 72, 228, 247, 256-261, 309, 603
 Kris, E., 157, 163

 Lafarga, J., 263
 Laskiéxtasis, M., 480
 Lewi, B., 158
 Lewin, K., 8, 316, 318, 320-321, 324, 326, 328-333, 336-339, 372
 Lewis, O., 478
 Lindzey, G., 34, 288, 497, 502, 516, 525-526, 538, 545-546, 549, 553, 557-558
 Linton, R., 561
 Locke, J., 14-15
 Loewenstein, R., 157, 163

 Magnus, A., 16
 Malher, M., 8, 236, 243, 244, 247-248, 250-251, 310
 Marx, C., 193
 Maslow, A., 313, 315, 475-476, 479, 484, 578
 May, R., 8, 311-315
 McClelland, D., 34, 578
 McDougall, W., 288-289, 546
 Menninger, K., 163
 Miller, N., 8, 341-346, 348, 350-355, 358, 554, 603
 Minuchin, S., 490
 Moreno, J., 9, 564-565, 568
 Morgan, L., 31
 Müller-Braunschweig, K., 158
 Murphy, G., 8, 385-387, 389-403, 405-407
 Murray, H., 8, 27, 289, 360-369, 371-374, 376-383, 550, 603-604

- Nagera, H., 203
 Newton, I., 601
 Nunberg, H., 165

 Pareja, G., 302, 305
 Parsons, T., 33-35, 48
 Pavlov, I., 461, 519
 Paz, O., 588
 Pepper, S., 25, 32
 Piaget, J., 7, 9, 22, 32, 309, 311, 396,
 411-417, 434, 436, 461, 473
 Pick, S., 585
 Platón, 23, 584
 Portmann, A., 308

 Rachman, S., 518-519
 Ramírez, S., 227
 Rapaport, D., 236-238, 591
 Rees, W., 516
 Rogers, C., 8, 263-264, 275, 286-287,
 314, 476, 578
 Rousseau, J., 14-15, 18-20

 Sandler, J., 203
 Sarason, I., 34, 502-503, 525
 Sartre, J., 302
 Scheler, M., 301
 Schilder, P., 301

 Schoenfeld, W., 449
 Schwarz, O., 301
 Sears, R., 460, 466, 470-471
 Segal, H., 203
 Semeonoff, B., 526
 Sheldon, W., 378, 458
 Shontz, F., 34
 Simon, H., 25
 Skinner, B., 8, 441-447, 449-451, 453,
 465, 468, 470, 581, 601, 603
 Sócrates, 23
 Sófocles, 23
 Spearman, Ch., 381, 497-498, 601
 Spinoza, B., 479
 Spitz, R., 236, 240-241, 244, 305
 Stern, W., 288-289
 Sullivan, H., 8, 132-137, 139, 578, 603
 Sutherland, D., 203
 Székely, B., 497, 500-502

 Thompson, G., 498
 Thompson, R., 516, 525-526

 Walters, R., 554
 Wallbridge, D., 235
 Watson, J., 462, 465
 Wertheimer, M., 476
 Winnicott, D., 8, 203, 232-235, 257, 259

ÍNDICE ANALÍTICO

- Abatimiento, 366
- Abstracción, 483
- Acción(es)
 - del progreso, 108
 - utilitaria, 168
 - y tensión, 333
- Aceptación del individuo, 307
- Acercamiento
 - gradiente de, 354
 - y evitación, tendencias de, 355, 357
- Acomodación, 414-415
- Acontecimientos
 - de la histeria, secuencia de, 91
 - de la neuropsicosis de defensa, secuencia de, 91
- Actitud(es), 395, 399-400, 510, 545
 - de agresión, 145
 - de desprendimiento, 145
 - de los roles complementarios, 567
 - de sumisión, 144-145
 - dimensiones de las, 511
 - positiva, 482
 - sociales, 400
 - valores de, 302
 - y rasgo, diferencia, 291
- Actividad
 - áreas de, 337
 - científica, 23
 - necesidad de, 388
- Acto creativo, 564-565
- Adaptabilidad constitutiva, 540
- Adaptación, 555
- Adentro y afuera, relación entre, 176-177
- Adolescencia, 20
 - e infancia, etapas, 18
 - tardía, 138
 - relaciones interpersonales en la, 138
 - temprana, 138
 - relaciones interpersonales en la, 138
- Adquisición
 - de conductas complejas, 469
 - del conocimiento, 417
- Adultez, 139
 - relaciones interpersonales en la, 139
- Adulto, 297
 - joven, características, 189
- Afán de satisfacción, 132
- Afecto(s)
 - necesidad de, 369
 - primitivos, 250-251
 - represión del, 70
- Aferrar, 179
- Afiliación, 366
- Afirmación proposicional, 25
- Afuera y adentro, relación entre, 176-177
- Agonías primitivas, 234
- Agresión, 366
 - actitud de, 145
 - complejo de, 374
 - oral, complejo de, 375
- Agresor, identificación con el, 58
- Aislamiento, 70
 - sentido de, 189
- Ajuste, 555

- análisis del proceso de, 555
- cruces dinámicos del análisis del proceso de, 557-558
- Alarma, angustia de, 66, 68
 - origen, 66
 - y displacer, 66
- Alma, 16
- Amamantamiento, situación de, 241
- Ambiente psicológico, reestructuración del, 335
- Amenaza a la seguridad, 136
- Amor
 - adolescente, 188
 - del objeto, pérdida del, 67
 - primario, estadio de, 229
- Análisis, 316
 - críterial, método del, 521
 - de hacinamientos, 538
 - del proceso de ajuste, 555
 - cruces dinámicos del, 557-558
 - existencial, 301, 303-304
 - fundamentos del, 302
 - longitudinales, 37
- Análisis factorial(es), 449
 - con datos Q, factores de los, 533-535
 - desventajas, 502-503
 - procedimiento del, 498-499
 - ventajas, 502
- Análisis terminable e interminable*, 157
- Analista, 42
 - trabajo del, 42
- Analogía, 486, 591
- Angustia, 63-64, 67, 133
 - automática, 66
 - base biológica heredada de la, 64
 - de alarma, 66, 68
 - origen, 66
 - y displacer, 66
 - intensidad de la, 275
 - neurosis de, 88-89
 - origen, 66
 - teoría de la, 68
 - origen, 63
 - y principio del placer, 68
- Anhelo de seguridad, 132
- Anima, 113
- Animus*, 113
- Año, 51
- Ansiedad(es), 136, 537, 539
 - causas, 209
 - como temor a la nada, 313
 - de desintegración, 257
 - de la falta de sentido, 313
 - definición, 313
 - del individuo, 313
 - destruktiva, 136
 - e histeria, teoría de la, 519
 - existencial, 304
 - causa, 304
 - neurótica, 314
 - y ansiedad normal, diferencia, 314
 - normal
 - definición, 314
 - y ansiedad neurótica, diferencia, 314
 - y crecimiento, 314
 - persecutoria, idealización y escisión, 210
 - positiva, 313
 - predominante de la posición esquizo-paranoide, 208-209
 - productiva, 136
 - valores que provocan, origen, 313
 - y valores, 314
- Ansiedad-integración, 539
- Antagonismo psicooéctico, 303
- Antropólogo, 563
- Anulación, 70
- Años de vida, personalidad en los primeros, características, 554-555
- Aparato
 - mental, 45
 - psíquico, 54
 - divisiones funcionales del, 54
 - estructuras del, 54, 570
 - teoría telescópica del, 86
- Apatía, 537
- Aprender de modelos, proceso de, 468
 - factores, 468
- Aprendizaje(s), 382, 554
 - clasificación, 398
 - condiciones del, 346
 - cruce del, 346
 - de caminos-meta, 554
 - del lenguaje, 466-467
 - dilemas de, 346

- discriminativos típicos, 472
- formas de, 553-554
- observacional, 467
- por condicionamiento operante, 464
 - y padres, utilización del, 463
- por observación, 460, 464-465
- procesos del, 397
- social, teoría del, 465
- teoría del, 341, 461
- y factores genéticos, 382
- Aprobación, 133, 435
- Aptitud, 505
 - dimensiones de, 505-506
- Áreas
 - de actividad, 337
 - de los rasgos, 527
 - del crecimiento, 457-458
- Arquetipo, 127
- Arraigo, 390
- Asertividad hárrica, 536
- Asimilación, 414-415
- Asociación, proceso de libre, 41-42
- Aspecto(s)
 - de la canalización, 392-393
 - disociados, 133
 - extrovertido del *self*, 121
 - introverso del *self*, 121
 - naturales del desarrollo moral, 434
- Astenia, 537
- Atmósfera
 - cálida y desarrollo moral, 435-436
 - psicológica, 151
- Átomo(s)
 - originario, 567
 - social(es)
 - perceptual, 565, 568
 - real(es)
 - integración de los, 568
 - y átomo cultural, 565
- Átomo(s) cultural(es), 561, 568
 - individual, 568
 - originario, 566
 - primigenio, 564
 - social, 568
 - y átomo social real, 565
- Atrás, 181
- Autia-praxernia*, 530, 534
- Autismo, 305
 - tratamiento del, 310-311
 - y narcisismo primario, diferencia, 310
- Autoaserción, 548
- Autocontrol
 - excesivo, 147
 - sentimiento de, 535, 537
- Autodisciplina, 14
- Autoengaño, clasificación, 396
- Autoerotismo, 162
- Autonomía, 366
 - de la libre elección y niño, 180
 - funcional, 295
 - principio de la, 294-296
 - objetivo, 183
- Autorrealización, 478
 - capacidad de, 313-314
 - conductas de, 477-478
 - del hombre, 122-123
 - verdadera, 128-129
- Autosuficiencia, 535
- Avance científico y medida, 514-515
- Axiomas, 29
 - de la terapia familiar estructural, 490
- Ayuda psicoanalítica a niños, 131
- Base biológica heredada de la angustia, 64
- Bebé
 - experiencias del, 211-212
 - mecanismos de defensa del, 209
 - necesidad del, 232
 - objetivo, 208
- Calificación en la dimensión
 - de neuroticidad, personas con alta, 518-519
 - de psicoticismo, personas con alta, 519-520
- Cambiar el propio estilo de vida, 100
- Cambio(s)
 - conductuales en el desarrollo, 337-338
 - de función, 159
- Caminos-meta, aprendizaje de, 554
- Campo
 - definición, 316
 - teoría de, 316

- características, 316
- Canalización, 391
 - aspectos de la, 392-393
 - del *self*, 393, 400
 - y condicionamiento, diferencia, 393
- Cantidad de confianza derivada, 177
- Capacidad de autorrealización, 313-314
- Carácter, 290
 - clasificación, 230
 - de los motivos, 295
 - estilo
 - filobático del, 231
 - ocnofílico del, 231
 - estructura del, 142, 148
 - social, 149-150
 - definición, 151
 - función, 152
 - tradicional, 151
- Carencia(s)
 - en la comunidad, manifestación de la, 593
 - en la persona, manifestación de la, 593
 - físicas de la comunidad, 593
 - psicológicas de la comunidad, 593
- Carga genética, 390
- Carril
 - de la individuación, 245
 - de la separación, 245
- Castigo, 353-354
 - y recompensa, 337
- Castración, 67
 - complejo de, 183, 375
- Catástrofe autística, causa, 310
- Categorías
 - del contenido latente del sueño, 81-82
 - del estado de inconsciencia, 124
- Catexia(s), 165, 371
 - definición, 50
 - descarga de, 62-63
 - libidinal, 52
 - y contracatexia, equilibrio entre, 69
- Causalidad, 115
- Celos, 212
 - y envidia, diferencias, 212
- Censor onírico, 85
- Cercanía-lejanía, dimensión, 322-323
- Cerebro, 361, 363
- Ciclotimia-esquizotimia, 528, 533
- Ciencia(s)
 - de la conducta, 443
 - sociales, 562
 - enfoque ecológico de las, 581
- Científicos de lo social, 563
- Cínico, 146
- Cinismo, 146
- Clasificación(es)
 - biopsicológico, sistema de, 606
 - descriptivas, 88
 - psicológico, sistema de, 606
- Coastenia, 530
- Coastenia-*zeppia*, 534
- Cognición
 - habilidades de la, 506
 - meta de la, 376
- Comenction-abcultion*, 530, 536
- Comparación de teorías, 29
 - estándares para la, 29-31
- Compartimientos, dividir en, 147
- Compensación, 47, 108
- Complejidad patológica, niveles de, 512-513
- Complejo(s), 124-125, 373
 - anales, 375
 - claustral(es), 374
 - simple, características, 374
 - de agresión, 374
 - oral, 375
 - de castración, 183, 375
 - de Edipo, 73-75, 220-221
 - y superyó, 75
 - de inferioridad, 96
 - de rechazo
 - anal, 375
 - oral, 375
 - de retención anal, 375
 - de socorro, 375
 - de superioridad, 97-98
 - desarrollo, 124
 - e inconsciente
 - colectivo, 125
 - personal, 125
 - estudio del poder de constelación del, 125
 - función, 124
 - indicador del, 125
 - oral, 374

- poder de constelación del, 124
 - uretral, 375
- Componente del interés
 - desintegrado, 545
 - integrado, 545
- Comportamiento, 489
- Comprensión, 367
- Compromiso, formación de, 85
- Comunicación
 - semántica, 242
 - verbal y grupo marginal, 596
 - y locomoción, 328-329
 - y relación interpersonal, 279-280
- Comunidad(es), 593
 - carencias
 - físicas de la, 593
 - psicológicas de la, 593
 - manifestación de la carencia en la, 593
 - marginadas, 593
- Concepción de la fantasía, 205
- Concepto(s), 423
 - de ecosistema, 581-582
 - del yo, 271
 - motivacionales, 446
 - operación intelectual de formar, 427
- Conciencia, 16, 45, 47, 362
 - de sí mismo en público, 536
 - definición, 16
 - desarrollo, 435
 - fuerza inhibitoria de la, 481
 - más temprano, nivel de, 43
- Concientizar, proceso de, 594
- Concreticidad, principio de, 328
- Condensación, 84-85
- Condición(es)
 - de la relación enriquecedora, 282
 - de la resolución de conflictos de grupo, 285
 - del aprendizaje, 346
 - del proceso terapéutico, 266
 - problema, 267
 - previa de la posición depresiva, 211
 - primaria del *self* psicológico primario, 238
 - sociológicas y estilo de vida inadecuado, 102-103
- Condicionamiento, 394, 447
 - clásico, 461
 - y aprendizaje, 554
 - instrumental, 447
 - operante, 463-464
 - aprendizaje por, 464
 - y padres, utilización del, 463
 - referido a las normas culturales, 395
 - y canalización, diferencia, 393
- Conducta(s), 442, 603
 - anormal, 453
 - tratamiento de la, 453-454
 - azarosa, 343
 - ciencia de la, 443
 - clasificación, 445
 - complejas, adquisición de, 469
 - de autorrealización, 477-478
 - de conflicto, 354-355
 - del individuo, incongruencia de la, 274
 - determinantes genéticos de la, 444
 - infantil, 296
 - interdependencia de la, 337
 - modificable, 444
 - necesidades que motivan la, 366-367
 - objetivo, 413
 - observación de la, 509
 - propositiva y hombre, 122
 - psicótica, 114
 - social, 451
 - características, 451
 - y salida conductual, 451
 - variabilidad de la, 445
- Conductismo, 422
- Confianza, 194
 - derivada, cantidad de, 177
 - en el yo, 482
 - estado general de, 176
 - nacida del cuidado, 178
 - y religiones, 178
 - sentimiento de, 197
 - social en el niño, 176
- Conflicto(s), 146, 367, 555
 - conducta de, 354-355
 - de grupo
 - condiciones de la resolución de, 285
 - proceso de la resolución de, 285-286
 - intrasistémicos, 170

- origen, 395
- psicológico(s), 395-396
 - origen, 132
- Confusión de rol, 188
- Conjuntos de variables, isomorfismo entre dos, 593
- Conocer, 412
 - al niño, método para, 411
- Conocimiento, 411-413, 484
 - adquisición del, 417
- Conquistar, 182
- Consciente, 41, 111
 - e inconsciente, 111
- Consideración positiva
 - de sí mismo, 272
 - necesidad de, 272
 - incondicional, 276
 - consecuencia, 276
 - necesidad de, 271-272
- Consolidación del superyó e integración del yo, 252
- Constancia objetal, 247, 251
 - objetivo, 246
- Constelación del complejo
 - estudio del poder del, 125
 - poder del, 124
- Constitución individual, 387
- Contemporaneidad, principio de, 328
- Contenido latente del sueño, 81, 83
 - categorías del, 81-82
- Contraacción, 366
- Contracatexia, 69, 165-167
 - y catexia, equilibrio entre, 69
- Contraindicaciones de la logoterapia, 305
- Contraparte, factor de, 31
- Control, 443
- Controlar, 219
- Corolarios de la necesidad, 365-366
- Corticalertía, 536-537
- Cosa, 571
- Creación, 482
 - valores de, 302
- Creatividad, 314
 - prerrequisitos, 480
- Crecimiento
 - áreas del, 457-458
 - cognoscitivo, origen, 417
 - del habla, etapa de, 424
 - del juicio moral y entidades sociales, 437
 - y ansiedad normal, 314
- Crianza, 366
- Crisis de reaceramiento, características, 246
- Criterios de rotaciones de los ejes, 500
- Cruce(s)
 - del aprendizaje, 346
 - dinámicos del análisis del proceso de ajuste, 557-558
- Cuasinecesidad, 333
- Cuestionarios(Q), 526-527
- Cuidado
 - confianza nacida del, 178
 - y religiones, 178
 - materno, 233
- Culpa, 314
 - sentimientos de, 77
- Culpa-confianza, propensión a la, 535
- Culto al héroe, 469-470
- Cultura, 142, 563
 - funciones, 584
 - tradicional, 583-584
- Chistoso, técnica de lo, utilidad, 80
- Dados de Vygotsky, 425
- Daño, evitar el, 366
- Datos
 - Q, 530-531
 - factores de los, 535-537
 - análisis factoriales con, 533-535
 - Q', 531
- Decisión
 - arbitraria, 146
 - moral
 - etapas, 434
 - jerarquía de la, factores, 434
- Defensa(s), 89, 154, 366
 - del yo, 160
 - e inhibiciones, disminución de las, 481
 - identificar las, 478
 - maníacas, 218
 - en posición depresiva, 218
 - objetivo, 218
 - mecánica, 204
 - mecanismos de, 45, 160, 203, 208

- del bebé, 209
- del estadio de las representaciones del *self* y representación del objeto, 252
- y fantasía inconsciente, 205
- proceso de, 274
 - consecuencias, 274
- psiconeurosis de, 89
- secuencia de acontecimientos de la neuropsicosis de, 91
- Deferencia, 366
- Déficit, necesidades de, 475
- Dependencia
 - absoluta, 233
 - de la respuesta, 468
 - infantil, etapa de, fases, 224
 - madura, 227
 - relativa, 233
- Deportes, sentimiento a juegos y, 548
- Depresión, 218
- Derivados estructurales de las relaciones de objeto*, 248
- Desacralización, 479
- Desaparición de los temores, 481
- Desaprobación del superyó, 77
- Desarrollo, 339
 - cambios conductuales en el, 337-338
 - de las relaciones de objeto, teoría del, 224
 - de las tareas, teoría del, 455-456, 474
 - del pensamiento, prueba de, objetivo, 425
 - humano, 174
 - infantil, 21
 - intelectual, 417
 - etapas, 417
 - periodos del, 418c-420c
 - unidades del, 417
 - lingüístico, etapas, 429-432
 - moral, 436-437
 - aspectos naturales del, 434
 - y atmósfera cálida, 435-436
 - múltiple, 500
 - utilidad, 500
 - necesidades de, 476
 - niveles de, 388
 - proceso de, 553
 - perceptual, 396-397
 - psicológico
 - características, 237
 - etapa inicial, 237
 - fases, 243
 - psicosexual, etapas, 52
 - psicosocial, teorías del, 194-195
 - tareas del, 474
 - teorías del, 343-344
- Descarga de catexias, 62-63
- Descripción de fenómenos, niveles de la, 486
- Deseo(s)
 - orales, 51
 - origen, 573
 - realización alucinatoria de, 204-205
- Desequilibrio, 336
- Designación E-R, 465
- Desintegración, 209
 - ansiedad de, 257
- Desorganización psíquica, 275
- Desplacer, 62
- Desplazamiento, 358
 - modelo teórico del, 358
- Despreciar, 219
- Desprecio, 204
- Desprendimiento, actitud de, 145
- Destino del ser humano, 307
- Determinación de las tareas, 475
- Determinantes
 - genéticos de la conducta, 444
 - inconscientes, clasificación, 352-353
- Determinismo económico y estudio de la personalidad, 385
- Diagnóstico familiar, 493
 - requisitos, 493
- Diagrama epigenético, 196
- Dieciséis factores de personalidad*, 531-532
- Diferenciación, 338
 - de las representaciones del *self* de los objetos, 251-252
 - de una familia, 490, 494
 - del superyó, 56
 - del yo, 56
 - estructural incipiente y formación del yo, 238-239
 - proceso de, 177
- Diferencias individuales

- afectivas, 405
- cognoscitivas, 405
- de impulso, 405
- en la motivación, estudio de las, 389
- Dilema(s), 312
 - consecuencias, 312
 - de aprendizaje, 346
 - del hombre, 312
- Dimensión(es)
 - cercanía-lejanía, 322-323
 - de aptitud, 505-506
 - de la patología, 512-513
 - de las actitudes, 511
 - de los intereses
 - no vocacionales, 511
 - vocacionales, clasificación, 511
 - de necesidad(es)
 - clasificación, 510
 - orgánicas, 510
 - de neuroticidad, personas con alta ca-
lificación en la, 519-520
 - de psicoticismo, personas con alta ca-
lificación en la, 519-520
 - de sensibilidad, 506
 - del ser humano, 302
 - existencial del ser humano, 303
 - características, 303
 - firmeza-debilidad, 323
 - intelectuales, 506
 - motivacionales, 510
 - primarias de la personalidad, 579
 - psicomotoras, 506
 - somáticas, 505
- Dimensiones de la personalidad*, 523
- Dinamismo, 140
- Dirección de un vector, 335
- Discriminación
 - de estímulos, 450
 - del individuo, 354
 - principio de, 450
 - y generalización, 347-348
 - y reforzamiento diferencial, 453
- Disposición
 - catatónica, 540-541
 - rigidez de, 551
- Distracción selectiva, 133
- Dividir en compartimientos, 147
- Divisiones funcionales del aparato psi-
quico, 54
- Doctrina de la personalidad total, 520
- Dominación, 533
- Dominación-sumisión, 528-529
- Dominancia, 366
- Duda, 227
 - compulsiva, 181
 - y vergüenza, 181
- Duración, 377
 - de un procedimiento, 376
- Ecosistema
 - concepto de, 581-582
 - definición, 582
 - elementos
 - abióticos, 582
 - bióticos, 582
 - humano e individuo, 580
- Ecuación
 - de la tensión érgica, 552-553
 - específica, 551, 553
- Ego, 49
- Ejes
 - criterios de rotaciones de los, 500
 - de referencia, localización de los, 500
- El problema de la angustia*, 64
- El yo y el ello*, 64
- Elaboración secundaria, 86
- Elección
 - de objeto
 - anaclítica, 201
 - narcisista, 201
 - niño y autonomía de la libre, 180
- Elusividad, 146
- Ello, 43, 45, 379
 - y principio del placer, 44
- Embarazo
 - biológico, 243
 - psicológico, 243
- Emilio*, 15, 18
- Enamoramiento, etapa del, 188
- Encaje dinámico, 550-551
- Enemistad primaria del yo, 160
- Energía(s)
 - agresiva y sexual, 163
 - del yo, 165-166
 - física, 50, 112
 - neutralizadas, 163-164

- psíquica, 50, 53, 112, 330
- sexual y agresiva, 163
- Enfoque
 - ecológico de las ciencias sociales, 581
 - externo de la identidad del yo, 174
 - interno de la identidad del yo, 174
- Engrama, 546
- Engrandecer al *self*, 401
- Ensayo sobre narcisismo*, 200
- Enseñanza
 - negativa, 20
 - objetivo, 18
- Entidades sociales y crecimiento del juicio moral, 437
- Entradas y salidas del sistema, 487-488
- Entropía, principio de, 109
- Envidia, 212-213, 215
 - objetivo, 212
 - temprana, 212
 - y celos, diferencias, 212
 - y gratitud, 212
- Epistemología, 411
- Equifinalidad del sistema, 488
- Equilibración, 416
- Equilibramiento, 415
- Equilibrio, 331
 - de la tensión, 330-331
 - del narcisismo primario, 257-258
 - entre catexia y contracatexia, 69
 - método del estado de, 336
- Equipo conductual del recién nacido, 343
- Equivalencia, principio de, 109
- Ergio, 546
 - sexo, 547
- Error histórico de las teorías de la personalidad, 578-579
- Escala, producción en gran escala, 150
- Escape, 47, 547-548
- Escenario interior, 574
- Escisión, 210, 248-249
 - del yo, definición, 248
 - idealización, ansiedad persecutoria y, 210
- Esfera
 - cognoscitiva, 516
 - elementos, 516
 - estandarizada reducida de la personalidad, 527
- Espacio vital, 318
- Espiritualidad inconsciente, 304
- Espontaneidad absoluta, 483
- Esquemas, 413
- Esquizoide, 208
- Estadio(s)
 - de amor primario, 229
 - de la organización psíquica, 242
 - de las representaciones
 - del *self* y representación del objeto, 252
 - mecanismos de defensa del, 252
 - psicopatología del, 252
 - self*-objeto, 250-251
 - del *self*
 - cohesivo, 257
 - características, 257
 - fragmentado, 257
 - infantil más temprano, 238
 - narcisista, 309
 - normal, 306
 - primario indiferenciado, 250
- Estado(s)
 - catatónico, 114
 - de equilibrio, método del, 336
 - de inconsciencia, categorías del, 124
 - de la necesidad, 333
 - general de confianza, 176
- Estándares para la comparación de teorías, 29-31
- Estilo
 - de integridad, 193
 - filobático del carácter, 231
 - ocnofílico del carácter, 231
- Estilo(s) de vida, 98-100
 - cambiar el propio, 100
 - desarrollo, 100
 - e impedimento mental, 101
 - inadecuado y condiciones sociológicas, 102-103
 - inoperantes, factores, 100-101
 - y niño
 - físicamente impedido, 101
 - rechazado, 102
- Estímulo(s), 441
 - condicionado, 462
 - discriminación de, 450

- función, 344
- grado de generalización de, 450
- transferencia de, problema, 395
- y señal, diferencia, 344
- Estructura(s)
 - de la persona, 320
 - de la personalidad básica, 561-562
 - de necesidades del hombre, 377-378
 - definición, 35
 - del aparato psíquico, 54, 570
 - del carácter, 142, 148
 - del yo, 573
 - dinámica de la personalidad, 295
 - establecidas, revisión de las, 415
 - protectora, 146
 - simple, 500
- Estudio(s)
 - de la psicología, 580-581
 - de las diferencias individuales en la motivación, 389
 - del narcisismo, problemas, 256
 - del organismo humano, 174-175
 - del poder de constelación del complejo, 125
- Estudio científico de la personalidad*, 579
- Estudio de la personalidad, 385
 - desarrollo, 22-23
 - fase
 - cuantitativa y experimental, 23
 - literaria y filosófica, 23
 - protoclínica, 23
 - importancia, 13
 - y determinismo económico, 403
- Etapa(s)
 - de crecimiento del habla, 424
 - de dependencia infantil, fases, 224
 - de lactancia, 186
 - del enamoramiento, 188
 - edípica, 185
 - juvenil, 138
 - relaciones interpersonales en la, 138
 - primitiva del habla, 423
 - características, 423
 - psicosociales, 175
- Ethos* tecnológico, 187
- Etnografía, 563
- Etnopsicología, 583
- Euforia, 135
- Evento, 322, 328
- Evitación
 - gradiente de, 354
 - y conflicto, dos respuestas competitivas de, 357-358
 - y tendencias de acercamiento, 355, 357
- Evitar
 - el daño, 366
 - sentirse menos, 366
- Evolución
 - del yo, 56
 - moralidad de la, 142
- Excitabilidad, 533
- Excitabilidad-inseguridad, 528
- Excitación, 49-50
- Exhibición, 366
- Exhibicionismo sobrecompensatorio, 184
- Existencia del hombre, 307
- Éxito continuo-madurez por medio de frustración, 540
- Experiencia(s)
 - amenazante, 274
 - cognoscitivas, 139
 - cumbre, 480
 - característica, 480
 - del bebé, 211-212
 - del yo, 271
 - física, 416
 - logicomatemática, 416
 - paratáxica, 139
 - prototáxica, 139
 - selectiva del individuo, 273
 - sintáctica, 139
 - valores de, 302
 - y realización completa, 123
- Experimento típico, 472
- Explicación, 486
- Exploración, 547
- Expresividad, 483
- Externalización, 143
- Extinción, 346-347, 446
 - del miedo, 349
 - inductiva, principio de, 450
- Extraversión-introversión, 537-539
- Extrovertido típico, 518
- Exuberancia, 536

- Factor(es)
 Alfa, 544
 Beta, 544
 de contraparte, 31
 de los datos Q, 535-537
 análisis factoriales con, 533-535
 de los registros de vida(L), 528-530
 de necesidades
 ambientales, 510
 clasificación, 511
 de segundo orden, 538
 Delta, 544
 Epsilon, 545
 Gamma, 544
 genéticos y aprendizaje, 382
 motivacionales, medición y localización de los, 543
- Falta de sentido, ansiedad de la, 313
- Falla básica, 230
 causa, 230
 localización del origen de la, 230
- Familia, 148-149, 151, 404, 487-488, 490
 diferenciación de una, 490, 494
 en terapia, 493
 funcional, 492-493
 funciones, 490
 reestructuración de la, 493-494
 subsistemas de la, 491
- Fantasia(s)
 concepción de la, 205
 formación de las, 203
 funciones defensivas, 203
 inconsciente(s), 203-205
 y mecanismo de defensa, 205
 objetivo, 205
 tendencia a la, 535
- Fase
 fálica, 52
 y fase genital, diferencias, 52
 genital, 52
 y fase fálica, diferencias, 52
 narcisista, *self* de la, 306
 oral
 primaria, 225
 secundaria, 225
 simbiótica, 245
- Fenómenos
 mentales inconscientes, clasificación, 48
 niveles de la descripción de, 486
 residuales del narcisismo primario, 309
- Fetichismo, 575
- Figura ficticia, 135
- Fijación(es), 53, 369
 de la libido, 52
 instintiva, niveles de, 253
 pulsionales, 151
- Firmeza, 179-180
- Firmeza-debilidad, 323
- Formación
 de compromiso, 85
 de las fantasías, 203
 de reacción, 69-70
 del superyó, 75, 77, 260
 del yo y diferenciación estructural incipiente, 238-239
 reactiva, 46
- Formas de aprendizaje, 553-554
- Fortalezas esenciales, 199
- Frustración, 61, 396
 existencial, manifestaciones de la, 304
 éxito continuo-madurez por medio de, 540
 respuesta a la, 396
 tolerancia
 interhumana a la, 396
 intrahumana a la, 396
- Fuerza(s), 334
 del superyó, 529, 534
 del yo, 164
 inhibidora de la conciencia, 481
 opuestas, unión de, 108
 propiedades conceptuales de la, 334
 y tensión, 334
 y valor, 481
- Fuerza del yo-emocionalidad general, 533
- Fuerza del yo-propensión a la neuroticidad, 528
- Función(es)
 cambio de, 159
 mentales, objetivo, 119
 organizadora, 169
- Funcionamiento óptimo, 279

- de la personalidad, teoría del, 277-279
- Fundamentos del análisis existencial, 302
- Fusión, 367
 - de la persona y su mundo, 483
- Futuro
 - del hombre, 116, 390
 - renuncia al, 480
- Generadores hedónicos y anhedónicos
 - espectivos, 382
 - prospectivos, 382
 - retrospectivos, 382
- General intelligence objectively determined and measured*, 497
- Generalidad de los sistemas, grado de, 33
- Generalización, 347, 450
 - de estímulos, grado de, 450
 - gradiente de, 347
 - secundaria, 349
 - y discriminación, 347-348
- Generatividad, 192
- Genética, 411
- Genitalidad, 190
 - utopía de la, 191
 - y psicoanálisis, 190-191
- Gente joven, características, 188
- Gradiente
 - de acercamiento, 354
 - de evitación, 354
 - de generalización, 347
 - de reforzamiento, 348
- Grado
 - de generalidad de dos sistemas, 33
 - de generalización de estímulos, 450
 - de integración del yo y del superyó, 248
 - de precisión de una teoría, 32
- Gramática transformacional generativa, 428
- Gratificaciones sexuales, 51
- Gratitud y envidia, 212
- Gregarismo, 547
- Grupo(s), 78
 - condiciones de la resolución de conflictos de, 285
 - proceso de la resolución de conflictos de, 285-286
 - terapéutico, 569
 - ventajas, 569
 - y grupo marginal, 594, 596-598
- Grupo marginal, 595-598
 - características, 596-597
 - manifestaciones patológicas del, 595
 - y comunicación verbal, 596
 - y grupo terapéutico, 594, 596-598
- Habilidad(es), 526
 - cognoscitivas primarias, 508
 - de la cognición, 506
 - del pensamiento, clasificación, 506
 - evaluativas, 506
 - intelectuales, 421
 - mentales primarias, 498
 - productivas, 506
- Hábito, 341-342, 347
- Habla
 - desarrollo, 423
 - egocéntrica, 424
 - etapa
 - de crecimiento del, 424
 - primitiva del, 423
 - características, 423
 - progreso del, 423
 - y pensamiento, 422
- Hacia la independencia, 233
- Hacinamientos, análisis de, 538
- Hecho, 322, 328
- Herencia del hombre, 122
- Héroe, culto al, 469-470
- Hijo
 - rol de, desarrollo, 567
 - y padre, 310
 - relación, 284
- Hipótesis, 29
 - estructural, 55
- Histeria
 - conversiva, 41
 - síntomas de, 41
 - secuencia de acontecimiento de la, 91
 - teoría de la, 87
 - ansiedad e, 519
- Holding*, 234
 - función, 234
- Hombre, 95, 103-104, 115, 134, 141, 150, 306, 377, 380, 385

- autorrealización del, 122-123
- cosificado, patología del, 576
- estructura de necesidades del, 377-378
- existencia del, 307
- futuro del, 116, 390
- herencia del, 122
- individual, 121
- instintos del, función, 122
- motivación real del, 95
- organización de la parte orgánica del, 386-387
- personal, 121
- problema, 150
- realización del, problemas, 405
- y conducta propositiva, 122
- y marco de referencia teológico, 129
- Homeostasis, 364, 489
- Homología, 486-487
 - lógica, 486
- Horarios, 376-377
- HSPQ (*Junior-Senior High School Personality Questionnaire*), 532
- Humor, 298

- Idealización
 - del objeto, características, 208
 - escisión, ansiedad persecutoria e, 210
- Ideas, 20
- Identidad, 311
 - correcta, matriz de, 567
 - del yo, 174
 - enfoque
 - externo de la, 174
 - interno de la, 174
 - matriz de, 565-566
 - yoica, 187-188
- Identificación, 58, 70, 201, 435, 471
 - con el agresor, 58
 - del superyó, 76
 - organización de sistemas de, 248
- Identificar las defensas, 478
- Imagen(es)
 - corporal, 575
 - del *self*, origen, 237-238
 - primordiales, 122, 127
- Imago parental omnipotente, 259-260
- Imitación, 470
- Impedimento mental y estilo de vida, 101
- Impulso
 - creativo, 405
 - diferencias individuales de, 405
- Inadecuación
 - e inferioridad, 186
 - sentimiento de, 105
- Incongruencia de la conducta del individuo, 274
- Inconsciente, 39, 49
 - colectivo, 110-111, 118, 125-126
 - y complejos, 125
 - elementos, 118
 - personal, 110, 118, 124-125
 - y complejos, 125
 - y tiempo, 571
- Independencia, 537
 - hacia la, 233
- Indicador(es), 241
 - del complejo, 125
- Individuación, carril de la, 245
- Individualidad, 136, 381
- Individualización, 116, 123, 129
 - y socialización, 306
- Individuo
 - ansiedad del, 313
 - características, 278
 - depresivo, 225
 - discriminación del, 354
 - valoración condicional del, 273
 - y ecosistema humano, 580
 - y medio, 350
 - y valoración autónoma orgánicma, 278-279
- Individuo-cultura, 584-585f
- Ineficiencia del *self object* materno, consecuencias, 259
- Infancia, 17, 19, 137, 174, 351
 - y adolescencia, etapas, 18
- Infante, transformaciones del, 297
- Inferioridad
 - complejo de, 96
 - orgánica, 95, 97
- Influencia(s)
 - inversa, 159
 - parentales, 239-240
- Informativo, 469
- Ingenio, 79

- Inhibición(es), 536
 disminución de las defensas e, 481
- Iniciativa, 182-183
- Inocencia, 480
- Insight*, 298
- Instinto(s)
 de muerte, 43, 207
 definición, 42
 del hombre, función, 122
- Institución
 de roles, 566
 primaria, definición, 561
- Instrucción, importancia, 17
- Integración, 187, 555
 de la persona, proceso de, 482-483
 del yo
 y consolidación del superyó, 252
 y del superyó, grado de, 248
- Integridad
 del yo, 193
 estilo de, 193
 yoica, 194
- Inteligencia, 432, 528
- Intención, 293
- Intensidad de la angustia, 275
- Interdependencia
 de la conducta, 337
 organizativa, 338-339
- Interés(es), 104
 del yo, 168-170
 desintegrado, componente del, 545
 extravertidos alertas, 536
 integrado, componente del, 545
 no vocacionales, dimensiones de los, 511
 social, 105
 vocacionales, dimensiones de los, 511
- Interiores mentales, 531
- Interiorización, 154
- Interpretación
 de los factores, 501
 rica, método de, 430
- Internalización
 proceso de,
 elementos, 248
 niveles del, 248
 transmutadora, 258
- Interpreting Personality Theories*, 578
- Intervalo
 fijo, programas de reforzamiento de, 447-448
 reforzamientos de, 447
- Intimidación, 189
- Introducción al narcisismo*, 162
- Introvertido, 539
 típico, 518
- Introyección, 177, 249
- Intuición, 17, 119
- Invariantes funcionales, 415
- Investigación
 factorial, tarea de la, 551
 normativa y descriptiva, 455
 psicológica, primer paso de la, 319
- Investigador, tarea del, 26
- Isomorfismo, 485-486
 entre dos conjuntos de variables, 593
- Jerarquía
 de la decisión moral, factores, 434
 resultante, 345
- Jerarquización de las necesidades, 576
- Juegos y deportes, sentimiento a, 548
- Jugar, 367
- Juicio moral y entidades sociales, crecimiento del, 437
- Juventud, 17, 187
- La civilización y sus descontentos*, 93
- La interpretación de los sueños*, 54, 80
- La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, 141
- La psicología y el dilema del hombre*, 312
- La psicopatología de la vida cotidiana*, 78
- Lactancia, etapa de, 186
- Lapsus linguae o calami, producción de, 79
- Leche y madre, 573-574
- Lenguaje, 352, 399, 421
 aprendizaje del, 466-467
- Lentitud, 534
- Ley(es)
 de las relaciones interpersonales, 283
 utilidad, 485
- Liberación de la libido, 43
- Libertad, 315

- límites de la, 315
- Libido, 42, 112
 - fijación de la, 52
 - liberación de la, 43
 - narcisista, 257
 - objetal, 257
 - objetivo, 225
- Ligereza-lentitud, 529, 533
- Limitaciones reales del niño, 261
 - factores, 261
- Límite(s), 331
 - de la libertad, 315
 - del sistema, 487
 - propiedades de los, 338
- Literatura, 312
- Localización
 - de los ejes de referencia, 500
 - de los factores motivacionales, medición y, 543
 - del origen de la falla básica, 230
- Locomoción
 - en el medio psicológico, 327
 - y comunicación, 328-329
- Logoterapia, 301-302, 304-305
 - contraindicaciones de la, 305
- Logro, 366
- Madre
 - como objeto total, 216-217
 - reaparición de la madre, 219-220
 - rechazante, 308
 - y leche, 573-574
 - y padre, 566-567
- Madre-hijo, 309
- Madre-padre, 310
- Maduración, 57, 416
 - cognoscitiva, 434
 - del yo, desarrollo, 157-158
- Madurez de la personalidad, medición de la, 295
- Manejo de la patología de la relación de objeto, 226
- Manifestación(es)
 - de la carencia, 593
 - en la comunidad, 593
 - en la persona, 593
 - de la frustración existencial, 304
 - patológicas del grupo marginal, 595
- Marco de referencia teológico y hombre, 129
- Marginal, 594-595
- Más allá del principio del placer*, 50, 64
- Masturbación genital, 74-75
- Matemáticas, 316-317
- Matriz
 - de identidad, 565-566
 - correcta, 567
 - familiar, 567
 - adecuada, 567
 - continente, 567
- Mecanismo(s) de defensa, 45, 160, 203, 208
 - del bebé, 209
 - del estadio de las representaciones del *self* y representaciones del objeto, 252
 - y fantasía inconsciente, 205
- Medición
 - de la madurez de la personalidad, 295
 - de la personalidad, observación y, 526-527
 - y localización de los factores motivacionales, 543
- Medida y avance científico, 514-515
- Medio
 - e individuo, 350
 - fluido, 324
 - homogéneo, 321
 - psicológico, 327
 - locomoción en el, 327
 - rígido, 324
 - social, 175
- Mejoramiento social, 150
- Memoria, 103, 412
 - activa, 412
- Mente, 19
 - adolescente, 188-189
- Meta(s)
 - de la cognición, 376
 - de la socialización, 383
 - ficticia(s), 104
 - sexual, 200
- Metaergio, 546
- Metáfora, 25-27
 - importancia, 25
- Metanecesidades, 477

- Metapatologías**, 477
Método(s)
 catártico, 87
 de los procesos mentales inconscientes, 42
 de rotación, 500
 del análisis criterial, 521
 del estado de equilibrio, 336
 factoriales, clasificación, 499
 hipotético-deductivo, 473
 para conocer al niño, 411
Mexicano(s)
 activamente autoafirmativo, 587-588
 con control interno activo, 588
 de control externo pasivo, 588-589
 obediente afiliativo, 587
 premisas histórico-socioculturales (P.H.S. Cs.) de los, 586
Miedo, 348
 efectos, 349
 extinción del, 349
Mitos, 564
 y símbolos, 312
Modelo(s), 28
 de Cueli, 591-593
 matemáticos, ventajas, 487
 metabólico, 377
 proceso de aprender de, 468
 factores, 468
 teórico del desplazamiento, 358
Moldeamiento, 447
Monografía sobre el chiste, 80
Moral, 433
Moralidad de la evolución, 142
Morfemas, 429
 gramaticales, 430-431
Motivación, 388-389
 elementos, 364
 estudio de las diferencias individuales en la, 389
 real del hombre, 95
Motivos, 295
 apropiados, 294
 carácter de los, 295
 y necesidades, diferencia, 476
Muerte
 instinto de, 207
 temor a la, 193
Mundo
 físico, 318
 fusión de la persona y su, 483
Nacimiento, 229, 238, 308
Narcisismo, 71-72, 162-163
 definición, 305
 estudio del, problemas, 256
 normal, 72
 patología del, 576
 primario, 225, 309
 equilibrio del, 257-258
 fenómenos residuales del, 309
 y autismo, diferencia, 310
 secundario, 162, 225, 309
Narcisismo y Socialización, 306, 311
Naturaleza(s)
 humana(s)
 biológica, 405
 cultural, 405
 realización de las, 406
 problemas, 406-407
 infantil, principio de, 184
Necesidad(es), 135-136, 327, 332, 365, 371, 397
 abiertas, 368
 ambientales, factores de, 510
 clasificación, 368, 475
 corolarios de la, 365-366
 cubiertas, 368
 culturales, 113
 de actividad, 388
 de afecto, 369
 de consideración positiva de sí mismo, 272
 de déficit, 475
 de desarrollo, 476
 de supervivencia, 388
 de tener un papel, 381
 definición, 365
 del bebé, 232
 del hombre, estructura de, 377-378
 difusas, 368-369
 dimensiones de, clasificación, 510
 estados de la, 333
 factores de, clasificación, 511
 focales, 368
 integrada, 373

- jerarquización de las, 576
 - modal, 369
 - neuróticas, 143-144
 - orgánicas, 113
 - dimensiones de las, 510
 - origen, 513
 - primarias, 368
 - proactiva, 368
 - que motivan la conducta, 366-367
 - reactiva, 368
 - requisitos, 365
 - secundarias, 368
 - sensoriales, 388
 - viscerales, 388
 - y motivos, diferencia, 476
- Negación histórica, 184
- Neurastenia, 87
- Neuropsicosis de defensa, secuencia de acontecimientos de la, 91
- Neurosis
 - causas, 130, 142
 - de angustia, 88-89
 - infantiles, 131
- Neuroticidad, fuerza del yo-propersión a la, 528
- Neuróticos
 - extravertidos, 517
 - introvertidos, 517
- Neutralización
 - de las pulsiones, 239
 - del yo, 164-165
- Niñez, 137-138
 - relaciones interpersonales en la, 138
 - tardía, 17
 - temprana, 17, 19
- Niño(s), 44, 179, 351
 - ayuda psicoanalítica a, 131
 - características, 271
 - confianza social en el, 176
 - definición, 15
 - demasiado consentido, 102
 - desarrollo, 470
 - historia, 15
 - desde el punto de vista puritano, 16
 - etapa
 - mejor, 459
 - peor, 459
 - físicamente impedidos y estilo de vida, 101
 - limitaciones reales del, 261
 - factores, 261
 - método para conocer al, 411
 - neuróticos, causa, 178
 - patología del, causas, 261
 - psicoanálisis de, 131
 - rechazado y estilo de vida, 102
 - trato a los, historia, 13-14
 - y autonomía de la libre elección, 180
 - y objeto, 72
- Nivel(es)
 - cutáneo, 593
 - de complejidad patológica, 512-513
 - de conciencia más temprano, 43
 - de desarrollo, 388
 - de fijación instintiva, 253
 - de realidad, 329
 - de tensión érgica, 549
 - moral(es), 433
 - intermedio, 433-434
 - más alto, 434
 - premoral, 433
- Normas descriptivas, 455
- Nuevos rumbos en el psicoanálisis*, 141
- Objeto(s), 71, 237, 571
 - anaclítica, elección de, 201
 - diferenciación de las representaciones del self de los, 251-252
 - extraños, 215
 - ideal, 215
 - idealización del, objetivo, 208
 - malo, 215
 - manejo de la patología de la relación de, 226
 - narcisista, elección de, 201
 - pérdida del, 67
 - amor del, 67
 - relaciones con el, 71
 - importancia, 73
 - representación del, 237
 - y estadio de las representaciones del self, 252
 - mecanismos de defensa del, 252
 - psicopatología del, 252
 - sexual, 200
 - teoría(s)
 - del desarrollo de las relaciones de,

- 224
 - psicoanalítica de relaciones de, 249
 - total, madre como, 216-217
 - y niño, 72
- Observación, 23-24
 - aprendizaje por, 460, 464-465
 - de la conducta, 509
 - y medición de la personalidad, 526-527
- Olvido
 - causa, 103
 - del yo, 481
- Operación(es), 416
 - de reestructuración, 493
 - defensiva del yo, 68
 - intelectual de formar conceptos, 427
- Operante, 447
- Oposición, 108
- Opuestos, 107-108
- Oraciones telegráficas, 429-430
- Orden, 367
- Ordenación, 376
- Organismo humano
 - características, 270
 - estudios del, 174-175
- Organización(es), 290, 337
 - de la parte orgánica del hombre, 386-387
 - de la personalidad *borderline*, 251-252, 255
 - de sistemas de identificación, 248
 - dinámica, 290
 - psíquica, estadios de la, 242
 - tróficas, 582
- Organizador, 241
 - primer, 241
 - segundo, 242
- Padre(s), 44, 352
 - como socializador, 383
 - e hijo, 310
 - relación, 284
 - y madre, 566-567
 - y utilización del aprendizaje por condicionamiento operante, 463
- Paisaje interior, 474
- Palabras, 350
 - funciones, 350
- Paradigma, 28
- Paraíso, 572-573
- Parmia-threctia*, 529, 534
- Pasado, renuncia al, 480
- Pasiones, 20
- Patología
 - de la relación de objeto, manejo de la, 226
 - del hombre cosificado, 576
 - del narcisismo, 576
 - del niño, causas, 261
 - dimensiones de la, 512-513
 - narcisista, 259
 - y cosas, 575
- Patrones oportunistas, 294-295
- Peligro, situaciones típicas de, 67
- Pensamiento, 57, 120
 - conceptual, 426-427
 - fases, 426-427
 - convergente, 507
 - desarrollo, 424
 - divergente, 507
 - factor del, clasificación, 506-507
 - habilidades del, clasificación, 506
 - progreso del, 423
 - prueba de desarrollo del, objetivo, 425
 - y habla, 422
- Percepción, 396-397
 - cenestética, 241
 - diacrítica, 241
 - organización de la, 397
 - perceptor cenestésico, rol de, 565
- Pérdida
 - del amor del objeto, 67
 - del objeto, 67
- Periodos
 - críticos, 19, 242
 - del desarrollo intelectual, 418c-420c
- Permeabilidad, 319, 322
- Permisividad, 19
- Persona(s), 121, 294-295, 445
 - con alta calificación en la dimensión de neuroticidad, 518-519
 - de psicoticismo, 519-520
 - creativa, 479
 - espiritual, 303
 - estructura de la, 320

- feliz, 136
- manifestación de la carencia en la, 593
- proceso de integración de la, 482-483
- propiedades de la, 317
- psicológicamente sana, 381
- rasgo general dominante de la, 452
- saludable, 483
- y su mundo, fusión de la, 483
- Personalidad, 35, 109, 134, 197, 290, 361-362, 378, 394, 400, 447, 579
 - básica
 - definición, 562
 - estructura de la, 561-562
 - completa, teoría de la
 - objetivo, 264
 - utilidad, 264
 - biológica, 386
 - borderline*, organización de la, 251-252, 255
 - con plenitud, 279
 - definición, 290, 525
 - biológica, 362, 378
 - dimensiones primarias de la, 579
 - elementos, 116-117, 391
 - en los primeros años de vida, características, 554-555
 - error histórico de las teorías de la, 578-579
 - esfera estandarizada reducida de la, 527
 - estructura dinámica de la, 295
 - extravertida, 112
 - funciones, 293, 362
 - morales, 75
 - individual, 135
 - introvertida, 112
 - madura, características, 298
 - medición de la madurez de la, 295
 - observación y medición de la, 526-527
 - sana, 174
 - sectores de la, 515
 - socializada, 402-403
 - tarea de las teorías de la, 35
 - total, doctrina de la, 520
 - y rasgo, 504
 - y sociedad, 404
- Personalidad, estudio de la, 385
 - desarrollo, 22-23
 - fase
 - cuantitativa y experimental, 23
 - literaria y filosófica, 23
 - protoclínica, 23
 - importancia, 13
 - y determinismo económico, 403
- Personalidad, teoría(s) de la, 385
 - características, 33-34
 - del funcionamiento óptimo de la, 277-279
 - ideográficas de la, 34
 - nomotéticas de la, 34
- Personificaciones, 140
- Personología, 360-361
 - elementos, 378
 - y psicoanálisis, 360
- Pesimismo, 537
- Placer
 - principio del, 62-63
 - y proceso primario, diferencias, 62
 - y angustia, 68
 - y ello, 44
 - todopoderoso principio del, 66-67
- Poder
 - de constelación del complejo, 124
 - estudio de, 125
 - voluntad de, 141
- Posición depresiva, 204, 217
 - condición previa de la, 211
 - defensas maniacas en, 218
 - definición, 215
 - inicio, 217
- Posición esquizoparanoide, 203-204, 209
 - ansiedad predominante de la, 208-209
 - características, 214
- Potencialidades humanas, realización de las, 407
- Práctica(s)
 - sexuales no higiénicas, 87-88
 - subfase de, 245-246
- Practicalidad crítica, 536
- Preadolescencia, 138
 - relaciones interpersonales en la, 138
- Precisión, 33
 - de una teoría, grado de, 32

- Preconciencia, 48
 Prefálico, 73
 Premisas historicosocioculturales (P.H. S.Cs.), 584-586
 de los mexicanos, 586
Premisa-harria, 529, 534
 Prepotencia, 367
 Presente, 329
 Presión, 369
 alfa, 371
 beta, 371
 potencial, 369
 Principio
 de concrecicidad, 328
 de contemporaneidad, 328
 de discriminación, 450
 de entropía, 109
 de equivalencia, 109
 de extinción inductiva, 450
 de la autonomía funcional, 294-296
 de la conservación de la energía. *Véase* Principio de equivalencia
 de la realidad y yo, 44
 de naturaleza infantil, 184
 de realidad, 593
 de relación, 328
 del determinismo psíquico, 47-48
 del trabajo, 185-186
 epigenético, 175
 Principio del placer, 62-63
 todopoderoso, 66-67
 y angustia, 68
 y ello, 44
 y proceso primario, diferencias, 62
 Privación, 208
 Problema inconsciente, 41
 Procedimiento(s), 376
 del análisis factorial, 498-499
 duración de un, 376
 externalizados, 376
 internalizados, 376
 Proceso(s), 330
 de ajuste
 análisis del, 555
 cruces dinámicos del análisis del, 557-558
 de concientizar, 594
 de defensa, 274
 consecuencias, 274
 de desarrollo, 553
 de diferenciación, 177
 de integración de la persona, 482-483
 de internalización
 elementos, 248
 niveles del, 248
 de la relación
 enriquecedora, 282-283
 que se deteriora, características, 280-281
 de la resolución de conflictos de grupo, 285-286
 de libre asociación, 41-42
 de reintegración, 275-276
 de satisfacción, 272
 de separación-individuación, 245
 de socialización, 105, 282-283
 de soñar, 83
 de vida, 42
 del aprendizaje, 397
 del desarrollo perceptual, 396-397
 físicos, 489
 genético maduracional, 377
 mentales inconscientes, métodos de los, 42
 psíquicos, 55
 secundario, 59, 228
 características, 60
 y proceso primario, 60
 tele, 568-569
 terapéutico
 características, 267-268
 condiciones del, 266
 problema, 267
 resultados, 268-269
 Proceso(s) primario(s), 59, 228
 características, 59
 del ello, 44
 pensamiento del, 60
 y principio del placer, diferencias, 62
 y proceso secundario, 60
 Producción
 de *lapsus linguae* o *calami*, 79
 en gran escala, 150
 Profesión, sentimiento a la, 548
 Programa(s), 376
 de razón

- fija, 448
- variable, 448
- de reforzamiento(s), 442
 - de intervalo fijo, 447-448
 - de razón, 448
- Progresión, 110
- Progreso
 - acciones del, 108
 - del habla, 423
 - del pensamiento, 423
- Propensión a la culpa-confianza, 530, 535
- Propensión-relajación interna, 530, 534
- Propiedades
 - conceptuales de la fuerza, 334
 - de la persona, 317
- Propositividad, 389
- Protección paternal, 547
- Protesta masculina, 97
- Proyección, 46, 70, 177
- Prueba(s)
 - de desarrollo del pensamiento, objetivo, 425
 - definición, 531
 - objetivas
 - definición, 536
 - (T), 527
- Psicoanálisis, 47
 - de niños, 131
 - teorías del, 47
 - y genitalidad, 190-191
- Psicología
 - definición, 580
 - de los rasgos. *Véase* Teoría de los rasgos
 - dinámica, tarea de la, 318
 - ecológica, 318-319
 - estudios de la, 580-581
 - existencial, 315
 - haive*, 424
 - posicional, 100
- Psicología de las masas y análisis del yo*, 201
- Psicólogo experimental, 442
- Psiconeurosis, 88
 - de defensa, 89
 - origen, 90
- Psicopatología del estadio de las representaciones del *self* y representaciones del objeto, 252
- Psicosis autística, 310
- Psique balanceada, 118
- Pubertad, 20
- Pulsión(es), 49, 342
 - aprendidas, 342
 - neutralización de las, 239
 - primarias, importancia, 342-343
 - reparatorias, 219-220
 - secundarias, 342
 - sexual y agresiva, 51
- Punto(s)
 - ciegos, 147
 - de vista puritano, niño desde el, 16
 - nodal, 387
- Quale*, 387
- Radicalismo-conservatismo, 535
- Rasgo(s), 291, 389-390, 516, 555
 - actitudinales, 292
 - áreas de los, 527
 - características, 504
 - cardinales, 292
 - centrales, 292
 - clasificación, 504
 - común, 292
 - conductuales, 555
 - de segundo orden, 549-550
 - definición, 290, 504, 525
 - dinámico, 526
 - expresivos, 292
 - general dominante de la persona, 452
 - individuales, 291-292
 - orgánicos, 389-390
 - clasificación, 390
 - primera fuente para el reino total de los, 527
 - secundarios, 292
 - sociales, 390
 - superficiales, 526, 537-538
 - temperamental, 526
 - teorías de los, 288
 - y actitud, diferencia, 291
 - y personalidad, 504
 - y tipo, diferencia, 291

- Rasgos-fuente, 526
- Razón
 fija, programa de, 448
 humana, 20
 programas de reforzamiento de, 448
 variable, programa de, 448
- Razonalización, 47, 147
- Razonamiento, 350
- Reacción, formación de, 69-70
- Reacercamiento, 246
 crisis de, características, 246
- Realidad
 niveles de, 329
 principio de, 593
 sentido de la, desarrollo, 61
 visión de la, 573
 y superyó, 572-573
 y yo, principio de la, 44
- Realismo prudente, 537
- Realismo-tendencia psicótica, 537
- Realización
 alucinatoria de deseos, 204-205
 completa y experiencia, 123
 de las naturalezas humanas, 406
 problema, 406-407
 de las potencialidades humanas, 407
 del hombre, problemas, 405
- Reaparición de la madre, 219-220
- Receptividad taoísta, 482
- Rechazo, 367
 anal, complejo de, 375
 oral, complejo de, 375
- Rección nacido, 43, 296
 equipo conductual del, 343
- Recompensa y castigo, 337
- Recuperación espontánea, 347
- Reducción de tensión, 364
- Reestructuración
 de la familia, 493-494
 del ambiente psicológico, 335
 operaciones de, 493
- Referencia, localización de los ejes de, 500
- Reforzador
 negativo, 446
 características, 449
 positivo, 446
 secundario, 449
- Reforzamiento(s), 345, 446
 continuo, 447
 de intervalo, 447
 de la respuesta, 346
 diferencial y discriminación, 453
 gradiente de, 348
 programa(s) de, 442
 de intervalo fijo, 447-448
 de razón, 448
 secundario, 449
- Región
 de valencia
 negativa, 334
 positiva, 335
 de valor
 negativo, 333
 positivo, 333
- Registro(s) de vida (L), 526
 factores de los, 528-530
- Regnancia, 362
- Regresión, 46, 53, 110, 339
 instintiva, 53-54
 importancia, 70-71
- Reino total de los rasgos, primera fuente para el, 527
- Reintegración, proceso de, 275-276
- Relación(es)
 con el objeto, 71
 importancia, 73
 de objeto
 manejo de la patología de la, 226
 teoría psicoanalítica de las, 249
- enriquecedora
 características, 283-284
 condiciones de la, 282
 efectos, 283
 proceso de la, 282-283
- entre adentro y afuera, 176-177
- maniaca, características, 219
- padres e hijo, 284
- principio de, 328
- que se deteriora
 consecuencias, 281-282
 proceso de la, características, 280-281
- Relación(es) interpersonal(es), 134-135
 en la adolescencia tardía, 138

- temprana, 138
- en la adultez, 139
- en la etapa juvenil, 138
- en la niñez, 138
- en la preadolescencia, 138
- ley de las, 283
- teoría de las, 132
- y comunicación, 279-280
- Relativistas éticos, 437
- Religión(es)
 - confianza nacida del cuidado, 178
 - primarias, 179
- Renuncia
 - al futuro, 480
 - al pasado, 480
- Reparación, 204, 218
- Representación(es)
 - del objeto, 237
 - y estadio de las representaciones del *self*, 252
 - mecanismos de defensa del, 252
 - psicopatología del, 252
 - simbólica, 60
- Representación(es) del *self*
 - de los objetos, diferenciación de las, 251-252
 - y representación del objeto, estadio de las, 252
 - mecanismos de defensa del, 252
 - psicopatología del, 252
 - y *self*, diferencias, 237
- Represión, 45-46, 69, 114, 249
 - completa, consecuencia, 78
 - del afecto, 70
 - excesiva, 90-91
- Reprobación, 133
- Resacralización, 479
- Reservas neurales-neuroticidad, 537
- Resolución de conflictos de grupo
 - condiciones, 285
 - proceso de la, 285-286
- Respuesta(s), 344, 441
 - a la frustración, 396
 - anticipatorias, 348
 - clasificación, 446
 - función, 348
 - competitivas de evitación y conflicto, dos, 357-358
 - consumatoria, 393
 - de no pensar, 352
 - dependencia de la, 468
 - específicas, 516
 - habituales, 515-516
 - instrumentales, 350-351
 - reforzamiento de la, 346
 - respondiente, 446
 - satisfactoria, 445
- Retención anal, complejo de, 375
- Retroalimentación
 - del sistema, 488
 - negativa del, 488
 - positiva del, 488
- Retrogresión, 339
- Revisión de estructuras establecidas, 415
- Rigidez de disposición, 551
- Rol(es)
 - complementarios, actitudes de los, 567
 - de hijo, desarrollo, 567
 - de perceptor cenestésico, 565
 - de visor, 566
 - institución de, 566
 - kinésico, 565-566
 - psicosomáticos, 566
 - sociales, 403-404
- Rotación
 - de los ejes, criterios de, 500
 - directa, 500
 - método de, 500
 - objetivo, 499
 - oblicua, 500
- Salida(s)
 - conductual y conducta social, 451
 - del sistema, entradas y, 487-488
- Satisfacción, 272
 - efectos, 272
 - proceso de, 272
- Sectores de la personalidad, 515
- Secuencia de acontecimientos
 - de la histeria, 91
 - de la neuropsicosis, 91
- Seguridad, 132
 - anhelo de, 132
- Selectividad, 24
 - variabilidad en la, 24

- Self*, 117-118, 232
 aspecto
 extrovertido del, 121
 introvertido del, 121
 canalización del, 393, 400
 consciente, 103
 creativo, 99, 103
 de la fase narcisista, 306
 de los objetos, diferenciación de las representaciones del, 251-252
 definición, 236
 engrandecer al, 401
 grandioso, 259
 manifestación del, 261
 ideal, 549
 imagen del, origen, 237-238
 psicológico primario, 237
 condición primaria del, 238
 real, 115, 549
 sentimiento del, 549
 factores, 401
 sistema del, 137
 y representación
 del objeto, estadio de las representaciones del, 252
 del *self*, diferencias, 237
- Self object(s)*, 256
 función, 259
 materno, ineficiencia del, consecuencias, 259
- Self-objeto*, estadio de las representaciones, 250-251
- Sensación, 119-120
- Sensibilidad, 367, 539-540
 dimensiones de, 506
- Sentido
 común, 20
 de aislamiento, 189
 de la realidad, desarrollo, 61
 de vida, 302
- Sentimiento, 120, 546-547
 a juegos y deportes, 548
 a la profesión, 548
 de autocontrol, 535, 537
 de confianza, 197
 de culpa, 77
 de inadecuación, 105
 del *self*, 549
 por lo mecánico, 549
 religioso, 548-549
- Sentirse menos, evitar, 366
- Señal(es), 344
 y estímulo, diferencia, 344
- Separación, carril de la, 245
- Separación-individuación, proceso de, 245
- Ser
 autorreforzador, 471
 razonablemente competente, 30
 valores del, 477
- Ser humano, 302
 característica, 303
 destino del, 307
 dimensión(es) del, 302
 existencial, 303
 características, 303
 socializado, 402
- Series, 376
- Sexo, 367
 narcisista, 548
- Sexualidad infantil, 239
- Sexualización, 159
- Sí mismo
 consideración positiva de, 272
 en público, 536
 necesidad de consideración de, 272
- Simbiosis, 306
 venturosa, 306
- Simbolismo, 123
- Símbolo(s), 61, 139, 398-399
 E-O-R, 465
 funciones, 123
- Sincronicidad, 127
- Síntoma(s)
 de histeria conversiva, 41
 histéricos, causas, 89
 neurótico, origen, 48
 obsesivos, causas, 89
 psiconeurótico(s), 91-92
 ventaja
 primaria, 92
 secundaria, 92-93
- Sistema(s), 29, 330
 abierto, definición, 488
 características, 487-488

- de clasificación
 - biopsicológico, 606
 - psicológico, 607
- de identificación, organización de, 248
- definición, 487
- del *self*, 137
- desarrollo, 488
- entradas y salidas del, 487-488
- equifinalidad del, 488
- evaluativo, 31-32
- familiar, 491
- grado de generalidad de dos, 33
- límites del, 487
- perceptual, 320
- retroalimentación del, 488
 - negativa, 488
 - positiva, 488
- teoría
 - de los, definición, 485
 - general de los, definición, 485
- totalidad del, 487
- valor práctico de un, 32
- vivos, 488-489
 - características, 489
- Situación(es)
 - de amamantamiento, 241
 - endopsíquica básica, 226
 - psicológica, 603
 - típicas de peligro, 67
 - traumáticas, 65
- Situacionismo, 404
- Sobrerresponsividad inmediata, 537
- Sobresaciedad, 333
- Socialización
 - e individuación, 306
 - metas de la, 383
 - proceso de, 105
- Socializador, padre como, 383
- Sociedad, 149
- Socorro, 367
 - complejo de, 375
- Soltar, 179
- Sombra, 127
- Soñar, proceso de, 83
- Subfase de práctica, 245-246
- Sublimación, 46, 71, 114
 - origen, 164
- Subsidiación(es), 367, 550
- Subsistema(s)
 - conyugal, 492
 - de la familia, 491
 - fraterno, 492
 - parental, 492
- Sueño(s), 42, 80-81, 135
 - categorías del contenido latente del, 81-82
 - contenido latente del, 81, 83
 - manifiesto, 81, 83
 - primitivos, 85
 - teoría psicoanalítica de los, 81
 - trabajo del, 81, 84
 - factores, 83-84
- Sumisión, actitud de, 144-145
- Superioridad, 98
 - complejo de, 97-98
- Supervisión, 594
- Supervivencia, necesidad de, 388
- Superyó, 44-45, 56, 76, 379-380
 - desaprobación del, 77
 - diferenciación del, 56
 - e integración del yo, consolidación del, 252
 - factores, 45
 - formación del, 75, 77
 - fuerza del, 529, 534
 - función, 380
 - grado de integración del yo y del, 248
 - idealizado, 260
 - identificaciones del, 76
 - y complejo de Edipo, 75
 - y realidad, 272-273
- Supresión, 69
- Suspiciacia-*naiveté*, 530, 534-535
- Tamaño medio de la emisión (TME), 429
- Tarea(s)
 - de la investigación factorial, 551
 - de la psicología dinámica, 318
 - de la teoría de la personalidad, 35
 - del desarrollo, 474
 - teoría de las, 455-456, 474
 - del investigador, 26
 - del yo, 177
 - determinismo de las, 475
- Técnica
 - de lo chistoso, utilidad, 80

- fóbica, 227
- histérica, 227
- obsesiva, 227
- P, 501-502
- paranoide, 227
- Q, 501-502
- R, 501
- S, 502
- T, 502
- Teleología, 115, 128
- Tema, 372-373
- Temor, 63
 - a la muerte, 193
 - a la nada, ansiedad como, 313
 - desaparición de los, 481
- Tendencia(s)
 - a la fantasía, 535
 - de acercamiento y evitación, 355, 357
 - psicótica, 535
- Tensión, 330, 334
 - equilibrio de la, 330-331
 - érgica, 535, 552
 - ecuación de la, 552-553
 - específica de la, 551-553
 - niveles de, 549
 - interna, 534
 - origen, 135
 - propiedades de la, 330-332
 - reducción de, 364
 - y acción, 333
 - y fuerza, 334
- Teoría(s)
 - comparación de, 29
 - de campo, 316
 - características, 316
 - de la angustia, 68
 - origen, 63
 - de la ansiedad e histeria, 519
 - de la histeria, 87
 - de las relaciones interpersonales, 132
 - de las tareas del desarrollo, 455-456, 474
 - de los rasgos, 288
 - de los sistemas, definición, 487
 - del aprendizaje, 341, 461
 - social, 465
 - del desarrollo, 343-344
 - de las relaciones de objeto, 224
 - psicosocial, 194-195
 - del funcionamiento óptimo de la personalidad, 277-279
 - del psicoanálisis, 47
 - definición, 27-28
 - E-R, 340
 - estándares para la comparación de, 29-31
 - factorialistas, 497
 - general de los sistemas, definición, 485
 - grado de precisión de una, 32
 - historicobiopsico-sociocultural y teorías intraindividuales, comparación, 580
 - ideográficas de la personalidad, 34
 - intraindividuales y teorías historicobiopsico-sociocultural, comparación, 580
 - nomotéticas de la personalidad, 34
 - primigenia, 66
 - psicoanalítica, 40, 47
 - de los sueños, 81
 - telescópica, 54-55
 - del aparato psíquico, 86
 - topográfica, 54-55
- Teoría(s) de la personalidad
 - características, 33-34
 - completa,
 - objetivo, 264
 - utilidad, 264
 - error histórico de las, 578-579
 - tarea de la, 35
- Teorizar, 27
- Terapia, 270
 - familia en, 493
 - familiar estructural, 490
 - axiomas de la, 490
 - objetivo, 490-491
 - objeto final, 264
- Tercera fuerza en psicología. *Véase* Psicología existencial
- The New England Primer*, 16
- Tiempo e inconsciente, 571
- Tipo(s), 291
 - definición, 515
 - mexicanos, 587
 - y rasgo, diferencia, 291
- Tolerancia

- interhumana a la frustración, 396
- intrahumana a la frustración, 396
- Tonadas, 413-414
- Totalidad del sistema, 487
- Trabajo
 - del analista, 42
 - del sueño, 81, 84
 - factores, 83-85
 - principio del, 185-186
- Transferencia
 - de estímulos, problema, 395
 - extradimensional, 472
 - opuesta, 472
- Transformación(es)
 - del infante, 297
 - del yo, 61
- Transición, fase de, 226
- Trasmisión social, 416
- Tratamiento
 - de la conducta anormal, 453-454
 - del autismo, 310-311
- Trato a los niños, historia, 13-14
- Trauma, 234
- Tres ensayos sobre la sexualidad*, 51
- Triunfo, 219

- Unidad(es)
 - del desarrollo intelectual, 417
 - funcional del factor, 501
- Unión de fuerzas opuestas, 108
- Útero social, 308
- Utilización del aprendizaje por condicionamiento operante y padres, 463
- Utopía de la genitalidad, 191

- Valencia(s), 327, 333-334
 - negativa, región de, 334
 - positiva, región de, 335
- Valor(es), 371, 399, 403
 - clasificación, 403
 - de actitud, 302
 - de creación, 302
 - de experiencia, 302
 - del ser, 477
 - maduros, 314
 - negativo, región de, 333
 - positivo, región de, 333
 - práctico de un, 32
 - que provocan ansiedad, origen, 313
 - y fuerza, 481
- Valor-vector, 371-372
- Valoración
 - autónoma organísmica e individuo, 278-279
 - condicional del individuo, 273
- Variabilidad, 35-36
 - de la conducta, 445
 - en la selectividad, 24
- Variables, isomorfismo entre dos conjuntos de, 593
- Variedad, 337
- Vector, 372
 - dirección de un, 335
- Vergüenza, 180
 - visual, 180
 - y duda, 181
- Vida, 373, 489
 - cambiar el propio estilo de, 100
 - escolar, 185-187
 - estilo de, 98-100
 - desarrollo, 100
 - inadecuado y condiciones sociológicas, estilo de, 102-103
 - inoperantes, estilos de, factores, 100-101
- (L)
 - factores de los registros de, 528-530
 - registro de, 526
 - personalidad en los primeros años de, características, 554-555
 - sentido de, 302
 - y niño
 - físicamente impedido, estilo de, 101
 - rechazado, estilo de, 102
- Virtudes básicas, 199
- Visión de la realidad, 573
- Visor, rol de, 566
- Vivacidad hipomaniaca, 536
- Vocación, 476
- Voluntad de poder, 141
- Voracidad, objetivo, 212

- Yo, 43-44, 55-56, 89, 111, 117, 153, 206, 378

- concepto del, 271
 - confianza en el, 482
 - consolidación del superyó e integración del, 252
 - corporal, 58
 - importancia, 158
 - defensa del, 160
 - desarrollo temprano del, 157
 - diferenciación del, 56
 - estructural incipiente y formación del, 238-239
 - enemistad primaria del, 157-158
 - energía del, 165-166
 - enfoque
 - externo de la identidad del, 174
 - interno de la identidad del, 174
 - escisión del, definición, 248
 - estructura del, 573
 - evolución del, 56
 - experiencia del, 271
 - factores
 - autónomos del desarrollo, 156, 158
 - del desarrollo, 156-157
 - función(es), 57, 153-154, 167, 205
 - autónomas, 159
 - organizadora, 154
 - sintética, 154
 - ideal, 45, 380
 - identidad del, 174
 - integridad del, 193
 - intereses del, 168-170
 - maduración del, desarrollo, 157-158
 - neutralización del, 164-165
 - olvido del, 481
 - operación defensiva del, 68
 - tarea del, 177
 - temprano, 206
 - y del superyó, grado de integración del, 248
 - y principio de la realidad, 44
- Yo y el ello*, 201
- Zona, 566

*La publicación de esta obra la realizó
Editorial Trillas, S. A. de C. V.*

*División Administrativa, Av. Río Churubusco 385,
Col. Pedro María Anaya, C. P. 03340, México, D. F.
Tel. 56884233, FAX 56041364*

*División Comercial, Calz. de la Viga 1132, C. P. 09439
México, D. F. Tel. 56330995, FAX 56330870*

*Se imprimió en
Rotodiseño y Color, S. A. de C. V.
AO 75 TASS*